

COMENTARIO A LOS EVANGELIOS

J.N. Darby

INDICE

Mateo	5
Marcos	170
Lucas	227
Juan	346

MATEO

INTRODUCCIÓN

Consideremos ahora el evangelio según Mateo. Este evangelio nos presenta a Cristo bajo el carácter de Hijo de David y de Abraham, es decir, en relación con las promesas hechas a Israel, pero le presenta además como Emanuel, Jehová el Salvador, porque tal era el Cristo. Es Él quien, si hubiese sido recibido, habría cumplido las promesas—y lo hará en un futuro—a favor de este amado pueblo. Este evangelio es, de hecho, la historia de Su rechazo por el pueblo, y consecuentemente la de la condenación del pueblo mismo, hasta donde alcanzaba su responsabilidad—puesto que los designios de Dios no pueden fallar—y la sustitución por aquello que Dios iba a introducir de acuerdo a Su propósito.

En proporción a cómo se desarrolla el carácter del Rey y del reino, y cómo suscita la atención de los guías del pueblo, éstos se le oponen, y se privan a ellos mismos así como al pueblo que los sigue de todas las bendiciones relacionadas con la presencia del Mesías. El Señor les declara las consecuencias de ello, y muestra a Sus discípulos la posición del reino que se establecerá en la tierra después de Su rechazo, y también las glorias que resultarían para Él y para Su pueblo junto a Él. Y en Su persona, y en lo que se refiere a Su obra, la fundación de la Asamblea es también revelada, la iglesia como erigida por Él mismo. En una palabra, como resultado de Su rechazo por Israel, primero se revela el reino tal como existe ahora (cap. 13), luego la iglesia (cap. 16), y luego el reino en la gloria (cap. 17).

MATEO 1

Finalmente, después de Su resurrección, una nueva comisión dirigida a todas las naciones es dada a los apóstoles enviados por Jesús como el resucitado¹.

CAPÍTULO 1

Siendo el objeto del Espíritu de Dios en este evangelio presentar a Jehová consumando las promesas hechas a Israel, y las profecías que se refieren al Mesías—y nadie puede dejar de verse impresionado con el número de referencias a su cumplimiento—comienza con la genealogía del Señor, empezando desde David y Abraham, los dos linajes de los que brotó la genealogía mesiánica, y a los cuales habían sido hechas las promesas. La genealogía se divide en tres períodos conforme a tres grandes divisiones de la historia del pueblo: desde Abraham al establecimiento de la realeza en la persona de David, desde el establecimiento de la realeza hasta la cautividad, y desde la cautividad hasta Jesús.

Podemos observar que el Espíritu Santo menciona en esta genealogía los graves pecados cometidos por las personas cuyos nombres se dan, magnificando la soberana gracia de Dios que pudo dar un Salvador en relación con pecados tales como los de Judá, con una pobre moabita introducida en Su pueblo, y con crímenes como los de David.

Es la genealogía *legal* la que se da aquí, es decir, la genealogía de José, de quien Cristo era el heredero legítimo según la ley judía. El evangelista ha omitido tres reyes de la familia de Acab, para tener catorce generaciones en cada período. También se omite a Joacaz y a Joacim. El objeto de la genealogía no queda afectado en absoluto por esta circunstancia. El propósito era darla como reconocida por los judíos, y todos los reyes eran bien conocidos por todos.

1. Esta comisión fue dada desde la resurrección en Galilea; no desde el cielo o la gloria, sino desde cerca de Damasco.

MATEO 1

Mateo relata brevemente los hechos concernientes al nacimiento de Jesús, hechos que son de infinita y eterna importancia no solo para los judíos, para quienes eran de interés inmediato, sino también para nosotros, hechos en los cuales Dios se ha dignado unir Su propia gloria con nuestros intereses, con el hombre.

María se hallaba desposada con José. Su descendencia era en consecuencia la de José legalmente, en lo que se refiere a los derechos de herencia; pero el hijo que llevaba en su interior era de origen divino, concebido por el poder del Espíritu Santo. Un ángel de Jehová es enviado como instrumento de la providencia, para satisfacer la tierna conciencia y el corazón recto de José, comunicándole que aquello que María había concebido era del Espíritu Santo.

Podemos señalar aquí que el ángel se dirige a José en esta ocasión como a «Hijo de David». El Espíritu Santo dirige así nuestra atención a la relación de José—padre supuesto de Jesús—con David, siendo María llamada su esposa. El ángel da al mismo tiempo el nombre de Jesús—es decir, Jehová el Salvador—al niño que había de nacer. Aplica este nombre a la liberación de Israel de la condición en la que el pecado les había sumido¹. Todas estas circunstancias sucedieron para consumir lo que Jehová había dicho por boca de Su profeta: «He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarán su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros.»

Aquí está, pues, lo que el Espíritu de Dios nos presenta en estos pocos versículos: a Jesús, el Hijo de David, concebido por el poder del Espíritu Santo; Jehová, el Salvador, que libera a Israel de sus pecados; Dios con ellos, el que cumplió aquellas maravillosas profecías que, con más o menos claridad, dibujaban el perfil que solamente el Señor Jesús podía llenar.

1. Está escrito: «Porque Él salvará a Su pueblo», demostrando claramente el título de Jehová contenido en la palabra Jesús o *Jehoshua*. Esto es porque Israel era el pueblo del Señor, es decir, de Jehová.

MATEO 2

José, hombre justo, sencillo de corazón y obediente, dis-cierne sin dificultad la revelación del Señor y la obedece.

Estos títulos marcan el carácter de este evangelio, es decir, la manera en que Cristo es presentado en él ¡Y qué maravillosa es la revelación de Aquel por quien la palabra y las promesas de Jehová habían de cumplirse! ¡Qué fundamento de verdad para la comprensión de lo que esta gloriosa y misteriosa Persona era, de quien el Antiguo Testamento había dicho suficiente para despertar los deseos y confundir las mentes del pueblo al que Él fue dado!

Nacido de mujer, nacido bajo la ley, heredero de todos los derechos de David según la carne, también el Hijo de Dios, Jehová el Salvador, Dios con Su pueblo, ¿quién podría comprender o sondear el misterio de Su naturaleza, en quien todas estas cosas se combinaban? Su vida, según veremos, expone la obediencia del hombre perfecto, las perfecciones y el poder de Dios.

Los títulos que acabamos de nombrar, y que leemos en los versículos 20-23 de este primer capítulo, están relacionados con Su gloria en medio de Israel, es decir, el heredero de David, Jesús el Salvador de Su pueblo, y Emanuel. Su nacimiento por virtud del Espíritu Santo cumplió el Salmo 27 en cuanto a Él como hombre nacido en la tierra. El nombre de Jesús y Su concepción por el poder del Espíritu Santo estaban sin duda más allá de esta relación, pero están ligados también de un modo especial con Su posición en Israel¹.

CAPÍTULO 2

Así nacido, así caracterizado por el ángel y cumpliendo las profecías que anunciaban la presencia de Emanuel, es formalmente reconocido como Rey de los judíos por los gen-

1. La relación ampliada se da con más detalle en el Evangelio según Lucas, donde se traza su genealogía hasta Adán; pero aquí es especialmente apropiado el título de Hijo del Hombre.

MATEO 2

tiles, que son guiados por la voluntad de Dios actuando en los corazones de los magos¹. Hallamos al Señor, Emanuel, el Hijo de David, Jehová el Salvador, el Hijo de Dios, nacido Rey de los Judíos, reconocido por los principales de los gentiles. Éste es el testimonio de Dios en el evangelio de Mateo, y el carácter en que Jesús es ahí presentado. Después, en la presencia de Jesús así revelado, vemos a los líderes de los judíos en relación con un rey extranjero, conociendo sin embargo, a modo de sistema, las revelaciones de Dios en Su palabra, pero totalmente indiferentes a Aquel que era su objeto; y ese rey, enemigo acérrimo del Señor, del verdadero Rey y Mesías, procuraba darle muerte.

La providencia de Dios cuida del niño nacido a Israel, empleando medios que ponen plenamente en evidencia la responsabilidad de la nación, y que al mismo tiempo cumplen todas las intenciones de Dios con respecto a este único remanente verdadero de Israel, esta única fuente de

1. La estrella no guía a los magos desde su propio país hasta Judea. Le plació a Dios presentar este testimonio a Herodes y a los líderes del pueblo. Habiendo sido dirigidos por la palabra—el significado de la cual fue declarada por los principales sacerdotes y escribas, y según la cual Herodes les envió a Belén—ellos vuelven a ver la estrella que vieron en su propio país, la cual los conduce a la casa. Su visita también tuvo lugar un tiempo después del nacimiento de Jesús. No hay duda de que vieron la estrella por primera vez en el tiempo de Su nacimiento. Herodes hace sus cálculos según el momento de la aparición de la estrella, el cual conoció por medio de los magos. El viaje de los magos tuvo que durar un tiempo. El nacimiento de Jesús se relata en el capítulo 1. En Mateo 2:1 tendría que leerse: «Una vez nacido Jesús...», en tiempo pasado. También remarcaría aquí que las profecías del Antiguo Testamento se citan de tres maneras que no se deben confundir: «para que se cumpliese...» con una cita concreta que sigue, lo mismo pero sin cita concreta, y «se cumplió». El primer caso es el propósito de la profecía; un ejemplo es Mateo 1:22-23. El segundo caso es el cumplimiento contenido en el alcance de la profecía, pero no el único y completo pensamiento del Espíritu Santo; por ejemplo en Mateo 2:23. En el tercero es simplemente un hecho que corresponde con lo que se ha citado, que en su manera de citar se aplica al caso, sin ser su propósito concluyente. Un caso como este se encuentra en Mateo 2:17. No me consta que las dos primeras se distingan en nuestra traducción (inglesa). Confío en poder señalar concretamente la diferencia donde el significado lo requiera.

MATEO 2

esperanza para el pueblo. Porque, fuera de Él, todo se vendría abajo y sufriría las consecuencias de estar en relación con el pueblo.

Descendido a Egipto para evitar el cruel designio de Herodes de quitarle la vida, deviene el verdadero Vástago; reinicia, moralmente, la historia de Israel en su propia Persona, así como, en un sentido más amplio, la historia del hombre como el segundo Adán en relación con Dios; solo que para ello debe tener lugar Su muerte, por todos, sin duda, para bendición. Pero Él era el Hijo de Dios y Mesías, luego Hijo de David. Para tomar su puesto como Hijo del Hombre debía primero morir (véase Juan 12). Es no solamente la profecía de Oseas «De Egipto llamé a mi Hijo» que así se aplica a este verdadero comienzo de Israel en gracia—como el amado de Dios—y de acuerdo con Sus designios—habiendo el pueblo fracasado enteramente, de modo que sin esto, Dios debiera haberlos cortado. Hemos visto en Isaías a Israel el siervo dando lugar a Cristo el Siervo, que reúne al remanente fiel—los hijos que Dios le ha dado mientras esconde su rostro de la casa de Jacob—que viene a ser el núcleo de la nueva nación de Israel según Dios. El capítulo 49 de ese profeta muestra la transición de Israel a Cristo de manera notable. Además, ésta es la base de toda la historia de Israel, contemplado como habiendo fracasado bajo la ley, y siendo restablecido en gracia. Cristo es moralmente el nuevo linaje del que ellos brotan (compárese Isaías 49:3,5)¹.

Habiendo muerto Herodes, Dios lo da a conocer a José en un sueño, mandándole que regrese con el niño y su madre a la tierra de Israel. Debemos resaltar que la tierra es aquí mencionada por el nombre que recuerda a los privilegios otorgados por Dios. No es Judea ni Galilea, es «la tierra de

1. En el versículo 5, Cristo asume este título de Siervo. La misma sustitución de Cristo por Israel se encuentra en Juan 15. Israel era la vid traída de Egipto. Cristo es la vid verdadera.

MATEO 2

Israel». Pero, ¿puede el Hijo de David, al entrar en ella, ir al trono de sus padres? No, debe tomar el lugar de un extranjero entre los menospreciados de Su pueblo. Dirigido por Dios mediante un sueño, José le lleva a Galilea, cuyos habitantes eran objeto de soberano desprecio por parte de los judíos, como no estando en relación habitual con Jerusalén y Judea, la tierra de David, de los reyes reconocidos por Dios, y del templo, y donde aún el dialecto de la lengua común a ambos evidenciaba su separación práctica de la parte de la nación que, por el favor de Dios, había retornado a Judea desde Babilonia.

En la misma Galilea, José se establece en un lugar cuyo mero nombre era una tacha para quien habitara allí, y una mancha sobre su reputación.

Tal era la posición del Hijo de Dios cuando vino a este mundo, y tal la relación del Hijo de David con Su pueblo cuando, por gracia y según los designios de Dios, estuvo entre ellos. Por una parte, Emanuel, Jehová su Salvador; por otra, el Hijo de David; pero, al tomar Su lugar entre Su pueblo, se asociaba con los más pobres y menospreciados del rebaño, se refugiaba en Galilea de la iniquidad de un falso rey, quien, mediante la ayuda de los gentiles de la cuarta monarquía (Roma), reinaba sobre Judea, y con quien los sacerdotes y gobernantes del pueblo se hallaban relacionados. Estos últimos, infieles a Dios e insatisfechos con los hombres, detestaban orgullosamente un yugo que sus pecados habían traído sobre ellos, y que no se atrevían a sacudirse de encima, si bien no eran suficientemente sensibles a sus pecados como para someterse a él como al justo castigo de Dios. Así es como el Mesías nos es presentado por este evangelista, o más bien por el Espíritu Santo, en relación con Israel.

MATEO 3

CAPÍTULO 3

Comenzamos ahora en este capítulo Su verdadera historia. Juan el Bautista viene para preparar el camino de Jehová delante de él, según la profecía hecha a Isaías, anunciando que el reino de los cielos está cerca y suscitando el arrepentimiento del pueblo. Con motivo de estas tres cosas, el ministerio de Juan a Israel caracteriza a este evangelio. En primer lugar, Jehová el Señor mismo iba a venir. El Espíritu Santo omite las palabras «para nuestro Dios» al final del versículo, porque Jesús viene como hombre en humillación, aunque al mismo tiempo reconocido como Jehová, y tal como era considerado Israel no podían aspirar a decir «nuestro Dios». En segundo lugar, el reino de los cielos¹ estaba cerca (esta nueva dispensación que sustituiría aquella que, propiamente hablando, pertenecía al Sinaí, donde el Señor había hablado en la tierra). En esta nueva dispensación—los cielos deberían reinar, siendo la fuente y el carácter de la autoridad de Dios en el Cristo. En tercer lugar, el pueblo, al contrario de verse bendecido en su actual condición, era llamado al arrepentimiento debido a que este reino se acercaba. Juan se dirige al desierto apartándose de los judíos, con los que no podía asociarse porque éste vino en camino de justicia (cap. 21:32). Su comida va a ser la que encuentra en el desierto—incluso sus vestiduras proféticas son un testimonio de la posición que pasó a ocupar de parte de Dios—lleno del Espíritu Santo.

De este modo fue un profeta, pues vino de Dios, y se llamaba a sí mismo por este nombre cuando se dirigía al pueblo de Dios para que se arrepintieran, y anunciaba las bendiciones de Dios conforme a las promesas de Jehová el

1. Esta expresión se halla solamente en Mateo con relación especial a las dispensaciones y a las relaciones de Dios con los judíos. "El reino de Dios" es el nombre genérico. "El reino de los cielos" es el reino de Dios, pero el reino de Dios tomando este carácter de gobierno celestial. Veremos muy adelante este reino dividido en el reino de nuestro Padre y el reino del Hijo del Hombre.

MATEO 3

Dios de ellos. Pero él era más que un profeta, pues declaraba la inmediata introducción de una dispensación nueva, largamente esperada, y el advenimiento del Señor en Persona. Aunque también vino a Israel, no reconoció al pueblo, porque habían de ser juzgados, el suelo para trillar de Jehová había de ser purificado y los árboles que no llevaban fruto tenían que ser cortados. Sólo sería un remanente el que Jehová situara en la nueva posición en el reino que él anunciaba, sin ser revelada la manera cómo iba a ser establecido. Juan anunciaba el juicio del pueblo.

¡Qué hecho de inconmensurable grandeza era la presencia del Señor Dios en medio de Su pueblo, en la Persona de Aquel que, aun siendo sin dudarlo la consumación de todas las promesas, era necesariamente el que juzgaría todo el mal que existía entre Su pueblo, aunque fuese rechazado!

Cuanto más margen de verdadera aplicación demos a estos pasajes, es decir, cuanto más los apliquemos a Israel, tanto más retendremos su verdadera fuerza¹.

No hay duda de que el arrepentimiento es una necesidad eterna para cada alma que viene a Dios. Pero ¡qué luz se arroja en esta verdad cuando interviene el Señor mismo, que llama a Su pueblo al arrepentimiento y pone aparte—por haber rehusado—el sistema entero de sus relaciones con Él, y establece una nueva dispensación—un reino que

1. Debemos recordar que, además de las promesas especiales a Israel y su llamamiento a ser el pueblo terrenal de Dios, ellos eran contemplados tan solo como hombres responsables a Dios bajo el conocimiento más pleno que Dios podía darles. Hasta el diluvio hubo un testimonio, pero ningunas relaciones dispensacionales o instituciones de Dios. Después del diluvio, en el mundo nuevo, el gobierno humano, el llamamiento y las promesas en Abraham, la ley, el Mesías, Dios venido en gracia, todo aquello que Dios podía hacer y hacía en perfecta paciencia era hecho, pero en balde para procurar el bien de la carne. Y ahora Israel era puesto aparte, y su carne era juzgada, la higuera maldita como árbol infructuoso, y el hombre de Dios, el segundo Adán, que bendecía mediante la redención, era presentado al mundo. En los tres primeros evangelios, como vimos, tenemos a Cristo presentado al hombre para que le recibiera; en Juan es el hombre e Israel los que son puestos aparte, y son introducidos los caminos soberanos de Dios en gracia y resurrección.

MATEO 3

sólo pertenece a aquellos que le escuchan—causando finalmente la ejecución de su juicio sobre Su pueblo y sobre la ciudad que Él tanto había estimado! «Si también tú conocieses, y de cierto en este tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está oculto a tus ojos.»

Esta verdad da lugar a que otra de más importante y elevada sea expuesta, y se anuncia con relación a los derechos soberanos de Dios antes que con sus consecuencias, pero conteniendo ellos mismos todas éstas. La muchedumbre de todos lugares, y como veremos en adelante, los impíos y menospreciados, salieron confesando sus pecados para ser bautizados. Pero aquellos que, a su propio entender, sostenían el principal lugar entre el pueblo, eran a los ojos del profeta, quien amaba al pueblo conforme a Dios, los objetos del juicio que anunciaba. La ira era inminente. ¿Quién había advertido a aquellos escarnecedores que huyeran de ella? Debían humillarse como el resto, tomar su lugar apropiado y demostrar que su corazón ha cambiado. El jactarse de los privilegios de su nación o de los de sus padres, traía sin cuidado a Dios. Él exigía lo que Su misma naturaleza y Su misma verdad demandaban. Además, Él es soberano, capaz de hacer crecer de las piedras hijos a Abraham. Y esto es lo que Su soberana gracia ha hecho, por Cristo, en lo que respecta a los gentiles. Había una realidad necesaria. El hacha estaba puesta a la raíz de los árboles, y los que no llevaban buen fruto debían ser cortados. Éste es el gran principio moral que el juicio iba a reflejar con fuerza. El golpe no había sido propiciado todavía, pero el hacha se hallaba ya sobre la raíz de los árboles. Juan había venido para llevar a los que recibieran su testimonio a una nueva posición, cuando menos a un nuevo estado de cosas para el que estaban siendo preparados. Según se arrepintieran o no, él los distinguiría del resto mediante el bautismo. Pero Aquel que venía después de Juan—Aquel cuyo calzado Juan era incapaz de llevar—purificaría hondamente Su suelo, separaría aquellos que eran verdadera y moralmente suyos, de

MATEO 3

entre Su pueblo Israel, y ejecutaría el juicio sobre los demás. Por su parte, Juan estaba abriendo la puerta al arrepentimiento. Luego acontecería el juicio.

El juicio no era la única obra atribuida a Jesús. No obstante, hay dos cosas que le son imputadas en el testimonio de Juan: Él bautiza con fuego—esto es, el juicio anunciado en el versículo 12, que consume aquello que es malo. Pero Él bautiza también con el Espíritu Santo, con aquel Espíritu que, una vez dado al hombre y actuando con divina energía en él, otorgándole vida, redimiéndole y lavándole en la sangre de Cristo, lo separa de toda influencia de la carne y lo sitúa en relación y en comunión con todo lo revelado de Dios, con la gloria en la cual Él introduce a Sus criaturas en la vida que Él transmite, y destruye moralmente en nosotros el poder de todo lo que es contrario al disfrute de estos privilegios.

Observemos aquí que el único buen fruto que Juan reconoce, como vía de escape, es la confesión sincera del pecado hecha por medio de la gracia,. Sólo aquellos que la hacen escapan del hacha. No había realmente árboles buenos, salvo aquellos que confesaban ser malos.

¡Qué momento más solemne para el pueblo amado de Dios! ¡Qué acontecimiento la presencia de Jehová en medio de la nación con la que Él seguía relacionado!

Démonos cuenta de que Juan el Bautista no presenta aquí al Mesías como el Salvador venido en gracia, sino como la Cabeza del reino, como Jehová, quien ejecutaría juicio si el pueblo no se arrepentía. Más adelante veremos la posición que Él tomó en gracia.

En el versículo 13, Jesús mismo, que hasta ahora ha sido presentado como el Mesías, e incluso como Jehová, viene a Juan para ser bautizado con el bautismo del arrepentimiento. Acudiendo a este bautismo era el único buen fruto que un judío, en su condición de entonces, podía producir. El hecho mismo demostraba ser el fruto de una obra de Dios, de la obra eficaz del Espíritu Santo. El que se arre-

MATEO 3

piente confiesa que anteriormente ha caminado apartado de Dios. Así que es un nuevo avivamiento, el fruto de la palabra de Dios y de la obra en él, la señal de una vida nueva, de la vida del Espíritu en su alma. Por el mismo hecho de la misión de Juan, no existía otro fruto ni ninguna otra prueba aceptable de vida de Dios en un judío. No debemos inferir de ello que no hubiese habido nadie en quien el Espíritu no actuase de forma vital, pero en esta condición del pueblo, y conforme a la llamada de Dios por parte de Su siervo, el retorno del corazón a Dios era la prueba de esta vida. Éstos eran el verdadero remanente del pueblo, aquellos que Dios reconocía como tales, y así fueron separados de la masa restante que se encontraba ya lista para el juicio. Eran los verdaderos santos, los excelentes de la tierra, aun cuando la propia humillación de arrepentirse pudiera ser su único lugar verdadero desde el cual comenzar. Cuando Dios introduce misericordia y justicia, ellos se sirven de la primera con gratitud, confesando que es su único recurso, e inclinan su corazón ante la segunda, como el resultado justo de la condición del pueblo de Dios, aplicándosela a ellos mismos.

Ahora Jesús se presenta a Sí mismo en medio de aquellos que actúan así. No obstante ser el verdadero Señor Jehová, Juez justo de Su pueblo que tenía que purificar *Su* suelo, toma Su lugar entre el remanente fiel que se humilla ante este juicio. Él ocupa el lugar de los denigrados de Su pueblo delante de Dios, como en el Salmo 16 llama Jehová a Su Señor, diciéndole: «No hay para mí bien fuera de ti»; y dice a los santos y los excelentes de la tierra: «Todo mi deleite está en ellos.» Perfecto testimonio de la gracia, el Salvador identificándose, conforme a Su gracia, con el primer movimiento del Espíritu en los corazones de Su pueblo, humillándose no solamente en gracia condescendiente hacia ellos, sino ocupando Su lugar como uno de ellos en su verdadera posición delante de Dios; no meramente para consolar sus corazones mediante tal muestra de afecto, sino para

MATEO 3

mostrarse compasivo ante su dolor y dificultades, con el fin de ser el modelo, la fuente, y la expresión perfecta de cada sentimiento adecuado a su posición.

Con el Israel impío e impenitente no podía asociarse el Señor, pero con el primer efecto vital de la Palabra y del Espíritu de Dios en los menesterosos del rebaño sí podía, y se asociaba con ellos en gracia. Ahora hace lo mismo. Un primer paso bien dirigido, que provenga de Dios, halla a Cristo.

Pero aún había más. Él viene para traer a los que creían en Él a una relación con Dios, según el favor que se hallaba en una perfección como la suya, y en el amor que, al apoyar la causa de Su pueblo, satisfacía el corazón del Señor, y, habiendo glorificado perfectamente a Dios en todo lo que Él es, hizo posible que Él mismo se satisficiera con la bondad. Sabemos bien que para hacer esto, el Salvador tuvo que poner Su vida, pues la condición del judío, así como la de cada hombre, requería este sacrificio antes de que el uno o el otro pudieran tener relación alguna con el Dios veraz. E incluso para ello el amor de Jesús no falló. Así que Él está aquí conduciéndolos al goce de la bendición expresada en Su Persona, que debía quedar firmemente asentada en este sacrificio. Bendición que ellos debían alcanzar por el camino del arrepentimiento, en el cual entraban mediante el bautismo de Juan, el que Jesús recibió junto con ellos, para que marcharan adelante hasta poseer todas las cosas buenas que Dios tenía preparadas para aquellos que le aman.

Sintiendo Juan la dignidad y la excelencia de la Persona de Aquel que vino a él, se opone a la intención del Señor. Con ello, el Espíritu Santo quiere destacar el verdadero carácter de la acción de Jesús. Por lo que respecta a Él, era la justicia lo que le llevó allí, y no el pecado (justicia que Él llevó a cabo en amor). Él, igual que Juan el Bautista, consumó lo concerniente al lugar que Dios le había asignado. Con qué condescendencia se vincula Él con Juan: «conviene que cumplamos.» Él es el Siervo humilde

MATEO 3

y obediente. Fue así como se comportó siempre en esta tierra. Además, en cuanto a Su posición, la gracia llevó allí a Jesús, donde el pecado nos llevó a nosotros, los que entramos por la puerta que el Señor había abierto para Sus ovejas. Confesando el pecado tal como éste era, acudiendo delante de Dios en la confesión de nuestro pecado, nos hallamos en compañía de Jesús¹. En realidad, es el fruto del Espíritu en nosotros. éste fue el caso con los pobres pecadores que salieron a Juan. Así fue como Jesús tomó Su lugar en justicia y en obediencia en medio de los hombres, y más exactamente en medio de los judíos penitentes. Es en esta posición de un Hombre—justo, obediente, y cumpliendo en esta tierra, en humildad perfecta, la obra para la cual se había ofrecido en gracia, conforme al Salmo 40, dándose a la consumación de toda la voluntad de Dios en completa abnegación—que Dios Su Padre le reconoció plenamente, y le puso Su sello, declarándole en la tierra ser Su Hijo amado.

Después de bautizado—la prueba más palmaria del lugar que había tomado con Su pueblo—los cielos son abiertos a Él y ve al Espíritu Santo descendiendo sobre Su cabeza como paloma. Y he aquí una voz del cielo que dijo: «Este es mi hijo amado en quien tengo complacencia.» Estas circunstancias requieren nuestra atención.

Nunca fueron abiertos los cielos a la tierra, ni al hombre sobre ella, antes de que el Hijo amado se encontrara allí². No hay que dudar que Dios en Su paciencia y en providencia había bendecido a todas las criaturas. Él había también bendecido a Su pueblo, conforme a las normas de Su go-

1. Viene a ser lo mismo que la conciencia de nuestra vaciedad. Él se anonadó, y conscientes de nuestra vaciedad nos hallamos nosotros con Él, siendo llenos al mismo tiempo de Su plenitud. Incluso cuando caemos, no es hasta que somos llevados a conocernos como realmente somos que hallamos a Jesús levantándonos de nuevo.

2. Al principio de Ezequiel, se dice en realidad que los cielos fueron abiertos; pero esto fue solamente en visión, como lo explica el profeta mismo. En aquel instante, era la manifestación de Dios en juicio.

MATEO 3

bierno sobre la tierra. Además, estaban los elegidos, a quienes había guardado en fidelidad. Hasta ahora no se habían abierto los cielos. Un testimonio había sido enviado por Dios con relación a Su gobierno en la tierra, pero no existía ningún objeto en ella sobre el cual el ojo de Dios pudiera reposar con complacencia, hasta que Jesús, sin pecado y obediente, Su Hijo amado, estuvo allí. Pero lo que es precioso para nosotros es que en gracia solícita Él toma públicamente Su lugar de humillación con Israel—es decir, con el remanente fiel, presentándose Él mismo delante de Dios, cumpliendo Su voluntad—y los cielos se abren sobre un objeto digno de su atención. Indudablemente era Él digno de su adoración, antes incluso de que el mundo fuese. Pero ahora acaba de tomar este lugar en las relaciones de Dios como un Hombre, y los cielos se abren a Jesús, el objeto de todo el afecto de Dios sobre la tierra. El Espíritu Santo desciende sobre Él visiblemente. Y Él, un Hombre en la tierra, un Hombre ocupando Su lugar con los mansos del pueblo que se arrepentían, es reconocido como el Hijo de Dios. No solamente Él es el ungido de Dios, sino, como Hombre, es consciente del descenso del Espíritu Santo sobre Él—el sello del Padre puesto sobre Él. Aquí no es evidentemente Su naturaleza divina como Hijo eterno del Padre. Ni aun el sello sería en conformidad con este carácter; y no obstante, esta naturaleza se manifiesta en cuanto a Su Persona, teniendo conciencia de ello a los doce años de edad en el evangelio de Lucas. Pero mientras Él es tal, también es un Hombre, Hijo de Dios sobre la tierra, y es sellado como un Hombre. Como un Hombre posee el conocimiento de la presencia inmediata del Espíritu Santo con Él. Esta presencia es con relación al carácter de humildad, mansedumbre y obediencia bajo los cuales el Señor aparece aquí abajo. Es «como una paloma» que el Espíritu Santo desciende sobre Él, igual como lo hiciera bajo la forma de lenguas de fuego cuando descendió sobre las cabezas de los discípulos, para testimonio de ellos en poder en

MATEO 3

este mundo, conforme a la gracia que se dirigía a todos y a cada uno en su propia lengua.

Jesús crea así, en Su propia posición como Hombre, el lugar en el cual nos introduce por la redención (Juan 20:17). Pero la gloria de Su persona queda cuidadosamente resguardada. No hay objeto presentado a Jesús, como a Saulo por ejemplo, y, en un caso más análogo, a Esteban, quien, siendo lleno del Espíritu, ve también los cielos abiertos, y mirando dentro de ellos ve a Jesús, al Hijo del Hombre, y es transformado a Su imagen. Jesús ha venido, Él es el mismo objeto sobre el cual se abren los cielos, no sufriendo ninguna transformación, como Esteban, o como nosotros en el Espíritu. Los cielos miran abajo hacia Él, el objeto perfecto de placer. Es su relación con Su padre, ya existente de por sí, la que queda sellada¹. Ni el Espíritu siquiera crea Su carácter—excepto el punto en que, respecto a Su naturaleza humana, fue concebido en el vientre de la virgen María por el poder del Espíritu Santo. Él se había relacionado con los pobres, en la perfección de este carácter, antes de que fuera sellado, y entonces procede conforme a la energía y al poder de aquello que recibió sin medida en Su vida humana aquí abajo (comparar Hechos 10:38; Mateo 12:28; Juan 3:34).

Hallamos en la Palabra cuatro ocasiones memorables en las que los cielos fueron abiertos. Cristo es el objeto de cada una de estas revelaciones, teniendo cada una su carácter especial. Aquí el Espíritu Santo desciende sobre Él, y es reconocido el Hijo de Dios (comparar Juan 1:33-34). Al final del mismo capítulo de Juan, Él se declara a Sí mismo ser el Hijo del Hombre. En esta ocasión son los ángeles de Dios que ascienden y descienden sobre Él. Él es, como Hijo del Hombre, el objeto de su ministerio². Al final de

1. Esto también se aplica a nosotros, cuando por gracia estamos en esta relación.

2. Es totalmente incorrecto hacer de Cristo la escalera. Él, como Jacob, es el objeto del servicio y ministerio de los ángeles.

MATEO 3

Hechos 7 se abre una escena totalmente nueva. Los judíos rechazan el último testimonio que Dios les enviaba. Esteban, quien rinde este testimonio, es lleno del Espíritu Santo y los cielos se abren a él. El sistema terrenal fue definitivamente cerrado por el rechazo del testimonio del Espíritu Santo de la gloria del Cristo resucitado. Pero esto no es meramente un testimonio. El cristiano está lleno del Espíritu, el cielo está abierto a él, la gloria de Dios le es manifiesta, y el Hijo del Hombre aparece ante él sentado a la diestra de Dios. Esto es algo diferente de los cielos abiertos sobre Jesús, el objeto del deleite de Dios sobre la tierra. Es el cielo abierto al cristiano mismo, estando su objeto allí cuando es rechazado aquí abajo. Él ve allí, por el Espíritu Santo, la gloria celestial de Dios, y a Jesús, al Hijo del Hombre en la gloria de Dios, el objeto especial del testimonio que se rinde. La diferencia es para nosotros tan extraordinaria como igual de interesante, y nos expone, de manera muy notable, la verdadera posición del cristiano sobre la tierra, y el cambio que el rechazo de Jesús por parte Su pueblo produce. Solamente la Iglesia, la unión de los creyentes en un Cuerpo con el Señor en el cielo, no estaba revelada. Más tarde (Apoc. 19) el cielo se abre, y el Señor mismo está presente, el Rey de reyes, y el Señor de señores. Entonces, vemos a:

Jesús, el Hijo de Dios en la tierra, el objeto del deleite celestial, sellado con el Espíritu Santo.

Jesús, el Hijo del Hombre, el objeto del ministerio del cielo, siendo los ángeles sus siervos.

Jesús, arriba en la diestra de Dios, y el creyente, lleno del Espíritu, sufriendo aquí a causa de Su nombre, contempla la gloria en las alturas, y al Hijo del Hombre en la gloria.

Y Jesús, el Rey de reyes y Señor de señores, presentándose a juzgar y a hacer guerra contra los burladores que discuten Su autoridad y oprimen a la tierra.

El Padre mismo reconoce a Jesús, el Hombre obediente sobre la tierra, quien entra por la puerta como el verdadero

MATEO 3

Pastor, como Su Hijo amado en quien está todo Su deleite. El cielo es abierto a Él, ve al Espíritu Santo descendiendo para sellarle, la fortaleza infalible y estribo de la perfección de Su vida humana. Él tiene el testimonio del Padre de la relación entre ellos. Ningún objeto en el que Su fe tenía que reposar es presentado a Él como lo es a nosotros. Es su propia relación con el cielo y con Su Padre la que queda sellada. Su alma disfruta de ello mediante el descenso del Espíritu Santo y la voz de Su Padre.

Este pasaje de Mateo requiere más atención. El bendito Señor, o antes bien lo que le ocurrió dentro de este contexto, ofrece el lugar o el modelo en el cual Él sitúa a los creyentes, sean éstos judíos o gentiles: desde luego que sólo somos llevados allí por la redención. «Voy a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios» son Sus benditas palabras tras Su resurrección. Pero a nosotros se abre el cielo, somos sellados con el Espíritu Santo, y el Padre nos posee como hijos. Sólo la divina dignidad de la Persona de Cristo queda siempre cuidadosamente resguardada aquí en humillación, como en la transfiguración en gloria. Moisés y Elías están en la misma gloria, pero desaparecen cuando, por el impulso de Pedro, al que se le permitió que expresara, iban a ser rebajados a un nivel. Cuanto más cerca estamos de una Persona divina, tanto más adoramos y reconocemos lo que Él es.

Hallamos aquí otro hecho muy extraordinario. Cuando por vez primera Cristo toma humilde Su lugar entre los hombres, la Trinidad es totalmente revelada. Es evidente que el Hijo y el Espíritu son mencionados en el Antiguo Testamento. Pero allí, la unidad de la Deidad es el gran foco de revelación. El Hijo es reconocido aquí como hombre, el Espíritu Santo descende sobre Él, y el Padre le reconoce como Su Hijo. ¡Qué maravillosa relación con el hombre! ¡Qué lugar para poder hallarse en él! A través de la relación de Cristo con este lugar, la Deidad es revelada en su propia plenitud. Al ser Él un hombre, hace tanto

MATEO 3

más patente su manifestación. Él era realmente el Hombre en quien los consejos de Dios acerca del hombre habían de consumarse.

Como Él comprendió y manifestó el lugar en que el hombre es situado con Dios en Su propia Persona, y en los consejos de gracia tocantes a nuestra relación con Dios, siendo que estamos en conflicto con el enemigo, Él entra en aquel lado de nuestra posición también. Tenemos nuestra relación con Dios y nuestro Padre, y tal vez deberíamos decir con Satanás. Él vence por nosotros, y nos enseña cómo vencer. Observemos también que la relación con Dios es lo que primero queda plenamente establecido y expuesto, y más tarde, también en ese lugar, comienza el conflicto con Satanás, lo mismo que con nosotros. Lo primero que preguntamos es si el postrer Adán permanecería donde el primer Adán había fracasado: solamente en el desierto de este mundo y en el poder de Satanás, en lugar de permanecer en las bendiciones de Dios, pues a aquel sitio habíamos ido todos a parar.

Hay que destacar otro punto aquí, para acabar de presentar el lugar que el Señor toma. La ley y los profetas fueron hasta Juan. Luego fue anunciado lo nuevo, el reino de los cielos. Pero el juicio se avecina sobre el pueblo de Dios. El hacha está a la raíz de los árboles, el biello en la mano del que venía, el trigo recogido en el granero de Dios, y la paja quemada. Es decir, existe un final de la historia del pueblo de Dios en juicio. Entramos aquí en el terreno del estado de perdición, anticipando el juicio. Pero la historia del hombre como responsable quedaba cerrada. De ahí que se diga: «*Ahora al final de los tiempos* ha aparecido para quitar el pecado por el sacrificio de sí mismo.» Ha sucedido exteriormente y literalmente a Israel, pero es moralmente verdadero para nosotros: sólo nosotros somos recogidos para el cielo, como resultado el remanente después, para estar en el cielo. Pero siendo Cristo rechazado, el tiempo de la responsabilidad ha terminado, y nosotros entramos en la es-

MATEO 4

fera de la gracia como quienes ya éramos perdidos. En consecuencia al anuncio de ello como inminente, Cristo viene, e identificándose con el remanente que escapa sobre la base del arrepentimiento, crea este nuevo lugar para el hombre sobre la tierra. Sólo que no podíamos estar en dicho lugar hasta que la redención no hubiese sido consumada. Él reveló el nombre del Padre a aquellos que Él le había dado fuera de este lugar.

CAPÍTULO 4

Habiendo tomado así en gracia Su posición como Hombre sobre la tierra, Él comienza en este capítulo Su carrera terrenal, siendo guiado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo. El Hombre justo y santo, el Hijo de Dios, gozando de los privilegios propios de Él, deberá pasar por las pruebas de aquellos ardides que hicieron caer al primer Adán. Es Su condición espiritual la que es probada. No se trata ahora de un hombre inocente que goza de todas las bendiciones naturales de Dios y que soporta la prueba en medio de esas bendiciones que deberían hacerle recordar a Dios. Cristo, cerca de Dios como Hijo amado suyo, pero en medio de la prueba, poseyendo el conocimiento del bien y del mal, y, en lo que respecta a las circunstancias exteriores, descendido hasta el centro del estado caído del hombre, deberá probar Su fidelidad hasta el final acorde a esta posición con respecto a Su perfecta obediencia. Para mantener esta posición, no deberá mostrar otra voluntad que no sea la de Su Padre, y bien consumarla o sufrirla, cualesquiera sean las consecuencias para Él. Deberá cumplirla en medio de todas las dificultades, de las privaciones, del aislamiento, del desierto donde se halla el poder de Satanás, el cual le tentaría para hacerle seguir un camino más fácil que aquel que sería para la sola gloria de Su Padre. Deberá renunciar a todos los derechos que pertenecen a Su propia Persona,

MATEO 4

excepto cuando los reciba de Dios y se los ceda a Él con una confianza perfecta.

El enemigo hizo todo lo posible para inducirle a valerse de Sus privilegios, aparte del mandato de Dios: «Si eres Hijo de Dios»; esto era fin de evitar los sufrimientos que podían acompañar la demostración de Su voluntad; era para llevarle a hacer Su propia voluntad, y no la de Su Padre.

Jesús, disfrutando en Su propia Persona y en la relación con Dios todo el favor divino como Hijo de Dios, la luz de Su semblante, se dirige al desierto cuarenta días para entrar en conflicto con el enemigo. A diferencia de Moisés y Elías, no se separó del hombre y de toda relación con éste para poder estar con Dios. Guardando una comunión plena con Dios, se separó de los hombres por el poder del Espíritu Santo para estar a solas en su conflicto con el enemigo. En el caso de Moisés, era el hombre fuera de su condición natural quien iba a estar con Dios. En el caso de Jesús, es de la misma manera, para estar con el enemigo, pues el estar con Dios era Su posición natural.

El enemigo le tienta proponiéndole primero satisfacer Sus necesidades corporales, y, en vez de esperar en Dios, usar conforme a Su propia voluntad y en Su propio nombre el poder con el cual había sido investido. Pero si Israel había sido alimentado en el desierto con el maná de Dios, el Hijo de Dios, aun poseyendo gran poder, actuaría conforme a aquello que Israel debió haber aprendido a través de aquel medio, a saber, que «No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.» El Hombre, el judío obediente, el Hijo de Dios, esperaba esta palabra, y no haría nada sin ella. El no vino para hacer Su voluntad, sino la voluntad del que le envió. Éste es el principio que caracteriza al Espíritu de Cristo en los Salmos. No se precipita la liberación si no es con la intervención de Dios a su tiempo. Es la perfecta paciencia, a fin de ser perfecto y completo en toda la voluntad de Dios. No podía haber codicia de pecado en Cristo; pero estar hambriento no era pecado, sino una ne-

MATEO 4

cesidad humana, y ¿qué mal había en comer cuando se sentía hambre? No era la voluntad de Dios hacerlo, no obstante, y Él había venido a hacer aquella voluntad por la Palabra. La sugerencia de Satanás fue: «Si eres Hijo de Dios, ordena...»; pero Él tomó el lugar de un siervo, no válido para dar órdenes; le procuró hacerle salir del lugar del perfecto servicio y obediencia, fuera del lugar de un siervo.

Observemos aquí el lugar que tiene la Palabra escrita, y el carácter de la obediencia de Cristo. Este carácter no tiene que ver simplemente con que la voluntad de Dios sea una norma, sino el mismo motivo que induce a la acción. Con frecuencia tenemos nuestra voluntad refrenada por la Palabra, pero no así Cristo. La voluntad de Su Padre era su motivo, y no actuó meramente conforme a ella, sino porque además era la voluntad de Dios. Disfrutamos al ver a un niño corriendo a hacer aquello que le gusta, pero se detiene de pronto para hacer la voluntad de sus padres cuando se lo piden. Pero Cristo nunca obedeció de esta manera, ni buscó hacer Su propia voluntad, sino que le detenía la de Su Padre. Y nosotros somos santificados para la obediencia de Cristo. Vemos también que por la Palabra escrita Él vive y vence. Todo dependía aquí de la victoria de Cristo, del mismo modo que todo dependía de la caída de Adán. Pero para Cristo, un texto usado correctamente, es suficiente. No busca más allá: esto es obediencia. También es suficiente para Satanás; no le da respuesta, y sus estrategias se ven de este modo frustradas.

El primer principio de la conquista es la simple y absoluta obediencia, viviendo de las palabras de la boca de Dios. Lo que sigue es perfecta confianza en el camino de la obediencia.

En segundo lugar, el enemigo le quiere llevar al pináculo del templo para inducirle a aplicarse para Sí las promesas hechas al Mesías, sin permanecer en los caminos de Dios. El hombre fiel puede con toda seguridad confiar en la ayuda de Dios mientras anda en Sus caminos. El enemigo

MATEO 4

haría que el Hijo del Hombre tentara a Dios—en lugar de confiar en Él mientras anduviera en ellos—para evidenciar si podía confiarse en Él, lo cual hubiera supuesto una falta de confianza en Dios, en vez de contar con Dios para la obediencia¹. Tomando Su lugar con Israel en la condición en que se hallaban cuando carecían de rey en la tierra, y, citando las instrucciones dadas a ellos para guiarlos en el piadoso camino que allí se enseñaba, Él usa para Su guía esa parte de la Palabra que contiene el interdicto divino sobre este asunto: «No tentarás al Señor tu Dios»; un pasaje a menudo citado como si prohibiera el abuso de confianza en Dios, mientras que sólo significa no desconfiar, y probar si Él es fiel. Ellos tentaron a Dios, diciendo ¿está Dios realmente entre nosotros? Y Satanás es lo que hubiera querido que hiciera el Señor.

El enemigo, fracasando en su engaño contra el corazón obediente, aun cuando se refugia en el uso de la Palabra de Dios, se muestra en su verdadero carácter, tentando al Señor, y en tercer lugar, queriendo evitarle los sufrimientos que le aguardaban mostrándole la herencia del Hijo del Hombre sobre la tierra, aquello que iba a ser Suyo cuando lo hubiera alcanzado a través de aquellas duras sendas, pero necesarias para la gloria del Padre, y que había marcado para Él. Todo había de ser Suyo si reconocía a Satanás adorándole como el dios de este siglo. Esto es, en realidad, lo que los reyes de la tierra habían hecho por una parte solamente de estas cosas—que habían hecho frecuentemente por causa de frívolas vanidades—sin embargo, Él poseería el conjunto. Pero si Jesús tenía que heredar la gloria terre-

1. Necesitamos confianza para hallar el coraje para obedecer; pero la verdadera confianza se halla en el camino de la obediencia. Satanás podía usar la palabra con astucia, pero no podía desviar a Cristo el Señor de ella. Él la usa como la suficiente arma divina, y Satanás se queda sin respuesta. El tener una obediencia prohibida hubiera hecho que Satanás se mostrara. En cuanto al lugar en que el Señor se hallaba dispensacionalmente, podemos destacar que el Señor siempre cita de Deuteronomio.

MATEO 4

nal—así como todo lo demás—el objeto de Su corazón era Dios mismo, Su Padre, para glorificarle. Sea cual fuera el valor de esta dádiva, Su corazón la apreciaba como la dádiva proveniente del Dador. Además, Él estaba en la posición del hombre probado y en la de un israelita fiel; y por mayor que fuera la prueba de la paciencia a la cual le había introducido el pecado del pueblo, Él no serviría a nadie más que a Dios solamente.

Si el diablo lleva la tentación y el pecado a sus extremos, y demuestra ser el adversario, el creyente tiene el derecho de echarle fuera. Si viene como tentador, el creyente debería responderle mediante la fidelidad de la Palabra, la cual es la guía perfecta del hombre, conforme a la voluntad de Dios. No necesita preverlo todo. La Palabra es la Palabra de Aquel que sí lo prevé, y al poner esto en práctica, caminamos según la sabiduría que conoce todo y en un camino formado por esta sabiduría, y que en consecuencia implica una confianza absoluta en Dios. Las primeras dos tentaciones eran argucias del enemigo; la tercera, hostilidad abierta hacia Dios. Si él viene como el adversario declarado de Dios, el creyente tiene el derecho de negarse a tener nada que ver con él: «Resistid al diablo, y huirá de vosotros.» Así conocerá que ha encontrado a Cristo, no la carne. ¡Que los creyentes puedan resistir si Satanás los tienta con la Palabra, recordando que es como Satanás domina al hombre caído!

La salvaguarda del creyente, moralmente hablando—esto es, en lo que se refiere al estado de su corazón—es un ojo sencillo. Si yo solamente busco la gloria de Dios, aquello que no presenta otro motivo que mi propia exaltación, o mi propio incentivo, ya sea en el cuerpo o en la mente, no tendrá ningún dominio sobre mí; y se manifestará a la luz de la Palabra, que guía al ojo sencillo, como contrario a la mente de Dios. Ésta no es la altivez que rechaza la tentación basándose en la propia bondad; es la obediencia que da humildemente a Dios Su lugar, y consecuentemente tam-

MATEO 4

bién Su Palabra. «Por la palabra de tus labios, yo me he guardado de la senda de los violentos», de aquel que hacía su propia voluntad y la consideraba su guía. Si el corazón busca a Dios sólo, la trampa más sutil queda al descubierto, pues el enemigo nunca nos tienta a buscar a Dios sólo. Pero ello implica un corazón puro, y que no haya egolatría. Esto es lo que exhibió Jesús.

Nuestra salvaguarda contra la tentación es la Palabra, usada con el discernimiento de un corazón perfectamente puro, el cual vive en la presencia de Dios, y aprende la mente divina en Su Palabra¹, y el cual conoce Su aplicación a las circunstancias presentes. Es la Palabra la que nos guarda el alma de las falacias del enemigo. Observemos también que, consecuentemente, es en este espíritu de sencilla y humilde obediencia donde radica el poder; pues donde éste existe, Satanás no puede hacer nada. Dios está ahí, y conforme a ello el enemigo es conquistado.

Según me parece, estas tres tentaciones son dirigidas al Señor en los tres caracteres de Hombre, de Mesías, y de Hijo del Hombre.

Él no tenía deseos pecaminosos como el hombre caído, pero sí estaba hambriento. El tentador le persuadiría de satisfacer esta necesidad sin Dios. Las promesas en los Salmos le pertenecían a Él como siendo hechas al Mesías. Y todos los reinos del mundo eran Suyos como el Hijo del Hombre. Siempre contestaba como un fiel israelita, personalmente responsable ante Dios, haciendo uso del libro de Deuteronomio, que trata sobre este asunto—a saber, la obediencia de Israel, en relación con la posesión de la tierra

1. No debe existir otro motivo para la acción que la voluntad de Dios, la cual, para el hombre, tiene que ser hallada siempre en la Palabra; porque, en ese caso, cuando Satanás nos tienta a actuar, como siempre lo hace, por algún otro motivo, este motivo resulta estar en oposición a la Palabra que está en el corazón, y al motivo que lo gobierna, y por tanto es considerado como algo opuesto a él. Está escrito: “En mi boca he guardado mis dichos, para no pecar contra ti.” Esta es la razón por la cual es siempre importante, cuando dudamos, que nos preguntemos por qué motivo estamos siendo influenciados.

MATEO 4

y los privilegios que pertenecían a la tierra, y los privilegios que pertenecían al pueblo en relación con esta obediencia; y ello, aparte de la organización que los constituía un cuerpo colectivo delante de Dios¹.

Satanás se marcha de Él, y los ángeles vienen para ejercer su ministerio al Mesías, el Hijo del Hombre, victorioso a través de la obediencia. Si Satanás había querido que probase a Dios, Él ya lo demostró. Los ángeles son espíritus ministradores para nosotros también.

Cuán profundamente interesante es ver al bendito Salvador descendido, al Hijo de Dios del cielo, y tomar—el Verbo hecho carne—Su lugar entre los pobres menesterosos sobre la tierra. Tomó este lugar y fue reconocido por el Padre como Su Hijo, después de ser los cielos abiertos a Él como Hombre y descender el Espíritu Santo para morar en Él, formando así el modelo de nuestro lugar, pese a no ser hallados todavía allí. La Trinidad entera, como he dicho, es primero plenamente revelada cuando Él es así asociado con el hombre; y entonces, siendo nosotros esclavos de Satanás, marcha en este carácter y relación por nosotros para encontrarse con Satanás, atar al hombre fuerte, y dar también al hombre a través de Él este lugar: sólo para nosotros era necesaria la redención para traernos donde Él está.

Siendo Juan arrojado en prisión, el Señor se dirige a Galilea. Este movimiento, el cual determinó la escena de Su ministerio fuera de Jerusalén y Judea, tenía gran impor-

1. Un examen cuidadoso del Pentateuco mostrará que, a pesar de que los hechos históricos necesarios sean citados, el contenido del Éxodo, Levítico y Números son esencialmente típicos. El tabernáculo fue construido conforme al modelo mostrado en el monte—el modelo de las cosas celestiales—; y no solamente las ordenanzas ceremoniales, sino los hechos históricos, como el apóstol expone con claridad, que acontecieron a ellos para figura, y que están escritos para nuestra enseñanza. Deuteronomio da instrucciones para su conducta en la tierra; pero los tres libros mencionados, incluso donde están los hechos históricos, son típicos en su objeto. No sé si se ofreció un sacrificio después de que éstos fueran instituidos, a menos que quizá se ofrecieran los que eran oficiales (ver Hechos 7:42).

MATEO 4

tancia con respecto a los judíos. El pueblo—hasta este momento concentrado en Jerusalén, envanecido en la posesión de las promesas, de los sacrificios, y del templo, y en ser la tribu real—perdió la presencia del Mesías, el Hijo de David. Se fue para la manifestación de Su persona, para el testimonio de la intervención de Dios en Israel, a los pobres y menesterosos del rebaño; porque el remanente y los menesterosos del rebaño se hallan ya en los capítulos 3 y 4 distinguidos claramente de los principales del pueblo. De esta manera devino Él el verdadero linaje, y no el vástago de aquello plantado en cualquier otra parte. Este resultado no estaba totalmente manifestado aún. El momento corresponde a Juan 4.

Podemos resaltar aquí que, en el Evangelio de Juan, los judíos son siempre distinguidos de la multitud¹. El lenguaje, o más bien la pronunciación, era totalmente diferente. Ellos no hablaban caldeo en Galilea. Al mismo tiempo, esta manifestación del Hijo de David en Galilea fue el cumplimiento de una profecía en Isaías. He aquí el vigor de esta profecía: aunque el cautiverio romano era mucho más terrible que la invasión de los asirios cuando éstos subieron contra Israel, no obstante había esta circunstancia que lo alteraba todo, a saber, la presencia del Mesías, la Luz verdadera, en la tierra.

Observamos que el Espíritu de Dios aquí omite toda la historia de Jesús hasta el comienzo de Su ministerio después de la muerte de Juan el Bautista. Le da a Jesús Su posición propia en medio de Israel—Emanuel, el Hijo de Dios, el Amado de Dios, reconocido como Su Hijo, el Fiel en Israel, pese a estar expuesto a todas las tentaciones de Satanás—e inmediatamente después, Su posición profética anunciada por Isaías y el reino proclamado como cercano².

1. Llamada «el pueblo» en los Evangelios.

2. Podemos destacar aquí que Él abandona a los judíos y Jerusalén, como ya se ha observado, y Su lugar natural, por decirlo así, que le dio a Él Su nombre, Nazaret, y toma Su lugar profético. El encarcelamiento de Juan era un signo

MATEO 4

Más tarde, Él reúne a Su alrededor a aquellos que definitivamente tenían que seguirle en Su ministerio y en Sus tentaciones, y, a Su mandato, vincular su porción y su herencia con la Suya, abandonando todo lo demás.

El hombre fuerte se hallaba atado a fin de que Jesús pudiera despojar sus bienes y anunciase el reino con pruebas de ese poder que era capaz de establecerlo.

Dos cosas son entonces puestas de relieve en la narrativa de este evangelio. Primero, el poder que acompaña la proclamación del reino. En dos o tres versículos¹, sin más detalles, este hecho es anunciado. La proclamación del reino es escuchada con actos de poder que atraen la atención de todo el país, hasta el último confín del viejo territorio de Israel. Jesús aparece delante de ellos investido de este poder. Segundo, en los capítulos 5 al 7, el carácter del reino es anunciado en el sermón del Monte, así como el de las personas que deberían tener parte en él—además de ser revelado el nombre del Padre. Así entonces, el Señor había anunciado el reino venidero, y con el poder presente de la bondad, habiendo vencido al adversario. Luego muestra cuál era el verdadero carácter conforme a aquello que iba a ser establecido, y quiénes entrarían y de qué manera. En este sermón no se habla de la redención, sino del carácter y de la naturaleza del reino, y de quiénes podían entrar. Esto muestra claramente la posición moral que este sermón sostiene en la enseñanza del Señor.

Es evidente que, en toda esta parte del Evangelio, es la posición del Señor la que es motivo de la enseñanza del Espíritu, y no los detalles de Su vida. Los detalles vienen des-

de Su rechazo. Juan fue Su precursor del Señor también en Su misión. Ver el capítulo 17:12. El testimonio de Jesús es el mismo que el de Juan el Bautista. 1. Es notable que todo el ministerio del Señor sea resumido en el versículo 23. Todas las subsiguientes afirmaciones son hechos que tienen una importancia moral especial, los cuales muestran qué estaba cruzando entre el pueblo en gracia hacia Su rechazo, y no una historia propiamente derivada de ello. Esto sella el carácter de Mateo muy claramente.

MATEO 5-7

pués, a fin de exhibir lo que Él era en medio de Israel, Sus relaciones con este pueblo, y Su camino en el poder del Espíritu que condujo a la ruptura entre el Hijo de David y el pueblo que debió haberle recibido. Estando la atención de todo el país puesta en Su actos milagrosos, el Señor establece ante Sus discípulos—pero en presencia del pueblo—los principios de Su reino.

CAPÍTULOS 5-7

Este discurso puede dividirse en los siguientes apartados¹:

El carácter y la porción de aquellos que debían estar en el reino (versículos 1-12).

1. En el texto he dado una división que podría ser de ayuda para una aplicación práctica del sermón del Monte. Con respecto a los temas contenidos en él, quizás podría, aunque la diferencia no es muy grande, estar dividido mejor de la siguiente manera:

Capítulo 5:1-16: contiene el cuadro completo del carácter y posición del remanente que recibió Sus instrucciones—su posición, como debería ser conforme a la mente de Dios. El cuadro es completo en sí mismo.

Versículos 17-48: establecen la autoridad de la ley, la cual debería haber dirigido la conducta de los fieles hasta la introducción del reino; la ley que ellos habían de haber cumplido, así como las palabras de los profetas, para que el remanente fuera puesto en este nuevo terreno; y el menosprecio de la cual excluiría del reino a quienquiera que fuera culpable de ella; porque Cristo está hablando, no en el reino, sino anunciando que éste se acercaba. Pero, al tiempo que estableciendo de este modo la autoridad de la ley, continúa con los dos grandes elementos del mal, considerados en la ley solamente como actos exteriores, violencia y corrupción, y juzga el mal en el corazón (22,28) con gran ahínco para que saliera de Sus discípulos, y su estado del alma—aquel estado que tenía que caracterizarla, mostrando así cuál tenía que ser la conducta de ellos. Entonces el Señor retoma ciertas cosas que Dios había soportado en Israel, y preceptuadas conforme a lo que ellos podían soportar. Así era traído a la luz de un verdadero juicio moral el divorcio—el casamiento siendo la base divina de toda relación humana—y el jurar u ofrecer votos, la acción de la voluntad del hombre relacionado con Dios; la paciencia del mal, y la plenitud de la gracia, Su bendito carácter, que conllevaba el título moral de lo que era Su lugar vivo, hijos de su Padre que estaba en los cielos. En vez de debilitar aquello que Dios demandaba bajo la ley, Él no solamente iba a observarlo hasta su consumación, sino que Sus discípulos habían de ser perfectos *así como su Padre* que está en los cielos era perfecto. Esto añade la revelación del Padre al

MATEO 5-7

Su posición en el mundo (versículos 13-16).

La relación entre los principios del reino y la ley¹ (versículos 17-48).

El espíritu con el cual los discípulos deberían mostrar buenas obras (capítulo 6:1-18).

La separación del espíritu del mundo y de sus ansiedades (versículos 19-34).

El espíritu de sus relaciones con los demás (capítulo 7:1-6).

La confianza en Dios, la cual debía caracterizarlos (versículos 7-12).

La energía que debía caracterizarlos, a fin de que pudieran entrar en el reino; y no entrar en él sin más, porque muchos intentarían hacerlo, sino conforme a aquellos principios que lo hacían difícil para el hombre, según Dios—la puerta estrecha—y después, el medio por el cual discernirían a aquellos que procuraban engañarlos, así como la vi-

caminar moral y al estado que convenía al carácter de hijos tal como fue revelado en Cristo.

Capítulo 6: tenemos los motivos y el objeto que debían gobernar el corazón al hacer buenas obras, al vivir una vida religiosa. Su ojo debía estar puesto sobre su Padre. Esto es personal.

Capítulo 7: este capítulo se ocupa esencialmente de la relación apta entre Su propio pueblo y los demás—sin juzgar a sus hermanos y sí desconfiar de los profanos. Luego Él les exhorta a que confiaran cuando pidieran a su Padre por sus necesidades, y les instruye que actuasen hacia los demás con la misma gracia que gustarían de ver reflejada en ellos. Esto está fundamentado sobre el conocimiento de la bondad del Padre. Finalmente, les exhorta a exhibir la energía que les iba a permitir entrar por la puerta estrecha, y escoger el camino de Dios, costase lo que costase—pues muchos gustarían de entrar en el reino, pero no por esa puerta—; y les previene contra aquellos que intentarían engañarlos fingiendo que tenían la Palabra de Dios. No es de nuestros corazones solamente que deberíamos desconfiar, y del mal positivo, cuando siguiéramos al Señor, sino también de los ardides del enemigo y de sus agentes. Pero sus frutos iban a delatarlos.

1. Es importante, sin embargo, reiterar que no existe una espiritualización de la ley, como a menudo se dice. Los dos grandes elementos de la inmoralidad entre los hombres son considerados, violencia y corrupción, a los cuales son añadidos votos voluntarios. En éstos, las exigencias de la ley y lo que Cristo demandaba son contrastados.

MATEO 5-7

gilancia que necesitaban para no ser engañados (versículos 13-23).

Obediencia real y práctica a Sus dichos, la verdadera sabiduría de aquellos que escuchan Sus palabras (versículos 24-29).

Hay otro principio que caracteriza a este discurso, y es la presentación del nombre del Padre. Jesús sitúa a Sus discípulos en relación con Su Padre, como Padre de ellos. Les revela el nombre del Padre a fin de poder estar en relaciones con Él, y para que actúen en conformidad a lo que Él es.

Este discurso ofrece los principios del reino, pero supone el rechazo del Rey, y de la posición a la cual este reino traería a los que pertenecían al Rey, quienes debían consecuentemente esperar un galardón celestial. Tenían que dejar un rastro divino donde Dios era conocido y actuaba. Además, éste era el objeto de Dios. Su confesión tenía que ser tan abierta como para que el mundo atribuyera las obras de ellos al Padre. Por otra parte, tenían que actuar según un juicio del mal que llegara al corazón y a los motivos, pero también, conforme al carácter del Padre en gracia—para ser aprobados por el carácter del Padre en gracia—el cual veía en lo secreto, donde el ojo del hombre no podía penetrar. Tenían que poseer total confianza en Él para todas sus necesidades. Su voluntad era la norma según la cual se producía la entrada al reino.

Podemos observar que este discurso está relacionado con la proclamación del reino como cercano, y que todos estos principios de conducta son dados como características del reino, y como condiciones para la entrada en él. De ello se deduce que estos principios son meritorios de los que han entrado ya. El discurso pronunciado en medio de Israel¹ es

1. Debemos recordar siempre que, mientras que Israel tiene dispensacionalmente una gran importancia como el centro del gobierno divino de este mundo, moralmente no dejaba de ser el hombre donde todos los caminos y relaciones de Dios habían sido llevados a cabo para traer su estado a la luz. El gentil era el hombre abandonado a sí mismo en lo que se refiere a los caminos

MATEO 5-7

que el reino se establezca como el estado previo que debía preceder a su entrada en él, y para presentar sus principios fundamentales en relación con ese pueblo en contraste moral con las ideas que ellos se habían formado al respecto.

Al examinar las bienaventuranzas, hallaremos que esta parte en general ofrece el carácter de Cristo mismo. Ellos pensaban en dos cosas: la posesión futura de la tierra de Israel por mano de los mansos, y la persecución del remanente fiel, verdaderamente justo en sus caminos, el cual afirmaba los derechos del verdadero Rey, siendo el cielo presentado a ellos como esperanza para sostener sus corazones¹.

Ésta será la posición del remanente en los *últimos* días antes de la introducción del reino, siendo este último algo excepcional. Así era, moralmente, en los tiempos de los discípulos del Señor, en referencia a Israel, que la parte terrenal era demorada. En referencia al cielo, los discípulos son contemplados como testigos en Israel. Mientras que eran la única conservación de la *tierra*, también lo eran de un testimonio al *mundo*. Así que los discípulos son vistos en relación con Israel, al tiempo que como testigos del lado de Dios al mundo—estando en perspectiva el reino, pero todavía no

especiales de Dios, y por ello no revelados. Cristo era una luz (*eis apokalypsen ethnon*) para revelar a los gentiles.

1. Los caracteres pronunciados en las bienaventuranzas pueden ser definidos brevemente. Dan por supuesto el mal en el mundo, y entre el pueblo de Dios. El primer carácter no busca grandes cosas para el yo, aceptando un lugar despreciativo en una escena contraria a Dios. De ello que la lamentación es lo que los caracteriza aquí, y la mansedumbre, una voluntad que no se eleva en contra de Dios, ni para mantener su posición o derechos. Luego está el bien positivo ansiado, pues todavía no ha sido hallado; a partir de ahí, el hambre, y luego la sed; tal es el estado interior y actividad de la mente. Después, la gracia hacia los demás. Más tarde, la pureza de corazón, la ausencia de lo que desplaza a Dios; y, lo que está siempre relacionado con ello, la pacificación y la creación de paz. Pienso que hay un progreso moral en los versículos, conduciendo uno al siguiente como efecto de ello. Los dos últimos son consecuencia de querer mantener una buena conciencia y relación con Cristo en un mundo de maldad. Hay dos principios de sufrimiento, como en 1 Pedro, por causa de la justicia y del nombre de Cristo.

MATEO 5-7

establecido. La relación con los últimos días es evidente; sin embargo su testimonio tenía entonces, moralmente, este carácter. Solamente el establecimiento del reino terrenal había sido demorado, y la Iglesia, la cual es celestial, es introducida. El versículo 5 del quinto capítulo alude evidentemente a la posición de Israel en los tiempos de Cristo. Y de hecho ellos permanecen cautivos, en prisión, hasta que hayan recibido su castigo completo, y entonces será cuando saldrán nuevamente.

El Señor habla siempre y actúa como el Hombre obediente, movido y guiado por el Espíritu Santo. Vemos de la manera más extraordinaria, en este evangelio, quién es el que actúa así. Y es esto lo que confiere su verdadero carácter moral al reino de los cielos. Juan el Bautista podía anunciarlo como un cambio de dispensación, pero su ministerio era terrenal. Cristo podía igualmente anunciar este mismo cambio—el cambio era del todo importante—pero en Él había mucho más que esto. Él era del cielo, el Señor que vino del cielo. Al hablar del reino de los cielos, proclamaba la profunda y divina abundancia de Su corazón. Ningún hombre había estado en el cielo, excepto Él, que había descendido de allí, el Hijo del Hombre que estaba en el cielo. Éste fue el caso, como se expone de dos maneras en el evangelio de Mateo. Ya no se trataba de un gobierno conforme a la ley. Jehová, el Salvador, Emanuel, estaba presente. ¿Podía ser Él de otro modo que no fuera celestial en Su carácter, en el tono, en los sentidos, de toda Su vida?

Cuando empezó Su ministerio público y fue sellado por el Espíritu Santo, los cielos fueron abiertos a Él. Fue identificado con el cielo como un hombre sellado por el Espíritu Santo sobre la tierra. Él fue así la expresión constante del espíritu, de la realidad del cielo. Todavía no existía el ejercicio del poder judicial, el cual mantendría este carácter frente a todo lo que se le opusiera. Fue su manifestación en paciencia, no obstante la oposición de todo lo que le rodeaba y de la incapacidad de Sus discípulos para comprenderle.

MATEO 5-7

Así, en el sermón del Monte hallamos la descripción de aquello que era apto para el reino de los cielos, e incluso la garantía del galardón para aquellos que deberían sufrir sobre la tierra por causa de Su nombre. Esta descripción, como hemos visto, es esencialmente el carácter de Cristo mismo. Es así que un espíritu celestial se expresa en la tierra. Si el Señor enseñó estas cosas, se debe a que Él los amaba, a que Él era *ellos* y se complacía en ellos. Siendo el Dios del cielo, lleno como hombre del Espíritu sin medida, Su corazón estaba perfectamente al unísono con un cielo que Él conocía perfectamente. En consecuencia, da fin al carácter que Sus discípulos tenían que asumir con estas palabras: «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto». Toda su conducta tenía que tener la referencia de su Padre en los cielos. Cuanto más comprendamos la gloria divina de Jesús, y la manera en que Él como Hombre estaba relacionado con el cielo, tanto más asimilaremos lo que para Él era el reino de los cielos con respecto a lo que se ceñía a él. Cuando sea establecido con poder en un futuro, el mundo será gobernado conforme a aquellos principios, aunque no sean éstos, propiamente hablando, los terrenales.

El remanente de los últimos días, y no dudo en esto, hallando que todo a su alrededor es contrario a la piedad, y viendo que toda la esperanza judía se desvanece ante sus ojos, estarán obligados a mirar arriba, y adquirirán más y más este carácter, el cual, si no celestial, es al menos muy conforme a Cristo¹.

1. Aquellos que sean dados muerte irán al cielo, como Mateo 5:12 lo testifica, y el Apocalipsis también. Los otros, que son así conformados a Cristo como judío sufriente, estarán con Él sobre el monte Sión; aprenderán el cántico que se canta en el cielo, y seguirán al Cordero dondequiera que Él fuere (sobre la tierra). Podríamos también resaltar aquí que en las bienaventuranzas hay la promesa de la tierra para los mansos, la cual será literalmente consumada en los últimos días. En el versículo 12, un galardón en el cielo es prometido a aquellos que sufrirán por Cristo, cierto para nosotros ahora, y de algún modo para aquellos que serán matados por causa de Su nombre en los últimos tiem-

MATEO 5-7

Hay dos cosas relacionadas con la presencia de la multitud en el versículo 1. En primer lugar, el tiempo necesario para que el Señor pudiera dar una idea verdadera del carácter de Su reino, después de que atrajera tras Él a toda la muchedumbre. Haciéndose sentir Su poder, era importante que Su carácter fuese dado a conocer. Por otro lado, esta multitud que seguía a Jesús era un lazo para Sus discípulos; y Él les hace entender qué completo contraste había entre el efecto que la multitud podía causar sobre ellos y el espíritu verdadero que debía gobernarlos. Así, lleno Él de lo verdaderamente bueno, presenta enseguida lo que llenaba Su corazón. Éste era el verdadero carácter del remanente, que en general se asemejaba a Cristo en esto. Ocurre a menudo así en los Salmos.

La sal de la tierra es algo diferente de la luz del mundo. La tierra, según me parece, expresa aquello que ya profesaba haber recibido luz de Dios—lo que estaba en relación con Él en virtud de la luz—habiendo asumido una forma determinada ante Él. Los discípulos de Cristo eran el principio de conservación en la *tierra*. Ellos eran la luz del *mundo*, que no poseía esta luz. Ésta era su posición, reflejaran esa luz o no. Era el propósito de Dios que ellos fueran la luz del mundo. Una candela no se enciende para ser ocultada después.

Todo esto supone la posibilidad de que el reino sea establecido en el mundo, pero también supone la oposición de la gran mayoría de los hombres a su establecimiento. No es una cuestión de la redención del pecador, sino de la comprensión del carácter propio de un lugar en el reino de Dios; aquel que el pecador debería procurarse mientras se halle en el camino con su adversario, a fin de no caer en las manos del juez—lo cual ha sucedido verdaderamente a los judíos.

pos, y los cuales tendrán su lugar en el cielo aunque sean éstos una parte del remanente judío, y no de la asamblea. Lo mismo encontramos en Daniel 7: solamente, observad, son los tiempos y las leyes los que serán entregados en manos de la bestia, no los santos.

MATEO 5-7

Los discípulos son traídos en la relación con el Padre uno por uno—el segundo gran principio del discurso, la consecuencia de que el Hijo está allí—y sin embargo les es presentado algo más excelente aún que su posición de testimonio para el reino. Tenían que actuar en gracia, igual que su Padre actuaba, y su oración debía ser para un orden de cosas en las que todo correspondiera moralmente al carácter y a la voluntad de su Padre. «Santificado sea tu nombre, venga tu reino¹»; que todo respondiera al carácter del Padre y fuese el efecto de Su poder; «Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra», es obediencia perfecta. La sujeción universal a Dios en el cielo y sobre la tierra será, hasta cierto punto, efectuada por la intervención de Cristo en el milenio, y de manera absoluta cuando Dios será todo en todos. Mientras tanto, la oración expresa dependencia diaria, la necesidad del perdón, la necesidad de ser guardados del poder del enemigo, el deseo de no ser acrisolados por él, como una economía de Dios, igual que lo fueran Job o Pedro, y de ser preservados del mal.

Esta oración también se adapta a la posición del remanente; pasa por alto la dispensación del Espíritu e incluso aquello que corresponde al milenio como un reino terrenal, para expresar los deseos correctos y hablar de la condición y de los peligros del remanente hasta que el reino del Padre haya de venir. Muchos de estos principios son siempre verdaderos, pues nosotros estamos en el reino, y en el espíritu deberíamos manifestar sus rasgos; pero la aplicación especial y literal es aquello lo cual he dado. Ellos son traídos a la relación con el Padre en la comprensión de Su carácter, el cual tenía que manifestarse en ellos en virtud de esta relación, haciendo que desearan el establecimiento de Su reino para vencer las dificultades de un mundo enemigo, guardarse a sí mismos de los lazos del enemigo y hacer la voluntad del Padre. Era Jesús quien podía transmitirles

1. Es decir, el del Padre. Comparar Mateo 13:43.

MATEO 8

esto. Así pasa de la ley¹, reconocida como proveniente de Dios, a su consumación, cuando será como absorbida en la voluntad de Aquel que la dio, o llevada a cabo en sus propósitos por Aquel que solamente podía hacerlo así en cualquiera de los sentidos.

CAPÍTULO 8

En el octavo capítulo, el Señor comienza Su paciente vida de testimonio en medio de Israel, la cual concluyó con Su rechazo por el pueblo al que Dios había guardado tanto tiempo para Él, para su propia bendición.

Él había proclamado el reino, manifestó Su poder por toda la tierra, y declaró Su carácter, así como el espíritu de aquellos que deberían entrar en el reino. Pero Sus milagros², así como todo el evangelio, están siempre caracterizados por Su posición entre los judíos y las relaciones de Dios con ellos, hasta que es rechazado. Jehová, no obstante el Hombre obediente a la ley, mostraba por anticipado la entrada de los gentiles en el reino—su establecimiento en misterio en el mundo—y predecía la edificación de la Iglesia o asamblea sobre la aceptación de que Él era el Hijo del Dios viviente, y del reino en gloria. Y, mientras que detectaba, como efecto de Su presencia, la malignidad del pue-

1. La ley es la norma perfecta para un hijo de Adán, la norma o medida de lo que debería ser, pero no de la manifestación de Dios en gracia como Cristo lo era, en lo cual Él es nuestro modelo—un llamamiento justo a amar a Dios y a andar en el cumplimiento del deber en las relaciones con Él, pero no a una imitación de Dios, sino andando en amor, como Cristo nos amó y se dio a Sí mismo por nosotros.

2. Los milagros de Cristo tenían un carácter peculiar. No eran meramente actos de poder, sino que eran todos ellos poder de Dios visitando este mundo en bondad. El poder de Dios había sido mostrado frecuentemente de modo especial, desde Moisés, pero a menudo en juicio. Pero los milagros de Cristo eran todos la liberación de los hombres de las maléficas consecuencias que el pecado había introducido. Había una excepción, la maldición de la higuera, pero ésta era una sentencia judicial sobre Israel, es decir, el hombre bajo el antiguo pacto en donde había gran apariencia, pero ningún fruto.

MATEO 8

blo, soportaba empero la carga de Israel con perfecta paciencia¹. Es Jehová presente en bondad, la que ellos mostraban exteriormente. ¡Maravillosa verdad!

En primer lugar, hallamos la curación del leproso. Jehová solo, en Su soberana gracia, podía curar al leproso; aquí Jesús lo hace así. «Si quieres», dice el leproso, «puedes». «Quiero», contesta el Señor. Pero al mismo tiempo, mientras muestra en Su propia Persona aquello que repele toda posibilidad de contaminación—aquello que está por encima del pecado—Él le muestra al contaminado la más perfecta condescendencia. Toca al leproso, y le dice «Quiero, sé limpio». Vemos la gracia, el poder, la santidad incólume

1. Incluyo aquí algunas notas de los manuscritos, tomadas cuando leía Mateo, pues esto fue escrito como arrojando, creo, luz sobre la estructura de este Evangelio. Mateo 5 al 7 ofrece el carácter necesario para la entrada en el reino, el carácter que tenía que distinguir al remanente aceptado; Jehová, estando ahora en el camino con la nación hacia el juicio. Los capítulos 8-9 ofrecen el otro aspecto—gracia y bondad venidas, Dios manifestado, Su carácter y hechos, esa cosa nueva que no podía ser metida en odres viejos—bondad en poder, pero rechazada, el Hijo del Hombre (no el Mesías), quien no tenía dónde recostar Su cabeza. El capítulo 8 ofrece la intervención con poder bajo una bondad temporal. Bajo esta bondad se continúa más allá de Israel, puesto que trata en gracia con lo que fue excluido del campamento de Dios en Israel. Se habla además del poder sobre el poder satánico, sobre la enfermedad y sobre los elementos, y ello tomando la carga sobre Sí mismo, pero bajo un rechazo consciente. El capítulo 8:17-20 nos lleva a Isaías 53:3-4, y al estado de cosas que llamaban a un total seguimiento tras Él, abandonando todo. Esto nos conduce al triste testimonio de que, si el poder divino expele el de Satanás, la presencia divina manifestada en aquél es insoportable para el mundo. La figura del hato de cerdos prefigura a Israel. El capítulo 9 provee el lado religioso de Su presencia en gracia, el perdón, y el testimonio de que Jehová estaba allí conforme al Salmo 103, pero llamando a pecadores, no a justos. Y esto era especialmente lo que no se adaptaba a los odres viejos. Para acabar, este capítulo, prácticamente, salvo la paciencia de la bondad, cierra la historia. Él vino para salvar la vida de Israel. Había realmente muerte cuando Él vino: sólo que, donde había fe en medio de la muchedumbre agolpada, había también curación. Los fariseos muestran la blasfemia de los líderes: solamente la paciencia de la gracia subsiste aún, llevada a cabo hacia Israel en el capítulo 10, pero son hallados incorregibles en el capítulo 11. El Hijo revelaba al Padre, y esto es lo que permanece y da descanso. El capítulo 12 despliega totalmente el juicio y el rechazo de Israel. El capítulo 13 presenta a Cristo como sembrador, no buscando fruto en Su viña, y la forma real del reino de los cielos.

MATEO 8

de Jehová, descendida en la Persona de Jesús en la más íntima proximidad hacia el pecador, tocándole casi. Fue ciertamente «el Señor te ha curado¹». A la vez, Él se ocultó, y ordenó al hombre que había sido sanado que fuese al sacerdote según las ordenanzas de la ley para presentar la ofrenda. Él no se salió del lugar del judío en sujeción a la ley; Jehová estaba allí en bondad.

En el siguiente caso, vemos a un gentil que por la fe goza de todo el efecto de ese poder que su fe imputaba a Jesús, propiciándole al Señor la ocasión para declarar la solemne verdad de que aquellos pobres gentiles deberían venir y sentarse en el reino de los cielos con los padres, respetados por la nación judía por ser éstos los primeros padres de los herederos de la promesa. Los hijos del reino deberían quedar fuera en las tinieblas. De hecho, la fe de este centurión reconoció un poder divino en Jesús, el cual, por la gloria de Aquel que lo poseía, abriría la puerta a los gentiles—no olvidaría a Israel—e injertaría en el olivo de la promesa las ramas del olivo silvestre, en el lugar de aquellos que debían ser cortados. La manera cómo debería esto tener lugar en la asamblea, no es ahora la cuestión que se trata.

Él no abandona a Israel de ningún modo. Entra en la casa de Pedro y cura a la madre de su esposa. Hace lo mismo con todos los enfermos que se agolpaban en torno a la casa, cuando anochecía y el sábado había terminado. Fueron todos curados, y los demonios echados fuera, para que se cumpliera la profecía de Isaías: «Llevó él nuestras enfermedades, y soportó nuestros dolores». Jesús se situó voluntariamente bajo el peso de todas las dolencias que oprimían a Israel, para aliviarlos y curarlos. Es *Emanuel*, quien siente su miseria y está abatido por todas sus aflicciones, y quien ha venido con el poder que le capacita para liberarlos.

1. Aquel que tocaba a un leproso se volvía impuro; pero el Bendito vino tan cerca del hombre que quitó la impureza sin contaminarse. El leproso conocía Su poder, pero no estaba seguro de Su bondad. El «quiere» la declaró con tan gran título que Dios sólo tiene que decir: «Quiero».

MATEO 8

Estos tres casos exhiben este carácter de Su ministerio de manera clara y extraordinaria. Él se oculta, pues hasta el momento en que Él mostraría juicio a los gentiles no levanta Su voz en las calles. Es la paloma, la cual reposa sobre Su cabeza. Estas manifestaciones de poder atraen a los hombres hacia Él; pero esto no le engaña: nunca se aparta en espíritu del lugar que ha tomado. Él es el menospreciado y rechazado de los hombres; no tiene dónde recostar Su cabeza. La tierra tenía más lugar para las zorras y las aves que para Él, a quien hemos visto aparecer antes como el Señor, reconocido cuando menos por causa de las necesidades que nunca rehusó satisfacer. Por lo tanto, si algún hombre quería seguirlo, debía abandonar todo para ser el compañero del Señor, que no hubiera descendido a la tierra si no hubiese estado todo en entredicho; ni lo habría hecho sin un derecho absoluto, aunque hubiera sido a la vez con un amor que solamente podía estar ocupado con su misión, y con la necesidad que trajo al Señor allí.

El Señor sobre la tierra, o lo era todo o no era nada. Esto, verdaderamente, tenía que sentirse moralmente en sus resultados, en la gracia que, actuando por fe, vinculaba al creyente a Él con un lazo inefable. Sin ello, el corazón no hubiera sido moralmente sometido a prueba, pero esto no le restaba importancia. Por consiguiente, estaban presentes las pruebas: los vientos y las olas, ante los cuales para el ojo humano Él parecía estar expuesto, obedecían Su voz de inmediato—una sobrada prueba para la incredulidad que le despertó de Su sueño, la cual había creído posible que las olas fuesen a hundirle, y con Él los consejos y el poder de Aquel que había creado estos elementos. Es evidente que esta tormenta fue enviada para probar la fe de ellos y la dignidad de Su Persona. Si el enemigo fue el instrumento que la produjo, su éxito sólo sirvió en parte para que el Señor manifestase Su gloria. Tal es siempre el caso respecto a Cristo, y para nosotros, donde la fe está.

Ahora bien, la realidad de este poder, y la manera de su

MATEO 8

operación, son demostrados forzosamente por aquello que sigue después.

El Señor desembarca en la región de los gadarenos. Allí el poder del enemigo se manifiesta en todos sus horrores. Si el hombre, a quien el Señor había acudido en gracia, no le conocía, los demonios sí conocían a su Juez en la Persona del Hijo de Dios. El hombre estaba poseído por ellos. El temor que tenían al tormento en el juicio de los últimos días, es aplicado en la mente del hombre ante la presencia inmediata del Señor: «¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo?» Los espíritus malignos actúan en los hombres mediante el temor de su poder, pero carecen de él si no se les teme. Sin embargo, sólo la fe puede quitar este temor del hombre. No me refiero a la codicia con que éstos actúan, ni a las argucias del enemigo; me refiero al *poder* del enemigo. «Resistid al diablo y él huirá de vosotros». Aquí los demonios deseaban manifestar la realidad de su poder. El Señor lo permite para dejar claro que en este mundo no se pone en duda simplemente si el hombre es bueno o malo, sino también aquello que es más fuerte que el hombre. Los demonios entran en el hato de cerdos, que perecen en el agua. La triste realidad queda plenamente demostrada en cuanto a la inexistencia de mera enfermedad o codicia pecaminosa, ¡pero sí queda demostrada en cuanto a la existencia de malos espíritus! Sin embargo, gracias sean dadas a Dios, era el interés también de Aquel que, aunque Hombre sobre la tierra, era más poderoso que ellos. Los demonios se ven obligados a reconocer este poder, y apelan a él. No existe el mínimo gesto de resistencia. En la tentación en el desierto, Satanás había sido vencido. Él libera completamente al hombre al cual habían oprimido con su poder demoníaco. Podía haber liberado al mundo de todo el poder del enemigo, si éste hubiera sido solamente el motivo, y de todas las desgracias de la humanidad. El hombre fuerte fue atado, y el Señor despojó sus bienes. Pero la presencia de Dios, de Jehová, turba al mundo incluso más que

MATEO 9

el poder del enemigo degrada y domina sobre la mente y el cuerpo. El control del enemigo sobre el corazón—demasiado tranquilo, y he aquí, muy poco apercibido—es más fuerte que la fuerza del corazón. Éste sucumbe ante la palabra de Jesús, pero la voluntad del hombre acepta el mundo como es, gobernado por la influencia de Satanás. La ciudad entera, la cual había presenciado la liberación del poseído y el poder de Jesús presente entre ellos, le ruegan que se marche. ¡Triste historia la del mundo! El Señor descendió con poder para liberar al mundo—al hombre—de todo el poder del enemigo, pero ellos no lo querían. Su distancia de Dios era moral, y no simplemente una sujeción al poder hostil. Ellos se sometieron a su yugo, a él se habían acostumbrado, y no iban a querer la presencia de Dios.

No tengo la menor duda de que lo que sucedió al hato de cerdos es lo que sucedió a los judíos impíos y profanos, los cuales rechazaron al Señor Jesús. Nada es más extraordinario que la manera en que una Persona divina, Emanuel, si bien un Hombre en gracia, es manifestada en este capítulo.

CAPÍTULO 9

En el siguiente capítulo noveno, a la vez que actuando en el carácter y en la conformidad al poder de Jehová—como leemos en el Salmo 103: «Quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias»—es presentada la misma gracia verdadera para ellos en la cual Él vino. Ofrece el carácter de Su ministerio, así como el capítulo previo ofrece la dignidad de Su Persona y el significado de lo que Él era. Se presenta a Sí mismo a Israel como Su verdadero Redentor y Libertador; y, para demostrar que Su título—al cual se oponía la incredulidad—era esta bendición para Israel y el perdón de todas sus iniquidades que levantaron una barrera entre ellos y su Dios, lleva a término la segunda parte del versículo y cura la

MATEO 9

enfermedad. ¡Precioso testimonio de la bondad hacia Israel, y al mismo tiempo demostración de la gloria de Aquel que estuvo en medio de Su pueblo! En el mismo espíritu, como Él había perdonado y sanado, llama al publicano y entra en su casa, pues había venido a llamar a pecadores, no a justos.

Pasemos ahora a otra porción de la enseñanza de este evangelio: el desarrollo de la oposición de los no creyentes, de los sabios y de los *religionarios* en particular; y sobre aquélla del rechazo de la obra y Persona del Señor.

La idea, la escena de aquello que tuvo lugar, nos ha sido presentada ya en el caso del endemoniado gadareno—el poder de Dios presente para la completa liberación de Su pueblo, del mundo, si le recibían—poder que los demonios confesaban ser el que en un futuro los juzgaría y los echaría fuera, el cual se mostraba en bendición para toda la muchedumbre del lugar, pero que rechazaron porque no deseaban que tal poder habitara entre ellos. No querían la presencia de Dios.

La narración de los detalles y el carácter de este rechazo comienza ahora. Obsérvese que el capítulo 8:1-27 ofrece la manifestación del poder del Señor—este poder siendo verdaderamente el de Jehová sobre la tierra. A partir del versículo 28, la bienvenida que este poder tuvo en el mundo, y la influencia que gobernaba al mundo, son presentados, ya como poder, o moralmente en los corazones de los hombres.

Llegamos aquí al despliegue histórico del rechazo de esta intervención de Dios sobre la tierra. La multitud glorifica a Dios, que había dado tal poder a un hombre. Jesús acepta este lugar. Él era Hombre: viéndolo la multitud así, reconoció el poder divino, pero no supo cómo combinar las dos ideas en Su Persona.

La gracia que desprecia las pretensiones de justicia del hombre, es ahora presentada: Mateo, el publicano, es llamado; pues Dios mira el corazón, y la gracia llama a los va-

MATEO 9

sos elegidos. El Señor declara la mente de Dios sobre este asunto y Su misión. Él vino a llamar a pecadores; Él iba a mostrar clemencia. Era Dios en gracia, y no el hombre con su afectada justicia basada en sus méritos.

Atribuye dos razones por las cuales era imposible reconciliar Su curso con las exigencias de los fariseos. ¿Cómo podían ayunar los discípulos cuando su Esposo estaba allí? Cuando el Mesías se hubiera marchado, bien hallarían el tiempo para ayunar. Además, era imposible adaptar los nuevos principios y el nuevo poder de Su misión a las viejas formas farisaicas.

Tenemos la gracia a los pecadores, pero siendo ésta rechazada enseguida viene una prueba más convincente de que el Mesías-Jehová estaba allí, con gracia. Rogándole que resucitase a una joven de su lecho de muerte, Él obedece la llamada. Mientras marcha, una pobre mujer, la cual empleó sin éxito todos los medios para curarse, es sanada al instante tocando con fe el borde de Sus vestiduras.

La historia nos proporciona las dos grandes divisiones de la gracia que fue manifestada en Jesús. Cristo vino para despertar al Israel muerto; Él hará lo mismo en lo venidero en el sentido pleno de la palabra. Mientras tanto, cualquiera que se acercaba a Él con fe, en medio de la multitud que le acompañaba, era curado por muy desesperado que fuera siempre su caso. Esto, que tuvo lugar en Israel cuando Jesús estaba allí, es cierto en principio acerca de nosotros también. La gracia en Jesús es un poder que hace resucitar de los muertos, y la cual sana. Él abrió los ojos de aquellos en Israel que le reconocían como Hijo de David, y de quienes creyeron que Su poder podía suplir sus necesidades. Él sacó fuera a los demonios también, y devolvió el habla al mudo. Pero habiendo realizado estos actos de poder en Israel, a fin de que el pueblo, en cuanto al hecho, los reconociera con admiración, los fariseos, el grupo más religioso de la nación, atribuyen este poder al príncipe de los demonios. Tal es el efecto de la presencia del Señor en los

MATEO 10

líderes, celosos de Su gloria así manifestada entre el pueblo, sobre el cual ellos ejercían su influencia. Pero esto en modo alguno estorba a Jesús en Su carrera de beneficencia. Todavía puede Él llevar testimonio entre el pueblo. A pesar de los fariseos, Su paciente bondad todavía halla lugar. Continúa predicando y curando. Tiene compasión del pueblo, quienes eran como ovejas sin un pastor, abandonados, moralmente, a su propia guía. Él ve que la cosecha es abundante, pero los obreros pocos. Todavía ve una puerta abierta para dirigirse al pueblo y echa a un lado la malignidad de los fariseos.

Resumamos lo que hallamos en el capítulo, la gracia desplegada en Israel. En primer lugar, la gracia que cura y perdona, como en el Salmo 103. Luego, la gracia que llama a los pecadores, no a los justos. El esposo estaba allí, y no podía la gracia en poder ser puesta en vasos judaicos ni farisaicos; era nueva incluso tratándose de Juan el Bautista. Él viene para dar vida a los muertos, no para curarlos, pero quienes fueran que entonces le tocaban con fe—porque existían los tales—eran sanados en el camino. Abría los ojos para que vieran, como Hijo de David, y abrió la boca muda de aquel a quien el demonio oprimía. Todo es rechazado blasfemamente por los orgullosos fariseos. Pero la gracia ve la multitud hasta ahora careciendo de pastor; y mientras el portero mantiene la puerta abierta, no cesa de buscar y ministrar a las ovejas.

CAPÍTULO 10

Mientras Dios le daba acceso al pueblo, Él continuaba su labor de amor. Era consciente de la iniquidad que gobernaba al pueblo, aunque no buscaba Él Su propia gloria. Habiendo exhortado a Sus discípulos que rogaran que pudiesen ser enviados obreros a la mies, Él comienza a actuar en conformidad a ese deseo. Llama a Sus doce discípulos, y les da poder para sacar fuera los demonios y

MATEO 10

curar a los enfermos, enviándolos a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Vemos, en esta misión, hasta qué punto los caminos de Dios con Israel forman el sujeto de este evangelio. Tenían que anunciar a aquel pueblo, y a ellos exclusivamente, la cercanía del reino, al tiempo que ejercían el poder que habían recibido: un sorprendente testimonio de Aquel que había venido, que no realizaba los milagros Él solo, sino que confería el poder a otros para que obrasen del mismo modo. Les dio autoridad sobre los malos espíritus para este propósito. Es esto lo que caracteriza al reino—el hombre sanado de todas las enfermedades, y el demonio echado fuera. De acuerdo a este hecho, en Hebreos 6 los milagros son llamados «los poderes del siglo venidero¹.»

Con respecto a su necesidad, ellos tenían también que depender de Aquel que los enviaba. Emanuel estaba allí. Si los milagros eran una prueba al mundo del poder de su Maestro, el hecho de que ellos no carecían de nada debía proveer la misma prueba a sus corazones. Las ordenanzas fueron abrogadas durante este período de su ministerio, el cual siguió a la partida de Jesús de este mundo (Lucas 22:35-37). Aquello que Él aquí ordena a Sus discípulos va ligado a Su presencia como Mesías, como Jehová, Él mismo sobre la tierra. Por lo tanto, el recibimiento de Sus mensajeros o su rechazo decidía la suerte de aquellos a quienes eran enviados. Al rechazarlos, rechazaban al Señor, Emanuel, Dios con Su pueblo². Él los envió como ovejas en me-

1. En aquel entonces Satanás será atado y el hombre liberado por el poder de Cristo. Ya había liberaciones parciales de esta clase.

2. Hay una división del discurso del Señor en el versículo 15. Hasta ahí, es la misión actual del momento. A partir del versículo 16, tenemos reflexiones más generales sobre la misión de ellos, vista hasta el final generalmente en medio de Israel. Evidentemente que va más allá de su misión actual de entonces, y supone la venida del Espíritu Santo: la misión por la cual la Iglesia es llamada como tal y como algo distinto. Esto se aplica solamente a Israel, quienes fueron impedidos de ir a los gentiles. Esto concluyó forzosamente con la destrucción de Jerusalén y la dispersión de la nación judía, pero que va a ser

MATEO 10

dio de lobos. Iban a necesitar la prudencia de serpientes, y tenían que exhibir la naturalidad de las palomas—rara unión de virtudes, hallada solamente en aquellos que, por el Espíritu del Señor, son sabios para con lo bueno y sencillos con respecto al mal.

Si no se guardaban de los hombres—triste testimonio en cuanto a éstos—no harían otra cosa que sufrir, pero si eran azotados y llevados ante los concilios, ante los gobernantes y los reyes, todo ello devendría un testimonio para ellos—un medio divino para presentar el evangelio del reino a los reyes y príncipes, sin alterar su carácter ni acomodándolo al mundo, y sin mezclar siquiera al pueblo del Señor con sus costumbres y pretendida grandeza. Circunstancias de este tipo hacían su testimonio más notable que la asociación con los grandes de la tierra hubiera podido hacer.

Y, a fin de cumplir todo esto, debían recibir tal poder y dirección del Espíritu de su Padre como para hacer que las palabras que ellos hablaban no fueran las suyas, sino las de Aquel que se las inspiraba. Nuevamente aquí, su relación con su Padre, la cual caracteriza tan claramente al sermón del Monte, deviene la base de su capacidad para el servicio que tenían que realizar. Debemos recordar que este testimonio iba dirigido a Israel solamente. Y estando Israel bajo el yugo de los gentiles desde el tiempo de Nabucodonosor, llegaría hasta sus gobernantes.

Este testimonio iba a soliviantar una oposición que rompería todos los lazos familiares, así como despertaría un odio que no miraría las vidas de aquellos que hubieran sido más amados. Aquel que pese a todo resistiese hasta el final, sería salvo. No obstante, el caso era apremiante. Ellos no debían resistirse, pero si la oposición tomaba la

renovada al final, cuando el Hijo del Hombre haya venido. Había un testimonio solamente a los gentiles, presentado ante ellos como jueces, como lo era Pablo, y esta parte de su historia y hasta Roma, en Hechos, ocurrió entre los judíos. La última parte, a partir del versículo 16, tiene menos que ver con el evangelio del reino.

forma de persecución, tenían que huir y predicar el evangelio en otro lugar, pues antes de que ellos hubieran ido por todas las ciudades de Israel el Hijo del Hombre habría venido¹. Tenían que anunciar el reino. Jehová Emanuel estaba allí, en medio de Su pueblo, y los principales habían llamado al maestro de la casa Belcebú. Esto no había detenido Su testimonio, sino que matizó vivamente las circunstancias en que este testimonio tenía que ser rendido. Él los envió y les previno sobre este estado de cosas, para que mantuvieran este testimonio final entre Su pueblo amado tanto como fuera posible. Ello tuvo lugar en aquel momento, y es posible, si las circunstancias lo permiten, continuarlo hasta que el Hijo del Hombre venga a ejecutar juicio. Cuando esto ocurra, el maestro de la casa se habrá *levantado* para cerrar la puerta. El «hoy» del Salmo 91 habrá terminado. Siendo el objeto de este testimonio Israel en posesión de sus ciudades, es forzosamente

1. Obsérvese aquí la expresión «Hijo del Hombre». Éste es el carácter en el cual (según Dan. 7) el Señor vendrá en un poder y gloria mucho mayores que aquellos bajo los que se manifestó como Mesías, el Hijo de David, y que manifestará dentro de una esfera más amplia. Como el Hijo del Hombre, Él es el heredero de todo lo que Dios destina al hombre (ver Heb. 2:6-8 y 1 Cor. 15:27). En consecuencia, y en vista de la condición del hombre, Él debe sufrir para poder poseer esta herencia. Él estaba allí como el Mesías, pero debía ser recibido en Su verdadero carácter, Emanuel; y los judíos debían ser sometidos moralmente a prueba. Él no poseerá el reino sobre principios carnales. Rechazado como Mesías, como Emanuel, pospone el período de aquellos acontecimientos que concluirán el ministerio de Sus discípulos con respecto a Israel, a Su venida como el Hijo del Hombre. Entretanto, Dios ha producido otro estado de cosas que habían estado ocultas desde la fundación del mundo, la verdadera gloria de Jesús el Hijo de Dios, Su gloria celestial como Hombre y la Iglesia unida a Él en el cielo. El juicio de Jerusalén, y la diáspora de la nación, han suspendido el ministerio que había comenzado en el momento en que el evangelista habla aquí. Aquello que ha ocupado el intervalo desde entonces, no es el asunto a tratar en el discurso del Señor, el cual solamente se refiere al ministerio que tenía como objeto a los judíos. Los consejos de Dios con respecto a la Iglesia, en relación con la gloria de Jesús a la diestra de Dios, los veremos referidos más adelante.

Lucas nos dará más detalles concernientes al Hijo del Hombre. En Mateo, el Espíritu Santo nos ocupa con el rechazo de Emanuel.

MATEO 10

interrumpido cuando ya no se encuentran en su tierra. El testimonio del reino venidero, dado en Israel por los apóstoles después de la muerte del Señor, es un cumplimiento de esta misión, hasta donde alcanzaba el testimonio rendido en la tierra de Israel. Pues el reino podía anunciarse para ser establecido mientras Emanuel estaba en la tierra. O bien podría serlo a causa del regreso de Cristo del cielo como lo anuncia Pedro en Hechos 3. Y esto podría tener lugar si Israel estuviera en la tierra, hasta el regreso de Cristo. Así, el testimonio puede reanudarse en Israel siempre que se hallen de nuevo en su tierra, y el poder espiritual sea enviado por Dios como requisito.

Los discípulos tenían que compartir la propia posición de Cristo. Si llamaron al maestro de la casa Belcebú, más todavía a aquellos de Su familia. Pero no debían temer. Era la porción necesaria de aquellos que estaban del lado de Dios en medio del pueblo. Y no había nada oculto que no hubiera de ser revelado. Ellos mismos no tenían que contenerse de anunciar en los tejados de las casas todo lo que habían aprendido, pues todo había de ser traído a la luz: su fidelidad a Dios en este sentido, así como otras cosas. Todo ello, a la vez que chocaba con las secretas intrigas de sus enemigos, tenía que definir por sí solo las sendas de los discípulos. Dios, el cual es luz, y ve en la oscuridad igual que en la claridad, iba a traer todo a la luz, pero ellos debían empezar a hacer lo mismo moralmente ahora. De esta manera no debían temer nada mientras realizaran esta obra, a menos que fuera a Dios mismo, el juez justo en los últimos tiempos. Además, los cabellos de su cabeza estaban contados. Eran apreciados por su Padre, al cual no pasaba por alto la muerte de un gorrión. Y esto no podía suceder sin Aquel que era su Padre.

Finalmente, debían estar plenamente convencidos de que el Señor no había venido para traer paz sobre la tierra; trajo división, incluso a los vínculos familiares. Cristo tenía que ser más apreciado que el padre o la madre, y más in-

MATEO 11

cluso que la vida misma. Aquel que quería salvar su vida a expensas de su testimonio de Cristo, la perdería; y aquel que quería perder su vida por causa de Cristo, la ganaría. Y también aquel que recibiera este testimonio, en la persona de los discípulos, recibía a Cristo, y, en Cristo, a Aquel que le envió. Dios, entonces, siendo así reconocido en las personas de Sus testigos sobre la tierra, otorgaría a cualquiera que los recibiera un galardón de acuerdo al testimonio rendido. Reconociendo así el testimonio del Señor rechazado, fuera siquiera por un vaso de agua fría, aquel que lo daba no perdería su recompensa. En un mundo opo-nente, aquel que cree el testimonio de Dios, y recibe—a pesar del mundo—al hombre que lleva este testimonio, confiesa realmente a Dios, así como a Su siervo. Esto es todo lo que podemos hacer. El rechazo de Cristo constituía una prueba, una piedra de toque.

Desde ese momento hallamos el juicio definitivo de la nación, pero no como para ser abiertamente declarado—lo cual ocurre en el capítulo 12—ni por la interrupción del ministerio de Cristo, el cual produjo, no obstante la oposición de la nación, la reunión del remanente, y todavía el más importante efecto de la manifestación de Emanuel. Ello se evidencia en el carácter de Sus discursos, en las positivas declaraciones que describen la condición del pueblo, y en la conducta del Señor en medio de las circunstancias que hicieron que expresara las relaciones que Él sostenía hacia ellos.

CAPÍTULO 11

En este capítulo, habiendo enviado a Sus discípulos a predicar, Él continúa el ejercicio de Su ministerio. Las noticias de las obras de Cristo llegan a Juan en la prisión. Éste, en cuyo corazón, no obstante su don profético, quedaban todavía reminiscencias judías y esperanzas, manda por medio de sus discípulos a preguntar a Jesús si Él era Aquel que

MATEO 11

había de venir, o bien habían de seguir buscándole¹. Dios permitió que se hiciera esta pregunta para poner todas las cosas en su lugar. Cristo, siendo el Verbo de Dios, debería ser Su propio testimonio. Debería darlo acerca de Sí mismo igual que acerca de Juan, y no recibirlo de este último. Esto es lo que hizo en presencia de los discípulos de Juan. Él curó todas las enfermedades de los hombres, y predicó el evangelio a los pobres. Los mensajeros de Juan tenían que presentar ante él el verdadero testimonio de lo que Jesús era. Y Juan tenía que recibirlo. Era por estas cosas que los hombres eran sometidos a prueba. Bienaventurados aquellos que no se ofendían por el semblante humilde del Rey de Israel. Dios manifestado en carne no vino a buscar la pompa de la realeza, aunque fuera Su derecho, sino la liberación de los hombres sufrientes. Su obra revelaba un carácter mucho más divino en profundidad, que tenía una acción en origen de mayor gloria que aquella que dependía de la posesión del trono de David—más que la acción que hubiera puesto a Juan en libertad y hubiese terminado con la tiranía que le tenía prisionero.

El emprender este ministerio, el descender al centro de este ejercicio y soportar los dolores y las cargas de Su pueblo, podía ser una ocasión de caída para un corazón carnal que buscaba la apariencia de un reino glorioso que llenara el orgullo de Israel. Pero ¿no era lo contrario divinamente mejor y más necesario para la condición del pueblo según Dios lo veía? El corazón de cada uno sería así probado para manifestarse si pertenecía a aquel remanente penitente, el cual discernía los caminos de Dios, o bien a la multitud orgullosa, la cual procuraba solamente su propia gloria y carecía de una conciencia ejercitada ante Dios y de un sentido de su necesidad y miseria.

1. Al mandar a buscar a Jesús, muestra plena confianza en Su palabra como profeta, pero ignorancia en cuanto a Su Persona; y esto es lo que se manifiesta aquí en toda su luz.

MATEO 11

Habiendo situado a Juan bajo la responsabilidad de recibir este testimonio, el cual sometía a todo Israel bajo la prueba, y habiendo distinguido al remanente de la nación en general, el Señor lleva entonces testimonio al mismo Juan, dirigiéndose a la multitud y recordándoles cómo habían seguido las enseñanzas de Juan. Les muestra el nivel exacto al cual había llegado Israel en los caminos de Dios. La introducción, en testimonio, del reino marcaba la diferencia entre aquello que lo precedía y lo que le seguía después. Entre todos los nacidos de mujer, no existió nadie mayor que Juan, nadie que hubiera estado más cerca de Jehová y hubiese sido enviado delante de Él, nadie que hubiera rendido de Él un testimonio más exacto y completo y que hubiese estado tan separado del mal por el poder del Espíritu de Dios—una separación propia del cumplimiento de tal misión entre el pueblo de Dios. Todavía no había estado en el reino, porque no se había establecido. Y estar en la presencia de Cristo en Su reino, gozando del resultado del establecimiento de Su gloria¹ era algo más grande que todo el testimonio de la venida del reino.

No obstante, desde el tiempo de Juan el Bautista se produjo un gran cambio. Desde entonces el reino se había anunciado. No estaba establecido, pero sí se había predicado. Esto era algo muy distinto a las profecías que hablaban del reino para un período aún más lejano, mientras éstas seguían encomendando al pueblo a la ley dada por Moisés. El Bautista precedió al Rey anunciando lo cerca que estaba el reino y ordenando a los judíos que se arrepintieran, para que pudieran entrar en él. Así, la ley y los profetas hablaban de parte de Dios hasta la llegada de Juan. La ley era la norma; los profetas, manteniendo esta norma,

1. Esto no es la asamblea de Dios; pero manifestados y establecidos los derechos del Rey en gloria, y estando puesto el fundamento, los cristianos están en el reino, aunque de manera muy peculiar y excepcional. Están en el reino y en la paciencia de Jesucristo, quien es glorificado pero oculto en Dios. Ellos comparten el destino del Rey, y compartirán Su gloria cuando Él reine.

MATEO 11

fortalecían las esperanzas y la fe del remanente. Ahora, la energía del Espíritu obligaba a los hombres a que se abrieran camino a través de cada dificultad y de toda la oposición de los líderes de la nación y de un pueblo ciego, a fin de alcanzar basándose en esfuerzos el reino de un Rey rechazado por la ciega incredulidad de aquellos que deberían haberle recibido. Era necesaria esta violencia para entrar en el reino—viendo que el Rey había venido en humillación, y que había sido rechazado. La puerta estrecha era la única entrada.

Si la fe pudiera realmente penetrar en la mente de Dios acerca de esto, Juan era el Elías que debía venir. El que tenía oídos para oír, debía escuchar. Era, de hecho, para éstos solamente.

En caso de haber surgido el reino en la gloria y en el poder de su Cabeza, la violencia no hubiera sido necesaria, sino que se habría poseído como el efecto certero de este poder. Pero era la voluntad de Dios que ellos fueran moralmente sometidos a prueba. Fue así también porque debieron haber recibido a Elías en espíritu.

El resultado es dado en las palabras del Señor que vienen ahora, es decir, el verdadero carácter de *esta generación*, y los caminos de Dios en relación con la Persona de Jesús, manifestados por Su mismo rechazo. Como generación, perdieron de vista las amenazas de justicia y los atractivos de la gracia. Los hijos de la sabiduría, aquellos cuyas conciencias eran enseñadas por Dios, reconocían la verdad del testimonio de Juan, apropiándose para sí, y la gracia, tan necesaria para los culpables, de los caminos de Jesús.

Separado de la iniquidad de la nación, Juan poseía, a ojos de ellos, un demonio. Jesús, afectuoso hacia los más desdichados, era acusado de complacerse en los malos caminos. Sin embargo, la evidencia era lo bastante poderosa como para haber amansado el corazón de todo un Tiro o una Sodoma, y la justa reprensión del Señor previene a la nación perversa e incrédula de un juicio más terrible que

MATEO 11

aquel que aguardaba al orgullo de Tiro o a la corrupción de Sodoma.

Pero esto era una prueba para los más agraciados de la humanidad. También podría haberse dicho: ¿por qué no se enviaba este mensaje a Tiro, donde prestos hubieran escuchado? ¿Por qué no a Sodoma, para que la ciudad hubiera escapado del fuego que la consumió? Ello es debido a que el hombre debe ser probado de todas las maneras, a fin de que los perfectos consejos de Dios sigan su curso. Si Tiro o Sodoma habían abusado de las bendiciones que un Dios creador y providente había acumulado sobre ellos, los judíos tenían que manifestar lo que había en el corazón del hombre cuando ellos poseían todas las promesas y eran los depositarios de todos los oráculos de Dios. Sin embargo, se envanecieron con este don, y se alejaron del Dador. Su ciego corazón no reconocía a su Dios, e incluso le rechazaba.

El Señor sintió el menosprecio de Su pueblo, al cual amaba. Pero, como el Hombre obediente sobre la tierra, se sujetó a la voluntad de Su Padre, quien, actuando con soberanía, el Señor del cielo y la tierra, manifestó, en el ejercicio de esta soberanía, sabiduría divina y la perfección de este carácter. Jesús acepta la voluntad de Su Padre y sus consecuencias, y, así sujeto, ve su perfección.

Era propio de Dios que revelara a los humildes todos los dones de Su gracia en Jesús, este Emanuel sobre la tierra; y que Él los protegería del orgullo que quería penetrar en ellos y juzgarlos. Esto abre la puerta a la gloria de los consejos de Dios en ello.

La verdad es que Su Persona era demasiado gloriosa para ser sondeada o comprendida por el hombre, aunque Sus palabras y Sus obras dejaban a la nación sin excusa, por rehusar venir a Él para conocer al Padre.

Jesús, sujeto a la voluntad de Su Padre, aunque profundamente sensible a todo lo que ocasionaba dolor a Su corazón en sus resultados, ve toda la extensión de la gloria que seguiría a Su rechazo.

MATEO 11

Todas las cosas fueron entregadas a Él por Su padre. Es el Hijo el que es revelado a nuestra fe, siendo quitado el velo que cubría Su gloria, ahora que es rechazado como Mesías. *Nadie* conoce al Hijo sino el Padre. ¿Quién de entre los orgullosos podía sondear lo que Él era? Aquel que desde toda eternidad había sido uno con el Padre, se hizo Hombre y sobrepasó, en el inescrutable misterio de Su ser, todo conocimiento excepto el del Padre mismo. La imposibilidad de conocer a Aquel que se despojó para hacerse Hombre, mantenía la certidumbre, la realidad, de Su divinidad, la cual esta propia renuncia podría haber ocultado de los ojos de la incredulidad. La impenetrabilidad de un ser en una forma finita revelaba el infinito que se hallaba dentro. Su divinidad estaba garantizada a la fe, contra el efecto de Su humanidad sobre la mente humana. Pero si nadie conocía al Hijo, excepto el Padre sólo, el Hijo, quien es verdaderamente Dios, era capaz de revelar al Padre. Nadie ha visto jamás a Dios. El Hijo unigénito, quien está en el seno del Padre, le ha revelado. Nadie conoce al Padre excepto el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar. ¡Miserable ignorancia que en su orgullo rechaza al Hijo! Fue así, conforme al beneplácito del Hijo, que esta revelación fue hecha. ¡Notable atributo de la perfección divina! Él vino para este propósito, conforme a Su propia sabiduría. Tal era la verdad de las relaciones del hombre con Él, aunque Él se sujetó a la humillación dolorosa de verse rechazado por Su propio pueblo, como la prueba final de su estado y el del hombre.

Obsérvese también aquí, que este principio, esta verdad con respecto a Cristo, abre la puerta a los gentiles, a todos los que debían ser llamados. Él revela al Padre a los que Él quiere. Él siempre busca la gloria del Padre. Él solo puede revelarle—Aquel a quien el Padre, el Señor del cielo y la tierra, ha entregado todas las cosas. Los gentiles están incluidos en los derechos conferidos por este título, incluso cada familia en el cielo y en la tierra. Cristo ejerce estos de-

MATEO 11

rechos en gracia, llamando a los que Él quiere al conocimiento del Padre.

Hallamos aquí a la generación perversa y sin fe. Un remanente de la nación que justificaba la sabiduría de Dios como la manifestaron Juan y Jesús en juicio y en gracia; la sentencia del juicio sobre los incrédulos; el rechazo de Jesús en el carácter bajo el cual Él se había presentado a la nación; y Su sujeción perfecta, como Hombre, a la voluntad de Su Padre en este rechazo, dando ocasión para la manifestación a Su alma de la gloria debida a Él como Hijo de Dios—una gloria que nadie podía conocer, de igual modo que Él solo podía revelar la de Su Padre. Así que el mundo que le rechazó estaba bajo total ignorancia, excepto en el puro afecto de Aquel que se complace en revelar al Padre.

Deberíamos destacar también aquí que la misión de los discípulos al Israel que rechazó a Cristo continúa—siempre que Israel se halle en la tierra—hasta que Él venga como Hijo del Hombre bajo Su título judicial y de gloria como Heredero de todas las cosas; es decir, hasta el juicio por el cual Él toma posesión de la tierra de Canaán en un poder que no deja alternativa a Sus enemigos). Éste, Su título de juicio y gloria como Heredero de todo, es mencionado en Juan 5, Daniel 7, y en los Salmos 8 y 80.

Observemos también que, en el capítulo 11, la malignidad de la nación que había rechazado el testimonio de Juan, y el del Hijo del Hombre venido en gracia y asociándose así con los judíos, abre la puerta al testimonio de la gloria del Hijo de Dios y a la revelación del Padre por Él en soberana gracia—una gracia que podía hacerle conocido tan eficazmente a un pobre gentil como a un judío. Ya no se trataba de una responsabilidad receptora, sino de la gracia soberana que se transmitía a quien quería. Jesús conocía al hombre, al mundo, a la generación que había gozado de las mayores ventajas de todas las que se hallaban en el mundo. No había descanso posible en las cenagosas aguas que diáfanas habíanse alejado de Dios. En medio de un mundo de

MATEO 11

maldad, Jesús permaneció el solo confesor del Padre, la fuente de todo bien. ¿A quiénes llama Él? ¿Qué otorga Él a los que acuden? Única fuente de bendición y revelación del Padre, Él llama a todos aquellos que están cansados y cargados. Quizás no conocían la fuente de toda la miseria, esto es, de la separación de Dios: el pecado. Él los conocía, y sólo Él podía curarlos. Si era el discernimiento del pecado lo que pesaba sobre ellos, tanto mejor. En todos los sentidos, el mundo no podía ya satisfacer sus corazones; eran menesterosos, y por tanto los objetos del corazón de Jesús. Además, Él les daría descanso. No explica aquí por qué medios lo haría, sino que simplemente anuncia el hecho. El amor del Padre, el cual en gracia, en la Persona del Hijo, vino a buscar a los desdichados, otorgaría el reposo—no simplemente alivio o comprensión, sino reposo—a cada uno que viniera a Jesús. Era la perfecta revelación del nombre del Padre al corazón de aquellos que lo necesitaban; y esto por medio del Hijo: paz con Dios. Sólo tenían que acudir a Cristo, pues Él lo llevaba todo y proporcionaba descanso. Existe un segundo elemento en la palabra *descanso*. Hay más que paz mediante el conocimiento del Padre en Jesús. Y más de lo que se necesita, pues incluso cuando el alma está perfectamente en paz con Dios, este mundo presenta muchas causas de dolor al corazón. En estos casos, bien se trata de ser sumiso o de mostrar el yo. Cristo, en la conciencia de Su rechazo, en el profundo dolor producido por la incredulidad de las ciudades en que había realizado tantos milagros, acababa de manifestar la sumisión más completa a Su Padre, y había hallado en ello perfecto descanso para Su alma. A ello invita a todos los que le escuchaban, a todos los que sentían la necesidad de descanso para sus propias almas: «Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí», es decir, el yugo de la sumisión a la voluntad de Su Padre, aprendiendo de Él para enfrentarse a los problemas de la vida; pues Él era «manso y humilde de corazón», contento de estar en el lugar más vil por voluntad de Su Dios. De he-

MATEO 12

cho, nada puede echar a ninguno que se halle en este lugar, porque es el sitio de perfecto descanso para el corazón.

CAPÍTULO 12

Finalmente, el rechazo de la nación, como consecuencia de su desprecio por el Señor, es claramente manifestado, así como el cese de todos Sus tratos con ellos como nación, a fin de presentar de parte de Dios un sistema totalmente diferente, es decir, el reino de una forma particular. Este último capítulo es la gran intersección de toda la historia. Cristo es un testigo divino de Sí mismo, y Juan el Bautista también tiene el testimonio para recibirle, como cualquier otro. Él ya no estaba en la condición de Mesías, de la que testificaba, sino como Hijo de Dios, y da Su testimonio completo de Juan. Pero la nación había rechazado a Dios, quien se manifestó lo mismo en gracia que en amonestaciones: sólo quedaba un remanente. La sabiduría era justificada por sus hijos. Después viene la sumisión a Su rechazo, cruel como era, según la voluntad del Padre; pero ello le lleva a penetrar en la conciencia de Su gloria personal, el verdadero terreno de este rechazo. Todas las cosas fueron entregadas a Él por Su Padre. *Nadie* podía conocerle, ni tampoco al Padre, a menos que Él le revelara. El mundo entero, probado por Su perfección, fue hallado sumido en la impiedad—aunque con un remanente preservado—porque el hombre estaba universalmente alejado de Dios. Él miró desde el cielo, como leemos, pero *todos* se habían apartado del camino, y no había nadie justo, ni siquiera uno. Así que Jesús, cuando caminaba sobre el mar, permanecía solo en un mundo juzgado porque le rechazó, pero ahora en la soberana gracia del Padre permanecía como el Hijo revelador, invitando a la revelación de esta gracia en Sí mismo. Ésta es precisamente ahora la nueva posición. Él había probado al hombre. Todo aquello que Él era, impedía al pueblo recibirle como tal. Ahora, el que estuviera cansado,

MATEO 12

debería venir a Aquel que permanecía así en soledad, y Él le daría descanso. Debían aprender de Él, quien de esta manera se había sujetado plenamente, y obtendrían el descanso frente al mundo y a todo lo demás. Lo mismo sucede con nosotros: allí donde nos sometemos sobre el elevado terreno celestial, llegamos a la conciencia de que poseemos nuestros privilegios inmerecidamente.

La primera circunstancia que hizo que se cuestionara Su Persona, y el derecho Suyo de cerrar la dispensación, fue el recoger espigas de trigo por parte de los discípulos y triturrarlas con las manos para satisfacer su hambre. Por este motivo los reprendieron los fariseos, pues lo hicieron en sábado. Jesús presenta ante ellos que el rey, rechazado por la malicia de Saúl, participó de aquello solamente permitido a los sacerdotes. El Hijo de David, en un caso similar, bien podía gozar de un privilegio igual. Además, Dios actuaba en gracia. El sacerdote también profanaba el sábado en el servicio del templo; y Uno mayor que el templo se hallaba allí. Si ellos hubieran conocido realmente la mente de Dios, y se hubieran concienciado de lo que el Espíritu declara que por Su Palabra le era aceptable, «misericordia quiero y no sacrificios», no habrían condenado a los inocentes discípulos. Como añadido, el Hijo del Hombre era Señor incluso del sábado. Aquí Él ya no utiliza el título de Mesías, sino el de Hijo del Hombre—un nombre que testificaba de un orden nuevo de cosas y de un poder más amplio. Ahora bien, lo que dijo tenía gran significado, pues el sábado era la señal del pacto entre Jehová y la nación (Ezeq. 20:12-20); y el Hijo del Hombre declaraba este poder. Si esto era alterado, el pacto desaparecía.

Se suscita la misma pregunta en la sinagoga; y el Señor persevera al actuar en gracia y haciendo el bien, mostrándoles que ellos harían lo mismo por alguien del rebaño. Esto no hace más que excitar su odio, tanto más cuanto mayor era la prueba de Su poder benefactor. Eran hijos del homicida. Jesús se retira de ellos y grandes multitudes le

MATEO 12

siguen. Los sana, y les pondera que no le delaten por ello. En todo esto, sin embargo, Su hechos no eran más que la consumación de una profecía que ubicaba la posición del Señor sobre este momento. Llegaría la hora cuando Él conduciría el juicio a la victoria. Entretanto, permanecía en la posición de completa humildad, en la cual la gracia y la verdad podían encomendarse solas a los que las necesitaban y sabían apreciarlas. Pero en el ejercicio de esta gracia, y en Su testimonio de la verdad, no haría nada que falsificase este carácter, ni atraería la atención de los hombres para que fuera obstáculo a Su verdadera obra, o que la convirtiera en algo suspicaz con lo que Él mantuviese Su honor. No obstante, el Espíritu de Jehová estaba sobre Él como el Amado, en quien se gozaba Su alma; y declarando el juicio a los gentiles, éstos deberían confiar en Su nombre. La aplicación de esta profecía a Jesús en aquel momento es muy evidente. Vemos hasta qué punto se guardaba de los judíos, absteniéndose de la gratificación de su codicia carnal respecto a Él, y satisfecho de quedarse detrás si Dios el Padre era glorificado, y si con glorificarle Él sobre la tierra era haciendo el bien. Pronto había de darse a conocer a los gentiles, ya fuera por la ejecución del juicio de Dios o presentándose como Aquel en quien debían confiar.

Este pasaje es expresamente situado aquí por el Espíritu Santo, a fin de dar la representación exacta de Su posición antes de desarrollarse las nuevas escenas que Su rechazo prepara para nosotros.

Él, entonces, echa fuera de un hombre sordomudo a un demonio—una condición triste, que describe con acierto la misma condición del pueblo con respecto a Dios. La multitud, llena de admiración, exclama: «¿Será éste aquel Hijo de David?» Pero los religiosos, oyéndolo, celosos del Señor, y hostiles al testimonio de Dios, declaran que Jesús efectuó este milagro por el poder de Belcebú, sellando así su propia condición y colocándose bajo el definitivo juicio de Dios. Jesús demuestra lo absurdo de su declaración. Satanás no

MATEO 12

destruiría su propio reino. Sus propios hijos, pretenciosos de hacer lo mismo, serían los que juzgarían su iniquidad. Pero si no fue el poder de Satanás—y los fariseos admitieron que los demonios sí fueron echados fuera—fue el dedo divino, y el reino de Dios estaba entre ellos. Aquel que había entrado en la casa del hombre fuerte para despojar sus bienes, tenía que atarlo primero.

La verdad es que la presencia de Jesús sometía todo a prueba. Del lado de Dios, todo estaba centrado en Él. Era Emanuel mismo quien se hallaba allí. El que no estaba por Él, estaba en contra de Él. Quien no recogía con Él, desparramaba. Todo a partir de ahora dependía solamente de Él. Soportaría toda la incredulidad acerca de Su Persona. La gracia no podía modificar eso. Él podía perdonar todos los pecados, pero hablar en contra y blasfemar del Espíritu Santo—es decir, *reconocer* el ejercicio de un poder, el cual es de Dios, y atribuirlo a Satanás—no tenía perdón, pues los fariseos admitían que el demonio fue echado, y con toda malicia y odio deliberado hacia Dios, ellos lo imputaban a Satanás. ¿Qué perdón podía hallarse para esto? No existía ninguno, ni en la época de la ley¹ ni en la del Mesías. La suerte de aquellos que actuaban de este modo estaba decidida. Esto es lo que el Señor quería que ellos entendieran. El fruto demostraba la naturaleza del árbol, que era esencialmente malo. Eran una generación de víboras. Juan les había dicho lo mismo; sus palabras los condenaban. Los escribas y fariseos pedían una señal acerca de ello. No era más que malignidad, pues ya habían tenido suficientes se-

1. Obsérvese atentamente esta expresión. Vemos la manera como el Espíritu Santo recorre el tiempo presente, de cuando los judíos estaban allí hasta el momento en que el Mesías establecerá Su reino, su «siglo venidero». *Nosotros* tenemos una posición fuera de todo esto, durante la interrupción del establecimiento público del reino. Incluso los apóstoles predicaron sobre él y lo anunciaron, pero no lo establecieron; sus milagros eran «los poderes del siglo venidero» (comparar 1 Pedro 1:11-13). Como veremos más adelante, esto es de gran importancia. Sucede igual con respecto al nuevo pacto del cual Pablo era ministro; y, sin embargo, él no lo estableció con Judá ni con Israel.

MATEO 12

ñales. Se trataba sólo de excitar la incredulidad del resto. Esta petición permite al Señor pronunciar el juicio de esta generación: solamente les daría la señal de Jonás. Como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre del pez, así el Hijo del Hombre estaría tres días y tres noches en el corazón de la tierra. Pero he aquí que Cristo ya era a la sazón rechazado.

Los ninivitas, por su conducta, deberían condenar a esta generación en el día del juicio, porque se arrepintieron por la predicación de Jonás. Y uno mayor que Jonás se hallaba allí. La reina del sur asimismo testificaba en contra de la maldad de esta perversa generación. Su corazón, atraído por la fama de la sabiduría de Salomón, la había conducido a él desde los confines de la tierra, y Uno mayor que Salomón se hallaba allí. Los pobres gentiles ignorantes comprendieron la sabiduría de Dios en Su Palabra, ya fuera mediante el profeta o el rey, mejor que Su amado pueblo, aun cuando el Gran Rey y Profeta estaba entre ellos.

Éste fue entonces Su juicio: el espíritu inmundo de idolatría que había salido del pueblo, no hallando descanso lejos de Israel—su verdadera casa, mientras que ellos, ay, debieron haberla sido para Dios—retornaría con siete espíritus peores que el primero. Hallaría la casa vacía, barrida y adornada, y el posterior estado de ésta sería peor que el primero. ¡Qué juicio más solemne del pueblo, que aquellos entre quienes había caminado Jehová devinieran la habitación de un espíritu inmundo, de una sobreabundancia de espíritus inmundos; no meramente siete, el número completo, sino con éstos aquel otro espíritu—juntamente con los cuales les incitaría a la locura contra Dios y contra aquellos que le honraban, y los conduciría a su propia destrucción, volviendo otra vez a sumirlos en la idolatría de que habían salido! El juicio de Israel se había pronunciado.

En conclusión, Jesús rompe públicamente los lazos naturales que existían entre Él y el pueblo según la carne, reconociendo a aquellos solamente que estaban formados por la

MATEO 13

Palabra de Dios y se manifestaban haciendo la voluntad de Su Padre que está en los cielos. Aquellas personas eran las que Él reconocería como Suyas, formadas según el modelo del sermón del Monte.

CAPÍTULO 13

Sus acciones y Sus palabras, después de todo, testifican de la nueva obra que Él estaba haciendo sobre la tierra. Abandonando la casa, se sienta junto al lago. Toma una nueva posición afuera para anunciar a la multitud aquello que era Su verdadera obra: un sembrador que salió a sembrar.

El Señor ya no buscaba fruto en Su viña. Fue un requisito conforme a las relaciones de Dios con Israel el que Él buscara este fruto; pero Su verdadero servicio, como bien sabía, era traer aquello que podía *producir* fruto, y no el ir a *hallar* alguno en los hombres.

Es importante destacar aquí que el Señor habla del efecto visible y exterior de Su obra como Sembrador. La única ocasión aquí en que expresa Su juicio acerca del motivo en cuestión, es cuando dice: «No tenían raíz»; aquí es un hecho establecido. De las doctrinas respecto a la operación divina necesaria para la producción de frutos, no se nos habla aquí. Es el Sembrador quien está delante, y el resultado de Su siembra, no aquello que hace que la semilla germine en la tierra. En cada caso, excepto el primero, se produce un determinado efecto.

Luego es presentado el Señor comenzando Su obra, la cual es independiente de toda relación anterior entre Dios y los hombres, llevando con Él la semilla de la Palabra, que Él siembra en el corazón mediante Su ministerio. Donde permanece, donde es comprendida, donde no es sofocada ni marchitada, produce fruto para Su gloria y para la felicidad y provecho del hombre que la tiene.

En el versículo 11, el Señor muestra la razón por la que

MATEO 13

Él habla enigmáticamente a la multitud. Se produce, en definitiva, una distinción entre el remanente y la nación: esta última estaba bajo el juicio de ceguera anunciado por el profeta Isaías. Bienaventurados eran los ojos de los discípulos que vieron al Emanuel, al Mesías, el objeto de las esperanzas y de los deseos de tantos profetas y hombres justos. Todo ello marca el juicio, y un remanente llamado y preservado¹.

Haré ahora unas cuantas observaciones sobre el carácter de las personas de las que el Señor habla en las parábolas.

Cuando la Palabra es sembrada en el corazón que no la comprende, cuando no produce ninguna relación de inteligencia, de sentimientos, o siquiera de conciencia entre el corazón y Dios, el enemigo se la lleva: no permanece en el corazón. Aquel que la escuchó, no era menos culpable: lo que fue sembrado en su corazón se adaptaba a cada necesidad suya, a la naturaleza y a la condición del hombre.

El recibimiento inmediato de la Palabra con gozo, en el próximo ejemplo, tiende más bien a corroborar que el corazón no quiere retenerla, pues es casi improbable en tal caso que la conciencia sea tocada. Una conciencia tocada por la Palabra torna en seriedad a un hombre, pues se ve en la presencia de Dios, lo cual es siempre algo serio, por mucho que atraigan Su gracia y la esperanza inspirada por Su bondad. Si no se ha llegado a la conciencia, no hay raíz. La Palabra fue recibida por el gozo que transmitía. Cuando trae tribulación, es abandonada. Una vez ha sido ejercitada la conciencia, el evangelio trae de pronto alegría; y cuando no, despierta la conciencia donde de veras se está produciendo una obra.

El primer ejemplo es la respuesta a ello, y suple las necesidades que allí hay. El segundo ejemplo, crea estas necesidades.

1. Comparar Marcos 4:33-34. Todo se acomodaba a ellos si tenían oídos para oír, pero había oscuridad para los obstinados.

MATEO 13

La historia de cada día es, ¡ay!, la triste y mejor explicación del tercer ejemplo. No existe siquiera mala voluntad, sino esterilidad.

Que la Palabra fue comprendida, se afirma solamente de aquellos que llevaron fruto. La comprensión verdadera de la Palabra trae a un alma en relación con Dios, porque la Palabra revela a Dios, expresa lo que Él es. Si yo la comprendo, yo le conozco; y el conocimiento verdadero de Dios—es decir, del Padre y de Su Hijo Jesucristo—es la vida eterna. Ahora bien, cualquiera que sea el grado de luz, es siempre Dios así revelado el que es dado a conocer por la Palabra que Jesús siembra. Siendo nacidos de Dios, producirémos, en diversas medidas, los frutos de la vida de Dios en este mundo. Porque el sujeto aquí es el resultado, en este mundo, de la recepción de la verdad traída por Jesús—no es el cielo, ni aquello que Dios motiva en el corazón para hacer que la semilla lleve fruto.

Esta parábola no habla, a modo de analogía, del reino, aunque la Palabra sembrada fuera la Palabra del reino, sino del gran principio elemental del servicio de Cristo en la universalidad de su aplicación, que fue llevado a cabo en Su propia Persona y servicio mientras estaba sobre la tierra, y después de Su partida, aunque pudieran presentarse entonces aspectos más plenos de la gracia.

En las seis parábolas siguientes, hallamos analogías del reino. Debemos recordar que se trata del reino establecido durante el rechazo del Rey¹, y que consecuentemente tiene un carácter peculiar. Se caracteriza por la ausencia del Rey, añadiéndole a esto, en la explicación de la primera parábola, el efecto de Su retorno.

Las primeras tres de estas seis parábolas presentan el reino en su forma exterior en el mundo. Son dirigidas a la

1. En el capítulo 12, habiéndose presentado ante nosotros el juicio del pueblo judío, tenemos ahora el reino tal como es en la ausencia del Rey (cap. 13). La asamblea edificada en Cristo, se ve en el capítulo 16; y el reino en gloria, en el cap. 17.

MATEO 13

multitud. Las últimas tres presentan el reino conforme a la valoración del Espíritu Santo, conforme a la realidad de su carácter visto por Dios—la mente y los consejos de Dios en ello. Éstas van destinadas sólo a los discípulos. También les es anunciado a ellos el establecimiento público del reino en la justicia y el poder de Dios, cuando les explica la parábola de la cizaña.

Consideremos primero la exterioridad del reino anunciado públicamente a la multitud, la forma exterior que asumiría.

Debemos recordar que el Rey, el Señor Jesús, fue rechazado sobre la tierra; que los judíos, al rechazarlo, se condenaron ellos mismos; que, siendo la Palabra de Dios utilizada para consumir la obra de Aquel a quien el Padre había enviado, el Señor declaró así que el reino lo estableció Él, no por Su poder ejercido en justicia y en juicio, sino testificando a los corazones de los hombres; que el reino ahora asumía un carácter relacionado con la responsabilidad del hombre y con el resultado de la Palabra de luz sembrándose en la tierra, dirigida a los corazones y dejada, como un sistema de verdad, a la fidelidad y al cuidado de los hombres. Dios, sin embargo, guarda Su derecho soberano de preservar a Sus hijos y la verdad para Sí mismo. Esta última parte no es el asunto de las parábolas. Lo he presentado aquí porque de otro modo se habría supuesto que todo dependía absolutamente del hombre. Si así hubiera sido, todo se hubiese dado por perdido.

La parábola de la cizaña es la primera. Nos proporciona una idea general del efecto de estas siembras con respecto al reino, o más bien, el resultado de haber encomendado el reino a manos de los hombres.

El resultado fue que el reino ya no presentaba en general el aspecto de la obra del Señor. *Él* no siembra cizaña. Por la negligencia y la inconstancia de los hombres, el enemigo obtuvo el medio de sembrarla. Obsérvese que esto no se aplica a los paganos ni a los judíos, sino al mal hecho por

MATEO 13

Satanás entre los cristianos a través de malas doctrinas, falsos maestros y sus seguidores. El Señor Jesús sembró. Mientras dormían los hombres, Satanás también sembró. Había judaizantes, filósofos, herejes que comulgan con los primeros por una parte, y por otra se oponían a la verdad del Antiguo Testamento.

No obstante, Cristo sólo sembró la buena semilla. ¿Debe pues la cizaña ser arrancada? Está claro que la condición del reino durante la ausencia de Cristo depende de la respuesta a esta pregunta, y esclarece también esta condición. Existía aún menos poder para procurar un remedio, que el que había para prevenir el mal. Todo debería permanecer sin remedio hasta la intervención del Rey en el tiempo de la cosecha. El reino de los cielos sobre la tierra, tal como es en manos de los hombres, debe quedar como un sistema confuso. Herejes y falsos hermanos estarán ahí, igual que el fruto de la Palabra de Dios, testificando, en este trato último de Dios con el hombre, de la incapacidad para mantener aquello que es puro y bueno en su estado primigenio. Así ha sido siempre¹.

En el tiempo de la cosecha—una frase que describe un determinado espacio de tiempo durante el cual los eventos relacionados con la cosecha tendrán lugar—el Señor actuará primero, en Su providencia, con la cizaña. Digo en Su providencia, porque Él utiliza a los ángeles. La cizaña será atada en manojos para ser quemada.

Debemos observar que de lo que se trata aquí es de las cosas exteriores en el mundo, actos que erradican la corrupción que ha crecido en medio del cristianismo.

Los siervos no son capaces de hacer esto. La mezcla—provocada por su debilidad y negligencia—es tal, que al reco-

1. Es un pensamiento solemne que el primer acto del hombre ha sido corromper lo que Dios ha fundado como bueno. Así con Adán, pasando por Noé, la ley y el sacerdocio de Aarón, el hijo de David, Nabucodonosor y la Iglesia. En los tiempos de Pablo todos procuraban lo suyo, no lo que es de Jesucristo. Todo es hecho perfecto, mejor y estable en el Mesías.

MATEO 13

ger la cizaña también arrancarían el trigo. No es solamente el discernimiento, sino el poder práctico de separación el que faltaría aquí para que ellos pudieran cumplir su propósito. Una vez la cizaña esta allí, los siervos no tienen nada que ver con ella en cuanto a su presencia en este mundo, en la cristiandad. Su servicio es para con lo bueno. La obra de purificar la cristiandad de la cizaña no estaba en su provincia. Se trata de una obra de *juicio* sobre aquello que no es de Dios, para ejecutarlo Él conforme a la perfección de un conocimiento que todo lo abarca, y de un poder al que no se le escapa nada; tanto es así, que si dos hombres yacen en una cama sabrá cómo arrebatarse al uno y dejar al otro. La ejecución del juicio en este mundo sobre los impíos, no es obligación de los siervos de Cristo¹. Él lo derramará por mano de los ángeles de Su poder, a quienes confía la ejecución de esta tarea.

Tras atar toda la cizaña, Él recoge el trigo en Su granero. No se habla de atar el trigo en manojos; Él lo toma todo para Sí. Tal es el fin de aquello concerniente al aspecto exterior del reino aquí abajo. Esto no es todo lo que la parábola nos puede enseñar, pero concluye el asunto del que habla esta parte del capítulo. Durante la ausencia de Jesús, el resultado de su siembra será perjudicado, como algo general, por la obra del enemigo. En el fin, Él atará toda la obra del enemigo en manojos; es decir, los preparará en este mundo para el juicio. Entonces arrebatará a la Iglesia. Es evidente que esto termina la escena que continúa durante la ausencia de Rey. El juicio no es todavía ejecutado. Antes de referirse al mismo, el Señor perfila las formas que el reino asumirá durante Su retirada.

Aquello que se había sembrado como un grano de mostaza, deviene un árbol grande; un símbolo que representa

1. Hablo aquí de aquellos que habrán sido Sus siervos sobre la Tierra durante Su ausencia. Pues los ángeles son también Sus siervos, así como lo son los santos del siglo venidero.

MATEO 13

un gran poder en la tierra. Los asirios, Faraón, Nabucodonosor, son presentados ante nosotros en la Palabra como árboles grandes. Tal sería la forma del reino, la cual empezó siendo pequeña por la Palabra que sembró el Señor, y más tarde Sus discípulos. Lo que produjo esta semilla, asumiría gradualmente la forma de un gran poder que se haría prominente sobre la tierra, a fin de que otros se cobijaran bajo él como pájaros debajo de las ramas de un árbol. Éste ha sido, en efecto, el caso.

A continuación, vemos que no habría únicamente un árbol en la tierra, sino que el reino se caracterizaría como un sistema de doctrina que se divulgaría solo—una profesión que incluiría todo lo que pudiera abarcar dentro de su esfera de acción. El conjunto de las tres medidas sería leudado. No es necesario detenerme aquí a explicar que la palabra «levadura» es empleada siempre en su sentido negativo por los escritores sagrados. Pero el Espíritu Santo hace que comprendamos que no se trata del poder regenerativo de la palabra en el corazón de una persona, que le trae de nuevo a Dios; ni es simplemente un poder que actúa por una fuerza ajena, tal como Faraón, Nabucodonosor y los otros árboles grandes de la Escritura. Es un sistema de doctrina que distinguirá a la masa, pervirtiéndola en su totalidad. No es la fe propiamente dicha, ni es la vida. Es una religión: la cristiandad. Una profesión de la doctrina en razones que, ni llevarán a Dios ni la verdad, y que se relaciona siempre con la corrupción misma de la doctrina.

Esta parábola de la levadura es la conclusión de Sus enseñanzas a la multitud. Todo era dirigido a ellos en parábolas, pues no *le* recibieron como Rey. Hablaba de cosas que daban por sentado Su rechazo, y de un aspecto del reino desconocido para las revelaciones del Antiguo Testamento, las cuales tienen en perspectiva el reino en poder o a un pequeño remanente que recibe, en medio de sufrimientos, la palabra del Profeta-Rey que había sido rechazado.

Después de esta parábola, Jesús se aleja de la multitud

MATEO 13

junto a la orilla—un lugar adecuado a la posición en que permaneció para con el pueblo después del testimonio dado al final del capítulo 12, y al cual Él acudió al salir de la casa. Ahora vuelve a entrar en la casa con Sus discípulos, y allí, en retirada intimidad con ellos, les revela el verdadero carácter—el objeto—del reino de los cielos, el resultado de lo que se hizo en él, y los medios que deberían emplearse para purificar todo sobre la tierra cuando la historia exterior del reino durante Su ausencia hubiera terminado. Hallamos aquí lo que caracteriza al reino para el hombre espiritual, lo que éste comprende como la mente real de Dios con respecto al reino, y el juicio que eliminaría de él todo lo que fuese contrario a Dios—el ejercicio del poder que debería representarlo exteriormente en conformidad con el corazón de Dios.

Hemos visto la historia exterior del reino terminando con esto, el trigo guardado en el granero, y la cizaña apartada en manojos sobre la tierra, lista para ser quemada. La explicación de esta parábola reanuda la historia del reino en ese período; sólo hace que comprendamos y distingamos las diferentes partes de la mezcla, dándole a cada una el nombre de su autor. El campo es el mundo¹, allí donde la Palabra fue sembrada para el establecimiento del reino. La buena semilla son los hijos del reino, quienes realmente pertenecían a éste según Dios; son sus herederos. Los judíos ya no lo eran, ni tampoco por el privilegio del nacimiento natural. Los hijos del reino eran nacidos por la Palabra. Pero entre éstos, a fin de minar la obra del Señor, el enemigo introdujo a toda clase de personas, el fruto de las doctrinas que había sembrado entre aquellos nacidos de la verdad. Ésta es la obra de Satanás en el lugar donde la doctrina de Cristo ha sido plantada. La siega es el fin del

1. Evidentemente, no fue en la Iglesia que el Señor comenzó a segar, pues no existía entonces. Pero Él distingue a Israel aquí del mundo, y habla del último. Él buscaba fruto en Israel; Él siembra en el mundo porque Israel, pese a toda su cultura, no produjo fruto.

MATEO 13

siglo¹. Los segadores son los ángeles. Se verá aquí que el Señor no explica históricamente aquello que tuvo lugar, sino los términos que se emplean para introducir la cuestión cuando llegue la cosecha. El cumplimiento de aquello que es histórico en la parábola se da por supuesto; y Él continúa para ofrecer el gran resultado fuera de aquello que era el reino durante Su ausencia en los cielos. El trigo—es decir, la Iglesia—está en el granero, y la cizaña sobre el suelo en manojos. Pero Él recoge todo lo que constituye estos manojos, todo lo que en su forma de mal ofende a Dios en el reino, y lo lanza al horno de fuego, donde es el llorar y el crujir de dientes. Tras este juicio, los justos brillarán como Él mismo, el verdadero Sol de aquel día de gloria—del siglo venidero, en el reino del Padre. Cristo habrá recibido el reino del Padre, cuyos hijos ellos eran; y brillarán en este reino con Él conforme a este carácter.

Así, hallamos para la multitud los resultados sobre la tierra de la siega divina, y las maquinaciones del enemigo—el reino presentado bajo esta forma—más tarde, las alianzas de los impíos que tienen lugar entre ellos aparte de su orden natural, creciendo en el campo; y el arrebatamiento de la Iglesia. Para Sus propios discípulos, el Señor explica todo lo necesario para que comprendieran el lenguaje de la parábola. Luego hallamos el juicio ejecutado por el Hijo del Hombre sobre los impíos, los cuales son lanzados al fuego, y la *manifestación* de los justos en gloria—estos últimos acontecimientos tienen lugar después de que el Señor ha resucitado y puesto fin a la forma exterior del reino de los cielos sobre la tierra, siendo los impíos recogidos en grupos y los santos tomados al cielo².

1. No meramente el instante que lo concluye, sino los actos que consuman el propósito de Dios al concluirlo (*synteleia*).

2. Obsérvese también aquí que el reino está dividido en dos parcelas: el reino del Hijo del Hombre, y el reino de nuestro Padre: los objetos de juicio cuyo lugar está sujeto a Cristo, y un lugar como el Suyo delante del Padre para los hijos.

MATEO 13

Y ahora, habiendo explicado la historia pública y sus resultados en juicio y en gloria para la plena enseñanza de Sus discípulos, el Señor les comunica los pensamientos de Dios con respecto a lo que transcurría sobre la Tierra, mientras que los eventos exteriores y terrenales del reino iban desarrollándose—aquello que el hombre espiritual debería discernir en ellos. Para éste, para uno que comprendía el propósito de Dios, el reino de los cielos era semejante a un tesoro escondido en un campo. Un hombre encuentra el tesoro, y compra el campo para poder poseerlo. El campo no era su objeto, sino el tesoro que había en él, Su pueblo.

Cristo ha comprado el mundo. Lo posee por derecho. Su objeto es el tesoro escondido en él, Su propio pueblo, toda la gloria de la redención relacionada con él. En una palabra, la Iglesia vista no en su belleza moral, y en cierto sentido, divina, sino como el objeto especial de los deseos y del sacrificio del Señor, aquello que Su corazón había hallado en este mundo conforme a los consejos y la mente de Dios.

En esta parábola, es la poderosa atracción de esta «cosa nueva» la que induce a aquel que la ha encontrado a comprar todo el lugar, para poder poseerlo.

Los judíos no eran nada nuevo; el mundo no tenía atractivo; pero este nuevo tesoro indujo a Aquel que lo descubrió a vender todo lo que tenía para ganarlo. De hecho, Cristo abandonó todo. No sólo se despojó a Sí mismo para redimirnos, sino que renunció a todo lo concerniente a Él como Hombre, como Mesías sobre la tierra, a las promesas, a Sus derechos reales, a Su vida, para tomar posesión del mundo que escondía en él este tesoro, el pueblo al cual Él amaba.

En la parábola de la perla de gran precio, tenemos de nuevo la misma idea, pero es modificada por otras. Un hombre *buscaba* finas perlas. Sabía lo que perseguía. Tenía gusto, discernimiento, conocimiento de aquello que buscaba. Fue la conocida belleza de ese objeto lo que le indujo a esta búsqueda. Sabe que cuando ha encontrado uno que

MATEO 13

corresponde con sus ideas, merece la pena venderlo todo para poder adquirirlo. Así Cristo ha hallado en la Iglesia misma una belleza, y—a causa de esta belleza—un valor que le indujo a despojarse de todo con tal de adquirirla. Es igual de cierto con respecto al reino. Considerando el estado del hombre, e incluso el de los judíos, la gloria de Dios demandaba que todo fuese abandonado a fin de tener esta cosa nueva; pues en el hombre no había nada que Él pudiera tomar para Sí mismo. No sólo se conformó Él con abandonar todo para poseer esta cosa nueva, sino que además aquello tras lo cual andaba Su corazón, lo que no podía hallar en otro lugar, lo halla en aquello que Dios le ha ofrecido en el reino. Él no compró otras perlas; hasta que la hubo hallado, no se inclinó a vender todo lo que tenía. Tan pronto como la ve, toma la decisión: abandona todo por ella. Su valor es lo que le decide, pues sabe cómo juzgar y buscar con discernimiento.

No digo que los hijos del reino no sean llevados por el mismo principio. Cuando hemos aprendido lo que es ser un hijo del reino, dejamos todo para obtener su disfrute siendo parte de la perla de gran precio. Pero no compramos aquello que no es el tesoro a fin de obtenerla, porque desconocemos acerca de cómo encontrar finas perlas antes de haber hallado la de gran precio. En toda su extensión, estas parábolas se aplican solamente a Cristo. La intención en ellas es presentar aquello que estaba entonces haciendo, en contraste con todo lo que había acontecido antes—con las relaciones de Dios hacia los judíos.

Queda todavía una de las siete parábolas: la de la red echada en el mar. En esta parábola no hay ningún cambio en las personas mencionadas, es decir, en la parábola misma. Las mismas personas que lanzan la red son las que la sacan a la orilla, y hacen la separación colocando el pez bueno en recipientes, sin reparar en el malo. Asegurar el buen pez es la obra de aquellos que sacan la red a la orilla. Esto sólo es efectuado después de desembarcar. Clasificar

MATEO 13

el pez es su trabajo, no hay duda; pero sólo se ocupan del bueno. Ellos lo conocen. Hay otro pez junto a aquél que no es el bueno. No se necesita más juicio. Los pescadores conocen cuál es el bueno. Uno no lo es, y lo dejan. Esto forma una parte de la historia del reino de los cielos. El juicio de los impíos no se halla aquí. El pez malo es dejado en la orilla cuando los pescadores recogen el bueno en recipientes. El destino final tanto del uno como del otro no es presentado aquí. No tiene lugar en esta orilla con respecto al pez bueno, ni con respecto al malo dejándolo simplemente allí. Es subsiguiente a la acción de la parábola; y, con respecto al malo, no tiene lugar meramente por su separación del bueno con el que había estado mezclado, sino por su destrucción. Ni en esta parábola ni en la del trigo y la cizaña, la ejecución del juicio forma parte de la parábola misma. Allí, la cizaña es atada y dejada en el campo; aquí, el pez malo es sacado fuera de la red.

La red del evangelio ha sido lanzada al mar de las naciones, y ha incluido en ella a toda clase. Después de esta recolección general, que ha llenado la red, los agentes del Señor, teniendo que ver con los buenos, los recogen juntos separándolos de los malos. Obsérvese aquí que ello es una analogía del reino. Es el carácter que asume el reino cuando el evangelio ha reunido una masa de lo bueno y de lo malo. Al final, cuando se saca la red y se ve en ella a todas las clases, los buenos son puestos aparte porque son preciosos, y los otros son dejados. Los buenos son reunidos en diversos recipientes. Los santos son reunidos, no por los ángeles, sino por la obra de aquellos que han laborado en el nombre del Señor. La distinción no se hace por medio del juicio, sino por medio de los siervos, que se ocupan de los peces buenos.

La ejecución del juicio es otro asunto. Los obreros no tienen nada que ver con esto. Al final del siglo, los ángeles se adelantarán y separarán a los impíos de entre los justos, no a los justos de entre el resto como hicieron los pescadores,

MATEO 13

y los lanzarán al horno de fuego donde será el lloro y el crujir de dientes. Nada se dice aquí de que se ocupen de los justos. Reunirlos en recipientes no era la tarea de los ángeles, sino la de los pescadores. Los ángeles están en ambas parábolas ocupándose de los impíos. El resultado público ya se había dado, bien durante el período del reino de los cielos, bien más tarde, en la parábola de la cizaña. Aquí no se vuelve a repetir. La tarea a realizar con respecto a los justos cuando la red está llena, es añadida aquí. El destino de los malos es reiterado para distinguir la tarea hecha con ellos de la efectuada por medio de los pescadores, los cuales recogen lo bueno en recipientes diversos. Todavía se nos presenta esta tarea bajo otro aspecto; y los justos son dejados donde estaban. En la parábola de la cizaña, el juicio de los impíos es declarado igual que en ésta. Son lanzados al lloro y al crujir de dientes, pero allí es revelado el estado general del reino, y tenemos a los justos brillando como el sol—la parte más alta del reino. Aquí solamente es lo que los inteligentes comprenden, lo que las mentes espirituales ven. Los justos son colocados en recipientes. Hay una separación que hace el poder espiritual, antes del juicio, la cual no existía en el estado público del reino, sino sólo lo que la providencia hizo públicamente en el campo, y el buen grano es recibido arriba. Aquí, la separación se hace tratando con los buenos. Éste era el principal foco para la inteligencia espiritual. La manifestación pública no es la cuestión; de hecho, solamente el juicio será ejecutado sobre los impíos. Luego los justos serán dejados¹.

En la explicación de la segunda parábola, se trata total-

1. En todas las profecías simbólicas y en las parábolas, la explicación va más allá de la parábola, y añade hechos, porque la ejecución pública del juicio testifica de aquello que en tiempos de la parábola podía solamente discernirse espiritualmente. Esta última puede comprenderse de manera espiritual. El resultado es que el juicio lo declarará públicamente, así que nosotros debemos anticiparnos a la explicación en la parábola. El juicio explica públicamente lo que es comprendido antes de manera espiritual, e introduce un orden nuevo de cosas (compárese Dan. 7).

MATEO 13

mente del juicio en el caso de la cizaña, que destruye y consume lo que queda en el campo, ya recogida y separada providencialmente del trigo. Los ángeles son enviados al final, no para separar la cizaña del trigo—lo cual ya fue hecho—sino para lanzarla al fuego, purificando así el reino. En la explicación de la parábola de los peces (vers. 49), tiene lugar la clasificación misma. Habrá justos sobre la tierra, y los impíos serán separados de entre ellos. La enseñanza práctica de esta parábola es la separación de los buenos de los malos, y la reunión conjunta en compañías numerosas de los primeros. Esto se efectúa más de una vez, siendo también reunidos en un conjunto muchos otros de este grupo en otro lugar. Los siervos del Señor son los instrumentos empleados en lo que acontece en la misma parábola.

Estas parábolas contienen cosas nuevas y viejas. La doctrina del reino, por ejemplo, era una doctrina bien conocida. Que el reino tomara las formas descritas por el Señor y que abarcara a todo el mundo sin excepción, debiendo el pueblo de Dios su existencia no a Abraham sino a la Palabra, era todo bastante nuevo. Todo era de Dios. El escriba tenía conocimiento del reino, pero era completamente ignorante del carácter que iba a asumir como reino de los cielos plantado en este mundo mediante la palabra, de la cual todo depende aquí.

El Señor continúa Su obra entre los judíos¹. Para ellos, Él era solamente «el hijo del carpintero». Ellos conocían a Su

1. Los capítulos que siguen son extraordinarios en su carácter. La Persona de Cristo, como el Jehová del Salmo 132, es presentado, pero Israel es desechado, los discípulos dejados solos, mientras Él ora en lo alto. Luego Él regresa, se une a los discípulos, y el mundo de los gadarenos le reconoce. Luego tenemos en el capítulo 15 la plena descripción moral del terreno en que Israel, a decir verdad, permanecía y debía permanecer, pero se profundiza más en esta descripción lo que es el corazón del hombre; y después, aquello que es Dios, revelado en gracia a la fe, incluso si era a un gentil. Históricamente, Él reconoce todavía a Israel, pero en perfección divina, y ahora en poder humano administrativo; después (cap. 16) la Iglesia es presentada proféticamente; y en el capítulo 17 el reino de gloria en visión. En el capítulo 16, los discípulos son impedidos de decir que Él es el Cristo. Aquí termina todo.

MATEO 14

familia según la carne. El reino de los cielos no tenía valor a sus ojos. La revelación de este reino fue efectuada en otro lugar, y allí el conocimiento de las cosas divinas fue comunicado. Los judíos no veían nada detrás de aquellas cosas que el corazón natural podía percibir. La bendición del Señor fue estorbada por su incredulidad, y Él fue rechazado por Israel como profeta y como Rey.

CAPÍTULO 14

Nuestro evangelio reanuda el curso histórico de estas revelaciones de tal manera que exhibe el espíritu por el que el pueblo era animado. Herodes—que amaba su poder terrenal y su propia gloria más que la sujeción al testimonio de Dios, y encadenado más por falsas ideas humanas que por su conciencia, aunque algunos aspectos de él parezcan corroborarle en su posesión de la verdad—había decapitado al precursor del Mesías, Juan el Bautista; a éste le había encarcelado para quitar de delante de su esposa al fiel censor del pecado en que vivía el monarca.

Jesús no es insensible a este resultado, cuyo eco llega a sus oídos. Cumpliendo en servicio humilde, juntamente con Juan, el testimonio de Dios en la congregación, se sintió unido de corazón y en la obra a él; pues la fidelidad en medio de todo el mal une los corazones muy fuertemente, y Jesús había condescendido para tomar un lugar por lo que respectaba a la fidelidad (véase el Salmo 40:9-10). En el momento de oír de la muerte de Juan, se retira a un lugar desierto. Pero al tiempo que se marchaba de la multitud que así comenzó a actuar abiertamente en el rechazo del testimonio de Dios, Él no cesa de ser el proveedor de todas sus insuficiencias y de testificar de este modo que Aquel que podía ministrarlos en sus necesidades se hallaba entre ellos. Porque la multitud, la cual sentía estas carencias y que, pese a no tener fe, admiraba el poder de Jesús, le siguió al lugar desolado. Y movido a compasión, Jesús cura

MATEO 14

todas sus dolencias. A la noche, Sus discípulos le rogaron que despidiera a la multitud para que ésta se procurase comida. Él rehúsa y testifica notablemente de la presencia, en Su propia Persona, de Aquel que tenía que satisfacer a los pobres de Su pueblo con pan (Salmo 132). Jehová el Señor, el cual estableció el trono de David, estaba allí en la Persona de Aquel que debería heredar ese trono. No dudo que las doce cestas de los mendrugos de pan se refieren al número que, en la Escritura, designa siempre la perfección del poder administrativo en el hombre.

Adviértase también aquí que el Señor espera hallar a Sus doce discípulos capaces de ser los instrumentos de Sus actos de bendición y poder, administrando las bendiciones del reino. «Dadles de comer», les dijo. Esto se aplica a la bendición del reino del Señor, y a los discípulos de Jesús, los doce, que son sus ministros. Asimismo, es básico el principio que apunta al resultado de la fe en cada intervención de Dios en gracia. La fe debería poder usar el poder que actúa en dicha intervención, para producir obras propias de este poder conforme al orden de la dispensación y a la inteligencia que éste tiene respecto a la fe. Hallaremos este principio en detalle más adelante.

Los discípulos deseaban despedir a la multitud sin saber cómo utilizar el poder de Cristo. Deberían haber sido capaces de obtener provecho dicho poder en nombre de Israel, conforme a la gloria de Aquel que estaba entre ellos.

Si el Señor demostraba con perfecta paciencia, mediante Sus acciones, que Aquel que podía bendecir así a Israel se hallaba en medio de Su pueblo, no restaba valor al testimonio que Él daba de Su separación de este pueblo con motivo de su incredulidad. Hace que Sus discípulos se embarquen en un bote para cruzar solos el mar; y despidiendo a la multitud Él mismo, sube a una montaña para orar aparte, mientras el bote que llevaba a los discípulos era vapuleado por las olas del mar con un viento contrario: una viva imagen de aquello que ha sucedido. Dios ha enviado verdade-

MATEO 14

ramente a Su pueblo a cruzar solos el mar tormentoso del mundo, encontrándose la oposición contra la que es difícil luchar. Entretanto, Jesús ora solo allí arriba. Él ha despedido al pueblo judío, los cuales le rodearon durante el período de Su presencia aquí abajo. La partida de los discípulos, aparte de su carácter general, presenta peculiarmente ante nosotros al remanente judío. Pedro concretamente, saltando de la barca, se sale en figura de la posición de este remanente. Representa esa fe que, dejando atrás la comodidad terrenal de la embarcación, sale para encontrar a Jesús, el cual se le había revelado, y camina sobre el mar—una audaz decisión, pero basada en la palabra de Jesús: «Ven.» Notemos aquí que esta andadura no tiene otro fundamento que «Señor, si eres tú...», es decir, Jesús mismo. No hay auxilio en el camino, ni posibilidad de continuarlo, si se pierde a Cristo de vista. Todo depende de Él. Hay un medio conocido en el bote: la fe que mira a Jesús para andar sobre el agua. El hombre, como tal, se hunde por el mismo hecho de encontrarse allí. Nada puede sostenerle salvo esa fe que obtiene de Jesús la fortaleza que en Él hay, la cual imita. Es fascinante imitarle; y si uno está entonces más cerca de Él, más parecido es a Él. Ésta es la verdadera posición de la Iglesia en contraste con el remanente en su carácter ordinario. Jesús camina sobre el agua lo mismo que si lo hiciera sobre el suelo. Aquel que creó los elementos, podía disponer de sus cualidades como gustaba. Él permite que se originen las tormentas para probar nuestra fe. Anda sobre la encrespada ola igual que sobre la sosegada. Y además, la tormenta no tiene mucha relevancia, porque el que se hunde en las aguas lo hace tanto en las mansas como en las tempestuosas, y el que sabe andar sobre ellas lo hará tanto en medio de las tranquilas como de las turbulentas. Claro está, a no ser que se mire a las circunstancias, falle la fe y el Señor sea olvidado. Pues con frecuencia las circunstancias nos hacen olvidar a Aquel en donde la fe debería capacitarnos para vencerlas por medio de nuestro an-

MATEO 15

dar, confiando en Aquel que está sobre todas ellas. Sin embargo—¡bendito sea Dios!—Aquel que camina con Su propio poder sobre el agua está allí para sostener la fe y los vacilantes pasos del pobre discípulo; y en ningún modo habría traído aquella fe a Pedro tan cerca de Jesús si Su mano extendida no le hubiera sostenido. La falta de Pedro fue que miró las olas, se fijó en la tormenta—la cual, después de todo, no tuvo ninguna preponderancia—en lugar de mirar a Jesús, quien permanecía inmutable y andaba sobre aquellas mismas olas. El grito de su angustia llevó el poder de Jesús a la acción, como su fe debería haber hecho. Pero ahora era para vergüenza suya, y no para el gozo de la comunión y del camino con el Señor.

Después de que Jesús entrara en el barco, el viento cesó. Así será cuando Jesús vuelva al remanente de Su pueblo en este mundo. También entonces será Él adorado como el Hijo de Dios por todos los que estén en la barca, con el remanente de Israel. En Genesaret, Jesús ejerce de nuevo el poder que exterminará a partir de entonces todo el mal que Satanás ha introducido en la tierra. Porque cuando Él vuelva, el mundo le reconocerá. Es una justa figura del resultado del rechazo de Cristo sucediendo en medio de la nación judía, y que este evangelio nos ha dado ya a conocer.

CAPÍTULO 15

Este capítulo manifiesta al hombre y a Dios, el contraste moral entre la doctrina de Cristo y la de los judíos. El sistema judío es rechazado moralmente por Dios. Cuando hablo del sistema, me refiero a toda su condición moral sistematizada por la hipocresía que intentaba ocultar la iniquidad, al tiempo que ésta crecía a ojos de Dios, delante de quien ellos se presentaban a sí mismos. Utilizaban Su nombre más que las leyes de la conciencia natural, bajo el pretexto de la piedad, sólo para hundirse más profundamente. De esta manera, un sistema religioso deviene el

MATEO 15

gran instrumento del poder del enemigo, y más aún cuando aquello que lleva todavía el nombre, fue instituido por Dios. Pero entonces el hombre es juzgado, ya que el judaísmo era el hombre con la ley de Dios y la cultura divina.

El juicio que pronuncia el Señor sobre este sistema de hipocresía, mientras manifestaba el consecuente rechazo de Israel, da origen a la enseñanza que va mucho más lejos, y la cual, escudriñando los corazones de los hombres y juzgando al hombre de acuerdo a lo que proviene de él, demuestra que son una fuente de alta iniquidad. Y de este modo evidencia que toda verdadera moralidad tiene su base en la convicción y la confesión del pecado. Porque, sin esto, el corazón es siempre falso y vano. Jesús va a la raíz de todo, y se sale de las relaciones especiales y temporales de la nación judía para entrar en la verdadera moralidad propia de todas las épocas. Los discípulos no observaban las tradiciones de los ancianos; pero de éstas no se ocupaba tampoco el Señor. Él se aprovecha de esta acusación para hacer pesar sobre las conciencias de sus acusadores que el juicio ocasionado por el rechazo del Hijo de Dios fue autorizado también en base de aquellas relaciones que existían ya entre Dios e Israel. Invalidaban el mandamiento de Dios por sus tradiciones, y ello en un grado extremo, sobre el cual dependían incluso todas las bendiciones terrenales para los hijos de Israel. Por medio de sus ordenanzas, Jesús expone también la hipocresía consumada, el egoísmo y avaricia de aquellos que pretendían guiar al pueblo y formar sus corazones según la moralidad y la adoración de Jehová. Isaías había pronunciado ya su juicio.

Más tarde, Él muestra a la multitud que se trataba de un asunto interno del hombre, de lo que procedía de su corazón, de su interior; y señala los oscuros meandros que fluyen de esta fuente corrompida. Era la simple verdad con respecto al corazón del hombre, como Dios lo conocía, que escandalizaba a los hombres del mundo que se imputaban su propia justicia, lo que era incluso incomprensible para

MATEO 15

los discípulos. Nada más sencillo que la verdad cuando ésta es conocida; nada más difícil y más oscuro cuando tiene que formar un juicio al respecto el corazón del hombre, el cual no posee la verdad. Porque éste juzga según sus propios pensamientos, y la verdad no está en él. En una palabra, Israel, y más concretamente el Israel religioso, está en puro contraste con la verdadera moralidad: el hombre es situado bajo su responsabilidad, y bajo sus verdaderos colores delante de Dios.

Jesús escudriña el corazón, y, actuando en gracia, lo escudriña según el corazón de Dios. Sale, tanto para lo uno como para lo otro, de los términos convencionales de la relación de Dios con Israel. Una Persona divina puede andar en el pacto que Él ha dado, pero no puede quedar limitado por el mismo. Y la infidelidad de Su pueblo hacia este pacto es la ocasión de la revelación de Aquel que traspasa este lugar. He aquí el efecto de la religión tradicional al enceguecer el juicio moral. ¿Qué había de más claro y sencillo que lo que salía de la boca y del corazón contaminaba al hombre, y no lo que comía? Pero los discípulos, a través de la vil influencia de la enseñanza farisaica, que sostenía las formas exteriores por la pureza interior, no lo comprendían.

Cristo deja ahora los límites de Israel y Sus discusiones con los sabios de Jerusalén, para visitar aquellos lugares más alejados de los privilegios judíos, yéndose a la costa de Tiro y Sidón, donde las ciudades que Él mismo había utilizado como ejemplos estaban muy lejos de arrepentirse. Véase el capítulo 11, donde clasificándolas con Sodoma y Gomorra las califica de peores que ellas. Una mujer sale de estas provincias. Pertenecía a la raza maldita, según los principios que distinguían a Israel. Era una cananea. Acude a implorar la intercesión de Jesús a causa de su hija, poseída por el diablo.

Al implorar este favor, ella se dirige a Jesús por Su título; su fe sabía que tenía relación con los judíos: «Hijo de David». Esto origina un rápido avance de la posición del Señor,

MATEO 15

y, al mismo tiempo, de las condiciones bajo las cuales el hombre podía esperar compartir el efecto de Su bondad, para la revelación de Dios mismo.

Como el *Hijo de David*, Él no tiene nada que ver con una *cananea*. No le devuelve respuesta. Los discípulos deseaban deshacerse de ella concediéndole su ruego, y librarse así de su impertinencia. El Señor les contesta que Él no fue enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Ésta era, de hecho, la verdad. Cualesquiera hayan sido los consejos de Dios manifestados en ocasión de Su rechazo (véase Isaías 49), Él era el ministro de la circuncisión para la verdad de Dios, a fin de consumir Sus promesas hechas a los padres.

La mujer, en un lenguaje más sencillo y directo, y con la expresión más natural de sus sentimientos, implora la providencial intervención de Aquel en cuyo poder ella confiaba. El Señor le responde que no es lícito quitarles el pan a los hijos y dárselo a los perrillos. Vemos aquí Su verdadera posición, venido a Israel. Las promesas eran para los hijos del reino. El Hijo de David era el ministro de estas promesas. ¿Podía Él entonces borrar la distinción del pueblo de Dios?

Pero esa fe que adquiere fuerza a base de necesidad, y la cual no halla recurso sino en el Señor mismo, acepta la humillación de su posición y juzga que con Él hay pan para el hambre de aquellos que no tienen derecho a él. Esta fe es perseverante, porque hay la conciencia de la necesidad, y confianza en el poder de Aquel que ha venido en gracia.

¿Qué había hecho el Señor con Su aparente dureza? Había traído a la pobre mujer a la expresión y al sentido de su verdadero lugar delante de Dios, es decir, a la verdad en cuanto a ella misma. Pero entonces, ¿tenía derecho a decir que Dios era menos bondadoso de lo que ella creía, menos rico en misericordia hacia los desamparados y hacia aquellos cuya sola esperanza y confianza reposaba en esa misericordia? Esto hubiera sido negar el carácter y la

MATEO 15

naturaleza de Dios, de los cuales Él era la expresión, la verdad y el testigo sobre la tierra. Se hubiera negado Él mismo, así como el objeto de Su misión. No podía decir que Dios no tenía siquiera las migajas para ellos, sino que contesta sinceramente de corazón: «Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres». Dios sale fuera de los estrechos límites de Su pacto con los judíos, para actuar en Su soberana bondad conforme a Su naturaleza. Sale de los límites para ser Dios en bondad, y no meramente Jehová en Israel.

En presencia de esta bondad es llevada a conocerse como quien no tiene ningún derecho a ella. Hasta aquí, la aparente rigidez del Señor la había estado guiando. Ella recibió todo de la gracia, de la cual era inmerecedora. Es solamente así que cada alma obtiene la bendición. No se trata simplemente del sentido de la necesidad—la mujer la sentía desde el comienzo—sino de aquello que la trajo allí. No basta simplemente con reconocer que el Señor Jesús puede suplir esa necesidad: la mujer vino con este convencimiento. Debemos estar en presencia de la única fuente de bendición y ser llevados a sentir que, aunque estemos allí, no tenemos ningún derecho a beneficiarnos de ella. Y ésta es una posición terrible. Dios puede entonces actuar conforme a Su propia bondad, y Él responde a cada deseo que el corazón puede formular para su felicidad.

Vemos a Cristo como un ministro de la circuncisión para la verdad de Dios, para consumir las promesas hechas a los padres, y que los gentiles pudieran también glorificar a Dios por Su misericordia, como está escrito. Al mismo tiempo, esta última verdad pone de manifiesto la verdadera condición del hombre, y la plena y perfecta gracia de Dios. Sobre dicha gracia Él actúa, mientras permanece fiel a Sus promesas; y la sabiduría de Dios se manifiesta de un modo que despierta nuestra admiración.

Vemos hasta qué punto va desarrollándose la presentación de la historia de la mujer siriofenicia, y el modo en

MATEO 15

que ilustra esta parte de nuestro evangelio. El principio del capítulo presenta la condición moral de los judíos, la falsedad de la religiosidad sacerdotal y farisaica. Se entrevé el estado real del hombre como tal, de qué cosa era fuente su corazón, y más tarde se revela el corazón de Dios manifestado en Jesús. Sus tratos con esta mujer manifiestan la fidelidad de Dios a Sus promesas; y la bendición que se concede finalmente exhibe la gracia plena de Dios en relación con la declaración de la verdadera condición del hombre, aceptada por la conciencia. La gracia se eleva por encima de la maldición que se cernía sobre el objeto de esta gracia, para abrirse camino a la necesidad que la fe presentaba ante ella.

El Señor ahora parte de allí y va a Galilea, a donde Él estaba en relación con el remanente menospreciado de los judíos. No era Sión, ni el templo, ni siquiera Jerusalén, sino los menesterosos del rebaño, donde el pueblo moraba en tierra de sombra de muerte (Isaías 8-9). Allí Sus compasiones siguen a este pobre remanente, y son nuevamente ejercidas a favor de ellos. Él renueva las evidencias, no solamente de Sus tiernas compasiones, sino de Su presencia que satisfacía a los menesterosos de Su pueblo con pan. Aquí, sin embargo, no es en el poder administrador del que Él podía investir a Sus discípulos, sino de acuerdo a Su propia perfección y viniendo de Él, provee para el remanente de Su pueblo. Por consiguiente, es la plenitud de *siete* cestas de mendrugos lo que es recogido. Se marcha también sin que nada más suceda allí.

Hemos visto la eterna moralidad, y la verdad en sus partes intrínsecas, sustituida por la hipocresía de las formas, por el uso humano de la religión legalista y por el corazón del hombre, que es puesto en evidencia como fuente de mal y nada más. El corazón de Dios totalmente revelado, que se eleva sobre toda dispensación para mostrar la completa gracia en Cristo. Las dispensaciones son puestas aparte, aunque son del todo reconocidas, y el hombre y Dios son

MATEO 16

también reconocidos al actuar así. Es un capítulo maravilloso tocante a lo que es eterno en verdad acerca de Dios, y en cuanto a lo que la revelación de Dios muestra que es el hombre. Y esto propicia la ocasión para la revelación de la asamblea en el próximo capítulo, la cual no es una dispensación, sino el fundamento sobre la esencia misma de Cristo, el Hijo del Dios viviente. En el capítulo 12, Cristo fue dispensacionalmente rechazado, y el reino de los cielos fue sustituido en el capítulo 13. Aquí el hombre es puesto aparte, así como lo que había hecho de la ley, y Dios actúa en Su propia gracia sobre todas las dispensaciones. Luego vienen la asamblea y el reino en gloria.

CAPÍTULO 16

El capítulo 16 sobrepasa la revelación de la simple gracia de Dios. Jesús revela lo que estaba a punto de ser formado en los consejos de esta gracia, donde Él era reconocido, mostrando el desprecio de los orgullosos entre Su pueblo hasta el punto de llegar a aborrecerlos, como ellos le aborrecían a Él (Zac. 11). Cerrando sus ojos—por su perversa voluntad—a las maravillosas y benéficas señales de Su poder, que Él derramó constantemente sobre los menesterosos que le buscaban, los fariseos y los saduceos, sorprendidos por estas manifestaciones, y no obstante descreídos de corazón y de voluntad, piden una señal del cielo. Él los reprende por su incredulidad, y les increpa que ellos supieran discernir las señales del clima; sin embargo, las señales de los tiempos eran mucho más dignas de observación. Eran la generación adúltera y perversa, y *Él los deja*: significantes expresiones de lo que estaba sucediendo ahora en Israel.

Él previene a Sus confusos discípulos contra los ardides de estos sutiles adversarios hacia la verdad, y hacia Aquel a quien Dios había enviado para revelarle. Israel es abandonado, como nación, en las personas de sus líderes. Al

MATEO 16

mismo tiempo, Él recuerda en paciente gracia a los discípulos lo que Sus palabras querían decirles.

Hace a Sus discípulos la pregunta acerca de lo que los hombres piensan en general de Él. Todo era materia de opinión, no de fe; es decir, la incertidumbre propia de la indiferencia moral, de la ausencia de esa necesidad del alma que sólo puede descansar en la verdad, en el Salvador que uno ha hallado. Pregunta, entonces, qué pensaban ellos mismos de Él. Pedro, a quien el Padre se dignó revelársele, declara su fe diciendo: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios *viviente*». Aquí no hay ninguna incertidumbre ni mera opinión, sino el efecto poderoso de la revelación, hecha por el Padre mismo, de la Persona de Cristo, al discípulo que había elegido para este privilegio.

La condición del pueblo se manifiesta de manera extraordinaria, no como en el capítulo precedente con respecto a la ley, sino con respecto a Cristo, quien había sido presentado a ellos. Nos damos cuenta enseguida cuando lo contrastamos con la revelación de Su gloria hecha a aquellos que le seguían. Tenemos así tres clases: en primer lugar, los altivos e incrédulos fariseos; en segundo lugar, las personas conscientes de que había un poder y una autoridad divinos en Cristo, pero que quedaban indiferentes; y por último, la revelación de Dios y la fe que Él daba.

En el decimoquinto capítulo, se contrasta la esperanza que tenía uno en la gracia con la desobediencia y la perversión hipócrita hacia la ley, mediante la cual los escribas y fariseos intentaban cubrir su falta de fe con la apariencia de piedad.

El decimosexto capítulo, juzgando la incredulidad de los fariseos con respecto a la Persona de Cristo, y poniendo aparte a estos hombres perversos, introduce la revelación de Su Persona como la fundación de la asamblea, que tenía que tomar el lugar de los judíos como testigos para Dios en la tierra. Anuncia los consejos de Dios en referencia a su establecimiento. Nos muestra, en línea con ello, la

MATEO 16

administración del reino, como estaba siendo establecido ahora sobre la tierra. Consideremos primero la revelación de Su Persona.

Pedro le confiesa ser el Cristo, la consumación de las promesas hechas por Dios, y de las profecías que anunciaban su cumplimiento. Él era Aquel que iba a venir, el Mesías que Dios había prometido.

Asimismo, Él era el Hijo de Dios. El segundo Salmo declaraba que, a pesar de los esquemas de los líderes del pueblo y de la tenaz aversión de los reyes de la tierra, el Rey de Dios sería ungido sobre la colina de Sión. Él era el Hijo nacido de Dios. Los reyes y los jueces de la tierra¹ son llamados a someterse a Él para no ser abatidos con la vara de Su poder cuando tome a los paganos por herencia Suya. Así, el verdadero creyente esperaba al Hijo de Dios nacido en tiempo oportuno sobre esta tierra. Pedro confesó a Jesús ser el Hijo de Dios. También lo hizo Natanael: «Tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel». Y, más tarde, también lo dijo Marta.

Pedro, especialmente enseñado por el Padre, añade a su confesión una sencilla palabra, pero llena de poder: «Tú eres el Hijo del Dios *viviente*». No es sólo Aquel quien consume las promesas y responde a las profecías; es del Dios viviente que Él es el Hijo, de Aquel en quien está la vida y en quien hay poder vivificador.

Él hereda este poder de vida en Dios, que nada puede destruir ni abatir. ¿Quién puede vencer el poder de Aquel—de este Hijo—que proviene de «el viviente»? Satanás tiene el poder de la muerte; es él quien sujeta al hombre bajo el dominio de esta terrible consecuencia del pecado; y ello, por el justo juicio de Dios que constituye tal poder. La expresión «las puertas del Hades», del mundo invisible, se refiere a este reino de Satanás. Es entonces sobre aquel poder, el

1. El estudio de los Salmos nos hará comprender que ésta es la relación con el establecimiento del remanente judío, en bendición, en los últimos días.

MATEO 16

cual deja la potestad del enemigo sin fuerza, que la asamblea es edificada. La vida de Dios no será destruida. El Hijo del Dios viviente no será conquistado. Esto, pues, que Dios fundamenta sobre la roca del inmutable poder de la vida en Su Hijo, no será suplantado por el reino de la muerte. Si el hombre ha sido vencido y ha caído bajo el poder de este reino de Satanás, Dios, el Dios viviente, no será vencido por éste. Es en esto que Cristo edifica Su asamblea. Es la obra de Cristo basada en Él como Hijo del Dios viviente, no fundamentada en el primer Adán. Es Su obra consumada de acuerdo al poder que esta verdad revela. La Persona de Jesús, el Hijo del Dios viviente, es su fortaleza. Es la resurrección lo que lo ha demostrado. En ella, Él es declarado el Hijo de Dios con poder. Por consiguiente, no es durante Su vida, sino cuando resucitó de entre los muertos que Él comienza esta obra. La vida estaba en Él, pero después que el Padre hubiera golpeado las puertas del Hades, y después de que le hubiera resucitado en Su divino poder, comienza a edificar cuando asciende al cielo aquello que el poder de la muerte o del que lo poseía nunca puede destruir. Es Su Persona la que es aquí contemplada, y es sobre ésta que todo queda fundamentado. La resurrección es la prueba de que Él es el Hijo del Dios viviente, y de que las puertas del Hades no prevalecen contra Él. El poder de estas puertas es destruido. De este modo, vemos cómo la asamblea—aunque formada sobre la tierra—es mucho más que una dispensación, pero no así el reino.

Era necesaria la obra de la cruz; pero no es la cuestión aquí de aquello que demandaba el justo juicio de Dios, ni de la justificación de un individuo, sino de aquello que anulaba el poder del enemigo. Era la Persona de Aquel de la que Pedro tuvo ocasión reconocer, Aquella que vivía conforme al poder de la vida de Dios. Era una revelación peculiar y directa del cielo, dada por el Padre. Cristo había dado pruebas suficientes de quién era Él; pero éstas no habían demostrado nada al corazón del hombre. La revelación del

MATEO 16

Padre era la manera de conocerle a Él, y esto excedía a las esperanzas en favor de un Mesías.

Entonces, el Padre había revelado directamente la verdad de la Persona de Cristo, una revelación que iba más allá de toda clase de relaciones con los judíos. Sobre este fundamento, Cristo edificaría Su asamblea. Pedro, mencionado con este nombre por el Señor, recibe la confirmación de este título en esta ocasión. El Padre había revelado a Simón, hijo de Jonás, el misterio de la Persona de Jesús, y más tarde Jesús también le asegura, por el nombre que le ha dado¹, la estabilidad, la firmeza, la constancia y la fortaleza práctica de Su siervo favorecido por gracia. El derecho de conceder un nombre nuevo corresponde a alguien superior que puede asignar al que lo lleva su lugar y su autoridad, en la familia o en la situación en que se encuentra. El derecho, allí donde es real, supone discernimiento e inteligencia en aquello que está sucediendo. Adán da nombre a los animales. Nabucodonosor da nuevos nombres a los judíos cautivos; el rey de Egipto a Eliaquim, a quien había colocado en el trono. Jesús, por lo tanto, toma este lugar cuando Él dice el *Padre* te lo ha revelado, y *yo también* te doy un lugar y un nombre relacionados con esta gracia. Es sobre aquello que el Padre te ha revelado que yo voy a edificar mi asamblea², contra la que—fundamentada en la vida que viene de Dios—las puertas del reino de la muerte nunca prevalecerán; y yo, el que edifico, haciéndolo sobre esta base inamovible, te doy el lugar de una *pedra* (*Pedro*) en relación con este templo viviente. Mediante el don de

1. El pasaje (cap. 16:18) debería leerse: «Y yo también te digo a ti.»

2. Es importante distinguir aquí la Iglesia que Cristo edifica, aún inacabada, de aquello que es como un todo manifestado en el mundo, edificada en responsabilidad por el hombre. En Efesios 2:20-21 y 1 Pedro 2:4-5, tenemos este divino edificio creciendo y edificándose. No se halla ninguna mención de la obra humana en ninguno de los dos pasajes; otros pueden edificar madera, heno y hojarasca. La confusión de éstos ha sido la base para la formación del papado y otras corrupciones halladas en la llamada iglesia. La Iglesia del Señor, vista en su realidad, es una obra divina que Cristo lleva a cabo y que permanece.

MATEO 16

Dios, tú perteneces ya por naturaleza al edificio—una piedra viva, poseyendo el conocimiento de esa verdad del fundamento, y que hace de cada piedra una parte del edificio. Pedro fue una piedra prominente por medio de esta confesión; y lo fue anticipadamente por la elección de Dios. Esta revelación fue hecha soberanamente por el Padre. El Señor le asigna, además, su lugar, poseyendo el derecho de administración y autoridad en el reino que Él iba a establecer.

Hasta aquí con respecto a la asamblea, mencionada ahora por primera vez, y los judíos habiendo sido rechazados a causa de su incredulidad, y hecho convicto el hombre pecador.

Otro asunto se presenta en relación con el de la asamblea que el Señor iba a edificar, esto es, el reino que se iba a establecer. Tenía que tener la forma del reino de los cielos, pues era así en los consejos de Dios. Ahora iba a ser establecido de manera peculiar después de que el Rey hubiera sido rechazado sobre la tierra.

Rechazado como fue, las llaves del reino estaban en la mano del Señor. Su autoridad le pertenecía, pero la invertiría sobre Pedro, el cual, cuando se hubiera ido el Rey, debería abrir sus puertas al judío primero, y luego a los gentiles. Debería también ejercer la autoridad del Señor dentro del reino, de modo que todo lo que atara sobre la tierra en el nombre de Cristo—el verdadero Rey, aunque ascendido al cielo—debería atarse en el cielo; y si se desataba algo sobre la tierra, su acción debía ser ratificada en el cielo. En una palabra, él tenía el poder de gobernar el reino de Dios sobre la tierra, teniendo ahora este reino el carácter del reino de los cielos, porque su Rey estaba en el cielo¹,

1. Obsérvese aquí lo que he hablado en otro lugar: no hay dichas llaves de la iglesia o asamblea. Pedro tenía las llaves de la administración en el reino. Pero la idea de las llaves en relación con la Iglesia, o el poder de las mismas en la Iglesia, es una pura falacia. No existe este tipo de llaves. La Iglesia es edificada; los hombres no edifican con llaves, y es Cristo (no Pedro) quien la edifica. Además, los actos así permitidos eran actos de administración aquí

MATEO 16

y el cielo había de sellar sus actos con su autoridad. Pero es el cielo lo que ratifica sus actos terrenales, no el atarlos o desatarlos para el cielo. La asamblea relacionada con el carácter del Hijo del Dios viviente y edificada por Cristo, aunque formada sobre la tierra pertenece al cielo; el reino, aunque gobernado desde el cielo, pertenece a la tierra, donde tiene su lugar y administración.

Estas cuatro cosas son entonces declaradas por el Señor en este pasaje: primeramente, la revelación hecha por el Padre a Simón; en segundo lugar, el nombre dado a este Simón por Jesús, quien iba a edificar la Iglesia sobre el fundamento revelado en aquello que el Padre le había dado a conocer; y tercero, la asamblea edificada por Cristo mismo, todavía incompleta, sobre el fundamento de la Persona de Jesús reconocido como Hijo del Dios viviente. En cuarto lugar, las llaves del reino que debían ser dadas a Pedro, es decir, la autoridad en el reino para su administración de parte de Cristo, poniendo en él el orden de Su voluntad, y que debía ser ratificada en el cielo. Todo esto está relacionado con Simón personalmente, en virtud de la elección del Padre—

abajo. El cielo daba su aprobación sobre ellos, pero éstos no iban relacionados con el cielo, sino con la administración terrenal del reino. Además, hay que observar que lo que aquí se confiere es individual y personal. Se trataba de un nombre y una autoridad conferidos sobre Simón, el hijo de Jonás.

Otras observaciones aquí nos ayudarán a comprender mejor el significado de estos capítulos. En la parábola del sembrador (cap. 13), la Persona del Señor no es presentada, sino sólo el hecho de que se está sembrando, no segando. En la primera similitud del reino, Él es el Hijo del Hombre, y el campo es el mundo. Él está ya casi fuera del judaísmo. En el capítulo 14, tenemos el estado de cosas desde el rechazo de Juan hasta el tiempo que el Señor es reconocido a Su regreso, donde había sido rechazado. En el capítulo 15, es la controversia moral, y Dios mismo en gracia por encima del mal. Este punto ya no lo abordaré más. Pero en el capítulo 16 tenemos la Persona del Hijo de Dios, el Dios viviente, y de ahí la asamblea, Cristo el edificador. En el capítulo 17, el reino con el Hijo del Hombre viniendo en gloria. Las llaves—por mucho que el cielo aprobara que Pedro las utilizara—eran, como hemos visto, del reino de los cielos, no de la asamblea; y este reino, como la parábola de la cizaña muestra, había de corromperse y echarse a perder irremediablemente. Cristo edifica la Iglesia, no Pedro. Compárese 1 Pedro 2:4-5.

MATEO 16

el cual, en Su sabiduría, le había escogido para que recibiera esta revelación—y de la autoridad de Cristo, quien había investido sobre él el nombre que le distinguía de manera personal en el gozo de este privilegio.

Una vez dio a conocer el Señor los propósitos de Dios con respecto al futuro—propósitos que serían cumplidos en la asamblea y en el reino—no había ya necesidad de presentarse como el Mesías a los judíos. No significaba que abandonaba Su testimonio, lleno de gracia y de paciencia hacia el pueblo, y que Él había dado en todo Su ministerio, sino que éste continuaba en realidad, pero los discípulos tenían que comprender que ya no era tarea de ellos anunciar al pueblo al Señor como el Cristo. A partir de este momento, Él comenzó a enseñar a Sus discípulos que debía sufrir, ser muerto y resucitar.

Bendecido y honrado como fue Pedro por la revelación que el Padre le hizo, su corazón se aferraba todavía de manera carnal a la gloria humana de su Maestro—en realidad, a la suya propia—y permanecía aún lejos de los pensamientos de Dios. ¡Ay, él no es el único ejemplo! Para estar convencido de las verdades más excelentes, e incluso para gozar verdaderamente de ellas, es algo muy distinto que tener el corazón formado según los sentimientos y el andar terrenales que conformen con estas verdades. No se trata de la sinceridad en el disfrute de la verdad lo que es necesario, sino el tener la carne y el yo mortificados, estar muertos al mundo. Podemos sinceramente gozar de la verdad enseñada por Dios, y aun así no poseer la carne mortificada o el corazón en un estado de acuerdo a esa verdad, en todo lo que la involucra aquí abajo. Pedro—así honrado por la revelación de la gloria de Jesús, y hecho depositario de un modo muy especial de la administración en el reino dado al Hijo, y poseyendo un lugar distinguido en medio de todo lo que debía seguir tras el rechazo del Señor por los judíos—está haciendo ahora la obra del adversario con respecto a la perfecta sujeción de Jesús al sufrimiento e ignominia que

MATEO 16

tenían que presentar esta gloria y caracterizar al reino. Ay, el caso estaba claro: él saboreaba las cosas de los hombres y no las de Dios. Pero el Señor, en Su fidelidad, rehúsa a Pedro en este asunto, y enseña a Sus discípulos que el único camino, el señalado y necesario camino, era la cruz. Si alguien le seguía, *éste* era el camino que *Él* tomaba. Porque ¿qué aprovecharía al hombre si salvaba su vida y lo perdía todo, ganando el mundo y perdiendo su alma? Porque ésta era ahora la cuestión¹, y no la gloria exterior del reino.

Habiendo examinado este capítulo como transición del sistema mesiánico al establecimiento de la asamblea fundada en la revelación de la Persona de Cristo, deseo también dirigir la atención a los caracteres de incredulidad que aquí se despliegan, tanto entre los judíos como en los corazones de los discípulos. Observemos las formas de esta incredulidad.

En primer lugar, la forma mayor que ésta adquiere es la de pedir una señal del cielo. Los fariseos y saduceos se unen para mostrar su insensibilidad a todo lo que el Señor ha hecho. Exigen una prueba para sus sentidos naturales, es decir, para su incredulidad. No creerían a Dios, ni prestando atención a Sus palabras ni contemplando Sus obras. Dios tenía que satisfacer lo que ellos querían, lo cual demostraba no ser la fe ni la obra de Dios. Tenían entendimiento para las cosas humanas, las cuales eran, con todo, menos claras y evidentes, pero ninguno para las cosas de Dios. Un Salvador condenado para ellos, como judíos sobre la tierra, debía serles suficiente señal. Tanto si querían como si no, se someterían al juicio de la incredulidad que ellos mostraban. El reino sería quitado de ellos, abandonándolos el Se-

1. En la epístola de Pedro, hallamos constantemente estos mismos pensamientos: las palabras «esperanza viva», «piedra viva»—aplicadas a Cristo, y después a los creyentes) Y nuevamente, de acuerdo a nuestro asunto, la salvación por la vida en Cristo, el Hijo del Dios viviente, hallamos que obtenemos «el objetivo de nuestra fe, incluso la salvación de [nuestras] almas.» Podemos leer todos los versículos con los cuales el apóstol presenta su enseñanza.

MATEO 16

ñor. La señal de Jonás está relacionada con el asunto de todo el capítulo.

A continuación, vemos esta misma apatía hacia el poder manifestado en las obras de Jesús; pero no se trata ya de la oposición de la voluntad descreída, sino de la ocupación del corazón en las cosas del presente, que retiraban de éste toda influencia de las señales que se habían dado. Esto es debilidad, no voluntad propia. No obstante, ellos son culpables, pero Jesús los llama hombres de poca fe, en vez de hipócritas y generación adúltera y perversa.

Vemos la incredulidad manifestándose bajo la forma de la opinión indiferente, la cual prueba que el corazón y la conciencia no están interesados en un asunto que debería gobernarlos—ante el cual, si el corazón quería realmente afrontar su verdadera importancia, no descansaría hasta llegar a un convencimiento respecto a este asunto. Aquí el alma no siente la necesidad; consecuentemente, no hay discernimiento. Cuando el alma siente esta necesidad, sólo hay una cosa que puede suplirla, y no halla descanso hasta que la ha encontrado. La revelación de Dios que creó esta necesidad no otorga paz al alma hasta que tiene la seguridad de poseer aquello que la despertó. Aquellos que no son sensibles a esta necesidad podrán descansar en probabilidades, cada cual conforme a su carácter natural, su educación y circunstancias. Es suficiente con despertar la curiosidad—la mente está ocupada en ella, y la considera. La fe tiene faltas, y en principio, inteligencia en cuanto al objeto que las suple; el alma es ejercitada hasta hallar lo que necesita. El hecho es que Dios está ahí.

Éste es el caso de Pedro. El Padre le revela al Hijo. Aunque débil, se halló en él verdadera fe, y hallamos la condición de su alma cuando dice: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.» ¡Dichoso el hombre a quien Dios revela verdades como éstas, en quien hace despertar estas necesidades! Podrá haber

MATEO 16

conflicto, mucho que aprender, mucho que mortificar, pero el consejo de Dios está allí, y la vida relacionada con éste. Hemos visto su efecto en el caso de Pedro. Cada cristiano tiene su lugar en el templo del cual Pedro era una piedra tan eminente. ¿Quiere decir esto que el corazón sea, prácticamente, digno de la revelación que se le hace? No; puede hallarse, después de todo, la carne no mortificada en aquel punto donde la revelación toca nuestra posición terrenal.

De hecho, la revelación hecha a Pedro implicaba el rechazo de Cristo sobre la tierra. Éste era el punto. Para implantar la revelación del Hijo de Dios, la asamblea y el reino celestial, en vez de la manifestación del Mesías sobre la tierra, ¿qué podía significar, excepto que Jesús fuese entregado a los gentiles para ser crucificado, y después resucitase? Pero moralmente, Pedro no había entendido esto. Al contrario, su corazón carnal se beneficiaba de la revelación hecha a él, y de aquello que Jesús le había dicho, para autoexaltarse. Él vio, entonces, la gloria personal sin percibir las consecuencias morales y prácticas. Comienza a reprender al Señor, e intenta disuadirle del camino de la obediencia y la sujeción. El Señor, siempre fiel, le trata como un adversario. ¡Ay, con cuánta frecuencia hemos gozado de una verdad, y no obstante hemos fracasado en las consecuencias prácticas a las que nos conducía sobre la tierra! Un Salvador celestial y glorificado, el cual edifica la asamblea, comporta el llevar la cruz sobre la tierra. La carne no comprende esto. Elevará a su Mesías al cielo, si se prefiere; pero participar de Su humillación, lo cual sigue forzosamente, no es su idea de un Mesías glorificado. La carne debe ser mortificada para tomar este lugar. Debemos poseer la fortaleza de Cristo por el Espíritu Santo. Un cristiano que no esté muerto al mundo, no es sino una piedra de tropiezo para cada uno que quiera seguir a Cristo.

Éstas son las formas de la incredulidad que preceden a la verdadera confesión de Cristo, y las cuales se hallan, lastimosamente, en aquellos que sinceramente le confesaron y

MATEO 16

le conocieron porque no mortificaron la carne para que el alma pudiese estar a la altura de lo que aprendió de Dios. Su entendimiento espiritual queda nublado si piensa en los resultados que la carne rechaza.

Si la cruz era la entrada al reino, la revelación de la gloria no se tardaría. Siendo el Mesías rechazado por los judíos, un título más glorioso y de trascendencia mucho más profunda es manifestado: el Hijo del Hombre había de venir en la gloria del Padre—pues Él era el Hijo de Dios—y galardonar a cada hombre conforme a sus obras. Había allí incluso algunos que no pasarían por la muerte—pues de esto es lo que ellos hablaban—hasta que hubieran visto la manifestación de la gloria del reino que concernía al Hijo del Hombre.

Podemos destacar aquí el título de «Hijo de Dios» establecido como el fundamento; y el título de Mesías, que es olvidado, por lo que respecta al testimonio dado en ese tiempo, y sustituido por el de «Hijo del Hombre», el cual Él toma al igual que el de Hijo de Dios porque poseía una gloria propia en Su derecho. Tenía que venir en la gloria de Su Padre como Hijo de Dios, y en Su propio reino como Hijo del Hombre.

Es interesante recordar aquí la enseñanza dada a nosotros al comienzo del libro de los Salmos. El hombre justo, distinguido de la congregación de los impíos, ha sido presentado en el primer salmo. Luego, en el segundo, tenemos la rebelión de los reyes de la tierra y de los gobernantes en contra del Señor y de Su Ungido. Sobre este decreto de Jehová se le declara. Adonai, el Señor, se burlará de ellos desde el cielo. Además, el Rey de Jehová será establecido sobre el Monte de Sión. Éste es el decreto: «Jehová me ha dicho: mi hijo eres tú; yo te he engendrado hoy¹.» Los reyes de la tierra y sus gobernantes son mandados besar al Hijo.

1. Hemos visto que Pedro fue más allá de esto. Cristo es aquí visto como el Hijo nacido sobre la tierra en el tiempo, no como el Hijo de toda eternidad en

MATEO 16

En los salmos siguientes, toda esta gloria es oscurecida. La angustia del remanente, en el que Cristo tiene una parte, es relatada. Después, en el Salmo 8, Él es llamado el Hijo del Hombre, el Heredero de todos los derechos conferidos soberanamente sobre el hombre por los consejos de Dios. El nombre de Jehová deviene excelente en toda la tierra. Estos salmos no traspasan la parte terrenal de estas verdades, excepto donde está escrito: «El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos»; mientras que en Mateo 16, la relación del Hijo de Dios con esto, Su venida con Sus ángeles—por no decir con la asamblea—nos son presentados. Vemos que el Hijo del Hombre vendrá en la gloria del cielo. No que su morada allí sea la verdad declarada, sino que Él es investido con la gloria más alta del cielo cuando viene a establecer Su reino sobre la tierra. Éste es establecido en la tierra, pero viene para tomarlo con la gloria del cielo. Esto es manifestado en el capítulo siguiente, conforme a la promesa aquí del versículo 28.

En cada evangelio que se habla de ella, la transfiguración sigue inmediatamente a la promesa de que no se pasará por la muerte antes de poder ver el reino del Hijo del Hombre. Y no solamente esto, sino que Pedro—en su segunda epístola, cap. 1:16—cuando habla de esta escena declara que fue una manifestación del poder y de la venida de nuestro Señor Jesucristo. Dice que la palabra profética fue confirmada a ellos por ver en Él Su majestad, de modo que ellos sabían de qué hablaban al serles dado a conocer el poder y la venida de Cristo, tras haber contemplado Su majestad. De hecho, es precisamente en este sentido que el Señor habla de ello aquí, como ya vimos. Era una muestra de la gloria en la cual Él vendría después, ofrecida para

el seno del Padre. Pedro, sin la total revelación de esta última verdad, ve que Él es el Hijo conforme al poder de la vida divina en Su Persona, sobre la cual *la asamblea* podía ser consecuentemente edificada. Pero tenemos que considerar aquí aquello que concierne al reino.

MATEO 17

confirmar la fe de Sus discípulos en la perspectiva de Su muerte, que justo les había anunciado.

CAPÍTULO 17

En este capítulo, Jesús los conduce a una montaña alta, donde es transfigurado delante de ellos: «Su semblante brillaba como el sol, y sus vestidos eran blancos como la luz.» Moisés y Elías se aparecieron también hablando con Él. Dejo el asunto de su discurso, el cual es profundamente interesante, hasta que lleguemos al evangelio de Lucas, donde se añaden algunas circunstancias más, que, en algunos aspectos, dan otro contenido a esta escena.

Aquí el Señor aparece en gloria, y Moisés y Elías con Él: el uno es el legislador de los judíos, y el otro—casi distinguidos por igual—el profeta que intentó hacer volver a las diez tribus apóstatas a la adoración de Jehová, y quien, desesperanzado a causa del pueblo, regresó a Horeb, de donde la ley fue dada, y después fue tomado al cielo sin pasar por la muerte.

Estas dos personas, sublimemente insignes en las relaciones de Dios con Israel, como fundadores y restauradores del pueblo en relación con la ley, aparecen en compañía de Jesús. Pedro—absorto en esta aparición, gozándose de ver a su Maestro asociado con estos pilares del sistema judío, con tales eminentes siervos de Dios, ignorando la gloria del Hijo del Hombre y olvidando la revelación de la gloria de Su Persona como el Hijo de Dios—desea construir tres tiendas, y emplazar a los tres sobre el mismo nivel de oráculos. Pero la gloria de Dios se manifiesta; es decir, la señal conocida en Israel como la morada (*shechinah*) de esa gloria¹, y la voz del Padre es escuchada. La gracia puede emplazar a Moisés y Elías en la misma gloria que la del Hijo de Dios, y asociarlos con Él; pero si la locura del hombre, en su igno-

1. Pedro, enseñado por el Espíritu Santo, la llama «la gloria excelente».

MATEO 17

rancia, los quiere situar juntos como teniendo igual autoridad sobre el corazón del creyente, el Padre debe vindicar de inmediato los derechos de Su Hijo. No pasa un momento sin que la voz del Padre proclame la gloria de la Persona de Su Hijo, Su relación con Él, que Él era el objeto de todo Su afecto, y en quien tenía toda Su complacencia. Es Él a quien los discípulos tienen que oír. Moisés y Elías han desaparecido. Cristo está allí solo, como Aquel que ha de ser glorificado, Aquel que enseñaría a aquellos que escucharan la voz del Padre. El Padre mismo le distingue y le presenta a la atención de los discípulos, no porque fuese digno del amor de ellos, sino como el objeto de Su propia complacencia. En Jesús, Él mismo estaba complacido. Así, los afectos del Padre se nos presentan como los que gobiernan los nuestros, presentándonos un objeto común. ¡Qué posición para unas pobres criaturas como nosotros! ¡Qué gracia¹!

Al mismo tiempo, la ley, y toda idea de su restauración bajo el antiguo pacto, han quedado atrás; y Jesús, glorificado como el Hijo del Hombre, y el Hijo del Dios viviente, permanece el solo dispensador del conocimiento y la mente de Dios. Los discípulos caen sobre sus rodillas, llenos de espanto, cuando oyen la voz de Dios. Jesús, a quien esta gloria y esta voz eran familiares, les anima, como siempre hizo sobre esta Tierra, diciéndoles: «No temáis». Estando con

1. No era en relación con la divina validez de su testimonio que Moisés y Elías hubieran desaparecido. No podían ser una confirmación más firme, como de hecho Pedro dice, como en esta escena. Pero no sólo no eran ellos los sujetos del testimonio de Dios como Cristo lo era, sino que su testimonio no se refería ni sus exhortaciones llegaban a las cosas celestiales que debían ahora ser reveladas en asociación con el Hijo del cielo. Incluso Juan el Bautista hace esta diferencia (Juan 3:31-34). De ahí, y allí manifestado, el Hijo del Hombre debía ser resucitado. Entonces, aquí el Señor encarece a los discípulos que no dijeran que Él era el Mesías, pues el Hijo del Hombre había de sufrir (véase Juan 12:27). La historia judía fue cerrada en el capítulo 12, de hecho ya en el 11, y dispuesta la base del cambio. Tanto Juan como Él fueron rechazados, la perfecta sumisión, todas las cosas entonces entregadas a Él por Su Padre, y la revelación de Él del Padre. Compárese Juan 13-14. Pero en Mateo 13, aparte del judaísmo, Él comienza con lo que traía, sin buscar fruto en el hombre.

MATEO 17

Aquel que era el objeto del amor del Padre, ¿por qué debían tener miedo? Su mejor Amigo era la manifestación de Dios sobre la Tierra, la gloria le pertenecía. Moisés y Elías habían desaparecido, y la gloria también, la cual los discípulos no podían aún soportar. Jesús, que había sido así manifestado a ellos en la gloria dada a Él, y en los derechos de Su gloriosa persona, en Sus relaciones con el Padre, permanece el mismo para con ellos como siempre le habían conocido. Pero esta gloria no tenía que ser el asunto de su testimonio hasta que Él, el Hijo del Hombre, fuera resucitado de entre los muertos—el sufriente Hijo del Hombre. La gran prueba debía ser dada entonces de que Él era el Hijo de Dios con poder. El testimonio de ello debía ser rendido, y Él ascendería personalmente a esa gloria que acababa de resplandecer delante de sus ojos.

Pero surge una dificultad en las mentes de los discípulos provocada por la doctrina de los escribas con respecto a Elías. Éstos decían que Elías debía venir antes de la manifestación del Mesías; y de hecho la profecía de Malaquías autorizaba esta expectativa. ¿Por qué entonces, preguntan ellos, dicen los escribas que Elías debía venir primero?—es decir, antes de la manifestación del Mesías—mientras que nosotros hemos visto ahora que Tú eres Él, sin haber venido Elías. Jesús confirma las palabras de la profecía, añadiendo que Elías debía restaurar todas las cosas: «Pero», continúa el Señor, «os digo que ya ha venido, y han hecho con él lo que ellos quisieron; asimismo sufrirá el Hijo del Hombre por mano de ellos». Entonces comprendieron ellos que hablaba de Juan el Bautista, quien vino en el espíritu y poder de Elías, como había declarado el Espíritu Santo por medio de Zacarías su padre.

Unas cuantas palabras sobre este pasaje. Primero, cuando el Señor dice «Elías en verdad viene primero y restaurará todas las cosas», no confirma aquello que los escribas habían dicho, según la profecía de Zacarías, como si hubiera querido decir «Tienen razón». Él declara a la sazón

MATEO 17

el efecto de la venida de Elías: «Él restaurará todas las cosas». Pero el Hijo del Hombre tenía que venir todavía. Jesús había dicho a Sus discípulos «No iréis sobre las ciudades de Israel hasta que el Hijo del Hombre no haya venido». No obstante, Él había venido y estaba hablando con ellos. Pero esta venida del Hijo del Hombre de la que hablaba, es Su venida en gloria, cuando será manifestado como el Hijo del Hombre en juicio conforme a Daniel 7. Fue así que todo lo que se había dicho a los judíos tenía que cumplirse; y en el Evangelio de Mateo Él les habla en relación con esta expectativa. Sin embargo, era necesario que Jesús fuera presentado a la nación y sufriera, que la nación fuese sometida a prueba por la presentación del Mesías de acuerdo a la promesa. Esto fue hecho, y como Dios había también predicho por los profetas, «menospreciado de los hombres». De esta manera Juan fue también delante de Él, según Isaías 40, como la voz en el desierto, aun en el espíritu y poder de Elías; Y fue rechazado como el Hijo del Hombre también lo sería¹.

El Señor, entonces, por estas palabras, declara a Su discípulos, en relación con la escena que justo habían dejado de ver, y con toda esta parte de nuestro Evangelio, que el Hijo del Hombre, ahora presentado a los judíos, tenía que ser rechazado. Este mismo Hijo del Hombre tenía que ser manifestado en gloria, como la habían visto por un momento en el Monte. Elías, en realidad, tenía que venir, como dijeron los escribas, pero Juan el Bautista había ya consumado ese oficio en poder para esta presentación del Hijo del Hombre; la cual—siendo abandonados los judíos, como convenía, a su propia responsabilidad—terminaría sólo en Su rechazo, y en el abandono de la nación hasta los tiempos cuando Dios comenzaría de nuevo a relacionarse

1. A partir también de esto, Juan rechaza la aplicación de Malaquías 4:5-6 dicha de él mismo, mientras que Isaías 40 y Malaquías 3:1 se aplican a él en Lucas 1:76; 7:27.

MATEO 17

con Su pueblo, todavía querido para Él, cualquiera que fuese su condición luego. Restauraría entonces todas las cosas—una obra gloriosa que Él cumpliría trayendo de nuevo a Su Primogénito al mundo. La expresión «restaurar todas las cosas» se refiere *aquí* a los judíos, y es empleada moralmente. En Hechos 3, se refiere al efecto de la propia presencia del Hijo del Hombre.

La presencia temporal del Hijo del Hombre fue el momento en que una obra estaba siendo realizada y de la que la gloria eterna dependía, y en la cual Dios era totalmente glorificado, sobre todo y más allá de toda dispensación, revelándose así Dios y el hombre en base de ello. Una obra en la que incluso la gloria exterior del Hijo del Hombre no es sino el fruto, por lo que respecta a ella, y no a Su divina Persona. Una obra en la que, en un sentido moral, Él fue perfectamente glorificado al glorificar de manera perfecta a Dios. Además, en cuanto a las promesas hechas a los judíos, no fue sino el último paso en la prueba a la que ellos estaban sujetos por la gracia. Dios bien sabía que rechazarían a Su Hijo, pero no los consideraría definitivamente culpables hasta que no lo hubieran hecho realmente. Así, en Su divina sabiduría—mientras que después cumpliría Sus promesas inmutables—Él les presenta a Jesús, a Su Hijo, al Mesías. Les proporciona toda prueba necesaria. Les envía a Juan el Bautista en el espíritu y poder de Elías como precursor Suyo. El Hijo de David es nacido en Belén con todas las señales que deberían haberles convencido, pero estaban cegados por su orgullo y autojusticia, que rechazaba todo. No obstante, Jesús devino en gracia para adaptarse Él mismo, en cuanto a Su posición, a la mísera condición del pueblo. Así también, el Antitipo del David rechazado en su tiempo, compartía la aflicción de Su pueblo. Si los gentiles los oprimían, el Rey debía identificarse con la angustia de ellos, al tiempo que daba toda prueba de lo que Él era y los buscaba en amor. Él rechazado, todo se transforma en gracia pura. Ya no poseen derecho a nada

MATEO 17

conforme a las promesas, y se ven reducidos a recibir solamente por la gracia todo ello, así como haría un pobre gentil. Dios no iba a fallar en la gracia. De esta manera, Él les hace ver su propia posición de pecadores, y consumirá no obstante Sus promesas. Éste es el asunto de Romanos 11.

El Hijo del Hombre que regresará, será este mismo Jesús que marchó. Los cielos le recibirán hasta los tiempos de la restitución de todas las cosas, de las cuales los profetas hablaron. Pero aquel que tenía que ser Su precursor en esta presencia temporal aquí no podía ser el mismo Elías. Por consiguiente, Juan estaba conformado a la entonces manifestación del Hijo del Hombre, salvo la diferencia que manaba necesariamente de la Persona del Hijo del Hombre, que podía ser sólo una, mientras éste no podía ser el caso con Juan el Bautista y Elías. Pero del mismo modo que Jesús manifestó todo el poder del Mesías y todos los derechos concernientes a Su calidad de Mesías, sin asumir todavía la gloria externa y sin ser venida Su hora, así Juan cumplió moralmente y en poder la misión de Elías para preparar el camino del Señor delante de Él—según el verdadero carácter de Su venida, como se cumplió entonces—y respondió literalmente a Isaías 40 y Malaquías 3 incluso, los únicos pasajes aplicados a él. Ésta es la razón por la que Juan dijera que él no era Elías y que el Señor dijo «si le recibís, éste es el Elías que había de venir». En consecuencia, Juan tampoco se aplicó Malaquías 4:5-6 a sí mismo, sino que se presentó cumpliendo Isaías 40:3-5, y ello en cada uno de los Evangelios, independientemente de su carácter particular¹.

Pero sigamos con nuestro capítulo. Si el Señor asciende a la gloria, Él desciende a este mundo ahora en Espíritu y compasión, y se enfrenta con la muchedumbre y el poder de Satanás, con los cuales nosotros también tenemos que enfrentarnos. Mientras el Señor estaba en el Monte, un pobre

1. Ver nota anterior.

MATEO 17

padre había traído a los discípulos a su hijo lunático, poseído por el diablo. Aquí se desarrolla otro aspecto de la incredulidad del hombre, y la del creyente, incapaz de utilizar el poder que está, por así decirlo, al alcance de él en el Señor. Cristo, Hijo de Dios, Mesías, Hijo del Hombre, había vencido al enemigo y ató al hombre fuerte, teniendo derecho a echarlo fuera. Como hombre, el Obediente, pese a las tentaciones de Satanás, le había vencido en el desierto, y como hombre tenía el derecho de despojarle de su control mundano sobre un hombre, y esto es lo que hizo. Al echar a los demonios y curar a los enfermos, Él liberaba al hombre del poder del enemigo. «Dios», dijo Pedro, «ungió a Jesús de Nazaret con el Espíritu Santo y con poder, e hizo buenas obras y curaba a todos los oprimidos por el diablo». Este poder debieron utilizarlo los discípulos, quienes debieron haber conocido cómo sacar rendimiento por la fe de aquello que Jesús había manifestado así sobre la Tierra; pero no fueron capaces de hacerlo. Sin embargo, ¿de qué aprovechaba llevar este poder aquí abajo si los discípulos no tenían fe para utilizarlo? El poder estaba ahí; el hombre podía beneficiarse de él para la completa liberación de toda la opresión del enemigo; pero no tenía fe para ello, ni los creyentes tampoco. La presencia de Cristo sobre la Tierra no tenía sentido si los discípulos no sabían cómo sacar provecho de este poder. Había más fe en el hombre que trajo a su hijo que en ellos, pues sintió que la necesidad le presentaba el remedio. Por tanto, el Señor pronuncia la frase: «Oh generación perversa y de poca fe». Tuvo que dejarlos; y aquello que la gloria había revelado arriba, lo comprendería la incredulidad abajo.

Adviértase aquí que no se trata del mal en el mundo el que pone término a una intervención particular de Dios; al contrario, da ocasión para la intervención en gracia. Fue a causa del control de Satanás sobre los hombres que Cristo vino. Él se marcha porque aquellos que le habían recibido eran incapaces de utilizar el poder que Él trajo consigo, y

MATEO 17

que Él otorga para su liberación: no sabían valerse de él mediante las ventajas de que entonces gozaban. Faltaba la fe. No obstante, obsérvese también esta verdad importante y llena de sentido, que mientras tal dispensación de Dios continuase, Jesús no fallaba al satisfacer la fe personal con bendición, incluso cuando Sus discípulos no supieran glorificarle ejercitando su fe. La misma sentencia que juzga la incredulidad de los discípulos, lleva al angustiado padre al goce de la bendición. Después de todo, para ser capaces nosotros mismos de valernos de Su poder, debemos estar en comunión con Él por la energía práctica de la fe.

Él bendice entonces a ese padre según su necesidad; y lleno de paciencia, reanuda el curso de la enseñanza que estaba dando a Sus discípulos sobre el asunto de Su rechazo y Su resurrección como Hijo del Hombre. Amando al Señor, e incapaces de elevarse por encima de las circunstancias del momento, están confusos; y no obstante, eso era la redención, la salvación y la gloria de Cristo.

Antes de seguir adelante y de enseñarles aquello que debía ser la porción de los discípulos de un Maestro así rechazado, y la de la posición que tenían que ocupar, Él les presenta Su gloria divina y su asociación con Aquel que la tenía, del modo más emocionante, si podían al menos comprenderlo; y al mismo tiempo, con perfecta condescendencia y simpatía hacia ellos se sitúa Él mismo con ellos, o mejor dicho, Él los coloca en el mismo lugar con Él mismo, como Hijo del gran Rey del templo y de toda la Tierra.

Los que recolectaban el tributo oficial para el servicio del templo, acudieron a Pedro y le preguntaron si su Maestro lo pagaba. Siempre presto a adelantarse a todo, olvidando la gloria que había visto y la revelación hecha a él por el Padre, Pedro, bajando al ordinario nivel de sus propios pensamientos, ansioso de que su Maestro fuera considerado un buen judío, sin consultarle contesta a la pregunta afirmativamente. El Señor se anticipa a Pedro en su intervención, mostrándole Su divino conocimiento de lo que ya

MATEO 17

había tenido lugar a una distancia de Él. Al mismo tiempo, Él habla de Pedro y de Sí mismo como hijos los dos del Rey del templo—Hijo de Dios que aún mantenía con paciente bondad su humilde lugar como judío—y libres ambos de presentar tributo. Pero como no debían ser ofendidos, Él ordena a la creación—pues Él puede hacer todas las cosas, porque las conoce todas—haciendo que un pez trajera precisamente la suma requerida, y combinando como novedad el nombre de Pedro con el Suyo. Él dijo «para no ofenderlos», «dales a ellos por ti y por mí». ¡Maravillosa y divina comprensión! Aquel que escudriña los corazones, y que dispone a voluntad de toda la creación, el Hijo del soberano Señor del templo, sitúa a sus pobres discípulos en la misma relación con Su Padre celestial, con el Dios que era adorado en ese templo. Se somete a las demandas que son justamente impuestas a los extranjeros, pero Él sitúa a Sus discípulos en Sus mismos privilegios como Hijo. Vemos comprensiblemente la relación entre esta conmovedora expresión de la gracia divina y el asunto de estos capítulos. Demuestra todo el significado del cambio que estaba teniendo lugar.

Es interesante remarcar que la primera epístola de Pedro se basa en Mateo 16, y la segunda en el capítulo 17, que hemos estado considerando¹. En el capítulo 16, Pedro es enseñado por el Padre, confiesa al Señor el Hijo del Dios viviente, y el Señor le dice que sobre esa roca edificaría Su iglesia, que aquel que tenía el poder de la muerte no prevalecería contra ella. Así también Pedro, en su primera epístola declara que ellos habían nacido de nuevo para una esperanza viva, por esta resurrección de Cristo Jesús de en-

1. Ambas epístolas, después de declarar la redención por la sangre preciosa de Cristo y de ser nacidos de la semilla incorruptible de la Palabra, tratan del gobierno de Dios; la primera, de su aplicación para los Suyos guardándolos, y la segunda, para los malvados y para el mundo, siguiendo hasta los elementos que se funden en el calor violento, y hasta llegar a los cielos nuevos y tierra nueva.

MATEO 18

tre los muertos. Es por esta resurrección que el poder de la vida del Dios viviente fue manifestada. Más tarde, llama a Cristo la piedra viva, a quien imitando nosotros, como piedras vivas, somos edificados un templo santo para el Señor.

En su segunda epístola recuerda, de manera especial, la gloria de la transfiguración como prueba de la venida y del reino del Hijo del Hombre. Por consiguiente, él habla en esta epístola del juicio del Señor.

CAPÍTULO 18

En el capítulo que entramos, se refieren los grandes principios concernientes a un nuevo orden de cosas dadas a conocer a los discípulos. Examinemos un poco estas dulces y preciosas enseñanzas del Señor.

Podemos contemplarlas bajo dos aspectos: cuando revelan los caminos de Dios con respecto a aquello que debía tomar el lugar del Señor sobre la Tierra, y al tratarse de un testimonio de la gracia y de la verdad. Además de esto, describen el carácter mismo del verdadero testimonio que hay que debe ser rendido.

Este capítulo da por supuesto que Cristo ha sido ya rechazado y está ausente, y que la gloria del capítulo 17 no ha llegado aún. Omite el capítulo 17 para enlazarse con el capítulo 16—salvo que en los últimos versos del 17 se ofrece un testimonio práctico de Su renuncia de Sus derechos legítimos hasta que Dios los vindicara. El Señor habla de los dos asuntos contenidos en el capítulo 16: el reino y la iglesia.

Aquello que sería conveniente al reino era la mansedumbre de un niño, la cual es incapaz de afirmar sus propios derechos en vistas de que un mundo la ignora—el espíritu de dependencia y humildad. Ellos debían ser como niños. En ausencia de Su Señor rechazado, éste era el espíritu que convenía a Sus seguidores. Aquel que recibía a un niño en el nombre de Jesús, le recibía a Él. Por otro lado, el que po-

MATEO 18

nía una piedra de tropiezo en el camino de uno de estos chiquillos que creían en Jesús¹, sería visitado con el más horrible juicio. El mundo hace esto, pero, ¡ay del mundo por este motivo! En cuanto a los discípulos, si aquello que ellos más valoraban se convertía en lazo, debían arrancarlo y cortarlo, practicando un cuidado extremo en gracia para no ser lazos a un pequeñito que creía en Cristo, así como una severidad implacable en cuanto a aquello que pudiera ser una red para ellos mismos. La pérdida de lo más precioso aquí no era nada, comparado con su eterna condición en otro mundo; pues ésta era la cuestión ahora, y el pecado no podía tener lugar en la casa de Dios. Un cuidado hacia los demás, incluso hacia los más débiles, y severidad con el yo, eran la norma para que en el reino no existiera ningún lazo ni ninguna raíz de mal. En cuanto a la ofensa, gracia plena al perdonar. No tenían que menospreciar a esos pequeñitos, pues si eran incapaces de abrirse camino en este mundo, eran por ello los objetos del favor especial del Padre, como aquellos que, en las cortes terrenales, tenían el privilegio peculiar de ver el rostro del rey. No es que no hubiera pecado en ellos, sino que el Padre no menospreciaba a aquellos que estaban lejos de Él. El Hijo del Hombre había venido para salvar a los perdidos². Y no era la voluntad del Padre que ninguno de éstos se perdiera. Él hablaba, no lo dudo, de los pequeñitos como aquellos que Él tomaba en Sus brazos. Les inculca a Sus discípulos el espíritu de humildad y dependencia por una parte, y por la otra el espíritu del Padre que ellos tenían que imitar, a fin de ser verdaderamente los hijos del reino, sin andar en el espíritu del hombre que intenta mantener su lugar y autoestima.

1. El Señor aquí distingue a un creyente pequeño. En los otros versículos, Él habla de un niño, haciendo de su carácter, como tal, un modelo de aquél del cristiano en este mundo.

2. Como doctrina, la condición de pecado del niño, y su necesidad del sacrificio de Cristo, son expresados claramente aquí. Él no dice aquí «buscar» refiriéndose a ellos. El empleo de la parábola de la oveja perdida aquí es sorprendente.

MATEO 18

Tenían que humillarse y someterse al vituperio; y al mismo tiempo—y esto es la verdadera gloria—imitar al Padre, el cual considera a los humildes y los admite en Su presencia. El Hijo del Hombre había venido de parte de los vituperados. Éste es el espíritu de la gracia del que se habla al final del capítulo 5. Es el espíritu del reino.

La asamblea, más concretamente, tenía que ocupar el lugar de Cristo sobre la Tierra. Con referencia a las ofensas contra uno mismo, el espíritu de mansedumbre es el que convenía a Su discípulo, para ganar a su hermano. Si este último le escuchaba, el asunto debía quedar enterrado en el corazón de aquel al que había ofendido; si no, dos o tres más, entonces, habían de acompañar a la persona ofendida para llegar a la conciencia del otro, o hacer de testigos. Si de nada valían estos medios designados, debía darse a conocer a la asamblea; y si ello no producía sumisión, aquel que había hecho el mal tenía que ser considerado por el otro como un extraño, igual que un pagano y un publicano lo eran para Israel. La disciplina pública de la asamblea no es tratada aquí, sino el espíritu en el cual los cristianos tenían que caminar. Si el ofensor agachaba la cabeza cuando era interpelado, debía perdonársele incluso setenta veces siete diarias. Pero aunque no se hable de la disciplina de Cristo, vemos que la asamblea tomaba el lugar de Israel sobre la Tierra. El *afuera* y el *adentro*, por lo tanto, se aplicaban a ella. El cielo ratificaría aquello que la asamblea atase sobre la Tierra, y el Padre respondería a la oración de dos o tres que convinieran en hacer juntos su petición; pues Cristo estaría en el medio de dondequiera que dos o tres se reunieran en, o hacia Su nombre¹. Así, para las de-

1. Es importante hacer memoria aquí que, mientras el Espíritu Santo es personalmente reconocido en Mateo, como en el nacimiento del Señor, y en el capítulo 10 actuando y hablando en los discípulos en su servicio, como una Persona divina, como ocurre siempre que nosotros sólo de Él podemos actuar rectamente, la venida del Espíritu Santo, en el orden de la dispensación divina, no forma parte de la enseñanza de este Evangelio, aunque sea

MATEO 18

cisiones y para las oraciones, ellos eran como Cristo sobre la Tierra; Él estaba allí con ellos. ¡Solemne verdad! Inmenso favor otorgado sobre dos o tres cuando se reunían verdaderamente en Su nombre, pero que deviene un asunto profundamente triste cuando esta unidad es fingida y la realidad no está allí.¹

Otro elemento del capítulo concerniente al reino, que se había manifestado en Dios y en Cristo, es la gracia perdonadora. En esto también los hijos del reino tenían que ser imitadores de Dios, y perdonar siempre. Esto se refiere solamente a los males causados a uno, y no a la disciplina pública. Debemos perdonar hasta el final, o mejor dicho, no debería haber nunca un final; así como Dios nos ha perdonado a nosotros todo. Además, creo que las dispensaciones de Dios a los judíos son aquí descritas. No sólo habían quebrantado la ley, sino que sacrificaron al Hijo de Dios. Cristo intercedió por ellos, diciendo «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen». En respuesta a esta oración, un perdón provisional fue predicado por el Espíritu Santo por boca de Pedro. Pero esta gracia también fue rechazada. Cuando se tratara de mostrar gracia a los gentiles, quienes sin duda, les debían a los judíos los cien

reconocido como un hecho en el capítulo 10. La consideración de la Iglesia en Mateo concluye con Su resurrección, y el cuerpo judío es enviado fuera de Galilea como un cuerpo aceptado por el mundo para evangelizar a los gentiles, y Él declara que estaría con ellos hasta el fin del mundo. Así, aquí está Él en medio de dos o tres reunidos a Su nombre. La Iglesia aquí no es el Cuerpo por el bautismo del Espíritu Santo; no es la casa donde mora el Espíritu Santo sobre la Tierra, sino que donde dos o tres se congregaban a Su nombre, allí estaba Cristo. No dudo de que todo bien de la vida, y la Palabra de vida, vienen del Espíritu, pero esto es otra cosa, y la asamblea aquí no es el Cuerpo ni la casa, a través del descenso del Espíritu. Esto era una enseñanza y revelación consecuentes, y continúa siendo benditamente cierto. Pero se trata de Cristo en medio de aquellos reunidos a Su nombre. Incluso en el capítulo 16 es Él quien edifica, pero eso es otro asunto. Por supuesto, es de manera espiritual que Él está presente.

1. Es muy extraordinario ver aquí que, la única sucesión en el oficio de atar y desatar que permite el Cielo, es aquella de dos o tres reunidos en el nombre de Cristo.

MATEO 19

denarios, no escucharían, y serían entregados al castigo¹ hasta que el Señor pudiera decir «Han recibido doble por la paga de su pecado».

En una palabra, el espíritu del reino no es poder exterior, sino humildad; pero en esta condición hay una proximidad al Padre, y entonces es fácil ser manso y humilde en este mundo. El que haya gustado del favor de Dios no buscará la grandeza sobre la Tierra, porque está embebido del espíritu de gracia, y aprecia a los humildes y perdona a aquellos que le han hecho mal, está cerca de Dios y se asemeja a Él en sus caminos. El mismo espíritu de gracia reina, ya sea en la asamblea o en sus miembros. Solamente representa a Cristo sobre la Tierra, y relaciona con ello aquellas normas que se fundamentan sobre la aceptación de un pueblo que pertenece a Dios. Dos o tres realmente reunidos en el nombre de Jesús actúan con Su autoridad, y gozan de Sus privilegios con el Padre, pues Jesús mismo está allí en su centro.

CAPÍTULO 19

Este capítulo continúa con el propósito del espíritu conveniente para el reino de los cielos, y profundiza en los principios que gobiernan la naturaleza humana, y en aquello que se introducía ahora divinamente. Una pregunta hecha por los fariseos—pues el Señor se ha acercado a Judea—da lugar a que Su doctrina sobre el matrimonio sea expuesta, y habiéndose vuelto de la ley, dada en ocasión de sus corazones endurecidos, Él regresa² a las institucio-

1. Esta entrega, y la apertura formal del lugar celestial intermediario en relación con el Hijo del Hombre en gloria, está en Hechos 7, donde Esteban relata su historia desde Abraham, el primero llamado «raíz de la promesa», hasta aquel momento.

2. La relación es aquí trazada entre lo nuevo y la naturaleza, como Dios la formó originalmente, pasando de largo de la ley como algo que fue introducido entre ambas cosas. Era un poder nuevo, porque el mal había entrado, que reconocía la creación de Dios, al tiempo que probaba el estado del corazón, sin

MATEO 19

nes de Dios, según las cuales un hombre y una mujer tenían que unirse y ser uno a los ojos de Dios. Él establece, o mejor dicho, restablece, el verdadero carácter del indisoluble lazo del matrimonio. Lo llamo indisoluble, porque la excepción del caso de infidelidad no lo es; la persona culpable había roto el lazo. Ya no eran hombre y mujer en una carne. Al mismo tiempo, si Dios daba poder espiritual para ello, era mejor aún permanecer soltero.

Entonces renueva Él Su enseñanza con respecto a los niños, al tiempo que testifica de Su afecto hacia ellos. Aquí, según me parece, es más bien en relación con la ausencia de todo lo que ata al mundo, a sus distracciones y codicias, y reconociendo lo que es amante, confiable y na-

ceder ante su debilidad. El pecado corrompió lo que Dios creó bueno. El poder del Espíritu de Dios, dado a nosotros mediante la redención, hace que el hombre y su camino resurjan de la vieja condición de la carne, introduciendo un nuevo poder divino por el que el hombre camina en este mundo, según el ejemplo de Cristo. Pero esto va acompañado de todo el beneplácito de aquello que estableció Dios originalmente. Era bueno, aunque podía existir lo que era mejor. La manera en que la ley es dejada de lado para llegar hasta las instituciones de Dios del principio, donde el poder espiritual no quita el corazón de toda aquella escena, aunque anduviera en ella, es muy sorprendente. En el casamiento, el niño, el carácter del hombre joven, lo que es de Dios y delicado en naturaleza, es aceptado por Dios. Pero el estado del corazón del hombre es es-cudriñado. Esto no depende del carácter, sino del motivo, y es totalmente probado por Cristo—hay un cambio total de dispensación, pues las riquezas fueron prometidas a un judío que fuese fiel—y un Cristo rechazado—la senda al cielo—todo, y el examen de todo, esto es, del corazón del hombre.

Dios hizo al hombre recto con determinados lazos de familia. El pecado corrompió esta vieja o primera creación del hombre. La venida del Espíritu Santo introdujo un poder que levanta, en el Segundo Hombre, de la vieja creación a la nueva, y nos ofrece cosas celestiales—no sólo con respecto a los vasos, nuestros cuerpos. No puede rechazarse o condenar aquello que Dios creó en el principio. Esto sería imposible. En el principio, Dios *los* creó. Luego llegamos a la condición celestial, donde todo ello, aunque no es el fruto de sus ejercicios en gracia, desaparece. Si un hombre, en el poder del Espíritu Santo, tiene el poder para hacerlo, y ser completamente celestial, tanto mejor. Pero está muy mal condenar o hablar en contra de las relaciones que Dios creó originalmente, o subestimar o detractarse de la autoridad que Dios vinculó a ellas. Si un hombre puede vivir por encima de estas relaciones para servir a Cristo, está bien. Pero es un caso raro y excepcional.

MATEO 19

turalmente impoluto en aspecto; mientras que en el capítulo 18, era el carácter intrínseco del reino. Después de esto, Él muestra—con referencia a la introducción del reino en Su Persona—la naturaleza de la completa devoción y sacrificio de todas las cosas, a fin de poder seguirle, si es que ellos sólo buscaban agradar a Dios. El espíritu del mundo se oponía en todos los sentidos—pasiones carnales, y riqueza. No hay duda de que la ley de Moisés refrenaba estas pasiones; pero las aceptaba como realidad, y, en algunos sentidos, las soportaba. Según la gloria del mundo, un niño no era de valor. ¿Qué poder podía haber ahí? Pero para el Señor, era de valor a Sus ojos.

La ley prometía vida al hombre que la guardaba. El Señor la hace sencilla y práctica en sus demandas, o más bien, las lleva a la mente en su verdadera sencillez. Las riquezas no eran prohibidas por la ley; es decir, aunque la obligación moral entre el hombre y sus semejantes era mantenida por la ley, aquello que ataba el corazón al mundo no era juzgado por ella. Lo era más bien la prosperidad, conforme al gobierno de Dios, relacionado con la obediencia a ella. Porque ello implicaba a este mundo, y al hombre viviendo en él, probándole aquí. Cristo acepta todo eso, pero los motivos del corazón son probados. La ley era espiritual, y, el Hijo de Dios estaba allí. Hallamos de nuevo lo que vimos antes—el hombre probado y detectado, y Dios revelado. Todo es intrínseco y eterno en su naturaleza, pues Dios es ya revelado. Cristo juzga todo aquello que tiene un mal efecto sobre el corazón y que actúa por propio egoísmo, separándolo así de Dios. «Vende todo lo que tienes», dice Él «y sígueme». Ay, el joven no supo renunciar a sus pertenencias, a su comodidad, a él mismo. «Difícilmente», dice el Señor «entrará un rico en el reino de los cielos». Esto era manifiesto; era el reino de Dios, de los cielos. El yo y el mundo no tienen lugar en él. Los discípulos, quienes no comprendían que no existía ningún bien en el hombre, quedaban pasmados al ver que alguien tan favorecido y dis-

MATEO 19

puesto a seguir al Señor debiera estar todavía lejos de la salvación. ¿Quién tendría entonces éxito? Se descubre toda la verdad. Es imposible para los hombres, porque no pueden vencer los deseos de la carne. Moralmente, y en cuanto a su voluntad y afectos, estos deseos son el hombre. Uno no puede hacer blanco a un negro, o quitarle las manchas al leopardo: aquello que ellos exhiben está en su naturaleza. Pero para Dios—¡bendito sea Su nombre!—todas las cosas son posibles.

Estas enseñanzas acerca de las riquezas dan origen a la pregunta de Pedro: ¿Cuál será la porción de aquellos que han renunciado a todo? Esto nos retrotrae a la gloria del capítulo 17. Habría una regeneración. El estado de cosas debería ser totalmente renovado bajo el dominio del Hijo del Hombre. En aquel entonces deberían sentarse ellos sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel. Ellos tendrían el primer lugar en la administración del reino terrenal. Cada uno, no obstante, debería tener su propio lugar, pues a todo lo que se renunciara por amor de Jesús, recibiría cien veces más y la vida eterna. No obstante, estas cosas no las decidirían las apariencias aquí, ni el lugar que los hombres sostuvieran en el antiguo sistema y ante los otros hombres: los que fueran los primeros serían los últimos, y los últimos primeros. De hecho, había que temer que el corazón carnal cobrara estos ánimos, dados en la figura del galardón por toda su labor y todos sus sacrificios, en un espíritu mercenario, e intentar hacer a Dios su deudor. Y por lo tanto, en la parábola en la que el Señor continúa Su discurso (cap. 20), Él establece el principio de gracia y de la soberanía de Dios en aquello que Él da, y hacia aquellos a quienes llama, de manera muy distinta. Hace que Sus dones dados a quienes Él introduce en Su viña, dependan de Su gracia y de Su llamamiento.

CAPÍTULO 20

Podemos destacar que, cuando el Señor responde a Pedro, fue la consecuencia de haber dejado todo por Cristo a Su llamada. El motivo era Cristo mismo; por lo tanto Él dice: «Vosotros los que me habéis seguido». Habla también de aquellos que lo habían hecho por amor a Su nombre. Éste era el motivo. La recompensa es un ánimo, cuando, por causa de Él, estamos ya en el camino. Éste es siempre el caso cuando se habla del galardón en el Antiguo Testamento¹. Aquel que fue llamado a la hora undécima, dependía de esta llamada para su entrada en la obra, y si, en su bondad, el maestro prefería darle tanto como a los demás, ellos deberían haberse alegrado por ello. Los primeros se adhirieron a la justicia; ellos recibieron aquello que se acordó; los últimos gozaron de la gracia de su maestro. Y hay que observar que aceptaron el principio de la gracia, de la confianza en ello. «¡Cualquier cosa que sea buena, ésa daré!» El gran punto en la parábola es ésta: la confianza en la gracia del maestro de la viña, y la gracia como la base de su acción. Pero ¿quién lo comprendía? Un Pablo podía entrar en la obra tarde, habiéndole llamado Dios, y ser un testimonio más fuerte de la gracia que los obreros que habían trabajado desde el alba del día del evangelio.

El Señor más tarde prosigue el asunto con Sus discípulos. Sube a Jerusalén, donde el Mesías debió haber sido recibido y coronado, para ser rechazado y dado muerte, pero para resucitar más tarde. Y cuando los hijos de Zebedeo vienen y le piden los dos primeros lugares en el reino, Él responde que podía conducirlos realmente al sufrimiento; pero en cuanto a los primeros lugares en Su reino, no podía

1. En realidad, Israel es siempre en la Escritura un ánimo para aquellos que están angustiados y sufren al haber entrado, por motivos más elevados, en el camino de Dios. Así Moisés; así Cristo, cuyo motivo en amor perfecto conocemos, y soportó por el gozo que le aguardaba la cruz, desdeñando la vergüenza. Él fue el *archegos kai teleiotes* en la senda de la fe.

MATEO 20

otorgarlos, excepto—conforme a los consejos del Padre—a aquellos para quienes los había preparado el Padre. ¡Asombrosa abnegación! Es por el Padre, por nosotros, que Él obra. Él no dispone de nada. Puede otorgar a aquellos que le sigan una parte en Sus sufrimientos; todo lo demás será dado según los consejos del Padre. ¡Pero qué verdadera gloria para Cristo y qué perfección en Él, y qué privilegio para nosotros tener sólo este motivo para participar en los sufrimientos del Señor! ¡Y qué purificación de nuestros corazones carnales se nos propone aquí al hacernos actuar solamente para un Cristo sufriente, compartiendo Su cruz, y comprometiéndonos con Dios para la recompensa!

El Señor aprovecha entonces la ocasión para explicar los sentimientos que convienen a Sus seguidores, la perfección de lo que ellos habían visto en Él mismo. En el mundo, era buscada una autoridad, pero el espíritu de Cristo era un espíritu de servicio, que llevaba a la elección del lugar más bajo, y a la completa devoción hacia los demás. Preciosos y perfectos principios, brillante perfección de lo que se manifestó en Cristo. La renunciación a todo, a fin de depender confiadamente en la gracia de Aquel a quien servimos, la inflexible solicitud a ocupar el lugar más bajo, y ser así el siervo de todos, debían ser el espíritu de aquellos que tienen parte en el reino ahora establecido por el Señor rechazado. Esto es lo que conviene a Sus seguidores.¹

Con el final del versículo 28, termina esta parte del

1. Observad la manera en que los hijos de Zebedeo y su madre vienen para procurar el lugar más alto, en el momento en que el Señor se estaba preparando abiertamente a ocupar el más bajo. ¡Ay, vemos tanto del mismo espíritu! El resultado era manifestar cómo se había Él despojado absolutamente de todo. Estos son los principios del reino celestial: perfecta renunciación a ser sostenida en completa devoción. Éste es el fruto del amor que no busca el suyo propio. La sumisión que brota de la ausencia de buscar lo propio; sujeción cuando se es menospreciado; mansedumbre y humildad de corazón. El espíritu de servicio hacia los demás es aquello que el amor produce al mismo tiempo que la humildad, la cual está satisfecha con este lugar. El Señor cumplió esto hasta la muerte, dando Su vida en rescate por muchos.

MATEO 21

Evangelio, y las escenas concluyentes de la vida del bendito Salvador comienzan. En el versículo 29¹, comienza Su última presentación a Israel como Hijo de David, el Señor, el verdadero Rey de Israel, el Mesías. Comienza Su carrera al respecto en Jericó, el lugar donde Josué entró en la tierra—el sitio en el cual la maldición había permanecido tanto tiempo. Él abre los ojos ciegos de Su pueblo que cree en Él y le recibe como el Mesías, porque tal era Él en verdad, aunque rechazado. Ellos le saludan como Hijo de David, y Él responde a su fe abriéndoles sus ojos. Y ellos le siguen—una figura del verdadero remanente de Su pueblo, que le esperará.

CAPÍTULO 21

Seguidamente, disponiendo de todo lo que concernía a Su complaciente pueblo, Él hace Su entrada en Jerusalén como Rey y Señor, según el testimonio de Zacarías. Pero aunque entró como Rey—el último testimonio a la ciudad amada, la cual, para su ruina, iba a rechazarle—Él vino como un Rey manso y humilde. El poder de Dios influencia el corazón de la muchedumbre, que le saluda como Rey e Hijo de David, utilizando el lenguaje comunicado en el Salmo 118,² que celebra el sábado milenial introducido por el Mesías, para ser luego reconocido por el pueblo. La multitud extiende sus ropas para preparar el camino para su manso, aunque glorioso Rey. Cortan ramas de los árboles para darle testimonio, y Él es conducido en triunfo a Jerusalén mientras exclama el pueblo: «¡Hosanná [excepto ahora] al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre

1. El caso del ciego en Jericó es, en todos los tres primeros evangelios, el comienzo de las circunstancias finales de la vida de Cristo, que condujeron la cruz, el contenido general y enseñanzas de cada uno al ser concluidos. De aquí que Él es dirigido como Hijo de David, siendo la última presentación de Aquel como tal a ellos, el testimonio de Dios siendo dado a Él como tal.

2. Este Salmo es peculiarmente profético del tiempo de Su recibimiento venidero, como a menudo se cita en relación con ello.

MATEO 21

del Señor! ¡Hosanná en las alturas!» Felices de ellos si sus corazones fueron cambiados para retener este testimonio en el Espíritu. Pero Dios dispuso soberanamente sus corazones para que dieran este testimonio. No podía permitir que Su Hijo fuera rechazado sin haberlo recibido.

Ahora el Rey va a hacer un examen de todo, manteniendo todavía Su posición de humildad y de testimonio. Por lo visto, las diferentes clases acuden para juzgarle, o para dejarle perplejo, pero de hecho se presentan todos ellos ante Él para recibir de Sus manos, uno después del otro, el juicio de Dios respecto a ellos. Es una sorprendente escena que se abre ante nosotros—el verdadero Juez, el Rey eterno, presentándose por última vez a Su pueblo rebelde con el testimonio más pleno de Sus derechos y de Su poder, y ellos, acudiendo para intimidarle y condenarle, conducidos por su propia malicia efectuada en Su contra, manifiestan su propia condición y reciben el juicio de Sus labios, sin que olvide Él por un momento—excepto cuando purificaba el templo, antes de comenzada esta escena—la posición del Testigo fiel y verdadero en toda mansedumbre sobre la Tierra.

La diferencia entre las dos partes de la historia es distinguible. La primera presenta al Señor en Su carácter de Mesías y Jehová. Como Señor, Él ordena que le sea traído un asno. Entra en la ciudad, según la profecía, como Rey. Él purifica el templo con autoridad. En respuesta a las objeciones de los sacerdotes, cita el Salmo 8, que habla de la manera en que Jehová le glorificó y cómo perfeccionó las alabanzas debidas a Él de boca de los niños, y de los que mamaron. En el templo Él sana también a Israel. Luego los deja, y no se queda en la ciudad, la cual no podía reconocer ya, sino que se marcha fuera con el remanente. El día siguiente, en figura sorprendente, Él exhibe la maldición que estaba a punto de caer sobre la nación. Israel era la higuera de Jehová, pero fatigaba mucho el suelo. Estaba cubierta de hojas, pero no había fruto. La higuera, condenada por el Señor, está seca en el presente. Es una figura de esta des-

MATEO 21

dichada nación, del hombre en la carne contando con todas las ventajas, el cual no llevaba fruto para el Labrador.

Israel, de hecho, poseía todas las formas exteriores de la religión, y eran celosos de la ley y de las ordenanzas, pero no producían fruto para Dios. En lo que respecta a su posición responsable de producir fruto, es decir, bajo el antiguo pacto, nunca lo van a hacer. Su rechazo de Jesús puso fin a toda esperanza. Dios actuará en gracia bajo el nuevo pacto, pero ésta no es la cuestión aquí. La higuera es Israel tal como era, el hombre cultivado por Dios, pero en balde. Todo terminó. Aquello que Él dijo a los discípulos acerca de cambiar de lugar una montaña, mientras que es un gran principio general, se refiere también a lo que debería acontecer en Israel mediante el ministerio de aquéllos. Vistos corporativamente sobre la Tierra como una nación, Israel debería desaparecer y perder su identidad entre los gentiles. Los discípulos eran aquellos que Dios aceptaba de acuerdo a su fe.

Vemos al Señor entrando en Jerusalén como un rey—Jehová, el Rey de Israel—y el juicio anunciado sobre la nación. Después siguen los detalles del juicio sobre las distintas clases de que se componía. En primer lugar, están los sacerdotes y los ancianos, quienes deberían haber guiado al pueblo; éstos se acercan al Señor y ponen en duda Su autoridad. Dirigiéndose así a Él, ocuparon el lugar de los principales de la nación asumiendo el papel de jueces, capaces de pronunciarse sobre la validez de cualesquiera reclamaciones que fueran hechas. Si no era así, ¿por qué tenían que preocuparse por Jesús?

El Señor, en Su infinita sabiduría, les hace una pregunta que somete a prueba su capacidad, y que por la confesión que le dieron demostraron ser incapaces. ¿Cómo juzgarle entonces¹? Explicarles Él la base de Su autori-

1. El recurrir a la conciencia es a menudo la respuesta más sabia, cuando la voluntad es perversa.

MATEO 21

dad, era inútil. Era demasiado tarde ahora para explicárselo. Le hubieran apedreado si Él hubiera argüido sobre el verdadero origen de aquélla. Él replicó diciendo que lo decidieran ellos sobre la misión de Juan el Bautista. Si no podían decidir, ¿por qué insistir en ello? No podían. Si reconocían a Juan como el enviado de Dios, habría sido reconocer a Cristo. Negarlo hubiera sido una pérdida de influencia para con el pueblo. En cuanto a su conciencia, no había nada que hacer. Confesaron su incapacidad. Entonces Jesús, declinó su competencia como líderes y guardianes de la fe del pueblo. Se habían juzgado a ellos mismos, y el Señor procede a testificarles su conducta y los tratos de Él con ellos, claramente delante de sus ojos, desde el versículo 28 al capítulo 22:14.

Aunque profesaban hacer la voluntad de Dios, no era cierto, mientras que los declaradamente impíos se habían arrepentido e hicieron Su voluntad. Ellos, al verlo, se endurecieron aún más. No sólo no fue tocada su conciencia natural, ya fuera por el testimonio de Juan o por la inminencia del arrepentimiento en los demás, sino que aunque Dios había empleado todos los medios para hacerlos producir frutos dignos de su acerbo cultural, no halló nada en ellos sino malignidad y rebeldía. Los profetas habían sido rechazados, y Su Hijo también lo sería. Deseaban tener Su herencia para ellos solos. No podían por menos de reconocer que, en tal caso, la consecuencia había de ser necesariamente la destrucción de aquellos hombres impíos, y el ofrecimiento de la viña a otros. Jesús aplica esta parábola a ellos mismos citando el Salmo 118, el cual anuncia que la piedra rechazada por los edificadores debería ser la piedra principal del ángulo. Además, que cualquiera que cayese sobre esta piedra—y ésta sería la suerte de la nación rebelde en los últimos tiempos—sería reducido al polvo. Los principales sacerdotes y los fariseos entendieron que hablaba de ellos, pero no se atrevieron a poner sus manos sobre Él porque la multitud le conside-

MATEO 22

raba un profeta. Ésta es la historia de Israel, visto sometido a responsabilidad hasta los últimos tiempos. Jehová estaba buscando fruto en Su viña.

CAPÍTULO 22

En este capítulo, su conducta con respecto a la invitación de la gracia es presentada a su vez. La parábola es por tanto un símil del reino de los cielos. El propósito de Dios es honrar a Su Hijo celebrando Sus bodas. Antes de todo, los judíos, quienes ya estaban invitados, son ofrecidos a ir a la fiesta de bodas. Pero no quisieron. Esto fue durante la vida de Cristo. Después, estando todas las cosas preparadas, de nuevo envía Él a Sus mensajeros para obligarlos a venir. Ésta es la misión de los apóstoles a la nación, cuando la obra de la redención haya sido consumada. Ellos menosprecian tanto el mensaje como matan a los mensajeros¹. El resultado es la destrucción de esos hombres impíos y su ciudad. Ésta fue la destrucción que cayó sobre Jerusalén. En su rechazo de la invitación, los destituidos, los gentiles, aquellos que están fuera, son llevados adentro en la fiesta, y la boda se llena de invitados. Ahora se presenta otra cosa. Es cierto que hemos visto el juicio de Jerusalén en esta parábola, pero, como es un símil del reino, tenemos el juicio de aquello que está también dentro del reino. Debe haber una disposición para esta ocasión. Para una fiesta de bodas debe haber un traje de boda. Si Cristo tiene que ser glorificado, todo debe ser conforme a Su gloria. Podrá haber una entrada exterior en el reino, una profesión del cristianismo, pero aquel que no esté vestido adecuadamente a la fiesta será echado fuera. Debemos vestirnos de Cristo mismo. Por otro lado, todo está preparado, nada más es necesario. No les tocaba a los invitados llevar nada a la fiesta, pues el Rey

1. Desprecio y violencia son las dos formas del rechazo del testimonio de Dios, y del verdadero testigo. Odian al uno y aman el otro, o aceptan al uno y menosprecian el otro.

MATEO 22

proveyó todo. Pero debemos imbuirnos del espíritu de aquello que está hecho. Si existe alguna idea de lo que es idóneo para una fiesta de bodas, la necesidad de ir vestido con traje de boda sería la más apropiada. Si no, el honor del Hijo del Rey sería olvidado. El corazón era extraño a este honor; y el hombre mismo devendrá un extraño en el juicio del Rey cuando Él reconozca a los invitados que entraron con traje.

Así también la gracia ha sido mostrada a Israel, y ellos son juzgados por refutar la invitación del gran Rey a las bodas de Su Hijo. Y luego, el abuso de esta gracia por aquellos que parecen aceptarla, es juzgado también. La introducción de los gentiles es expresada.

Aquí concluye la historia del juicio de Israel en general, y del carácter que el reino asumiría.

Tras ello (caps. 22:15 y ss.), las diferentes clases de los judíos acuden, cada una por turno. En primer lugar, los fariseos y herodianos—es decir, aquellos que favorecían a la autoridad de los romanos, y aquellos que se oponían a ella—intentan atrapar a Jesús en Su manera de hablar. El bendito Señor les responde con esa sabiduría perfecta que siempre se manifestó en todo lo que dijo e hizo. Por su parte, era malignidad pura manifestando una total falta de conciencia. Era su propio pecado que les había traído bajo el yugo romano—una posición en realidad contraria a aquella que debería haber correspondido al pueblo de Dios sobre la Tierra. Parece que entonces Cristo debiera convertirse en un objeto de sospecha a las autoridades o que renunciase a Su derecho de ser el Mesías, y consecuentemente el Libertador. ¿Quién había suscitado este dilema? Fue el fruto de sus propios pecados. El Señor les muestra que ellos mismos habían aceptado ese yugo. El dinero llevaba muestra de ello: démoslo pues a aquellos a quienes pertenece, y demos también—lo cual no hacían—a Dios lo que es de Dios. Él los deja bajo este yugo, cuyo peso estaban obligados a confesar que habían aceptado. Les recuerda los

MATEO 22

derechos de Dios, los cuales olvidaron. Tal pudiera además haber sido el estado de Israel conforme al establecimiento del poder en Nabucodonosor, como «una vid de mucho ramaje, de poca altura».

Los saduceos vienen seguidamente ante Él, cuestionándole acerca de la resurrección, con lo cual pensaban demostrar su absurdidad. Así, en cuanto la condición de la nación fue exhibida en Su discurso con los fariseos, la incredulidad de los saduceos es manifestada aquí. Ellos sólo pensaban en las cosas de este mundo e intentaban negar la existencia de otro. Pero cualquiera que fuera el estado de degradación y sometimiento en que el pueblo hubiera caído, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob no cambiaba. Las promesas hechas a los padres permanecían firmes, y los padres estaban vivos para gozar de estas promesas desde entonces. Era la Palabra y el poder de Dios lo que se cuestionaba. El Señor los defiende con poder y evidencia, tras lo cual los saduceos quedaron en silencio.

Los magistrados, sorprendidos por Su respuesta, le hacen una pregunta, lo que da ocasión al Señor para extraer de toda la ley aquello que, a los ojos de Dios, es su esencia, presentando así su perfección, y aquello que—cualquiera sea la manera como se llegue allí—constituye la felicidad de aquellos que caminan en ella. Sólo la gracia se eleva más alto.

Aquí cesan sus críticas. Todo es juzgado, todo es traído a la luz con respecto a la posición del pueblo y de las sectas de Israel; y el Señor dejó en claro los perfectos pensamientos de Dios acerca de ellos, tanto sobre su condición, Sus promesas o sobre la sustancia de la ley.

Era ahora el turno del Señor para proponer Su pregunta, a fin de poner en claro Su posición. Preguntó a los fariseos si eran capaces de reconciliar el título de Hijo de David con el de Señor, que David mismo le dio, y ello en relación con la ascensión de este mismo Cristo a la diestra de Dios hasta que hubiera puesto a sus enemigos por estrado de Sus pies,

MATEO 22

y Él hubiese establecido Su trono en Sión. Esto era en ese momento toda la afirmación de la posición de Cristo. Ellos fueron incapaces de contestarle, y nadie se atrevió a hacerle más preguntas. De hecho, el comprender ese Salmo hubiera sido comprender todos los caminos de Dios con respecto a Su Hijo en el momento que ellos iban a rechazarle. Esto concluyó inevitablemente estos discursos mostrando la verdadera posición de Cristo, quien, aunque Hijo de David, debía ascender a lo alto para recibir el reino, y, mientras lo esperaba, debía sentarse a la diestra de Dios conforme a los derechos de Su gloriosa Persona—el Señor de David, así como el Hijo de David.

Hay otro apartado de interés aquí digno de observación. En estas entrevistas y estos discursos con las diferentes clases de los judíos, el Señor destaca la condición de los judíos de todos lados con respecto a sus relaciones con Dios, y después la posición que Él mismo tomó. Primeramente, Él les muestra su posición nacional hacia Dios, bajo responsabilidad ante Él, según la conciencia natural y los privilegios que les eran propios. El resultado iba a ser su apartamiento, y la introducción de otras personas en la viña del Señor. Esto es en el capítulo 21:28-46. Luego Él expone su condición respecto a la gracia del reino, y la introducción de pecadores gentiles. Aquí también el resultado es el apartamiento y la destrucción de la ciudad¹. Más tarde, los hero-

1. Obsérvese aquí que, desde el capítulo 21:28 hasta el final, tenemos la responsabilidad de la nación vista en posesión de sus privilegios originales, para los cuales debería haber llevado fruto. No habiendo hecho esto, otros son puestos en el lugar de ellos. Ésta no es la causa del juicio que fue, y todavía va a ser de un modo mucho más terrible, ejecutado en Jerusalén, y el cual incluso entonces llevó a cabo la destrucción de la ciudad. La muerte de Jesús, la de los últimos que fueron enviados para buscar fruto, trae el juicio sobre sus asesinos (Mat. 21:33-41). La destrucción de Jerusalén es la consecuencia del rechazo del testimonio del reino presentado para llamarlos en gracia. En el primer caso, el juicio fue sobre los labradores de la vid (los escribas y principales sacerdotes, y los líderes del pueblo). El juicio ejecutado por causa del rechazo del testimonio acerca del reino va más allá (ver cap. 22:7). Algunos menosprecian el mensaje, y otros maltratan a los mensajeros; y, la gracia

MATEO 23

dianos y los fariseos, los amigos de los romanos y sus enemigos, los supuestos amigos de Dios, dan evidencia de la verdadera posición de los judíos con respecto al poder imperial de los gentiles y al de Dios. En Su entrevista con los saduceos, Él muestra la certeza de las promesas hechas a los padres y la relación en que Dios permanecía con ellos respecto a la vida y la resurrección. Después de esto, Él pone el verdadero significado de la ley ante de los escribas; y luego la posición que Él tomó, el mismo Hijo de David, según el Salmo 110, el cual estaba ligado a Su rechazo por los líderes de la nación que estuvieron alrededor de Él.

CAPÍTULO 23

Claramente se muestra en este capítulo cuán separados son contemplados los discípulos en relación con la nación, puesto que eran judíos. Aunque el Señor juzga a los líderes, quienes seducían al pueblo y deshonoraban a Dios con su hipocresía. Él habla a la multitud y a Sus discípulos, diciendo: «En la cátedra de Moisés están sentados los escribas y los fariseos». Siendo los expositores de la ley, tenían que ser obedecidos de acuerdo a todo lo que decía esta ley, aunque su propia conducta fuera hipócrita. Lo que es importante aquí es la posición de los discípulos; de hecho, la misma que la de Jesús. Ellos estaban relacionados con todo lo que era de Dios en la nación, es decir, con la nación como pueblo reconocido por Dios, y consecuentemente, con la ley que poseía autoridad de Dios. Al mismo tiempo, el Señor juzga, y los discípulos también tenían que juzgar en la práctica los caminos de la nación, tal como los representaban públicamente sus líderes. Mientras que formaban parte de la nación, debían ir con cuidado para evitar los caminos de los escribas y los fariseos. Después de reprochar-

siendo así rechazada, la ciudad es incendiada y sus habitantes cortados. Comparar cap. 23:36 y la profecía histórica en Lucas 21. La distinción se mantiene en todos los tres evangelios.

MATEO 23

les a estos pastores de la nación su hipocresía, el Señor les señala la manera con que ellos mismos condenaban las acciones de sus padres—construyendo los sepulcros de los profetas a quienes habían matado. Ellos eran, en ese momento, los hijos de aquellos que los mataron, y Dios iba a someterlos a prueba enviándoles también profetas, hombres sabios y escribas, hasta que llenaran la medida de su iniquidad dándoles muerte a todos ellos y persiguiéndolos—condenados así por sus propias bocas—a fin de que toda la sangre justa que se había derramado, desde la de Abel a la del profeta Zacarías, viniese sobre esta generación. ¡Terrible carga de culpa acumulada desde los primeros odios con que el hombre pecador, situado bajo responsabilidad, ha mostrado siempre al testimonio de Dios; y que crecían a diario porque la conciencia se endurecía cada vez que resistía este testimonio! La verdad se manifestaba tanto más por el sufrimiento de sus portadores testimoniales. Era una roca, puesta en evidencia, que era evitada en el camino del pueblo. Persistieron en su maligno proceder, y cada paso que daban, cada acto similar, era la prueba de una obstinación aún creciente. La paciencia de Dios, que en gracia actuaba en el testimonio, no se había olvidado de sus caminos, y bajo esta paciencia se había colmado todo, acumulándose sobre las cabezas de esta generación réproba.

Obsérvese aquí que el carácter dado a los apóstoles y a los profetas cristianos. Ellos son escribas, hombres instruidos, profetas enviados a los judíos—a la siempre rebelde nación. Esto destaca con claridad el aspecto bajo el cual se los considera en este capítulo. Incluso los apóstoles son «hombres sabios», «escribas», enviados a los judíos como tales.

Pero la nación—Jerusalén, la ciudad amada de Dios—es culpable, y es juzgada. Cristo, como hemos visto, desde la curación del ciego en Jericó, se presenta como Jehová el Rey de Israel. ¡Con qué frecuencia hubiera querido juntar a los hijos de Jerusalén, y éstos se habían negado! Y ahora su casa quedaría desolada hasta que—estando convertidos

MATEO 23

sus corazones—utilizaran el lenguaje del Salmo 118, y, deseándolo, saludaran a Su llegada al que venía en nombre de Jehová, buscando la liberación de manos de Él y rogándole por ella—en una palabra, hasta que exclamaran Hosanná al que venía. No verían más a Jesús hasta que, humillado su corazón, llamaran bendito al que estaban esperando, y a quien ahora rechazaban—hasta que estuvieran preparados de corazón. La paz debía seguir a Su venida, y el deseo precederla.

Los últimos tres versículos exponen ante Dios con bastante claridad la posición de los judíos, o de Jerusalén, como el centro del sistema. Desde tiempo atrás hubiera congregado Jehová el Salvador a los hijos de Jerusalén como una gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, pero ellos se resistirían. Su casa debía permanecer abandonada y desolada, pero no para siempre. Después de haber matado a los profetas, y apedreado a los mensajeros enviados a ellos, habían crucificado a su Mesías, y rechazaron y mataron a aquellos que Él envió para anunciarles la gracia, incluso después de Su rechazo. Así que no le iban a ver hasta que hubiera arrepentimiento y un deseo de verle en sus corazones, hasta que estuvieran preparados para bendecirle voluntariamente, y confesaran su prontitud para hacerlo. El Mesías, quien estaba a punto de abandonarlos, no sería visto por ellos hasta que el arrepentimiento hubiese vuelto sus corazones hacia el que ahora rechazaban. Entonces, ellos le verían. El Mesías, viniendo en el nombre de Jehová, será manifestado a Su pueblo Israel. Es Jehová su Salvador quien aparecería, y el Israel que le rechazó le vería venir como tal. El pueblo, por lo tanto, debería retornar al gozo de sus relaciones con Dios.

Tal es el cuadro moral y profético de Israel. Los discípulos, judíos, eran vistos como parte de la nación, aunque como un remanente espiritualmente apartado de ella, y dando en ella testimonio.

MATEO 24

CAPÍTULO 24

Hemos visto ya que el rechazo del testimonio en gracia acerca del reino, es la causa del juicio que cae sobre Jerusalén y sus habitantes. Ahora, en el capítulo 24, tenemos la posición de este testimonio en medio del pueblo; la condición de los gentiles y la relación en la cual permanecían frente al testimonio rendido por los discípulos. Después de esto, la condición de Jerusalén, subsiguiente a su rechazo del Mesías y del menosprecio por el testimonio; y más tarde, la caída universal al final de aquellos días. Un estado de cosas que deberá cesar a la aparición del Hijo del Hombre, y a la reunión de los elegidos de Israel desde los cuatro vientos.

Debemos examinar este destacado pasaje, presentado ya como profecía y enseñanza a los discípulos para su guía en el camino que deberán seguir en medio de los acontecimientos futuros.

Jesús se marcha del templo, y para siempre—un acto solemne, el cual podemos decir que ejecutaba el juicio que Él acababa de pronunciar. La casa estaba ahora desolada. Los corazones de los discípulos estaban todavía ligados a ella por su anterior elegancia, y dirigen la atención del Señor hacia los magníficos edificios que allí se hallaban. Jesús les anuncia su completa destrucción. Sentados aparte con Él en el monte de los Olivos, los discípulos inquieran cuándo tenían que suceder estas cosas, y cuál sería la señal de Su venida y la del fin del siglo. Ponen en un mismo saco la destrucción del templo, el regreso de Cristo y el final del siglo. Debemos observar que, aquí, el fin del siglo, es el fin del período durante el cual Israel estaba sujeto a la ley bajo el antiguo pacto. Un período que tenía que cesar, dando lugar al Mesías y al nuevo pacto. Obsérvese también que el gobierno de la Tierra por parte de Dios es aquí el asunto, y los juicios que deberían tener lugar a la venida de Cristo, la cual pondría fin al presente siglo. Los discípulos confun-

MATEO 24

dían aquello que dijo el Señor acerca de la destrucción del templo, con este intervalo de tiempo¹. El Señor trata de este asunto desde Su propio punto de vista—es decir, con referencia al testimonio que los discípulos tenían que rendir en relación con los judíos durante Su ausencia y con el final del siglo. No añade nada acerca de la destrucción de Jerusalén, la cual ya había anunciado. El tiempo de Su regreso estaba expresamente ocultado. Además, la destrucción de Jerusalén por Tito terminó, de hecho, la posición que las enseñanzas de Cristo tenían en perspectiva. No existía ya ningún testimonio reconocible entre los judíos. Cuando esta posición sea retomada, la aplicabilidad del pasaje también comenzará de nuevo. Después de la destrucción de Jerusalén hasta este momento, sólo la Iglesia es tenida en consideración.

El discurso del Señor se divide en tres partes:

1. La condición general de los discípulos y del mundo durante el tiempo del testimonio, hasta el final del versículo 14.

2. El período marcado por el hecho de que la abominación desoladora se halla en el lugar santo (vers. 15).

3. La venida del Señor y la reunión de los escogidos en Israel (vers. 29).

El tiempo del testimonio de los discípulos está caracterizado por falsos Cristos y falsos profetas entre los judíos; por la persecución de aquellos que rinden el testimonio, quienes son delatados a los gentiles. Pero hay aún algo más determinado con respecto a esos días. Habría falsos Cristos en Israel, habría guerras, hambrunas, pestilencias y terre-

1. De hecho, esta posición de Israel, y el testimonio relacionado con ella, fueron interrumpidos por la destrucción de Jerusalén; y ésta es la razón por la cual este acontecimiento viene aquí a colación en relación con esta profecía, de la cual no es en absoluto el cumplimiento. El Señor no ha venido todavía, ni la gran tribulación. Pero el estado de cosas a las que alude el Señor, al final del versículo 14, fue violenta y judicialmente interrumpido por la destrucción de Jerusalén, de modo que bajo este punto de vista existe una relación.

MATEO 24

motos. Pero no debían atribularse, porque aún no sería el fin. Estas cosas iban a ser sólo un principio de dolores, pues eran principalmente cosas exteriores. Había otros acontecimientos que los someterían bajo pruebas más pesadas, y los probarían profundamente—cosas desde adentro. Los discípulos serían entregados, dados muerte y odiados por todas las naciones. La consecuencia, entre quienes hacían profesión, iba a ser que muchos se sentirían ofendidos, y que se traicionarían unos a otros. Aparecerían falsos profetas que engañarían a muchos, y por causa de la abundancia de iniquidad, el amor de la mayoría se enfriaría—una triste circunstancia. Pero estas cosas darían oportunidad para que la fe que hubiera sido probada fuese ejercitada. El que resistiese hasta el final, sería salvo. Esto concierne a la esfera del testimonio en particular. Aquello que dice el Señor, no se limita absolutamente al testimonio en Canaán, sino que es desde allí que el testimonio se expande. Todo está relacionado con esa tierra como el centro de los caminos de Dios. Pero, además de esto, el evangelio del reino debería predicarse en todo el mundo para testimonio a todas las naciones, y luego vendría el fin. Ahora bien, aunque el cielo será la fuente de la autoridad cuando sea establecido el reino, Canaán y Jerusalén serán sus centros terrenales. De modo que la idea del reino, mientras que se diseminará por todo el mundo, vuelve nuestros pensamientos hacia la tierra de Israel. Es «este evangelio del reino»¹ del que se habla aquí. No es la proclamación de la unión de la Iglesia con Cristo, ni de la redención en toda su plenitud, como predicán y enseñan los apóstoles tras la ascensión, sino el reino que iba a ser establecido sobre la Tierra, como Juan

1. El evangelio del reino fue limitado a Israel en el capítulo 10, y aquí éste, aunque sin ser el asunto de la enseñanza, es el supuesto tema hasta el versículo 14, pero sin hecha una distinción formal: la misión en el capítulo 28 es a los gentiles. Pero luego no hay nada del reino, sino al contrario, aunque Cristo sea sólo resucitado, pero todo el poder es dado a Él en el cielo y en la tierra.

MATEO 24

el Bautista y el Señor mismo habían anunciado. El establecimiento de la autoridad universal del Cristo ascendido, debería predicarse en todo el mundo para probar su obediencia, y para proveer del objeto de la fe a aquellos que tenían oídos.

Ésta es la historia general de aquello que tendría lugar hasta el fin del siglo, sin entrar en la cuestión de la proclamación que fundamentaba la asamblea propiamente dicha. La destrucción inminente de Jerusalén, y la negativa de los judíos a recibir el evangelio, hicieron que Dios levantara un testimonio especial por manos de Pablo, sin anular la verdad del reino venidero. Lo que sigue después, demuestra que tal avance del testimonio del reino tendrá lugar al final, y que ese testimonio llegará a todas las naciones antes de la venida del juicio que pondrá término a este siglo.

Habrà un momento cuando, dentro de una esfera determinada—es decir, en Jerusalén y en sus proximidades—un tiempo especial de sufrimiento se impondrá con respecto al testimonio en Israel. Al hablar de la abominación desoladora, el Señor nos remite a Daniel para que entendamos de qué habla. Ahora Daniel (cap. 12, donde se habla de la tribulación) nos trae definitivamente a los últimos tiempos—el momento cuando Miguel se levantará por el pueblo de Daniel, es decir, los judíos, los cuales están bajo el dominio gentil—los tiempos en que sobrevendrá una época de dolores, tal como nunca ha habido ni habrá, y en la que el remanente será liberado. En la última parte del capítulo anterior de este profeta, este tiempo es llamado «los días del fin», y la destrucción del rey del norte es declarada en profecía. Ahora el profeta anuncia que 1.335 días antes de la bendición completa—¡Bendito aquel que tendrá parte en ella!—el sacrificio diario será quitado y establecida la abominación desoladora. Desde ese momento habrá 1.290 días (es decir, un mes más que los 1.260 días mencionados en Apocalipsis, durante los cuales la mujer que huye de la serpiente es alimentada en el de-

MATEO 24

sierto; y también más que los tres años y medio de Daniel 7). Al final, como vemos aquí, viene el juicio y el reino es dado a los santos.

Así queda probado que este pasaje se refiere a los últimos tiempos y a la posición de los judíos en aquel tiempo. Los acontecimientos del tiempo pasado, desde que el Señor hablara del él, confirman este pensamiento. Ni en los 1.260 días, ni en los 1.260 años, después de los días de Tito, ni siquiera 30 días o años más tarde, ocurrió jamás ningún suceso que pudiera ser la consumación de este tiempo en Daniel. Los períodos pasaron hace muchos años. Israel no ha sido liberado, ni Daniel ha tenido parte en su suerte al final de aquellos días. Igual de claro es que Jerusalén es tratada en este pasaje, y sus alrededores, pues los que están en Judea son ordenados a huir a las montañas. Los discípulos que estarán allí en ese momento, tendrán que orar para que su huída no sea en sábado—un testimonio adicional de que son los judíos los sujetos de esta profecía, pero también un testimonio del tierno cuidado que tiene el Señor para con los que son Suyos, preocupándose incluso en medio de estos sucesos sin precedentes de que no fuera en invierno el momento de su huída.

Al lado de todo esto, otras circunstancias demuestran, si es que se precisa de más pruebas, que es el remanente judío del que se está tratando, y no la asamblea. Sabemos que todos los creyentes serán arrebatados para encontrarse con el Señor en el aire. Más tarde, volverán ellos con Él. Pero aquí habrá falsos Cristos sobre la Tierra, y la gente dirá «está en el desierto», «está en las habitaciones interiores». Pero los santos que serán arrebatados y que volverán con el Señor, no tienen nada que ver con falsos Cristos sobre la Tierra, pues ellos irán al cielo para estar con Él allí, antes de que regrese a la Tierra. Mientras, es fácil entender que los judíos, quienes esperan la liberación de la tierra, sean propensos a tales tentaciones, y que sean engañados por ellas a menos que Dios mismo los guarde.

MATEO 24

Esta parte, entonces, de la profecía, se aplica a los últimos tiempos, los últimos tres años y medio antes del juicio que será abocado repentinamente al regreso del Hijo del Hombre. El Señor regresará rápidamente como el resplandor de un rayo, como águila a por su presa, hacia el lugar donde se halla el objeto de Su juicio. Inmediatamente después de la tribulación de aquellos últimos tres años y medio, todo el sistema jerárquico de gobierno será conmovido y completamente derrocado. Entonces, aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo, y verán al Hijo del Hombre viniendo en las nubes del cielo con poder y gran gloria. Este versículo 30 contiene la respuesta a la segunda parte de la pregunta de los discípulos en el verso 3. El Señor previene a Sus discípulos para su guía, pero el mundo no verá señales, por muy claras que parecerán a aquellos que las entenderán. Pero esta señal sería en el momento de la aparición del Señor. El resplandor de Su gloria que ellos habían despreciado, les mostraría quién era el que venía ahora, y sería algo inesperado. ¡Qué terrible momento cuando, en lugar de un Mesías que respondía a su mundanal orgullo, el Cristo a quien despreciaron aparecerá en los cielos!

Más tarde el Hijo del Hombre, así venido y manifestado, mandaría reunir a todos los escogidos de Israel desde los cuatro confines. Es esto lo que finaliza la historia de los judíos, e incluso aquella de Israel, en respuesta a la pregunta de los discípulos, y despliega los tratos de Dios con respecto al testimonio entre el pueblo que le había rechazado, anunciando el momento de su profunda angustia, y el juicio que será derramado en medio de esta escena cuando venga Jesús, siendo completa la subversión de todos los poderes grandes y pequeños.

El Señor ofrece la historia del testimonio en Israel, y la del mismo pueblo, desde el momento de Su partida hasta Su regreso. La longitud del tiempo, durante el cual no debería existir ni el pueblo, ni el templo, ni la ciudad, no nos es definida. Es esto lo que concede importancia a la toma

MATEO 24

de Jerusalén. No se nos habla aquí de la misma en términos directos, el Señor no lo describe. Pero puso fin a aquel orden de cosas al cual se aplica Su discurso, y esta aplicación no es reanudada hasta que Jerusalén y los judíos están nuevamente presentes. El Señor lo anunció al principio. Los discípulos pensaron que Su venida tendría lugar al tiempo de la caída de Jerusalén. Les responde de manera tal que Su discurso a ellos les sería de utilidad hasta que sucediera la toma de la ciudad. Pero una vez mencionada la abominación desoladora, nos vemos transportados a los últimos tiempos.

Los discípulos tenían que comprender las señales que Él les daba. He dicho ya que la destrucción de Jerusalén, por el hecho mismo, interrumpió la aplicación de Su discurso. La nación judía fue puesta aparte; pero el versículo 34 tiene un sentido mucho más amplio, y uno todavía más propio de él. Los judíos incrédulos habían de existir como tales hasta que todo fuera cumplido. Comparar Deuteronomio 32:5,20, donde está en vista este juicio sobre Israel. Dios oculta Su rostro de ellos hasta que vea cuál será el fin de ellos, pues son una generación muy contendiente—un monumento a la permanente certeza de los tratos de Dios, y de las palabras del Señor.

Para concluir, el gobierno de Dios, ejercido con respecto a este pueblo, ha sido esbozado hasta su final. El Señor viene, y Él reúne a los escogidos dispersados de Israel.

La historia profética continúa en el capítulo 25:31, el cual está relacionado con el capítulo 24:30. Y como narra el capítulo 24:31, la reunión de Israel tras la aparición del Hijo del Hombre, el capítulo 25:31 anuncia Sus tratos en juicio con los gentiles. Él aparecerá sin duda como el rayo con respecto a la apostasía, que será ante Sus ojos como algo sin vida. Cuando Él venga solemnemente para tomar Su lugar terrenal en gloria, esa apostasía no pasará como el rayo. Se sentará en el trono de Su gloria y todas las naciones comparecerán ante Él en Su trono judicial, donde serán juzga-

MATEO 24

das conforme a cómo trataron a los mensajeros del reino, quienes habían salido a predicarles. Estos mensajeros son los hermanos (vers. 40); aquellos que los recibieron son las ovejas, y los que los despreciaron son los cabritos. El relato que comienza el capítulo 25:31, de la separación de las ovejas y los cabritos, y de su resultado, es un retrato de las naciones que serán juzgadas sobre la Tierra conforme a su trato hacia esos mensajeros. Es el juicio de los vivos, al menos hasta donde están implicadas las naciones—un juicio igual de final como aquel de los muertos. No se trata del juicio de Cristo en batalla, como en Apocalipsis 20:4. Hablo del principio, o más bien, del carácter del juicio. No dudo de que estos hermanos son judíos, así como lo eran los discípulos, es decir, aquellos que estarán en una posición similar en cuanto a su testimonio. Los gentiles, quienes habían recibido este mensaje, serían aceptados como si hubieran tratado a Cristo de la misma manera. El Padre de Cristo les había preparado para el disfrute del reino; y ellos deberían entrar en él mientras estuvieran aún sobre la Tierra, pues Cristo había venido a ella en el poder de la vida eterna¹.

Por el momento, he pasado mucho de largo entre el capítulo 24:31 y el capítulo 25:31, porque el propósito de este último capítulo apura todo lo concerniente al gobierno y al juicio de la Tierra. Pero existe una clase de personas cuya historia nos es dada en sus grandes rasgos morales, en mitad de estos dos versículos que he mencionado.

1. No existe un posible terreno para aplicar esta parábola a lo que se llama el juicio general, una expresión realmente contraria a la Escritura. En primer lugar, hay tres grupos, no solamente dos—cabritos, ovejas y hermanos. Luego, es el juicio sólo de los gentiles; y más tarde la base del juicio es totalmente inaplicable a la gran masa incluso de estos últimos. La base del juicio es la manera en que estos hermanos han sido recibidos. Ninguno ha sido enviado a la vasta mayoría de los gentiles en el transcurso de los siglos. El tiempo de esta ignorancia lo toleró Dios, y otra base de juicio respecto a ellos ha sido ya vista en los capítulos 24 y en la anterior parte del capítulo 25. Son precisamente aquellos que el Señor hallará sobre la Tierra cuando venga, y que serán juzgados conforme al trato ofrecido a los mensajeros que Él envió.

MATEO 24

Éstas son los discípulos de Cristo, fuera del testimonio llevado en medio de Israel, a quienes Él encomendó Su servicio y una posición relacionada con Sí mismo, durante Su ausencia. Esta posición y servicio van ligados a Cristo mismo, y no tienen nada que ver con Israel, dondequiera que sea que se realice este servicio.

Hay, no obstante, y antes de que lleguemos a éstos, otros versículos de los que no he hablado todavía, los cuales se aplican más particularmente al estado de cosas en Israel como advertencia a los discípulos que están allí, y describen el juicio discriminador que tiene lugar entre los judíos en los últimos tiempos. Hablo de ellos aquí porque toda esta parte del discurso—esto es, del capítulo 24:31 al 25:31—es una exhortación, una disertación del Señor sobre el asunto de sus deberes durante Su ausencia. Me refiero al capítulo 24:32-44. Hablan de la constante espera impuesta sobre los discípulos por su desconocimiento del momento en que el Hijo del Hombre vendría, y con la cual éstos fueron dejados intencionalmente—y el juicio es el terrenal. Mientras que a partir del versículo 45, el Señor se comunica de manera más directa, y a la vez de modo más general, acerca de su conducta durante Su ausencia, no en relación con Israel, sino con los Suyos, su familia. Les encomendó la tarea de suministrarles a su debido tiempo comida apropiada. Ésta es la responsabilidad del ministerio en la asamblea.

Es importante destacar que, en la primera parábola, el estado de la asamblea es visto en general. La parábola de las vírgenes y la de los talentos ofrecen una responsabilidad individual. De aquí que el siervo que es infiel sea cortado y tenga su parte con los hipócritas. El estado de la asamblea responsable dependía de su espera de Cristo, o de su corazón diciendo que Él retardaba Su venida. Sería a Su regreso que el juicio sería pronunciado sobre su fidelidad en el intervalo. La fidelidad será correspondida ese día. Por otra parte, la práctica del olvido de Su venida

MATEO 24

conducirá al libertinaje y a la tiranía. No se trata aquí de un sistema intelectual: «Dice el siervo malo en su corazón, mi Señor tarda en venir»; su conciencia estaba implicada en ello. El resultado fue que se manifestó la voluntad carnal. Ya no era el servicio devoto a Su familia, con un corazón atento a la aprobación del Maestro cuando regresara, sino la frivolidad en la conducta, y la asunción de una autoridad arbitraria, propiciadas por el servicio que se le encomendó. Come y bebe con los borrachos, se une al mundo y participa de sus caminos; golpea a sus consiervos como él quiere. Tal es el efecto de aplazar durante Su ausencia, deliberadamente en el corazón, la venida del Señor y el de querer retener la asamblea aquí abajo. ¿No nos es una escena harto familiar?

¿Qué fue lo que sucedió con aquellos que sostenían el lugar de servicio en la casa de Dios? Las consecuencias para ambas partes son éstas: el siervo fiel, quien se aplicó con amor y con devoción al cuidado de Su familia, debería ser hecho gobernador al regreso de Su maestro sobre todos Sus bienes. Aquellos que fueron fieles en el servicio de la casa, serán establecidos sobre todas las cosas por el Señor, cuando Él tome Su lugar de poder y actúe como Rey. Todas las cosas son entregadas en manos de Jesús por el Padre. Aquellos que humildemente hayan mostrado fidelidad a Su servicio durante Su ausencia, serán hechos gobernadores sobre todo lo que es encomendado a Él, es decir, sobre todas las cosas—que no son sino los «bienes» de Jesús. Por otro lado, aquel que durante la ausencia del Señor se hubiera establecido como maestro y haya seguido el espíritu de la carne y del mundo al que se había unido, no tendría meramente la porción del mundo; su Maestro vendría repentinamente, dándole el castigo de los hipócritas. ¡Qué lección para aquellos que se arrogan un lugar de servicio en la asamblea! Obsérvese aquí que, no se dice que sea un borracho, sino que come y bebe con los que son así. Se hace aliado del mundo y sigue sus costumbres. Éste es además

MATEO 25

el aspecto general que el reino asumirá en aquel día, aunque el corazón del siervo malo sea perverso. El Esposo ciertamente se rezagaría, y las consecuencias que se podrían esperar del corazón del hombre no tardarán en cumplirse. Pero el efecto, vemos luego, es hacer manifiestos a aquellos que poseían¹ realmente la gracia de Cristo y a los que no la poseían.

CAPÍTULO 25

Los profesantes, durante la ausencia del Señor, son presentados aquí como vírgenes que salieron a encontrar al Esposo y a iluminarle el camino a la casa. En este pasaje, Él no es el Esposo de la Iglesia. No salen más personas a Su encuentro, en ocasión de Su boda con la Iglesia en el cielo. La Esposa no aparece en esta parábola. Si hubiera sido presentada, habría sido Jerusalén sobre la Tierra. La Iglesia no es vista en estos capítulos como tal.

Aquí es sobre la responsabilidad personal² durante la ausencia de Cristo. Aquello que caracterizaba a los fieles en este período, era que ellos salían del mundo, del judaísmo, de todos sitios, incluso de la religión relacionada con el mundo, para ir a encontrar al Señor que venía. El remanente judío, al contrario, le esperan en el lugar donde están. Si esta espera fuese real, la característica de alguien gobernado por ella sería el pensamiento de aquello que se necesitaba en vista de Aquel que venía—la luz, el aceite. De contra, ser compañeros de los profesantes

1. ¡Qué solemne el testimonio dado aquí del efecto de la Iglesia olvidando la cercana esperanza del regreso del Señor! Lo que provoca que la Iglesia profesante se someta a opresión jerárquica y a mundanalidad, como para ser cortada al fin y considerada hipócrita, es que diga en el corazón: «mi señor tarda en venir», abandonando la esperanza actual. Éste ha sido el origen de la ruina. La verdadera posición de los cristiano se perdió cuando empezaron a posponer la venida del Señor; y son tratados, démonos cuenta, pese a este estado, como el siervo responsable.

2. El siervo en el capítulo 24 es la responsabilidad colectiva.

MATEO 25

mientras tanto, y llevar lámparas con ellos, satisfacía el corazón. No obstante, todos tomaron una posición: salen fuera, abandonando la casa para salir al encuentro del Esposo, el cual se retarda. Esto también ha tenido lugar. Todas las vírgenes *se durmieron*. Toda la Iglesia profesante ha dejado de pensar en el regreso del Señor—incluso los fieles que tienen al Espíritu. Éstos también deben de haber salido para dormirse tranquilamente en algún lugar de descanso para la carne. Pero a medianoche, de repente, se oye el grito: «He aquí el Esposo; salid a recibirle». ¡Ay!, necesitaban ser llamados como al principio. Nuevamente debían salir a recibirle. Las vírgenes se levantan y despabilan sus lámparas. Hay tiempo suficiente entre el grito de medianoche y la llegada del Esposo para probar la condición de cada una. Pero algunas no tenían aceite en sus lámparas. Se estaban apagando¹. Las sensatas sí lo tenían. Era imposible para ellas compartirlo con las demás. Aquellas solo que lo poseían entraron con el Esposo para participar de la boda. Él rehusó aceptar a las otras. ¿Cuál era la obligación de cada una de ellas allí? Las vírgenes tenían que dar luz con sus lámparas. No lo habían hecho. ¿Por qué tendrían que compartir la fiesta con las demás? Habían fracasado en cumplir lo que las hubiera permitido estar allí. ¿Qué derecho tenían de estar en la fiesta? Las vírgenes de la fiesta eran las que acompañaban al Esposo. Las otras no habían cumplido, y no fueron admitidas. Pero incluso las sensatas habían olvidado la venida del Cristo, y se durmieron. Pero al menos, poseían lo esencial concerniente a ello. La gracia del Esposo hace que el grito sea oído para proclamar Su llegada. Éste las despierta: tienen aceite en sus lámparas, y el retraso que hace que las lámparas de las imprudentes se apaguen, da tiempo a las fieles para prepararse y hallarse

1. La palabra significa mejor «linternas». Con ellas tenían, o debían tener, aceite en recipientes para alimentar la llama.

MATEO 25

en su lugar, y por olvidadizas que hayan sido ellas, entran con el Esposo a la fiesta nupcial.¹

Pasamos ahora del estado del alma al servicio.

Porque en realidad (vers. 14) trata sobre un hombre que se había ido lejos de su casa (pues el Señor habitaba en Israel), y que entrega sus bienes a sus siervos, marchándose luego. Aquí tenemos los principios que caracterizan a los siervos fieles, o el contrario. No es ahora la esperanza personal del individuo y la posesión del aceite, requisito para un lugar en el glorioso tren del Señor; ni es la posición pública ni general de aquellos que estaban en el servicio del Maestro, caracterizada como posición y como un todo, y por lo tanto representados por un único siervo. Se trataba de la fidelidad individual en el servicio, como antes en la espera del Esposo. El Maestro a Su regreso pasará cuentas con cada uno. Ahora bien, ¿cuál era la posición de ellos? ¿Cuál era el principio que causaba fidelidad? Démolos cuenta, primero de todo, que no son dones providenciales ni posesiones terrenales los que son considerados. Éstos no son los «bienes» que Jesús entregó a Sus siervos cuando se marchó. Eran dones que les capacitaban para la labor en Su servicio mientras permaneciera ausente. El Maestro era soberano y sabio. Él daba distintamente a cada uno, y a cada cual de acuerdo a su capacidad. Cada uno estaba capacitado para el servicio en el que iba a ser empleado, y los dones necesarios para este cumplimiento del deber fueron investidos sobre ellos. La única cuestión para realizar este servicio era la fidelidad. Aquello que distinguía a los fieles de los infieles, era la confianza en su Maestro. Tenían suficiente confianza en Su bien cono-

1. Obsérvese aquí que el despertar es por el grito, que despierta a todas. Esto es suficiente para levantar a todos los profesantes a la actividad, pero el efecto de ello es para probarlos y separarlos. No era el tiempo de obtener aceite o suministros de la gracia para aquellos que ya eran profesantes; la conversión no es el asunto de la parábola, sino el del obtener aceite, y la cual enseña, no lo dudo, que no era el momento de obtenerlo.

MATEO 25

cido carácter, en Su bondad, en Su amor, para trabajar sin ser autorizados de otro modo que no fuera por su conocimiento de Su carácter personal, y por la inteligencia que esa confianza y ese conocimiento producían. ¿Qué utilidad había en hacer grandes sumas de dinero, si no se negociaba antes con él? ¿Había fracasado en Su sabiduría cuando Él otorgó estos dones? La devoción que fluía del conocimiento del Maestro, contaba con el amor de Aquel a quien conocía. Ellos trabajaron, y fueron recompensados. Este es el verdadero carácter, y la fuente, del servicio en la Iglesia. Esto era de lo que carecía el tercer siervo. No conocía a Su Maestro, no confiaba en Él. Ni siquiera podía hacer lo que era consistente con sus propios pensamientos. Esperaba alguna autorización que le previniera contra el carácter que su corazón daba falsamente de su Maestro. Aquellos que conocían el carácter de su Maestro, entraron en Su gozo.

Hay esta diferencia entre la parábola aquí y aquella de Lucas 19, en que en esta última cada hombre recibe una libra. Su responsabilidad es lo único que interesa. Y consecuentemente, aquel que ganó las diez libras es puesto sobre diez ciudades. Aquí la soberanía y la sabiduría de Dios son contempladas, y el que trabaja es guiado por el conocimiento que él tiene de su Maestro; y los consejos de Dios en gracia son consumados. Aquel que tiene más, recibe todavía más. Al mismo tiempo, la recompensa es más general. Aquel que ha ganado dos talentos, y el que ha ganado cinco, entran de igual modo en el gozo del Señor, al cual han servido. Le han conocido en Su verdadero carácter, y entran en Su gozo completo. ¡El Señor nos lo garantiza!

Hay mucho más que esto en la segunda parábola de las vírgenes. Se refiere más directa y exclusivamente al carácter celestial de los cristianos. No es la asamblea, propiamente llamada, como un cuerpo, sino que los fieles *salieron* a encontrar al Esposo que volvía para las bodas. Al tiempo de Su regreso para ejecutar juicio, el reino de los cielos asu-

MATEO 25

mirá el carácter de personas salidas del mundo, y todavía más del judaísmo (de todo esto, en lo que respecta a la religión, que pertenece a la carne, y de todo aquella forma mundana establecida) para ser asociados solamente con la venida del Señor, y salir a encontrarle. Éste era el carácter de los fieles desde el principio, que tenían parte en el reino de los cielos si hubieran comprendido la posición en la que fueron puestos por el rechazo del Señor. Las vírgenes, es cierto, habían entrado en ella de nuevo, y esto fue lo que falseó su carácter; pero el grito de medianoche las devolvió de nuevo a su correspondiente lugar. En la primera parábola, y en la de Lucas, el asunto tratado es Su regreso a la Tierra, y el galardón individual (los resultados, en el reino, de su conducta durante la ausencia del Rey¹). El servicio y sus resultados no son tratados en la parábola de las vírgenes. Aquellas que no tienen aceite, no entran de ninguna de las maneras. Esto debería ser suficiente. Las demás comparten la bendición todas, y entran con el Esposo a las bodas. No se menciona una tilde del premio personal, ni la diferencia de conducta entre ellas. Era la esperanza del corazón, aunque la gracia hizo que tuvieran que volver a abrirla nuevamente. Cualquiera que hubiera sido el lugar de servicio, la recompensa era segura. Esta parábola se aplica y se limita a la porción celestial del reino como tal. Es una semejanza del reino de los cielos.

Podemos observar aquí también, que el retraso del Maestro se observa del mismo modo en la tercera parábola «después de algún tiempo». Su fidelidad y constancia fueron así sometidas a prueba. Que el Señor nos dé para hallarnos fieles y dedicados, ahora al final de los tiempos, para que pueda decirnos «¡Bien hecho, siervos buenos y fieles!». Merece la pena resaltar que en estas parábolas,

1. En la parábola de los talentos en Mateo, advertimos el gobierno sobre muchas cosas, el reino, pero se hace más patente mediante la expresión «entra en el gozo de tu Señor», y se otorga la bendición sobre todos los que fueron igualmente fieles en el servicio, fuesen estos grandes o pequeños.

MATEO 25

aquellos que están en el servicio, o que salen de él primero, son los mismos se hallan al final. El Señor no haría la suposición de que el retraso rebasara a «nosotros los que vivimos y quedamos».¹

El lloro y el crujir de dientes son la porción del que no ha conocido a su Maestro, del que le ha traicionado con los pensamientos que derivaba de Su carácter.

En el versículo 31, la historia profética es retomada desde el versículo 31 del capítulo 24. Allí veíamos al Hijo del Hombre aparecer como un relámpago, y después reuniendo al remanente de Israel desde los cuatro confines. Pero esto no es todo. Si Él aparece así de manera repentina, también establece Su trono de juicio y gloria sobre la Tierra. Si destroza a Sus enemigos a quienes halla en rebeldía contra Él, se sienta igualmente sobre Su trono para juzgar a todas las naciones. Éste es el juicio sobre la Tierra de los vivos. Cuatro grupos distintos son hallados juntamente: el Señor, el Hijo del Hombre mismo, los hermanos, las ovejas y los cabritos. Sostengo que aquí los hermanos son judíos, y Sus discípulos también, a quienes utilizó para predicar el reino durante Su ausencia. El evangelio del reino tenía que predicarse como un testimonio a todas las naciones, y luego vendría el fin del siglo. El momento en que se habla aquí, esto se había hecho ya. El resultado se manifestaría ante el trono del Hijo del Hombre sobre la Tierra.

Él llama a estos mensajeros, por tanto, Sus hermanos. Les había advertido que serían maltratados, y así fue. Pero hubo quienes recibieron su testimonio.

Tal era Su afecto por Sus fieles siervos, y de tal modo los valoraba que Él juzgó a aquellos objetos del testimonio enviado, de la misma manera como recibieron a estos mensajeros, ya fuera bien o mal, como si lo hubieran hecho con Él mismo. ¡Qué aliento para Sus testigos durante

1. En las Iglesias de Apocalipsis, Él habla de iglesias existentes, aunque no dudo que es una historia completa de la Iglesia.

MATEO 25

ese tiempo de sufrimiento, en que la fe de ellos estaría en servicio mientras eran probados! Al mismo tiempo, era la justicia moral hacia aquellos que fueron juzgados, pues habían rechazado el testimonio sin importarles quiénes lo rendían. Tenemos también el resultado de su conducta, tanto de los unos como de los otros. Es el Rey (pues éste es el carácter que Cristo ha tomado ahora sobre la Tierra) quien pronuncia el juicio; y Él llama las ovejas (las que habían recibido a los mensajeros y se habían compadecido de ellos en sus aflicciones y persecuciones) para que heredasen el reino preparado para ellas desde la fundación del mundo; pues tal había sido el propósito de Dios con relación a esta Tierra. Siempre tenía en mente el reino. Eran los benditos de Su Padre. No eran hijos que entendían su propia relación con el Padre, sino los receptores de la bendición del Padre del Rey de este mundo. Además, tenían que entrar a la vida eterna, pues tal era el poder, por la gracia, de la palabra que habían recibido en sus corazones. Poseedores de la vida eterna, serían bendecidos en un mundo igualmente bendecido.

Aquellos que despreciaron el testimonio, y los que lo escucharon, han despreciado al Rey que los envió; y éstos deberán marchar al castigo eterno.

Así, el efecto entero de la venida de Cristo con respecto al reino y a Sus mensajeros durante Su ausencia, queda manifestado: con respecto a los judíos, hasta el versículo 31 del capítulo 24; con respecto a Su siervos durante Su ausencia, hasta el final del versículo 30 del capítulo 25, inclusive el reino de los cielos en su condición actual, y las recompensas celestiales que serán dadas. Después, del versículo 31 al final de capítulo 25, se manifiesta con relación a las naciones que serán bendecidas sobre la Tierra a Su regreso.

MATEO 26

CAPÍTULO 26

El Señor ha terminado Sus discursos. Se prepara ahora a sufrir y a dar Su última y conmovedora despedida a Sus discípulos, a la mesa de Su última pascua sobre la Tierra, desde donde instituyó el simple y precioso memorial que evoca Sus sufrimientos y Su amor con un interés tan profundo. Esta parte de nuestro Evangelio no requiere mucha explicación, pero no porque sea de menos interés, sino porque hay que sentirlo mejor que ser explicado.

¡Con qué sencillez el Señor anuncia aquello que tenía que pasar! Había llegado ya a Betania seis días antes de la Pascua (Juan 12:1): allí habitó, a excepción de la última cena, hasta que fue tomado prisionero en el jardín de Getsemaní, aunque visitó Jerusalén y participó de Su última comida allí.

Hemos examinado ya los discursos pronunciados durante aquellos seis días, así como Sus acciones, tales como la purificación del templo. Aquello que precede a este capítulo, o bien es la manifestación de Su derecho como Emanuel, Rey de Israel, o la del juicio del gran Rey con respecto al pueblo—un juicio expresado en discursos frente al cual el pueblo no tenía respuesta—o finalmente, la condición de Sus discípulos durante Su ausencia. Tenemos ahora Su sujeción a los sufrimientos que le fueron fijados, al juicio que estaba a punto de caer sobre Él, pero el cual era, en verdad, sólo la consumación de los consejos de Dios Su Padre, y de la obra de Su mismo amor.

La escena del temible pecado del hombre en la crucifixión de Jesús, es desarrollada ante nosotros. Pero el Señor mismo (cap. 26:1) la anuncia de antemano con toda la serenidad de Aquel que había venido para este propósito. Antes de que tuvieran lugar las resoluciones por parte de los sacerdotes, Jesús habla de ella como un asunto ya zanjado: «Sabéis que dentro de dos días se celebra la Pascua, y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado».

MATEO 26

Más tarde (vers. 3) los sacerdotes, los escribas y los ancianos se reúnen para urdir sus planes a fin de echar mano sobre Su Persona, y deshacerse de Él.

En una palabra, *en primer lugar*, los maravillosos consejos de Dios, y la sujeción de Jesús, conforme a Su conocimiento de estos consejos y de las circunstancias que iban a darles cumplimiento; y, *más tarde*, los consejos inicuos del hombre, que no hacen sino cumplir aquellos de Dios. Su trabajado plan de no prenderle en la fiesta por temor del pueblo (cap. 26:25) no era la idea de Dios, y fracasa: Él tenía que sufrir en la fiesta.

Judas fue el instrumento de su malicia en manos de Satanás. Después de todo, si urdió todos estos planes fue por intención divina. Desearon, pero de balde, evitar prenderle durante la fiesta, por temor de la multitud, que tal vez intercedería por Jesús si Él les solicitaba protección. El pueblo así lo hizo cuando Él entró en Jerusalén. Los principales se imaginaron que Jesús pediría defensa, pues su iniquidad siempre deducía sus cálculos en base de los principios ajenos. Esto explica por qué fracasan tanto en burlar el derecho, porque eran torpes. Aquí se trataba de la voluntad de Dios que Jesús tuviera que sufrir en la fiesta. Pero Él había preparado providencialmente alivio para el corazón de Jesús—un bálsamo para Su corazón antes que para Su cuerpo—circunstancia que emplea el enemigo para llevar a Judas al extremo de asociarse con los principales sacerdotes.

Betania¹—retenida en la memoria por los últimos momentos de paz y tranquilidad en la vida del Salvador, el lugar donde habitaban Marta y María, y Lázaro, el muerto resucitado—recibe a Jesús por última vez: el bienaventurado y fugaz retiro de un corazón que, siempre

1. No fue en la casa de Marta que ocurrió esta escena, sino en la de Simón el leproso: Marta servía y Lázaro se sentaba a la mesa. Esto personaliza aún más el sabio gesto de María.

MATEO 26

dispuesto a prodigar amor, caminaba en la estrechura de un mundo de pecado que no podía ni sabía corresponderle. Pero un corazón que nos ha dado, en Sus relaciones con esta amada familia, el ejemplo de un afecto perfecto, y humano, que hallaba dulzura en ser respondido y apreciado. La proximidad de la cruz, donde Él tendría que dar Su rostro como un pedernal, no privó a este corazón del gozo de la dulzura de esta comunión, al tiempo que la volvía solemne y afectuosa. Al hacer la obra de Dios, no cesó de ser Hombre. En todo condescendió para ser nuestro. No podía aceptar ya a Jerusalén, y este santuario le cobijó por unos momentos de la tosca mano del hombre. Aquí pudo manifestar lo que siempre fue como Hombre. Es con acierto que la acción de alguien, que en cierto sentido podía apreciar lo que Él sentía¹—cuyo afecto penetró inconscientemente en la creciente hostilidad manifestada contra el objeto que ella amaba y por el cual era atraída—y el gesto que expresa el valor que su corazón daba a Su hermosura y gracia, serían contados en todo el mundo. Esto es una escena, un testimonio que trae al Señor sensiblemente más cerca de nosotros, y despierta en nuestros corazones un sentimiento santificador, cuando los vincula a Su Persona amada.

Su vida de cada día continuaba en una tensión de alma, en proporción a la fuerza de Su amor—una vida de devoción en medio del pecado y de la miseria. Por un momento, Él podría y reconocería—en presencia del poder del mal, que ahora se manifestaba, y del amor que se aferraba a Él, inclinándose ante el mismo, mediante el conocimiento cultivado a las plantas de Sus pies—aquella devoción a Su Persona, derivada de aquello ante lo que se inclinaba, con divina perfección, Su alma. Él podía decir una palabra inteligente, dar su verdadero significado, a

1. No hallamos ejemplo de que los discípulos entendieran alguna vez lo que Jesús les decía.

MATEO 26

aquello sobre lo cual, de manera silenciosa, obraba el afecto divino¹.

El lector hará bien en estudiar atentamente esta escena de la conmovedora condescendencia y esparcimiento de corazón. Jesús, Emanuel, el Rey y supremo Juez, ha estado haciendo que todas las cosas fueran pasando ante Él en juicio (del cap. 21 al final del 25). Había terminado aquello que tenía que decir. Su tarea aquí, en este sentido, estaba cumplida. Ahora ocupará el lugar de Víctima, sufriendo solamente, a la vez que consintiéndose el disfrute de las emocionantes expresiones de afecto que fluyen de un corazón entregado a Él. No podía por menos que probar la miel y pasarla de largo. Pero al degustarla, no rechazaba ningún afecto que Su corazón supiera apreciar y lo hiciera.

Obsérvese de nuevo el resultado del profundo afecto para el Señor. Los afectos respiran la atmósfera en que, forzosamente y en aquel momento, es hallado el Señor. La mujer que le ungió no estaba informada de las circunstancias que estaban a punto de suceder, ni era ella una profetisa. Pero la proximidad de esa hora oscura era sentida por aquella cuyo corazón estaba muy atento en Jesús². Las diferentes formas del mal se desarrollaban ante Él manifestándose con sus colores verdaderos. Bajo la influencia de un maestro, Satanás, se amontonaban en torno al único objeto contra el cual merecía la pena formar esta concentración de

1. Cristo satisfizo el corazón de la pobre mujer en la ciudad en la que fue pecadora, explicó allí la mente de Dios, y se la contó a ella. Satisfizo el corazón de María allí, y justificó y gratificó su afecto, dando la divina apreciación de lo que ella hizo. Él satisfizo el corazón de María Magdalena en el sepulcro, para quien el mundo era algo vacío si Él no se hallaba allí, y revela la mente de Dios en sus formas más elevadas de bendición. Tal es el efecto de una unidad con Cristo.

2. La envidia de los principales de Israel era conocida de los discípulos: «Maestro, los judíos de antes intentaron apedrearte, y tu vuelves allí?» Y después por Tomás (un testimonio providencial al amor de aquel que después mostró su incredulidad acerca de la resurrección de Jesús): «Vayamos para que podamos morir con Él». El corazón de María sin duda que sintió esta enemistad, y mientras crecía, su unidad al Señor crecía con ella.

MATEO 26

malicia, y el cual sacó su verdadero carácter a la luz delatadora del día.

Pero la perfección de Jesús, que ahuyentó la enemistad, hizo salir también el afecto en la mujer; y ella (por decirlo así) reflejaba la perfección en este afecto; y cuanto más actuaba esta perfección, iluminada por esa enemistad, tanto más su afecto. Así, el corazón de Cristo no podía sino satisfacerlo. Jesús, a causa de esta enemistad, era todavía más el objeto ocupando un corazón que, llevado sin duda por Dios, avistaba inconscientemente lo que sucedía. El tiempo del testimonio, y el de la explicación de Sus relaciones con todos los que le rodeaban, había expirado. Su corazón era libre para gozar de los buenos, verdaderos y espirituales afectos de los que Él era objeto; y de los que, adquirieran formas humanas cualesquiera, mostraban tan claramente su origen celestial, que estaban unidos a ese objeto sobre el que en este momento solemne se concentraba toda la atención del cielo.

Jesús mismo era consciente de Su posición. Sus pensamientos estaban puestos en Su partida. Durante el ejercicio de Su poder, Él se oculta, se olvida de Sí mismo. Pero ahora oprimido, rechazado, y como un cordero conducido al matadero, siente que es el justo objeto de los pensamientos de aquellos que son Suyos, de todos los que tienen corazón para apreciar aquello que Dios aprecia. Su corazón está lleno de los sucesos venideros. Ver versículos 2,10-13,21.

Aún unas palabras sobre la mujer que le ungió. El resultado de tener el corazón puesto afectuosamente en Jesús, se muestra en esta mujer de manera extraordinaria. Ocupada en Él, se muestra sensible ante Su situación. Ella siente lo que le afecta, y esto hace que sus afectos actúen en conformidad a la devoción especial que inspira esa situación. Como se levantó contra Él el odio hasta alcanzar cotas homicidas, el espíritu de fervor hacia Él crece en ella como contrapartida. Consecuentemente, procediendo con tacto devocional, hizo precisamente lo que requería Su situación.

MATEO 26

La pobre mujer no era muy consciente de esto; y no obstante procedió según lo satisfactorio. Su valoración de la Persona del Señor Jesús, tan infinitamente preciosa para ella, hizo que se apercibiera con respecto a aquello que pasaba por Su mente. A sus ojos, Cristo estaba investido de todo el interés de Sus circunstancias; y ella prodiga sobre Él lo que expresaban sus afectos. Fruto de este sentimiento, su acción fue conforme a las circunstancias, y aunque fue solamente el instinto de su corazón, Jesús le dio todo el valor que Su perfecta inteligencia sabía atribuirle, incluyendo de inmediato los sentimientos de su corazón y los sucesos venideros.

Pero este testimonio de afecto y entrega a Cristo evidencia el egoísmo y la escasez de corazón en los demás. Ellos culpan a la pobre mujer. ¡Lamentable prueba—por no hablar de Judas¹—de los escasos afectos que despierta forzosamente en nuestros corazones el conocimiento de Jesús! Después de esto, sale Judas para concertar con los desdichados sacerdotes la traición de Jesús por el precio de un esclavo.

El Señor sigue Su carrera de amor; y como Él había aceptado el testimonio afectuoso de la pobre mujer, así otorga Él ahora a Sus discípulos uno de infinito valor para nuestras almas. El versículo 16 concluye este asunto del cual hemos estado hablando: el conocimiento de Cristo, conforme a Dios, de aquello que le aguardaba; la conspiración de los sacerdotes; el afecto de la pobre mujer y el egoísmo y frialdad de los discípulos, así como la traición por parte de Judas.

El Señor instituye ahora el memorial de la verdadera pascua. Envía a Sus discípulos a hacer los preparativos para la celebración de la fiesta en Jerusalén, señalando a Judas como aquel que le entregaría a los judíos. Se verá que no fue solamente Su conocimiento acerca del que le

1. El corazón de Judas fue el origen de este mal, pero los otros discípulos, no ocupándose en Cristo, caen en la trampa.

MATEO 26

traicionaría, el que el Señor expresa aquí, puesto que lo supo cuando llamó a Judas a Su lado, sino que Él dice «uno de vosotros me va a entregar». Era *aquello* lo que sensibilizaba Su corazón, y deseaba también que sensibilizara el corazón de los demás.

Luego manifiesta que es un Salvador muerto, el que tiene que recordarse. No se trata ya del Mesías vivo; eso había terminado. No era el recuerdo de la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto. Cristo, y el Cristo muerto, comenzó un orden de cosas completamente nuevo. Acerca de Él deberían pensar ellos en adelante como el que fue muerto sobre la Tierra. Luego concentra su atención en la sangre del nuevo pacto, añadiendo aquello que alcanza a otros aparte de los judíos, sin nombrarlos: «es derramada por muchos». Además, esta sangre no es, como en el Sinaí, solamente para confirmar el pacto, por la fidelidad por la que ellos eran responsables. Se derramaba para la remisión de los pecados. De modo que la cena del Señor presenta el recuerdo del Jesús muerto, quien, al morir, rompió con el pasado, y puso el fundamento del nuevo pacto. Obtuvo la remisión de los pecados, y abrió la puerta a los gentiles. Es sólo en Su muerte que la cena nos lo presenta a nosotros. No es Cristo viviendo sobre la Tierra, ni Cristo glorificado en el cielo. Él está separado de Su pueblo, por lo que respecta a sus goces sobre la Tierra. Habían de esperarle como el compañero de la felicidad que Él ha asegurado para ellos; pues Él afirma que será así, en tiempos mejores: «No la beberé más del fruto de la vid, hasta aquel día que la beba nueva¹ con vosotros en el reino de mi Padre». Pero una vez rotos estos vínculos, ¿quién, sino Jesús, podía soportar el conflicto? Todos le abandonarían. Los testimonios de la Palabra debían cumplirse. Estaba escrito: «Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas del rebaño».

Sin embargo, Él seguiría adelante para renovar Sus rela-

1. «Nueva» no es nuevamente (*neon*), sino de manera novedosa (*kainon*).

MATEO 26

ciones, como Salvador resucitado, con estos menesterosos del rebaño, hasta el mismo lugar donde se había ya identificado con ellos durante Su vida. Él les precedería en Su entrada a Galilea. Esta promesa es muy notoria, porque el Señor retoma, bajo una forma nueva, Sus relaciones hebreas con ellos y con el reino. Podemos destacar aquí que, como había juzgado Él a todas las clases—hasta el final del cap. 25—ahora exhibe el carácter de Sus relaciones con todos aquellos entre quienes Él mantenía alguna. Ya se trate de la mujer, o de Judas, o de los discípulos, cada uno toma su lugar en relación con el Señor. Esto es todo lo que hallamos aquí. Si Pedro tenía la energía natural suficiente como para sobrepasar el límite, sería sólo para una caída más profunda en el lugar donde sólo el Señor sabía permanecer en pie.

Ahora se adentra en soledad para presentar, en súplicas a Su Padre, los sufrimientos que le esperaban.

Pero al tiempo que se rodea de soledad, se lleva a tres de Sus discípulos para que en aquella hora solemne puedan velar con Él. Eran los mismos tres que estuvieron con Él durante la transfiguración. Tenían que ver Su gloria en el reino, y Sus sufrimientos. Se adelanta un poco de ellos. En cuanto a los discípulos, se durmieron igual que en el monte de la transfiguración. La escena aquí está descrita en Hebreos 5:7. Jesús no bebía aún la copa, pero estaba delante de Él. En la cruz sí la bebió, hecho pecado por nosotros, sintiendo en Su alma que era abandonado. Aquí es el poder de Satanás, utilizando la muerte como un terror con el que abrumarle. Pero la consideración de este asunto tendrá más consonancia cuando lleguemos al Evangelio de Lucas.

Vemos aquí Su alma bajo el peso de la muerte—anticipadamente—como sólo Él podía saberlo, no había perdido ésta su aguijón. Conocemos quién tiene el poder de la muerte, y la muerte todavía tenía todo el carácter de la paga del pecado, y la maldición, del juicio de Dios. Pero Él veló y oró. Como Hombre, sujeto por Su amor a esta acome-

MATEO 26

tida en presencia de la más poderosa tentación a la que Él podía exponerse, por una parte velaba, y por otra presentaba Su angustia a Su Padre. Su comunión no fue interrumpida aquí, por muy grande que hubiese sido el desasosiego. Esta ansiedad le acercó más, con toda sumisión y confianza, a Su Padre. Pero si teníamos que ser salvos, si Dios tenía que glorificarse en Aquel que había iniciado nuestra causa, la copa no debía pasar de largo. Su sujeción fue completa.

Dulcemente recuerda a Pedro su falsa confianza¹, haciéndole consciente de su debilidad. Pero Pedro era demasiado egoísta como para escuchar. Se despierta del sueño, sin alterarse la confianza en sí mismo. Era necesaria una experiencia más triste para su curación.

Por tanto, el Señor toma la copa de manos de Su Padre. Fue *Su* voluntad que Él la bebiera. Entregándose por completo a Su Padre, no es ni de manos de Sus enemigos ni de Satanás—aunque ellos fueran los instrumentos—que Él la toma. De acuerdo a la perfección con la que se había sujetado a la voluntad de Dios en esta cuestión, encomendando todo a Él, es solamente de Su mano que Él la recibe. Es la voluntad del Padre. Es así que escapamos de segundos motivos y de las tentaciones del enemigo, si buscamos la sola voluntad de Dios que dirige todo. Es de Él que recibimos la aflicción y la prueba cuando éstas vienen.

Los discípulos no necesitan velar más: había llegado la hora². Él tenía que ser entregado en manos de los hombres. Esto ya era decir mucho. Judas le señaló con un beso. Jesús

1. Es maravilloso ver al Señor en la plena agonía de la copa anticipada, sólo hasta entonces presentándose a Su Padre, sin beberla. Y cuando se vuelve para dirigirse a los discípulos para hablarles con gracia serena, igual que en Galilea, regresando al terrible conflicto de espíritu exactamente por lo que ante Su alma se exhibía. En Mateo, Él es la víctima, y el agravio, sin circunstancia que lo aliviara, es lo que halla aquí Su alma.

2. Me propongo hablar de los sufrimientos del Señor cuando estudiemos el Evangelio de Lucas, en donde son descritos con más detalle; puesto que es como *Hijo del Hombre* que Él allí es especialmente presentado.

MATEO 26

salió a hallarse con la multitud y reprendió a Pedro por querer resistirse con armas carnales. Si Cristo hubiera deseado escapar, habría ordenado a doce legiones de ángeles acudir. Pero todas las cosas tenían que cumplirse¹. Era la hora de sujetarse a los efectos de la malicia del hombre y al poder de las tinieblas, y al juicio de Dios contra el pecado. Él es el Cordero que iba al matadero. Luego, todos los discípulos le abandonan. Él se entrega, reconviniendo a la multitud que se acercaba a Él lo que estaba haciendo. Si nadie podía demostrar Su culpabilidad, Él no negaría la verdad. Confiesa la gloria de Su Persona como Hijo de Dios, y declara a partir de entonces que ellos verían al Hijo del Hombre, no ya en la humildad de Aquel que no quebraría la caña cascada, sino viniendo en las nubes del cielo y sentándose a la diestra del poder. Habiendo dado este testimonio, es condenado por causa de lo que dijo de Sí mismo, por la confesión de la verdad. Los falsos testimonios no salieron con éxito. Los sacerdotes y los principales de Israel eran culpables de Su muerte, en virtud de su propio rechazo del testimonio que Él rindió a la verdad. Él era la Verdad; ellos estaban bajo el poder del padre de mentira. Rechazaron al Mesías, al Salvador de Su pueblo. No vendría más a ellos, excepto como Juez.

Le insultan y le denigran. Cada uno, ¡ay!, ocupa, como hemos visto, su propio lugar: Jesús, el de Víctima, los demás, el de traidores, desdeñosos, delatores y negadores del Señor. ¡Qué escena! ¡Qué momento más solemne! ¿Quién podía permanecer en ella? Sólo Cristo podía pasar por ese momento con constancia. Y lo hizo como una víctima. Como tal, debía ser despojado de todo, y ello en presencia de Dios. Todo lo demás desapareció, salvo el pecado que provocó todo; y conforme a la gracia, antes también de la poderosa

1. Obsérvese en este momento crucial y solemne, el lugar que el Señor otorga a las Escrituras: que así debía ser, que allí fue (vers. 54). Éstas son la Palabra de Dios.

MATEO 27

eficacia de este acto. Pedro, confiado en sí mismo, vacilante, atrapado, respondiendo a la mentira, y jurando, niega a su Maestro; y dolorosamente convencido de la nulidad del hombre frente al enemigo de su alma y frente al pecado, sale y llora amargamente. Las lágrimas, que no pudieron borrar su culpa, pero que demostraron la existencia, a través de la gracia, de un corazón recto, testifican de la impotencia que la rectitud de corazón no puede remediar¹.

CAPÍTULO 27

Después de esto, los desdichados sacerdotes y principales del pueblo entregan a su Mesías a los gentiles, como Él había contado a Sus discípulos. Judas, desesperado bajo el poder de Satanás, se ahorca tras haber tirado la recompensa de su iniquidad a los pies de los principales sacerdotes y ancianos. Satanás fue obligado a testificar, incluso a través de una conciencia que él traicionó, de la inocencia del Señor. ¡Qué panorama! Luego, los sacerdotes que no quisieron que la conciencia les acusara si compraban la sangre de Judas, sí fueron lo bastante escrupulosos para guardar el dinero en la tesorería del templo, pues era precio de sangre. En vista de lo que ocurriría dentro de él, Judas viose forzado a mostrarse tal como era, y el poder de Satanás sobre él. Habiéndose reunido el consejo, decidieron comprar el camposanto para extranjeros, pues éstos eran muy profanos a sus ojos para ser considerados como tales, a menos que ellos mismos no se contaminaran con tal clase de dinero. Pero aún era el tiempo de la gracia de Dios para el extranjero, y del juicio sobre Israel. Además, establecieron un memorial perpetuo

1. Creo que se podrá ver, al comparar los Evangelios, que el Señor fue custodiado en casa de Caifás en el transcurso de la noche, cuando Pedro le negó, y que se reunieron formalmente de nuevo por la mañana, y preguntándole al Bendito Señor, recibieron de Él la confesión por la que le condujeron a Pilato. De noche se trataba solamente de líderes activos, pero de mañana hubo una reunión formal del Sanedrín.

MATEO 27

de su propio pecado y de la sangre que se había derramado. Acéldama es todo lo que queda en este mundo de las circunstancias de aquel gran sacrificio. El mundo es un campo de sangre, pero que habla cosas mejores que la de Abel.

Sabemos que esta profecía está en el libro de Zacarías. El nombre «Jeremías» puede haber sido insertado en el texto cuando no había nada más que «*por medio del profeta*»; y quizás fuera porque el profeta venía primero en el orden prescrito por los talmudistas para los libros de la profecía. Por esta razón, muy probablemente también, decían: «Jeremías, o uno de los profetas», como en el capítulo 16:14. Pero éste no es lugar para discutir este asunto.

La parte de ellos en la escena judía concluye. El Señor está delante de Pilato. Allí no se cuestiona si Él es Hijo de Dios, sino si Él es el Rey de los judíos. Aunque era así, fue sólo en el carácter de Hijo de Dios que permitiría que los judíos le recibieran. Si le hubieran recibido como el Hijo de Dios, habría sido su Rey. Pero no fue así: Él debía consumir la obra de la redención. Habiéndole rechazado como Hijo de Dios, los judíos no solamente le niegan como Rey, sino que los gentiles también se hacen culpables en la persona de su gobernante en Palestina, cuyo gobierno había sido puesto en sus manos. El gobernante gentil debería haber reinado en justicia. Su representante en Judea, reconoce la malicia de los enemigos de Cristo; su conciencia, alarmada por el sueño que tuvo su esposa, intenta evadir la culpa de condenar a Jesús. Pero el verdadero príncipe de este mundo, en lo que respecta al ejercicio actual del control, era Satanás. Pilato, lavándose las manos—fútil intento de exoneración—entrega al inocente a la voluntad de Sus enemigos, diciendo a la vez que no halla delito en Él. Y les suelta a los judíos a un hombre culpable de homicidio y sedición, en lugar del Príncipe de la vida. Pero era de nuevo sobre Su propia confesión, y solamente ésa, que Él fue condenado, al confesar lo mismo en los tribunales gentiles como hiciera en los judaicos, la verdad en cada uno, testificando de una

MATEO 27

buena confesión concerniente a la verdad acerca de aquellos que tenía delante.

Barrabás¹, la expresión del espíritu de Satanás, que era homicida desde el principio, y de la rebelión en contra de la autoridad que Pilato debía mantener allí—Barrabás era querido por los judíos—y con él, la errada indolencia de su gobernante, impotente frente al mal, procuraron satisfacer la voluntad del pueblo al cual debería haber gobernado. «Todo el pueblo» es culpable de la sangre de Jesús en la solemne palabra, que sigue cumpliéndose hasta este día, hasta que la gracia soberana, según el propósito de Dios, la borre—solemne pero terrible verdad—«Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos». ¡Lamentable y temible ignorancia que la propia voluntad acarreó sobre un pueblo que rechazaba la luz! De qué manera, ¡ay!, ocupa cada cual su lugar en presencia de esta piedra de toque, la de un Salvador rechazado. La compañía de los gentiles y los soldados, tomaron su posición con mofa, con la brutalidad habitual en ellos de paganos y ejecutores, como harán los gentiles en gozosa adoración cuando Aquel del que se burlaron será realmente el Rey de los judíos en gloria. Jesús soportó todo eso. Era la hora de Su sujeción a todo el poder del mal: la paciencia debía tener su obra perfecta, a fin de que Su obediencia pudiera ser completa en todos los aspectos. Todo lo aguantó desprovisto de alivio, antes que faltar a la obediencia a Su Padre. ¡Qué diferencia entre esto y la conducta del primer Adán rodeado de bendiciones!

Cada uno había de ser siervo del pecado, o de la tiranía de la impiedad en esta hora solemne, en que todo es sometido a prueba. Obligarón a un Simón—conocido después, según parece, entre los discípulos—a llevar la cruz de Jesús; y el Señor es conducido al lugar de Su crucifixión. Él no evitaría la copa que tenía que beber, ni se privaría de las

1. Es curioso que este nombre signifique «hijo de Abba», como si Satanás se burlara de ellos con él.

MATEO 27

facultades a fin de permanecer insensible frente a la voluntad de Dios que Él debía sufrir. Las profecías de los Salmos son consumadas en Su Persona, por medio de aquellos que poco pensaban lo que estaban haciendo. Asimismo, los judíos consiguieron bajar al último escalafón del menosprecio. Su *Rey* fue colgado. Habían de soportar la vergüenza a pesar suyo. ¿De quién era la culpa? Endurecidos y contumaces, compartieron con un malhechor la sórdida satisfacción de insultar al Hijo de Dios, su Rey, el Mesías, para su propia ruina. Citaron de sus Escrituras—fijémonos cuán ciega es la incredulidad—como expresión de lo que pensaban, aquello que en ellos fue puesto en boca de los enemigos incrédulos de Jehová. Jesús fue sensible a todo, pero la angustia de Su prueba, en la que Él era un testimonio fiel y sosegado, y el abismo de Sus sufrimientos, contenían algo mucho más terrible que toda esta malicia o abandono del hombre. Las crecidas elevaron sus voces¹. Una tras otra, las olas de la impiedad arremetieron contra Él; pero las profundidades que le aguardaban debajo, ¿quién podía sondearlas? *Su* corazón, *Su* alma—el recipiente de un amor divino—sólo podían ser más profundos que el fondo de aquel abismo que el pecado había abierto para el hombre, para liberar a aquellos que permanecían allí tras haber soportado Él los dolores abismales en Su propia alma. Un corazón que fue siempre fiel, fue abandonado por Dios. Donde el pecado llevó al hombre, el amor llevó al Señor, con una naturaleza y percepción en las que no existían distancias ni separaciones, de modo que pudiera sentirse el pecado en toda su plenitud. Nadie sino Aquel que estaba en ese lugar, podía sondearlo o sentirlo.

Es un espectáculo demasiado maravilloso como para no ver a aquel Hombre justo en el mundo exclamar al final de Su vida que fue abandonado por Dios. Pero así, Él glorificó

1. Hallamos en Mateo, reunidos a propósito, la deshonra cometida al Señor y los insultos que se le hicieron, y en Marcos, el abandono de Dios.

MATEO 27

a Aquel como nadie hizo nunca, y donde nadie excepto Él pudo haberlo hecho—hacerse pecado, en presencia de Dios como tal, sin ningún velo que ocultara, ni propiciación que la cubriera o la soportara.

Los padres, llenos de fe, habían experimentado en sus ansias la fidelidad de Dios, quien respondía a sus corazones. Pero Jesús—en cuanto a la condición de Su alma en aquel momento—gritó en vano. «Gusano y no hombre» ante la vista de todos, tuvo que soportar el abandono de Dios, en quien confiaba.

Los pensamientos de los que le rodeaban, muy alejados de los Suyos, no entendieron siquiera Sus palabras, pero ellos cumplieron las profecías con su ignorancia. Jesús, testificando con un alto tono de voz que no era el peso de la muerte lo que le oprimía, entregó el espíritu.

La eficacia de Su muerte nos es presentada en este Evangelio bajo un doble aspecto. En primer lugar, el velo del templo se rasgó en dos de arriba abajo. Dios, quien se había ocultado siempre detrás de este velo, se descubrió completamente por medio de la muerte de Jesús. La entrada en el lugar santo se hace evidente—un camino vivo y nuevo que Dios ha consagrado para nosotros a través del velo. Todo el sistema judío, las relaciones del hombre con Dios bajo su gobierno, su sacerdocio, se derrumbó con la rasgadura del velo. Cada uno se halló, pues, ante la presencia de Dios sin ningún velo de por medio. Los sacerdotes tenían que estar siempre delante de Su presencia, pero, por este mismo hecho, el pecado, que hacía imposible que estuviéramos allí, fue para el creyente puesto aparte totalmente delante de Dios. El Dios santo y el creyente, lavado de sus pecados, son llevados cerca por la muerte de Cristo. ¡Qué amor tal el que consumó todo esto!

En segundo lugar, aparte de esto, fue tal la eficacia de Su muerte que cuando Su resurrección rompió los lazos que los apresaban, muchos muertos aparecieron en la ciudad—testigos de Su poder, quien, habiendo sufrido la muerte, se

MATEO 27

elevó por encima de ella, y venciénola destruyó su poder en Sus propias manos. La bendición se mostraba ahora en la resurrección.

La presencia, por lo tanto, de Dios sin un velo, y de los pecadores sin el pecado delante de ellos, demuestra la eficacia de los sufrimientos de Cristo.

La resurrección de los muertos, sobre los que el rey de los espantos no sostenía más derechos, manifestó la eficacia de la muerte de Cristo para los pecadores, y el poder de Su resurrección. El judaísmo se terminó para aquellos que tienen fe, lo mismo que el poder de la muerte. El velo está rasgado. El sepulcro entregó su presa; Él es el Señor de los muertos y de los vivos¹.

Todavía hay un testimonio especial del grandioso poder de Su muerte, hasta el punto de verse reflejado en estas palabras: «Si resucitara de los muertos, traeré a mí a todos los hombres». El centurión de la guardia en la crucifixión del Señor, viendo el terremoto y lo que había sucedido, temblando confiesa la gloria de Su Persona; y extranjero como era para Israel, rinde el primer testimonio de fe entre los gentiles: «Verdaderamente, éste era Hijo de Dios».

Pero el relato sigue. Unas pobres mujeres—a quienes la devoción otorga a menudo, de parte de Dios, más valor que a los hombres en su posición más responsable y ocupada—permanecían al lado de la cruz, observando lo que hacían a Aquel que amaban².

1. La gloria de Cristo en ascensión, y como Señor de todo, no es contemplada históricamente en el entorno de Mateo.

2. La parte que tienen las mujeres en toda esta historia es muy instructiva, especialmente para ellas. La actividad del servicio público, el que puede llamarse «obra», pertenece naturalmente a los hombres—todo lo relativo a lo designado generalmente como ministerio—aunque las mujeres participan de una actividad muy preciosa en privado. Pero hay otro aspecto de la vida cristiana que les pertenece exclusivamente a ellas, y es la devoción amante y personal a Cristo. Fue una mujer la que ungió al Señor mientras los discípulos murmuraban; las mujeres que estaban a la cruz cuando todos, excepto Juan, le abandonaron; las mujeres que vinieron al sepulcro y que fueron enviadas a anunciar la verdad a los apóstoles, quienes después de todo regresaron a sus

MATEO 27

Pero ellas no eran las únicas que llenaban el lugar de los asustados discípulos. Otros—y esto ocurre a menudo—a quienes el mundo había demorado, una vez que la profundidad de su afecto es enardecida por los sufrimientos de Aquel que ellos amaban, cuando el momento es tan doloroso que los demás quedan aterrorizados, entonces, valentados por el rechazo de Cristo sienten que ha llegado el momento de decidirse a confesar al Señor abiertamente. Asociados hasta aquí con aquellos que le crucificaron, ellos debían aceptar este hecho, o bien posicionarse. Por gracia, hicieron esto último.

Dios había preparado todo de antemano. Su Hijo iba a tener Su tumba con los ricos. José osa acudir a Pilato para pedirle el cuerpo de Jesús, y una vez le fue entregado, lo envuelve en tela de lino fino y lo coloca en su propio sepulcro, el cual no había sido nunca utilizado para enterrar en él la corrupción del hombre. María Magdalena y la otra María¹, pues éstas eran conocidas, se sentaron cerca del sepulcro, resignadas por todo lo que quedaba

hogares; las mujeres que ministraron las necesidades del Señor. En realidad, esto tiene un alcance mayor. La entrega en el servicio quizás sea la parte del hombre, pero el instinto de afecto que penetra más íntimamente en la posición de Cristo, y está así en relación directa con Sus sentimientos, en comunión más estrecha con los sufrimientos de Su corazón, es la parte de la mujer; ciertamente muy bendecida. La actividad del servicio para Cristo, tiene al hombre un poco fuera de esta posición, cuando menos si el cristiano no es prudente. Todo tiene, no obstante, su lugar. Hablo de aquello que es característico, pues existen mujeres que han servido mucho, y hombres que han sentido mucho. Obsérvese también aquí que, lo que creo ya manifesté, este acercamiento del corazón hacia Jesús es la posición donde las comunicaciones del verdadero conocimiento son recibidas. Todo el primer evangelio es anunciado a la pobre mujer que era pecadora y que lavó Sus pies; a María, el bálsamo para Su muerte; a María Magdalena, nuestra elevada posición; a Juan, que se reclinaba en Su regazo, la comunión que Pedro deseaba. Y aquí, las mujeres tienen una amplia participación.

1. Es decir, María la mujer de Cleofás, y madre de Santiago y José, de la que se habla tanto como «la otra María». En Juan 19:25, María la mujer de Cleofás es tomada como aposición de la hermana de Su madre. Pero esto es simplemente un error. Se trata de otra persona. Había cuatro: tres Marías, y la hermana de Su madre.

MATEO 28

de su fe hacia Aquel que habían amado y seguido con adoración durante Su vida.

La incredulidad no contiene fe, y temiendo que lo que niega no sea verdad, desconfía de todo. Los principales sacerdotes solicitaron a Pilato que guardara el sepulcro, a fin de frustrar cualquier intento de los discípulos de fundar la doctrina de la resurrección en la ausencia del cuerpo de Jesús de la tumba en que había sido puesto. Pilato les ordenó asegurar el sepulcro ellos mismos, así que todo lo que hicieron sirvió para que fuesen ellos testimonios indirectos del hecho, y nos aseguráramos nosotros del cumplimiento de lo que ellos temían. Así, *Israel* era culpable de este esfuerzo de inútil resistencia al testimonio que Jesús había rendido contra ellos, para convencerlos. Las precauciones que Pilato tal vez no habría tomado, ellos las extremaron, de manera que cualquier error acerca del hecho de Su resurrección era imposible.

La resurrección del Señor es descrita brevemente en Mateo. El objetivo es, nuevamente, después de la resurrección, relacionar el ministerio y servicio de Jesús, ahora transferido a Sus discípulos, con los menesterosos del rebaño, el remanente de Israel. Los reunió de nuevo en Galilea, donde continuamente les había estado enseñando, y donde los menospreciados de entre el pueblo habitaban lejos del orgullo de los judíos. Esto vinculó la obra de ellos con la de Él, en aquello que la distinguía de manera especial con referencia al remanente de Israel.

CAPÍTULO 28

Examinaré los detalles de la resurrección en otro momento. Aquí sólo voy considerar su significado en este Evangelio. El sábado terminó—la noche del domingo para nosotros [cap. 28]—y las dos Marías acuden para ver el sepulcro. En aquel momento, esto fue todo lo que hicieron. Cuando ocurrió el terremoto y sus sucesivos resultados, na-

MATEO 28

die se hallaba allí excepto los soldados. De noche todo era seguro. Los discípulos ignoraban lo que sucedió a la mañana siguiente. Cuando las mujeres llegaron en el crepúsculo, el ángel que estaba sentado a la puerta del sepulcro las tranquilizó con las noticias de la resurrección del Señor. El ángel del Señor había descendido y abrió la puerta de la tumba, la cual el hombre había cerrado con todas las precauciones¹. Al decir verdad, habían dado por segura, mediante testigos irreprochables, la verdad de la predicación de los discípulos, colocando allí a los soldados. Las mujeres, con su visita la noche anterior, y la mañana cuando el ángel les habló, recibieron plena seguridad para su fe del hecho de Su resurrección. Todo lo que es presentado aquí son los hechos. Las mujeres habían estado allí de noche. La intervención del ángel certificó a los soldados el verdadero carácter de Su abandono de la tumba; y la visita de las mujeres en la mañana estableció el hecho de Su resurrección como un objeto de fe para ellas mismas. Fueron a anunciárselo a los discípulos, quienes, lejos de hacer aquello que los judíos les imputaban, no creían siquiera las afirmaciones de las mujeres. Jesús mismo se apareció a las mujeres que volvían del sepulcro cuando creyeron las palabras del ángel.

Como ya he dicho, Jesús se vincula con Su anterior obra entre los menesterosos del rebaño, apartado del solio de la tradición judía, y del templo, y de todo lo que mantenía al pueblo asociado con Dios según el antiguo pacto. Él concede a los discípulos que le fueran a encontrar allí, y entonces le hallan, y le reconocen. Es en esta escena anterior de los trabajos de Cristo, según Isaías 8 y 9, donde reciben su comisión de parte de Él. Por tanto, no tenemos en este Evangelio, en absoluto, la ascensión de Cristo, sino todo el poder que le es dado a Él en el cielo y en la Tierra, y conforme a ello, la comisión dada a Sus discípulos alcanza a todas las

1. Yo entiendo que el Señor Jesús había abandonado la tumba antes de que fuera retirada la piedra. Esto último era para los ojos mortales.

MATEO 28

naciones—a los gentiles. A éstos debían ellos anunciar Sus derechos, y hacerlos discípulos.

No obstante, no era solamente el nombre del Señor, ni en relación con Su trono en Jerusalén. Señor del cielo y de la Tierra, Sus discípulos tenían que anunciarle por todas las naciones fundando su doctrina sobre la confesión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Tenían que enseñar, no la ley, sino los preceptos de Jesús. Él estaría con ellos, con los discípulos que así le confesaran, hasta el fin del mundo. Es esto lo que relaciona todo lo que será consumado hasta que Cristo se sienta sobre el gran trono blanco, con el testimonio que Él mismo dio sobre la Tierra en medio de Israel. Es el testimonio del reino, y de su Cabeza, una vez rechazada por un pueblo que no le conoció. Vincula el testimonio a las naciones con un remanente en Israel que reconoce a Jesús como el Mesías, pero ahora resucitado de entre los muertos, como Él había dicho, pero no con un Cristo conocido como el ascendido a los cielos. Ni tampoco presenta a Jesús solamente, ni a Jehová, como no siendo el sujeto del testimonio, sino como la revelación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, el nombre santo por el cual las naciones eran asociadas con Dios.

MARCOS

INTRODUCCIÓN

Este evangelio según San Marcos tiene un carácter que difiere en ciertos aspectos de los otros evangelios. Cada evangelio tiene su propio carácter; cada uno se ocupa de la Persona del Señor bajo un punto de vista diferente: como Persona divina, el Hijo de Dios; como el Hijo del Hombre; como el Hijo de David, el Mesías presentado a los judíos, Emanuel. Pero Marcos no se ocupa de ninguno de estos títulos. Es *el Siervo* el que hallamos aquí—y en particular Su servicio como lo describe la Palabra—el servicio activo de Cristo en el evangelio. La gloria de Su Persona divina, a decir verdad, se destaca en todo Su servicio, y no es buscada, de modo que Él obvia sus consecuencias. El servicio es el asunto del libro. Veremos desarrollarse el carácter de Su enseñanza—y consecuentemente, la verdad que quiere desprenderse de las formas judaicas bajo las que había sido sostenida—así como el relato de Su muerte, de la que todo dependía para la fundación de la fe. Pero aquello que distingue este evangelio es el carácter de servicio y de Siervo que van unidos en la vida de Jesús—la obra que Él vino a consumir personalmente mientras vivió sobre la tierra. Por esta razón, la historia de Su nacimiento no se encuentra en Marcos. Se abre con el anuncio del comienzo del evangelio. Juan el Bautista es el heraldo, el precursor, de Aquel que trajo estas buenas nuevas al hombre.

MARCOS 1

CAPÍTULO 1

El mensaje es nuevo, cuando menos en el carácter absoluto y completo que asume, y en su aplicación directa e inmediata. No eran los privilegios judíos los que debían ser obtenidos con el arrepentimiento y el retorno al Señor. Éste venía conforme a Su promesa. Para preparar Su camino delante de Él, Juan predicaba el arrepentimiento para la remisión de pecados. Esto era lo que ellos necesitaban: la remisión de pecados para los penitentes era lo verdaderamente importante, el objeto formal de la misión de Juan.

El arrepentimiento y la remisión de pecados se refieren claramente a la responsabilidad del hombre, aquí de Israel, en su estado natural con Dios; y clarificando esto respecto al estado del hombre para con Dios, le cualifican moral y responsablemente para el recibimiento de la bendición propuesta—moralmente, en que él juzga los pecados como en principio hace Dios, y de manera responsable, tanto en cuanto que Dios los perdona todos. De ahí que la remisión sea forzosamente una necesidad presente. Hay un perdón gubernativo así como uno justificativo, pero el principio es el mismo, y este último es la base del primero. Allí donde es gubernativo puede ir acompañado de varios tratos de Dios, sólo que el pecado ya no es imputado en cuanto a la relación presente con Dios. Acerca de la justificación, esto es verdadero en esencia. En el perdón justificativo se fundamenta la obra de Cristo, como en Romanos 4, mostrando mediante el uso del Salmo 32 el carácter común de no imputación, de ahí que sea absoluto e inmutable. El pecado no es imputado y nunca podrá serlo, porque la obra está hecha y consumada, y lo aleja de la mirada de Dios. Siendo esto eterno, absoluto e inmutable, es también la base de todos los tratos de Dios con el hombre en gracia. La gracia reina a través de la justicia. Hebreos 9 y 10 desarrollan esto, donde la conciencia y el retorno hacia Dios son considerados dentro del santuario. Lo mismo sucede con Romanos 3 a 5, donde

MARCOS 1

la cuestión es judicial, un asunto de juicio, ira y justificación. Es la base de las bendiciones, no la meta, grande como pueda ser—paz con Dios y reconciliación. Aquí hallamos el terreno de todas las bendiciones que Israel tendrá con el nuevo pacto, fundado en la muerte de Cristo, pero al ser Él rechazado, aquellos que creyeron fueron introducidos en mejores bendiciones celestiales. En Éxodo 32:14,34, tenemos el perdón gubernativo, no el justificativo. En el caso del grave pecado de David, le fue perdonado cuando lo reconoció, su iniquidad fue quitada, pero el severo castigo iba aparejado a este perdón porque había dado ocasión a los enemigos del Señor para que blasfemasen. La gloria de Dios en justicia tenía que ser vindicada ante el mundo (2 Sam. 12:12,14).

Aquí se hallaba una propuesta de un presente perdón para Israel, el cual será cumplido en los últimos días. Y después, como su largo rechazo habrá culminado en perdón gubernativo, ellos serán en última instancia, por la muerte de Cristo y el derramamiento de sangre, perdonados y justificados para el disfrute de las promesas bajo el nuevo pacto (comparar Hechos 3).

Los profetas, de hecho, habían anunciado el perdón si el pueblo se volvía al Señor; pero aquí hallamos el presente objeto del discurso. El pueblo salía como sin sentirse afectado por nada, pero al menos su conciencia fue despertada; y por grande que fuese el orgullo de sus líderes, el sentimiento de la condición de Israel era discernido por el pueblo tan pronto como había algo que, fuera de la rutina de la religión, actuaba en el corazón y en la conciencia, es decir, cuando Dios hablaba. Ellos confesaron sus pecados. Quizás se tratara solamente de la conciencia natural para algunos, que no fuese realmente una obra vivificadora la que estuviera realizándose; pero era efectuada de todos modos sobre el testimonio de Dios.

Juan, resueltamente separado del pueblo, y viviendo aparte del contacto social, anuncia a otro más poderoso que

MARCOS 1

él, cuya correa del calzado no era capaz de desatar. *Él* no iba a predicar solamente el arrepentimiento aceptado por el bautismo del agua, sino que daría el Espíritu Santo y poder a aquellos que recibieran Su testimonio. Nuestro evangelio pasa a ocuparse rápidamente del servicio de Aquel que Juan declaró. Presenta sucintamente lo que le introduce a *Él* en este servicio.

El Señor toma Su lugar entre los penitentes de Su pueblo, y, sometiéndose al bautismo de Juan, ve el cielo abierto a *Él* y al Espíritu Santo descendiendo como paloma sobre Su cabeza. El Padre le reconoce como su Hijo sobre la tierra, en quien está bien complacido. Luego es llevado por el Espíritu Santo al desierto para padecer la tentación de Satanás durante cuarenta días; vive con las fieras, y los ángeles ejercen su ministerio hacia *Él*. Aquí vemos toda Su posición—el carácter que el Señor asume sobre la tierra—todas sus características y relaciones con lo que le envuelve, resumidas en estos dos o tres versículos. Fueron dadas con detalle en Mateo.

Después de esto, Juan desaparece de la escena para dar lugar al ministerio público de Cristo, de quien él sólo era el heraldo. Cristo mismo surge en el lugar de testimonio, declarando que el tiempo se había cumplido; que no se trataba ahora de profecías ni de tiempos venideros, sino de que Dios iba a establecer Su reino y que ellos deberían arrepentirse recibiendo las buenas nuevas que les eran anunciadas en aquel mismo instante.

Nuestro evangelista pasa¹ inmediatamente a ocuparse de todos los aspectos del servicio de Cristo. Habiendo presentado al Señor emprendiendo el servicio público que invitaba a los hombres a recibir las buenas nuevas como algo actual—el tiempo de la consumación de los caminos de Dios ya venido—le exhibe invitando a otros a cumplir esta

1. Esta presteza caracteriza a Marcos, como lo confirma la palabra «inmediatamente» (*eutheos*).

MARCOS 1

misma obra en Su nombre, siguiendo en pos de Él. Su Palabra no tiene efectos errados: aquellos a quienes llama, abandonan todo y le siguen¹. Entra en la ciudad para enseñar sobre el sábado. Su Palabra no consiste de argumentos que evidencian la inseguridad del hombre, sino que se presenta con la autoridad de Uno que conoce la verdad que anuncia—autoridad que realmente es la de Dios, que puede comunicar la verdad. Habla también como Uno que la posee; y Él ofrece pruebas de que la posee. La Palabra, que se presenta así a los hombres, tiene poder sobre los demonios. Había allí un hombre poseído por un espíritu maligno. Este espíritu dio testimonio, sin pretenderlo, de Aquel que hablaba, y cuya presencia le era insoportable. Pero la Palabra que le despertó tenía poder para echarle fuera. Jesús le reprende ordenándole dejar en paz al hombre y salir de él. El espíritu maligno, tras manifestar la realidad de su presencia y su malignidad, se rinde y se marcha del hombre. Tal era el poder de la Palabra de Cristo. No es extraño que la fama de este hecho se diseminara por todo el país; pero el Señor continúa Su senda de servicio allí donde se requería la obra. Después entra en casa de Pedro, cuya suegra yacía enferma de fiebre. La cura inmediatamente, y cuando el sábado había acabado, le traen a Él a todos los enfermos. Siempre dispuesto a servir—¡precioso Señor!—los sana a todos.

El Señor no obraba rodeándose de una multitud. Por la mañana, poco después del crepúsculo, se adentra en el desierto para orar. Tal era el carácter de Su servicio, realizado en comunión con Su Dios y Padre, en dependencia de Él. Se va a un lugar solitario. Los discípulos le encuentran y le dicen que todos le buscan; pero Su corazón está ocupado con Su obra. El deseo general no le hace volver. Sigue en Su ca-

1. Es el hecho en sí mismo lo que se da aquí, como en Mateo. El relato de Lucas dará la oportunidad de entrar más en detalle acerca del llamamiento de los discípulos. Desde los tiempos de Juan el Bautista, ellos habían permanecido más o menos asociados al Señor.

MARCOS 1

mino para consumir la obra que le fue dada a hacer: predicar la verdad entre el pueblo; pues éste era el servicio al que Él se entregó.

Aunque dedicado a dicho servicio, Su corazón no se compungió por la preocupación, pues estaba siempre con Dios. Un pobre leproso acudió ante Él, reconociendo Su poder, pero inseguro de Su voluntad y del amor que ejercitaba ese poder. Esta temible enfermedad no sólo dejaba al hombre incomunicado, sino que contaminaba a todo el que rozaba siquiera al paciente. Pero nada detenía a Jesús en el servicio al que le empujaba Su amor. El leproso era desdichado, un proscrito de sus semejantes y de la sociedad, además de excluido de la casa de Jehová. Mas el poder de Dios estaba presente. El leproso debía tranquilizarse en cuanto a la buena voluntad en la que su abatido corazón no podía creer. ¿A quién podía importarle una criatura como él? Tenía fe en el poder que había en Cristo, pero los pensamientos acerca de sí mismo le velaban la profusión del amor que le había visitado. Jesús extendió Sus manos y le tocó.

El más humilde de los hombres tuvo contacto con el pecado, y con lo que era señal del mismo, y lo quitó; el Hombre, quien en el poder de Su amor tocó al leproso sin contaminarse, era el solo Dios que podía quitar la lepra que afligía al que la tenía con la miseria y el destierro.

El Señor habla con una autoridad que expresa al instante Su amor y Su divinidad: «Quiero, ¡queda limpio!» Aquí estaba el amor del que dudaba el leproso, la autoridad del solo Dios que tenía derecho a decir: QUIERO. El resultado siguió a la expresión de Su voluntad. Éste es el caso cuando Dios habla. ¿Y quién curaba la lepra salvo Jehová sólo? ¿Era Él Aquel que había descendido lo bastante para *tocar* a este ser contaminado que contagiaba a otros que se le acercaban? Sí, el único, pero era Dios el que había descendido, el amor que había llegado tan abajo, y el cual, de esta manera, se mostraba poderoso para cada uno que confiaba en dicho amor. Era la pureza incólume en potencia, la cual

MARCOS 2

podía por tanto ministrar en amor a los más ruines, y en efecto es lo que hizo. Vino hasta el hombre mancillado, no para contraer su enfermedad, sino para quitarla. Él tocó al leproso en gracia, pero la lepra fue quitada.

Evitó las ovaciones humanas, y ordenó al hombre que había sido sanado acudir a los sacerdotes según el rito de Moisés. Esta obediencia a la ley daba testimonio, de hecho, de que Él era Jehová, pues sólo Jehová, bajo la ley, purificó soberanamente al leproso. El sacerdote era sólo el testigo de que así había sido. Siendo oído el milagro fuera de la provincia, y que atraía a la multitud, hace que Jesús marcharse al desierto.

CAPÍTULO 2

Más tarde entraba Él en la ciudad, y de pronto se congregó toda una multitud. ¡Qué imagen más dinámica de la vida de servicio del Señor! Allí les predicó. Éste era Su servicio y Su objeto (véase el cap. 1:38). Pero de nuevo, al entregarse de pleno al humilde cumplimiento de este servicio como le había sido encomendado, Su mismo servicio, Su amor—¿pues quién sirve como Dios cuando Él se digna en hacerlo?—presentan Sus derechos divinos. Él conocía la verdadera fuente de todos estos males, y podía introducir sus remedios. «Tus pecados te son perdonados», dijo al pobre paralítico de fe victoriosa en las dificultades. Esta fe perseverante es alimentada por el sentimiento de necesidad, y por la seguridad de que se hallará el poder en Aquel que es buscado. Para el razonamiento de los escribas, Él les dio una respuesta que silenciaba a todos los que pensaban negativamente, ejerciendo el poder que le autorizaba pronunciar el perdón del pobre sufriente¹. La murmura-

1. Debemos distinguir entre el perdón gubernativo y el perdón absoluto de los pecados. Tal como es el hombre, no podría haber existido el primero sin este último. Pero hasta que no hubo muerto y resucitado Cristo, esto no fue revelado.

MARCOS 2

ción de los escribas pusieron en doctrinal evidencia *quién* estaba allí. En cuanto al veredicto de los sacerdotes, que declaran limpio al leproso, pusieron el sello de su autoridad sobre la verdad de que Jehová, el sanador de Israel, estaba allí. Aquello que Jesús lleva a cabo es Su obra, Su testimonio. El efecto es manifestar que Jehová está allí, y que ha visitado a Su pueblo. Es el Salmo 103 el que se cumple, con respecto a los derechos y la revelación de la Persona de Aquel que obró.

Jesús deja la ciudad; el pueblo se agrupa en torno a Él, y de nuevo les enseña. El llamamiento de Leví propicia la ocasión para una nueva trayectoria de Su ministerio. Él vino a llamar a pecadores, y no a justos. Después de esto, les cuenta que no podía introducir la nueva energía divina, desplegada en Sí mismo, en las viejas formas del fariseísmo. Y había otra razón para ello: la presencia del Esposo. ¿Cómo podían los invitados a la boda ayunar mientras el novio estuviera con ellos? Aquél les sería quitado, y entonces sería el momento de ayunar. Continúa insistiendo en la discordancia entre los viejos recipientes judíos y el poder del evangelio. Éste iba a subvertir el judaísmo, al cual ellos procuraban someterse. Lo que tuvo lugar cuando los discípulos se dirigieron a los campos de trigo confirma esta doctrina.

Las ordenanzas perdieron su autoridad en presencia del Rey asignado por Dios, rechazado y peregrino sobre la tierra. Además, el sábado—una señal del pacto entre Dios y los judíos—fue hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado. Como Hijo de David rechazado, los preceptos perdieron su fuerza y se supeditaron a Él. Como Hijo del Hombre poseedor de todos los derechos que Dios había otorgado a los hombres, Él era el Señor del sábado, que fue creado para el hombre. En principio, las cosas viejas habían pasado. Se trata de hecho de las cosas nuevas de la gracia y el poder, que no admitían el antiguo orden de cosas. Pero la pregunta era si Dios podía actuar en gracia y

MARCOS 3

ofrecer la bendición, soberanamente, sobre Su pueblo, si tenía que someterse a la autoridad de los hombres mientras ellos abusaban de Sus preceptos bondadosos, o bien actuaba en bondad conforme a Su poder y amor que estaban por encima de todo. ¿Tenía el hombre que poner límites a la operación de la bondad de Dios? Esto, al decir verdad, fue el vino nuevo que el Señor llevó al hombre.

CAPÍTULO 3

Tal fue la pregunta suscitada en la sinagoga en ocasión del hombre que tenía la mano seca. El Señor lo declaró públicamente ante la conciencia de ellos, pero ni su corazón ni su conciencia le respondieron; y Él actuó en Su servicio de acuerdo a la bondad y derechos de Dios, curando al hombre¹. Los fariseos y sus enemigos, los herodianos—pues todos estaban en contra de Dios y unidos en este asunto—consultaron unánimes sobre la manera como podían destruir a Cristo. Jesús se fue a la costa². Allí le siguió la multitud, a causa de todo lo que Él hizo, así que se vio en la obligación de proveerse de un bote para alejarse un poco del gentío. Los espíritus estaban sujetos a Él, forzados a reconocer que Él es el Hijo de Dios; mas Él les prohíbe que le delaten.

El servicio en predicación y en la búsqueda de almas, dedicándose Él a todos y mostrándoles por Sus hechos ser el poseedor del poder divino, se oculta de la curiosidad de los hombres, para cumplir, alejado de sus aclamaciones, el servicio que había emprendido: tal fue Su vida humana

1. Nadie puede dejar de ver cómo el antiguo sistema, basado en lo que el hombre había de ser para Dios, es dejado de lado por aquello que Dios es para el hombre. Siendo el primer sistema establecido por Dios, nada excepto las palabras y acciones de Jesús habrían justificado el que los judíos hubieran salido de él. Sin embargo, se trataba de una clara oposición y odio hacia la plena revelación de Aquel que estaba ordenando el segundo sistema. Comparar Juan 15:22,24.

2. Es decir, al mar de Tiberias.

MARCOS 3

sobre la tierra. El amor y el poder divinos se revelaron en el servicio que el amor le indujo a llevar a cabo, y en el cumplimiento de aquello con que ese poder era ejercitado. Pero esto no podía circunscribirse al judaísmo, por mucho que el Señor estuviera sujeto a las ordenanzas de Dios dadas a los judíos.

Siendo Dios así manifestado, la oposición carnal del hombre pronto se manifiesta¹. Aquí acaba entonces la descripción del servicio de Cristo, y su resultado es patente. Este resultado será desarrollado en lo sucesivo, tanto con respecto a la iniquidad del hombre como a los consejos de Dios. Entretanto, el Señor asignó a doce de Sus discípulos para que le acompañasen y salieran a predicar en Su nombre. Él no podía solamente realizar milagros, sino también comunicar a los demás el poder para realizarlos, y esto por vía de autoridad. Regresó a la casa, y la multitud volvió a reunirse. Los pensamientos del hombre aquí se manifestaron al mismo tiempo que los de Dios. Sus amigos le buscaron como uno que estaba a Su lado. Los escribas, poseyendo la influencia de hombres sabios, atribuyeron a Satanás un poder que no podían negar. El Señor les respondió mostrándoles que generalmente podían perdonarse todos los pecados; pero el de reconocer el poder divino y atribuirlo al enemigo antes que a Aquel que lo manifestó no era ocupar el lugar de la incredulidad ignorante, sino el de adversarios, blasfemando así contra el Espíritu Santo. Esto constituía un pecado imperdonable. El «hombre fuerte» estaba allí, pero Jesús era más fuerte que él, pues echó fuera a los demonios. ¿Se atrevería Satanás a arruinar su propia casa? El hecho de que el poder de Jesús se manifestara de esta manera, los dejaba sin excusa. El «hombre fuerte» *de Dios* había venido entonces: Israel le rechazó; y por lo que hace

1. Éste es el secreto de toda la historia de Jesús, el Hijo de David. Estando todas las promesas en Él para los judíos, el siervo de cada necesidad también y de cada dificultad, aun siendo Dios, y Dios manifestado en Él, el hombre no podía comprenderlo. La mente carnal es enemistad contra Dios.

MARCOS 4

a sus líderes, blasfemando contra el Espíritu Santo traían sobre sí mismos una irrevocable condenación. Por lo tanto, el Señor distingue inmediatamente al remanente que recibió Su palabra de todas las relaciones naturales que Él tenía con Israel. Su madre o sus «hermanos», son los discípulos que permanecen a Su lado y hacen la voluntad de Dios. Esto dejó de un lado a Israel en ese momento.

CAPÍTULO 4

Dicho apartamiento presenta el verdadero carácter y resultado de Su propio servicio, y toda la historia del servicio que debía cumplirse para un futuro más distante; así como la responsabilidad de Sus discípulos con respecto a la parte que tendrían en ello. La tranquilidad del que confiaba en Dios mientras obraba de este modo ponía en relieve la justa confianza de la fe, así como el poder que la sostenía. Todo el carácter de la obra en ese momento, y hasta el regreso del Señor, es descrito en este cuarto capítulo.

El Señor retoma en esto Su habitual obra de instrucción, en relación con el curso que acababa de tomar en sus relaciones con los judíos. Él siembra. Ya no busca fruto en Su viña. En el versículo 11, vemos que la diferencia entre los judíos y Sus discípulos queda marcada. A estos últimos les fue dado el conocer el misterio del reino, pero a *aquellos que estaban fuera* de todas estas cosas, se les daba en parábolas. No voy a repetir las observaciones que hice al hablar del contenido de estas parábolas en Mateo. Pero lo que viene ahora en el versículo 21, pertenece en esencia al evangelio de Marcos. Hemos visto que el Señor estaba ocupado en predicar el evangelio del reino, y Él encomendó la predicación de este evangelio a otros también. Él era un sembrador, y sembraba la Palabra. Éste era Su servicio, y asimismo el de ellos. ¿Pero puede esconderse una candela? Nada debía quedar oculto. Si el hombre no manifestaba la verdad que recibía de Dios, Él pondría de

MARCOS 4

manifiesto todas las cosas. Cada cual debía escuchar lo que Él decía.

En el versículo 24 aplica este principio a Sus discípulos. Debían prestar atención a lo que oían, pues Dios actuaría con ellos según su fidelidad en la administración de la Palabra confiada a ellos. El amor de Dios envió la Palabra de gracia y del reino a los hombres, a fin de que les llegara a la conciencia, lo cual era el objetivo del servicio confiado a los discípulos. Cristo se lo comunicó, y ellos tenían que darlo a conocer a los demás en toda su plenitud. Según la medida con la cual ellos diesen libre curso a este testimonio de amor—conforme al don que habían recibido—así les sería medido en el gobierno de Dios. Si oían lo que Él les había comunicado, recibirían más; pues, como regla general, aquel que se apropiaba de lo que oía, obtendría aún más; y aquel que no guardaba estas cosas para sí, le sería quitado de él.

El Señor luego les muestra cómo debía ser todo respecto a Sí mismo. Él había sembrado, y del mismo modo que la semilla germina y crece sin ninguna acción de parte del sembrador, así Cristo haría que el evangelio se difundiera en el mundo sin poner de por medio ninguna vía alternativa, siendo el carácter peculiar del reino que el Rey no estaba allí. Pero cuando llega el tiempo de la recolección, el sembrador es llamado de nuevo a actuar. Así debía ser con Cristo, pues Él volvería para encargarse de la cosecha. Él se ocupaba de la siembra y de la siega. En el intervalo, todo seguiría aparentemente abandonado a sí mismo, sin realmente interferir el Señor en Persona.

Se emplea otra analogía para describir el carácter del reino. La pequeña semilla que sembró devendría un gran sistema muy sublime en la tierra, capaz de ofrecer protección temporal a aquellos que se refugiaban en él. Así tenemos la obra de la predicación de la Palabra; la responsabilidad de los obreros a quienes el Señor la confiaría durante Su ausencia; Su propia acción en el principio y en el fin, en

MARCOS 4

épocas de siembra y de siega, y la formación de un gran poder terrenal como el resultado de la verdad que Él reveló, y que creó un pequeño núcleo alrededor de Él.

Una parte de la historia de Sus seguidores tenía que mostrarse aún. Habrían de hallar muchas serias dificultades en el camino. El enemigo causaría una tormenta a su alrededor. Por lo visto, Cristo no prestó atención a la situación en que estaban sumidos. En medio de la tormenta, le llamaron y le despertaron con voces, a lo que Él respondió en gracia hablando al viento y al mar, y se produjo una gran calma. Al mismo tiempo reprende su incredulidad. Deberían haber contado con Él y con Su poder divino, y no haber pensado que Él hubiese sido tragado por las olas. Deberían haber recordado su propia relación con Él, ellos que, por gracia, estaban asociados con Él. ¡Qué tranquilidad la del Señor! La tormenta no le perturbaba. Entregado a Su obra, descansaba durante la travesía cuando el servicio no requería Su actividad. Su servicio le facilitó circunstancialmente aquellos momentos arrebatados a la labor. No ocurrió lo mismo con los discípulos, quienes, olvidando Su poder e inconscientes de la gloria de Aquel que estaba con ellos, sólo pensaron en sí mismos, como si Jesús los hubiera olvidado. Una palabra de Su parte manifestó en Él al Señor de la creación. Éste es el verdadero estado de los discípulos cuando Israel es dejado de lado. Se origina la tempestad, y Jesús parece no inmutarse. La fe debería ahora haber reconocido que ellos estaban con Él en el mismo bote. Es decir, si Jesús deja crecer hasta la siega la semilla que ha sembrado, Él está, no obstante, en el mismo barco, y comparte la suerte de Sus seguidores, o más bien son ellos los que comparten la de Él. Los peligros eran aquellos en los que se desenvolvían Él y Su obra, en una palabra, que no existía realmente ninguno. Y qué grande fue la manifestación de la incredulidad. ¡Pensar que viniendo el Hijo de Dios al mundo para cumplir la redención y los establecidos propósitos de Dios, a los ojos de los hombres Él y toda Su obra

MARCOS 5

fueran a hundirse inesperadamente en el lago por una tormenta accidental! Nosotros estamos, bendito sea Su nombre, en el mismo bote con Él. Si el Hijo de Dios no se hunde, nosotros tampoco.

CAPÍTULO 5

En otro aspecto, los discípulos no están con Él. Son llamados a servir cuando Él deja la escena de la labor. Aprendemos esto de la legión de demonios (cap. 5), cuya víctima fue liberada de su miserable estado. El hombre—e Israel en particular—estaban completamente bajo el poder del enemigo. Cristo, en cuanto a la obra de Su poder, liberó completamente a aquel en nombre de quien era ejercido dicho poder. Más tarde se hallaba vestido y sobrio, sentado a los pies de Jesús escuchando Sus palabras. Pero la muchedumbre del lugar tuvo temor, y rogó a Jesús que se fuera—lo que el mundo ha hecho con Cristo; y en la historia del hato de cerdos tenemos la figura de Israel después de que el remanente ha sido curado. Ellos son impuros, y Satanás los conduce a la ruina. Ahora bien, cuando Cristo se marcha, aquel que había experimentado de manera personal los efectos poderosos de Su amor, le hubiera gustado quedarse con Él; pero debía irse a casa y dar testimonio a los suyos de aquello que Jesús había hecho. Tenía que servir en la ausencia de Jesús. En todas estas narraciones, vemos la obra y la entrega del siervo, pero al mismo tiempo el divino poder de Jesús manifestado en este servicio.

En las circunstancias siguientes a la curación del demoníaco, hallamos la verdadera posición que Jesús marcó. Es llamado a curar a la hija de Jairo, del mismo modo que vino a curar a los judíos si ellos le hubieran dejado. Mientras se dirigía a la casa de Jairo para realizar esta obra, una pobre mujer enfermiza le tocó el borde de Sus vestiduras con fe, y al instante fue sanada. Éste fue el caso con Jesús durante Su paso entre los judíos. En la multitud que le rodeaba,

MARCOS 6

unas almas le tocaron, por gracia, llenas de fe. Su enfermedad era imposible de curar, pero Jesús tenía vida en Sí mismo conforme al poder de Dios, y la fe se manifestó en virtud tocándole. Los tales son llevados a reconocer su condición, pero son sanados. Exteriormente, Él estaba en medio de Israel—la fe necesitó cosechar su beneficio y el de la gloria de Su Persona. Respecto a aquella niña que fue el objetivo de Su viaje, era imposible encontrar un remedio para ella. Jesús la halla muerta, pero no pierde de vista el objetivo. La resucita y le da vida. Lo mismo ocurre con referencia a Israel. En el camino, aquellos que tenían fe en Jesús eran curados, desengañados de no hallar remedio para su enfermedad; pero en cuanto a Israel, la nación estaba muerta en delitos y pecados. Al parecer, esto es lo que dio fin a la obra de Jesús. Pero la gracia restaurará un día la vida a Israel. Vemos la gracia perfecta de Jesús interceptando el efecto de las malas nuevas que trajo de la casa el mayordomo. Tan pronto como el mensajero le hubo relatado la muerte de su hija, y dada la inconveniencia de molestar más al Maestro, le dice a Jairo: «No temas, cree solamente.» En efecto, aunque el Señor restaurará la vida a un Israel muerto al final de los tiempos, no obstante es por la fe que esto tendrá lugar. El caso de la pobre mujer, aunque en su aplicación directa no trasciende a la de los judíos, se aplica en principio a la curación de cada gentil que, por gracia, es llevado por fe a tocar a Jesús.

La historia ofrece luego el carácter de Su servicio, la manera en que, a causa de la condición del hombre, tenía que ser cumplido.

CAPÍTULO 6

En lo que sigue ahora, la historia de Su servicio es reanudada. Le vemos rechazado por un pueblo ciego, a pesar del poder que había manifestado y de dar testimonio de la gloria de Su Persona. No obstante, Él continúa Su servicio y

MARCOS 6

envía a Sus discípulos para que no se resintieran de la falta de energía en ellos, pero con el testimonio del juicio que aguardaba a aquellos que deberían ser culpados del rechazo de Su misión—un rechazo que ya estaba sucediendo. El Señor continúa dando pruebas en misericordia y bondad de que Jehová, quien se compadecía de Su pueblo, estaba allí, hasta que finalmente tuvo que preparar a Sus discípulos para el seguro resultado de Su obra, esto es, Su muerte en manos de los gentiles, a quienes le entregarían los principales sacerdotes.

Para los judíos, Él era el carpintero, el hijo de María. Su incredulidad detuvo la bienhechora mano de Dios para con ellos mismos, y Jesús continúa con Su obra en otra parte, enviando allí a los discípulos, hecho que llevaba aparejado la posesión del poder divino. Era a Israel que les guiaba la misión que recibieron de Él, y tenían que pronunciar el juicio sobre la tierra de Emanuel como tierra contaminada, allí donde su testimonio fuera rechazado. Tenían que marchar descansando en la poderosa salvaguarda de Aquel que los enviaba, y no deberían carecer de nada. Él era el Señor soberano. Disponía de todas las cosas. Cristo no sólo puede comunicar bendiciones como canal de bendición, sino que también concede a Sus discípulos el poder de echar fuera demonios. Así, los discípulos cumplen con su tarea. Este pasaje muestra de manera extraordinaria la posición y la gloria de Cristo. Él es el Siervo—para los hombres, el hijo del carpintero. En Su nuevo servicio, no hace otra cosa que acometer aquello que Dios le dio a hacer. *No pudo realizar* actos poderosos allí dada su incredulidad, siempre dispuesto a servir pero impedido, limitado en el ejercicio de Su amor, allí donde ninguna puerta se le abría para recibir su influencia, y donde la naturaleza nunca juzga como suelen juzgar los ojos. Allí donde había necesidad, Su amor nunca se cansaba de obrar. El pobre rebaño enfermo se beneficia de un amor que no desprecia a nadie, porque nunca busca lo suyo propio.

MARCOS 6

En el siguiente versículo, Aquel que no podía obrar actos milagrosos—porque Su servicio dependía de condiciones divinas, en las cuales Dios podía seguir llevando a cabo Sus relaciones con los hombres a fin de revelárseles—ofrece ahora el poder a los demás sobre todos los espíritus inmundos, un poder que es divino. Cualquiera puede realizar milagros si Dios da el poder; pero sólo Dios puede darlo. No tenían que carecer de nada, pues Emanuel estaba allí. Debían anunciar el juicio si rechazaban su mensaje. El amor divino le hizo a Él totalmente un Siervo dependiente; y el Siervo dependiente era Dios presente en gracia y en justicia.

El resultado de todas estas manifestaciones de poder fue que la conciencia del rey que entonces reinaba en Israel es despertada; y el evangelista nos abre la historia de la criminal oposición de las autoridades en Israel hacia los testigos de la verdad. Herodes dio muerte a Juan a fin de recompensar la iniquidad de una mujer que le gustaba—iniquidad que compartía con ella. Una danza fue el precio por la vida del profeta de Dios. Tal era el gobernante de Israel.

Vuelven los apóstoles. Jesús se los lleva de la indagadora y necesitada muchedumbre hacia un lugar desierto, pero la multitud les sigue. Jesús, rechazado como lo fue por la tierra que amaba, se compadece de los menesterosos del rebaño y manifiesta en nombre de ellos el poder de Jehová, para bendecirlos conforme al Salmo 132. Satisface a los pobres con pan. Habiendo despedido a la multitud, cruza el mar en bote, y uniéndose de nuevo a Sus discípulos, el viento cesa—una figura de la cual ya hemos hablado cuando meditábamos en Mateo. Su obra había acabado. En cuanto a ellos, pese a todos Sus milagros, sus corazones permanecían endurecidos en aquel entonces, y uno tras otro olvidaron aquellas señales. El Señor continúa Su obra de bendición. Sólo con tocarle, había curación.

MARCOS 7

CAPÍTULO 7

El poder de gobierno ejercido entre los judíos se había manifestado hostilmente hacia el testimonio de Dios, dando muerte a uno a quien Él envió en el camino de justicia. Los escribas y aquellos que fingían seguir la justicia habían corrompido al pueblo con su enseñanza, quebrantando la ley de Dios.

Lavaban copas y jarros, pero no sus corazones; y a menos que los sacerdotes—la religión—salieran beneficiados de esto, dejaban a un lado las obligaciones de los hijos hacia sus padres. Dios miraba en el corazón del hombre, desde donde procedían toda clase de impurezas, iniquidad y violencia. Esto era lo que contaminaba al hombre, y no el que no se lavara las manos. Tal es el juicio de la religiosidad sin la conciencia y el temor de Dios, sin la verdadera comprensión de lo que es el corazón humano para Dios, quien es más puro de ojos para contemplar la iniquidad.

Dios debía asimismo mostrar Su propio corazón; si Jesús juzgaba esto del hombre bajo la mirada de Dios—si Él manifestaba Sus caminos y Su fidelidad a Israel, los manifestaba a través de todo lo que Dios era para aquellos que sentían su necesidad de Él y acudían a Él con fe, reconociendo y confiando en Su bondad pura. De la tierra de Tiro y Sidón acude una mujer de la raza condenada, una gentil y una sirofenicia. El Señor le contesta a la petición de curar a su hija diciéndole que los hijos—los judíos—debían ser primero provistos, que no era justo tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos: una abrumadora respuesta para la idea que ella tenía de su necesidad, y de que la bondad de Dios no hubiera querido ignorar este pensamiento. Ambas cosas la humillaron el corazón, y la prepararon para que reconociera el soberano favor de Dios hacia el pueblo de Su elección en este mundo. ¿No tenía Él derecho de escoger un pueblo? Y ella no formaba parte de él. Pero esto no extinguió Su bondad y Su amor. Era solamente una

MARCOS 7

perrilla gentil, mas tal era la bondad de Dios que tenía pan incluso para los perrillos. Cristo, la expresión perfecta de Dios, la manifestación misma de Dios en la carne, no podía negar Su bondad y Su gracia, ni podía decir que esta gracia tenía más elevados pensamientos de Dios de los que eran ciertos, pues Él mismo era ese amor. La soberanía de Dios fue reconocida, ningunos derechos fueron demandados. La pobre mujer descansó en la gracia. Su fe, con una inteligencia dada por Dios, se aferró a la gracia que trascendía a las promesas hechas a Israel. Ella penetró en el corazón del Dios de amor, como Él es revelado en Jesús, del mismo modo que Él penetra en el nuestro. Gozó de su fruto. Esto era lo que se presentaba ahora: Dios mismo en presencia del hombre y en relación con él, tal como éste era ante Dios. No se trataba de ninguna norma o sistema que le preparase para recibir a Dios.

En el siguiente milagro, vemos al Señor, a través de la gracia, otorgando la devolución de la vista y del habla a un hombre sordo e incapacitado para expresar siquiera sus pensamientos. Podía no haber recibido fruto de la Palabra de Dios, y podía asimismo no haberle alabado. El Señor regresó al lugar donde Él se presentó como la luz en Israel; y aquí Sus tratos son sólo con el remanente. Toma al hombre aparte de la multitud. Es la misma gracia que ocupa el lugar de todas las pretensiones de justicia en el hombre, manifestándose a los menospreciados. Su forma, aunque ejercida ahora a favor del remanente de Israel, es apta para la condición del judío o gentil: es la gracia. Pero en cuanto a éstos, también sucede lo mismo: Él toma al hombre aparte de la multitud para realizar la obra de Dios. La muchedumbre de este mundo no tenía parte en ello. Vemos aquí el corazón de Jesús tocado por la condición del hombre, y más particularmente por el estado de Su siempre estimado Israel, del cual este pobre sufriente era una figura sorprendente. Él hace que el sordo oiga y el mudo hable. Así fue individualmente, y así será con todo el remanente de Israel

MARCOS 7

en los últimos días. Él actúa y hace bien todas las cosas. El poder del enemigo es destruido, y la sordera del hombre y su incapacidad para usar la lengua que Dios le había dado las quita Su amor que actúa con el poder de Dios.

El milagro de los panes dio testimonio de la presencia del Dios de Israel, de acuerdo a Sus promesas. Para la gracia que traspasaba los límites de estas promesas, esto venía de la parte de Dios, quien juzgaba la condición de aquellos que vindicaban un derecho para ellos basado en la justicia humana, que era perversa. Él liberó al hombre y le bendijo en amor, alejándole del poder de Satanás y capacitándole para oír la voz de Dios, y alabarle.

Todavía hay unos rasgos característicos en esta parte de la historia de Dios, los cuales deseo señalar, pues manifiestan el espíritu en que Jesús obraba en ese momento. Se marcha de los judíos, habiendo mostrado la futilidad e hipocresía de su culto, y la iniquidad de cada corazón humano como fuente de corrupción y pecado.

El Señor, en este solemne momento que manifestó el rechazo de Israel, se aleja más del pueblo para ir adonde no existiese la oportunidad de servirles, hacia las fronteras de las advenedizas ciudades cananeas de Tiro y Sidón (cap. 7:24), y compungido Su corazón, no comunicaría a nadie dónde se encontraba. Pero Dios se había manifestado con demasiada evidencia en Su bondad y en Su poder como para permitirle que se ocultara de donde se requería Su servicio. Habían llegado a tierras extranjeras noticias de lo que Él era, y el perspicaz ojo de la fe percibió aquello que sólo podía satisfacer su necesidad. Esto es lo que halla a Jesús—cuando todos los que tenían un derecho exterior a las promesas son engañados por esta pretensión y por sus mismos privilegios. Es la fe la cual conoce esta necesidad, sabiendo que sólo Jesús puede satisfacerla. Aquello que Dios es para la fe, se manifiesta al que lo necesita de acuerdo a la gracia y al poder que están en Jesús. Oculto de los judíos, Él es todo gracia para el pecador. Así

MARCOS 8

también (cap. 7:33), cuando cura al sordo de su sordera y del impedimento del habla, le lleva aparte de la multitud, mira al cielo y suspira. Compungido Su corazón por la incredulidad del pueblo, Él deja aparte como objeto de referencia el ejercicio de Su poder, mirando a la soberana fuente de toda bondad, de todo auxilio para el hombre, y se duele al pensar en la condición en que se halla éste. Este caso, pues, ilustra más particularmente al remanente conforme a la elección de gracia de entre los judíos, el cual es separado por gracia divina del resto de la masa de la nación, siendo ejercitada la fe en estos cuantos. El corazón de Cristo está lejos de rehuir a su pueblo terrenal. Su alma está abatida por el sentimiento de incredulidad que los separa de Él y que los aleja de la liberación. No obstante, Él hace desaparecer de algunos el velo del corazón, y desata su lengua para que el Dios de Israel pueda ser glorificado.

Acerca de la defunción de Lázaro, Cristo se lamenta por el dolor que la muerte produce sobre el corazón humano. Su caso, sin embargo, fue un testimonio público.

Hallaremos en el capítulo 8 otro ejemplo de aquello que hemos estado observando. Jesús conduce al ciego fuera de la ciudad. No olvida a Israel dondequiera que hay fe. Pero separa a aquel que la posee de la masa, y le trae en relación con el poder, la gracia, el cielo, lugares de donde mana la bendición que por consiguiente alcanzó a los gentiles. Esto destaca claramente la posición de Cristo con respecto al pueblo. Él continúa Su servicio, pero se vuelve en retiro al Dios de toda gracia como causa de la incredulidad del pueblo. Allí Su corazón halla refugio hasta la hora de la expiación.

CAPÍTULO 8

Es a propósito de ello, según creo, que tenemos en este capítulo el segundo milagro de la multiplicación de los panes.

MARCOS 8

El Señor actúa nuevamente a favor de Israel, pero no administrando más el poder mesiánico en medio del pueblo—que estaba implícito, como hemos visto, en el número doce—sino que frente a Su rechazo por Israel continuó ejerciendo Su poder de un modo divino y alejado del hombre. El número siete¹ conlleva siempre la fuerza de la perfección sobrehumana, aquello que es completo: esto, no obstante, se aplicaba a lo que era completo tanto en el poder del mal como en el poder del bien, cuando no es humano y está subordinado a Dios. Aquí es un poder divino. Es aquella incesable intervención de Dios, y es el principal objetivo de la repetición del milagro el que se manifestase.

Acto seguido se manifiesta la condición de los principales de Israel y del remanente. Los fariseos solicitan una señal; pero no iba a ser dada a esta generación. Resurge la simple incredulidad frente a pruebas abundantes sobre quién era Él. Sólo ellos podían pedir una señal así. El Señor se marcha de ellos. La ciega y tosca condición del remanente también es manifestada. El Señor les previene contra el espíritu y la enseñanza de los fariseos, de los impostores que fingían un celo santo por Dios, y de los herodianos, serviles seguidores del espíritu del mundo, quienes, con tal de complacer al emperador, dejaban totalmente de lado a Dios.

Al emplear la palabra «levadura», el Señor da a los discípulos la oportunidad de mostrar su eficiencia en inteligencia espiritual. Si los judíos no aprendían nada de los milagros del Señor, pero persistían en las señales, los discípulos inclusive tampoco alcanzaban a comprender el poder divino manifestado en ellos. No dudo de que esta condición es patente en el ciego de Betsaida.

Jesús conduce a este ciego fuera de la ciudad, apartado de la multitud, y para efectuar la curación utiliza lo que Él te-

1. Puede remarcarse aquí que siete es el número primo más alto, es indivisible; y doce, es el número más divisible que existe.

MARCOS 8

nía, la eficacia de Su Persona¹. El primer resultado bien describe la condición de los discípulos. Ellos vieron, un poco confusamente, a «hombres como árboles, que andaban.» Pero el amor de Dios no se cansa de su impía y apagada inteligencia, sino que actúa conforme al poder de la intención que tiene hacia ellos, y les hace ver con claridad. Más tarde—lejos de Israel—la incertidumbre de la incredulidad es vista en yuxtaposición a la *certidumbre* de la fe, por muy apagada que pueda ser su inteligencia, y Jesús, prohibiendo a los discípulos hablar de lo que ellos realmente creían, pues había pasado el tiempo de convencer a Israel de los derechos mesiánicos de Cristo, les anuncia lo que le sucedería después del rechazo como Hijo del Hombre para la consumación de los propósitos de Dios en gracia². Así que todo queda ahora en su lugar. Israel no reconoce al Mesías en Jesús; por consiguiente, ya no se dirige al pueblo en ese carácter. Sus discípulos creen que Él es el Mesías, y Él les explica Su muerte y resurrección.

Puede haber—y esto es una verdad práctica de la mayor importancia—fe verdadera sin un corazón formado de acuerdo a la plena revelación de Cristo, y sin tener la carne prácticamente crucificada en proporción al conocimiento que uno tiene del objeto de la fe. Pedro reconoció realmente, por la enseñanza de Dios, que Jesús era el Cristo; pero no tenía el corazón puro conforme a la mente de Dios en Cristo. Y cuando el Señor anuncia Su rechazo, humillación y muerte ante todo el mundo, la carne de Pedro—herida por la idea de un Maestro así rechazado y menospreciado—muestra su energía osando reprender al Señor mismo. El

1. La saliva, en relación con la santidad de los rabinos, era muy apreciada por los judíos en este sentido. Pero aquí su eficacia está relacionada con la Persona de Aquel que la utilizó.

2. No tenemos aquí nada referente a la Iglesia ni a las llaves del reino, ya que tienen que ver con lo que no se presenta aquí como parte de la confesión de Pedro, el Hijo del Dios viviente. Pero sí tenemos la gloria del reino viniendo en poder, en contraste con el Cristo rechazado, el profeta-siervo en Israel.

MARCOS 9

intento de Satanás de desalentar a los discípulos por la deshonra de la cruz, estremece el corazón del Señor. Todo Su afecto por Sus discípulos, y la vista de aquellas pobres ovejas ante las cuales el enemigo ponía piedra de tropiezo, provocan una enérgica censura sobre Pedro porque era el instrumento de parte de Satanás. ¡Ay de nosotros! La razón era evidente: él saboreaba las cosas *de los hombres*, y no las de Dios. El hombre prefiere su gloria, y de este modo le gobierna Satanás. El Señor llama al pueblo y a Sus discípulos, y les explica claramente que si querían seguirle debían tener parte con Él y llevar Su cruz. Por consiguiente, al perder su vida, la salvarían, y bien valía la pena salvar el alma después de todo. Si se avergonzaba alguno de Jesús y de Sus palabras, el Hijo del Hombre se avergonzaría de él cuando viniera en la gloria de Su Padre con sus santos ángeles. La gloria pertenecía a Él, cualquiera que fuese Su humillación. Así pues, expone todo esto ante Sus principales discípulos a fin de fortalecer la fe de ellos.

CAPÍTULO 9

En Mateo vimos la transfiguración anunciada en términos que se referían al sujeto de ese evangelio: el Cristo rechazado tomando Su gloriosa posición como Hijo del Hombre. En cada uno de los evangelios, esta transición se presenta claramente en relación con el momento, pero en cada caso bajo un carácter particular. En Marcos hemos visto el humilde y dedicado servicio de Cristo al anunciar el reino, por mucho que brillara la gloria divina a través de Su humillación. Según la manifestación de esta transición a la gloria, se anuncia aquí como la venida del reino en poder. No hay nada que distinga especialmente el relato aquí del de Mateo, excepto que el recogimiento de Jesús y de los tres discípulos en este momento es más manifiesto en el versículo 2, y que los hechos son explicados sin añadirles nada. El Señor les pondera después que no dije-

MARCOS 9

sen nada de lo que habían visto hasta Su resurrección de entre los muertos.

Podemos observar aquí que es efectivamente el reino en poder el que es manifestado. No es el poder del Espíritu Santo vinculando al pecador a Cristo la Cabeza, como miembro santo del cuerpo, y como revelando la gloria celestial de Cristo a la diestra de Dios el Padre. Cristo está sobre la tierra en relación con los grandes testigos de la economía judía—la ley y la profecía—pero unos testigos que le ceden a Él todo el lugar al tiempo que participan con Él de la gloria del reino. Cristo es manifestado en gloria sobre la tierra—el Hombre en gloria es reconocido como Hijo de Dios, como lo es en la nube. Fue la gloria como será manifiesta sobre la tierra, la gloria del reino, estando Dios aún en la nube, pero revelando Su gloria dentro de ella. Ésta no es todavía *nuestra* posición sin un velo; sólo que el velo en cuanto a nuestra relación con Dios es rasgado de arriba abajo, teniendo confianza para entrar en el lugar santísimo por la sangre de Cristo. Es un privilegio espiritual, no una manifestación pública. El velo de nuestro cuerpo no está rasgado; pero el de Cristo, como título para la entrada, sí lo está¹.

La posición de gloria no podía quitarla el Señor, ni el glorioso reinado podía establecerse, a menos que fuera en un orden nuevo de cosas. Cristo debía resucitar de los muertos para establecerlo. No armonizaba con Su presentación como Mesías, como lo era entonces. Por tanto, Él ordena a Sus discípulos que no lo dieran a conocer hasta después de Su resurrección. Sería en aquel momento una poderosa confirmación de la doctrina del reino en gloria. Esta manifestación de la gloria corroboraba la fe de los discípulos en ese momento—igual que Getsemaní les hablaba de la realidad de Sus sufrimientos y de Sus conflictos con el príncipe

1. La entrada en la nube no forma parte de la revelación aquí. La hallamos en Lucas. La nube para Israel era el lugar donde moraba Dios. Una nube resplandeciente (Mat. 17).

MARCOS 9

de las tinieblas. Esto formaría a la postre un sujeto para su testimonio, así como su corroboración, cuando Cristo hubiera tomado Su nueva posición.

Podemos ver el carácter de esta manifestación y su relación con el reino terrenal de gloria del que hablaron los profetas, en 2 Pedro 1:19. Leemos allí: «Tenemos la palabra profética confirmada [*como más segura*], en nuestras Biblias españolas—N. del T.]».

Los discípulos se detuvieron en el umbral. De hecho, aunque sus ojos estaban abiertos, veían «a hombres como árboles, que andaban.» Se preguntaban qué podía significar esta resurrección de entre los muertos. La resurrección era conocida para ellos, pues todas las sectas de los fariseos creían en ella. Pero este poder que liberaba de la condición en que el hombre e incluso los santos se hallaban, implicando también que otros permanecían en ella cuando este poder se ejercitaba, lo desconocían totalmente. Que había una resurrección de la que Dios levantaría a todos los muertos en los últimos días, no lo dudaban. Pero que el Hijo del Hombre era la resurrección y la vida, el triunfo absoluto sobre la muerte y el último Adán, teniendo el Hijo de Dios vida en Sí mismo manifestada por Su resurrección *entre* los muertos, ellos no lo comprendían. Una liberación que será cumplida en los santos también a su debido tiempo. Sin duda recibieron las palabras del Señor como verdaderas, como poseyendo autoridad. Pero el significado era incomprensible para ellos.

La incredulidad nunca es perezosa para hallar dificultades que la justifiquen a sus ojos, los cuales rehúsan percibir las pruebas divinas de la verdad. Dificultades lo bastante grandes en apariencia, y que pueden atribular las mentes de aquellos que, a través de la gracia, están inclinados a creer, o ya han creído, pero son aún débiles en la fe.

Los profetas dijeron que Elías debía venir primero. Los escribas insistían en esto. Pasmados por la gloria que corroboraba indiscutiblemente los derechos de Cristo, los dis-

MARCOS 9

cíbulos le hablan acerca de esta dificultad. La convicción que la perspectiva de la gloria produjo en sus mentes, les hizo confesar la dificultad con respecto a lo cual ellos antes habían callado. Pero ahora la prueba es lo bastante evidente para fortalecerlos frente a esta dificultad.

De hecho, la Palabra hablaba de ella, y Jesús la acepta como la verdad. Elías tenía que venir y restaurar todas las cosas. Vendrá efectivamente antes de la manifestación de la gloria del Hijo del Hombre; pero antes de nada el Hijo del Hombre debía sufrir y ser rechazado. Esto también estaba escrito, como la misión de Elías. Antes de esta manifestación de Cristo, que probó a los judíos en cuanto a su responsabilidad, Dios no había fallado al proveerles de un testimonio de acuerdo al espíritu y poder de Elías, y ellos le maltrataron como quisieron. Estaba escrito que el Hijo del Hombre debería sufrir antes de Su gloria, como se decía también que Elías había de venir. Trataron a este último de la misma manera como iban a hacerlo con el Señor. Así también Juan dijo que él no era Elías, y cita Isaías 40, que habla del testimonio. Pero nunca cita Malaquías 4, que se refiere personalmente a Elías. El Señor hace aplicación de Malaquías 3:1; y Juan de Isaías.

Descendido de la montaña, el pueblo se apresura hacia Él, sorprendido por lo visto ante esta misteriosa ausencia de Sus discípulos, y le saludan con la reverencia con la que toda Su vida les había inspirado. Lo que sucedió en Su ausencia sólo confirmaba la verdad solemne de que Él debía partir, hecho que acababa de ser demostrado por un testimonio aún más glorioso. Incluso el remanente, aquellos que creían, no sabían cómo beneficiarse del poder que ahora estaba sobre la tierra. La fe de aquellos que incluso creyeron no comprendía la presencia del Mesías—el poder de Jehová, el Sanador de Israel—¿por qué quedarse entonces entre el pueblo y los discípulos? El pobre padre expresa su abatimiento de manera conmovedora en palabras que descubren un corazón llevado por el sentimiento de su ne-

MARCOS 9

cesidad a una verdadera condición, pero muy débil en fe. Se explica el miserable estado de este hijo, y su corazón presenta una figura real de la condición del remanente—la fe que necesitaba apoyo por causa de la incredulidad en la que estaba enterrada. Israel no estaba en una condición mejor que la del pobre muchacho. Pero el poder estaba presente, capaz de todas las cosas. Éste no era el problema. La pregunta es: ¿Hay fe para que se beneficie de ello? «Si tú puedes», le dijo el afligido padre. «Si puedes creer—contestó el Señor aplicándolo a su fe—todo es posible.» El pobre padre, de corazón sincero, confiesa su estado afligido y busca, en la bondad de Cristo, auxilio para su frustración. Así la posición de Israel fue claramente mostrada. Un poder todosuiciente estaba presente para curarlos, para liberarlos del poder de Satanás. Tenía que ser efectuado con fe, pues el alma había de volver a Dios. Y había fe en aquellos que, tocados por el testimonio de Su poder, constreñidos por la gracia de Dios, buscaba en Jesús el remedio para sus males y el fundamento para sus esperanzas. Su fe era débil y vacilante, pero allí donde existía, Jesús actuaba con el soberano poder de Su gracia y con la bondad de Dios que colma su medida. Por muy lejos que hubiera ido la incredulidad en aquellos que debieron beneficiarse, por la gracia, de una dispensación, dondequiera que había una necesidad que suplir, Jesús respondía cuando Él era tenido en cuenta. Una gran misericordia y un ánimo para nosotros.

No obstante, para que este poder pudiera ser ejercido por el hombre—al cual Dios le llamaba—era necesario que aquel a quien era encomendado se habituara a la comunión con Dios, retirándose de todo lo que le ataba con el mundo y con la carne.

Recapitulemos aquí los principios de este relato respecto a su aplicación general. El Señor, que se iba a marchar para no ser más visto por el mundo hasta venir en gloria, se encuentra al descender del monte de la transfiguración con un caso del poder de Satanás sobre el hombre, sobre el pue-

MARCOS 9

blo judío, que había continuado desde casi el comienzo de la existencia del muchacho. La fe que reconoce la intervención de Dios en Cristo, y que se refugia del mal actual, es débil y vacilante, preocupada por el mal, cuya vista esconde en gran medida el poder que lo domina y lo elimina. Sin embargo, el sentimiento de necesidad es bastante profundo para recurrir a este poder.

La incredulidad no sabe cómo confiar en el poder que está presente, y esto pone fin a las relaciones de Cristo con el hombre. No es la miseria del hombre la que lo produce—era esto lo que le hizo descender a la tierra. El poder todosuficiente está presente, y sólo es necesaria la fe para beneficiarse de él. Pero si el corazón, a causa del poder del enemigo, se vuelve a Jesús, puede confesarle toda su incredulidad. Existen amor y poder en Él para toda clase de debilidades. La muchedumbre se agolpa a la vista del poder del enemigo. ¿Podrá el Señor curarle? ¿Permitirá Él que el testimonio del poder de Satanás invada sus corazones? Ésta es la curiosidad de los hombres, cuya imaginación está llena del efecto de la presencia del enemigo. La suspicacia del hombre está ahí, pero Cristo estaba presente, así como el testimonio de un poder que, en amor hacia los hombres, destruía los efectos del poder hostil. La muchedumbre se amontona, Jesús lo ve, y con una palabra echa fuera al enemigo. Procede según la necesidad de Su poder y de los propósitos del amor de Dios. Así, el esfuerzo del enemigo propició la intervención de Jesús, la cual intentó poner fin a la debilidad de la fe del padre. No obstante, si dejamos todas nuestras debilidades, así como nuestras miserias, delante de Cristo, Él responderá conforme a la plenitud de Su poder.

Por otra parte, si la carne interfiere en los pensamientos de la fe, es obstáculo para la inteligencia en los caminos de Dios. Mientras transitaba, Cristo explicó Su muerte y Su nueva condición en la resurrección. ¿Por qué culpar la falta de inteligencia que escondía todo esto de ellos y lle-

MARCOS 9

naba sus mentes de ideas acerca de la gloria terrenal y mesiánica? El secreto de que no poseyeran inteligencia radicaba aquí. Les había sido dicho en detalle, pero mientras iban, discutían entre ellos sobre quién sería el primero en el reino. Los pensamientos carnales llenaban su corazón respecto a Jesús, con exactamente lo contrario que llenaba la mente de Dios respecto a Él. Las debilidades presentadas a Jesús hallan respuesta en poder y en gracia soberana. La carne y sus deseos ocultan de nuestra vista, incluso cuando pensamos en Él, toda la sustancia de los pensamientos divinos. Era su propia gloria la que procuraban en el reino; la cruz—el verdadero camino a la gloria—era incomprensible para ellos.

Después de esto, el Señor retoma con Sus discípulos el gran asunto delante de Él en aquel momento, aquello que debía tomarse ahora como decisión. Él tenía que ser rechazado, y se separa de la multitud con Sus discípulos para instruirles sobre este punto. Preocupados por Su gloria, por Sus derechos como Mesías, ellos no lo comprenden. Hasta su fe les enceguece para no ver más allá, porque mientras ésta se vincula legítimamente con la Persona de Cristo, relaciona también con Cristo, o mejor dicho, relaciona con sus corazones, en los que existía fe, el cumplimiento de aquello que su carne deseaba y buscaba en Él. ¡Qué sutil es el corazón! Se traiciona a sí mismo en su disputa por el primer lugar. La fe de ellos es demasiado débil para dilucidar las ideas que les contradecían (vers. 32). Estas ideas se manifiestan entre ellos tal como son. Jesús les reprende y les presenta un niño como ejemplo. Aquel que siguiese a Cristo, habría de tener un espíritu totalmente opuesto al del mundo, un espíritu que perteneciese a lo débil y menospreciado por la soberbia del mundo. Al recibir a un niño, ellos recibían a Cristo, y al recibir a Cristo, recibían al Padre. Eran las cosas eternas las que estaban en juego, y el espíritu de un hombre debía tornarse entonces el espíritu de un niño.

MARCOS 9

El mundo era tan contrario a Cristo, que el que no estaba con Él estaba contra Él¹. El Hijo del Hombre tenía que ser rechazado. La fe en Su Persona era la cuestión, y no el servicio personal hacia Él. ¡Ay!, los discípulos todavía pensaban en ellos mismos: «Aquel no *nos* sigue.» Debían participar de Su rechazo, y si alguien les daba un vaso de agua fría, Dios lo recordaría. Fuera lo que fuese que ocasionase su caída en el camino, fuese su ojo derecho o su mano, debían cortarlos y echarlos fuera, pues no eran las cosas de un Mesías terrenal las que estaban en juego, sino las cosas eternas. Y todo debía ser sometido a prueba por la santidad perfecta de Dios, a través del juicio, por un medio u otro. Todos debían ser sazonados con fuego, los buenos y los malos. Donde hubiera vida, el fuego sólo consumiría la carne; pues cuando somos juzgados, somos castigados por el Señor a fin de no ser condenados con el mundo. Si el juicio alcanzaba a los impíos—y los alcanzará fuera de toda duda—era la condenación, un fuego que no podía apagarse. Pero para los buenos, había también algo más: debían ser sazonados con sal. Los que estaban consagrados a Dios, y cuya vida era una ofrenda para Él, no carecerían del poder de la santa gracia que vincula el alma con Dios y la guarda interiormente del mal. La sal no es la amabilidad complaciente—que la gracia produce sin lugar a dudas—sino esa energía de Dios dentro de nosotros que vincula todo con Dios y le entrega el corazón, ligándolo a Él en el sentido del deber y del deseo, desechando de uno mismo todo lo contrario a Él. Se trata del deber que mana de la gracia, pero que actúa con tanto más poder por este motivo. Así es prácticamente la gracia distintiva, la energía de la santidad, la que separa

1. Algunos tienen problemas para reconciliar esto con: «No se lo impidáis; el que no está conmigo, contra mí está.» Pero lo combinan cuando ven el punto principal: Cristo constituía un criterio divino del estado del hombre, y planteaba seriamente estos asuntos. El mundo estaba total y absolutamente en Su contra. Pero cuando había desacuerdo en las cosas, si un hombre no era por Él, era del mundo, y por lo tanto en contra de Él.

MARCOS 9

de todo mal, poniéndose siempre aparte para Dios. La sal era buena: el efecto que producía en la condición del alma tiene el mismo nombre que la gracia que produce esta condición. Así, aquellos que se ofrecieron a Dios, eran apartados para Él; eran la sal de la tierra. Y si la sal perdía su sabor, ¿con qué debía ser sazonada? Es utilizada para sazonar otras cosas, pero si la sal precisa de sí misma, no queda nada que pueda sazonarla. Lo mismo sucede con los cristianos; si aquellos que eran de Cristo no rendían este testimonio, ¿dónde podía hallarse algo más, aparte de ellos, que les diera testimonio y les fuese productivo? Este sentimiento del deber hacia Dios que separa del mal, este juicio de todo el mal en el corazón, debe practicarlo uno mismo. Con respecto a los demás, uno debía buscar la paz, y la separación práctica de todo mal es lo que nos capacita para caminar juntos en paz.

En una palabra, los cristianos tenían que mantenerse separados del mal y cerca de Dios, caminando con Dios entre unos y otros pacíficamente.

No podía haber enseñanza más clara, más importante y de más valor. Ésta juzga y dirige toda la vida cristiana en pocas palabras.

El final del servicio del Señor estaba próximo. Habiendo descrito en estos principios los requisitos de la eternidad y el carácter de la vida cristiana, Él renueva todas las relaciones de Dios con el hombre en sus elementos originales, poniendo aparte al mundo y su gloria, así como la gloria judía, en cuanto a su cumplimiento inmediato, y destaca la senda de la vida eterna en la cruz y en el poder salvador de Dios. Sin embargo, Él mismo toma el lugar de obediencia y de servicio—el verdadero lugar del hombre—en medio de todo esto: Dios es presentado, por otra parte, en Su carácter, en Su naturaleza y en Sus derechos divinos, siendo omitidas la gloria relativa a las dispensaciones y las relaciones propias de éstas.

MARCOS 10

CAPÍTULO 10

Un extraordinario principio es el que encontramos aquí: las relaciones de la naturaleza—como Dios mismo las creó en el comienzo—restablecidas en su autoridad original, mientras es juzgado el corazón y la cruz es el único medio de acercarse a Dios, el cual era la fuente creativa de ellos. Sobre la tierra Cristo no pudo ofrecer nada excepto la cruz a aquellos que le seguían. La gloria a la cual conducía les fue mostrada a algunos; pero en lo que a Él se refiere, tomó el lugar de siervo. Fue el conocimiento de Dios dado por Él que debía formarlos para esta gloria y llevarlos a ella, pues de hecho *esto* era la vida eterna. Todos los otros caminos intermedios devinieron, en manos de los hombres, hostiles al Dios que los había ofrecido, y por lo tanto hostiles a Su manifestación en la Persona de Cristo.

Hallamos luego en los versículos 1-12 la relación original del hombre y la mujer formada por la creativa mano de Dios. En los versículos 13-16, tenemos el interés que tenía puesto Jesús en los niños en su posición ante la compasiva mirada de Dios, así como en el valor moral que representaban ellos delante de los hombres. En el versículo 17 llegamos a la ley, al mundo, y al corazón del hombre en presencia de los dos. Pero al tiempo que vemos que Jesús se satisface en lo agradable de la criatura—un principio de profundo interés desarrollado en este capítulo—Él aplica moralmente la piedra de toque al corazón de ella. Respecto a cómo puede percibir la ley el corazón natural, el joven la guardaba en su acción exterior con una natural sinceridad y rectitud, lo cual Jesús pudo apreciar como una cualidad de la criatura, y que nosotros deberíamos siempre reconocer allí donde exista. Es importante recordar que, Aquel que como Hombre estuvo perfectamente separado para Dios, al tener los pensamientos de Dios sabía reconocer las inmutables obligaciones de las relaciones establecidas por Dios mismo. Y también todo lo que era agradable y hermoso en la criatura como tal. Teniendo los pensamientos de

MARCOS 10

Dios, y siendo Dios manifestado en carne, ¿cómo no podía Él reconocer en Su criatura lo que era divino? Debía establecer los deberes de las relaciones en que la había colocado y exhibir la ternura que sentía por los representantes infantiles del espíritu que Él apreciaba. Amaba la rectitud moral que podía desarrollarse en la criatura. Pero también juzgaba la verdadera condición del hombre plenamente manifestada, y los afectos que reposaban sobre los objetos suscitados por Satanás, y la voluntad que rechazaba y daba la espalda a la manifestación de Dios que le llamaba a abandonar estas vanidades y a seguirle, sometiendo así su corazón moralmente a prueba.

Jesús exhibe la perfección absoluta de Dios aún de otra manera. El joven percibió la perfección exterior de Cristo, y, confiando en el poder del hombre para realizar aquello que es bueno y viendo su cumplimiento práctico en Jesús, se entregó humana y sinceramente a Él para aprender de Uno en quien vio tanta perfección, aunque pudiese contemplarlo meramente como rabino, la norma de la vida eterna. Este pensamiento se expresa en su saludo cordial y sincero. Corrió y se arrodilló ante el Instructor, a quien valoraba muy positivamente, y le dijo: «Maestro bueno.» El límite humano de sus ideas sobre esta bondad y su confianza en los poderes del hombre, se manifiestan con las palabras: «¿Qué haré para heredar la vida eterna?» El Señor, tomando toda la sustancia de sus palabras, responde: «¿Por qué me dices bueno? Nadie es bueno, sino sólo Dios.» Las cosas que Dios ha creado, el que le conoce las respetará cuando como creación sean presentadas en su verdadero lugar. Pero sólo Dios es bueno. El hombre, si es inteligente, no tratará de mostrar lo que tenga de bueno ante Dios, ni soñará en bondades humanas. Este joven tenía cuando menos la esperanza de convertirse en bueno mediante la ley¹, y creía que Jesús también lo era como Hombre. Pero las

1. Nótese que no pregunta: «qué tengo que hacer para ser salvo.» Él asumía que por la ley debía obtener la vida.

MARCOS 10

grandes ventajas que la carne sabía reconocer y que respondían a esta naturaleza, hicieron más efectivo el cierre de la puerta de la vida y del cielo para el hombre. La carne utilizaba la ley para justicia propia, siendo que el hombre no era bueno, sino pecador. Y, de hecho, si tenemos que ir en busca de la justicia, es porque no la poseemos, porque somos pecadores y no podemos lograr esta justicia en nosotros mismos. Además de las ventajas terrenales que parecían capacitar al hombre para hacer el bien, ataban su corazón a cosas perecederas y fortalecía su egoísmo, sin hacerle apreciar en lo más mínimo la imagen de Dios.

Las enseñanzas de este capítulo continúan con el asunto de la condición del hombre que está ante Dios. Las ideas de la carne siguen ahí dando forma a los afectos del corazón en uno que ya es vivificado por el Espíritu de gracia, que actúa mediante la atracción por Cristo, hasta que el mismo Espíritu comunica a estos afectos la fuerza de Su presencia, dándoles por objetivo la gloria de Cristo en el cielo. Y al mismo tiempo hace que la luz de esta gloria brille para el corazón del creyente sobre la cruz, proveyéndola de todo el valor de la redención que Cristo consumó y de la gracia divina que era su fuente. Así se producía la conformidad a Cristo en cada uno que llevaba esta cruz con Él. Pedro no comprendió cómo podían ser todos salvos si tales ventajas que los judíos poseían en su relación con Dios—y las cuales estaban presentes en el caso de ese joven—impedían la formación del reino celestial. El Señor le aborda sobre este terreno, pues el hombre en presencia de Dios era ahora la cuestión. Por lo que al hombre respecta, era *imposible* por culpa de su condición. No sólo no había nadie bueno excepto Dios, sino que nadie podía salvarse según lo que era el hombre. Cualesquiera que fuesen las ventajas que poseyeran como medios, de nada les serviría en su estado pecaminoso. El Señor presenta otra fuente de esperanza. «Con Dios todo es posible.» La razón de esto en toda esta parte del evangelio es que, mientras que se desplaza la base del

MARCOS 10

sistema judío que ofrecía la posibilidad a través de la posesión de ordenanzas divinas de alcanzar la justicia, y una posición delante de Dios todavía no manifestada, no obstante revela a Dios y pone al hombre y su corazón frente a frente con Él. Los discípulos, que no han recibido aún el Espíritu Santo, permanecen todavía bajo la influencia del antiguo sistema y sólo ven a los hombres como árboles que andan. Esto se desarrolla plenamente en este capítulo. El reino, en realidad, era algo que podían considerar, con pensamientos carnales no obstante.

La carne, y la mente carnal, penetran más profundamente en el curso de la vida de gracia. Pedro recuerda al Señor que todos los discípulos habían olvidado seguirle. Él le contesta que quienquiera¹ que hubiese hecho esto, tendría todo lo que le haría feliz en sus tratos sociales, como Dios le había formado, y todo lo que este mundo pudiese darle para el gozo real de ello, y cien veces más, junto con la oposición que Él mismo se encontró en este mundo. Pero en el mundo venidero—Pedro no era consciente de esto—no se trataría de unas ventajas privadas personales, sino de la vida eterna. Él cruzó la esfera de la promesa relacionada con el Mesías sobre la tierra, para introducirse, e introducir a otros, en aquello que era eterno. En cuanto a la recompensa individual, no podía juzgarse por las apariencias.

Más adelante, ellos siguieron realmente a Jesús pensando en el galardón, pero muy poco en la cruz que conducía a aquél. Estaban sorprendidos de ver a Jesús resuelto a subir a Jerusalén, donde el pueblo intentaba matarle, y tuvieron temor. Si bien le siguieron, no estaban a la altura para comprender todo lo que implicaba este camino. Jesús se muestra diligente para explicárselo: este camino significaba Su rechazo y Su entrada al nuevo mundo por la resurrección. Juan y Santiago, poco afectados por las

1. Esto trascendía incluso la relación de los discípulos con los judíos, y en principio admitía a los gentiles.

MARCOS 10

comunicaciones del Señor, utilizan su fe en la realeza de Cristo para presentar los deseos carnales de su corazón, esto es, la situación a Su diestra y siniestra en la gloria. Nuevamente el Señor les reafirma que debían participar de la cruz con Él, situándose Él el primero en cumplir el servicio para traer a otros a la comunión con Sus sufrimientos. En cuanto a la gloria del reino, sería de ellos, para quienes el Padre lo había preparado. El disponer de él no estaba en Sus manos, sino en las de ellos. Éste es el lugar del servicio, de la humillación y obediencia en las que este evangelio siempre le presenta. Tal debía ser el lugar de Sus discípulos.

Hemos visto lo que era la carne en un joven recto, a quien Jesús amaba, y en Sus discípulos, quienes no sabían cómo tomar la verdadera posición de Cristo. El contraste de ello con el triunfo completo del Espíritu Santo es extraordinario si comparamos este capítulo con Filipenses 3.

Tenemos en Saulo a un hombre aparentemente sin culpa, según la ley, como el joven del evangelio: pero aquél había visto a Cristo glorificado, y, por la enseñanza del Espíritu Santo, vio también la justicia conforme a la cual Cristo entró en la gloria y que le reveló a Saulo. Todo lo que para él había sido ganancia, fue pérdida para Cristo. ¿Quisiera tener una justicia carnal y humana, incluso si la hubiese podido cumplir al ver brillar una justicia con la gloria de Cristo? Él poseía la justicia que era *de Dios* por la fe. ¿Qué valor tenía esa justicia por la que había trabajado, ahora que poseía la todoperfecta justicia que Dios daba por la fe? No sólo eran quitados los pecados, sino que la humana justicia perdía todo su valor por aquella nueva. Sus ojos habían sido abiertos a este hecho por el Espíritu Santo cuando vio a Cristo. Las cosas que ocupaban el corazón del joven y le sujetaban en el mundo que Cristo abandonó, y que rechazó a Dios, ¿podían sujetar a alguien que hubiera visto a Cristo en el otro mundo? No eran sino basura para él. Abandonó todo para poseer a este Cristo y consideraba

MARCOS 10

estas cosas altamente despreciables. El Espíritu Santo, al revelar a Cristo, le había liberado por entero.

Esta manifestación del corazón de Cristo va más allá. Aquel que así rompe con el mundo, debe seguir a Aquel cuya gloria poseerá, y debe hacerlo colocándose bajo la cruz. Los discípulos abandonaron todo para seguirle. La gracia les había otorgado el que siguieran a Cristo. El Espíritu Santo no los había vinculado todavía con Su gloria. Él sube a Jerusalén. Atónitos, tienen temor de seguirle, aunque Él va delante y ellos tienen Su guía y Su presencia. Pablo *busca* conocer el poder de Su resurrección. *Desea* tener comunión con Sus sufrimientos y ser conformado a Su muerte. En lugar de sorpresa y temor, hay una plena inteligencia espiritual y el deseo de la conformidad a esa muerte que los discípulos temían, porque él halló a Cristo moralmente en ella, y era la vía a la gloria que había visto.

Esta visión de Cristo purifica los deseos del corazón respecto a la gloria. Juan y Santiago desean para sí el mejor lugar en el reino, un deseo que se aprovechaba, con un objetivo carnal y egoísta de la fe inteligente, una fe percibida a medias que buscaba inmediatamente el reino, no la gloria ni el mundo venidero. Pablo había visto a Cristo: su único deseo en la gloria era poder poseerle: «Que pueda ganar a Cristo», y un estado nuevo conforme a ello; no un buen lugar cerca de Él en el reino, sino a Él mismo. Esto es la liberación, el efecto de la presencia del Espíritu Santo revelando a un Cristo glorificado.

Podemos destacar que en cada caso el Señor introduce la cruz. Era la única vía de paso de este mundo natural al mundo de gloria, y a la vida eterna¹. Al joven le muestra la

1. Desde la transfiguración hasta que Sus derechos como Hijo de David son puestos en duda, es presentada la cruz. Profeta y predicador hasta entonces, ese ministerio acabó con la transfiguración, en la que Su gloria futura brilló sobre la cruz que tenía que concluir Su servicio aquí abajo. Pero antes de que Él llegara al madero, se presentó como Rey. Mateo comienza con el Rey, pero en Marcos es esencialmente el Profeta.

MARCOS 10

cruz; a los discípulos que le siguen les exhibe también la cruz; a Juan y a Santiago, quienes procuraban un buen lugar en el reino, les muestra la copa que tenían que beber para seguirle. La vida eterna, si bien la recibían ahora, era al otro lado de la cruz en la posición y goce de ellos conforme al propósito de Dios.

Notemos también que el Señor era tan perfectamente ajeno al pecado en que yacía la naturaleza, que podía reconocer en ella todo lo que era divino y mostrar también la imposibilidad de cualquier relación entre Dios y el hombre sobre la base de lo que éste era. Las ventajas no eran sino obstáculos. Aquello que era muerte para la carne, debía ser experimentado. Debemos tener justicia divina y entrar en el espíritu a otro mundo, para poder seguirle y estar con Él; para «ganar a Cristo». ¡Solemne lección!

En conclusión, Dios sólo es bueno, y—habiéndose introducido el pecado—*sería imposible*, si Él fuera manifestado, que el hombre pudiera estar en relaciones con Dios; pero con Él todo es posible. La cruz es el solo camino a Dios. Cristo lleva hasta ella, y nosotros debemos seguirle en este camino, que es el de la vida eterna. Un espíritu infantil entra en este camino por gracia; el espíritu de servicio y de renunciación camina por él. Cristo ya lo anduvo, dando Su vida en rescate por muchos. Esta parte de la enseñanza del Señor termina aquí. La humillación en el servicio es el lugar al cual nos lleva Cristo; pues en éste Él anduvo. Este capítulo merece toda la atención que el cristiano puede dedicarle. Habla del terreno en que el hombre puede permanecer, hasta qué punto Dios reconoce lo que es natural, y muestra la senda terrenal de los discípulos.

En el versículo 16 comienza otro asunto. El Señor entra en el camino de Sus relaciones finales con Israel, presentándose como Rey, Emanuel, antes que como el profeta que tenía que ser enviado. Como el Profeta, Su ministerio se había cumplido. Había sido enviado—como dijo a los discípulos—a predicar. Esto le había conducido a la cruz. Debía

MARCOS 11

por lo tanto anunciarlo, como resultado, a aquellos que le seguían. Ahora retoma Su relación con Israel, pero como Hijo de David. Acercándose allí de donde se había marchado y donde fue rechazado, el poder de Dios se manifestó en Él. Por el camino de Jericó, la ciudad maldita, entra Aquel que trae bendición pagando el precio de Sí mismo. El pobre ciego¹—y ciega permanecía realmente la nación—reconoce a Jesús de Nazaret ser el Hijo de David. La gracia de Jesús responde en poder a la necesidad de Su pueblo que se expresaba y perseveraba con fe, pese a los impedimentos encontrados en su camino de la multitud que no sentía esta necesidad y que seguía a Jesús atraída por la manifestación de Su poder, sin tener ningún vínculo con Él. *Esta* fe posee el sentimiento de la necesidad. Jesús se queda quieto y llama al ciego, y ante todo el pueblo manifiesta el poder divino que respondía a la fe que en medio de Israel reconocía en Jesús de Nazaret al verdadero Hijo de David, al Mesías. La fe del pobre hombre le había curado, y siguió a Jesús en el camino sin disimulo ni temor. La fe que a la sazón confesó que Jesús era el Cristo era fe divina, aunque pudiese no saber apenas de la cruz que Él acababa de anunciar a Sus discípulos como resultado de Su fidelidad y servicio, y que la fe debe seguir si es genuina.

CAPÍTULO 11

Seguidamente, Jesús se presenta a Jerusalén como Rey. Su recibimiento muestra la trascendencia que tuvo el testimonio que rindió en el corazón de los simples. Dios ordenó por lo tanto que tuviera lugar. Hay poca diferencia entre el relato aquí y en Mateo. Sólo el reino es presentado de manera más sencilla como tal: «El reino de nuestro padre David.»

1. He advertido que el ciego de Jericó es, en todos los tres primeros evangelios, el puente donde las últimas relaciones de Cristo con los judíos y Sus sufrimientos finales comienzan, concluyendo así Su ministerio y servicio.

MARCOS 11

¡Con qué dignidad, como Juez de todas las cosas, se familiariza Jesús ahora con todo lo que se realizaba en el templo, y sale sin decir palabra! El Señor visitó Su templo, de igual modo que había entrado en la ciudad montado sobre un asno, como nunca había entrado el hombre. Israel es juzgado en la condenada higuera¹. La gloria del Señor, y la gloria de la casa de Jehová, son vindicadas con una autoridad que Él ejerce en Su Persona. Los escribas y los principales sacerdotes se echan atrás ante la reputación que Su Palabra le había dado entre el pueblo, y sale de la ciudad sin ser molestado. Al día siguiente asegura a Sus discípulos, los cuales estaban atónitos cuando vieron seca la higuera, que cualquier cosa que pidieran con fe les sería dada; pero debían actuar en gracia si querían gozar de este privilegio. Los escribas, sacerdotes y ancianos están confundidos, y le piden muestras de Su autoridad. Él se dirige a sus conciencias, pero de tal manera como para demostrar su incompetencia para hacerle tal petición, exponiéndoles a la vez su hipocresía. Si no podían decidirse respecto al bautismo de Juan, ¿con qué derecho entonces podían ellos someterle a sus preguntas con respecto a Sus demandas? No podían determinar cuándo estaba el caso ante ellos. Por otro lado, o bien sancionaban Su obra con su respuesta, o perdían su autoridad ante el pueblo al negar el bautismo de Juan, que había dado testimonio de Cristo. Ya no se trataba de una cuestión de ganar a esos hombres; sin embargo, ¡qué vacío es el entendimiento del hombre en presencia de Dios y de Su sabiduría!

El cambio de dispensación ocupa un lugar más determinado en Mateo, así como el pecado que rechazó al Rey. En Marcos vemos más el servicio de Cristo como Profeta. Luego, Él se presenta como Rey. Y en ambos evangelios vemos que es Jehová quien llena el oficio que Él se ha dignado llevar a cabo.

1. Esto es el hombre bajo el antiguo pacto, la carne bajo la exigencia divina, y sin ningún fruto que creciera de él para siempre jamás.

MARCOS 12

Hallamos por consiguiente en Mateo más acusaciones personales, como en la parábola de los dos hijos (cap. 21:28-32), y el detalle del cambio de dispensación en la parábola de la fiesta de bodas (cap. 22:1-14). Ninguna de las dos está en Marcos. En nuestro evangelio, la inmutable dignidad de Su Persona y el simple hecho de que el Profeta y el Rey fueron rechazados—rechazo que condujo al juicio de Israel—nos son presentados por el Espíritu de Dios. De otro modo, se trata del mismo testimonio general que hemos repasado en Mateo.

CAPÍTULO 12

El Señor ofrece después la sustancia de toda la ley como el principio de bendición entre la criatura y Dios, y aquello que constituía la piedra de toque para el corazón en el rechazo de Cristo. Digo para el corazón, porque la prueba estaba realmente allí, aunque fuera en el entendimiento. Aun cuando hubiese realmente principios ortodoxos—siendo Cristo rechazado—el corazón que no estaba unido a Su Persona no podía seguirle en el camino al que condujo Su rechazo. El sistema de los consejos de Dios que dependían de este rechazo constituía una dificultad. Aquellos que estaban unidos a Su Persona le siguieron, y se hallaron en el camino sin haberlo comprendido del todo anticipadamente. Así el Señor ofrece el grado de toda la ley como enseñanza esencialmente divina, y el punto en que los consejos de Dios son trasladados a la nueva escena, donde serán consumados aparte de la impiedad o malicia del hombre. Así que en estos pocos versículos (cap. 12:28-37) la ley y el Hijo de David son presentados, y este último tomando Su lugar como Hijo del Hombre a la diestra de Dios. Éste fue el secreto de todo lo que aconteció. La unión de Su Cuerpo, la asamblea, consigo mismo, era lo que quedaba oculto. Solamente en Marcos, el Profeta reconoce la condición moral, bajo la ley, propensa a la en-

MARCOS 13

trada en el reino (vers. 34). Este escriba tenía el espíritu de entendimiento.

La figura de la condición que iba a introducir el juicio, el cual hallamos en Mateo 23, no se nos da aquí. No era Su asunto. (Ver *ante*, p. page 130). Jesús previene moralmente como profeta a Sus discípulos; pero el juicio de Israel, por rechazar al Hijo de David, no lo sostiene aquí ante Su mirada de la misma manera, pues no es el asunto que el Espíritu Santo está tratando. Se señala el verdadero carácter de la devoción de los escribas, y los discípulos son prevenidos contra ellos. El Señor les hace ver también qué era aquello que, a los ojos de Dios, daba el verdadero valor a las ofrendas llevadas al templo.

CAPÍTULO 13

El Señor se ocupa mucho más del servicio de los apóstoles en las circunstancias que les iban a rodear, que del desarrollo de las dispensaciones y de los caminos de Dios respecto al reino. Este punto de vista se presenta más en Mateo, donde se trata este asunto.

Se observará que la pregunta de los discípulos parte de una única perspectiva sobre este asunto que les preocupaba. Preguntan cuándo se consumaría el juicio sobre el templo y todas las demás cosas. Y desde los versículos 9-13, aunque se incluyan algunas circunstancias halladas en Mateo 24, el pasaje se refiere más a lo que se dice en Mateo 10. Habla del servicio que los discípulos cumplirán en medio de Israel testificando contra las autoridades que les perseguirán, predicando el evangelio en todas las naciones antes del fin. Como predicadores, ellos tendrán que llenar el lugar que Jesús ocupó entre el pueblo, sólo que el testimonio tendrá que llegar más allá. Será un testimonio dado con mucho sufrimiento y persecuciones muy severas.

Llegaría un momento cuando este servicio terminaría. La bien conocida señal de la abominación desoladora determi-

MARCOS 13

nará este final. Para entonces, deberán huir. Esos serán los días de angustia sin parangón, y de señales y maravillas, las cuales, si es posible, engañarán aun a los escogidos. Pero ellos estaban prevenidos. Todo sufrirá agitación después de este tiempo, y el Hijo del Hombre vendrá. El poder ocupará el lugar del testimonio, y el Hijo del Hombre reunirá a Sus escogidos de Israel de todos los confines de la tierra.

Me da la impresión de que en este evangelio el Señor lleva a un mismo punto el juicio entonces cercano sobre Jerusalén, y lo que aún ha de acontecer, trasladando la mente a lo último, porque Él se ocupa aquí de la conducta de Sus discípulos durante estos sucesos. Israel, el sistema al que Dios había venido, será puesto aparte provisionalmente para introducir la asamblea y el reino en su carácter celestial, y después el milenio—la asamblea en su gloria y el reino establecido en poder—cuando el sistema legal e Israel bajo el primer pacto sean finalmente dejados de lado. En estos dos períodos, la posición general de los discípulos será la misma. Los sucesos del último período serán definitivos e importantes, y el Señor habla especialmente de ellos. No obstante, lo que es más inminente y lo que, por el momento, deja a Israel de lado y el testimonio, requiere que los discípulos sean prevenidos a causa del peligro inmediato que corren; así son en consecuencia avisados.

El esfuerzo de los judíos para restablecer su sistema al fin, sin tener en cuenta a Dios, sólo conducirá a la apostasía declarada y al juicio definitivo. Éste será el tiempo de aflicción sin paralelo del cual habla el Señor. Desde el tiempo de la primera destrucción de Jerusalén por Tito, hasta la venida del Señor, los judíos son considerados expósitos bajo este juicio, sea cual fuere el grado en que se haya consumado.

A los discípulos se les manda velar, pues no conocen la hora. Es la conducta de los discípulos, en este aspecto, la que el Señor tiene especialmente ante Su mirada. Éste es el gran día y la hora de su llegada que los ángeles y el Hijo,

MARCOS 14

como Profeta, no conocen. Jesús debía sentarse a la diestra de Dios *hasta* que Sus enemigos fueran hechos estrado de Sus pies, y la hora de Su advenimiento no es revelada. El Padre la ha guardado, dice Jesús, en Su propio poder. Véase Hechos 3, donde Pedro hace la proposición a los judíos del regreso del Señor. Ellos rechazaron su testimonio; y ahora esperan el pleno cumplimiento de todo lo que ha sido dicho. Entretanto, los siervos son dejados para servir durante la ausencia del Maestro. Él ordenó al portero en particular que vigilara. Desconocían la hora cuando el Maestro vendría. Esto se aplica a los discípulos en sus relaciones con Israel, pero es a la vez un principio general. El Señor se dirige a todos acerca de esto.

CAPÍTULO 14

Este capítulo reanuda el hilo de la historia con las solemnes circunstancias concernientes al final de la vida del Señor.

Los escribas y fariseos consultaban juntos la manera en que podían prenderle con artimañas, y darle muerte. Temían la influencia del pueblo, el cual admiraba las obras, la bondad y la humildad de Jesús. Así, evitaban detenerle durante la fiesta cuando la multitud se aglomerara hacia Jerusalén. Pero Dios tenía otros propósitos. Jesús tenía que ser nuestro Cordero Pascual—¡bendito Señor!—y ofrecerse a Sí mismo como la víctima propiciatoria. Siendo ahora éstos los consejos de Dios y el amor de Cristo, Satanás no carecía de agentes que pudieran llevar a cabo lo que quisieran contra el Señor. Entregándose Jesús entonces, el pueblo pronto sería inducido a abandonar, incluidos los gentiles, a Aquel que tanto les había atraído; y la traición no se tardaría para delatarlo en manos de los sacerdotes. Aun así, los propios planes de Dios, que le reconocían y le manifestaban en Su gracia, debían tener el primer lugar; y la cena en Betania y en Jerusalén habían de preceder, la

MARCOS 14

una, la proposición de Judas, y la otra, la acción, pues como la malignidad del hombre era tal, Dios siempre toma el lugar que Él escoge sin permitir nunca que el poder enemigo oculte de la fe Sus caminos, ni deja tampoco a Su pueblo sin el testimonio de Su amor.

Esta porción de la historia es muy trascendente. Dios presenta los pensamientos y temores de los líderes del pueblo a fin de que podamos conocerlos; pero todo queda absolutamente en Sus manos. La malicia del hombre, la traición y el poder de Satanás, cuando obran de la manera más enérgica—nunca habían sido tan activas—sólo hacen que cumplir los propósitos de Dios para la gloria de Cristo. Antes de la traición de Judas, Él tiene el testimonio del afecto de María. Dios pone el sello de este afecto sobre Aquel que tenía que ser traicionado. Y, por otro lado, antes de ser abandonado y entregado, Él puede testificar de Su afecto por los Suyos en la institución de la cena del Señor. ¡Qué hermoso testimonio del interés que Dios tiene puesto en Sus hijos confortándolos en los momentos más conflictivos!

Observemos también la manera como el amor de Cristo halla, en medio de las tinieblas que se acumulan en Su senda, la luz que dirige su conducta para precisamente aquello que sucede oportunamente. María no tenía conocimiento profético, pero el peligro inminente en que el Señor se hallaba debido al odio de los judíos, había de darse a conocer dondequiera que la muerte de Cristo y Su amor por nosotros hubiese de ser anunciado en todo el mundo. Ésta es la verdadera inteligencia—la verdadera guía en asuntos morales. La acción de ella es ocasión que produce tinieblas en Judas, una acción revestida de la luz de la inteligencia divina por el propio testimonio del Señor. Este amor por Cristo discierne el bien y el mal de un justo modo, y en el momento oportuno. Es bueno preocuparse de los pobres. Pero en aquel entonces toda la mente de Dios estaba centrada en el sacrificio de Cristo. Ellos siempre tendrían la oportunidad de aliviar a los pobres, porque estaban en su

MARCOS 14

derecho. Compararlos con Jesús, en el momento de Su sacrificio, era sacarlos de su lugar y olvidar todo lo que era apreciado a los ojos de Dios. Judas, a quien sólo le importaba el dinero, se aprovechó de la situación de acuerdo a sus intereses. No vio la preciosidad de Cristo, sino los deseos de los escribas. Su sagacidad venía del enemigo, igual que la inteligencia de María venía de Dios. Judas acuerda con ellos el plan de entregar a Jesús a cambio de dinero. El hecho mismo queda establecido de acuerdo a sus pensamientos y a los de ellos. No obstante, es muy notable la manera como Dios mismo dirige la situación. Aunque es el momento en que la malicia humana está en su punto álgido, y cuando el poder de Satanás se está ejerciendo hasta su culminación, todo se cumple exactamente mediante los instrumentos escogidos de Dios. Nada, ni siquiera lo más insignificante, escapa de Él. Nada es consumado sino aquello que Él quiere, y como quiere, y cuando quiere. ¡Qué consuelo para nosotros! Y, en las circunstancias que estamos considerando, ¡qué testimonio más sorprendente! El Espíritu Santo nos ha comunicado el deseo—fácil de ser entendido—de los principales sacerdotes y escribas de evitar la ocasión de la fiesta. ¡Deseo inútil! Aquel sacrificio iba a ser consumado efectivamente en ese momento.

Se acercaba el día de la última fiesta de la Pascua que tendría lugar en la vida de Jesús—aquella en que Él mismo debía ser el Cordero y donde no había de dejar como memorial a la fe nada más excepto Él y Su obra. Por tanto, mandó a Sus discípulos que preparasen todo lo necesario para celebrar la fiesta. Al anochecer se sienta con ellos para conversar y testificar por última vez de Su amor por ellos como compañero. Fue para decirles—pues debía sufrirlo todo—que uno le traicionaría. El corazón al menos de once de ellos le contestó, apesadumbrados por esta idea¹. Así ha-

1. Hay algo muy hermoso y emotivo en esta pregunta. Sus corazones fueron llevados por una emoción, y las palabras de Jesús contenían todo el peso de

MARCOS 14

bía de ser, por uno de aquellos que comía del mismo plato que Él, pero ¡ay de aquel hombre! Ni el pensamiento de tal iniquidad, ni el dolor de Su propio corazón pudieron contener el amor que manaba de Cristo. Era Él mismo, Su sacrificio, y no una liberación temporal, la que ellos deberían recordar en adelante. Todo quedaba ahora absorbido en Él, y en Él muriendo en la cruz. Al ofrecerles la copa más tarde, pone en figura el fundamento del nuevo pacto en Su sangre, dándosela como participación de Su muerte: un verdadero sorbo de vida. Cuando todos hubieron bebido de ella, les hace saber que es el sello del nuevo pacto—algo bien conocido para los judíos, según Jeremías—añadiendo que era vertida por muchos. Para ello era necesaria la muerte, y los lazos de las asociaciones terrenales entre Jesús y Sus discípulos se disolvieron. No bebería más del fruto de la vid—la señal de esa relación—hasta que, de manera diferente, renovara Él estas asociaciones con ellos en el reino de Dios. Cuando el reino fuera establecido, nuevamente estaría Él con ellos y haría nuevos estos lazos de otra forma y de un modo más excelente. Pero ahora todo iba a cambiar. Cantaron y salieron fuera, al lugar de costumbre como era el monte de los olivos.

La relación de Jesús con Sus discípulos aquí abajo debía deshacerse, pero no porque Él los abandonara. Él fortaleció, o cuando menos manifestó los sentimientos de Su corazón y la consistencia de estos lazos en Su última cena con ellos. Pero ellos se ofenderían por la posición que tomaba y le abandonarían. No obstante, la mano de Dios estaba ahí para herir al Pastor. Una vez resucitado de los muertos, Je-

un testimonio divino en esos corazones. No tenían pensamientos de traicionarle, excepto Judas; pero Su palabra era verdadera, sus almas la aceptaban, y desconfiaban de ellos en presencia de las palabras de Cristo. No fue una seguridad que se vanagloriara de que no le entregarían, sino una reverencia de corazón ante las solemnes y terribles palabras de Jesús. Judas evitó contestar a la pregunta, pero después, acabando para ser como los demás, la hace, quedando más en evidencia delante del Señor, para alivio asegurado del resto (Mat. 26:25).

MARCOS 14

sús reiniciaría Sus relaciones con Sus discípulos, con los menesterosos del rebaño. Iría delante de ellos para tomar el lugar donde comenzaron estas relaciones, a Galilea, lejos del orgullo de la nación, y donde la luz apareció en medio de ellos conforme a la Palabra de Dios.

Delante de Él estaba la muerte. Debía pasar por ella a fin de que cualquier relación entre Dios y el hombre pudiera ser establecida. El Pastor sería herido por el Señor de los ejércitos. Muerte era el juicio de Dios. ¿Podía el hombre sufrirla? Sólo había Uno que sí podía. Pedro, quien amaba a Cristo demasiado bien para abandonarle de corazón, penetra profundamente en la senda de la muerte sólo para retroceder ante ella, dando así un insólito testimonio de su propia incapacidad de atravesar el abismo que se abría ante sus ojos en la Persona de su irreconocible Maestro. Después de todo, para Pedro sólo era la exterioridad de la muerte. La debilidad que produjeron sus temores le incapacitaron para penetrar en el abismo que el pecado ha abierto bajo nuestros pies. En el momento que Jesús se lo anuncia, Pedro resuelve enfrentarse a todo lo que venía. Sincero en su afecto, no sabía lo que era el hombre, desnudo ante Dios y en presencia del poder del enemigo que tiene como arma la muerte. Él ya había temblado, pero la mirada de Jesús, la cual inspira afecto, no dice que la carne que nos impide que le glorifiquemos esté, en un sentido práctico, muerta. Además, él no conocía nada de esta verdad. Es la muerte de Cristo la que ha sacado a la luz nuestra condición, al tiempo que ministra su único remedio: muerte, y vida en resurrección. Como el arca en el Jordán, sólo Él penetró en todo ello para que Su pueblo redimido pudiera pasar calzado. Antes no habían cruzado esta vía.

Jesús se acerca al final de Su prueba—una prueba que sólo manifestó Su gloria y Su perfección, y que glorificó a Dios Su Padre. Fue una prueba que no le escatimó nada que hubiera tenido poder para detenerle, y que siguió in-

MARCOS 14

cluso hasta la muerte, sobrellevando la ira de Dios en la misma. Una carga que trasciende nuestros pensamientos.

Están cercanos el conflicto y el sufrimiento, y Jesús se enfrenta a ellos no con la ligereza de Pedro, que se hundió en ellos porque ignoraba su naturaleza, sino con un pleno conocimiento, encomendándose a la presencia del Padre ante quien todo era medido, y donde la voluntad de Aquel que le dio esta tarea es claramente manifestada en Su comunión con Él. Así que Jesús la cumple, como si Dios mismo la estuviera contemplando, de acuerdo a la trascendencia y a la intención de Sus pensamientos y de Su naturaleza, en perfecta obediencia a Su voluntad.

Jesús se adelanta solo a orar. Moralmente atraviesa solo todo el ámbito de Sus sufrimientos, asimilando toda su amargura, en comunión con Su Padre. Teniéndolos ante Sus ojos, los presenta al corazón del Padre, a fin de que, si fuera posible, pasara de Él esa copa. De lo contrario, sería al menos de la mano de Su Padre que la recibiría. Ésta era la piedad a razón de la cual fue oído, y Sus oraciones subieron en alto. Él está allí como Hombre—contento de tener a Sus discípulos velando con Él, y de rodearse de soledad para derramar Su corazón en el seno de Su Padre en la sumisa condición de un hombre que ora. ¡Qué escenas!

Pedro, que quería morir por su Maestro, no es capaz siquiera de velar con Él. El Señor le reprueba humildemente su inconsistencia, reconociendo no obstante que en su espíritu había buena voluntad, pero que la carne no tenía valor y estaba en conflicto con el enemigo y en continua guerra espiritual.

El relato de Marcos, que pasa tan rápido de una circunstancia a la otra manifestando la condición moral de los hombres con quienes Jesús se asociaba, lo hace de manera que sitúa estos sucesos en relación con los otros, y les asigna tanta más vida como a los detalles hallados en los otros evangelios. Se refleja un carácter moral en cada paso que damos en esta historia, a la que se le confiere también

MARCOS 14

un general interés que nadie sino Uno sólo puede superar, la Persona de Aquel que está delante de nosotros. Veló al menos con Su Padre porque, después de todo, obediente como era por gracia, ¿qué podía el hombre hacer por Él? Solamente tenía que reclinarse sobre Uno, y así fue el Hombre perfecto. Marchando nuevamente a orar, regresa para hallarlos durmiendo, y presenta una vez más el caso a Su Padre; luego despierta a Sus discípulos, pues había llegado la hora en que no podían hacer nada más por Él. Judas acude con un beso. Jesús se somete. Pedro, el cual durmió durante la oración más ferviente de su Maestro, se despierta para luchar cuando su Maestro se estaba entregando dócilmente como un cordero al matadero. Pedro golpea a uno de los ayudantes cortándole la oreja. Jesús razona con aquellos que habían acudido a prenderle, recordándoles que, cuando Él estaba constantemente expuesto, humanamente hablando, a su poder, no pusieron las manos sobre Él; pero que había un motivo muy diferente para que aquello sucediese así ahora: los consejos de Dios y la Palabra de Dios debían consumarse. Fue la fiel consumación del servicio encomendado a Él. Todos le abandonan y huyen, porque ¿quién, aparte de Él, podía seguir este camino hasta el final?

Un joven intentó ir más allá; pero tan pronto como los oficiales de justicia le detuvieron asiéndole por su vestido de lino, huyó y lo dejó en sus manos. Aparte del poder del Espíritu Santo, cuanto más lejos se aventura uno en el camino en que se hallan el poder del mundo y de la muerte, tanto mayor la vergüenza con la que se logra escapar si Dios ofrece la vía de salida. Huyó de ellos desnudo.

Los testigos fracasan, no en malicia, sino en la certidumbre del testimonio, aun cuando el uso de la fuerza no podía hacer nada contra Él hasta el momento que Dios predeterminara. La confesión de Cristo, Su fidelidad al declarar la verdad en la congregación, es el medio de Su condenación. El hombre no puede hacer nada, aunque había hecho todo en lo que concierne a su voluntad y culpa. El testimonio de

MARCOS 14

Sus enemigos, el afecto de Sus discípulos, todos fracasan: esto es el hombre. Es Jesús quien da testimonio de la verdad; es Jesús el que vela con el Padre, Jesús quien se entrega a aquellos que nunca fueron capaces de prenderle hasta que llegó la hora que Dios había asignado. ¡Pobre Pedro! Fue más lejos que el joven en el huerto; y le vemos allí, con la carne en el lugar del testimonio, en el lugar donde este testimonio debía ser rendido ante el poder de su oponente y de sus instrumentos. La Palabra de Cristo será veraz, si la de Pedro es engañosa. Su corazón será fiel y estará lleno de amor, si el de Pedro—como todos los nuestros—es infiel y cobarde. Él confiesa la verdad, y Pedro la niega. No obstante, la gracia de nuestro bendito Señor no falla; y, tocado por ella, Pedro se tapa la cara y llora.

La palabra del profeta tiene que ser nuevamente cumplida. Él será entregado en manos de los gentiles. Allí es acusado de ser rey, acusado de confesar la verdad que inevitablemente provocaría Su muerte.

La confesión que Jesús hizo ante los sacerdotes se refiere, como vimos en otros casos en este evangelio, a Su relación con Israel. Su servicio era predicar en la congregación de Israel. Efectivamente se presentó ya como Rey, como Emanuel. Ahora confiesa que Él es para Israel la esperanza del pueblo, lo cual será así en adelante. «¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?»—preguntó el sacerdote. Éste era el título, la gloriosa posición de Aquel quien era la esperanza de Israel según el Salmo 2. También añade aquello que Él iba a ser, es decir, el carácter que Él asumiría, siendo rechazado por este pueblo, aquello en lo cual se presentaría al pueblo rebelde, según los Salmos 8, 110 y también Daniel 7 con sus resultados, esto es, el Hijo del Hombre a la diestra de Dios y viniendo en las nubes del cielo. El Salmo 8 sólo le presenta de una manera general. Es el Salmo 110 y Daniel 7 los que hablan del Mesías de este modo particular, conforme a lo que Cristo anuncia aquí acerca de Sí mismo. La blasfemia que el sumo sacerdote le imputó fue sola-

MARCOS 15

mente el rechazo de Su Persona, pues aquello que Él dijo estaba escrito en la Palabra.

CAPÍTULO 15

Delante de Pilato da testimonio de una buena confesión, un testimonio de la verdad donde la gloria de Dios lo exigía, y donde este testimonio fue contrariado por el poder del adversario. A todo lo demás, Él no da respuesta. El evangelista no entra en más detalles. Rendir este testimonio era el último servicio y deber que tuvo que realizar. Y ya fue dado. Los judíos escogen al sedicioso homicida Barrabás, y Pilato, escuchando la voz de la multitud, entrega a Jesús para que sea crucificado. El Señor se somete a los insultos de los soldados, quienes mezclan la soberbia y la insolencia de su clase con el endurecimiento del ejecutor, cuyas funciones estaba llevando a cabo. ¡Tristes muestras de nuestra naturaleza! El Cristo que vino para salvarlos estaba, por el momento, bajo su poder. Él no utilizó Su poder para salvarse a Sí mismo, sino para liberar a otros del poder del enemigo. Finalmente, le conducen al Gólgota para crucificarle. Allí le ofrecen una mezcla soporífera, la cual rehúsa; y le crucifican con dos ladrones, uno a Su derecha y el otro a Su izquierda, cumpliendo así—pues era todo lo que ellos hicieron o podían hacer—todo cuanto estaba escrito acerca del Señor. Era la hora de los judíos y de los sacerdotes. Obtuvieron—¡ay de ellos!—el deseo de su corazón. Hicieron manifiesta, sin saberlo, la gloria y perfección de Jesús. El templo no podía levantarse otra vez sin ser derribado antes; y como instrumentos establecieron el hecho que Él entonces anunció. Él salvó a otros y no a Sí mismo. Éstas son dos partes de la perfección de la muerte de Cristo con referencia al hombre.

Cualesquiera fuesen los pensamientos de Cristo y de Sus sufrimientos con respecto a los hombres—aquellos perriillos, aquellos toros de Basán—la obra que Él tenía que

MARCOS 15

cumplir tenía unas profundidades a las que la exterioridad de aquellas cosas no podía acceder. Tinieblas cubrieron la tierra—divino y comprensivo testimonio de aquello que, con más profundo lamento, cubrió el alma de Jesús, abandonado por Dios por culpa del pecado, y manifestando sin parangón, más que en cualquier otra ocasión, Su absoluta perfección, al tiempo que las tinieblas marcaban bajo signos externos Su entera separación de las cosas exteriores, constituyendo toda la obra algo entre Él y Dios. Exclamando otra vez en voz alta, entregó el espíritu. Su servicio fue completo. ¿Qué más había de hacer Él en un mundo donde vivió sólo para cumplir la voluntad de Dios? Todo había terminado, y Él deja necesariamente el cuerpo. No hablo de necesidad física, pues Él aún conservaba Su fuerza; pero, moralmente rechazado por el mundo, no había ya más lugar en él para mostrarle Su misericordia. La voluntad de Dios fue totalmente consumada. Bebió en Su alma la copa de la muerte y del juicio por el pecado. No hubo nada que le dejase, excepto el acto de morir; y Él expiró, obediente hasta el final, a fin de comenzar en otro mundo—bien para Su alma separada del cuerpo, o en gloria—una vida en la que nunca puede introducirse el mal, y en la que el nuevo hombre será perfectamente dichoso en la presencia de Dios.

Su servicio fue completo. Su obediencia tuvo su final en la muerte—Su obediencia, y por tanto Su vida, vivida en medio de pecadores ¿Qué hubiera significado una vida en la cual no hubiese habido más por obedecer? Al morir ahora, Su obediencia fue perfeccionada. El camino al lugar santísimo está ahora abierto—el velo es rasgado de arriba abajo. El centurión gentil confiesa, en la muerte de Jesús, a la Persona del Hijo de Dios. Hasta entonces, el Mesías y el judaísmo fueron de la mano. En Su muerte, el judaísmo le rechaza, y Él es el Salvador del mundo. El velo no oculta más a Dios. En este sentido, fue todo cuanto el judaísmo pudo hacer. La manifestación de gra-

MARCOS 16

cia perfecta está ahí para el gentil, el cual reconoció—porque Jesús entregó Su vida con un grito que demostraba la existencia de dicha fortaleza—que el Príncipe de vida, el Hijo de Dios, estaba allí. Pilato también queda asombrado de que ya estuviese muerto. Sólo lo cree cuando le certifica esta verdad el centurión. En cuanto a la fe—lejos de la gracia e incluso de la justicia humana—no se inmutó en absoluto acerca de este punto.

La muerte de Jesús no le separó de los corazones de aquellos débiles que le amaban, quienes tal vez no entraron en el conflicto, pero que la gracia había sacado de su aislamiento; aquellas devotas mujeres que le habían seguido y que frecuentemente habían mirado por las necesidades de Él, y José, quien, aunque tocada su conciencia no le había seguido hasta ahora, es animado finalmente por el testimonio de la gracia y la perfección de Jesús sin temer la integridad del consejero las circunstancias, y halla valor para posicionarse, ocupándose él y las mujeres del cuerpo de Jesús. Este tabernáculo del Hijo de Dios no es dejado sin aquellos servicios que le eran debidos por parte del hombre, a quien Él acababa de dejar. La providencia de Dios, así como Su operación en los corazones, habían preparado todo esto. El cuerpo de Jesús es puesto en la tumba, y todos esperan que el sábado termine para realizar su servicio con él. Las mujeres habían buscado conocer el lugar.

CAPÍTULO 16

El último capítulo está dividido en dos partes—un hecho que ha originado incluso dudas acerca de la autenticidad de los versículos 9-20. La primera parte del capítulo, versículos 1-8, narra el fin de la historia en relación con el restablecimiento de aquello que ha estado siempre delante de nosotros en este evangelio: las relaciones del Profeta de Israel y del reino con el pueblo—cuando menos, con el remanente del pueblo escogido. Los discípulos, y Pedro, a quien

MARCOS 16

reconoce el Señor a solas pese a la negación de su Maestro, tenía que ir y encontrarle en Galilea, como Él les había dicho. Allí la relación fue restablecida entre Jesús en resurrección y los menesterosos del rebaño, quienes le estaban esperando solos para ser reconocidos como el pueblo delante de Dios. Las mujeres no dicen nada a nadie más. El testimonio del Cristo resucitado fue confiado sólo a Sus discípulos, a estos menospreciados galileos. El miedo fue el medio empleado por la providencia de Dios para impedir que las mujeres hablaran, como naturalmente hubieran hecho.

Versículos 9-20. Éste es otro testimonio. Los discípulos no aparecen aquí como un remanente elegido, sino en la incredulidad natural del hombre. El mensaje es enviado a todo el mundo. María la Magdalena, anteriormente poseída por siete demonios, esclava absoluta de ese temible poder, es utilizada para que comunicase el conocimiento de Su resurrección a los compañeros de Jesús. Más tarde, Jesús mismo se aparece a ellos y les da su comisión. Les dice que fueran a todo el mundo y predicasen el evangelio *a toda criatura*. No se trata ya específicamente del evangelio del reino. Quienquiera que por todo el mundo creyera y se uniera a Cristo por el bautismo, sería *salvado*. El que no creyera, sería condenado. Era una cuestión de salvación o condenación—el creyente, salvado, el que refutaba el mensaje, condenado. Si alguien estaba convencido de la verdad, pero se negaba a unirse con los discípulos confesando al Señor, tanto peor sería su caso. A partir de ahí se dice: «el que crea y sea bautizado.» Señales de poder acompañarían a los creyentes, y serían guardados del poder enemigo.

La primera señal sería su control sobre los malos espíritus; la segunda, la prueba de esa gracia que sobresalía de los estrechos límites de Israel, dirigiéndose a todo el mundo. Hablarían también diversas lenguas. Además de esto, con respecto al poder del enemigo manifestado al causar perjuicio, la ponzoña de las serpientes y sus venenos no tendrían ningún efecto sobre ellos, y las enfermedades des-

MARCOS 16

aparecerían ante su autoridad. En una palabra, sería la expulsión del poder del enemigo sobre el hombre, y la proclamación de la gracia a todos los hombres.

Habiéndoles dado así la comisión, Jesús asciende al cielo y se sienta a la diestra de Dios—el lugar del cual este poder provendrá para bendecir, y del que volverá para poner a los menesterosos del rebaño en posesión del reino. Entretanto, los discípulos ocupan Su lugar, extendiendo su esfera de servicio hasta los confines de la tierra. El Señor confirma la palabra de ellos por las señales que les seguirían.

Podrá pensarse, quizás, que me he referido poco a los sufrimientos de Cristo en lo que he escrito sobre Marcos. Nunca se agotará este tema, pues es tan vasto como la Persona y la obra de Cristo. ¡Bendito sea Dios por ello! En Lucas veremos más detalles. Seguiré la línea de pensamiento que el evangelio presente ante mí. Según me consta, con respecto a la crucifixión de Cristo, es la consumación de Su servicio lo que el evangelista tiene en mente. Su gran tema era el Profeta. Por lo tanto, deberá referir Su historia hasta el final. Poseemos, en un relato escueto, un cuadro completo de los sucesos que marcan el final de la vida del Señor, de aquello que Él tuvo que cumplir como el Siervo de Su Padre. He seguido esta línea del evangelio.

LUCAS

INTRODUCCIÓN

El evangelio de Lucas nos presenta al Señor en el carácter de Hijo del Hombre, revelando a Dios en gracia liberadora entre los hombres. Por ello la operación actual de gracia y su efecto están más referidas, aun el tiempo profético presente, no a la sustitución de otras dispensaciones como en Mateo, sino a la salvífica gracia celestial. En primer lugar—y precisamente porque Él tiene que ser revelado como hombre, y en gracia a los hombres—le hallamos previamente en la exquisita descripción del remanente fiel, presentado a Israel, a quienes había sido prometido, y éstos en relación con Aquel que vino a este mundo. Pero después este evangelio presenta los principios morales que se aplican al hombre, quienquiera que sea, al tiempo que manifiesta a Cristo momentáneamente en medio de ese pueblo. Este poder de Dios en gracia se manifiesta de varias maneras en su aplicación a las necesidades del hombre. Tras la transfiguración, la cual se explica en la narración de Lucas¹ mucho antes que en los otros evangelios, hallamos el juicio de aquellos que rechazaron al Señor y el carácter celestial de la gracia que, a causa de ser celestial, se dirige a

1. Es decir, lo que narra el evangelio. En el capítulo noveno, comienza Su último viaje a Jerusalén; y a partir de entonces hasta la última parte del decimotavo, donde se contempla Su subida a esa ciudad, el evangelista ofrece principalmente una serie de instrucciones morales y los caminos de Dios en gracia que ahora se introducían. En el versículo 35 del capítulo 18, tenemos al ciego de Jericó como el comienzo de Su última visita a Jericó.

LUCAS (INTRODUCCIÓN)

las naciones, a los pecadores, sin hacer mención especial de los judíos, omitiendo los principios legales de acuerdo a lo que estos últimos pretendían ser, y que en cuanto a su posición exterior fueron llamados desde el principio a estar en el Sinaí en relación con Dios. Las promesas incondicionales a Abraham y la profética confirmación a ellos acerca de éstas, era otro asunto. Estas promesas serán consumadas en gracia, y eran para que cualquiera se asiera a ellas por la fe. Después de esto, vemos aquello que debía suceder a los judíos conforme al justo gobierno de Dios, y, al final, el relato de la muerte y resurrección del Señor, consumando la obra de la redención. Hay que observar que el evangelio de Lucas—el cual pone moralmente aparte el sistema judío e introduce al Hijo del Hombre como Aquel que está lleno de toda la plenitud de Dios que habita en Él corporalmente, como el hombre delante de Dios según Su corazón, y centro de un sistema moral mucho más extenso que el del Mesías entre los judíos—ocupado con estas nuevas relaciones de hecho antiguas respecto a los consejos de Dios, Lucas nos ofrece los hechos concernientes a la relación del Señor con los judíos reconocidos en el remanente fiel de ese pueblo, con mucha más evidencia que los otros evangelistas, así como también las pruebas de Su misión a ese pueblo al venir al mundo. Estas pruebas deberían haber atraído su atención para fijarla sobre el Niño que nació entre ellos.

Aquello que caracteriza a la narrativa y le otorga su peculiar interés a este evangelio es la presentación ante nosotros de lo que Cristo es en Sí mismo. No es su gloria oficial, una posición relativa que Él asumió; ni es la revelación de Su naturaleza divina como tal; ni tampoco Su misión como el gran Profeta. Es Él mismo, como lo fue bajo Hombre sobre la tierra—la Persona que yo debería haber hallado cada día si hubiera vivido en Judea o en Galilea en aquella época.

LUCAS 1

CAPÍTULO 1

Me gustaría señalar que el estilo de Lucas, el cual puede hacer más fácil el estudio de este evangelio al lector, presenta un conjunto de hechos en una afirmación por lo general corta, y luego se explaya en algún hecho aislado allí donde son manifestados los principios morales y la gracia.

Muchos han intentado dar una explicación de lo que los cristianos han recibido a través del hilo histórico, tal como les relataron los compañeros de Jesús. Lucas bien lo sabía—habiendo seguido estas cosas desde el principio y obtenido un conocimiento preciso respecto a ellos—para escribir metódicamente a Teófilo, a fin de que pudiera tener la certeza de aquellas cosas en las que Lucas había sido instruido. Así Dios ha provisto para la enseñanza de toda la Iglesia en la doctrina contenida en la figura de la vida del Señor, adornada por este hombre de Dios, quien, personalmente motivado por principios cristianos fue guiado e inspirado por el Espíritu Santo para el bien de todos los creyentes¹.

En el versículo 5, el evangelista comienza con las primeras revelaciones del Espíritu de Dios respecto a estos acontecimientos, de los que dependían totalmente la condición del pueblo de Dios y la del mundo, y en los cuales Dios iba a glorificarse para toda la eternidad.

De pronto nos hallamos en la atmósfera de los sucesos judíos. Las ordenanzas judías del Antiguo Testamento, y los pensamientos y esperanzas relacionados con ellas, forman el marco en que este solemne acontecimiento tiene lugar.

1. La unión de la motivación y la inspiración, las cuales los paganos han intentado velar como razón de choque, se halla en casi cada página de la Palabra. Las dos cosas son sólo incompatibles para la mente cerrada de aquellos que no conocen los caminos de Dios. ¿No puede Dios dar motivación, y con ella ocupar al hombre en alguna tarea para guiarle, absoluta y perfectamente, en todo lo que haga? Incluso si se tratara de un pensamiento humano—lo cual no creo que sea en absoluto—si Dios lo aprobara, ¿no podría velar Él sobre su ejecución para que los resultados fueran totalmente conforme a Su voluntad?

LUCAS 1

Herodes, rey de Judea, provee la fecha. Y es un sacerdote, justo y sin culpa, perteneciente a una de las veinticuatro clases, el que encontramos en los primeros pasos de nuestro camino. Su esposa era de las hijas de Aarón; y estas dos personas rectas caminaban en los mandamientos y ordenanzas del Señor Jehová sin mancha. Todo era correcto delante de Dios, conforme a Su ley en el sentido judío. Pero no gozaban de la bendición que cada judío deseaba: carecían de hijos. No obstante, ello era conforme, podemos decir, a los habituales propósitos de Dios en el gobierno de Su pueblo para consumir Su bendición al tiempo que manifiesta la debilidad del instrumento—una debilidad que se llevaba toda esperanza según los principios humanos. Tal fue la historia de todas las Saras, las Rebecas, las Anas y muchas más, de quienes la Palabra nos habla para nuestra enseñanza en los caminos de Dios.

Esta bendición era con frecuencia puesta en oración por parte del fiel sacerdote; pero hasta ahora la respuesta se había demorado. Sin embargo, en el momento en que ejercitaba su ministerio como de costumbre, Zacarías se acercaba para quemar incienso, el cual según la ley había de subir como olor grato delante de Dios—un tipo de la intercesión del Señor—y mientras el pueblo pedía fuera del lugar santo, el ángel del Señor se aparece al sacerdote a la derecha del altar del incienso. A la vista de este glorioso personaje, Zacarías queda atónito, pero el ángel le anima declarándole que era el portador de buenas nuevas. Le anunció que sus oraciones, tanto tiempo dirigidas en balde a Dios, fueron concedidas. Elisabet concebiría a un hijo, y el nombre que llevaría sería «el favor de Jehová», una fuente de gozo y alegría para Zacarías. Su nacimiento sería ocasión para la acción de gracias de la mayoría. Esta concesión no fue meramente la del hijo de Zacarías. El niño fue la dádiva de Dios, y debería ser grande delante de Él. Nazareo desde el vientre de su madre, y lleno del Espíritu Santo, haría volver a muchos de los hijos de Israel al Señor

LUCAS 1

su Dios. Debería preceder al Señor en el espíritu de Elías, y con el mismo poder para restablecer el orden moral en Israel desde sus mismas raíces, para hacer volver a los desobedientes a la sabiduría de los justos y preparar a un pueblo para el Señor.

El espíritu de Elías denotó un firme y ardiente celo para la gloria de Jehová, para el establecimiento o el restablecimiento de las relaciones entre Israel y Jehová. Su corazón estaba unido a este vínculo entre el pueblo y su Dios, conforme a la fortaleza y gloria de la misma unión, pero en el aspecto de su condición caída y según los derechos de Dios en referencia a estas relaciones. El espíritu de Elías—aunque fue la gracia de Dios hacia Su pueblo la que le envió—era en cierto sentido un espíritu legal. Afirmaba los derechos de Jehová en juicio. Era la gracia abriendo la puerta al arrepentimiento, pero no a la gracia soberana de la salvación, pese a ser la vía preparada al respecto. Es en la fuerza moral de este llamamiento a arrepentirse que Juan es aquí comparado con Elías, al hacer regresar a Israel a Jehová. Y de hecho Jesús era Jehová.

La fe de Zacarías en Dios y en Su bondad no estuvo a la altura de su ruego—ay, qué caso más común—y cuando éste es concedido en un momento que se requería la intervención de Dios para cumplir su deseo, no es capaz de caminar en los pasos de un Abraham o una Ana, y pregunta cómo tendría lugar esta cosa.

Dios, en Su bondad, muda la falta de fe de Su siervo en un instructivo castigo para él mismo, y en una prueba para el pueblo acerca de que Zacarías había sido visitado de lo alto. Se queda mudo hasta que la Palabra del Señor sea cumplida, y las señales que muestra al pueblo, maravillado de que permaneciera tanto tiempo en el santuario, les da evidencia de esta razón.

La Palabra de Dios se cumple en bendición para él. Elisabet, reconociendo la buena mano de Dios sobre ella con una delicadeza adecuada a su piedad, se dirige a su retiro. La

LUCAS 1

gracia que la bendijo no la volvió insensible para con lo que constituía una vergüenza en Israel, y si bien ésta fue limpiada, dejó sus huellas en las circunstancias sobrehumanas que manifestaron dicha gracia. Existía una rectitud de mente en todo ello que convenía a una mujer santa. Pero aquello que se oculta justamente del hombre, conserva todo su valor a los ojos de Dios, y Elisabet es visitada en su confinamiento por la madre del Señor. Aquí cambia la escena para presentar al mismo Señor en esta maravillosa historia que comienza ante nuestra mirada.

Dios, quien había preparado todo de antemano, manda anunciar ahora el nacimiento del Salvador a María. En el último lugar que el hombre hubiera escogido para el propósito de Dios—un lugar cuyo nombre a los ojos del mundo bastaba para condenar a aquellos que procedían de él—una doncella, desconocida para todos los que eran afamados en el mundo, estaba desposada con un pobre carpintero. Se llamaba María. Todo era confusión en Israel: el carpintero era de la casa de David. Las promesas de Dios—el cual no olvida nunca, ni descuida a aquellos que tiene por objeto—hallaron aquí la esfera para su cumplimiento. Aquí el poder y los afectos de Dios son guiados conforme a su energía divina. Tanto si Nazaret era grande como pequeña, no tenía importancia si no era para mostrar que Dios no espera nada del hombre, sino que es el hombre quien espera de Dios. Gabriel es enviado a Nazaret a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David.

La dádiva de Juan a Zacarías fue una respuesta a sus oraciones: Dios fiel en Su bondad hacia Su pueblo, que esperaba en Él.

Ésta es una visitación de soberana gracia. María, un vaso escogido para este propósito, halló gracia a los ojos de Dios. Fue favorecida¹ por la gracia soberana y bendecida entre

1. Las expresiones «halló favor» (*eures charin*) y «muy favorecida» (*kecharitome*) no tienen en absoluto el mismo significado. Personalmente, ella halló

LUCAS 1

las mujeres. Podía concebir y dar luz a un Hijo al cual llamaría Jesús. Éste había de ser grande, y llamado el Hijo del Altísimo. Dios le daría el trono de Su padre David y reinaría sobre la casa de Jacob para siempre, y Su reinado no tendría fin.

Se observará aquí que, el objeto que el Espíritu Santo presenta ante nosotros es el nacimiento del Niño, como iba a ser dado a luz en este mundo por María.

La enseñanza dada por el Espíritu Santo sobre este punto se divide en dos partes: primero, aquello que había de ser el nacimiento del Niño; y segundo, la manera de Su concepción y la gloria que seguiría como resultado. No es simplemente la naturaleza divina de Jesús la que es presentada, el Verbo que era Dios, el Verbo hecho carne, sino lo que nació de María y el modo cómo había de tener lugar. Sabemos bien que se trata del mismo precioso y divino Salvador de quien habla Juan, el cual tenemos aquí. Pero nos es presentado bajo otro aspecto, y de un interés más infinito para nosotros. Debemos considerarle tal como nos lo presenta el Espíritu Santo, nacido de la virgen María en un mundo de vejaciones.

Fue un niño concebido realmente en el vientre de María dado a luz en el momento que Dios había asignado para la naturaleza humana. Transcurrió el tiempo de costumbre antes del nacimiento. Hasta entonces no se nos habla de la manera. Es el hecho mismo el que tiene una importancia inconmensurable y nada extrema. Él era realmente y verdaderamente Hombre, nacido de mujer como lo fuimos nosotros—no en cuanto al origen y al modo de Su concepción, que no estamos tratando aún, sino en cuanto a la realidad de Su existencia como Hombre. Él era realmente y verdaderamente un ser humano. Pero había otras cosas re-

favor, así que no debía mostrar temor; pero Dios había otorgado soberanamente sobre ella esta gracia e inmenso favor de ser la madre del Señor. En este acto, ella fue el objeto del favor soberano de Dios.

LUCAS 1

lacionadas con la Persona de Aquel que había de nacer, las cuales nos son también presentadas. Sería llamado Jesús, es decir, Jehová el Salvador. Debería manifestarse en este carácter y con este poder. Así era Él.

Esto no está aquí relacionado con «pues él salvará a su pueblo de sus pecados», como en Mateo, donde se trataba de la manifestación a Israel del poder de Jehová, de su Dios, en la consumación de las promesas hechas a este pueblo. Aquí vemos que Él tiene un derecho a este nombre; este título divino permanece oculto bajo la forma de un nombre personal, pues es el Hijo del Hombre quien es presentado en este evangelio, no importa cuál sea Su poder divino. Se nos dice que Aquel que había de nacer en este mundo «había de ser grande y había de ser llamado el Hijo del Altísimo.» Había sido el Hijo del Padre antes de que el mundo fuese; pero este Niño, nacido sobre la tierra, debía llamarse Hijo del Altísimo. Un título a cuyo derecho apelarían Sus actos y todo lo que manifestase que era de Él. Un pensamiento lleno de gloria para nosotros, de un hijo nacido de mujer llevando por derecho este nombre supremamente glorioso como hombre en la presencia de Dios: «Hijo del Altísimo».

Aún había más relacionado con Aquel que había de nacer. Dios le daría el trono de Su padre David. Aquí nuevamente vemos que Él es considerado ya nacido, y hombre en este mundo. El trono de Su padre David le pertenece. Dios se lo dará. Por derecho natal, Él es el heredero de las promesas terrenales que, como el reino, pertenecen a la familia de David; pero todo sería en conformidad a los consejos y al poder de Dios. Él reinaría sobre la casa de Jacob—no solamente sobre Judá y en la debilidad de un poder transitorio y una vida efímera, sino por todos los siglos. Y de su reinado no habría fin. Como Daniel ha predicho efectivamente, este reino nunca sería tomado por otro, ni se transferiría a otra persona. Sería establecido según los consejos de Dios que son inmutables, y de acuerdo a

LUCAS 1

Su poder que nunca falla. Hasta que Él entregara el reino a Dios el Padre, había de ejercer una monarquía que nadie disputase y pudiera entregar—siendo todas las cosas cumplidas—a Dios, pero cuya gloria moral nunca declinara en Sus manos.

Tal había de ser el Hijo nacido—verdadera, y milagrosamente, nacido como Hombre. Para aquellos que pudieran comprender Su nombre, era Jehová el Salvador.

Había de ser el Rey sobre la casa de Jacob conforme a un poder que nunca menguaría ni fallaría, hasta que se fusionara con el poder eterno de Dios.

El gran sujeto de la revelación es que el Hijo debía ser concebido y nacer; el resto es la gloria que le pertenecería después de nacido.

María no comprende cómo había de ser concebido. Dios le permite que pregunte al ángel de qué modo ocurriría. Su pregunta fue según Dios se propuso. No creo que se tratara aquí de ninguna falta de fe. Zacarías había estado orando constantemente por un hijo—era sólo una cuestión de la bondad y del poder de Dios que se concediese esta petición—y fue concedida por la positiva declaración de Dios hasta tal punto que él sólo debía permanecer confiado. Zacarías no confió en la promesa de Dios sino a través del ejercicio del portentoso poder divino en el orden natural de las cosas. María pregunta, con santa confianza, puesto que Dios la había favorecido, cómo se cumpliría todo fuera del orden natural. Ella no dudaba de su cumplimiento (véase el vers. 45: «Bienaventurada—dice Elisabet—la que ha creído.») El ángel procede con su comisión, dándole a conocer la respuesta de Dios a su pregunta. Los propósitos de Dios permitieron que se revelara la concepción milagrosa por medio de la respuesta recibida.

El nacimiento de Aquel que ha caminado sobre esta tierra era la cuestión, Su nacimiento de la virgen María. Él era Dios, y se convirtió en Hombre. Se trata aquí de la manera de Su concepción como Hombre sobre la tierra.

LUCAS 1

No se afirma lo que Él era, sino la concepción milagrosa de Aquel que nació, tal como fue en el mundo. El Espíritu Santo vendría sobre ella y actuaría en poder sobre este vaso de barro sin intervenir la voluntad de ella ni la voluntad de ningún hombre. Dios es la fuente de la vida del Hijo prometido a María, nacido en este mundo y por Su poder. Él nace de esta mujer escogida por Dios. El poder del Altísimo la cubriría, y aquello que *nacería* de ella sería llamado el Hijo de Dios. Santo en Su nacimiento, concebido por la intervención del poder de Dios—un poder que fue la fuente divina de Su existencia sobre la tierra como hombre—recibió su ser de María como fruto de su vientre, aunque en este sentido recibiera también el título de Hijo de Dios. La Cosa Santa que nacía de María iba a ser llamada el Hijo de Dios. No se trata aquí de la doctrina de las relaciones eternas del Hijo con el Padre. El evangelio de Juan, la epístola a los Hebreos y la de los Colosenses establecen esta verdad preciosa con toda su importancia. Aquí es aquello que nació en virtud de la concepción milagrosa lo que es llamado el Hijo de Dios.

El ángel le anuncia la bendición otorgada a Elisabet a través del poder omnipotente de Dios; y María se inclina ante la voluntad de su Dios—el sumiso objeto de Su propósito, y en su piedad reconoce una altura y grandeza en estos propósitos que le dieron su lugar de sujeción a la voluntad de Dios. Ésta fue su gloria, mediante el favor de su Dios. De natural siguieron maravillas que dieron un testimonio justo de esta maravillosa intervención de Dios. La comunicación al ángel no fue infructuosa en el corazón de María; y con su visita a Elisabet, ella reconoce los maravillosos tratos de Dios. La piedad de la virgen se manifiesta aquí emotivamente. La extraordinaria intervención de Dios la hizo sentirse humilde, y no la elevó. Ella vio a Dios en lo que había acontecido, y no se vio a sí misma. Por el contrario, las grandezas de estas maravillas llevaron a Dios tan cerca de ella como para anonadarla. Se entregó a Su santa volun-

LUCAS 1

tad, y Dios tenía lugares suficientemente amplios en sus pensamientos sobre este asunto para no dar ninguna satisfacción al yo.

La visita de la madre de su Señor a Elisabet fue algo natural en ella, pues el Señor visitó ya a la mujer de Zacarías. El ángel se lo había contado. Ella se preocupa por estas cosas divinas, pues Dios estaba cerca de su corazón por la gracia que la había visitado. Llevada por el Espíritu Santo, de corazón y afecto, la gloria perteneciente a María en virtud de la gracia de Dios que la había elegido para ser madre de su Señor, es reconocida por Elisabet hablando por el Espíritu Santo. También reconoce la piadosa fe de María, y le anuncia el cumplimiento de la promesa que recibió—todo lo cual tuvo lugar, siendo una señal de testimonio de Aquel que había de nacer en Israel y entre los hombres.

El corazón de María se derrama entonces en gratitud. Reconoce a Dios su Salvador en la gracia que la ha llenado de gozo, y su indignidad—una figura de la condición del remanente de Israel—lo cual propició que Dios interviniera con un testimonio vehemente de que todo era de Él. Cualquiera que fuese la piedad propia del instrumento que Él utilizara, y no dudamos que se hallaba realmente en María, éste fue utilizado según su anonadamiento frente al hecho de que fuera grande entre las mujeres; pues entonces Dios era todo, siendo a través de ella que Él intervino para la manifestación de Sus maravillosos caminos. Ella perdía su lugar si intentaba algo por sí misma, pero en realidad no lo hizo. La gracia de Dios la guardó a fin de que Su gloria pudiera manifestarse plenamente en este suceso divino. Ella reconoce Su gracia, pero reconoce también que todo es gracia hacia ella.

Se observará aquí que, en el carácter y la aplicación de los pensamientos que llenan su corazón, todo tiene un matiz judío. Podemos comparar el cántico de Ana que proféticamente celebraba esta misma intervención. Véanse también los versículos 54 y 55, donde se retrocede a las promesas

LUCAS 1

hechas a los padres, no a Moisés, e incluye a todo Israel. Es el poder de Dios que obra en medio de la debilidad cuando no hay recursos y todo es contrario a él. Tal es el momento favorable a Dios, y, para el mismo fin, favorece a los nulos instrumentos para que Dios pueda serlo todo.

Es sorprendente que no se nos diga que María era llena del Espíritu Santo. Según me parece, es una distinción que la honra. El Espíritu Santo visitó a Elisabet y Zacarías de un modo excepcional. Pero aunque no dudamos que María estaba bajo la influencia del Espíritu de Dios, era un efecto más interior y más relacionado con su propia fe y con su piedad, con las relaciones habituales de su corazón con Dios que se expresaban más elocuentemente que sus propios sentimientos. Es gratitud por la gracia y el favor conferidos a esta humilde, y ello en relación con las esperanzas y bendiciones de Israel. En todo esto me consta una armonía muy sorprendente en relación con el tremendo favor otorgado a ella. María es engrandecida tanto en cuanto que no lo es; pero es agraciada por Dios de manera sin igual, y todas las generaciones la llamarán bienaventurada.

Su piedad, y su expresión en este cántico, claramente limitada a las esperanzas y promesas dadas a Israel, aun siendo más personal, es una respuesta a Dios antes que una revelación de Su parte. Esta piedad parte del punto más remoto de las relaciones de Dios con Israel—éstas fueron en gracia y en promesa, no en ley—sin embargo, dicha piedad no se desvincula de estas relaciones.

María habita tres meses con la mujer a quien Dios había bendecido, la madre de aquel que había de ser la voz de Dios en el desierto; y regresa para seguir humilde su camino a fin de que los propósitos de Dios pudieran realizarse.

Nada más hermoso que la escena de la relación entre estas dos fieles mujeres, desconocidas para el mundo, pero instrumentos de la gracia de Dios para el cumplimiento de Su propósito, glorioso e infinito en sus resultados. Ellas se ocultan moviéndose en una escena en la que nada

LUCAS 1

entra, salvo la piedad y la gracia. Pero Dios está preparando y realizando aquello en lo cual los ángeles anhelan sondear en sus profundidades para aquellas pobres tan poco conocidas por el mundo. Esto tiene lugar en el país montañoso donde vivían estas fieles allegadas. Ellas se ocultaron, pero sus corazones, visitados por Dios y tocados por Su gracia, respondieron por su piedad mutua a estas admirables visitas de lo alto. La gracia de Dios se reflejaba en la quietud de un corazón que aceptaba Su mano y Su grandeza, y confiaba en Su bondad sometándose a Su voluntad. Somos favorecidos al ser admitidos en esta escena, de la cual el mundo está excluido por su incredulidad y apartamiento de Dios.

Aquello que la piedad reconoció en secreto, a través de la fe en las visitaciones de Dios, debe finalmente hacerse público y ser consumado a los ojos de los hombres. El hijo de Zacarías y Elisabet nace, y Zacarías—obediente a la palabra del ángel, cesa de ser mudo—anuncia la venida del Vástago de David, el cuerno de la salvación de Israel, en la casa del Rey elegido de Dios para cumplir todas las promesas hechas a los padres y todas las profecías por las que Dios vaticinó las bendiciones futuras de Su pueblo. El hijo que Dios dio a Zacarías y a Elisabet debería ir delante del rostro del Jehová para preparar Sus caminos; el Hijo de David era Jehová, el cual vino conforme a las promesas y a la Palabra con la que Dios había proclamado la manifestación de Su gloria.

La visitación de Israel por parte de Jehová, celebrada por boca de Zacarías, incluye toda la bendición del milenio. Esto está relacionado con la presencia de Jesús, quien introduce en Su propia Persona toda esta bendición. Todas las promesas son Sí y Amén en Él. Todas ellas le circunscriben con la gloria para ser cumplida entonces, y le hacen la fuente de la que todo tiene su origen. Abraham se gozó de ver los tiempos gloriosos de Cristo.

El Espíritu Santo siempre lo hace así, cuando Su sujeto

LUCAS 2

es la consumación de la promesa en poder. Sigue así hasta el pleno efecto que Dios llevará a cabo a su final. La diferencia aquí es que no se trata ya de la proclamación de los gozos en un futuro distante, cuando un Cristo naciera y fuera presentado para introducir sus goces en días aún velados por la distancia desde la cual eran vistos. El Cristo estaba ahora a la puerta, y es el efecto de Su presencia el que se celebra aquí. Sabemos que, habiendo sido rechazado y estando ahora ausente, el cumplimiento de estas cosas queda forzosamente aplazado hasta que Él regrese; pero Su presencia producirá su cumplimiento, y ello es anunciado en vistas a tal propósito.

Podemos constatar aquí que este capítulo queda circunscrito a las estrechas promesas hechas a Israel, es decir, a los padres. Tenemos a los sacerdotes, al Mesías, Su precursor, las promesas hechas a Abraham, el pacto de la promesa, el juramento de Dios. No es la ley, sino la esperanza de Israel viendo su cumplimiento en el nacimiento de Jesús—fundado en la promesa, el pacto, el juramento de Dios, y confirmado por los profetas. No se trata, lo vuelvo a repetir, de la ley. Es Israel bajo bendición, no cumplida aún, pero Israel en la relación de fe con Dios, que Él va a cumplir. Solamente son Dios e Israel los que se tienen en cuenta, y lo que había sucedido en gracia entre Él y Su solo pueblo.

CAPÍTULO 2

En este capítulo cambia la escena. En lugar de las relaciones de Dios con Israel conforme a la gracia, vemos primero al emperador pagano del mundo—la cabeza del último imperio en Daniel—ejerciendo su poder en tierra de Emanuel, y sobre todo el pueblo de Dios, como si Dios los hubiera olvidado. No obstante, continuamos en presencia del nacimiento del Hijo de David, de Emanuel mismo. Exteriormente, Él está bajo el poder de la cabeza

LUCAS 2

de la bestia en un imperio pagano. ¡Qué extraño estado de cosas ha producido el pecado! Fijémonos en que todavía tenemos la gracia aquí: es la intervención de Dios lo que hace que todo sea manifiesto. En relación con ello, existen otras circunstancias en las que haremos bien fijarnos. Cuando los intereses y la gloria de Jesús están en juego, todo este poder y gloria imperial—los cuales gobiernan sin el temor de Dios y reinan en el lugar de Cristo buscando su propia gloria—no son sino un instrumento en las manos de Dios para el cumplimiento de Sus consejos. En cuanto al ente público, vemos al emperador romano ejercer autoridad despótica y pagana en el lugar donde el trono de Dios habría de estar si el pecado del pueblo no lo hubiera impedido.

El emperador quiere tener a todo el mundo censado, y cada uno se dirige a su ciudad. El poder mundano se pone en movimiento por un acto que demuestra su superioridad sobre aquellos que, como pueblo de Dios, deberían haberse visto libres de todo menos del inmediato gobierno de su Dios, el cual era su gloria—un hecho que prueba la degradación total y el servilismo de ellos. Eran esclavos de los paganos a causa de los pecados en sus cuerpos y en sus posesiones¹. Pero este acto sólo hace que cumplir el maravilloso propósito de Dios acerca del nacimiento del Salvador-Rey en el pueblo donde, según el testimonio de Dios, tenía que tener lugar este acontecimiento. La Persona divina que tenía que estimular el gozo y las alabanzas del cielo nace entre los hombres, como Hijo en este mundo.

El estado de cosas en Israel y en el mundo es la supremacía de los gentiles y la ausencia del trono de Dios. El Hijo del Hombre, el Salvador, Dios manifestado en la carne, viene a tomar Su lugar—un lugar que la sola gracia podía hallar o vindicar en un mundo que no le conocía.

El censo es tanto más extraordinario en que tan pronto

1. Nehemías 9:36-37.

LUCAS 2

como el propósito de Dios fue cumplido, no se llevó más a cabo hasta que gobernó Cirenio¹.

El Hijo de Dios nace en este mundo, pero en él no encuentra lugar. El mundo vive a sus anchas, o es al menos por sus recursos que halla fácilmente su lugar en la posada, convertida en medidor por el cual se recibe o se excluye al hombre. El Hijo de Dios no halla ninguno, excepto el pesebre. ¿Es en vano que el Espíritu Santo registre aquí esta circunstancia? No, pues no hay sitio para Dios y para lo que es de Él en este mundo. Tanto más perfecto es entonces el amor que le hizo descender a esta tierra. Comenzó en un pesebre y terminó en la cruz, y en su andadura terrenal no tuvo dónde recostar Su cabeza.

El Hijo de Dios—el Hijo participando de todas las debilidades y circunstancias de la vida humana así manifestadas—aparece en el mundo².

Pero si Dios viene a este mundo en la naturaleza que Él ha tomado en gracia, y un pesebre es su cobijo, los ángeles se ocupan del suceso del cual depende el destino de todo el universo, y del cumplimiento de todos los consejos de Dios, pues Él ha escogido las cosas débiles para confundir las que son fuertes. Este pobre recién nacido es el Objeto de todos los consejos de Dios, el Sustentador y Heredero de toda la creación, el Salvador de todos los que heredarán la gloria y la vida eterna.

Unos humildes hombres que fielmente realizaban sus difíciles tareas lejos de la actividad bulliciosa de un mundo ambicioso y pecador, son los que reciben las primeras noti-

1. No dudo que la única traducción correcta de este pasaje sea «el censo fue primeramente hecho cuando Cirene era gobernador de Siria.» El Espíritu Santo toma cuenta de esta circunstancia para mostrar que, cuando el propósito divino fue llevado a cabo, el decreto no fue cumplido históricamente sino más tarde. Se ha invertido ya demasiado tiempo de estudio en lo que creo que es simple y claro en el texto.

2. Es decir, como un recién nacido. Él no apareció, como el primer Adán, saliendo en su perfección de las manos de Dios. Él nace de una mujer, el Hijo del Hombre, lo cual no hizo Adán.

LUCAS 2

cias de la presencia del Señor sobre la tierra. El Dios de Israel no buscaba a los grandes de entre Su pueblo, sino que mostró respeto a los menesterosos del rebaño. Dos cosas destacan aquí por sí solas: el ángel que acude a los pastores de Judea para anunciarles la consumación de las promesas de Dios a Israel, y el coro de ángeles que celebra en coro de alabanza celestial toda la verdadera sustancia de este fabuloso suceso.

«Os ha nacido hoy,—les dice el mensajero celestial a los pastores visitados—en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor.» Ésta fue la proclamación a ellos y a todo el pueblo de las buenas nuevas.

En el nacimiento del Hijo del Hombre, Dios manifestado en la carne, el cumplimiento de la encarnación tenía una importancia más destacada que todo aquello. El hecho de que este recién nacido estuviera allí, desposeído y abandonado—humanamente hablando—a su suerte por el mundo, era, como lo entendían las inteligencias celestiales y la multitud de las huestes celestes cuyas alabanzas resonaban en el mensaje del ángel a los pastores, el «gloria a Dios en lo más alto, y sobre la tierra paz; buena voluntad para con los hombres.» Estas pocas palabras incluyen tan elevados pensamientos que es difícil hablar debidamente de ellos en una obra como ésta, pero son necesarias algunas consideraciones. En primer lugar, es profundamente bendito ver que el pensamiento de Jesús excluye todo lo que pudiera oprimir el corazón en la escena que rodeaba Su presencia sobre la tierra. Ay, el pecado estaba allí. Fue manifestado por la posición en la cual este magnífico recién nacido fue hallado. Pero si el pecado le había situado allí, la gracia también. La gracia sobreabunda, y al pensar en *Él*, la bendición, la gracia, la mente de Dios respecto al pecado, aquello que Dios es, tal como lo manifiesta la presencia de Cristo, absorben la mente y se apoderan del corazón, y son el verdadero alivio en un mundo como éste. Vemos la sola gracia, y el pecado no engrandece sino la plenitud, la soberanía, la perfección

LUCAS 2

de esta gracia. Dios, en Sus tratos gloriosos, borra el pecado con Su actuación, que Él exhibe con toda su deformidad. Existe aquello que «es mucho más abundante.» Jesús, venido en gracia, llena el corazón. Es lo mismo en todos los detalles de la vida cristiana. Es la verdadera fuente del poder moral, de la santificación y del gozo.

A continuación vemos que hay tres cosas manifestadas por la presencia de Jesús nacido como Hijo sobre la tierra. En primer lugar, la gloria a Dios en lo más alto. El amor de Dios, Su sabiduría, Su poder—no al crear un universo de la nada, sino al sobreponerse al mal, y convirtiendo el efecto del poder enemigo en una ocasión para demostrar que este poder era impotente y necio en presencia de aquello que podemos llamar «lo débil de Dios»—el cumplimiento de Sus consejos eternos, la perfección de Sus caminos donde el mal se había introducido, la manifestación de Sí mismo de tal modo que se glorificaba delante de los ángeles: en una palabra, Dios se ha manifestado tanto por el nacimiento de Jesús que las huestes celestiales, conocedoras largo tiempo de Su poder, podían elevar sus voces corales: «¡Gloria a Dios en lo más alto!» ¡Qué pensamiento más divino el que Dios deviniera Hombre! ¡Qué supremacía del bien sobre el mal! ¡Qué sabiduría al acercarse al corazón del hombre y traerle de vuelta a Él! ¡Qué facultad para dirigirse al hombre! ¡Qué fuerza manteniendo la santidad de Dios! ¡Qué proximidad al corazón humano y qué interés en sus necesidades y experiencias! Pero sobre todo, es Dios en gracia ajeno al mal, y visitando en gracia este mundo mancillado para darse a conocer como nunca antes Él se había dado a conocer.

El segundo efecto de la presencia de Aquel que reveló a Dios sobre la tierra es que la paz debía estar allí. Rechazado, Su nombre había de ser un motivo de lucha, pero el coro celestial se ocupa del hecho de Su presencia, con el resultado que produce las consecuencias de la Persona de Aquel que estaba allí—contempladas en sus mismos

LUCAS 2

frutos—y ellos celebrándolas. El mal manifiesto debía desaparecer. Su norma santa debía desvanecer toda enemistad y violencia. Jesús, fuerte en amor, debía reinar y transmitir el carácter en el cual había venido a toda la escena que había de rodearle en el mundo, para que fuera conforme a Su corazón que Él se deleitase en la criatura (Prov. 8:31)¹. Véase, en menor escala, el Salmo 85:10-11.

El medio de esto—la redención, la destrucción del poder de Satanás, la reconciliación del hombre por la fe, y de todas las cosas en el cielo y en la Tierra con Dios—no son aquí señaladas. Todo dependía de la Persona y presencia de Aquel que nació. Todo estaba contenido en Él. El estado de bendición apareció con el nacimiento de este Hijo.

Presentado a la responsabilidad del hombre, éste es incapaz de beneficiarse de esta oportunidad, y fracasa. Su posición a consecuencia de ello deviene en lo peor.

Pero estando la gracia y la bendición unidas a la Persona de Aquel que acababa de nacer, se ven fluir todos sus resultados. Después de todo, fue la intervención de Dios cumpliendo el consejo de Su amor, el propósito firme de Su beneplácito. Y Jesús, una vez allí, los resultados no pudieron ser otros: cualquier interrupción que pudiera haber a su cumplimiento, Jesús era su seguridad. Él había venido al mundo. Su Persona era la expresión de todas estas consecuencias. La presencia del Hijo de Dios en medio de los pecadores decía a toda inteligencia espiritual: «Paz en la tierra.»

1. Esta cita nos lleva a un glorioso conocimiento, tanto de lo que estaba antes haciendo, como de nuestra bendición. El interés especial de Dios está en los hijos de los hombres; la sabiduría—Cristo es la sabiduría de Dios—era el deleite diario de Jehová, gozándose de las partes habitables de Su tierra, antes de la creación, de manera que era el consejo y Su delicia en los hijos de los hombres. Su encarnación es la plena prueba de ello. En Mateo tenemos a nuestro Señor tomando Su lugar con el remanente cuando esto es totalmente revelado, y es tomando el Hijo este lugar como Hombre y siendo ungido por el Espíritu Santo que toda la Trinidad se revela plenamente. Ésta es una gloriosa manifestación de los caminos de Dios.

LUCAS 2

La tercera cosa era la buena voluntad¹—el afecto de Dios—en los hombres. Nada más sencillo, desde que Jesús fue un Hombre. Él nunca fue como los ángeles.

Fue un testimonio glorioso que el efecto y la buena voluntad de Dios se fijaran en esta pobre raza, ahora alejada de Él, pero en la cual Él tuvo complacencia para llevar a cabo todos Sus gloriosos consejos. Así en Juan 1, la vida era la luz de los *hombres*.

Se trataba del poder de Dios presente en gracia en la Persona del Hijo de Dios que participaba de la naturaleza y se interesaba por la suerte de un ser alejado de Él. Así pudo devenir la esfera del cumplimiento de todos los consejos divinos y de la manifestación de Su gracia y Su naturaleza a todas Sus criaturas. ¡Qué posición para el hombre! Porque es precisamente en el Hombre que todo esto se cumple. El universo entero tenía que aprender del Hombre y lo que Dios se proponía hacer con Él, aquello que Dios mismo era, el fruto de todos Sus gloriosos consejos, así como del completo descanso en Su presencia conforme a la naturaleza de amor. Todo esto estaba implícito en el nacimiento de Cristo, a quien el mundo no prestó atención. ¡Maravilloso y original tema de alabanza para los santos habitantes del cielo, a quienes Dios se lo había dado a conocer! Era la gloria a Dios en lo alto.

La fe estaba ejercitándose en aquellos sencillos israelitas a quienes fue enviado el ángel del Señor. Y ellos se gozaron de la bendición consumada ante sus ojos, la cual verificaba la gracia que Dios había mostrado al anunciársela. La palabra «como les fue dicho» añade su testimonio de gracia a todo lo que disfrutamos a través de la misericordia de Dios.

El Hijo recibe el nombre de Jesús el día en que es circuncidado, de acuerdo a la costumbre hebrea (véase cap. 1:59),

1. Ésta es la misma palabra que la que se dice de Cristo: «en quien tengo complacencia.» Es hermoso ver la celebración sin igual de estos santos seres, del avance de otra raza a este exaltado lugar por la encarnación del Verbo. Era la gloria de Dios, y ello les bastaba. Esto es muy hermoso.

LUCAS 2

pero conforme a los consejos y revelaciones de Dios comunicado por los ángeles de Su poder. Todo se realizaba conforme a la ley, pues históricamente nos hallamos en relación con Israel todavía. Aquel que nacía de una mujer, nacía bajo la ley.

La condición de pobreza en la que Jesús nació también es mostrada por el sacrificio ofrecido para la purificación de Su madre. Otro punto es resaltado aquí por el Espíritu Santo, aunque pueda parecer baladí Aquel que lo suscitó:

Jesús es reconocido por el remanente fiel de Israel mientras dura la acción del Espíritu Santo en ellos. Deviene una piedra de toque para cada alma en Israel. La condición del reino enseñada por el Espíritu Santo—es decir, de aquellos que habían tomado la posición del remanente—era ésta: ellos eran conscientes de la miseria y ruina de Israel, pero esperaban en el Dios de Israel confiando en Su fidelidad inmutable para el consuelo de Su pueblo. Decían: ¿Hasta cuándo? Y Dios estaba con este remanente. Él había dado a conocer a aquellos que confiaban en Su misericordia la venida del Prometido, quien había de ser la consumación de esta misericordia hacia Israel.

Así, en presencia de la opresión de los gentiles, y de la iniquidad de un pueblo que estaba madurando, o que ya era maduro para el mal, el remanente que confiaba en Dios no perdió aquello que como vimos en el capítulo precedente pertenecía a Israel. En medio de la miseria de Israel, ellos tenían para consuelo suyo lo que la promesa y la profecía habían declarado para la gloria de Israel.

El Espíritu Santo había revelado a Simeón que no moriría hasta que no hubiera visto al Señor Jesucristo. Éste fue el consuelo, y no pequeño. Estaba contenido en la Persona de Jesús el Salvador, sin entrar mucho en detalles de la manera o del momento del cumplimiento de la liberación de Israel.

Simeón amaba a Israel; podía marcharse en paz, puesto que Dios le había bendecido conforme a los deseos de la fe.

LUCAS 2

El gozo de la fe habita siempre sobre el Señor y sobre Su pueblo, pero ve, en la relación que existe entre ellos, la magnitud de aquello que provoca este gozo. La salvación y la liberación de Dios vinieron en Cristo. Fue para la revelación de los gentiles, hasta entonces oculta en las tinieblas de la ignorancia sin serles revelado nada; y para la gloria de Israel, el pueblo de Dios. Éste es en realidad el fruto del gobierno de Dios en Cristo, esto es, el milenio. Pero si el Espíritu reveló a este fiel y bondadoso siervo del Dios de Israel el futuro que dependía de la presencia del Hijo de Dios, también le reveló que sostenía en sus brazos al Salvador mismo, dándole en el momento paz y un conocimiento del favor de Dios, de modo que la muerte perdió sus terrores. No fue un conocimiento de la obra de Jesús actuando sobre una conciencia iluminada y persuadida, sino el cumplimiento de las promesas a Israel, la posesión del Salvador y la prueba del favor divino, de manera que la paz que brotaba de allí llenaba su alma. Había las tres cosas: la profecía que anunció la venida de Cristo, la posesión de Cristo, y el efecto de Su presencia en todo el mundo. Estamos aquí en relación con el remanente de Israel, y consecuentemente no hallamos nada de la Iglesia y de las cosas puramente celestiales. El rechazo ocurre después. Aquí se trata de todo lo concerniente al remanente, a modo de bendición, mediante la presencia de Jesús. Su *obra* no es el asunto que estamos viendo.

¡Qué hermosa figura y qué testimonio rendido a este Hijo, por la manera en que a través del poder del Espíritu Santo Él llenó el corazón de este hombre santo al término de su carrera terrenal! Observemos también qué comunicaciones se le hace a este endeble remanente, desconocido en medio de las tinieblas que cubrían al pueblo. ¡Cuán dulce es pensar cuántas de esas almas, llenas de gracia y de la comunión con el Señor, han prosperado a la sombra de los hombres, desconocidas para ellos pero bien conocidas y amadas por Dios; unas almas que, cuando salgan de su re-

LUCAS 2

cogimiento, conforme a Su voluntad, en testimonio hacia Cristo, llevarán el tan bendito testimonio de una obra de Dios que sigue realizándose a pesar de todo lo que el hombre hace, tras la escena dolorosa y amarga que se sucede sobre la tierra! Pero el testimonio de este hombre santo fue más que la expresión de los pensamientos sumamente interesantes que llenaron su corazón en comunión entre él y Dios. Este conocimiento de Cristo y de los pensamientos de Dios respecto a Él, que se está realizando en secreto entre Dios y el alma, da conocimiento del efecto producido por la manifestación al mundo de Aquel que es su objeto. El Espíritu habla de ello por boca de Simeón. En sus anteriores palabras, recibimos la declaración del firme cumplimiento de los consejos de Dios en el Mesías, el gozo de su propio corazón. Ahora se describe el efecto de la presentación de Jesús como Mesías a Israel sobre la tierra. Cualquiera que haya sido el poder de Dios en Cristo para bendecir, Él sometió el corazón del hombre a prueba. Así debía ser cuando Él revelaba los pensamientos de muchos corazones—pues Él era luz—y tanto más cuando Él fue humilde en medio de un mundo orgulloso, una ocasión de tropiezo para muchos, y el medio de levantar de su condición caída y degradada a otros tantos. Como madre del Mesías, María debía de tener su propia alma atravesada por una espada, pues su hijo iba a ser rechazado, la relación natural del Mesías con el pueblo iba a romperse también y a ser refutada. Esta contradicción de pecadores contra el Señor dejó descubiertos todos los corazones en cuanto a sus deseos, sus esperanzas y ambiciones, fueran cuales fuesen las formas de piedad que habían asumido.

Tal era el testimonio rendido en Israel del Mesías, conforme a la acción del Espíritu de Dios sobre el remanente, y en medio de la esclavitud y de la miseria de ese pueblo. Son la plena consumación de los consejos de Dios a Israel y al mundo a través de Israel, para el gozo del corazón de los fieles que habían confiado en estas promesas, pero también

LUCAS 2

para prueba de cada corazón en ese momento, por medio de un Mesías cuya señal se criticaba. Los consejos de Dios y el corazón del hombre fueron revelados en Él.

Malaquías dijo que aquellos que temiesen al Señor en los tiempos de impiedad, cuando los orgullosos prosperasen felices, hablarían cada uno a su hermano. Este tiempo había llegado en Israel. Desde Malaquías hasta el nacimiento de Jesús, sólo hubo la transición de Israel de su miseria a su orgullo—un orgullo además que amaneció incluso en tiempos del profeta. Aquello que él dijo del remanente, también se estaba cumpliendo. Ellos «hablaban juntos.» Vemos que se conocían el uno al otro en este hermoso cuadro del pueblo oculto de Dios: «Ella habló de Aquel a todos los que esperaban la redención en Israel.» Ana, una viuda santa que no se alejaba del templo y la cual sentía profundamente la miseria de Israel, se ocupó con corazón entregado del trono de Dios para un pueblo del cual Dios no era ya más un esposo, sino que era formalmente viudo como ella; ésta da a conocer ahora a todos los que sopesaban estas cosas juntos, que el Señor había visitado su templo. Habían estado esperando la redención en Jerusalén, y ahora el Redentor—desconocido para los hombres—estaba allí. ¡Qué sujeto de gozo para este pobre remanente! ¡Qué respuesta para su fe!

Después de todo, Jerusalén no era el lugar donde Dios visitó al remanente de Su pueblo, sino el asiento del orgullo de aquellos que decían ser «el templo del Señor.» Y José y María, habiendo llevado a cabo todo lo que la ley les exigía, regresaron con el Hijo Jesús para tomar su lugar juntamente con Él en el despreciado lugar que debía darle su nombre, y en aquellas regiones donde el desdeñado remanente, los menesterosos del rebaño, tenían su morada, y donde el testimonio de Dios había anunciado que aparecería la luz.

Allí transcurrieron Sus primeros años, creciendo física y mentalmente en la verdadera humanidad que Él había asumido. ¡Simple y precioso testimonio! Pero no era menos

LUCAS 2

consciente de que llegaría el momento cuando debía hablar a los hombres de Su verdadera relación con Su Padre. Las dos cosas están unidas en lo que se dice al final de este capítulo. En el transcurso de Su humanidad, se manifiesta el Hijo de Dios sobre la tierra. José y María, quienes al tiempo que se maravillaban de todo lo que le había sucedido no acababan de conocer por la fe Su gloria, culpan al Niño de acuerdo a la posición en la que formalmente estaba ante ellos, propiciando la ocasión para que se manifieste en Jesús otro carácter de perfección. Si Él era el Hijo de Dios y tenía plena conciencia de ello, también era el Hijo obediente, sin pecado, siempre perfecto en esencia—un Niño obediente pese al sentido que tuviera de otra relación disociada de un sometimiento a unos padres humanos. La conciencia de lo uno, no perjudicaba Su perfección en lo otro. Al ser Él el Hijo de Dios, afirmaba Su perfección como Hombre e Hijo sobre la tierra.

Hay otra cosa importante a remarcar aquí: esta posición no tenía nada que ver con que Él fuese ungido con el Espíritu Santo. Él cumplió, no hay duda, el ministerio público que más tarde emprendió conforme al poder y a la perfección de esa unción; pero Su relación con Su Padre pertenecía a Su misma Persona. El lazo existía entre Él y Su Padre; era plenamente consciente de ello cualesquiera fueran los medios o las formas de su manifestación pública, y también era consciente del poder de Su ministerio. Él era todo lo que debía ser un niño, pero era el Hijo de Dios. Su relación con Su Padre le era tan conocida como Su obediencia a José y a Su madre era algo hermoso, lícito y perfecto.

Concluimos esta emotiva y divina historia del nacimiento y primeros años del Salvador divino, el Hijo del Hombre. Es imposible tener aquí nada de más profundo interés. A partir de ahora, es en Su ministerio y en Su vida pública que le hallaremos como el rechazado por los hombres, cumpliendo los consejos y la obra de Dios; separado de todos a fin de acometer todo ello en el poder del Espíritu Santo que le fue

LUCAS 3

dado sin medida, y para trazar una trayectoria que degradaría la verdad si la llamáramos sólo interesante. Su ofrecimiento sin mancha a Dios, incluyendo Su muerte, son los únicos medios posibles de toda relación entre nuestras almas y Dios; son la perfección de Su gracia manifestada y el fundamento de toda relación entre cualquier criatura y Él.

CAPÍTULO 3

En este capítulo hallamos el ejercicio del ministerio de la Palabra a Israel para la presentación del Señor a este mundo. No son las promesas a Israel y los privilegios asegurados a ellos por Dios, ni el nacimiento de ese Niño, quien era el Heredero de todas las promesas. El imperio, un testimonio mismo de la cautividad de Israel, era un instrumento para el cumplimiento de la Palabra con respecto al Señor. Los años se calculan aquí conforme al reinado de los gentiles. Judea es una provincia en manos del imperio gentil, y las otras partes de Canaán están divididas bajo diferentes cabezas subordinadas al imperio.

El sistema judío continúa no obstante. Los sumos sacerdotes estaban allí para ver pasar los años de su sometimiento a los gentiles bajo sus nombres, y al mismo tiempo para asegurar el orden, la doctrina y las ceremonias de los judíos tanto como les era posible en las circunstancias de ese período.

La Palabra de Dios es siempre segura, y es cuando las relaciones de Dios con Su pueblo fracasan por falta de fidelidad en ellos que Dios mantiene soberanamente Su relación mediante las comunicaciones de un profeta. Su Palabra soberana lo asegura cuando no existen otros medios.

Pero en este caso, el mensaje de Jehová a Su pueblo tenía un carácter peculiar, pues Israel estaba ya arruinado, cuando hubo abandonado al Señor. La bondad de Dios había permitido dejar a Su pueblo en la tierra, pero el trono del mundo fue transferido a los gentiles. Israel era ahora

LUCAS 3

llamado al arrepentimiento, a ser perdonado, y a tomar un nuevo lugar por medio de la venida del Mesías.

El testimonio de Dios no está por lo tanto relacionado con Sus ordenanzas en Jerusalén, aunque los justos se sometieran a ellas. Ni el profeta los pondera a que regresen a su antigua fidelidad sobre la base de lo que ellos eran. Es su voz en el desierto, enderezando sus caminos, a fin de que pudiera venir, desde fuera, a aquellos que se arrepintieran y se preparasen para Su venida. Como era Jehová mismo quien venía, Su glorias no se limitarían solamente a Israel, sino que toda carne vería la salvación efectuada por Dios. La condición de la nación era aquella fuera de la cual Dios los llamaba hacia Él por el arrepentimiento, proclamando la ira que estaba a punto de caer sobre un pueblo rebelde. Además, si Dios venía, Él quería realidades, los verdaderos frutos de justicia, y no el mero nombre de un pueblo. Él vino en Su poder soberano, capaz de hacer salir de la nada aquello que Él deseaba para Sí. Dios viene, y Él va a querer justicia impartida por la responsabilidad del hombre, porque Él es justo. Podía levantar simiente a Abraham por Su divino poder de las mismas piedras, si así lo creía conveniente. La presencia y la venida de Dios le dan todo el matiz.

Ahora bien, el hacha estaba *ya* a la raíz de los árboles, y cada cual debía ser juzgado según sus frutos. Era en balde alegar que ellos eran judíos; si gozaban de este privilegio, ¿dónde estaban los frutos? Pero Dios no aceptaría ninguno que proviniese de la valoración hecha por el hombre acerca de la justicia y el privilegio, ni del hueco juicio que los autocomplacientes formaran sobre los demás. Él se dirigió a la conciencia de todo el mundo.

Por consiguiente, los publicanos, objetos del odio de los judíos como instrumentos de la opresión fiscal de los gentiles, y los soldados, los cuales ejecutaban arbitrariamente las órdenes de los reyes, impuestas sobre el pueblo por voluntad de Roma, o tratándose de los gobernantes paganos, eran exhortados a que actuasen en conformidad con aque-

LUCAS 3

llo que producía el verdadero temor de Dios, en contraste con la iniquidad que se practicaba de costumbre siguiendo la voluntad humana. La multitud era exhortada a que practicara la caridad, mientras que el pueblo era tratado como generación de víboras sobre la cual venía la ira de Dios. La gracia trató con ellos avisándolos del juicio, pero este juicio era ya inminente.

A partir de los versículos 3-14, tenemos estas dos cosas: en los 3-6, la posición de Juan respecto al pueblo como tal, en la idea de que Dios mismo pronto aparecería; en los 6-14 su apelación a la conciencia de cada uno; los versículos 7-9 les enseñaban que los privilegios formales del pueblo no proveerían ningún refugio en presencia del Dios santo y justo, y que el ampararse en el privilegio nacional solamente provocaría la cólera sobre ellos—pues la nación estaba bajo el juicio y expuesta a la ira de Dios. En el versículo 10 entramos en detalles. En los versículos 15-17 queda solventada la pregunta acerca del Mesías.

El gran asunto, no obstante, de este pasaje—la gran verdad que el testimonio de Juan manifestó ante los ojos del pueblo—era que *Dios mismo* iba a venir. El hombre tenía que arrepentirse. Los privilegios, aunque se concedieron como medio de bendición, no podían alegarse frente a la naturaleza y justicia de Aquel que venía, ni podían destruir el poder por el cual Él podía formar un pueblo según Su propio corazón. Sin embargo, la puerta del arrepentimiento estaba abierta conforme a Su fidelidad para un pueblo que Él amaba.

Había una obra especial para el Mesías según los consejos, la sabiduría y la gracia de Dios. Él bautizaba con el Espíritu Santo y con fuego. Introdujo el poder y el juicio que expulsaba el mal, fuese en santidad o en bendición, o también en destrucción.

Él bautiza con el Espíritu Santo. Esto no significa meramente una renovación de deseos, sino poder, en gracia, en medio del mal. Él bautiza también con fuego. Éste es el jui-

LUCAS 3

cio que consume el mal, el cual también se aplicaba al suelo trillado de Israel. Él recogería Su trigo y lo aseguraría en otro lugar, mientras la paja podía ser quemada en el juicio.

Pero finalmente, Juan es arrojado en prisión por las cabezas legales del pueblo. No significa que este suceso ocurriera históricamente entonces, sino que el Espíritu de Dios presentaba moralmente el fin de su testimonio para que comenzara la vida de Jesús, el Hijo del Hombre, nacido Hijo de Dios en este mundo.

Esta historia comienza de un modo maravilloso con el versículo 21, a la vez que está lleno de gracia. Dios, por medio de Juan el Bautista, llamó a Su pueblo a arrepentirse, y aquellos en quienes Su palabra produjo este resultado acudieron para ser bautizados por Juan. Era la primera señal de vida y de obediencia. Perfecto en vida y en obediencia, Jesús descendió en gracia al remanente de Su pueblo y marchó allá tomando Su lugar con ellos para bautizarse con el bautismo de Juan. ¡Maravilloso y emocionante testimonio! Él no ama desde la distancia, ni se contenta con ofrecer el perdón, sino que se acerca por gracia al mismo lugar donde el pecado de Su pueblo los había llevado a sentir el poder vivificante de su Dios. Los conduce allí por gracia, pero los acompaña cuando ellos van. Toma Su lugar con ellos en las dificultades del camino y no los deja cuando los obstáculos se les presentan; e identificándose verdaderamente con el pobre remanente, con aquellos excelentes de la tierra en quienes Él se contentaba, llama a Jehová Su Señor; se despoja de toda fama, y sin decir tiene que Su bondad se extendía a Dios al renunciar a Su eterno lugar con Él y tomar el lugar de la humillación. Por esta misma razón, fue hecho perfecto por la posición que había tomado, reconociendo que en ella existía el pecado, y que incumbía al remanente para que fuese sensible ante el mismo cuando hiciera su regreso a Dios. Mostrarse sensible ante tal cosa era el comienzo del bien. A partir de aquí, Él podía ir con ellos. Pero cuando tomaba Él este camino con ellos, pese a

LUCAS 3

ser muy humilde la gracia, era ésta la que obraba en justicia, pues en Él todo era amor y obediencia y el camino en el cual glorificaba a Su Padre. Él entró por la puerta.

Al tomar Jesús esta posición de humildad que apelaba al estado del pueblo amado, y a la cual le llevó la gracia, se halló cumpliendo la justicia y toda la buena voluntad del Padre.

El Padre podía reconocerle como Aquel que satisfacía Su corazón allí donde se hallaban el pecado y los objetos de Su gracia, para poder dar libre curso a Su misericordia. La cruz era la total consumación de esto. Diremos algunas palabras sobre la diferencia cuando hablemos de la tentación del Señor; pero es el mismo principio en lo que la amada voluntad del Señor y la obediencia se refieren. Cristo estaba aquí *con* el remanente, en vez de ser el sustituto de ellos para expiar el pecado. El objeto del deleite del Padre había tomado, en gracia, Su lugar con el pueblo que confiesa sus pecados¹ delante de Dios, saliendo de ellos el gesto moral para confesarlos con corazón renovado, sin lo cual no podría haber estado en medio de ellos si no era como testigo para predicar proféticamente la gracia.

Habiendo tomado esta posición y orado—apareciendo como el Hombre fiel que depende de Dios y le eleva Su corazón, como la expresión de la perfección en dicha posición—el cielo es abierto a Jesús. Por el bautismo, tomó el lugar con el remanente cuando oraba, y mientras estaba allí exhibió la perfección en Su relación con Dios. La dependencia y el corazón que sube a Dios como expresión de su existencia, son la perfección del hombre visto aquí abajo; en este caso, en circunstancias tales como éstas. Aquí los cielos pueden abrirse. Y observemos que no son los cielos los que se abren para buscar a alguien alejado de Dios, ni es la

1. Él tomó este lugar con el remanente fiel en un acto que los distinguía de los impenitentes, pero que era el verdadero lugar del pueblo, el primer acto de la vida espiritual. El remanente con Juan es el judío veraz que toma su verdadero lugar con Dios. Éste es en el que Cristo entra con ellos.

LUCAS 3

gracia que desnuda el corazón ante un sentimiento determinado, sino la gracia y la perfección de Jesús que hicieron que los cielos se le abrieran. Como está escrito: «Así me ama mi Padre, porque yo pongo mi vida.» Así también la perfección positiva de Jesús¹ motivó que los cielos se abriesen. Tengamos en cuenta también que una vez presentado este principio de la reconciliación, los cielos y la tierra no están distantes el uno del otro. Es cierto que hasta después de la muerte de Cristo esta intimidad debe centrarse en la Persona de Jesús y ser efectuada sólo por Él, pero dicha muerte abarcaba todo el resto. Esta proximidad ya se estableció, aunque el grano de trigo tenía que quedar solo hasta que «cayese en tierra y fructificara.» No obstante, los ángeles, como hemos visto, podían decir: «Paz en la tierra, buena voluntad [de Dios] para los hombres.» Y vemos a los ángeles con los pastores, y a la hueste celestial que alaba a Dios a la vista y oídos de la tierra por lo que había tenido lugar; y aquí, el cielo abierto sobre el Hombre y el Espíritu Santo descendiendo visiblemente sobre Él.

Examinemos la sustancia de este último caso. Cristo ha tomado Su lugar con el remanente en su condición humilde y flaca, pero cumpliendo siempre la justicia. Todo el favor del Padre reposa sobre Él, y el Espíritu Santo desciende para sellarle y ungirle con Su presencia y Su poder. Hijo de Dios, Hombre sobre la tierra, el cielo es abierto a Él, y sobre Él se asocian los suyos². El primer paso que hacen estas almas humildes en la senda de la gracia y de la vida es el de

1. Obsérvese aquí que Cristo no tiene ningún objeto en el cielo donde fijar Su atención, como Esteban; pues Él es el objeto del mismo. Así lo fue para Esteban por el Espíritu Santo, cuando los cielos le fueron abiertos. Su Persona tiene siempre una clara evidencia, incluso cuando sitúa a Su pueblo en el mismo lugar que Él, o cuando se relaciona con ellos. Para más detalles, véase Mateo.

2. No estoy hablando aquí de la unión de la Iglesia con Cristo en el cielo, sino que Él toma Su lugar con el remanente, el cual acude a Dios por medio de la gracia conducido por la eficacia de Su Palabra y por el poder del Espíritu. Ésta es la razón por la que entiendo que hallamos a toda la gente bautizada, y después a Jesús que viene y se asocia con ellos.

LUCAS 4

hallar a Jesús con ellos, y al estar Él allí, acuden el favor y el deleite del Padre, y también el Espíritu Santo. Recordemos siempre que lo hacen sobre Él como Hombre, al tiempo que como Hijo de Dios.

Tal es la posición del hombre aceptado delante de Dios. Jesús es la medida, la expresión. Tiene estas dos cosas—el deleite del Padre, y el poder y el sello del Espíritu Santo; y ello en este mundo, conocido por aquel que lo disfruta. Hay ahora esta diferencia que ya vimos, que miramos por el Espíritu al cielo donde Jesús está, pero tomamos Su posición aquí abajo.

Contemplemos pues al hombre en Cristo—los cielos abiertos—el poder del Espíritu Santo sobre Él, y en Él, el testimonio del Padre y la relación del Hijo con el Padre.

Se verá que la genealogía de Cristo es recordada aquí, no hasta Abraham y David para que Él fuera el heredero de las promesas según la carne, sino hasta Adán, a fin de mostrar al verdadero Hijo de Dios como Hombre sobre la tierra, donde el primer Adán perdió su título. El último Adán, el Hijo de Dios, estaba allí aceptado por el Padre, y preparándose para hacer suyas las dificultades a las cuales la caída del primer Adán había llevado a los de su raza que se acercaban a Dios bajo la influencia de Su gracia.

El enemigo, a través del pecado, estaba en posesión del primer Adán; y Jesús debía obtener la victoria sobre Satanás si quería liberar a los que estaban bajo su poder. Debía atar al hombre fuerte. Conquistarle es prácticamente la segunda parte de la vida cristiana. El gozo en Dios, el conflicto con el enemigo, forman la vida del redimido sellado con el Espíritu Santo y caminando en Su poder. En ambas cosas el creyente está con Jesús, y Jesús está con él.

CAPÍTULO 4

El ignorado Hijo de Dios sobre la tierra, Jesús, es conducido al desierto por el Espíritu Santo, con el cual había sido

LUCAS 4

sellado, para padecer la tentación del enemigo con la cual cayó Adán. Jesús resistió esta tentación en las circunstancias en que nosotros estamos, no aquellas en las que Adán estaba, es decir, que la sintió en todas las dificultades de la vida de fe, tentado en todos los puntos como lo somos nosotros, sin excepción. Tengamos en cuenta aquí que no se trata de la esclavitud del pecado, sino de conflicto. Cuando se trata de servidumbre, tiene que ver con una liberación, no con un conflicto. Fue en Canaán donde Israel peleó. Ellos fueron liberados de Egipto, pero allí no contendieron.

En Lucas, las tentaciones van ordenadas según un orden moral: primero, aquellas que necesitaban las necesidades corporales; segundo, el mundo; tercero, la sutileza espiritual. En cada una el Señor mantiene la posición de obediencia y de dependencia, confiriendo a Dios y a Sus comunicaciones con el hombre—Su Palabra—el lugar que les corresponde. Simple principio que nos ampara de cada ataque, pero el cual también, por su misma sencillez, nos habla de perfección. Sin embargo, recordemos que éste ha de ser el caso, pues si nos eleváramos a alturas portentosas no sería lo que se requeriría de nosotros, sino que andaríamos en pos de lo que aplicamos a nuestra condición humana como regla para guiarnos. Es la obediencia, la dependencia—no haciendo nada excepto como Dios lo quiere, y fiándonos de Él. Este andar incluye a la Palabra. Pero la Palabra es la expresión de Su voluntad, la bondad y la autoridad de Dios, aplicables a todas las circunstancias del hombre tal como es. Demuestra que Dios se interesa en todo lo que le concierne: ¿por qué entonces debería actuar el hombre por sí mismo sin mirar a Dios ni a Su Palabra? ¡Ay, en general los hombres son muy voluntariosos! Someterse y ser dependientes es precisamente aquello que no querrán hacer. Tienen demasiada enemistad con Dios para confiar en Él. Fue esto, por lo tanto, lo que distinguió al Señor. Dios podía otorgar el poder para efectuar un milagro sobre quien Él quisiera, pero un hombre obediente tenía algo más que

LUCAS 4

poder si vivía por la Palabra y en completa dependencia de Dios, pues al no mostrar ninguna torcedura de lo que la voluntad de Dios no declaraba, esperaba la intervención de Su voluntad en el camino, la cual no necesitaba proveer más pruebas de fidelidad ni ningún medio más certero de que Él intervendría que Su promesa de hacerlo. Ésta fue la perfección del hombre en el lugar donde éste estaba—no simplemente la inocencia, pues ésta no necesita confiar en Dios en medio de las dificultades y de las penas, ni de las dudas originadas por el pecado, ni del conocimiento del bien y del mal—sino una perfección que refugiaba a uno que la poseyera de cada ataque que Satanás pudiera lanzarle. ¿Qué podía hacer contra uno que no traspasaba nunca la voluntad de Dios, y para quien esta voluntad era solamente el motivo para su conducta? El poder del Espíritu de Dios estaba allí. Por consiguiente, vemos que la obediencia sencilla guiada por la Palabra es la única arma empleada por Jesús. Esta obediencia requiere dependencia de Dios, confianza en Él para llevarla a cabo.

Él vive por la Palabra: esto es dependencia. No intentará entonces poner a prueba a Dios, para probar si Él es fiel: esto es confianza.

Actúa cuando Dios lo quiere, porque lo quiere, y hace aquello que Dios quiere. Deja todo lo demás en manos de Dios. Esto es obediencia; y, observemos aquí la obediencia no como señal de sumisión a la voluntad de Dios, donde se hallaba una de contraria, sino donde la voluntad de Dios era el único motivo para la acción. Somos santificados por la obediencia a Cristo.

Satanás es vencido y carece de poder ante este postrer Adán, el cual actúa conforme al poder del Espíritu en el lugar donde se halla el hombre, por los medios que Dios le ha dado, y en las circunstancias en que Satanás ejerce su poder. Pecado no había ninguno, pues hubiera significado la rendición, y no la conquista. El pecado fue dejado fuera por la obediencia. Satanás es vencido en las circunstancias ten-

LUCAS 4

tadoras en las que es hallado el hombre. Éstos fueron los puntos de ataque del enemigo: la necesidad corporal habría devenido codicia si hubiera surgido la propia voluntad, suplantando la dependencia de la voluntad divina; el mundo y toda su gloria, que forma el objeto de la codicia del hombre; el reino de Satanás, terreno al que intentó llevar a Jesús, poniéndose en evidencia; y por último, la propia exaltación efectuada religiosamente a través de las cosas que Dios nos ha dado. Nunca hubo en Jesús la búsqueda de Su exaltación.

Hemos hallado, en estas cosas que hemos visto, a un Hombre lleno del Espíritu Santo y nacido de Él sobre la tierra, perfectamente complaciente a Dios y como objeto de Su deleite, Su Hijo amado, en la posición de dependencia. Un Hombre, el conquistador de Satanás en medio de aquellas tentaciones por las cuales éste normalmente gana ventaja sobre nosotros, conquista en el poder del Espíritu utilizando la Palabra en dependencia, obediente y confiando en Dios en las circunstancias ordinarias del hombre. En la primera posición, Jesús permaneció con el remanente; en la segunda, estuvo solo—como en Gethsemaní y en la cruz. No obstante, lo hizo para nosotros; y aprobados como Jesús lo fue, tenemos en cierto sentido al enemigo para vencerle. Es un enemigo conquistado al que resistimos en la fuerza del Espíritu Santo, la cual nos es dada en virtud de la redención. Si le resistimos, él huirá, pues se ha topado con su conquistador. La carne no le resiste. Él halla a Cristo en nosotros. La resistencia con la carne no conduce a la victoria.

Jesús conquistó al hombre fuerte y luego despojó sus bienes; pero fue en tentación, obediencia, careciendo de voluntad excepto de la de Dios, en dependencia, utilizando la Palabra y viviendo en sujeción a Dios que Jesús obtuvo la victoria sobre él. En todo esto falló el primer Adán. Después de la victoria de Cristo, nosotros también obtenemos victorias reales como siervos de Cristo, o más bien los frutos de la victoria ya ganados en presencia de Dios.

LUCAS 4

El Señor ha tomado ahora Su lugar, por así decirlo, para la obra del postrer Adán—el Hombre en quien está el Espíritu sin medida, el Hijo de Dios en este mundo por Su nacimiento, que ha adquirido esta posición en la forma de la simiente de la mujer, concebido no obstante por el Espíritu Santo. Él ha tomado este lugar como el Hijo de Dios, satisfaciéndole en Su Persona como Hombre, y también como el Conquistador de Satanás. Reconocido el Hijo de Dios, y sellado por el Espíritu Santo por el Padre, siéndole abierto el cielo Su genealogía es reseguída hasta Adán; y, el descendiente de Adán, sin pecado y lleno del Espíritu Santo, conquista a Satanás—como el hombre obediente que carece de otros motivos que no son la voluntad de Dios—y resuelve acometer por el poder del Espíritu Santo la obra que Dios Su Padre le encomendó en este mundo. Más adelante, regresa en el poder del Espíritu a Galilea¹ y su fama se expande por toda la región alrededor.

El se presenta en este carácter: «El Espíritu de Jehová está sobre mí, porque él me ha ungido para predicar el evangelio a los pobres, me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón... a predicar el año aceptable de Jehová.» Aquí se detiene. Lo que sigue diciendo el profeta, respecto a la liberación de Israel por el juicio que los recompensa de sus enemigos, es omitido por el Señor.

Ahora Jesús no anuncia las promesas, sino Su consumación en gracia mediante Su presencia. El Espíritu está sobre este Hombre lleno de gracia; y el Dios de gracia en Él manifiesta Su bondad. El tiempo de la liberación ha llegado. El objeto de Su favor a Israel está allí en medio de ellos.

El examen de la profecía hace que este testimonio sea mucho más notable en que el Espíritu, habiendo declarado el pecado del pueblo y su juicio en los capítulos que prece-

1. Véase aquí que, como ungido por el Espíritu Santo y conducido por Él, se va para ser tentado, y regresa en su poder. Ninguno se perdió, y este poder se mostró igual en el aparente resultado negativo de vencer, como en la manifestación milagrosa de poder más tarde sobre los hombres.

LUCAS 4

den estas palabras, habla solamente de la gracia y la bendición a Israel al presentar al Cristo, al Ungido: si tiene que haber venganza, debe ser ejecutada sobre sus enemigos para la liberación de Israel.

Se trata de la gracia en Su Persona, de este Hombre lleno del Espíritu Santo, el Hijo de Dios fiel a Sus promesas, a fin de proclamar la misericordia divina y confortar y levantar a los decaídos y pobres de espíritu. La bendición estaba allí, presentándose delante de ellos. No podían ignorarla, pero no reconocen al Hijo de Dios. «¿No es éste el hijo de José?» Tenemos aquí toda la historia de Cristo—la manifestación perfecta de la gracia en medio de Israel, Su tierra y Su pueblo; y ellos no le conocieron. Ningún profeta es aceptado en su propio país.

Este rechazo abrió las puertas para una gracia que traspasaba los límites que un pueblo rebelde le establecería. La mujer de Sarepta, y Naamán, fueron testimonios de esta gracia.

La cólera llena los corazones de aquellos que rechazan la gracia. Descreídos, e incapaces de discernir la bendición que los visitaba, no querían dejar que publicara sus efectos. La soberbia que los hacía incapaces de apreciar la gracia no escucharía sus comunicaciones para los demás.

Intentan destruir a Jesús, pero Él sigue en Su camino. Aquí se resigue toda la historia de Jesús entre el pueblo. Él siguió Su camino, y el Espíritu nos reserva los actos y las curaciones que caracterizan a Su ministerio bajo la mirada de la gracia eficaz, y de la inclusión de otros aparte de Israel.

El poder estaba en Aquel cuya gracia fue rechazada. Reconocido por los demonios, si no por Israel, Él los expulsa con una palabra. Sana también a los enfermos. Todo el poder del enemigo, todos los tristes resultados exteriores del pecado desaparecen ante Él. Cura y echa fuera; y cuando le suplican que se quede—fue el efecto de Sus palabras que le procuraron el honor del pueblo que Él no buscaba—se mar-

LUCAS 5

cha para continuar la labor en otra parte con el testimonio que le fue encomendado. Él buscaba cumplir esta obra, no honores. Predica en todas partes entre el pueblo. Echa fuera al enemigo, quita el sufrimiento y anuncia la bondad de Dios a los pobres.

CAPÍTULO 5

Siendo Hombre, vino para los hombres. Se asociará con otros en esta obra gloriosa en este capítulo. Tenía derecho a hacerlo. Si Él era en gracia un Siervo, también lo era conforme al pleno poder del Espíritu Santo. Efectuó un milagro que tocaría a aquellos que Él llamaría, y que les hacía sentir que todo se hallaba a Su disposición, que todo dependía de Él, que donde el hombre no podía hacer nada, Él podía hacerlo todo. Tocado en la conciencia por la presencia del Señor, Pedro confiesa su inferioridad, pero atraído por la gracia se dirige a Cristo. La gracia le levanta y le establece como el portavoz de este acontecimiento a los demás: el ser pescador de hombres. Ya no se trataba de un predicador de justicia entre el pueblo de Dios, sino de uno que capturó con Su red a los que estaban apartados. Él atraía para Sí, como resultado de la manifestación sobre la tierra del poder y el carácter de Dios. Era la gracia que obraba allí.

Él estaba allí con la voluntad y el poder para curar aquello que era figura del pecado, incurable a menos que Dios interviniera. Pero Dios intervino; y en gracia puede Él decir, y de hecho lo dice, a uno que reconoció Su poder pero dudaba de Su voluntad: «Quiero, sé limpio¹.» Se sometió a las ordenanzas judías como quien obedece a la ley. Jesús oró, como Hombre dependiente de Dios. Ésta era Su perfección como Hombre nacido bajo la ley. Además, necesitaba reconocer estas ordenanzas de Dios, todavía no abrogadas por Su re-

1. Si alguien tocaba a un leproso, era impuro. Pero aquí la gracia de Dios obra, y el Jesús inmaculado toca al leproso—Dios en gracia, no mancillado, pero como Hombre que tocó a los mancillados para limpiarlos.

LUCAS 5

chazo. Esta obediencia como Hombre devino un testimonio, pues el poder de Jehová podía curar la lepra, y los sacerdotes tuvieron que reconocer aquello que se había hecho.

Él trae perdón así como purificación, dando *prueba* de ello quitando toda enfermedad y transmitiendo fortaleza a los que no tenían ninguna. Esta prueba no era la *doctrina* de que Dios sabía perdonar. Ellos lo creyeron, pero Dios intervino y el perdón estaba presente. Ya no tendrían que esperar largo tiempo el último día, ni el día del juicio, para conocer su condición. No era necesario que se presentara un Natán que anunciase este perdón de parte de un Dios que estaba en el cielo, mientras Su pueblo estaba sobre la tierra. El perdón había venido hasta ella en la Persona del Hijo del Hombre. En todo esto Jesús dio pruebas del poder y de los derechos de Jehová. En este ejemplo, fue el cumplimiento del Salmo 103:3; pero, a la vez, Él da estas pruebas por cumplidas de parte del poder del Espíritu Santo, sin medida en el hombre, en Su propia Persona de Hijo de Dios. El Hijo del Hombre tiene poder sobre la tierra para perdonar los pecados: de hecho, Jehová había venido como Hombre. El Hijo del Hombre estaba allí ante sus ojos en gracia para ejercer este poder. Una prueba de que Dios los había visitado.

En ambos ejemplos¹, mientras manifestaba el Señor un poder apto para extenderse, y de hecho lo hizo, hasta atravesar esta esfera, lo muestra en relación con Israel. La purificación era una prueba del poder de Jehová en medio del pueblo, y el perdón estaba relacionado con Su gobierno en Israel. Por lo tanto, esto quedó demostrado a través de la

1. El llamamiento de Pedro es más general en este sentido, en que está más relacionado con la Persona de Cristo. No obstante, aunque era un pescador de hombres—una palabra utilizada evidentemente en contraste con la profesión que le mantenía ocupado—él ejerció su ministerio más particularmente con respecto a Israel. Pero era el poder en la Persona de Cristo que gobernaba su corazón; de manera que era fundamentalmente la cosa nueva, pero hasta ahora en su relación con Israel, al tiempo que continuaba más allá. Es al final del capítulo 7 y en el capítulo 8 donde entramos en el terreno más lejano de los estrechos límites de Israel.

LUCAS 5

curación perfecta del hombre enfermo, conforme al Salmo ya citado¹. Estos derechos no sólo estaban limitados a Israel, sino que en ese momento eran ejercidos en relación con esta nación. Él lavó, en gracia, aquello que Jehová sólo podía lavar. Perdonó lo que Jehová sólo podía perdonar, llevándose todas las consecuencias de su pecado. Era, en este sentido, un perdón gubernamental; el poder de Jehová presente para restaurar totalmente y restablecer a Israel, dondequiera que la fe obtuviera beneficio de ello. Más tarde, veremos el perdón para la paz en el alma.

El llamamiento de Leví, y aquello que le siguió, demuestra que este poder no sólo había de extenderse fuera de Israel, sino que los odres viejos no eran capaces de contenerlo. Debía formarse de ello mismo un vaso nuevo.

Podemos destacar aquí también, por otro lado, que la fe está caracterizada por la perseverancia. Conociendo el mal que es imposible de remediar, y sabiendo que hay Uno allí que puede curarlo, la fe no se deja desanimar, no abandona el alivio de su necesidad. Ahora bien, el poder de Dios *estaba allí* para satisfacer esta necesidad.

Esto termina esa parte de la narración que revela, de manera positiva, el poder divino que visita la tierra en gracia, en la Persona del Hijo de Dios, y ejercitado en Israel en la condición en que fueron hallados por ella.

Lo que viene a continuación caracteriza al ejercicio de la misma, en contraposición al judaísmo. Pero aquello que ya hemos estudiado se divide en dos partes, conteniendo distintos caracteres dignos de mención. En primer lugar, partiendo del capítulo 4:31-41, es el poder del Señor manifestándose de Su parte, triunfante sobre el poder del enemigo—sin ninguna relación especial con la mente del individuo—ya sea en enfermedad o en pertenencias. El poder

1. Comparar Job 33, Job 36 y Santiago 5:14-15: el primero, fuera de las dispensaciones, y Santiago, bajo la cristiandad. En Israel, es el Señor mismo en gracia soberana.

LUCAS 5

del enemigo se halla allí. Jesús le echa fuera y sana a aquellos que lo padecían. Pero seguidamente, Su ocupación pasa a ser la de predicar. Y el reino no era solamente la manifestación de un poder que echaba fuera todo lo del enemigo, sino un poder que llevaba a las almas también en relación con Dios. Vemos esto en el capítulo 5:1-26. Aquí, su condición delante de Dios, el pecado y la fe son contemplados—en una palabra, todo lo concerniente a la relación de ellos con Dios.

Consecuentemente, vemos la autoridad de la Palabra de Cristo sobre el corazón, la manifestación de Su gloria—es reconocido como Señor—la convicción del pecado, el justo celo por Su gloria, en el sentido que Su santidad debía mantenerse inviolada; el alma que se pone del lado de Dios contra sí misma, a razón del amor por la santidad y del respeto por la gloria de Dios, aun cuando siente la atracción de Su gracia. De modo que todo es olvidado—los peces, la red, el bote y el peligro: «una cosa» es algo que el alma ya posee. He aquí la respuesta del Señor que difumina todo temor, asociándose Él con el alma liberada en la gracia que había ejercido para con ella, y en la obra que efectuó por causa de los hombres. Fue ya moralmente liberada de todo lo que le rodeaba; ahora, en el gozo pleno de la gracia, el alma es puesta en libertad por el poder de esta gracia, dándose totalmente a Jesús. El Señor—la manifestación perfecta de Dios al crear nuevos afectos por su revelación de Dios—separa el corazón de todo lo que le ata a este mundo y al orden del viejo hombre, a fin de ponerlo aparte para Sí mismo, para Dios. Él se rodea de todo lo que es liberado, deviniendo su centro; y, verdaderamente, también da libertad en este sentido.

Él lava al leproso, algo que nadie excepto Jehová podía hacer. Pero no obstante, Él no se sale de Su posición bajo la ley; y por muy grande que sea Su fama, mantiene Su lugar de perfecta dependencia como hombre ante Dios. El leproso, el inmundado, puede volver a Dios.

LUCAS 5

Seguidamente, Él perdona. Los culpables ya no son más culpables en presencia de Dios: son perdonados. A la vez, reciben fortaleza. En ambos casos, la fe *busca* al Señor, y presenta su necesidad ante Él.

El Señor exhibe ahora el carácter de esta gracia en relación con sus objetos. Siendo superior, siendo de Dios, esta gracia actúa en virtud de sus derechos. Las circunstancias humanas no son obstáculo, pues se adaptan por sí mismas a la necesidad, y no a los privilegios del hombre. No está sujeta a ordenanzas¹ y no se atiene a ellas. El poder de Dios por el Espíritu estaba allí, y actuaba por sí mismo produciendo sus propios efectos y separando lo que era antiguo—aquello a lo que el hombre estaba ligado² y en lo que el po-

1. Cristo, nacido bajo la ley, estaba sujeto a ellas. Pero esto es algo diferente. Aquí se trata de un poder divino que actúa en gracia.

2. Aquí también el Señor, al presentar las razones por las que los discípulos no debían obedecer las ordenanzas y las instituciones de Juan y de los fariseos, era algo que los relacionaba con los dos principios ya señalados: Su posición en medio de Israel, y el poder de la gracia que traspasaba sus límites. El Mesías, Jehová mismo, estaba entre ellos en esta gracia—pese a su fracaso bajo la ley y a su sometimiento a los gentiles—conforme a aquello que Jehová llamaba por Su nombre: «Yo soy el Señor que te ha curado.» Cuando menos, Él estaba allí en la supremacía de la gracia por causa de la fe. Aquellos que entonces le reconocían como el Mesías, el esposo de Israel, ¿podían ayunar mientras Él estuviese con ellos? Un día los dejaría, y entonces no habría duda de que era el tiempo indicado para ayunar. Por otro lado, es siempre imposible. Él no podía querer encajar el nuevo vestido del cristianismo en el viejo vestido del judaísmo, ya que la naturaleza de este último era incapaz de adaptarse a la gracia, acabada además como dispensación por el pecado, y bajo la cual estaba Israel en juicio, sujetados a los gentiles. El poder del Espíritu de Dios en gracia no podía limitarse a las ordenanzas de la ley, pues su sola energía las destruiría. El llamamiento de Leví soliviantó de manera notable los prejuicios de los judíos. Sus compatriotas eran los instrumentos de las extorsiones hechas por sus cabezas, las cuales les recordaban no sin dolor su sometimiento a los gentiles. Pero el Señor estaba allí en gracia buscando a los pecadores.

Lo que el Espíritu Santo nos pone delante es la presencia del Señor y los derechos que van unidos a Su Persona y soberana gracia, que había entrado en Israel pero que salía necesariamente fuera de sus límites y ponía a un lado el sistema legal que no podía recibir la cosa nueva. Ésta es la clave a todas estas explicaciones. En lo que al sábado se refiere, el primer ejemplo muestra la supremacía que le daba Su gloriosa Persona sobre todo lo que era señal del

LUCAS 6

der del Espíritu no podía quedar preso. Los escribas y los fariseos no querían que el Señor se asociara con los impíos e irreputados. Dios busca a aquellos que le necesitan—a los pecadores—en gracia.

Cuando le preguntan por qué Sus discípulos no observan las costumbres y las ordenanzas de Juan y los fariseos, por las cuales ellos controlaban la piedad legal de sus discípulos, se debía a que la cosa nueva no podía someterse a las formas propias de lo antiguo, que no podían sostener la fuerza y la energía de aquello que venía de Dios. Lo antiguo eran las formas del hombre según la carne; lo nuevo, la energía de Dios según el Espíritu. Además, no era momento de mostrar una piedad añadida, que se mortificaba a sí misma. ¿Qué más podía hacer el hombre? El Esposo estaba allí.

Sin embargo, el hombre prefería lo antiguo, porque era del hombre, y no el poder de Dios.

CAPÍTULO 6

Las circunstancias explicadas en el capítulo 6:1-10 hacen referencia a la misma verdad, y a un aspecto importante de la misma. El sábado era la señal del pacto entre Israel y Dios—el descanso después de las obras acabadas. Los fariseos culpan a los discípulos de Cristo porque frotaban las semillas de trigo en sus manos. Ahora bien, un David rechazado franqueó la barrera de la ley cuando más lo necesitó, pues cuando el Ungido de Jehová fue rechazado y expulsado, todo se hizo de una común manera. El Hijo del Hombre—Hijo de David, rechazado como el hijo de Jesé, el rey escogido y ungido—era Señor del sábado; el deber del hombre cedió a la soberanía de Dios; el Hijo del Hombre estaba allí con los derechos y el poder de Dios. ¡Maravillosa

pacto; y el segundo muestra que la bondad de Dios no puede renunciar a sus derechos y naturaleza. Hace el bien incluso en sábado.

LUCAS 6

realidad! El poder de Dios presente en gracia no permitió que existiera miseria, porque era el día de gracia. Esto era poner de lado al judaísmo. Ése fue el deber del hombre para con Dios, y Cristo era la manifestación de Dios en gracia para con los hombres¹. Valiéndose de los derechos que le autorizaban que los corroborase como tales, Él sana, estando la sinagoga llena, al hombre de la mano seca. Todos se llenan de asombro ante esta manifestación de poder, la cual baña el alma y derriba los diques de su orgullo y justicia propia. Podemos observar que todas estas circunstancias están reunidas bajo un orden y relación mutuos que son perfectos².

El Señor ha mostrado que esta gracia que visitó a Israel, según podía esperarse del Dios Todopoderoso, fiel a Sus

1. Éste es un aspecto importante. Una parte en el reposo de Dios es el privilegio único de los santos—del pueblo de Dios. El hombre no lo poseía en la caída, aun así el reposo divino siguió siendo la porción especial de Su pueblo. Tampoco lo poseía bajo la ley. Pero cada diferente institución, en la ley, va acompañada de una intensificación del sábado, la expresión formal del reposo del primer Adán, y esto Israel lo disfrutará al final de la historia del mundo. Hasta entonces, como el Señor dijo de manera bendita: «Mi Padre trabaja hasta ahora, y yo trabajo.» Para nosotros, el día de reposo no es el séptimo día, el final de la semana de este mundo; sino el primer día, el día después del sábado, el principio de una nueva semana, una nueva creación, el día de la resurrección de Cristo, el comienzo de un nuevo estado para el hombre, cuya consumación espera toda la creación que nos rodea; sólo estamos ante Dios en Espíritu como Cristo lo está. De ahí que el sábado, el séptimo día, el descanso de la primera creación sobre el terreno humano y legal, sea siempre tratado con rechazo en el Nuevo Testamento, aunque no dejado a un lado hasta que viniera el juicio, pero como una ordenanza que murió con Cristo en la tumba, en donde Él la sufrió—sólo fue hecha para el hombre como un favor. El día del Señor es nuestro día, y las benditas arras exteriores del reposo celestial.

2. Quizá deba destacar aquí que, donde se sigue un orden cronológico en Lucas, es del mismo modo que en Marcos, y, en el de los sucesos, no como en Mateo, donde están puestos correlativamente para presentar el objeto del evangelio. Sólo ocasionalmente se introduce en Lucas una circunstancia que puede haber sucedido en otro tiempo para ilustrar el asunto históricamente relatado. Pero en el capítulo 9, Lucas llega al último viaje a Jerusalén (vers. 51), y a partir de entonces siguen una serie de instrucciones morales hasta el capítulo 18:31, principalmente durante el período de este viaje, pero en la mayoría de sus partes tiene poco que decir respecto a las fechas.

LUCAS 6

promesas, no podía quedar limitada a las estrechas ligazones de ese pueblo, ni adaptarse a las ordenanzas de la ley, ni que los hombres desearan las cosas viejas, pues el poder de Dios debía actuar de acuerdo a su propia naturaleza. Había mostrado que cualquier señal del viejo pacto, la más sagrada siquiera o ineludible, debía doblarse a Su título superior, y dar lugar a los derechos de Su amor divino, el cual estaba actuando. Las cosas viejas fueron de este modo juzgadas, y pasaron. Él se declaró en todo—por ejemplo, en el llamamiento de Pedro—ser el nuevo centro en torno al cual giran las bendiciones y aquellos que buscan a Dios. Él era la manifestación viva de Dios y de la bendición en los hombres. Dios fue manifestado, el viejo orden de cosas estaba obsoleto y era incapaz de contener esta gracia, y el remanente fue separado—en torno al Señor—de un mundo que no vio ninguna belleza en Él para que pudiera desearle. Él actuaba ahora sobre esta base; y si la fe le buscaba en Israel, el poder de la gracia se manifestaba de un modo nuevo. Dios se rodea de los hombres como el centro de bendición en Cristo como hombre. Él es amor, y en la actividad de este amor Él busca a los perdidos. Nadie excepto Uno que era Dios y que le reveló, podía rodearse de Sus seguidores. Ningún profeta lo hizo jamás (véase Juan 1). Ninguno podía avanzar con la autoridad y el poder de un mensaje divino, sino Dios. Cristo había sido enviado; y ahora Él es quien envía. El nombre de «apóstol» (enviado), pues así los llama Él, contiene esta profunda y maravillosa verdad: Dios está actuando en gracia. Él se rodea de los benditos, y busca a miserables pecadores. Si Cristo, el verdadero centro de la gracia y la felicidad, se rodea de seguidores, no obstante envía también a Sus escogidos para dar testimonio del amor que Él vino a manifestar. Dios se manifestó en el Hombre. En este Hombre, Él busca a los pecadores. El Hombre participa de la manifestación más inmediata de la naturaleza divina en ambas maneras. Él está con Cristo como hombre; y es enviado por Cristo.

LUCAS 6

Cristo mismo hace esto como Hombre; es el Hombre lleno del Espíritu Santo. Así, le vemos nuevamente manifestándose en dependencia de Su Padre antes de escoger a los discípulos. Se retira a orar, y pasa toda la noche en oración.

Ahora va más allá de Su manifestación, lleno en Su Persona del Espíritu Santo, para introducir el conocimiento de Dios entre los hombres. Él deviene el centro, alrededor del cual deben venir todos los que le buscan, y una fuente de misión para la consumación de Su amor—el centro de la manifestación del poder divino en gracia. Y, por lo tanto, llamó en torno a Él al remanente que había de ser salvo. Su posición se resume en cada aspecto en aquello que se dice después de que descendiera del monte con los discípulos, habiendo tenido comunión con Dios. En la llanura¹ se rodea de la compañía de los discípulos, y después, de una gran multitud atraída por Su Palabra y obras. Había la atracción de la Palabra de Dios, y Él curó las enfermedades de los hombres y anuló el poder de Satanás. Este poder habitaba en Su Persona; la virtud que salía de Él dio estos testimonios exteriores del poder de Dios presente en gracia. La atención del pueblo estaba puesta en Él. No obstante, hemos visto que las cosas viejas, a las que era afín la multitud, pasaban. Él se rodeaba de corazones fieles a Dios, de los llamados por gracia. Aquí por tanto no anuncia estrictamente, como en Mateo, al carácter del reino para mostrar que se acercaba la dispensación, cuando dice: «Bienaventurados los pobres en el espíritu», etc., sino que, distinguiendo al remanente por su apego a Él declara a los discípulos que le seguían que ellos eran los bienaventurados que iban a poseer el reino. Esto es importante porque separa el remanente, situándolo en relación con Él para recibir la bendición. Se describe, de manera notoria, el carácter de aquellos que fueron de este modo bendecidos por Dios.

El discurso del Señor se divide en diversas ramas:

1. Propiamente «un lugar plano» sobre el monte (*topou pedinou*).

LUCAS 6

Versículos 20-26. El contraste entre el remanente, manifestado como Sus discípulos, y la multitud que estaba satisfecha con el mundo, añadiendo el aviso a los que permanecían en el lugar de discípulos y en el que se ganaban el favor del mundo. ¡Ay de éstos! Observemos asimismo que no se trata de una cuestión de ser perseguidos por causa de la justicia, como en Mateo, sino solamente por causa de Su nombre. Todo estaba matizado por el apego a Su Persona.

Versículos 27-36: El carácter de Dios su Padre en la manifestación de gracia en Cristo, el cual ellos debían imitar. Revela, fijémonos, el nombre del Padre y los coloca en el lugar de hijos.

Versículos 37-38: Este carácter se desarrolló especialmente en la posición de Cristo, mientras Él estaba sobre la tierra en ese tiempo cumpliendo Su servicio. Ello implicaba gobierno y recompensa de parte de Dios, como fue el caso con respecto a Cristo mismo.

Versículo 39: La condición de los líderes de Israel, y la relación entre ellos y la multitud.

Versículo 40: La condición de los discípulos en relación con Cristo.

Versículos 41-42: El modo de llegar a ella, y de ver claramente en medio del mal, es quitando el mal de uno mismo.

Después, en general, su fruto caracterizó a cada árbol. Acercarse a Cristo para escucharle no era la cuestión, sino que Él fuese apreciado de manera tal en sus corazones para que franqueasen todo obstáculo y le obedecieran en la práctica.

Resumamos estas cosas que hemos estado considerando. Él actúa con un poder que expulsa el mal, porque lo halla allí, y Él es bueno; Dios sólo es bueno. Llega a la conciencia y llama para Sí a las almas. Procede en relación con la esperanza de Israel y el poder de Dios para lavar, y perdonando para darles fortaleza. Es una gracia que todos necesitamos; y la bondad de Dios, la energía de Su amor, no se

LUCAS 6

limitaba a ese pueblo. Su ejercicio no aprobaba las formas en que vivían los judíos—o más bien en las que no podían vivir—y el vino nuevo debía meterse en odres nuevos. El asunto del sábado solventó la cuestión acerca de la introducción de este poder, la señal del pacto que dio paso a ello: Aquel que lo ejercía era el Señor del sábado. La misericordia del Dios del sábado no era estática, como si tuviera atadas las manos por lo que Él había establecido en relación con el pacto. Jesús congrega en torno a Él los vasos de Su gracia y poder de acuerdo a la voluntad de Dios. Ellos eran los bienaventurados, los herederos del reino. El Señor describe el carácter de los tales. No eran la indiferencia ni el orgullo los que surgieron de una ignorancia de Dios, justamente alienado de Israel cuando éste pecó contra Él y menospreció la manifestación gloriosa de Su gracia en Cristo. Ellos comparten la angustia y el dolor que dicha condición del pueblo debía causar en aquellos que poseían la mente de Dios. Odiados, proscritos, avergonzados por causa del Hijo del Hombre que había venido para llevar sus sufrimientos, ésta fue su gloria. Debían compartir Su gloria cuando la naturaleza de Dios fuese glorificada al hacerse todas las cosas según Su voluntad. No serían avergonzados en el cielo, sino que recibirían allí su galardón, no en Israel. «De la misma manera hacían sus padres con los profetas.» ¡Ay de aquellos que vivían tranquilos en Sión durante la condición pecaminosa de Israel, y su rechazo y maltrato del Mesías! Es la diferencia entre el carácter del verdadero remanente y el de los orgullosos de entre el pueblo.

Entonces hallamos la conducta que se ajusta a los primeros—una conducta que, para expresarlo así, comprende los elementos esenciales, el carácter de Dios en gracia manifestado en Jesús sobre la tierra. Jesús tenía Su carácter de servicio como Hijo del Hombre; la aplicación de esto a sus circunstancias personales viene dado en los versículos 37-38. En el 39, nos son presentados los líderes de Israel, y en el versículo 40 la porción de los discípulos. Rechazados

LUCAS 7

como Él lo fue, deberían tener Su misma parte, y asumiendo que le siguiesen a la perfección la obtendrían en bendición, en gracia, en carácter y también en posición. ¡Qué favor¹! Además, el juicio del yo, y no el de un hermano, era el medio de obtener una visión moral clara. Si el árbol era bueno, el fruto también. El propio juicio se aplica a los árboles. Esto es siempre cierto. En el juicio de uno mismo, no es solamente el fruto lo que es correcto; es uno mismo. Y el árbol es conocido por su fruto—no sólo por el fruto bueno, sino por el de uno. El cristiano lleva el fruto de la naturaleza de Cristo. También es el corazón y la verdadera obediencia práctica los que son contemplados.

Aquí, entonces, nos son presentados los grandes principios de la nueva vida, en toda su manifestación práctica en Cristo. Es la cosa nueva moralmente, el sabor y el carácter del vino nuevo—el remanente hecho semejante a Cristo, a quien seguían, a Cristo el nuevo centro del movimiento del Espíritu de Dios, y del llamamiento de Su gracia. Cristo ha salido del recinto amurallado del judaísmo en el poder de una nueva vida, y por la autoridad del Altísimo, quien había introducido la bendición en este ámbito, la cual ellos eran incapaces de apreciar. Había salido de este recinto conforme a los principios de la vida que Él anunciaba; pero históricamente, estaba todavía en él.

CAPÍTULO 7

A partir de aquí, hallamos al Espíritu actuando en el corazón de un gentil. El corazón manifestó más su fe que la de cualquier otro entre los hijos de Israel. Corazón humilde

1. Esto, no obstante, no se refiere intrínsecamente a la naturaleza, pues en Cristo no había pecado. Ni la palabra que se emplea para *perfecto* tiene este sentido. Es uno completamente instruido a fondo, formado por la enseñanza de su maestro, *omnibus numeris absolutus*. Él será como su maestro, en toda la formación que recibió de él. Cristo era la perfección; y nosotros crecemos a Él en todas las cosas hasta la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (Col. 1:28).

LUCAS 7

y amante del pueblo de Dios, este gentil puede ver en Jesús a Uno que tenía autoridad sobre todas las cosas, como la que él tenía sobre sus soldados y sirvientes. Aventajaron así sus afectos los del pueblo en su estado caído. No sabía nada acerca del Mesías, pero reconoció en Jesús¹ el poder de Dios. Esto no era una mera idea. Era fe. Y una fe como ésta no existía en Israel.

El Señor entonces actúa con un poder que había de ser la fuente de aquello que es nuevo para el hombre. *Él resucita a los muertos*. Esto escapaba realmente de lo prescrito en las ordenanzas de la ley. Mostró compasión por la aflicción y la miseria humanas. La muerte era para el hombre una carga: Jesús le libra de ella. No se trataba solamente de lavar a un israelita leproso, ni de perdonar y curar a los que de entre Su pueblo tenían fe; Él restaura la vida a uno que la había perdido. Israel, claro está, se beneficiará de ello, pero el poder necesario para el cumplimiento de esta obra es aquel que hace todas las cosas nuevas dondequiera que se encuentra.

El cambio del cual estamos hablando, y que ilustra tan gráficamente estos dos ejemplos, se nos presenta cuando consideramos la relación entre Cristo y Juan el Bautista, quien manda a indagar acerca del Señor y a escuchar de Sus labios cuál es Su identidad. Juan había oído de Sus milagros, y manda a sus discípulos a que preguntasen sobre el que los hacía. Naturalmente, el Mesías, en el ejercicio de Su poder, le habría librado de la prisión. ¿Era Él el Mesías, o tenía Juan que esperar a otro? Tenía fe sobrada para depender de esta respuesta dada por Aquel que hacía estos milagros; pero encerrado en prisión, su mente deseaba algo más positivo. Esta circunstancia, ocasionada por Dios, da lugar a que se detalle una explicación respecto a la posición de dependencia de Juan y de Jesús. El Señor no recibe aquí

1. Hemos visto que éste es precisamente el asunto del Espíritu Santo en nuestro evangelio.

LUCAS 7

testimonio de Juan. Éste tenía que recibir a Cristo sobre el testimonio que Él daba de Sí mismo; y ello habiendo tomado una posición que ofendería a los que juzgaban según ideas preconcebidas carnalmente—una posición que requería fe en un testimonio divino, y consecuentemente, rodeada de aquellos en los cuales un cambio moral les capacitaba para apreciar este testimonio. El Señor, en respuesta a los mensajeros de Juan, realiza milagros que demuestran el poder de Dios presente en gracia, y el servicio rendido a los pobres, declarando cuán bienaventurado es aquel que no se avergüenza ante la humilde posición que Él había tomado a fin de poder realizarlos. Pero Él da testimonio a Juan aunque no vaya a recibir ninguno de él. Juan había atraído la atención del pueblo, y con razón. Era más que un profeta—había preparado el camino del mismo Señor. No obstante, si él preparó el camino, el completo e inmenso cambio que acontecería no había sido aún cumplido. El ministerio de Juan, por su misma naturaleza, le situó fuera del resultado de este cambio. Lo precedió para anunciar a Aquel que iba a cumplirlo, cuya presencia introduciría su poder sobre la tierra. El último, por tanto, *en* el reino era mayor que él.

El pueblo, que había recibido con humildad la palabra enviada por Juan el Bautista, testificó en sus corazones de los caminos y sabiduría de Dios. Aquellos que confiaron en sí mismos, rechazaron los consejos de Dios consumados en Cristo. El Señor, como consecuencia, declara llanamente cuál era su condición. Rechazaron por igual las advertencias y la gracia de Dios. Los hijos de la sabiduría—aquellos en los que obraba la sabiduría de Dios—las reconocieron y les dieron gloria. Ésta es la historia del recibimiento, tanto de Juan como de Jesús. La ciencia del hombre denunciaba los caminos de Dios. La calibrada severidad del testimonio divino contra el mal y contra la condición del pueblo demostró a la mirada del hombre sólo la influencia de un demonio. La perfección de Su gracia que condescendía para con

LUCAS 7

los pobres pecadores y se presentaba allí donde estuvieran, se manifestó a través de los estragos causados por el pecado y en la actitud de uno que se daba a conocer por quienes eran sus partidarios. La justicia autoexcluyente no podía soportar ninguna de las dos cosas. La sabiduría de Dios sería reconocida por aquellos que se dejaban enseñar por ella.

Estos tratos de Dios hacia el más abyecto de los pecadores, y su resultado en contraste con este espíritu farisaico, quedan demostrados en la historia de la mujer pecadora en casa del fariseo. Se revela allí un perdón que no hace referencia al gobierno de Dios en la tierra de parte de Su pueblo—un gobierno con el cual estaba relacionada la curación de un israelita bajo la disciplina de Dios—sino un perdón absoluto que conlleva paz para el alma, ofrecido al más despreciable pecador. No se trata aquí meramente de si era profeta. La justicia propia del fariseo no podía siquiera discernir esto.

Tenemos un alma que ama mucho a Dios, porque Dios es amor—un alma que aprendió a amar consciente de sus pecados cuando vio a Jesús y acudió a Él, aunque no tuviera conciencia todavía del perdón. Esto es la gracia. Nada más emotivo que la manera en que Jesús muestra la presencia de aquellas cualidades que hicieron a esta mujer mucho más dichosa, y que se relacionaban con el discernimiento de Su Persona por la fe. En esta mujer se hallaba un entendimiento divino de la Persona de Cristo, no razonado mediante doctrina, sino sentido dentro del corazón con un profundo pesar de su pecado, con humildad y amor por aquello que era bueno, y con devoción por Aquel que traía el bien. Todo esto descubría un corazón donde reinaban sentimientos propios de una relación con Dios, sentimientos que manaban de Su presencia manifestada en él, porque Él se había dado a conocer. Pero éste, sin embargo, no es lugar para considerarlos, pues es importante antes remarcar aquello que tiene un mayor valor moral cuando hay se trata de manifestar lo que es en realidad el perdón gra-

LUCAS 7

tuito, que el ejercicio de la gracia de parte de Dios produce sentimientos relacionados con este perdón, y que dichos sentimientos se vinculan con la gracia y con la conciencia del pecado que ésta produce. La gracia despierta una plena conciencia del pecado, pero siempre en relación con el sentido de la bondad de Dios, haciendo crecer proporcionalmente los dos sentimientos. La cosa nueva, la gracia soberana, sólo puede producir estas cualidades que responden a la naturaleza misma de Dios, cuyo carácter ha aprendido a conocer el corazón, y con quien está en comunión; todo ello mientras juzga el pecado como conviene en la presencia de un Dios santo.

Se verá que esto se relaciona con el conocimiento mismo de Cristo, quien es la manifestación de este carácter; la verdadera fuente por gracia del sentimiento de este corazón quebrantado; y también que el conocimiento de su perdón viene después¹. Es la gracia—es Jesús mismo, Su Persona—la que atrae a esta mujer y produce el efecto moral.

1. Para explicar la expresión «Quedan perdonados sus muchos pecados, por eso muestra mucho amor», debemos distinguir entre la gracia revelada en la Persona de Jesús, y el perdón que anunció a aquellos a los cuales había alcanzado la gracia. El Señor es capaz de dar a conocer este perdón, y se lo revela a la pobre mujer. Pero fue aquello que ella vio en Jesús mismo lo cual, en gracia, hizo que sintiera su corazón deshecho y que éste produjera el amor que ella tenía para Él—el ver lo que Él era para los pecadores como ella. Sólo piensa en Él: se ha apoderado de su corazón, barrando la entrada a otras influencias. Al oír que Él estaba allí, entra en la casa de este hombre orgulloso sin pensar en otra cosa sino en que Jesús está ahí. Su presencia contestaba a, o evitaba, toda pregunta. Ella vio lo que Él era para cada pecador, y que el más miserable y desgraciado hallaba un recurso en Él. Sintió sus pecados de la manera en que esta gracia perfecta hace sentirlos al abrir el corazón y ganar su confianza,; y ella amó mucho. La gracia en Cristo ha producido este resultado. Ella amó a razón de Su amor. Ésta es el motivo por el que el Señor dice: «Quedan perdonados sus muchos pecados, que son muchos, por eso muestra mucho amor.» No fue porque su amor lo mereciera, sino porque el Señor reveló el glorioso hecho de que los pecados de una cuyo corazón se volvió a Dios—fueran éstos numerosos y abominables—quedaron totalmente perdonados. Existen muchos cuyos corazones están vueltos a Dios y que aman a Jesús, pero no son conscientes de esto. Jesús se pronuncia con autoridad sobre el caso de los circunstantes, y los despidió en paz. Es una revelación y

LUCAS 7

Ella se marcha en paz al comprender el significado de la gracia en el perdón que Él pronunció. Y el perdón mismo fortaleció su mente en que Jesús era todo para ella. Si Él la perdonó, ella estuvo satisfecha. Sin que ella lo tomase como medida justificadora, fue Dios quien se reveló a su corazón. No fue la aprobación ni el juicio que otros podrían formarse acerca del cambio producido en ella. La gracia había tomado posesión de su corazón—la gracia personificada en Jesús. Dios se manifestó a ella, de manera que Su aceptación en gracia y Su perdón lo comunicaban todo. Si Él estaba satisfecho, ella también. Ella lo tenía todo al atribuir esta importancia a Cristo. La gracia se satisface en bendecir, y el alma que concede la suficiente importancia a Cristo se conforma con la bendición que es otorgada. ¡Qué sorprendente estabilidad con la que se reafirma la gracia, sin amedrentarse frente al juicio humano que la rehuye! Toma sin vacilar la parte del pobre pecador a quien ha tocado. El

una respuesta a las necesidades y afectos producidos en el corazón penitente por la gracia que se manifestó en la Persona de Cristo.

Si Dios se revela en este mundo con un amor tal, debe necesariamente poner a un lado en el corazón cualquier otra consideración. Y así, sin ser consciente de ello, esta pobre mujer fue la única que actuó en consecuencia ante tales circunstancias, pues apreció toda la importancia de Aquel que estaba allí. Estando presente un Dios Salvador, ¿qué importancia tenían Simón y su casa? Jesús hizo que todo lo demás quedara olvidado.

El principio de la caída del hombre fue la pérdida de su confianza en Dios, a través de la seductora sugerencia de Satanás de que Dios se privaba de otorgar al hombre aquello que lo haría semejante a Él. Perdida esta confianza, el hombre intenta, ejercitando su propia voluntad, hacerse él mismo feliz: la codicia y el pecado vienen en consecuencia; y Cristo es Dios en amor infinito, que se gana nuevamente la confianza del corazón humano. La eliminación de la culpa, y el poder de vivir para Dios, son otra cosa que hallan su lugar a través de Cristo, mientras que aquí se produce el perdón en otra esfera distinta. Pero la pobre mujer, por gracia, sintió que había un corazón en el que poder confiar, aparte de cualquier otro, y éste era el de Dios.

«Dios es amor» y «Dios es luz». Éstos son los dos nombres esenciales de Dios, y ambos se hallan en cada caso real de conversión. En la cruz se encuentran; el pecado es presentado totalmente en aquella luz por la que queda plenamente al desnudo. Así que en el corazón la luz manifiesta el pecado, esto es, Dios como la luz lo revela, pero la luz está ahí por causa del amor perfecto. El

LUCAS 7

juicio del hombre sólo demuestra que ni conoce ni aprecia a Dios en la más perfecta manifestación de Su naturaleza. Para el hombre, con toda su ciencia, no es más que un pobre platicador que se engaña al hacerse pasar por un profeta, y por quien no merece la pena derrochar un vaso de agua para sus pies. Para el creyente, es el amor perfecto y divino, una paz perfecta si es que tiene fe en Cristo. Sus frutos no están todavía ante el hombre, sino ante Dios, si Cristo es apreciado. Y aquel que le aprecia no piensa en sí mismo ni en sus frutos, a no ser que sea en los frutos malos, sino en Aquel que fue el testimonio de la gracia para su corazón cuando no era más que un pecador.

Ésta es la cosa nueva: el corazón de Dios manifestado en gracia y el corazón del hombre pecador dando una respuesta, habiendo asimilado, o mejor dicho, habiendo sido asimilado por la perfecta manifestación de aquella gracia en Cristo.

Dios que manifiesta los pecados está ahí en amor perfecto para revelarlos. Cristo se reveló en este mundo, y fue las dos cosas: amor, y la luz del mundo. Lo mismo sucede con el corazón. El amor otorga confianza mediante la gracia, y así la luz penetra felizmente, y en la confianza en el amor, desnudándose el yo ante dicha luz, el corazón halla plenamente el corazón de Cristo: lo mismo pasa con esta pobre mujer. Aquí es donde el corazón del hombre y Dios siempre se encuentran. Poseído por tinieblas, el fariseo no tenía en él el amor ni la luz. Sí tenía a Dios manifestado en carne y en su propia casa, pero no vio nada—sólo comprobó que Él no era un profeta. Es una escena maravillosa en la que vemos estos tres corazones: el del hombre como tal, descansando en la pretendida justicia humana, el de Dios, y el del pobre pecador, que se satisface completamente como se satisfizo el de la mujer. ¿Quién era el hijo de la sabiduría? Lo expuesto es un comentario sobre esta expresión.

Adviértase que aunque Cristo no dijo nada al respecto, sino que pasó por alto este desliz, no fue insensible al descuido que hizo que se olvidaran para con Él las formas más comunes de cortesía. Para Simón, Él era nada más que un pobre predicador con pretensiones susceptibles de juicio, y ciertamente no un profeta. Para la pobre mujer, era Dios en amor, que llevó su corazón al unísono con el Suyo en cuanto a los pecados de ella y respecto a sí misma, pues el amor obtuvo confianza. Véase también que en este apego a Jesús es donde se halla la verdadera luz; aquí, la verdadera revelación del evangelio; para María Magdalena, significó el privilegio más alto de los santos.

CAPÍTULO 8

El Señor define la sustancia y el efecto de Su ministerio; y no dudo que su efecto entre los judíos especialmente.

Por grande que fuese la incredulidad, Jesús continuaba Su obra hasta el final, y aparecían los frutos de la misma. Predicaba las buenas nuevas del reino. Sus discípulos—el fruto y los testigos por gracia, de la misma manera que Él, de Su poderosa Palabra—le acompañaban; iban con ellos otros frutos que esta Palabra dio, también testigos liberados del poder del enemigo mediante el afecto y devoción que emanaba una gracia que actuó en ellos conforme al amor y piedad vinculados con Jesús. Aquí las mujeres ocupan un buen lugar¹. La obra prosperó y se consolidó, y se caracterizó por sus resultados.

El Señor explica la naturaleza de esta obra. No tomó posesión del reino ni buscó ningún fruto, sino que sembró el testimonio de Dios a fin de *producir* fruto. Esto, de manera sorprendente, es aquella cosa completamente nueva. La Palabra fue su semilla. Además, fueron solamente los discípulos—quienes seguían y se vinculaban a Su Persona en virtud de la manifestación del poder y de la gracia divina—a quienes les fue dado comprender los misterios y los pensamientos de Dios revelados en Cristo, de este reino que no se iba a establecer con poder manifiesto. Aquí el remanente se diferencia claramente de la nación. A los «otros» les hablaba en parábolas para que no pudiesen entender. Si querían entender, el Señor debía ser recibido moralmente. Esta parábola aquí no va acompañada de otras, sino que ella sola marca la posición. La acompaña la advertencia que ya consideramos en Marcos. Finalmente, la luz de Dios no se manifestó, a fin de conti-

1. Es sumamente interesante ver los distintos lugares que ocupan los discípulos y las mujeres. Hallamos a las mujeres al pie de la cruz y en el sepulcro cuando los discípulos habían huido, excepto Juan, aun cuando ellas les llamaban para que volviesen después de haber visto que Jesús había resucitado.

LUCAS 8

nuar oculta. Todo debería ser manifiesto. Ellos tenían que mirar cómo escuchaban, pues si retenían lo que escuchaban, recibirían más: de otro modo, incluso lo que tenían les iba a ser quitado.

El Señor pone un sello sobre este testimonio, esto es, que la cosa en cuestión era la Palabra, la cual atraía hacia Él y hacia Dios a aquellos que tenían que disfrutar de la bendición; y que la Palabra era la base de toda relación con Él mismo, declarando, cuando le hablaban de Su madre y hermanos con quienes estaba emparentado en Israel según la carne, que no reconocía a otros sino a aquellos que oían y obedecían la Palabra de Dios.

Además del evidente poder manifestado en Sus milagros, los relatos que vienen a continuación—hasta el final del capítulo ocho—presentan diferentes aspectos de la obra de Cristo y de Su recibimiento, así como de sus consecuencias.

Primeramente, el Señor—aunque parece no darle importancia—se asocia con los discípulos en las dificultades y tormentas que les rodean, pues se hallan en la barca bajo Su servicio. Vimos que reunió a los discípulos a fin de que se dedicaran a Él. Con referencia al poder humano que intentaba desprestigiar este servicio, se enfrentaban a peligros inminentes. Las olas parecían querer engullirlos. Jesús, a los ojos de ellos, no se inmuta en lo más mínimo, pues Dios había permitido ese ejercicio para la fe. Se hallaban allí por causa de Cristo, y en compañía de Él. Cristo está con ellos, y Su poder, por causa del cual se encuentran en medio de la tormenta, está presente para protegerlos. Si el perecer dependía de ellos, estaban asociados en los consejos de Dios con Jesús, y Su presencia era su salvaguarda. Él permitió la tormenta, pero estaba en Persona dentro de la barca. Cuando se despertara y se manifestase a ellos, todo sería solaz.

En la curación del demoníaco, en la región de los gadarenos, tenemos un vivo ejemplo de lo que sucedía.

En cuanto a Israel, el remanente es liberado pese al po-

LUCAS 8

der del enemigo. El mundo, que se mostraba más en desazón en presencia del poder de Dios que ante una legión de demonios, suplicó a Jesús que se fuera, pues deseaba tranquilidad. El hombre que fue curado—el remanente—estuvo dispuesto a quedarse con Él, pero el Señor le manda marcharse—al mundo del que había salido Él—para testificar de la gracia y del poder de que había sido objeto.

El hato de cerdos, sin lugar a dudas, nos presenta la carrera de Israel hacia su destrucción tras el rechazo del Señor. El mundo se acostumbra al poder de Satanás—por doloroso que sea verlo actuar en ciertos casos—pero nunca al poder de Dios.

Las dos historias siguientes presentan el resultado de la fe, y la necesidad real con la que tiene que ver la gracia al suplirla. La fe del remanente busca a Jesús para conservar la vida de aquello que estaba presto a morir. El Señor le responde presentándose Él mismo para tal fin. En el camino—allí era donde Él estaba, y, para la liberación final, todavía continuaría allí—en medio de la muchedumbre que le rodeaba, la fe le toca. La pobre mujer tenía una enfermedad que ningún medio humano a su disposición podía sanar. El poder sale del Hombre Cristo para sanar allí donde existía la fe, mientras esperaba el cumplimiento final de Su misión sobre la tierra. Tras ser curada, confiesa a Cristo su condición y todo lo que le había sucedido: y de esta manera, mediante el resultado de la fe, se rinde un testimonio de Cristo. Se manifiesta el remanente y la fe los distingue de la multitud, pues su condición era el fruto del poder divino en Cristo.

Este principio se aplica a la curación de cada creyente, y, consecuentemente, a la de los gentiles, como arguye el apóstol. El poder curativo está en la Persona de Cristo; la fe—por gracia y por la atracción de Cristo—se beneficia de ella. No depende de la relación del judío, aunque, en cuanto a ella, fuera él el primero en beneficiarse. Era cuestión de lo que había en la Persona de Cristo, y de la fe en el indivi-

LUCAS 8

duo. Si hay fe en el individuo, este poder actúa; se marcha en paz, curado por el poder de Dios mismo.

Si consideramos de pleno la condición humana, no era la enfermedad solamente el problema, sino la muerte. Antes de la plena manifestación del estado del hombre, Cristo proveyó para ambas. Pero, como en el caso de Lázaro, esta manifestación fue consentida; y para la fe tuvo lugar en la muerte de Jesús. Así, aquí se permite que la hija de Jairo muera antes de la llegada del Cristo; pero la gracia vino para resucitarla de los muertos con el poder divino que podía hacerlo; y Jesús, al consolar al pobre padre, le ordena no temer sino sólo creer, para que su hija se restableciera. Es la fe en Su Persona, en el poder divino que está en Él, en la gracia que viene a ejercerlo, y la cual obtiene gozo y libertad. Jesús no busca a la multitud; la revelación de este poder es sólo para el consuelo de aquellos que sienten la necesidad del mismo, y para la fe de los que están verdaderamente vinculados a Él. La multitud sabe, como es natural, que la chica está muerta; la lloran, y no comprenden el poder de Dios que puede resucitarla. Jesús devuelve a sus padres a la niña cuya vida restableció. De la misma manera sucederá con los judíos al final, en medio de la incredulidad de la mayoría. Entretanto, por la fe podemos adelantarnos a este gozo, convencidos de que es nuestro estado por medio de la gracia; nosotros vivimos, de modo que para nosotros solamente es en relación con Cristo en el cielo, las primicias de una nueva creación.

Con respecto a Su ministerio, Jesús permanece callado. Debía ser recibido conforme al testimonio que Él dio a la conciencia y al corazón. Aquí abajo, este testimonio no se había terminado del todo. Veremos Sus últimos esfuerzos con el corazón incrédulo del hombre en los sucesivos capítulos.

CAPÍTULO 9

El Señor encomienda a los discípulos la misma misión en Israel que Él cumplió. Predican el reino, sanan a los enfermos y echan fuera a los demonios. Pero esto se dice de más para que su obra tome el carácter de una misión final, no que el Señor hubiera cesado de obrar, pues Él también envió a los setenta; se le llama final en el sentido en que devenía un testimonio definitivo contra el pueblo si éste lo rechazaba. Los doce tenían que sacudirse el polvo de su calzado tras dejar las ciudades que los rechazaban. Esto es obvio en el punto donde hemos llegado en el evangelio. Se repite, con un énfasis todavía mayor, en el caso de los setenta. Hablaremos de ello en el capítulo donde se narra su cometido. La misión de ellos viene después de la manifestación de Su gloria a los tres discípulos. Pero mientras el Señor estuviera allí, continuaría Su ejercicio de poder en misericordia, pues esto fue lo que Él era aquí en persona, y una bondad soberana en Él estaba por encima de todo el mal con el que se hallaba.

Siguiendo con nuestro capítulo, lo que viene a continuación del versículo 7 muestra que la reputación de Sus maravillosas obras había llegado a oídos del rey. Israel se quedaba sin excusa. La conciencia, por pequeña que fuera, sintió el efecto de Su poder. El pueblo también le siguió. Apartado con los discípulos, quienes habían regresado de su misión, pronto se ve rodeado por la multitud; su Siervo en gracia en medio de su acusada incredulidad, de nuevo les predica y cura a todo el que lo necesitaba.

Les iba a dar una prueba palpable del poder divino y de la presencia que se hallaba entre ellos. Se dijo que en el tiempo de la bendición de Israel de parte del Señor, cuando hicieran florecer el cuerno de David, Él satisfaría a los pobres con pan. Jesús lo hace ahora. Pero aún hay más que eso aquí. Hemos visto en todo este evangelio que Él ejercita este poder en Su humanidad con la inconmensurable ener-

LUCAS 9

gía del Espíritu Santo. De ello se desprende una bendición maravillosa para nosotros, otorgada conforme a los consejos soberanos de Dios mediante la perfecta sabiduría de Jesús al escoger Sus instrumentos. Aquí tenemos a los discípulos como instrumentos. No obstante el poder que lo realiza, todo es de Él. Los discípulos no ven más allá de lo que sus ojos saben apreciar. Pero si Aquel que los alimenta es Jehová, siempre toma el lugar en dependencia de la naturaleza que ha asumido. Se retira con Sus discípulos, y allí, apartado del mundo, dice una oración. Igual que en los dos extraordinarios casos¹ del descenso del Espíritu Santo, y la selección de los doce, aquí también Su oración es la ocasión de que se manifestara Su gloria—una gloria que era propiamente de Él, pero que el Padre le dio como Hombre en relación con los sufrimientos y la humillación, la cual, en Su amor, padeció voluntariamente.

La atención del pueblo estaba exaltada, pero no tanto como para sobreponerse a las humanas especulaciones formadas en la mente con respecto al Salvador. La fe de los discípulos reconoció sin titubeos en Jesús al Cristo. Pronto dejaría de ser proclamado como tal, pues el Hijo del Hombre tenía que sufrir. Había consejos más importantes y una gloria más excelente que la del Mesías, y que se habían de cumplir, pero no sin el sufrimiento que a través de las pruebas humanas tenían que compartir con Él los discípulos. Si perdían su vida por Él, la ganarían, pues el seguir a Jesús comportaba la salvación eterna del alma, y no meramente el reino. Además, Aquel que ahora era rechazado volvería

1. Obsérvese también aquí que no se ofrecen estas oraciones solamente en el caso de los actos milagrosos o en aquel del testimonio de la gloria de Su Persona. La conversación con los discípulos con referencia al cambio en las dispensaciones de Dios—en las que Él habla de Sus sufrimientos, y les prohíbe delatarle como el Cristo—es introducida por medio de Su oración cuando estaba en un lugar desierto con ellos. Que Su pueblo fuese abandonado por un momento, era lo que tenía su corazón en vilo, así como la gloria. Además, derrama Su corazón ante Dios, cualquiera que fuese el asunto que le ocupa conforme a los caminos de Dios.

LUCAS 9

en Su propia gloria como Hijo del Hombre—el carácter que Él toma en este evangelio—en la gloria del Padre, pues Él era el Hijo de Dios, y en la de los ángeles como Jehová el Salvador, tomando posición sobre ellos como Hombre. Era digno de todo esto, porque Él los creó. La salvación del alma, la gloria de Jesús reconocida conforme a Sus derechos, era todo para advertencia de que le confesaran mientras era rechazado y menospreciado. Ahora bien, para fortalecer la fe de aquellos a quienes Él haría columnas, y a través de ellos la fe de todos, anunció que algunos *verían* el reino de Dios antes de gustar la muerte; no habrían de esperar la muerte, en la que sentirían el valor de la vida eterna, ni esperar el regreso de Cristo.

En consecuencia a esta declaración, ocho días después tomó a los tres que más tarde fueron columnas, y subió a una montaña para orar. Allí se transfiguró, apareciendo en gloria y viéndolo los discípulos. Moisés y Elías participaron con Él de esta gloria. Los santos del Antiguo Testamento tienen parte con Él en la gloria del reino fundamentado sobre Su muerte. Hablan con Él de Su muerte, pues hasta aquí sólo les había hablado de otras cosas. Habían visto establecerse la ley e intentado hacer volver al pueblo hacia ella, para introducir bendición; pero ahora que se trata de esta nueva gloria, todo depende de la muerte de Cristo. Lo demás se desvanece. La gloria celestial del reino y de la muerte está próxima en relación. Pedro ve solamente la introducción de Cristo en una gloria igual a la de ellos, relacionando mentalmente esta última con la que sostenían ellos respecto a un judío, y asociando a Jesús con ella. Entonces los dos profetas desaparecen completamente, quedándose Jesús solo. Era Él a quien tenían que oír nada más. La relación de Moisés y Elías con Jesús en la gloria dependía del rechazo de su testimonio por parte del pueblo, al cual ellos se dirigieron.

Pero esto no es todo. La Iglesia, propiamente dicha, no es contemplada aquí. No obstante, la señal de la gloria exce-

LUCAS 9

lente y de la presencia de Dios se muestran—la nube en la que Jehová habitaba en Israel. Jesús atrae hacia ella a los discípulos como testigos. Moisés y Elías se van, y habiéndoles Jesús acercado más a la gloria, el Dios de Israel se revela como el Padre, reconociendo a Jesús como el Hijo en quien tenía complacencia. Los discípulos le conocen así por el testimonio del Padre, y son asociados con Él, llevados a la relación con la gloria en la cual están el Padre y el Hijo. Jehová se da a conocer como Padre revelando al Hijo. Los discípulos se hallan asociados sobre la tierra con la morada de gloria, desde la cual, en todo momento, Jehová mismo había guardado a Israel. Jesús estaba allí con ellos, y era el Hijo de Dios. ¡Qué posición! ¡Qué cambio para ellos! Es, de hecho, un cambio de lo excelentísimo del judaísmo hacia la relación con la gloria celestial, obrado en aquel momento a fin de hacer nuevas todas las cosas¹.

El provecho personal de este pasaje es grande en cuanto nos revela, de manera sorprendente, el estado celestial y de gloria. Los santos están en la misma gloria que Jesús, están con Él, conversando familiarmente con Él de lo que es más querido a Su corazón—de Sus sufrimientos y muerte. Hablan con el sentimiento que emana de las circunstancias que afectan al corazón. Él tenía que morir en la Jerusalén amada, en lugar de recibir el reino. Ellos hablan como si entendieran los consejos de Dios, pues aquella cosa no había

1. Es la manifestación del reino, no de la Iglesia en los lugares celestiales. Supongo que las palabras «entraron» deben de referirse a Moisés y Elías. Pero la nube cubrió a los discípulos. Aun así, nos vamos más lejos de esta manifestación. La palabra «cubrió» es la misma que la utilizada en la LXX para la nube que venía y cubría el tabernáculo. Leemos en Mateo que era una nube esplendorosa. Era la *Shekinah* de gloria que había estado con Israel en el desierto—me permito decir la casa del Padre. Su voz salió de dentro, y en ella entraron ellos. Es en Lucas donde vemos que esta nube espanta a los discípulos. Dios hablaba con Moisés desde ella; pero aquí ellos entran en ella. Así, además del reino, está el propio lugar de habitación de los santos. Esto lo hallamos en Lucas solamente. Tenemos el reino, Moisés y Elías en la misma gloria con el Hijo, y otros en la carne sobre esta tierra, pero también la habitación celestial de los santos.

LUCAS 9

tenido aún lugar. Tales son las relaciones de los santos con Jesús en el reino, pues hasta este momento se trata de la manifestación de la gloria como el mundo la verá, con el añadido de que habrá la comunión entre los glorificados y Jesús. Los tres estuvieron en la montaña, pero los tres discípulos van más lejos cuando son enseñados por el Padre. Les son dados a conocer Sus propios afectos por Su Hijo. Moisés y Elías han dado testimonio de Cristo, y serán glorificados con Él, pero Jesús permanece ahora solo para la Iglesia. Esto es más que el reino, es la comunión con el Padre y con Su Hijo Jesús—no comprendida, seguramente, en ese momento, pero lo es ahora por el poder del Espíritu Santo. Es maravillosa esta entrada de los santos en la gloria excelente, en la *Shekinah*, la morada de Dios, y a estas revelaciones de parte de Dios por el afecto mostrado a Su Hijo. Esto es más que la gloria. Jesús, sin embargo, es siempre el objeto que llena la escena por nosotros. Observemos asimismo nuestra posición aquí abajo, donde el Señor habla íntimamente de Su muerte a los discípulos, tanto como con Moisés y Elías. Éstos no son más queridos por Él que lo eran Pedro, Santiago y Juan. ¡Dulce y preciosa verdad! Notemos también qué delgado velo se interpone entre nosotros y lo que es celestial¹.

Lo que viene a continuación es la aplicación de esta revelación al estado de cosas terrenal. Los discípulos son incapaces de beneficiarse del poder de Jesús, que ya fue manifestado, para echar fuera a los demonios. Esto hacía justicia a Dios en aquello que se reveló en la montaña sobre Sus consejos, y conduce a la separación del sistema judío para presentar su cumplimiento. Pero no es impedimento para la acción de la gracia de Cristo al liberar a los hombres mientras permanecía con ellos, hasta que le hubieran re-

1. Si Jesús toma a los discípulos para que vieran la gloria del reino, y la entrada de los santos a la gloria excelente donde el Padre estaba, Él descendió también y se encaró a la muchedumbre de este mundo y al poder de Satanás, allí donde nosotros tenemos que andar.

LUCAS 9

chazado plenamente. Sin fijarse en el vano desconcierto del pueblo, insiste con Sus discípulos sobre Su rechazo y Su crucifixión, llevando este principio a la renunciación del yo y a la humildad que iba a ser depositaria de lo que era de menos valor.

El resto del capítulo, desde el versículo 46, el evangelio nos ofrece los distintos matices de egoísmo y de la carne que están en contraste con la gracia y la devoción manifestadas en Cristo, y que tienden a que el creyente se desvíe de Sus caminos. Los versículos 46-48, 49-50, 51-62, respectivamente, presentan ejemplos¹ de esto; y desde el 57 al 62, el contraste entre la voluntad ilusoria del hombre y la eficaz llamada de la gracia; el descubrimiento de que la carne es detestable cuando hay una llamada real, y la negación absoluta de todas las cosas a fin de obedecerla, son las que se presentan a nosotros por el Espíritu de Dios².

El Señor—respondiendo al espíritu que procuraba engrandecerse con su propia compañía, olvidándose de la cruz—expresa a los discípulos lo que no ocultaba de Sí mismo, la verdad de Dios, que todos estaban contra ellos, pero que si hallaban alguno que no manifestaba esa postura, estaba definitivamente de su parte. Así de analizadora era la presencia de Cristo para el corazón. La otra razón, presentada en otro lugar, no se repite aquí. El Espíritu, en esta relación, le oculta del punto de vista que estamos considerando. Así rechazado, el Señor no juzga a nadie. No busca venganza, había venido a salvar las vidas de los hombres. Se sometió a los insultos, y se fue a otro lugar. Había quienes desearon servirle aquí abajo, pero no tenía ningún hogar al que llevarlos. Entre tanto, por este

1. Estos tres pasajes señalan, sucesivamente, un egoísmo sutil cada vez menos detectable por el hombre: egoísmo personal abiertamente manifestado, y el que se viste de la apariencia de celo por el Señor, pero que no se asemeja a Él.

2. Obsérvese que cuando actúa la voluntad del hombre, no siente las dificultades, con lo cual no está cualificado para la obra. Cuando hay una llamada real, entonces se sienten los obstáculos.

LUCAS 10

mismo motivo, la predicación del reino era lo único en vista para su amor inagotable. Los muertos—para Dios—podían enterrar a sus muertos. Aquellos que eran llamados, los vivos, debían ocuparse del reino para dar testimonio de él, y sin mirar atrás, restándole importancia a la tarea de considerar otros pensamientos. Aquel que había puesto su mano en el arado no debía mirar atrás. El reino, en presencia de la enemistad y de la ruina del hombre, de todo lo que se le oponía, requería del alma que se imbuyera de sus intereses por el poder de Dios. La obra de Dios, en presencia del rechazo de Cristo, demandaba una completa consagración.

CAPÍTULO 10

La misión de los setenta viene a continuación. Una misión importante en su carácter para la continuación de los caminos de Dios.

Este carácter es, de hecho, diferente en algunos aspectos de aquel del principio del capítulo 9. La misión se basa en la gloria de Cristo manifestada en el capítulo 9. Esto zanja forzosamente la cuestión de las relaciones de Dios con los judíos de manera más terminante, pues Su gloria venía después y, en cuanto a Su posición humana, fue el resultado de Su rechazo por la nación.

Este rechazo no se cumplía aún: esta gloria fue solamente revelada a tres de Sus discípulos, de modo que el Señor pudo ejercitar todavía Su ministerio entre el pueblo. Vemos no obstante algunas alteraciones. Él insistía en lo que era moral y eterno, la posición a la cual llevaría a Sus discípulos, el verdadero efecto de Su testimonio en el mundo, y el juicio que se precipitaba sobre los judíos. Sin embargo, la siega era mucha. Porque el amor, no enfriado por el pecado, advertía la necesidad a través de la oposición exterior, pero fueron pocos los que se dejaban tocar por este amor. El Señor de la cosecha podía enviar a los verdaderos obreros.

LUCAS 10

Les anuncia el Señor que ellos eran como corderos en medio de lobos. ¡Qué cambio desde la presentación del reino al pueblo de Dios! Tenían que confiar—como los doce—en el cuidado del Mesías presente sobre la tierra, el que guiaba el corazón con poder divino. Habían de marchar como los obreros del Señor, confesando abiertamente su objeto, no sufriendo por lo que habían de comer, sino poseyendo de Su parte todos los derechos. Plenamente entregados a su obra, no debían saludar a nadie. El tiempo apremiaba. El juicio se acercaba. El remanente se distinguiría por el efecto de su misión en el corazón, aún no portadora de juicio. La paz estaría con los hijos de paz. Estos mensajeros ejercían el poder obtenido por Jesús sobre el enemigo, y que Él así podía conferir—esto era mucho más que un milagro. Tenían que declarar a quienes visitaban que el reino de Dios se había acercado a ellos. ¡Importante testimonio! Cuando no se ejecutaba juicio, se precisaba fe para reconocer el reino en un testimonio. Si no eran recibidos, debían denunciar a la ciudad, asegurándoles que, tanto si eran recibidos como no, el reino de Dios se había acercado. ¡Qué testimonio más solemne ahora que Jesús iba a ser rechazado—un rechazo que llenaba la medida de la maldad del hombre! Sería más tolerable para la infame Sodoma en el día que el juicio se ejecutase, que para esa ciudad.

Esto manifiesta claramente el carácter del testimonio. El Señor acusa¹ las ciudades en las que había obrado, y ase-

1. En el versículo 25 de este capítulo, como en el capítulo 13:34, tenemos ejemplos del orden moral en Lucas, del que hemos hablado. Los testimonios del Señor están perfectamente en orden. Son de una ayuda infinita al comprender toda la relación del pasaje, y su posición aquí arroja gran luz sobre su significado. No se trata aquí del orden histórico. La posición tomada por Israel—por los discípulos—y por todos, a través del rechazo de Cristo, es el tema que trata el Espíritu Santo. Estos pasajes se refieren a este rechazo, mostrando claramente la condición del pueblo que fue visitado por Jesús, su verdadero carácter, los consejos de Dios al introducir las cosas celestiales mediante la caída de Israel, y la relación entre el rechazo de Cristo y la introducción de la vida eterna y del alma.

No obstante, la ley no fue quebrantada. De hecho, su lugar fue ocupado por

LUCAS 10

gura a Sus discípulos que rechazarlos en su misión era lo mismo que rechazarle a Él, y que si le rechazaban a Él, el que le había enviado también era rechazado—el Dios de Israel—el Padre. A su regreso, anunciaron el poder que les había acompañado en su misión. Los demonios se sujetaron a su palabra. El Señor les contesta que, efectivamente, esas señales de poder habían transmitido a Su mente el completo establecimiento del reino Satanás lanzado fuera del cielo—un establecimiento del cual esos milagros eran sólo una muestra—pero que había algo más excelente en lo que podían gozarse: sus nombres estaban escritos en el cielo. El poder manifestado era real, sus resultados seguros, en el establecimiento del reino; pero algo más empezaba a formarse. Amanecía un pueblo celestial que tendría su parte con Él, y el cual la incredulidad de los judíos y del mundo conducía hasta el cielo.

Es una revelación muy clara de la posición que se tomó. Ofrecido el testimonio del reino en poder, dejando a Israel sin excusa, Jesús pasó a tomar una posición celestial. Éste fue el verdadero asunto de regocijo. Los discípulos, no obstante, todavía no lo comprendían. La Persona y el poder de Aquel que tenía que introducirlos a la gloria celestial del reino, y Sus derechos al reino glorioso de Dios, habían sido revelados a ellos por el Padre. La ceguera de la soberbia humana, la gracia del Padre hacia los niños, fueron propicios a Aquel que cumplió los consejos de Su gracia soberana a través de la humillación de Jesús, y que estaban en conformidad con el corazón de quien vino a consumarlos. Además, *todas las cosas* fueron dadas a Jesús. El Hijo poseía demasiada gloria para ser conocido, salvo por el Padre, que era asimismo conocido sólo por la revelación del Hijo. A Él debían ir los hombres. La raíz de la dificultad al recibirle estribaba en la gloria de Su Persona, la cual era conocida

la gracia, la cual, fuera de la ley, hizo aquello que no podía acometerse a través de aquélla. Veremos esto a medida que avancemos en nuestro capítulo.

LUCAS 10

sólo por el Padre, y esta gloria y acción del Padre necesitaban al Hijo mismo para ser reveladas. Todo esto se hallaba en Jesús aquí en la tierra. Podía explicar a Sus discípulos en privado que, habiendo visto en Él al Mesías y Su gloria, habían visto aquello que los reyes y los profetas desearon en vano ver. El Padre les había sido anunciado, pero no entendieron casi nada. En la mente de Dios, dicha revelación era la porción de ellos, comprendida más tarde por la presencia del Espíritu Santo, el Espíritu de adopción.

Podemos destacar aquí el poder del reino otorgado a los discípulos; su gozo en ese momento ante la contemplación de las cosas que hablaron los profetas, expresado por la presencia del Mesías que traía consigo el poder del reino que abatió el del enemigo. Destacamos también el rechazo de su testimonio y el juicio de Israel entre quienes era dado este testimonio; y, finalmente, la llamada del Señor, mientras se reconocía en la obra del remanente todo el poder que establecerá el reino, no para regocijarse en el reino establecido, sino en esa gracia soberana de Dios que, en Sus consejos eternos, les había garantizado un lugar y un nombre en el cielo, relacionándolo todo con el rechazo de ellos sobre la tierra. La importancia de este capítulo es evidente bajo este punto de vista. Lucas introduce constantemente la mejor parte, e invisible, de un mundo celestial.

La potestad de Jesús en relación con este cambio, y la revelación de los consejos de Dios que lo acompañaban, nos son dados en el versículo 22, así como el descubrimiento de las relaciones y la gloria del Padre y del Hijo; y al mismo tiempo también la gracia mostrada a los humildes conforme al carácter y a los derechos de Dios Padre. Más tarde hallamos la continuación del cambio en cuanto al carácter moral. El maestro de la ley deseaba saber las condiciones de la vida eterna. Esto no es el reino, ni el cielo, sino un aspecto de la manera judía de comprender las relaciones del hombre con Dios. La posesión de la vida fue propuesta por los judíos por medio de la ley. Se había descubierto, por pro-

gresos escriturales subsiguientes a la ley, que se trataba de la vida eterna, la cual ellos, al menos los fariseos, vinculaban con la observancia de la ley—algo que poseen los glorificados en el cielo, los bienaventurados en la tierra durante el milenio, lo cual nosotros poseemos ahora en vasos de barro; aquello que la ley, interpretada por conclusiones extraídas de los libros proféticos, proponía como el resultado de la obediencia¹. «El hombre que haga estas cosas vivirá por ellas.»

El intérprete pregunta, pues, lo que debía hacer. La respuesta era sencilla: la ley—con todas sus ordenanzas, ceremoniales, condiciones todas del gobierno de Dios y que el pueblo entero había quebrantado violando el juicio anunciado por los profetas, sería seguida por el establecimiento, de parte de Dios, del reino en gracia—la ley, como digo, contenía el germen de la verdad en este sentido, y expresaba claramente las condiciones de vida si el hombre quería gozarla conforme a la justicia humana—justicia por la cual viviría si él la obraba. Dichas condiciones se resumían en pocas palabras: amar a Dios perfectamente y al prójimo como a uno mismo. Después de dar el intérprete este sumario, el Señor lo acepta y repite las palabras del Legislador: «Haz esto, y vivirás.» Pero el hombre no lo hizo, y es consciente de ello. En cuanto a Dios, aquél está alejado, pues el hombre se aparta de Él con facilidad. Le rendirá unos cuantos servicios en apariencia, y se jactará de ellos. Pero acercándose a Él, su egoísmo le hace comportarse conforme a la interpretación de esta norma, la cual, si se observara, haría su felicidad al convertir este mundo en una clase de paraíso. La desobediencia a ella se repite constantemente en las circunstancias de cada día, lo cual precipita este

1. Hay que destacar aquí que el Señor nunca utilizó la palabra *vida eterna* al hablar del efecto de la obediencia. «El don de Dios es vida eterna.» Si hubieran obedecido, esa vida habría sido infinita, pero de hecho, ahora que el pecado había entrado, la obediencia no era la vía para la posesión de la vida eterna, y el Señor no lo manifiesta.

LUCAS 10

egoísmo. Todo lo que le rodea—sus vínculos sociales—hacen al hombre consciente de las violaciones de estos preceptos, aunque el alma misma no se sienta turbada por ello. Aquí el corazón del intérprete se delata a sí mismo. ¿Quién, pregunta, es mi prójimo?

La contestación del Señor exhibe el cambio moral que ha tenido lugar por la introducción de la gracia—mediante la manifestación de esta gracia para el hombre, en Su propia Persona. Nuestras relaciones los unos con los otros se miden ahora por la naturaleza divina en nosotros, y esta naturaleza es amor. El hombre bajo la ley se medía por la importancia que se daba a sí mismo, lo contrario siempre del amor. La carne se jactaba de una proximidad a Dios que no era real, que no pertenecía a Su naturaleza. El sacerdote y el levita pasan de largo por el otro lado. No obstante su condición, el samaritano no preguntó quién era su prójimo. El amor que había en su corazón le decía que el prójimo era todos aquellos que tenían necesidad. Esto es lo que Dios mismo hizo en Cristo; después, las diferencias legales y carnales desaparecieron ante este principio. El amor que actuaba según sus propios impulsos halló la ocasión de ejercitarse frente a la necesidad presentada delante de él.

Aquí termina esta parte de los discursos del Señor. Un nuevo tema comienza en el versículo 38.

A partir de aquí hasta el final del versículo 13 en el capítulo 11, el Señor desvela a Sus discípulos los dos grandes conductos de bendición: la Palabra y la oración. En relación con la Palabra, hallamos la energía que se sujeta al Señor a fin de recibirla de Él mismo, y que deja todo para escuchar Su Palabra porque el alma queda prendada de las comunicaciones de Dios en gracia. Podemos señalar que estas circunstancias están relacionadas con el cambio que se obró en aquel momento solemne. El recibimiento de la Palabra ocupa el lugar que debieron tener las atenciones debidas al Mesías, solicitadas por la presencia de un Mesías sobre la tierra. Pero viendo la condición en que estaba el

LUCAS 11

hombre—quien rechazó al Salvador—necesitaba la Palabra, y Jesús, en Su amor perfecto, no quiere nada más. Para el hombre y para la gloria de Dios sólo era necesaria una cosa, y esta es la que Jesús desea. En cuanto a Él, se hubiera marchado sin ninguna de estas cosas. Pero Marta, aunque correctamente afectuosa con el Señor, muestra no obstante cuánto individualismo hay inherente en esta clase de cuidados, ya que no le gustaba tener que ocuparse de todo.

CAPÍTULO 11

La oración que enseñó a Sus discípulos (cap. 11) se refiere también a la posición en la que entraron antes de ser dado el Espíritu Santo¹. Jesús mismo oró como el Hombre obediente sobre la tierra. Todavía no había recibido la promesa del Padre a fin de derramarla sobre Sus discípulos, y no pudo hacerlo hasta ascender al cielo. Éstos, sin embargo, están en relación con Dios como Padre de ellos. La gloria de Su nombre, la venida de Su reino tenían que mantener ocupados sus primeros pensamientos. Dependían de Él para su pan diario. Necesitaban ser perdonados y guardados de la tentación. La oración contenía el deseo de un corazón sincero delante de Dios, la necesidad corporal confiada al cuidado de su Padre; la gracia requerida para su camino cuando pecasen, y que no se manifestase su carne y fueran salvados del poder del enemigo.

El Señor insiste luego sobre la perseverancia, sobre aquellas peticiones que no fuesen las de un corazón indiferente a los resultados. Les asegura que sus oraciones no serían en vano, y que su Padre celestial les daría el Espíritu Santo a aquellos que lo pidieran. Les sitúa en Su propia relación

1. El deseo de tener una forma de oración ofrecida por el Señor ha llevado a corromper aquí el texto, reconocido por todos los que han investigado en serio tocante a él—siendo el objeto conformar esta oración a aquella presentada en Mateo. Es así: «Padre, santificado sea tu nombre, venga tu reino, danos el pan de cada día y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación.»

LUCAS 11

sobre la tierra con Dios. Escuchándole, buscándole como Padre, es el todo en la práctica de la vida cristiana.

Más tarde, las dos grandes armas de Su testimonio son puestas de manifiesto, esto es, la expulsión de los demonios y la autoridad de Su Palabra. Él manifestó el poder que echaba a los demonios, pero ellos lo atribuyeron al príncipe de los demonios. Sin embargo, Él ató al hombre fuerte y despojó sus bienes, probando con ello que el reino de Dios había evidentemente venido. En un caso como éste, habiendo venido Dios para liberar al hombre, todo tomaba su verdadero lugar: o bien todo era del diablo, o del Señor. Además, si el espíritu inmundo salía y Dios no estaba allí, volvía con otros más impíos que él; y el postrer estado sería peor que el primero.

Estas cosas tenían lugar en aquel momento. Pero no así los milagros. Él proclamó la Palabra. Una mujer, sensiblemente gozosa de tener un hijo como Jesús, declara ante todos el valor de poseer tal relación de madre con Él en la carne. El Señor traslada esta bendición, como hizo en el caso de María, a aquellos que oían y guardaban Su palabra. Los ninivitas habían oído a Jonás, la reina de Saba a Salomón, sin siquiera haberse obrado un milagro, y uno mayor que Jonás estaba ahora entre ellos. Había dos cosas ahí—el testimonio llanamente exhibido (vers. 33) y los motivos que gobernaban a los que lo escuchaban. Si fue presentada la verdad perfecta conforme a la ciencia de Dios, fue el corazón el que la rechazó. El ojo era malo. Los rudimentos y motivos de un corazón alejado de Dios sólo hacían que oscurecerlo. Uno que tuviera nada más un objeto, Dios y Su gloria, estaría lleno de luz. Además, la luz no se manifiesta meramente, sino que ilumina todo alrededor. Si la luz de Dios estuviera en el alma, se iluminaría y estaría sin una sombra.

Versículos 37-52. Invitado a la casa del fariseo, juzga la condición de la nación y la hipocresía de su pretendida justicia al hurgar en las paredes blanqueadas de su codicia y

LUCAS 12

egoísmo, en la opresión que causaban con la ley sobre otros mientras olvidaban ellos cumplirla los primeros. Mediante el anuncio de la ley se daba a conocer la misión de los apóstoles y profetas del Nuevo Testamento, y al rechazarla ellos llenaron la medida de la iniquidad de Israel y pusieron bajo prueba final a aquellos que hipócritamente construyeron las tumbas de los profetas, a cuyos padres habían matado. Y entonces toda la sangre vertida a causa de aquellos testimonios enviados por Dios para iluminar al pueblo, con la cual Dios ejercitaba Su paciencia, sería demandada finalmente de manos de los rebeldes. Las palabras del Señor no hicieron más que despertar la malicia de los fariseos, quienes procuraban cogerle en lo que decía. En una palabra, tenemos por una parte la palabra del testimonio puesta de manifiesto, en lugar del Mesías cumpliendo las promesas; y por otra, el juicio de una nación que había rechazado ambas cosas, y que rechazaría también aquello que les sería enviado para hacerles regresar.

CAPÍTULO 12

El capítulo ubica a los discípulos en este lugar de testimonio por el poder del Espíritu Santo, y con el mundo en oposición a ellos, después de la partida del Señor. Se trata de la Palabra y del Espíritu Santo, en vez del Mesías sobre la tierra. No habían de temer el enfrentamiento, ni habían de confiar en ellos mismos, sino en Dios para descansar en Su ayuda a fin de que el Espíritu Santo les enseñara lo que decir. Todas las cosas serían desveladas. Dios llega al alma, el hombre sólo puede tocar el cuerpo. Aquí, todo lo que escapa a las promesas presentes, la relación del alma con Dios, es puesto en primer término. Se trata de la salida del judaísmo para estar ante Dios. Su llamamiento tenía que manifestar a Dios en el mundo a pesar de todo—manifestarle a la fe antes de que todas las cosas fuesen manifestadas. Podría costarles la vida delante de los hombres, pero

LUCAS 12

Jesús los confesaría delante de los ángeles. Es la introducción de los discípulos en la luz como Dios está en ella, y el temor de Dios por la Palabra, y la fe, cuando el poder del enemigo estuviese presente. Todo este mal, efectuado aun en secreto, sería traído a la luz.

La blasfemia contra el testimonio dado sería, en su caso, peor que la blasfemia de Cristo. Esto podría ser perdonado—y lo ha sido y lo será al fin para los judíos como nación; pero quienquiera que hablara blasfemamente contra el testimonio de los discípulos, blasfemaba contra el Espíritu Santo, lo que no sería perdonado. El Señor dirige el corazón de ellos así como su conciencia. Les anima con tres cosas: la primera, con la protección de Aquel que contaba los cabellos de su cabeza, a costa de las pruebas por las que tuviera que pasar su fe; en segundo lugar, el hecho de que en el cielo y ante los ángeles su fidelidad a Cristo en esta dolorida misión sería reconocida por Él; y en tercer lugar, el rechazo de su misión, mucho más condenable que el rechazo de Cristo mismo. Dios había dado un paso final en Su gracia y testimonio. Una luz clara sobre todas las cosas, el cuidado divino, el reconocimiento que les daba Dios desde el cielo, el poder del Espíritu Santo con ellos: éstos son los motivos y los ánimos dados aquí a los discípulos para su misión después de la partida del Señor.

Lo que sigue luego marca intensamente la posición en la que fueron situados los discípulos conforme a los consejos de Dios, por causa del rechazo de Cristo (vers. 13). El Señor rehúsa formalmente ejecutar justicia en Israel. Éste no era Su lugar. Él trata con las *almas*, dirigiendo su atención a otra vida que trasciende a la actual; y, en lugar de dividir la herencia entre los hermanos, advierte a la multitud que se guardara de la codicia, y los instruía por la parábola del hombre rico, el cual fue repentinamente llamado de en medio de sus proyectos. ¿Qué pasó, entonces, con su alma?

Habiendo establecido esta base general, vuelve con Sus discípulos y les enseña los grandes principios prácticos que

LUCAS 12

tenían que dirigir su andar. No debían pensar en el mañana, sino confiar en Dios; no podían visionar el porvenir. Si buscaban el reino de Dios, todo lo demás les sería añadido. Ésta era su posición en el mundo que le rechazó a Él. Pero a parte de eso, el corazón del Padre se interesaba por ellos: no habían de temer. Extranjeros y peregrinos, debían atesorar en el cielo, y así su corazón estaría también allí¹. Tenían que esperar al Señor. Tres cosas debían gobernar su alma: el Padre les daría el reino, el tesoro del corazón guardado en el cielo, y la esperanza del regreso del Señor. Hasta que Él viniera, se les pedía que velasen, que tuvieran sus lámparas encendidas, manifestando toda su posición el resultado de la constante espera del Señor. Tenían que comportarse como hombres que le esperaban a Él, con sus lomos ceñidos, y en tal caso, cuando todo fuera restablecido por medio del poder del Señor, conforme a Su corazón, serían introducidos en la casa del Padre, Él les invitaría a sentarse y se ceñiría para servirlos.

Es muy importante llamar la atención del lector sobre este punto, que lo que el Señor busca aquí no es la posesión, aunque así debe ser, de la venida del Señor al fin del siglo, sino que el cristiano esté esperándole, profesando plenamente a Cristo, y tenga su corazón dispuesto. A éstos el Señor hará que se sienten como convidados para siempre en la casa de Su Padre, donde Él los ha llevado, y en amor les ministrará la bendición. Este amor hará las bendiciones diez mil veces más preciosas, recibidas todas ellas de Su mano. El amor se goza en servir, el egoísmo en ser servido. Pero Él no vino para ser servido. Ésta es la clase de amor a la que Él nunca renunciará. Nada puede ser más exquisito que la gracia expresada en estos versículos².

En la pregunta que hace Pedro, deseoso de saber a quié-

1. Obsérvese aquí que el corazón persigue su tesoro. No es como dicen los hombres, que donde está tu corazón está tu tesoro, sino «donde esté vuestro tesoro, también estará vuestro corazón.»

2. Aquí tenemos la porción celestial de aquellos que esperan al Señor durante

LUCAS 12

nes eran dirigidas estas instrucciones, el Señor le refiere la responsabilidad de aquellos a los que Él encomendó obligaciones durante Su ausencia. Así, tenemos las dos cosas que caracterizan a los discípulos tras el rechazo de Cristo: la esperanza de Su regreso y el servicio. La espera, la vigilancia que sabe aguardar con los lomos ceñidos para recibirle, halla su recompensa en el reposo y en la fiesta—la felicidad ministrada por Él—en los que Jesús se ciñe para servirlos. Es la fidelidad en el servicio, poseyendo el dominio sobre todo lo que pertenece al Señor de gloria. Hemos visto, a parte de estas relaciones especiales entre el andar de los discípulos y su posición en el mundo venidero, la verdad general de la negación del mundo en el cual el Salvador fue rechazado, y la posesión del reino por el don del Padre.

Lo que dice Él seguidamente acerca del servicio de aquellos que llevan Su nombre durante Su ausencia, el Señor también señala a los que estarán en esta posición pero que serán infieles, caracterizando así a los que, mientras públicamente ejercían el ministerio en la Iglesia, tendrían su parte con los incrédulos. El secreto del mal que caracteriza su incredulidad se halla en que sus corazones tendrán por

Su ausencia. Es el carácter del verdadero discípulo en su aspecto celestial, así como el servicio es su lugar sobre la tierra.

Nótese también que el señor fue un Siervo aquí. Según Juan 13, Él deviene un siervo cuando asciende al cielo, un Abogado, para lavar nuestros pies. En este lugar, Él se hace siervo para nuestra bendición en el cielo. En Éxodo 21, si el siervo que había cumplido su servicio no quería marcharse, era presentado a los jueces, y reclinado sobre la puerta una lesna le perforaba el oído como señal de perpetua servidumbre. Jesús llevó a cabo Su servicio perfectamente para Su Padre al final de Su vida sobre la tierra. En el Salmo 40, Su «oídos fueron horadados»—es decir, un cuerpo preparado, el cual es la posición de obediencia (comp. Filipenses 2). Esto es la encarnación. Ahora, Su servicio había concluido en Su vida en la tierra como Hombre, pero Él nos amó demasiado—amó a Su Padre demasiado en el carácter de siervo—como para abandonar este carácter; y en Su muerte, Su oreja, según Éxodo 21, fue perforada, deviniendo un siervo eterno—un Hombre sempiterno—para lavarnos los pies: y a partir de aquí, lo hará en el cielo, cuando nos tomará a Sí mismo según el pasaje que estamos considerando. ¡Qué gloriosa escena del amor de Cristo!

tardanza el retorno de Jesús, en lugar de desearlo y apresurarlo sus aspiraciones, y sirviéndole con humildad con el deseo de ser hallados fieles. Éstos dirán que Él no viene inmediatamente, y en consecuencia harán su propia voluntad, acomodándose al espíritu del mundo y asumiendo la autoridad sobre sus consiervos. ¡Qué escena la que ha tenido lugar! Pero su Maestro—porque Él lo era, aunque ellos no le hayan servido de veras—vendrá en el momento que no esperan, y como un ladrón en la noche. Aunque hayan profesado ser Sus siervos, tendrán su parte con los incrédulos. No obstante, habrá una diferencia entre los dos; pues el siervo que conozca la voluntad de su Maestro, y no obstante no se prepara para Él como resultado de sus esperanzas, ni realiza la voluntad del propio Maestro, será severamente castigado. Mientras que aquel que no posee el conocimiento de Su voluntad, será castigado con menos rigor. He añadido la palabra «propio» junto a «Maestro» según el original, porque significa una relación reconocida con el Señor, y las obligaciones que se derivan de ella. El otro ignoraba la voluntad explícita del Señor, pero cometió el mal que de ningún modo debiera haber cometido. Se trata de la historia de los siervos verdaderos y falsos de Cristo, de la Iglesia profesante, y del mundo en general. No existe un testimonio más solemne de la causa de infidelidad dentro de la Iglesia que la condujo a su ruina y al juicio venidero, esto es, el abandono de la esperanza presente de la venida del Señor.

Si van a ser pedidas cuentas a las personas que hayan actuado según sus prerrogativas, ¿quién de ellas será tan culpable como aquellas que se llaman a sí mismas ministros del Señor, si no le sirven mientras esperan Su regreso?

El Señor, no obstante rechazado, había venido a traer conflicto y fuego sobre la tierra. Su presencia encendía este fuego incluso antes de Su rechazo, en el bautismo de muerte por el cual tenía que pasar Él; esto se cumplió. No fue, sin embargo, hasta después de entonces que Su amor

LUCAS 12

tuvo completa libertad para mostrarse en poder. Su corazón, el cual era amor conforme a la infinitud de la Deidad, fue constreñido hasta que la expiación dejó que actuara libremente con la consumación de todos los propósitos de Dios, en la cual Su poder había de manifestarse conforme a ese amor, que requería esa expiación como la base de la reconciliación de todas las cosas en el cielo y en la tierra¹.

Versículos 51-53. Él muestra detalladamente las divisiones que resultarían de Su misión. El mundo no soportaría la fe en el Salvador más de lo que Él soportaba al mundo, el cual era su objeto y el motivo de su confesión. Estará bien si nos fijamos aquí en cómo sacaba el mal del corazón humano la presencia del Salvador. El estado descrito aquí lo encontramos en Miqueas, el más horrendo del mal jamás pensado (Miqueas 7:1-7).

Luego se dirige al pueblo para prevenirlos sobre las señales propias de los tiempos en que vivían. Él basa este testimonio sobre un terreno doble: las señales evidentes que Dios daba, y las pruebas morales que, incluso sin esas señales, debía reconocer la conciencia y los obligaban a recibir este testimonio.

Pero siempre ciegos, se hallaban de camino hacia el juez. Y una vez entregados a él, no iban a salir hasta que el castigo de Dios se ejecutara plenamente sobre ellos² (comparar Isaías 40:2).

1. Cuán bendito es ver aquí, sea cual fuere el mal en el hombre, que después de todo cada cosa lleva al cumplimiento de los consejos de Su gracia. La incredulidad del hombre hizo retener el amor divino en el corazón de Cristo, sin debilitarse, por cierto, pero incapaz de mostrarse y manifestarse. Su efecto pleno sobre la cruz lo hizo mostrarse sin obstáculo alguno, en la gracia que reina por la justicia, hacia los más ruines. Es un pasaje de lo más singular y bendito.

2. Resumamos en esta nota el contenido de estos dos capítulos para entender mejor su enseñanza. En el primero (12) el Señor habla como quien quiere desvincular de este mundo los pensamientos de todos—habla a los discípulos atrayéndolos hacia Aquel que tenía poder sobre el alma así como sobre el cuerpo, y les anima con el conocimiento del fiel cuidado de su Padre y de Sus propósitos para darles el reino. Mientras, habían de ser extranjeros y peregrinos, sin mostrarse ansiosos ante lo que sucedía alrededor—a la multitud les

CAPÍTULO 13

En este momento, recordaron al Señor un juicio terrible que había caído sobre alguno de entre ellos. Él les declara que ni este caso, ni otro que Él remite a sus mentes, es excepcional, pues a menos que se arrepintieran lo mismo les sucedería a todos ellos. Contribuye con una parábola a fin de hacerles comprender su posición. Israel era la higuera en la viña de Dios. Por tres años había estado amenazando con podar la higuera, pues echaba a perder Su viña, contaminando e invadiendo el suelo. Jesús estaba intentando todo por última vez para hacer que llevara fruto; si ello no tenía éxito, era asunto de la gracia preparar el camino para el justo juicio del Maestro de la viña. ¿Por qué cultivar lo que sólo perjudicaba?

habla mostrándoles que el hombre más dichoso no podía asegurar lo largos que iban a ser sus días. Pero Él añade algo positivo. Sus discípulos habían de esperarle cada día, constantemente. No sólo el cielo sería su porción, sino que allí también poseerían todas las cosas. Ésta es la parte celestial de la Iglesia al regreso del Señor. Sirviéndole hasta que vuelva—un servicio que precisa una vigilancia incesante, llegando entonces Su turno de venir a servirlos. Seguidamente tenemos su herencia, y el juicio de la Iglesia profesante y del mundo. Su enseñanza creó división, en lugar de establecer el reino en poder. Pero había de morir. Esto nos lleva a otro asunto: el juicio presente de los judíos. A pesar de tener a Dios, ellos estaban en el camino hacia el juicio (cap. 13). El gobierno de Dios no se manifestaría delatando a los impíos en Israel mediante la acción de juicios aislados. Todos perecerían si no se arrepentían. El Señor estaba cuidando de la higuera para el año final, y si el pueblo de Dios no producía fruto, echaba a perder Su vergel. El fingir obediencia a la ley, opuesto a la presencia de un Dios en medio de ellos—Aquel que les había dado la ley—era hipocresía. El reino no iba a ser establecido manifestándose el poder del Rey sobre la tierra, sino que tenía que crecer de una minúscula semilla hasta que deviniera un enorme sistema de poder y una doctrina la cual, como sistema, penetraría en toda la masa. Sobre la pregunta que se le hizo de si el remanente era numeroso, Él insiste en que hay que entrar por la puerta estrecha de la conversión, y de la fe en Él mismo, pues muchos buscarían entrar en el reino y no podrían: una vez que el Maestro de la casa se hubiera levantado y cerrado la puerta—es decir, Cristo siendo rechazado de en medio de Israel—en balde dirían que Él estuvo en sus ciudades. Los hacedores de maldad no entrarían en el reino. El Señor está hablando aquí totalmente acerca de los judíos. Ellos verían a los patriarcas, a los profetas—incluso a gentiles de todas partes—en el reino, y ellos estarían fuera. A pesar de haberse consumado el

LUCAS 13

Sin embargo, Él procede en gracia y en poder para con la hija de Abraham, conforme a las promesas hechas a aquel pueblo, al cual le demuestra que su resistencia, con la que pretendían enfrentar la ley y la gracia, era solamente hipocresía.

El reino de Dios pasaría a asumir una forma inesperada en consecuencia de Su rechazo. Sembrado por la Palabra, y no introducido en poder, crecería sobre la tierra hasta que deviniera un poder mundano; y, como profesión exterior y doctrina, penetraría en toda su esfera preparada en los consejos soberanos de Dios. No se trataba del reino establecido en poder y actuando en justicia, sino de algo dejado a la responsabilidad del hombre, aunque los consejos de Dios estuvieran llevándose a cabo.

Finalmente, el Señor retoma, de manera directa, la cues-

rechazo de Cristo, la destitución de Él no dependió de la voluntad del hombre ni del falso rey que buscaba, con la información de los fariseos, librarse de Él. Los propósitos de Dios y la maldad del hombre se consumaron a la par. Jerusalén tenía que llenar la medida de su iniquidad, y no podía ser que un profeta muriese si no era en sus recintos. Pero más tarde, el someter a prueba al hombre en su responsabilidad, se concluye en el rechazo de Jesús. Él habla en un lenguaje conmovedor y magnífico, como Jehová mismo. ¡Cuántas veces este Dios de bondad hubiera querido juntar a los hijos de Sión bajo Sus alas, y no quisieron! Hasta donde dependía de la voluntad humana, fue una completa separación y desolación. Y de hecho así fue. Todo había terminado para Israel con respecto a Jehová, pero no para Jehová con respecto a Israel. Era la parte del profeta confiarse en la fidelidad de su Dios—sabiendo que no podía fallar y que, si los juicios venían, lo harían por un poco de tiempo. Podía decir: «¿Hasta cuándo?» (Isaías 6:11; Salmo 79:5). La angustia es total cuando no se tiene fe, y cuando no hay nadie a quien decir: «¿Hasta cuándo?» (Salmo 74:9). Aquí, el mismo gran Profeta es rechazado. Pese a afirmar Sus derechos de gracia, como Jehová, les declara, sin haberles preguntado, el fin de su desolación: «De ningún modo me veréis, hasta que llegue el tiempo en que digáis: Bendito el que viene en nombre del Señor.» Esta repentina manifestación de los derechos de Su divinidad, en gracia además, cuando todo se hallaba perdido acerca de su responsabilidad, y muy a pesar de su providencial cultura, es de una exquisitez insuperable. Es Dios mismo el que aparece al fin de todas Sus relaciones. Vemos de esta recapitulación que el capítulo 12 nos da la porción celestial de la iglesia, el cielo, y la vida futura; el capítulo 13 añade—con los versículos 54-59 del capítulo 12—el gobierno de Israel y el de la tierra, con la forma exterior de aquello que los sustituiría aquí abajo.

LUCAS 13

tión de la posición del remanente y de la suerte de Jerusalén (versículos 22-35).

Pasando por las ciudades y pueblos, cumpliendo la obra de gracia pese al menosprecio del pueblo, alguien le preguntó si el remanente, aquellos que escaparían del juicio de Israel, iban a ser muchos. Él no le contesta conforme al número, sino que penetra en la conciencia del formulador instándole a esforzarse para entrar por la puerta estrecha. No sólo no entraría la multitud, sino que la mayoría, despreciando esta puerta, desearía entrar en el reino y no podría. Además, una vez que el Maestro de la casa se hubiera levantado y cerrado la puerta, sería demasiado tarde. Les diría entonces: «No sé de dónde sois.» Alegarían que Él había estado en sus ciudades, pero les declarararía que no conocía a aquellos hacedores de iniquidad. No hay paz para los impíos. La puerta del reino era moral, real ante Dios: la conversión. La multitud de Israel no entraría por esta puerta, y fuera, llorando y angustiados, verían a los gentiles sentándose con los depositarios de las promesas, mientras ellos, los hijos del reino según la carne, iban a ser echados fuera, sintiéndose miserables por haber estado cerca. Y aquellos que parecían ser los primeros, van a ser los postremos, y éstos, los primeros.

Fingiéndose considerados hacia el Señor, los fariseos le recomiendan marcharse. En esto, queda explicada finalmente la voluntad de Dios en cuanto a la consumación de Su obra. No se trataba de que se cuestionase el poder del hombre sobre Él. Él cumpliría Su obra y después se marcharía, porque Jerusalén no conoció el tiempo de su visita. El verdadero Señor, Jehová mismo, ¡cuánto hubiera querido agrupar bajo Sus alas a los hijos de esta rebelde ciudad y no pudo! Este último intento en gracia fue efectuado, y su casa quedó desolada hasta el futuro arrepentimiento de ellos, y, volviéndose al Señor, digan según el Salmo 118: «Bendito el que viene en el nombre del Señor.» Entonces Él se aparecerá, y ellos le verán.

LUCAS 14

Nada hay de más natural que la relación y la fuerza de estas conversaciones. Para Israel fue el último mensaje, la última visitación de Dios. Ellos la rechazaron. Fueron abandonados por Dios—aunque amados—hasta el día que clamen al que habían rechazado. En aquel entonces este mismo Jesús se les aparecerá otra vez, e Israel le verá. Éste será el día que el Señor ha hecho.

Su rechazo—aceptando el establecimiento del reino como un árbol y la levadura, durante su ausencia—produce su fruto entre los judíos hasta el fin; y el avivamiento entre esa nación en los últimos días, y el retorno de Jesús en base de su arrepentimiento, hará referencia a aquel gran hecho de pecado y rebelión. De aquí tenemos más instrucciones importantes con respecto al reino.

CAPÍTULO 14

Unos detalles morales son los que se desarrollan en este capítulo¹. El Señor, siendo invitado a comer con un fariseo, vindica Sus derechos de gracia sobre aquello que era el sello del viejo pacto, juzgando la hipocresía que de todas formas quebrantaba el sábado cuando se trataba de los intereses de los fariseos. Entonces muestra Él el espíritu

1. Los capítulos 15-16 presentan la soberana energía de la gracia, sus frutos y sus consecuencias, en contraste con toda la aparente bendición terrenal, y el gobierno de Dios sobre la tierra en Israel, así como el viejo pacto. El capítulo 14, antes de abordar esta completa revelación, nos muestra el lugar que debemos ocupar en un mundo como éste, teniendo en cuenta la justicia galardonadora, el juicio que se ejecutará cuando Él vuelva. La propia exaltación en este mundo conduce a la humillación. La propia humillación—ocupando el lugar más bajo conforme a lo que somos, por una parte, y por otra, actuando en amor—conduce a la exaltación de parte de Aquel que juzga moralmente. Después de esto, hemos presentado ante nosotros la responsabilidad que emana de la presentación de la gracia, y aquello que es tan difícil en este mundo. En una palabra, existiendo ahí el pecado, la propia exaltación ministra en favor de éste; es egoísmo, y amor del mundo en el que se desenvuelve. Uno se hunde moralmente al estar lejos de Dios. Cuando el amor está en acción, representamos a Dios a los hombres de este mundo. Sin embargo, es en sacrificio de todo que nos convertimos en Sus discípulos.

LUCAS 14

de humildad y mansedumbre que convenía al hombre en presencia de Dios, y la unión de este espíritu con amor cuando existía la posesión de privilegios mundanos. Un andar como el Suyo, en contraposición al espíritu del mundo, haría que el lugar de uno allí fuera confuso; no contarían las empatías habidas en sociedad. Un nuevo día amanecía a través de Su rechazo, y que de hecho fue una consecuencia necesaria: la resurrección de los justos. Arrojados por el mundo fuera de su seno, tendrían su lugar aparte en aquello que el poder de Dios efectuaría. Habría una resurrección de *los justos*. Luego obtendrían éstos el premio por todo lo que hicieran por amor al Señor y en nombre de Él. Vemos la fuerza con la que esta alusión es hecha a la posición del Señor en aquel momento, resuelto a recibir la muerte en este mundo.

¿Qué sería del reino? Con referencia a él da Su perspectiva el Señor en la parábola de la gran cena de la gracia (versículos 16-24). Despreciado por la principal parte de los judíos cuando Dios los invitó a entrar, Él se puso a buscar a los menesterosos del rebaño. Pero como había lugar en Su casa, manda a buscar a los gentiles para introducirlos en ella por Su llamamiento, el cual fue hecho en poder eficaz cuando no le buscaban. Era la actividad de Su gracia. Los judíos, como tales, no tendrían parte en ella. Pero aquellos que entraran deberían calcular el coste (vers. 25-33). Habría que abandonar todo, y toda atadura que se tuviera con este mundo tendría que deshacerse. Lo que era más querido al corazón, lo más comprometido, debía ser tanto más aborrecido. No significa que los afectos sean malos en sí mismos, sino que al ser rechazado Cristo por este mundo, todo lo que nos une a la tierra ha de ser sacrificado por Él. Cueste lo que cueste, hay que seguirle a Él, debiendo aprender uno mismo a detestar su propia vida e incluso a perderla, antes que desmayar siguiendo al Señor. Todo se perdería en esta vida natural. La salvación, el Salvador, la vida eterna, estaban en juego. Tomar uno mismo la cruz y

LUCAS 15

seguirle a Él, era la única manera de ser Su discípulo. Sin esta fe, mejor es no empezar a edificar nada; y conscientes de que el enemigo es exteriormente más fuerte que nosotros, deberá comprobarse si, pase lo que pase, intentaremos, firmes en nuestro propósito, salirle al encuentro con fe en Cristo. Todo lo relacionado con la carne es algo con lo que debemos romper.

Versículos 34-35. Los discípulos fueron llamados a dar un testimonio peculiar, a testificar del carácter de Dios cuando Él era rechazado en Cristo, de lo cual la cruz fue la exacta proporción. Si los discípulos no eran también rechazados, carecían de toda dignidad. No eran discípulos en este mundo para otro propósito que el de testificar. ¿Ha mantenido la Iglesia este carácter? ¡Solemne pregunta para todos nosotros!

CAPÍTULO 15

Habiendo desarrollado la diferencia de carácter entre las dos dispensaciones, y las circunstancias de la transición de la una a la otra, el Señor vuelve sobre principios más elevados—a las fuentes de aquel otro que fue introducido por la gracia.

Se percibe verdaderamente un contraste entre las dos, así como entre los capítulos que hemos examinado. Pero esta desigualdad llega hasta su glorioso origen en la gracia de Dios, como algo contrapuesto a la desdichada autojusticia del hombre.

Los publicanos y pecadores se acercan a Jesús. La gracia se dignó mostrarse a aquellos que la necesitaban. La autojusticia refutaba todo lo que no fuese tan despreciable al menos como lo era ésta, y a Dios en Su naturaleza de amor. Los fariseos y los escribas murmuraban contra Aquel que fue testigo de esta gracia al cumplirla.

No puedo meditar en este capítulo, gozo de muchas almas y tema de tantos testimonios de la gracia desde el momento

LUCAS 15

en que el Señor lo pronunció, sin explayarme en la gracia aplicada en perfección al corazón. Pero debo limitarme aquí a principios generales, dejando su aplicación a aquellos que predicán la Palabra, lo cual representa una dificultad evidente a lo largo de esta porción.

En primer lugar, el gran principio que exhibe el Señor, y sobre el cual fundamenta la justificación de los tratos divinos—¡triste estado del corazón que los necesita, y maravillosa la gracia y paciencia que los ofrecen!—es que Dios obtiene Su propio disfrute al mostrarnos gracia. ¡Qué contestación al horrendo espíritu de los fariseos que objetaban contra ella!

Es el Pastor quien se regocija cuando la oveja es hallada, la mujer cuando la pieza de dinero está en su mano, el Padre cuando Su hijo está en Sus brazos. ¡Qué expresión de aquello que Dios es! ¡Qué fielmente queda expresado en Jesús la revelación de esta gracia! Todas las bendiciones del hombre pueden fundarse solamente en ella, y por ella Dios es glorificado.

Hay dos partes distintas en esta gracia—el amor que busca, y el amor con que uno es recibido. Las dos primeras parábolas describen el primer carácter de esta gracia. El pastor busca las ovejas, la mujer su pieza de dinero. La oveja y la pieza de dinero son pasivas. Los dos personajes buscan hasta que encuentran, porque tienen un interés vivo en su objetivo. La oveja, agotada en sus descarríos, no tiene que tomarse la molestia de volver, pues el pastor se la coloca sobre los hombros para llevarla a casa y se hace cargo de ella, feliz de haberla recuperado. Ésta es la mentalidad del cielo, cualquiera que sea el estado del corazón humano en esta tierra. La mujer nos presenta las inquietudes que Dios revela en Su amor, de modo que es más la obra del Espíritu la que es representada en la de la mujer. Aparece la luz, la cual barre la casa hasta hallar la pieza de dinero que había perdido; y así actúa Dios en el mundo, buscando a los pecadores. El odioso y vindicativo celo de la

LUCAS 15

autojusticia no halla ningún lugar en la mentalidad del cielo, donde Dios habita, y que refleja en la felicidad que le rodea Sus mismas perfecciones.

Pero aunque ni la oveja ni la pieza de dinero no hacen nada por ser recuperadas, existe una obra real en el corazón de alguien que es recuperado. Esta obra, necesaria para el hallazgo o la búsqueda de paz, no es aquella en la que la paz se fundamenta. El retorno y el recibimiento del pecador se describen en la tercera parábola. La obra de gracia llevada a cabo por el solo poder de Dios, completa en sus resultados, nos es presentada en las dos primeras. Vamos a estudiar aquí al pecador que regresa con unos sentimientos producidos por la gracia, pero que no alcanzan las proporciones de la gracia manifestada en su recibimiento hasta que no ha regresado.

Primeramente, se describe su enajenamiento de Dios. Mientras que es culpable en el momento de cruzar el umbral paterno, al volver su espalda contra su padre, como cuando comía las algarrobas de los cerdos, el hombre, engañado por el pecado, se presenta aquí en su último estado de degradación al que le había llevado el pecado. Habiendo malgastado todo lo que vino a parar en sus manos de manera natural, no se inclina ante Dios, sino que la postración en que se halla más tarde—y más de un alma siente la hambruna a la que se ha conducido sola, y el vacío flotante sin deseos de Dios ni de santidad—le conduce a procurarse recursos que el país de Satanás puede suplir, y viene a parar en medio de cerdos. Pero la gracia es operativa, y los pensamientos de felicidad de la casa de su padre y de la bondad que bendecía todo en ella, resurgen en él. Donde obra el Espíritu de Dios existen siempre dos cosas: convicción en la conciencia, y un corazón atraído. Es realmente la revelación de Dios al alma, y Dios es luz y es amor. Como luz, se produce una convicción en el alma, pero como amor hay la atracción de la bondad que genera una confesión verdadera. No se trata meramente de que hayamos pecado,

LUCAS 15

sino que tenemos que vérnoslas con Dios, y lo deseamos, pero tememos por causa de lo que Él es. Sin embargo, somos dejados que vayamos a Él. Así ocurre con la mujer del capítulo 7, como con Pedro en la barca. Esto produce en nosotros la convicción de que vamos a perecer y un débil pero real sentimiento de la bondad de Dios, así como de la felicidad que podemos hallar en Su presencia pese a que todavía no nos sentimos seguros de que vamos a ser recibidos. De este modo, no nos quedamos en el lugar donde hubiéramos perecido. Existe el sentimiento del pecado, de la humillación, de que hay bondad en Dios, pero no el sentimiento de lo que verdaderamente es la gracia de Dios. Esta gracia es atrayente—nos dirigimos a Dios, pero nos satisfaría el ser recibidos como siervos—una prueba de que, aunque el corazón es tocado por la gracia, no le ha encontrado todavía. Este progreso, muy real por cierto, nunca nos dará paz. Hay un cierto alivio de corazón en nuestro retorno, pero no sabemos qué recibimiento esperar después de haber sido culpables de dejar a Dios. Cuanto más se aproximaba el hijo pródigo a la casa, tanto más palpitaba su corazón por el pensamiento de encontrarse con su padre, que se adelanta a su llegada sin mostrarse como lo hubiera merecido su hijo, sino conforme a su propio corazón de padre—la sola medida de los caminos de Dios para con nosotros. Se echa al cuello de su hijo cuando llevaba aún sus andrajos, y antes de que éste pudiera decirle «hazme como a uno de tus jornaleros.» Quería decirlo un corazón que se anticipaba a la manera en que iba a ser recibido, no el de uno que había encontrado a Dios. Un corazón que ha hallado a Dios sabe cómo ha sido recibido. El hijo pródigo se adelanta para expresarse de aquel modo, como lo haría la gente que siente un humilde anhelo y sostiene una posición de indignidad. Aunque la confesión queda hecha cuando el hijo llega a la casa, no dice después «hazme un siervo asalariado.» ¿Cómo iba a decirlo? El corazón del padre, a raíz de sus sentimientos y de su amor hacia él, decidiría la posición que ocuparía

LUCAS 16

el hijo, como causa también del lugar que el corazón le había otorgado para obrar desde él con respecto a su hijo. La posición paterna decidía cuál iba a ser la filial. Esto tenía lugar entre el padre y él. Amaba a su hijo tal como era, pero no lo introdujo en su casa en aquella condición. El mismo amor que lo recibió como hijo haría que fuera introducido en la casa tal y como lo merecía el hijo de un padre. Los sirvientes reciben órdenes de traerle la mejor ropa y ponérsela. Así amados y recibidos por amor, en nuestra miseria somos vestidos con Cristo para entrar en la casa. Nosotros no llevamos la ropa, sino que Dios nos la provee. Es algo completamente nuevo, y somos hechos la justicia de Dios en Él. Se nos da el mejor vestido del cielo. El resto de aquella casa participa de la alegría reinante, excepto el hombre orgulloso, el verdadero judío. El gozo es el gozo del padre, y toda la casa lo comparte. El hijo mayor no está en la casa; se halla cerca y no quiere entrar. No tenemos ninguna relación con la gracia que hace del hijo pródigo el sujeto del gozo de este amor. Sin embargo, la gracia actúa; el padre *sale* y *le* ruega que entre. Fue así como Dios actuó en el evangelio para con el judío. La justicia humana, la cual no es otra cosa que egoísmo y pecado, rechaza esta gracia. Pese a ello, Dios no abandonará Su gracia, porque es propia de Él. Dios será Dios; y Dios es amor.

Esta gracia es la que ocupa el lugar de las pretensiones de los judíos, quienes rechazaron al Señor y la consumación de las promesas en Él.

Aquello que da paz y lo que caracteriza nuestra posición, no son los sentimientos obrados en nuestros corazones, ciertamente existentes, sino aquellos provenientes del mismo Dios.

CAPÍTULO 16

El resultado de la gracia sobre la conducta es presentado, así como la diferencia que existe—siendo cambiada la

LUCAS 16

dispensación—entre la conducta que el cristianismo precisa con respecto a las cosas del mundo, y la posición de los judíos en este aspecto. Ahora bien, esta posición era solamente la expresión de aquello que la ley ponía en evidencia en el hombre. La doctrina así personificada por la parábola es confirmada en la historia del hombre rico y Lázaro, la cual quita el velo que oculta el más allá, donde se manifiestan los resultados de la conducta del hombre.

El hombre es el mayordomo de Dios. Dios le ha encomendado Sus bienes. Israel es situado en esta posición.

Sin embargo, el hombre ha sido infiel; e Israel también lo fue. Dios le ha retirado su mayordomía, pero el hombre se halla todavía en posesión de los bienes para administrarlos, cuando menos, de manera factual—como Israel lo hacía en aquel entonces. Estos bienes son las cosas terrenales, aquello que el hombre posee según la carne. Habiendo desaparecido su mayordomía a causa de su infidelidad, y estando aún en posesión de los bienes, los utiliza para ganar amigos de entre los deudores de su maestro haciéndoles bien. Esto es lo que los cristianos deberían hacer con las posesiones terrenales, emplearlas para los demás teniendo en cuenta el futuro. El criado puede apropiarse para sí el dinero ganado para su maestro, pero prefiere hacer amigos a su costa—es decir, sacrificando el presente por las ventajas del futuro. Podemos convertir en medios para practicar el amor las miserables riquezas de este mundo. El espíritu de la gracia que llena nuestros corazones—nosotros mismos los objetos de gracia—se ejerce con referencia a las cosas temporales, las cuales utilizamos para otros. Para nosotros es en vista a las moradas eternas. «Para que ellos te reciban» equivale a decir «para que seas recibido»—una forma común de expresión en Lucas para designar el hecho sin mencionar a las personas que lo realizan, aunque *ellos* esté implícito.

Tengamos en cuenta que las riquezas terrenales no son nuestras; las celestiales, en el caso de un verdadero cris-

LUCAS 16

tiano, sí son tuyas. Las riquezas son injustas, en el sentido de que son pertenencias del hombre caído, y no del hombre celestial. No tenían razón de ser cuando Adán vivía en inocencia.

Cuando se alza el telón y entrevemos el más allá, toda la verdad se manifiesta a la luz. Y el contraste entre la dispensación judía y la cristiana se muestra con claridad, pues el cristianismo revela aquel mundo, y, en cuanto a sus principios, son pertenencia del cielo.

El judaísmo, conforme al gobierno de Dios sobre la tierra, prometía a los justos bendiciones temporales; pero todo condujo a un desorden cuando rechazaron al Mesías, la cabeza de este sistema. Israel, visto bajo responsabilidad para gozar de la bendición terrenal sobre la base de la obediencia, ha fracasado completamente. El hombre en este mundo no podía de ninguna manera, sobre esa base, ser el canal para el testimonio de los caminos de Dios en gobierno. Vendrá un día de juicio terrenal, pero todavía no ha llegado. Mientras tanto, la posesión de las riquezas no significaba nada mejor que la demostración del favor de Dios. El egoísmo personal y la indiferencia hacia un hermano necesitado a su puerta, eran los que entre los judíos daban matiz a estas posesiones. La revelación nos abre la puerta al más allá para poder observarlo. El hombre en este mundo está caído, es impío. Si ha recibido *sus* cosas buenas aquí, sigue teniendo la parte pecaminosa. Pero será atormentado, mientras que el otro al cual despreció hallará la felicidad en el otro mundo.

No es cuestión a tratar aquí aquello que nos garantiza la entrada al cielo, sino el carácter y el contraste entre los principios de este mundo y los del invisible. El judío escogió este mundo, pero lo perdió, y también el otro. El pobre al que tanto había despreciado, es hallado ahora en el seno de Abraham. El fundamento de esta parábola es mostrar su relación con las esperanzas de Israel, y la idea de que las riquezas eran prueba del favor de Dios—una idea que,

LUCAS 17

aunque sea falsa en cada caso, es bastante comprensible si este mundo es la escena de bendición bajo el gobierno de Dios. El asunto de la parábola también es revelado por lo que hallamos al final de ella. El rico miserable desea que sus hermanos fueran avisados por alguien que hubiera venido de ultratumba. Abraham le declara lo inútil de esta propuesta. Todo había terminado con Israel. Dios no vuelve a presentar a Su Hijo a la nación que le rechazó, la cual menospreciaba la ley y a los profetas. El testimonio de Su resurrección topaba con la misma incredulidad que le había rechazado cuando vivía, así como con los profetas antes de Él. No existe consuelo en el más allá si el testimonio de la palabra a la conciencia es rechazado en este mundo. El abismo no puede ser salvado. Un Señor que regresase no convencería aquellos que menospreciaron la Palabra. Todo está relacionado con el juicio de los judíos, el cual daría fin a la dispensación. La parábola anterior demuestra que la conducta de los cristianos debe estar en línea con las cosas temporales. Todo fluye de la gracia, la cual, en amor de parte de Dios, llevó a cabo la salvación del hombre y puso aparte la dispensación legal y sus principios, introduciendo las cosas celestiales.

CAPÍTULO 17

La gracia es la fuente de la andadura del cristiano, que imprime una guía para él. El cristiano no puede menospreciar al débil y quedar impune. No debe cansarle perdonar a su hermano. Si tuviera fe como un grano de mostaza, el poder de Dios estaría siempre a su alcance, por así decirlo. No obstante, cuando haya hecho todo esto, no habrá cumplido otra cosa que con su deber (vers. 5-10). El Señor muestra luego (vers. 13-37) la liberación del judaísmo, el cual Él aún reconocía, y después de esto, el juicio de éste. Transitando por Samaria y Galilea, diez leprosos vienen a Él rogándole desde lejos que los curase. Él les manda presentarse a los

LUCAS 17

sacerdotes, lo cual significaba, de hecho, tanto como decir «estáis limpios.» No hubiera tenido sentido declararlos inmundos, y ellos lo sabían. Obedecen la palabra del Señor y se marchan con esta convicción, siendo inmediatamente sanados en el camino. Nueve de ellos, contentos de cosechar el beneficio de Su poder, prosiguen su camino hacia los sacerdotes, y continúan siendo judíos, sin salir del antiguo redil. Jesús, en realidad, todavía reconocía este redil. Pero todo el reconocimiento que ellos hicieron de Él fue beneficiarse de Su presencia y quedarse donde estaban. No vieron nada de Su Persona, ni se fijaron en el poder de Dios en Él, para sentirse atraídos. Continuaron siendo judíos. Sin embargo, este pobre extranjero—el que hacía diez—reconoce la buena mano de Dios, cayendo a los pies de Jesús dándole gloria. El Señor le ordena marcharse con la libertad de la fe: «Levántate y prosigue tu camino; tu fe te ha sanado.» Ya no necesita ir al sacerdote, pues había hallado a Dios y la fuente de la bendición en Cristo, y se marchó liberado del yugo que pronto iba a ser quebrado judicialmente para todos.

El reino de Dios estaba entre ellos. Para aquellos que lo discernieran, el Rey estaba allí en medio de ellos. El reino no vino de forma que ganaba la atención del mundo. Estaba allí para que los discípulos desearan ver uno de aquellos días que habían disfrutado durante el tiempo de la presencia del Señor sobre la tierra, pero que no verían aún. Anuncia entonces aquí las pretensiones de los falsos Cristos, habiendo sido rechazado el verdadero, a fin de que el pueblo fuera presa de las argucias del enemigo. En relación con Jerusalén, correrían el riesgo de ser tentados, pero contaban con las enseñanzas del Señor como guía en medio de ellos.

El Hijo del Hombre, en Su día, aparecerá como el relámpago. Pero antes de que eso tenga lugar, deberá sufrir mucho de parte de los judíos incrédulos. El día será como aquel de Lot y de Noé: los hombres, campando a sus anchas, seguirán sus carnales ocupaciones como aquel mundo sor-

LUCAS 18

prendido por el diluvio, y como Sodoma y Gomorra por el fuego del cielo. Será la revelación del Hijo del Hombre—Su revelación pública—repentina y acelerada. Esto es en referencia a Jerusalén. Siendo así prevenidos, su preocupación es escapar del juicio del Hijo del Hombre, que en el tiempo de Su venida en gloria caerá sobre la ciudad que le rechazó y le deshonró. No debían retroceder, ya que esto significaba dejar atrás el corazón en el lugar donde caería el juicio. Mejor perderlo todo, aun el ser, que estar asociado con aquello que iba a recibir juicio. Si lograban escapar y salvar sus vidas a fuerza de infidelidad, el juicio sería el de Dios, y Él sabría cómo alcanzarlos en su lecho y distinguir entre dos que estuvieran durmiendo, y entre dos mujeres que molieran el maíz de la casa en el mismo molino.

Este carácter del juicio no muestra que sea la destrucción de Jerusalén por mano de Tito. Era el juicio de Dios que sabía discernir, tomar y salvar. Ni es el juicio de los muertos, sino un juicio en la tierra: ellos están en la cama, en el molino, en las azoteas y en los campos. Avisados por el Señor, deben abandonar todo y ocuparse solamente de Aquel que viene a juzgar. Si preguntaban dónde sucedería todo esto, sería donde yacieran los cuerpos muertos que el juicio vendría en forma de águila, el cual ellos no podrán ver, pero del que la presa no podrá escaparse.

CAPÍTULO 18

En presencia de todo el poder de sus enemigos y opresores—porque existirán los tales, como vimos, a fin de que puedan ellos perder incluso sus vidas—había un recurso para el remanente afligido. Ellos tenían que perseverar en la oración, recurso, además, para los fieles en todos los tiempos (y del hombre, si lo comprendiera). Dios vengará a Sus escogidos, si es que realmente, demostrada su fe, merecen tal vindicación. Pero cuando Él venga, ¿hallará el Hijo del Hombre esta fe que espera Su intervención? Ésta

LUCAS 18

es la solemne pregunta cuya respuesta queda en manos del hombre responsable; una pregunta que supone lo dificultoso de hallar esta fe, pese a que debería existir. No obstante, si había algo de fe que le fuera aceptable a Aquel que la buscaba, no sería confundida.

Se observará que el reino—y éste es el tema principal—se presenta de dos maneras entre los judíos en aquel momento: en la Persona de Jesús a la sazón presente (cap. 17:21), y en la ejecución del juicio, en el cual los escogidos serán preservados y la venganza de Dios ejecutada en nombre de ellos. Por este motivo, ellos sólo deben pensar en agradarle, por muy aflictivo e inconsciente que pueda ser con ellos el mundo. Es el día del juicio de los impíos, y no el día en que los justos serán arrebatados al cielo. Enoc y Abraham tipifican más este segundo día; Noé y Lot tipifican aquellos que serán preservados para vivir sobre la tierra. Solamente habrá opresores de quienes será vengado el remanente. El versículo 31 enseña que deben pensar sólo en el juicio y mantenerse alejados, como hombres, de todo vínculo terrenal. Separados de todo, su única esperanza estará en Dios en esos momentos.

El Señor continúa luego, en el versículo 9 del capítulo 18, la descripción de esos caracteres que son propios del reino, para poder entrar ahora en pos de Él. A partir del versículo 35¹, se aproxima históricamente la gran transición.

Luego, el versículo 8 pone fin a la advertencia profética con respecto a los últimos tiempos. El Señor continúa más tarde considerando los caracteres propios del estado de cosas introducidas por la gracia. La propia justicia está lejos de ser recomendada como entrada al reino. El pecador más desgraciado, confesando su pecado, es justificado delante de Dios antes que los practicantes de justicia. El que se exaltase, sería abatido, y el que se humillase sería enalte-

1. El caso del ciego en Jericó es, como ya vimos, el comienzo—en todos los evangelios sinópticos—de los últimos sucesos de la vida de Cristo.

LUCAS 18

cido. ¡Qué modelo y testimonio de esta verdad fue el mismo Señor Jesucristo!

El espíritu de un niño—sencillo, creyendo todo lo que le cuentan, confidente, desestimándose a sus propios ojos, debiendo ser todo oídos—es el apto para el reino de *Dios*. ¿Qué otra cosa sería admitida por Él?

Nuevamente los principios del reino, establecido por el rechazo de Cristo, chocaban de lleno con las bendiciones temporales vinculadas a la obediencia a la ley, tan excelente como era dentro de su esfera. En el hombre no había ningún bien: solamente Dios era bueno. El joven que había cumplido la ley en su andar exterior, es llamado a dejar todo para seguir al Señor. Jesús conocía sus circunstancias y su corazón, y metió el dedo en la llaga de su codicia, que le animaba en el aprovisionamiento de riquezas. Tenía que vender todo lo que poseía y seguir a Jesús; entonces poseería un tesoro en el cielo. El joven se marchó triste. Las riquezas que, según la opinión de los hombres, parecían ser una señal del favor de Dios, no fueron más que un obstáculo cuando para el corazón el cielo estaba en juego. A continuación, el Señor anuncia que quienquiera que abandonase cualquier cosa apreciada a causa del reino de los cielos, recibiría mucho más en este mundo; y en el venidero, la vida eterna. Podemos destacar que es solamente el principio el que se presenta aquí en referencia al reino.

Finalmente el Señor, de camino a Jerusalén, explica a Sus discípulos de forma sucinta y en privado que Él iba a ser entregado para ser maltratado y muerto, y para resucitar más tarde. Era la consumación de todo lo que escribieron los profetas. Pero los discípulos no entendieron nada.

Si el Señor quería que aquellos que le siguieran tomaran la cruz, no podía por menos de llevarla Él mismo. Marchó solo delante de Sus ovejas en esta senda de abnegación y devoción para preparar el camino. Fue un sendero que Su pueblo no había hollado aún, ni siquiera podían hasta que Él no lo hubiera hollado primero.

LUCAS 19-20

La historia de Su último acercamiento a Jerusalén y de Su relación con ella, comienza ahora (vers. 35). Aquí se presenta Él novedosamente como el Hijo de David, y por vez última, poniendo sobre la conciencia de la nación Sus derechos a este título al tiempo que manifiesta las consecuencias de Su rechazo.

Próximo a Jericó¹, el lugar de maldición, avista a un ciego que cree en Su título de Hijo de David. De la misma manera que éste, aquellos que poseían esta fe recibieron la vista para seguirle, y vieron cosas aún mayores que aquéllas.

CAPÍTULOS 19-20

En Jericó, Él despliega la gracia a pesar del espíritu fari-saico. No obstante, es como hijo de Abraham que señala a Zaqueo, el cual—en una falsa posición como publicano—poseía una conciencia tierna y un corazón generoso². Su posición, a los ojos de Jesús, no le robó el carácter de hijo de Abraham—pues si esto hubiera tenido efecto, ¿quién es el que se habría salvado?—ni afectó al camino a esa salvación que había venido para salvar a los perdidos. La salvación entró con Jesús en la casa de este hijo de Abraham. Él trajo salvación, quienquiera que fuese heredero de ella.

No obstante, Él no les oculta Su partida, y el carácter que el reino asumiría debido a Su ausencia. Para ellos, Jerusalén y la esperanza de la venida del reino llenaban sus mentes. El Señor entonces les explica lo que tendría lugar. *Él se marchaba* para recibir un reino y volver. Entretanto, confía algunos de Sus bienes—los dones del Espíritu—a Sus siervos para comerciar con ellos durante Su ausencia. La dife-

1. En Lucas, la llegada a Jericó es afirmada como un hecho general en contraste con Su viaje general, que tiene en vista desde el capítulo 9:51. En realidad, fue saliendo de Jericó que Él vio al ciego. El hecho general es todo lo que tenemos aquí, para dar a toda la historia, y también a Zaqueo, su lugar moral.

2. No dudo que Zaqueo se presenta ante Jesús de la manera como él era habitualmente, antes de que Jesús viniera a él. No obstante, la salvación vino ese día a su casa.

LUCAS 19-20

rencia entre esta parábola y aquella en el evangelio de Mateo es la siguiente: Mateo presenta la soberanía y sabiduría del dador, el cual hace variados Sus dones según la aptitud de Sus siervos. En Lucas tiene que ver más particularmente con la responsabilidad de los siervos, quienes reciben cada uno la misma suma, y el uno gana con ella, en interés de su maestro, más que el otro.

Por consiguiente, no se les dice a todos, como en Mateo, «entra en el gozo de tu Señor»; sino que a uno le es dada autoridad sobre diez ciudades, y al otro sobre cinco—es decir, unas porciones en el reino conforme a su labor. El siervo no pierde lo que ha ganado, aunque fuera para su maestro, sino que goza de ello. No sucede lo mismo con el siervo que no sacó partido de su talento. Lo que le fue confiado a él es ofrecido al que había ganado diez.

Aquello que ganamos espiritualmente aquí, en inteligencia vital y en el conocimiento de Dios en poder, no se pierde en el otro mundo. Por el contrario, recibimos más, y la gloria de la herencia nos es dada en proporción a nuestra obra. Todo es gracia.

Había aún otro elemento en la historia del reino. Los ciudadanos—los judíos—no sólo rechazan al rey, sino que cuando éste se fue para recibir el reino, le envían un mensajero para decirle que no querían que reinara sobre ellos. Cuando Pedro pone delante de los judíos su pecado declarándoles que si se arrepentían Jesús volvería, y con Él los tiempos de refrigerio, rechazan este testimonio y, por así decirlo, hacen lo mismo con Esteban para testificar que ellos no quieren ninguna relación con Él. Cuando Él regrese en gloria, la nación perversa será juzgada ante Sus ojos. Como enemigos declarados de Cristo recibirán el premio de su rebelión.

Él declaró lo que era el reino, y aquello que iba a ser. Ahora viene para presentarlo por última vez en Su Persona a los habitantes de Jerusalén, según la profecía de Zacarías. Esta notable escena ha sido considerada en su

LUCAS 19-20

aspecto general al estudiar Mateo y Marcos, pero algunas circunstancias especiales requieren aquí que nuevamente nuestra atención. Todo gira en torno a Él cuando hace Su entrada. Los discípulos y los fariseos reciben un notable contraste. Jerusalén está en el día de su visitación, pero es ignorante de ello.

Algunas notables expresiones son pronunciadas por Sus discípulos, movidos por el Espíritu de Dios en esta ocasión. Si hubieran guardado silencio, las piedras se habrían partido proclamando la gloria del Rechazado. El reino, en sus exitosas aclamaciones, no es simplemente el reino en su aspecto terrenal. En Mateo es: «Hosanna al Hijo de David», y «Bendito el que viene en nombre del Señor; Hosanna en las alturas.» Algo realmente cierto; pero aquí tenemos algo más. El Hijo de David desaparece. Él es realmente el Rey que viene en el nombre del Señor, pero no es ya el remanente de Israel el que busca la salvación en el nombre del Hijo de David, reconociendo Su título. Es «Paz en el cielo y gloria en lo más alto.» El reino depende de que la paz sea establecida en los lugares celestiales. El Hijo de David, exaltado en alto y triunfante sobre Satanás, ha reconciliado los cielos. La gloria de la gracia en Su Persona es establecida para la eterna y suprema gloria del Dios de amor. El reino sobre la tierra no es sino una consecuencia de esta gloria que la gracia estableció. El poder que echó a Satanás formó la paz en el cielo. Al comienzo de Lucas 2:14 tenemos, en la gracia manifestada: «Gloria a Dios en lo más alto, y sobre la tierra paz, buena voluntad (de Dios) para con los hombres.» Para establecer el reino, es hecha la paz en el cielo y la gloria de Dios se establece plenamente en lo más alto.

Se observará aquí que, aproximándose Él a Jerusalén, el Señor llora sobre la ciudad. No es ahora como en Mateo donde, al disertar con los judíos se la presenta como la que, habiendo rechazado y matado a los profetas—y también a Emanuel el Señor, quien había querido reunir bajo Sus alas

LUCAS 19-20

a sus hijos, y tras ser ignominiosamente rechazado—que-
daba ahora abandonada a su desolación hasta Su regreso.
Fue la hora de su visitación y no la conoció. ¡Si solamente
hubiera oído, como ahora, la llamada del testimonio de su
Dios! Es entregada, entonces, en manos de los gentiles, sus
enemigos, los cuales no dejan en ella una piedra sobre otra.
Al no haber conocido esta visitación de Dios en gracia en la
Persona de Jesús, es puesta aparte—el testimonio no con-
tinúa—dando lugar a un nuevo orden de cosas. Así, la des-
trucción de Jerusalén por Tito es aquí prominente. Es el
carácter moral del templo también de lo que habla el Señor.
El Espíritu no pone en claro que tiene que ser el templo de
Dios para todas las naciones. Es simplemente (cap. 20:16)
la viña dada a otros. Ellos cayeron sobre la piedra de tro-
piezo entonces; cuando ésta caiga sobre ellos—al venir Je-
sús en juicio—serán reducidos al polvo.

En Su respuesta a los saduceos, se añaden tres cosas im-
portantes a la ya mencionada en Mateo. En primer lugar,
no era solamente la condición de aquellos que resucitan y
la certidumbre de la resurrección; es una época, la cual sólo
una cierta clase hallada digna de ella obtendrá una resu-
rrección separada de los justos (vers. 35). En segundo lu-
gar, esta clase está compuesta por los hijos de Dios, siendo
hijos de la resurrección (vers. 36). Seguidamente, mientras
esperan esta resurrección, sus almas sobrevivirán a la
muerte; todos vivirán para Dios, aunque ahora puedan es-
tar ocultos de las miradas de los hombres (vers. 38).

La parábola de la fiesta de bodas es omitida aquí. En el
capítulo 14 de este evangelio la hallamos con elementos
característicos, una misión en las calles de la ciudad, y a
los menospreciados de las naciones, que no está en Mateo,
donde vemos el juicio de Jerusalén como contrapartida
antes de anunciar la evangelización de los gentiles. Todo
esto es característico. Lucas trata de la gracia, una condi-
ción moral del hombre frente a Dios, y el orden nuevo de
cosas fundamentado sobre el rechazo de Cristo. No me en-

LUCAS 21

tretendré en estos puntos que Lucas relata ya en línea con Mateo. Coinciden naturalmente en los grandes hechos concernientes al rechazo del Señor por los judíos, y en sus consecuencias.

Si comparamos Mateo 23 y Lucas 20:45-47, veremos enseguida la diferencia. En Lucas, el Espíritu nos da en tres versículos aquello que moralmente deja a un lado a los escribas. En Mateo se desarrolla toda su posición con respecto a la dispensación, ya sea que conservaran un lugar mientras perdurase Moisés, o con referencia a su culpabilidad ante Dios en dicho lugar.

CAPÍTULO 21

El discurso del Señor en el capítulo 21 manifiesta el carácter del evangelio de una manera peculiar. El espíritu de gracia, en contraposición al judaico, es contemplado en el relato de la ofrenda de la viuda pobre. Pero la profecía del Señor requiere una atención más detallada. El versículo 6, como vimos al final del capítulo 19, habla sólo de la destrucción de Jerusalén de aquel entonces, lo cual se aplica también a la cuestión de los discípulos. Ellos no veían el final del siglo. El Señor plantea después las obligaciones y explica las circunstancias de Sus discípulos antes de esa hora. En el versículo 8 se dice: «El tiempo está cerca», lo cual no hallamos en Mateo. Profundiza más detalladamente con respecto al ministerio de ellos durante este período, animándolos con promesas de un auxilio necesario. La persecución sería enviada a ellos para dar un testimonio. Desde la mitad del versículo 11 al final del 19, tenemos detalles relativos a los discípulos que no hallamos en el correspondiente pasaje de Mateo. Presentan el estado general de cosas bajo el mismo aspecto, añadiendo la condición de los judíos, de aquellos que particularmente recibieron la Palabra más o menos exteriormente. Toda la corriente del testimonio dado en relación con Israel, pero apelativo a las

naciones, se halla en Mateo al final del versículo 14. En Lucas, es el servicio futuro de los discípulos hasta el momento en que el juicio de Dios pondrá fin a aquello que prácticamente terminó desde el rechazo de Cristo. Por consiguiente, el Señor no dice nada en el versículo 20 sobre la abominación desoladora mencionada por Daniel, pero habla sobre el sitio de Jerusalén y su desolación cercana—no del final del siglo, como en Mateo. Éstos fueron los días de la venganza de los judíos, quienes habían llegado al cenit de su rebelión cuando rechazaron al Señor. Por lo tanto, Jerusalén sería hollada por los gentiles hasta que los tiempos de éstos se cumplieran, es decir, los tiempos destinados a la soberanía de los imperios gentiles conforme al consejo de Dios revelado en las profecías de Daniel. Éste es el intervalo en que ahora vivimos nosotros. Hay una pausa en este discurso. Su principal asunto está concluido, pero existen todavía algunos acontecimientos de las últimas escenas que han de ser revelados, los cuales cerrarán la historia de esta supremacía gentil.

Vemos también que, aunque sea el comienzo del juicio, del que Jerusalén no se levantará hasta que todo sea consumado y el cántico de Isaías 40 sea dirigido a ella, la gran tribulación no es mencionada aquí. Hay una gran angustia y cólera sobre el pueblo, como fue realmente el caso del sitio de Jerusalén por Tito; y los judíos fueron conducidos cautivos. No se dice tampoco: «Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días.» Sin embargo, sin ser designada la época, después de hablar de los tiempos de los gentiles el fin del siglo se acerca. Hay señales en el cielo, angustia en la tierra, un frenético movimiento de las olas de la población humana. El corazón del hombre, alarmado por la profecía, atisba las calamidades que le amenazan aunque no puede verlas, pues todas las influencias que gobiernan a los hombres se conmocionan. Luego ellos verán al Hijo del Hombre, una vez rechazado de la tierra, viniendo del cielo con las enseñanzas de Jehová, con poder y gran

LUCAS 22

gloria—el Hijo del Hombre, de quien este evangelio ha hablado continuamente. Allí acaba la profecía. No tenemos aquí la reunión conjunta de los israelitas escogidos, los cuales fueron dispersados, y de los que habla Mateo.

Lo que viene a continuación consiste en una exhortación, a fin de que el día de angustia pueda ser como señal de liberación a la fe de aquellos que, confiando en el Señor, obedecen la voz de Su siervo. La «generación»—una palabra ya explicada cuando consideramos Mateo—no pasaría hasta que todo fuera cumplido. La duración del tiempo que transcurrió desde entonces, y que debe transcurrir hasta el fin, es algo oscuro. Las cosas celestiales no se miden con fechas. Asimismo, ese momento está escondido en el conocimiento del Padre hasta que el cielo y la tierra pasen; no así las palabras de Jesús. Luego les explica que mientras morasen en la tierra deberían ser vigilantes para que sus corazones no se abrumaran por cosas que los hundirían en este mundo, en medio del cual habrían de ser testigos. Aquel día vendría como lazo sobre todos aquellos que hacían de ese lugar su morada y estaban en él arraigados. Ellos tenían que orar y velar a fin de escapar de todas estas cosas, para permanecer en presencia del Hijo del Hombre. Éste es todavía el gran asunto de nuestro evangelio. La permanencia con Él, como aquellos que escaparon de la tierra para estar entre los 144.000 sobre el monte de Sión, será un cumplimiento de esta bendición, pero el *lugar* no se menciona; así que, suponiendo que aquellos a quienes se dirigía personalmente fueran fieles a Él, la esperanza despertada por Sus palabras se cumpliría de manera más excelente ante Su celestial presencia en el día de gloria.

CAPÍTULO 22

Comenzamos con los detalles del fin de la vida de nuestro Señor. Los principales sacerdotes, temerosos del pueblo, buscan matarle. Bajo la influencia de Satanás, Judas se

LUCAS 22

ofrece como instrumento para que ellos le prendan en ausencia de la multitud. El día de la Pascua se acerca, y el Señor prosigue con Su obra de amor en estas inmediatas circunstancias. Daré nota de los puntos pertinentes al carácter de este evangelio, del cambio que se produjo en relación inmediata y directa con la muerte del Señor. Así, Él deseó comer esta última Pascua con sus discípulos porque no la iba a comer más hasta que se cumpliese en el reino de Dios, es decir, por Su muerte. No bebe más vino hasta que el reino de Dios venga. No dice beberlo nuevo en el reino de Su Padre, sino que Él no lo iba a beber hasta que viniera el reino. Precisamente como consideramos los tiempos de los gentiles como algo presente, así también se considera en el cristianismo el reino como es ahora, no el milenio. Observemos también qué expresión tan emotiva de amor tenemos aquí. Su corazón necesitaba este último testimonio de afecto antes de dejarlos.

El nuevo pacto está basado en la sangre bebida aquí en figura. Del antiguo pacto, se prescinde. Se requería la sangre para establecer el nuevo. Hay que decir que el pacto no fue establecido, pero todo fue hecho de parte de Dios. La sangre no fue vertida para consolidar un pacto de juicio como fue el primero, sino que fue vertida para aquellos que recibieran a Jesús mientras esperaban el momento en que el pacto sería establecido con Israel en gracia.

Los discípulos, creyendo las palabras de Cristo, ignoran y preguntan entre sí cuál de ellos sería el que le podía traicionar, una sorprendente expresión de ingenuidad realizada por cada cual—pues ninguno, excepto Judas, tenía una mala conciencia. Fue una señal de la inocencia de ellos. Al mismo tiempo, pensando en el reino de una forma carnal, se disputaban ocupar el primer lugar en él; y esto en presencia de la cruz, a la mesa donde el Señor les estaba dando las últimas promesas de Su amor. Sinceridad de corazón la había, pero ¡qué sinceridad! Por lo que respecta a Él, había tomado el lugar más humilde, y éste—como el

LUCAS 22

más excelente para el amor—era sólo el suyo. Ellos tenían que seguirle tan de cerca como era posible. Su gracia reconoce que así lo habían hecho, como siendo Él el deudor de ellos al cuidarlos durante el tiempo de Su dolor sobre la tierra. Él lo sabía. En el día de Su reino, habría doce tronos para quienes le hubieran seguido, donde se sentarían como cabezas de Israel.

Ahora se suscitaba la cuestión de pasar por la muerte; y, habiéndole seguido hasta aquí, ¡qué oportunidad del enemigo para zandearlos desde el momento que no pudiesen seguir al Señor como hombres vivos en esta tierra! Todo lo relativo a un Mesías vivo se había perdido de vista, y la muerte estaba allí. ¿Quién podía pasar por ella? Satanás iba a aprovecharse de ello, deseando tenerlos cerca para pasarlos por el crisol. Jesús no desea evitarles a Sus discípulos esta prueba. No era posible evitársela, pues Él debía pasar por la muerte, y su esperanza la tenían puesta en Él. La carne debía ser sometida a la prueba de la muerte. Pero Él oró por ellos para que la fe de aquel que menciona especialmente no faltase. El ardoroso Simón se expuso más que ninguno al peligro al que una falsa confianza en la carne podía arrojarle, y en el cual ésta no podía sostenerle. Siendo no obstante el objeto de esta gracia de parte del Señor, su caída proveería el medio de su fortaleza. Conociendo la carne, así como la perfección de la gracia, estaría capacitado para fortalecer a sus hermanos. Pedro afirmó que podía hacer cualquier cosa—las mismas en las que fracasaría totalmente. El Señor rápidamente le advierte de lo que iba a suceder.

Jesús toma ocasión para prevenirlos de que todo cambiaría. Durante Su presencia aquí abajo, el verdadero Mesías, Emanuel, les había resguardado de todas las dificultades. Cuando les envió por todo Israel, no les faltó de nada. Pero ahora—pues el reino no venía aún en poder—ellos estarían expuestos como Él al desprecio y la violencia. Humanamente hablando, tendrían que cuidar de sí mismos. Tomando al pie de la letra las palabras del Señor, Pedro

LUCAS 22

mostró sus pensamientos exhibiendo dos espadas. El Señor le detuvo con una palabra, enseñándole que era inútil ir más lejos. No les era permitido entonces. En cuanto a Él, prosigue con perfecta tranquilidad Su diaria rutina.

Abrumado en espíritu por lo que pronto vendría, exhorta a los discípulos a que orasen para no entrar en tentación, que cuando llegara el momento de ser alcanzados por la prueba se mostrase en ellos, si andaban con Él, la obediencia a Dios, y no que fuera esta prueba un instrumento para alejarlos. Llegan tales momentos, si Dios los permite, en los que a través del poder del enemigo todo queda sometido bajo la prueba.

La dependencia del Señor como Hombre se manifiesta entonces de manera extraordinaria. La escena toda de Getsemaní y de la cruz, en Lucas, es el Hombre perfecto y sujetado. Al orar, se sujeta a la voluntad de Su Padre. Un ángel le fortalece; era su servicio al Hijo del Hombre¹. Más

1. Existen elementos del más profundo interés al comparar este evangelio con otros en este pasaje. Son elementos que muestran el carácter de este evangelio de un modo muy notable. En Getsemaní, tenemos el conflicto del Señor manifestado más plenamente en Lucas que en cualquier otro lugar; pero en la cruz vemos Su superioridad en los sufrimientos que soportaba. No se hace ninguna referencia a los tales, pues está por encima de ellos. No es como en Juan, donde vemos el lado divino de esta escena. Allí, en Getsemaní, no vemos ninguna agonía, pero cuando dice Su nombre ellos retroceden y caen al suelo. Sobre la cruz, no es «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?», sino que entrega Su espíritu a Dios. Esto no es así en Lucas. En Getsemaní tenemos al Hombre de dolores, un Hombre sintiendo profundamente lo que se presentaba ante Él y contemplando a Su Padre. «Agonizando, oraba encarecidamente.» En la cruz, tenemos a Uno que como Hombre se sujetó a la voluntad de Su Padre, en la serenidad que superaba a todo dolor y sufrimiento. Les dice a las enlutadas mujeres que no llorasen por Él, el árbol verde, sino por ellas mismas, ya que se acercaba el juicio. Él ora por aquellos que le crucificaban; habla paz y gozo celestial al pobre ladrón que se convirtió; Él se dirige al Paraíso antes de que venga el reino. Lo mismo se ve especialmente sobre el hecho de Su muerte. No es como en Juan, donde dio Su espíritu, sino: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.» Encomienda Su espíritu en la muerte como un Hombre que conoce y cree en Dios Padre, a Aquel a quien así conocía. En Mateo tenemos el abandono de Dios y su significado. Este carácter del evangelio, que revela a Cristo distinguiéndole como el Hombre perfecto, tiene un interés muy profundo. Él pasó por sus dolores con Dios, y después en per-

LUCAS 22

tarde, en profundo combate, ora con más fervor: el Hombre dependiente es perfecto en toda Su dependencia. La intensidad del conflicto hace más profunda Su relación con el Padre. Los discípulos se afligieron ante la sombra sólo de lo que llevó a Jesús a orar, y se refugiaron en el olvidadizo sueño mientras el Señor les repetía con paciente gracia Su advertencia, llegando después la multitud. Confiando Pedro nuevamente tras esta advertencia, y después de dormir en la hora de la tentación mientras el Señor oraba, se desconcierta ante la perspectiva de ver a Jesús arrastrado como oveja al matadero, y a continuación hace la negación cuando Jesús confiesa la verdad. Obediente Jesús a la voluntad de Su Padre, muestra llanamente que Su poder no le había abandonado. Sana la herida que Pedro infligió al siervo del sumo sacerdote, y luego permite que se lo lleven, haciéndoles observar a los que le prenden su hora y el poder de las tinieblas. ¡Triste y terrible asociación!

En toda esta escena contemplamos la completa dependencia del Hombre, el poder de la muerte sentido muy intensamente como prueba; pero aparte de aquello que sentía en el alma y delante de Su Padre, en lo cual vemos la realidad de estas dos cosas, había la más perfecta tranquilidad, la más afable condescendencia para con los hombres¹,

fecta paz de alma se sobrepuso a ellos; la confianza en Su Padre, perfecta incluso en la muerte, es una senda no recorrida por el hombre hasta ahora, y no lo será nunca por parte de los santos. Si el Jordán se desbordaba en el tiempo de la cosecha, el arca en la profundidad de su lecho lo convertía en una vía seca que llevaba a la heredad del pueblo de Dios.

1. Es muy sorprendente el modo en que Cristo afrontó, conforme a la perfección divina, cada circunstancia en la que estuvo. Éstas sólo hacían que exhibir esta perfección. Las sintió todas, y no fue gobernado por ninguna, pero las afrontó. Esto fue mostrado brillantemente aquí abajo. Él ora con el más pleno sentimiento de lo que se le aproximaba—la copa que tenía que beber—se vuelve y les avisa, y reprende cariñosamente a Pedro, como caminando por Galilea, sobre la flaqueza de la carne; después vuelve a sumirse en una agonía más profunda con Su Padre. La gracia le predispuso para con Pedro; la agonía, le preparó en presencia de Dios; Él fue todo gracia para Pedro, teniendo en perspectiva la agonía de la copa.

LUCAS 23

gracia que nunca se contradice. Así, cuando Pedro le niega como predijo, Él le dirige una mirada en el momento preciso. Todo el transcurso de ese vil proceso no distrae Sus pensamientos, y Pedro se deprime ante esa mirada. Cuando le preguntan, tiene poco que decir. Su hora había llegado. Sujeto a la voluntad del Padre, acepta la copa de Su mano. Sus jueces no hicieron sino cumplir esa voluntad al ofrecerle la copa. No da ninguna respuesta a la pregunta de si Él era el Cristo. Ya no era momento para hablar. Ellos no iban a creerle, y tampoco le hubieran respondido si Él les hubiera hecho preguntas a las que habrían podido responder la verdad; ni tampoco le hubiesen dejado marchar. Pero Él ofrece el testimonio más sencillo de la posición que, desde esa hora, tomó el Hijo del Hombre, la cual ha sido reiterada a lo largo de este evangelio. Se iba a sentar a la diestra del poder de Dios. Vemos también que es el lugar que ocupa en el presente¹. Al no contestarles nada, ellos dedujeron inmediatamente lo siguiente: «¿Eres tú, pues, el Hijo de Dios»? Él da testimonio de esta verdad, y todo termina; queda pendiente la pregunta de si Él era el Mesías, porque era una ocasión que había pasado para Israel. Él iba a sufrir. Es el Hijo del Hombre, solamente para entrar a partir de ahora en la gloria; y Él es también el Hijo de Dios. Todo había terminado con Israel en cuanto a su responsabilidad. La gloria celestial del Hijo del Hombre, la gloria personal del Hijo de Dios pronto iba a brillar; y Jesús (cap. 23) es conducido a los gentiles para que todo sea consumado.

CAPÍTULO 23

Los gentiles, no obstante, no son presentados en este evangelio como siendo voluntariamente culpables. Vemos, sin lugar a dudas, una indiferencia que resulta en una in-

1. La palabra «desde ahora en adelante» debería decir «a partir de ahora.» Es decir, que desde aquel momento ellos no le verían más en humillación, sino como el Hijo del Hombre en poder.

LUCAS 23

justicia flagrante en un caso como éste, y en una insolencia sin excusa. Pero Pilato hace lo que puede para entregar a Cristo, y Herodes, decepcionado, se lo envía de vuelta sin haberle juzgado. La voluntad juega un papel completo al lado de los judíos. Ésta es la característica de esta parte de la historia en el Evangelio de Lucas. Pilato hubiera preferido no tener que preocuparse por este crimen superfluo, y subestimó a los judíos; pero éstos resolvieron crucificar a Jesús y pidieron que Barrabás les fuera entregado—un hombre sedicioso y un homicida (véase vers. 20-25)¹.

Mientras era conducido al Calvario, Jesús anunció a las mujeres que lamentaban por Él con naturales sentimientos que todo había terminado para Jerusalén, que ellas tenían que dolerse por su propia suerte y no por la Suya, pues vendrían días en los que tendrían que llamar felices a aquellas que nunca fueron madres—días en los cuales buscarían refugiarse en vano del terror y del juicio. Porque si con Él, el verdadero árbol verde, habían sido hechas estas cosas, ¿qué no harían con el árbol seco del judaísmo sin Dios? Sin embargo, en el momento de Su crucifixión, el Señor intercede a favor del desdichado pueblo, el cual no sabía lo que estaba haciendo. Intercesión que representa noblemente Pedro en su discurso ofrecido a los judíos por el Espíritu Santo venido del cielo. Los gobernantes de entre los judíos, igual de ciegos que el pueblo, echan en cara al Señor que no pudiese salvarse a Sí mismo de la cruz—pero ignoraban que era imposible que lo hiciera si Él era un Salvador, y que todo había sido arrebatado de ellos porque Dios estaba estableciendo otro orden de cosas basado en la expiación, en el poder de la vida eterna por la resurrección. ¡Temible ceguera de la que los soldados eran simples imitadores por la malignidad de la naturaleza humana! El jui-

1. Esta culpa voluntariosa de los judíos también se destaca con rigor en el evangelio de Juan, es decir, su culpa nacional. Pilato nos trata con desprecio; y allí es cuando dicen «No tenemos más rey que César.»

LUCAS 23

cio de Israel estaba en su boca, y sobre la cruz de parte de Dios. Era el Rey de los judíos quien allí colgaba—humillado ciertamente, pues un ladrón suspendido al lado le increpaba—en el lugar adonde el amor le llevó para la salvación presente y eterna de las almas. Esto se manifestó en aquel mismo momento. Los insultos que le reprocharon por no querer salvarse recibieron respuesta en la suerte del ladrón convertido, el cual se reunió con Él en el Paraíso aquel mismo día.

Esta historia es una asombrosa prueba del cambio al que nos conduce este evangelio. El Rey de los judíos, confesado así por ellos, no es liberado, sino crucificado. ¡Qué final para las esperanzas de este pueblo! Pero al mismo tiempo, un vulgar ladrón, convertido por gracia al borde mismo de la muerte, entra directamente en el Paraíso. Un alma eternamente salvada. No es el reino, sino un alma ausente del cuerpo y dichosa con Cristo. Y observemos aquí cómo la manera en que Cristo es presentado hace relucir la maldad del corazón humano. Ningún ladrón osaría burlarse o reprender a otro estando a punto de morir. Pero en el momento en que es Cristo quien está allí, esto ocurre.

Añadiría algunas palabras más sobre la condición del otro ladrón, y sobre lo que le contestó Cristo. Vemos toda señal de conversión y la fe más notable. El temor de Dios, el principio de la sabiduría, esta aquí; la conciencia es recta y está despierta. No le dice a su compañero «y justamente», sino «*nosotros* justamente...»; conocimiento de la perfecta e inmaculada justicia de Cristo como hombre, el reconocimiento de Él como Señor, cuando Sus propios discípulos le abandonaron y le negaron, y cuando no quedaba rastro de Su gloria ni de la dignidad de Su Persona. Era tenido por el hombre como uno igual a él mismo. Su reino era un motivo de escarnio para todos. Pero el pobre ladrón es *enseñado por Dios*; y todo se simplifica. Está tan seguro de que Cristo tendrá el reino como si fuera a recibirlo ya en la gloria. Todo su deseo es que le recordara al llegar a

LUCAS 23

él, ¡y qué confianza muestra aquí a través del conocimiento de Cristo, pese a su reconocida culpa! Ello muestra que Cristo llenó su corazón, el modo en que, confiando en la brillante gracia, quitó toda su vergüenza humana, pues ¿a quién la gusta que se le recuerde al borde mismo de la muerte? Una enseñanza de Dios es la que se muestra aquí de manera singular. ¿No sabemos nosotros, por instrucción divina, que Cristo era sin pecado, y que para estar seguros de Su reino existe una fe que se eleva por encima de toda circunstancia? El ladrón es de consolación para Jesús en la cruz, y le hace pensar—al responder a su fe—en el Paraíso que le aguardaba cuando hubiera consumado la obra que Su Padre le dio a realizar. Observemos el estado de santificación en que se hallaba este pobre hombre por la fe. En medio de las agonías de la cruz, y creyendo que Jesús es el Señor, no busca ningún alivio que provenga de Sus manos; sólo le pide que le recuerde en Su reino. Un pensamiento llena su mente: tener su porción con Jesús. Cree que el Señor volverá; cree en el reino mientras el Rey es rechazado y crucificado, y, en cuanto al hombre, no había ya ninguna esperanza. La respuesta de Jesús va más lejos en la revelación propia de este evangelio, y añade aquello que introduce, no el reino, sino la vida eterna, la felicidad del alma. Al pedirle el ladrón que le recordara cuando viniera en Su reino, el Señor le contestó que no sería necesario esperar ese día de gloria manifiesta, visible para el mundo, ya que aquel mismo día estaría con Él en el Paraíso. ¡Precioso testimonio y gracia perfecta! El Jesús crucificado era más que un Rey, era un Salvador. El pobre malhechor fue testigo de ello, para gozo y consuelo del corazón del Señor. Fueron las primicias del amor que les habían puesto juntos en el lugar donde, si el pobre ladrón pagaba por el fruto de sus pecados como hombre, el Señor de gloria estaba a su lado soportando el fruto de esos pecados de parte de Dios, tratado como un malhechor en la misma condenación. A través de una obra ignorada por el

LUCAS 23

hombre, excepto para la fe, los pecados de aquel compañero fueron quitados para siempre, dejaron de existir, siendo sólo su recuerdo aquel que la gracia se había llevado, y la cual había limpiado su alma de ellos haciéndole apto en ese momento para entrar en el Paraíso como el compañero de Cristo.

El Señor, pues, habiendo consumado todas las cosas, y lleno aún de vigor, encomienda Su espíritu al Padre, como el último acto de que formó parte Su vida entera—la perfecta energía del Espíritu Santo actuando en perfecta confianza en Su Padre, y sujeto a Él. Encomienda Su espíritu al Padre y expira, pues era la muerte lo que tenía delante de Sí, una muerte a través de una fe absoluta que confiaba en Su Padre—muerte con Dios por la fe, y no la muerte que separaba de Dios. Entretanto, la naturaleza se alteró, reconociendo la partida del mundo de Aquel que la había creado. Todo fueron tinieblas. Por otro lado, Dios se revela, el velo del templo es rasgado en dos de arriba abajo. Dios se ocultaba en densas tinieblas—el camino al lugar santísimo no había sido aún manifestado, mas ahora ya no existía ese velo. Lo que ha quitado el pecado por el perfecto amor resplandece ahora, mientras la santidad de la presencia de Dios es un gozo para el corazón, no un tormento. Lo que nos introduce en la presencia de la santidad perfecta sin velo fue lo que quitó el pecado que nos prohibía estar allí. Nuestra comunión es con Él a través de Cristo, santos y sin culpa delante de Él en amor.

El pobre centurión, estremecido por todo lo que sucedió, confiesa—tal es el poder de la cruz sobre la conciencia—que este Jesús al que crucificó era ciertamente el Hombre justo. Digo la conciencia, porque no pretendo decir que ese poder tuviera más efecto en el caso del centurión. Vemos el mismo efecto en los espectadores, quienes se marchan golpeándose el pecho, puesto que percibieron que algo solemne había tenido lugar, que ellos mismos se habían comprometido fatalmente con Dios.

LUCAS 24

El Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, preparó todo para la sepultura de Su Hijo, quien le había glorificado entregándose a la muerte. Él fue con los ricos en Su muerte. José, un hombre justo que no había tolerado el pecado de su pueblo, dispone el cuerpo del Señor en una tumba que nunca fue ocupada antes. Fue la preparación antes del sábado, pero este día se acercaba. En el momento de Su muerte, aquellas ignorantes mujeres, fieles a su aflicción por Él mientras aún vivía, viendo dónde se puso el cuerpo fueron a preparar lo necesario para preservarlo. Lucas habla solamente en términos generales de estas mujeres, por lo tanto entraremos en detalles en otro momento, y seguiremos nuestro evangelio como se nos presenta.

CAPÍTULO 24

Vienen las mujeres y hallan la piedra removida, percatándose de que el sepulcro no contenía el cuerpo de Aquel a quien habían amado. Desconcertadas ante dicha visión, ven a dos ángeles que les preguntan por qué buscan entre los muertos al que vive, y les recuerdan las claras palabras que Jesús les habló en Galilea. Se van y cuentan todas estas cosas a los discípulos, los cuales no pueden creer lo que ellas dicen. Pedro corre al sepulcro, y viendo que todo está en orden se marcha preguntándose lo que había sucedido allí. En esta actitud no había fe en las palabras de Jesús, ni en lo que las Escrituras habían predicho. Marchando hacia Emaús, el Señor hace una relación con las Escrituras de todo lo que le había ocurrido, mostrándoles a aquellas mentes que imaginaban aún un reino terrenal, que según ellas y los consejos revelados de Dios el Cristo rechazado y celestial tenía que sufrir y entrar en Su gloria. Hace así más avispada la curiosidad que siente el corazón cada vez que es tocado. Luego se revela a Sí mismo al partir el pan—la señal de Su muerte; no que esto fuera la eucaristía, si bien este acto particular estaba relacionado con este aconteci-

LUCAS 24

miento. Sus ojos fueron abiertos, y Él desaparece. Era el verdadero Jesús; pero en resurrección. Aquí, Él explicó todo lo que las Escrituras habían dicho, y se presentó en vida con el símbolo de Su muerte. Los dos discípulos regresaron a Jerusalén.

El Señor ya se hubo mostrado a Simón—una aparición de la que no tenemos detalles. Pablo también hace referencia a esta aparición como la primera, cuando habla de los apóstoles. Mientras los dos discípulos explicaban lo que les había sucedido, Jesús se presentó en medio de ellos. Sus mentes no estaban aún hechas a esta verdad, y Su presencia les alarma. No pueden comprender la idea de la resurrección del cuerpo. El Señor se vale de esta confesión—muy natural, por cierto—para nuestra bendición, dándoles las pruebas más sensatas de que era Él, el Resucitado, en cuerpo y alma, el mismo que antes de morir. Les manda tocarle, y come ante la vista de ellos¹. Era realmente Él mismo.

Quedaba una cosa importante—la base de la verdadera fe: las palabras de Cristo y el testimonio de las Escrituras. Esto es lo que les pone delante. Pero aún eran necesarias dos cosas. Primero, necesitaban la capacidad para entender la palabra. Así, Él les abre el entendimiento para comprender las Escrituras, y los declara como testigos que no sólo pueden decir: «Es así, pues lo hemos visto», sino «Así debe haber sido, pues así lo ha dicho Dios en Su Palabra»; y el testimonio de Cristo mismo fue cumplido en Su resurrección.

Ahora la gracia tenía que ser predicada, la del Jesús rechazado por los judíos, inmolado y resucitado para la salvación de las almas, que habiendo hecho la paz y otorgado

1. ¡Nada es más conmovedor que la manera en que Él cultivó su confianza como Aquel a quien habían conocido, el Hombre, un verdadero hombre—aunque con un cuerpo espiritual—como lo había sido antes! «Tocadme, y ved que yo mismo soy.» Bendito sea Dios, para siempre Hombre, el mismo que conocimos en amor en medio de nuestras flaquezas.

LUCAS 24

vida conforme al poder de la resurrección, purificaba del pecado por la obra ya efectuada y garantizaba el perdón con este otorgamiento. La gracia debía predicarse entre todas las naciones, es decir, arrepentimiento y perdón a los pecadores. Empezando por Jerusalén, con la cual la paciente gracia de Dios manifestaba todavía un vínculo a través de la intercesión de Jesús, pero que solamente podía ser logrado por soberana gracia, y en donde el pecado más gravoso obtenía el perdón más necesario por un testimonio, el cual, viniendo del cielo, debía ser para Jerusalén como para con todo el mundo. Comenzando desde Jerusalén, ellos tenían que predicar el arrepentimiento y la remisión de los pecados a todas las naciones. El judío, aunque era un hijo de ira como los demás, debía ser reconocido en el mismo terreno. El testimonio poseía una autoridad más alta, aunque fuera dicho «al judío primero.»

En segundo lugar, se necesitaba algo más para el cumplimiento de esta misión, es decir, se necesitaba poder. Debían esperar en Jerusalén hasta que fueran investidos de poder desde lo alto. Jesús enviaría al Espíritu Santo que había prometido, de quien los profetas también hablaron.

Al tiempo que bendecía a los discípulos, el cielo y la gracia celestial caracterizaron a Su relación para con ellos. Jesús partió ascendiendo al cielo, y ellos regresaron gozosos a Jerusalén.

Se habrá observado que la narrativa de Lucas es aquí muy general. Contiene los grandes principios sobre los que se basan las doctrinas y las pruebas de la resurrección. La incredulidad del corazón natural se describe detalladamente en los relatos más simples y conmovedores; el apego de los discípulos a sus propias esperanzas del reino, y la dificultad con que se topó la doctrina de la Palabra para poseer sus corazones, aunque, en proporción a la comprensión que requiere, se abrieron a ella con gozo; la Persona de Jesús resucitado, el Hombre misericordioso que ellos conocieron; la doctrina de la Palabra, el ofrecimiento de ser com-

LUCAS 24

prendida; y por último el poder del Espíritu Santo ofrecido, todo lo cual pertenecía a la verdad y al orden eterno de las cosas manifestadas.

Jerusalén todavía era reconocida como el primer objeto de la gracia sobre la tierra, conforme a las dispensaciones de Dios para con ella; no obstante, no fue, como lugar, el punto de contacto y relación entre Jesús y Sus discípulos. Él no los bendijo desde Jerusalén, aunque en los tratos de Dios con la tierra debían esperar allí el don del Espíritu Santo. Para que ellos pudieran tener sus relaciones con Él, los lleva hasta Betania. Desde allí se propuso presentarse como Rey a Jerusalén. Fue allí donde la resurrección de Lázaro tuvo lugar, donde aquella familia, la cual representa el carácter del remanente vinculada a Su Persona, ahora rechazada, recibió a Jesús con mejores esperanzas. Hasta allí se retiró cuando Su testimonio a los judíos finalizó, para que su corazón pudiese descansar unos momentos entre aquellos que había amado, y quienes, por gracia, le amaban a Él. Fue allí donde estableció el vínculo—en lo que a las circunstancias se refiere—entre el remanente asociado a Su Persona y el cielo. Y desde allí, Él ascendió.

Jerusalén sólo es el punto de partida público del ministerio de ellos, así como había sido la última escena del testimonio de Jesús. Para ellos, eran Betania y el cielo los que se relacionaban con la Persona del Maestro. Desde allí habría de salir el testimonio para alcanzar a la misma Jerusalén. Esto es tanto más sorprendente cuando lo comparamos con Mateo, donde vemos que Él se va a Galilea, el lugar de asociación con el remanente judío, y no hay ninguna ascensión, la misión es exclusivamente para las naciones. Es una revelación a ellos de todo lo que antes se destinaba a los judíos solamente, y de todo lo que se prohibía que fuese descubierto fuera de su ámbito.

Me he ceñido al pasaje del texto. Añado ahora aquí más explicaciones para relacionar este evangelio con los otros.

LUCAS 24

Se distinguen dos partes en los sufrimientos de Cristo: en primer lugar, aquellos que Él sufrió de los ardores de Satanás, como Hombre en conflicto con el poder del enemigo que tiene dominio sobre la muerte, contemplados con lo que Dios tenía en perspectiva, y presentándole en comunión con el Padre Sus peticiones; y en segundo lugar, aquello que Él padeció para expiar el pecado cuando llevó nuestros pecados y fue hecho maldición por nosotros, la copa que la voluntad de Su Padre le había dado a beber.

Cuando hablemos sobre el Evangelio de Juan, entraré detalladamente en el carácter de las tentaciones, pero ahora quisiera llamar la atención sobre el comienzo de Su vida pública, en la cual el tentador buscó hacer desviar a Jesús ofreciéndole a la vista las seducciones de todo aquello que, como privilegio, le pertenecía a Él, todo lo que podía ser agradable a Cristo como Hombre, y respecto a lo cual Su voluntad obraría. El enemigo fue derrotado por la perfecta obediencia de Cristo. Él hubiera querido que Cristo, como Hijo, hubiese salido de la posición que había tomado como siervo. Pero bendito sea Dios, fracasó. Por la simple obediencia, Cristo ató al hombre fuerte en lo que a esta vida se refiere, y al regresar después en el poder del Espíritu a Galilea, despojó sus bienes. Quitar el pecado y llevar nuestros pecados, era otra cuestión. Satanás se va de Él por un tiempo. Luego regresa a Getsemaní, valiéndose del temor que produce la muerte para angustiar el corazón del Señor. Él debía gustar la muerte; y la muerte no era sólo el poder de Satanás, sino el juicio de Dios sobre el hombre, del cual éste había de ser librado, ya que era su porción. Y Él solo, por haber bajado a la muerte, pudo romper sus cadenas. Devino Hombre para que el hombre pudiera ser liberado y glorificado incluso. La angustia de Su alma fue completa. «Mi alma se halla angustiada, hasta la muerte.» Con la copa del juicio de Dios todavía sin vaciar, Su alma sufrió lo que el alma de un hombre experimenta en presencia de la muerte cuando

LUCAS 24

Satanás precipita todo su poder. Sólo Cristo fue perfecto en ella cuando una parte de Su perfección humana se sometió a la prueba. Con lágrimas y grandes súplicas, hace Sus peticiones a Aquel que tenía poder para salvarle. Su agonía aumentaba en cada momento, pues al presentársela a Dios, se volvía más aguda. Sucede del mismo modo en nuestros pequeños conflictos. Pero así, todo queda zanjado ante Dios conforme a la perfección divina. Su alma penetra en el conflicto con Dios; y Él ora con más fervor. Es ahora evidente que esta copa—que Él pone ante los ojos de Su Padre cuando Satanás se la quiere presentar como siendo el poder de la muerte en Su alma—debe apurarla. Beberla de verdad no es otra cosa que perfecta obediencia, y desaparece así el poder de Satanás. Y sobre la cruz, el Salvador de nuestras almas entra en la segunda fase de Sus sufrimientos. Baja a la muerte a través del juicio de Dios, el cual es la separación del alma de la luz de Su semblante. Todas las privaciones que podía sufrir un alma que gozaba con Dios comunión solamente, quedaron plasmadas en el sufrimiento del Señor por una comunión que fue interrumpida. Incluso así, dio gloria a Dios: «Pero tú eres santo, tú que habitas en las alabanzas de Israel.» La copa—voy a omitir los insultos y escarnios de los hombres, pudiendo pasarlos por alto—fue bebida. ¿Quién podría contar los horrores de este sufrimiento? Los verdaderos dolores de la muerte, entendidos como Dios los entendía, fueron sentidos por un Hombre que dependía de esa presencia como hombre. Todo es consumando; y lo que Dios demandaba del pecado, fue hecho. Agotado, Él fue glorificado por ello, de manera que sólo le queda bendecir a quienquiera que viene a Él por medio de Cristo, quien está vivo y fue muerto, y que vive para siempre Hombre y para siempre Dios.

Los sufrimientos de Cristo en Su cuerpo—reales como lo fueron—y los insultos y los reproches de los hombres no fueron más que el prólogo de Su aflicción, la cual, priván-

LUCAS 24

dole como Hombre de todo consuelo, le condujo al lugar de juicio bajo el pecado, a Sus sufrimientos¹ en relación con el pecado que había de ser juzgado, cuando el Dios que hubiera sido Su pleno alivio fue, al abandonarle, la fuente de dolor que dejó todo lo demás dormido y olvidado.

1. El Salmo 22 es Su apelación a Dios desde la violencia y la impiedad del hombre, hallándose Él abandonado y hecho pecado ante Sus ojos, pero perfecto. Cristo sufrió todo del hombre—hostilidad, injusticia, deserción, negación, traición, y después, confiándose a Dios, padeció el abandono. ¡Pero qué espectáculo del Hombre justo que puso Su confianza en Aquel, para que pudiese declarar abiertamente a todos, al final de Su vida, que fue abandonado por Dios!

JUAN

INTRODUCCIÓN

El evangelio de Juan tiene un carácter peculiar, como podrá percibir todo cristiano. No presenta el nacimiento de Cristo en este mundo, visto como el Hijo de David, ni registra Su genealogía hasta Adán a fin de presentar Su título de Hijo del Hombre. No exhibe al Profeta quien, por Su testimonio, cumplió el servicio de Su Padre en este sentido. Ni es Su nacimiento, ni el comienzo de Su evangelio, sino Su existencia antes del principio de cualquier cosa que tuviera nunca un principio. «En el principio *era el Verbo.*» En resumen, es la gloria de la Persona de Jesús, el Hijo de Dios, sobre toda dispensación—una gloria desarrollada de muchas maneras en gracia. Es aquello que Él es, haciéndonos partícipes de todas las bendiciones que emanan de esta gloria cuando Él es manifestado para comunicárnoslas.

CAPÍTULO 1

El primer capítulo corrobora aquello que Él era antes de todas las cosas, y los diferentes caracteres en los que Él bendice al hombre al encarnarse. Él es, y es la expresión de toda la mente que subsiste en Dios: el *Logos*. En el principio, Él era. Si retrocede la mente humana tanto como le sea posible, todo lo imaginablemente lejos de aquello que haya tenido jamás un principio, Él es. Esta es la idea más perfecta que podemos formarnos históricamente, si es que puedo utilizar esta expresión, de la existencia de Dios o de la eterni-

JUAN 1

dad. «En el principio *era* el Verbo.» ¿No había nada más que Él? ¡Imposible! ¿De dónde ha podido ser Él el Verbo? «El Verbo era con Dios.» Es decir, se le atribuye una existencia personal. Para que no se piense que Él era algo que la eternidad implicase, pero que el Espíritu Santo viene a revelarnos, se nos dice que Él «era Dios.» En Su existencia eterna, en Su naturaleza divina, en Su Persona única, podría haberse hablado de Él como una emanación en el tiempo como si Su personalidad fuera temporal, aunque eterna en Su naturaleza: el Espíritu añade por lo tanto «En el principio Él era con Dios.» Es la revelación del *Logos* eterno antes de toda la creación. Este evangelio, por tanto, comienza realmente antes del Génesis. El libro del Génesis nos ofrece la historia del mundo en el tiempo; Juan nos ofrece aquella del Verbo, el cual existía en la eternidad antes de que el mundo fuese; quien—cuando el hombre puede hablar del principio—*era*; y, consecuentemente, no tuvo nunca un principio de existencia. El lenguaje del evangelio es de lo más sencillo, y como la espada en Edén, se mueve en cada dirección oponiéndose a todo razonamiento humano para defender la divinidad y personalidad del Hijo de Dios.

Por Él fueron también creadas todas las cosas. Hay cosas que tuvieron un principio; todas ellas tuvieron su origen de Él: «Todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él no hay nada que fuera hecho.» Precisa, positiva y absoluta distinción entre todo lo que fue hecho, y Jesús. Si hay algo que ha sido creado, no es el Verbo, pues todo lo que se creó fue hecho por este Verbo.

Tenemos algo más además del acto supremo de crear todas las cosas—un acto que caracteriza al Verbo. Es aquello que era en Él. Toda la creación fue hecha por Él, pero no existe en Él. En Él había la vida. En esta vida se relacionó Él con una parte especial de la creación, la cual fue el objeto de los pensamientos e intenciones de Dios. Esta vida era la «luz de los hombres», y se reveló a sí misma como testimonio a la naturaleza divina en relación inmediata con ellos,

JUAN 1

así como no lo hizo nunca respecto a otros¹. Pero, de hecho, la luz brilló en medio de aquello que era en su misma naturaleza² contrario a ella, y peor que cualquier imagen natural, pues donde viene la luz desaparecen las tinieblas: Pero aquí la luz vino, y las tinieblas no se percibieron de ella— continuaron siendo tinieblas, nunca la comprendieron ni la recibieron. Éstas son las relaciones del Verbo con la creación y el hombre, vistos abstractamente en Su naturaleza. El Espíritu prosigue con este asunto dándonos detalles históricos en esta última parte.

Se destaca aquí la manera en que el Espíritu pasa de la naturaleza divina y eterna del Verbo, quien era antes de todas las cosas, a la manifestación, en este mundo, del Verbo hecho carne en la Persona de Jesús. Todos los caminos de Dios, las dispensaciones, Su gobierno del mundo, son omitidos por el silencio. Al contemplar a Jesús sobre la tierra, inmediatamente nos vemos en relación con Él existiendo antes de que el mundo fuera. Solamente Él es presentado por Juan, y aquello que se halla en el mundo es aceptado como creación. Juan vino para dar testimonio de la Luz. La Luz verdadera era aquella que, viniendo al mundo, brilló para todos los hombres, y no sólo para los judíos. Él vino al mundo, y éste, ciego y en tinieblas, no le co-

1. La forma de la expresión en griego es muy enfática, identificando completamente la vida con la luz de los hombres, como proposiciones coextensivas.

2. No es aquí mi intención revelar la manera en que el Verbo se enfrenta con los errores de la mente humana, pero, de hecho, como revela la verdad de parte de Dios, también tiene notables respuestas para todos los pensamientos erróneos del hombre. Con respecto a la Persona del Señor, los primeros versículos del capítulo dan testimonio de ello. Aquí el error, el cual hizo del principio de las tinieblas un segundo dios en conflicto semejante con el buen Creador, es refutado por el simple testimonio de que la vida era la luz, y las tinieblas una condición moral, sin poder y negativa, en medio de la cual esta vida se manifestó en luz. Si tenemos la verdad misma, no tenemos necesidad de encontrarnos con el error. Conocida la voz del Buen Pastor, estamos seguros que ninguna otra voz será la de Él. Pero, de hecho, la posesión de la verdad, tal como se revela en la Escrituras, es una respuesta a todos los innumerables errores en los que el hombre ha caído.

JUAN 1

noció. Él vino a los Suyos, y los Suyos—los judíos—no le conocieron. Pero sí hubo quienes le recibieron, de los cuales son dichas estas dos cosas: han recibido potestad para ser llamados los hijos¹ de Dios, para tomar su lugar como tales; y en segundo lugar, son, de hecho, nacidos de Dios. La descendencia natural y la voluntad humana no tuvieron aquí ninguna recomendación.

Así, hemos visto al Verbo en Su naturaleza, abstractamente (vers. 1-3); y como vida, la manifestación de la luz divina en el hombre, con las consecuencias de esa manifestación (vers. 4-5); y cómo fue Él recibido donde así resultó ser (vers. 10-13). Esta parte general acerca de Su naturaleza acaba aquí. El Espíritu continúa la historia de la esencia del Señor, manifestado como Hombre sobre la tierra. Así que, más o menos, es como si comenzáramos de nuevo aquí (vers. 14) con Jesús sobre la tierra—lo que el Verbo vino a ser, no lo que era. Como luz en el mundo, quedó sin contestar el derecho que Él tenía sobre el hombre. Esta diferencia vino marcada por el hecho de que no le conoció y le rechazó en medio de estas relaciones en las que Él vino a encontrarle. La gracia en poder vivificante se presenta entonces para llevar a los hombres a recibirle. El mundo no conoció a su Creador venido a él como luz, y los Suyos rechazaron a su Señor. Aquellos que eran nacidos no de la voluntad humana, sino de Dios, le recibieron. Así, no tenemos lo que el Verbo era (*en*), sino lo que vino a ser (*egeneto*).

1. Los hijos, en los escritos de Pablo, es el lugar que los cristianos tienen en relación con Dios, en el cual Cristo los ha llevado por la redención, es decir, Su lugar de parentesco con Dios conforme a Sus consejos. Hijos connota que son de la familia del Padre—ambos se hallan en Romanos 8:14-16, y la fuerza expresiva de la palabra puede verse allí. Clamamos «Padre» como los niños, pero por el Espíritu tomamos el lugar de hijos adultos con Cristo delante de Dios. Hasta el final del versículo 13, tenemos de forma abstracta lo que Cristo era intrínsecamente y desde la eternidad, y lo que el hombre era: tinieblas. Después los tratos de Dios, el lugar de Juan y su servicio; luego vino la luz al mundo que había creado, y no la conoció, a los Suyos, los judíos, y no la quisieron. Pero había aquellos que, nacidos de Dios, tenían potestad de tomar el lugar de hijos, una raza nueva.

JUAN 1

El Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros en la plenitud de la gracia y de la verdad. Éste es el gran hecho, la fuente de toda la bendición para nosotros¹. Aquello que es la total expresión de Dios se adaptó, tomando la misma naturaleza del hombre, a todo lo que había en éste para satisfacer cada necesidad suya, absorber toda la capacidad de esta nueva naturaleza con el hombre y gozar de todo lo que se expresa para él en esta manifestación divina. Es más que la luz, la cual es pura y muestra todas las cosas; es la expresión de lo que Dios es, y Dios en gracia, como fuente de bendición. Démonos cuenta de que Dios no podía ser para con los ángeles aquello que era para con los hombres: gracia, paciencia, misericordia, amor mostrados a los pecadores. Y todo esto es Él, así como la bienaventuranza de Dios, para el nuevo hombre. La gloria en la que fue visto Cristo—por aquellos que tenían ojos para ver—era la de un Hijo unigénito con Su Padre, el solo objeto de concentración para Su deleite como Padre.

Éstas son las dos partes de esta gran verdad. El Verbo, el cual era con Dios y era Dios, fue hecho carne, y Aquel que fue contemplado sobre la tierra tenía la gloria de un Hijo unigénito con el Padre.

Como resultado, hay dos cosas: la gracia—cual ninguna mayor, el mismo amor que es revelado hacia los pecadores—y la verdad, siendo ambas no declaradas, sino *venidas*, en Jesucristo. Se muestra la verdadera relación de todas las cosas con Dios, así como el alejamiento de los pecadores de esta relación. Ésta es la base de la verdad. Todo toma su verdadero lugar y carácter bajo cada aspecto. Y el centro a lo que todo hace referencia es Dios. Lo que Dios es, la perfección del hombre, su pecado, el mundo, su príncipe, todo queda revelado por la presencia de Cristo. La

1. Es realmente la fuente de toda bendición; pero la condición del hombre era tal que sin Su muerte nadie hubiera tenido ninguna parte en la bendición. A menos que el grano de trigo cayera en la tierra y muriera, quedaba solo; pero si moría, producía mucho fruto.

JUAN 1

gracia y la verdad son, pues, venidas. Lo segundo es que el Hijo unigénito en el seno del Padre revela a Dios, y lo hace consecuentemente siendo conocido por Él mismo en esta posición. Esto se relaciona mayormente con el carácter y la revelación de la gracia en Juan: en primer lugar, la plenitud, con la cual estamos en comunicación y de la cual hemos recibido todos; después, la relación.

Hay todavía otras enseñanzas importantes en estos versículos. La Persona de Jesús, el Verbo hecho carne habitando entre nosotros, era lleno de gracia y de verdad. De esta plenitud hemos recibido todos: no verdad sobre verdad—la verdad es simple, y sitúa todas las cosas exactamente en su lugar, moralmente y en su esencia—hemos recibido aquello que necesitábamos—gracia sobre gracia, el abundante favor de Dios, bendiciones divinas (el fruto de Su amor) acumuladas una sobre otra. La verdad brilla—todo es perfectamente manifestado; la gracia es dada.

La relación de esta manifestación de la gracia de Dios en el Verbo hecho carne—en quien se refleja también la perfecta verdad—junto con otros testimonios de Dios, se nos enseña luego a nosotros. Juan dio testimonio de Él; el servicio de Moisés tenía un carácter completamente distinto. Juan precedió a Jesús en su servicio sobre la tierra, pero Jesús debe ser preferido antes que él, pues humilde como podía ser, Dios sobre todos y bendito para siempre, Él era antes de Juan aunque viniera tras él. Moisés dio la ley, perfecta en su lugar—la cual demandaba del hombre, por parte de Dios, aquello que debía ser. Luego Dios quedó oculto y envió una ley que mostraba la manera en que debía comportarse el hombre. Pero ahora Dios se ha revelado por Cristo, y la verdad y la gracia son venidas. La ley no era ni la verdad, plena y completa¹ en cada aspecto, como en Jesús, ni la gracia. No era una transcripción dada por Dios,

1. En realidad, esta ley decía lo que el hombre debía ser, no lo que éste o cualquier otra cosa fuesen ya.

JUAN 1

sino una norma perfecta para el hombre. La gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo, no por Moisés. Nada puede ser más importante en esencia que esta afirmación. La ley demandaba del hombre cómo debía comportarse delante de Dios, y si éste lo cumplía, contaba para su justicia. La verdad en Cristo mostraba lo que el hombre era—no lo que debía ser—y lo que Dios era; e inseparable de la gracia, no demanda ya del hombre, sino que le trae aquello que necesita. «Si conocieras el don de Dios», dice el Salvador a la mujer samaritana. Del mismo modo, al término del viaje por el desierto, Balaam tuvo que decir: «Como ahora, será dicho de Jacob y de Israel: ¡Lo que ha hecho Dios!» El verbo *vino* está en el singular después de *gracia y verdad*. Cristo es ambas cosas a la vez; de hecho, si la gracia no estuviera ahí, Él no sería la verdad en cuanto a Dios. Exigir del hombre lo que se esperaba de él, era un requerimiento justo. Pero ofrecer la gracia y la gloria, dar a Su Hijo, era algo distinto en todos los sentidos, lo cual corrobora la ley como perfecta en su lugar.

Tenemos así el carácter y la posición del Verbo hecho carne—aquello que Jesús fue aquí abajo; Su gloria *vista* por la fe, la del unigénito del Padre. Él era lleno de gracia y de verdad. Reveló a Dios como le conocía, como el Hijo unigénito en el seno del Padre. No fue sólo el carácter de Su gloria aquí abajo, sino lo que Él era—lo que había sido, lo que Él siempre es—en el seno del Padre en la Deidad; y fue de este modo que Él le declaró. Él era antes que Juan el Bautista, aunque viniera después de él. Traía, en Su propia Persona, aquello que en su naturaleza era totalmente diferente de la ley dada por Moisés.

De esta manera es manifestado el Señor sobre la tierra. Continúan Sus relaciones con los hombres, las posiciones que Él ocupó, los caracteres que asumió, conforme a los propósitos de Dios, y el testimonio de Su palabra entre los hombres. Ante todo, Juan el Bautista le concede un lugar a Él. Se observará que Juan da testimonio en cada una de las

JUAN 1

partes¹ en las que se divide este capítulo—el versículo 6², en el resultado de la revelación abstracta de la naturaleza del Verbo. Como luz, el versículo 15, con respecto a Su manifestación en la carne. El versículo 19, la gloria de Su Persona, aunque viniendo después de Juan; el 29, con referencia a Su obra y el resultado, y el versículo 36, el testimonio momentáneo, a fin de que Él fuera seguido como si hubiera venido a buscar al remanente judío.

Después de la abstracta revelación de la naturaleza del Verbo, y aquella de Su manifestación en la carne, se ofrece en realidad el testimonio dado en el mundo. Los versículos 19-28 forman una clase de introducción en la que, a razón de la pesquisa de los escribas y fariseos, Juan da referencias de sí mismo, aprovechando la ocasión de hablar de la diferencia entre él y el Señor. De modo que, sean cuales fueren los caracteres que toma Cristo en relación con Su obra, la gloria de Su persona es siempre vista en primer término. El testigo está ocupado naturalmente, digamos, con esto, an-

1. El capítulo queda dividido de la siguiente manera: 1-18 (esta parte está subdividida en 1-5, 6-13, 14-18), 19-28, 29-34 (subdividido en 29-31, 32-34), 35 hasta el final. Estos últimos versículos quedan fragmentados en 35-42, y desde el 42 hasta el final. Es decir, lo que primero es Cristo de manera abstracta e intrínseca—el testimonio de Juan acerca de Él como la luz; pero cuando viene, lo que Él es personalmente en el mundo—; Juan, el solo precursor de Jehová, es testigo de la excelencia de Cristo. La obra de Cristo, la del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, que bautiza con el Espíritu Santo, y es Hijo de Dios; Juan reúne para Él, y Él reúne para Sí mismo. Esto continúa hasta que el remanente justo de Israel le reconoce como Hijo de Dios, Rey de Israel. Más tarde, pasa a ocupar el carácter más extenso de Hijo del hombre.

Todos los caracteres personales de Cristo, por decirlo así, son hallados aquí, así como Su obra, pero no Sus caracteres relativos; no Cristo, no el Sacerdote, no la Cabeza de la asamblea como Su cuerpo, sino el Verbo, el Hijo de Dios, el Cordero de Dios, el Rey de Israel, y el Hijo del hombre según el Salmo 8, a quien servían los ángeles; Dios además, la vida, y la luz de los hombres.

2. La afirmación estrictamente abstracta termina en el versículo 5, y continúa por sí misma. El recibimiento de Cristo *venido al mundo* como la luz presenta a Juan en escena. No estamos ya en lo estrictamente abstracto, (aunque no se desarrolle el objeto—lo que el Verbo devino—) es histórico en cuanto al recibimiento de la luz, mostrando así lo que el hombre era y aquello que es por gracia cuando nace de Dios, en referencia al objeto.

JUAN 1

tes de dar su testimonio formal del oficio que él realizaba. Juan no es ni Elías ni aquel profeta del cual habló Moisés, ni es el Cristo. Él es la voz mencionada por Isaías, la cual tenía que preparar el camino del Señor delante de Él. No es precisamente antes del Mesías, aunque así fuera Él; ni siquiera es Elías antes del día de Jehová, sino la voz en el desierto delante del Señor. Jehová venía. Es consecuente esto de lo que él habla. Juan bautizaba para arrepentimiento, pero había ya Uno desconocido entre ellos, que, viniendo después de él, era no obstante su superior, del cual no era digno de desatar la correa de sus zapatos.

A continuación tenemos el testimonio directo de Juan cuando ve a Jesús acudiendo a él. Le señala, no como el Mesías, sino conforme al resultado completo de Su obra que nosotros disfrutamos en la salvación eterna que Él llevó a cabo, y de la obra gloriosa mediante la cual esta salvación fue cumplida. Él es el Cordero de Dios, el único que Dios podía proveer, y el cual era para Dios, conforme a Su mente, y quien quita el pecado—no los pecados—del mundo. Él restaura las bases de las relaciones del mundo con Dios. Desde la caída, fue realmente el pecado el que Dios tuvo que tener presente para sus relaciones con el mundo, fueran cuales fueran Sus tratos¹. El resultado de la obra de Cristo será tal que establecerá la base eterna de estas relaciones en los nuevos cielos y la nueva tierra, habiendo sido el pecado puesto de lado totalmente. Conocemos esto por la fe antes de la manifestación pública en el mundo.

Aunque fue un Cordero para el sacrificio, Él es estimado antes que Juan el Bautista, pues Él era antes de él. El Cordero a ser sacrificado era Jehová mismo.

1. Como el diluvio, la ley, la gracia. Hubo un paraíso de inocencia, luego un mundo de pecado, más tarde un reino de justicia, y finalmente un mundo—nuevos cielos y nueva tierra—en donde morará la justicia. Pero hay la justicia eterna fundamentada sobre esa obra del Cordero de Dios, la cual nunca perderá su valor. Es un estado inmutable de cosas. La Iglesia o asamblea es algo que está por encima y de lado de todo esto, aunque esté revelada en ello.

JUAN 1

En la administración de los caminos de Dios, este testimonio tenía que ser dado en *Israel*, aunque su asunto fuera el Cordero cuyo sacrificio alcanzara en proporciones al pecado del *mundo*, y el Señor, Jehová. Juan no le había conocido personalmente, pero Él fue el único objeto de su misión.

Él se hizo Hombre, y como tal recibió la plenitud del Espíritu Santo, el cual descendió sobre Él y habitó en Él. Y el Hombre así señalado, sellado de parte del Padre, había de bautizar con el Espíritu Santo. Fue designado por el descenso del Espíritu bajo otro carácter, del cual da testimonio Juan. Permaneciendo así, visto y sellado de tal modo sobre la tierra, Él era el Hijo de Dios. Juan le reconoce y le anuncia como tal.

Luego viene lo que podríamos llamar el ejercicio y efecto directos de su ministerio en este momento. Pero es siempre el Cordero a quien se está refiriendo, pues ése era el objeto, el designio de Dios, y es esto lo que tenemos en este evangelio aunque Israel sea reconocido en su lugar. Tanto es así que la nación mantenía este lugar de parte de Dios.

En consecuencia, los discípulos de Juan¹ siguen a Cristo hasta Su morada. El efecto del testimonio de Juan es el de juntar el remanente con Jesús, el centro de toda su reunión. Jesús no lo rehúsa, y ellos le acompañan. No obstante, este remanente—por muy lejos que llegara el testimonio de Juan—no va más allá de reconocer a Jesús como Mesías. Éste fue el caso históricamente². Pero Jesús los conocía en profundidad, y hace notorio el carácter de Simón tan pronto como éste acude a Él, y le otorga un nombre apropiado. Fue un acto de autoridad que le proclamaba la cabeza y el cen-

1. Adviértase que no es su testimonio público, sino la expresión sin rumbo de su corazón, la que ellos oyen.

2. Un principio del más profundo interés para nosotros, como el efecto de la gracia. Al recibir a Jesús, recibimos todo lo que Él es, pese a que en ese momento podamos percibir solamente en Él aquella parte menos sublime de Su gloria.

JUAN 1

tro de todo el sistema. Dios puede otorgar nombres; Él conoce todo. Dio este derecho a Adán, el cual lo ejercitó según Dios quería con respecto a todo lo que le fue sometido, así como en el caso de su esposa. Grandes reyes, quienes vindican este poder, han hecho lo mismo. Eva intentó obtenerlo, pero se equivocó, a pesar de que Dios puede dar un corazón sensato, el cual, bajo Su influencia, hable con justicia en este sentido. Cristo hace lo mismo aquí, con autoridad y toda ciencia, cuando se presenta el caso.

Versículo 43¹. Tenemos a continuación el inmediato testimonio de Cristo mismo y el de Sus seguidores. En primer lugar, al reparar en la escena de Su peregrinación terrenal, conforme a los profetas, Él llama a otros para que le sigan. Natanael, el cual comienza rechazando al que venía de Nazaret, presenta ante nosotros el remanente de los últimos tiempos—el testimonio, primero, al que pertenece el evangelio de la gracia, versículos 29-34. Le vemos primero rechazando a los menospreciados del pueblo, y debajo de la higuera, que representa la nación de Israel; como la higuera que no daría más su fruto representa a Israel bajo el antiguo pacto. Natanael es la figura de un remanente visto y conocido por el Señor, en relación con Israel. El Señor, quien así se manifestó a su corazón y conciencia, es confesado como el Hijo de Dios y el Rey de Israel. Ésta es formalmente la fe del remanente preservado de Israel en los últimos tiempos según el Salmo 2. Pero aquellos que recibieron a

1. Estos versículos 38 y 43 se asemejan a los dos caracteres bajo los que tenemos que ver a Cristo. Él recibe a los discípulos y éstos moran con Él, y Él les ordena que le sigan. Nosotros no tenemos un mundo donde poder morar, ni un centro que distribuya en torno a él a aquellos justamente dispuestos por la gracia. Ningún profeta ni ningún siervo de Dios podrían. Cristo es el único centro de reunión en el mundo. Después, el ir en pos de Él implica que no estamos en el reposo de Dios. En Edén no era necesario el llamamiento a un ir tras Él. En el cielo no habrá ninguno. Será gozo perfecto y descanso en donde estemos. En Cristo tenemos un objeto divino, mostrándonos una senda diáfana a través de un mundo en el que no podemos descansar con Dios, porque el pecado está ahí.

JUAN 1

Jesús cuando estuvo sobre la tierra, debían ver aún mayores cosas que aquellas que los convencieron. Asimismo, de ahí en adelante¹ deberían ver a los ángeles de Dios ascender y descender sobre el Hijo del Hombre. Aquel que por Su nacimiento ocupó Su lugar entre los hijos de los hombres, sería, por este título, el objeto del servicio de las más excelentes de las criaturas de Dios. La expresión es ponderativa. Los ángeles de Dios estarían al servicio del Hijo del Hombre, de manera que el remanente de Israel le reconociera abiertamente el Hijo de Dios y el Rey de Israel. El Señor se declara a Sí mismo también el Hijo del Hombre—en humillación, pero el objeto del servicio de los ángeles de Dios. Así, tenemos a la Persona y los títulos de Jesús, desde Su eterna y divina existencia como el Verbo, hasta Su milenial posición como Rey de Israel e Hijo del Hombre²; aquello que Él realmente era como nacido en este mundo, pero que será cumplido cuando vuelva en Su gloria.

Antes de seguir adelante, repasemos algunos puntos en este capítulo. El Señor es revelado como el Verbo—como Dios y con Dios—como luz, como vida. En segundo lugar, como el Verbo hecho carne que tiene la gloria del unigénito con Su Padre—como tal, está lleno de la gracia y la verdad venidas por medio de Él. De su plenitud hemos recibido todos, y Él—el Cordero de Dios—ha declarado al Padre (comparar el cap. 14). Aquel sobre quien podía descender el Espíritu Santo, y quien bautizaba con el Espíritu, es el Hijo de Dios³. En tercer lugar, la obra que Él hace, el Cordero de

1. No «a partir de entonces.» Muchas fuentes omiten esta palabra.

2. Excepto aquello que concierne a la asamblea y a Israel. Aquí, Él no es Sumo Sacerdote, ni Cabeza del Cuerpo, tampoco es revelado como el Cristo. Juan no nos ofrece lo que mostraría al hombre en el cielo, sino a Dios en el hombre sobre la tierra—no lo que es celestial y ascendido al cielo, sino lo que es aquí divino. Israel es siempre contemplado como rechazado. Los discípulos le reconocen como el Cristo, pero Él no lo es proclamado.

3. Aquí Él es visto como el Hijo de Dios en este mundo. En el versículo 14, Él está en la gloria del unigénito Hijo con Su Padre; y en el verso 18, Él es lo mismo en el seno de Su Padre.

JUAN 1

Dios que quita el pecado, e Hijo de Dios y Rey de Israel. Esto concluye la revelación de Su Persona y obra. Luego, los versículos 35-42 muestran el ministerio de Juan, pero también donde Jesús deviene el centro de reunión. El versículo 43, el ministerio de Cristo, en el que Él llama a Juan a seguirle, y que junto con el 38 y 39 ofrecen su doble carácter como la única referencia atractiva en el mundo. Con esto, Su completa humillación, reconocida por un testimonio divino que llega al remanente como consta en el Salmo 2, pero tomando Su título de Hijo del Hombre según el Salmo 8—el Hijo del Hombre: podemos decir, todos Sus títulos personales. Su relación con la asamblea no es mostrada aquí, ni Su función de Sacerdote, sino aquello propio de Su Persona y la relación del hombre con Dios en este mundo. Así, además de la naturaleza divina, es todo lo que Él era y será en este mundo: se trata de Su lugar celestial y las consecuencias para la fe, explicadas en otra parte y apenas referidas cuando se las necesita en este evangelio.

Observemos que, al predicar a Cristo, en cierto modo hasta un grado completo, el corazón del oyente puede creer sinceramente y vincularse a Él, aunque le confiera a Él un carácter que la condición del alma no puede aún vislumbrar, desconocedora de la plenitud en la que Él se ha revelado. De hecho, allí donde hay un corazón sincero, el testimonio, por muy sublime que sea su carácter, halla el corazón que se encuentra receptivo. Juan dice «¡He aquí el Cordero del mundo!» «Hemos hallado al Mesías», dicen los discípulos que siguieron a Jesús por el testimonio de Juan.

Démonos cuenta también de que la expresión de lo que había en el corazón de Juan tuvo un efecto mayor que el más formal y doctrinal de los testimonios. Él contempló a Jesús, y exclamó: «¡He aquí el Cordero de Dios!» Los discípulos le oyeron, y siguieron a Jesús. Fue, sin duda, su propio testimonio venido de Dios de que Jesús estaba allí. Pero no fue una explicación doctrinal como aquella de los versículos precedentes.

JUAN 2

CAPÍTULO 2

Los dos testimonios acerca de Cristo, considerándole a Él como centro, que habían de ser dados en este mundo, fueron ya dados: el de Juan y el de Jesús, tomando Su lugar en Galilea con el remanente—los dos días de los tratos de Dios con Israel¹. El tercer día es el que hallamos en el próximo capítulo. Tiene lugar una boda en Galilea, y Jesús está presente. El agua de la purificación es transformada en el vino del gozo para la fiesta nupcial. Más tarde, en Jerusalén Él purifica con autoridad el templo de Dios, ejecutando juicio sobre todos aquellos que lo profanaron. En principio, éstas son las dos cosas que caracterizan a Su posición milenial, las cuales tuvieron lugar históricamente, pero del modo como son presentadas aquí tienen evidentemente un significado más amplio. Además, ¿por qué se dice el tercer día? ¿Después de qué días viene? Habían tenido lugar dos días de testimonio—el de Juan y el de Jesús; y ahora se llevan a cabo la bendición y el juicio. En Galilea, el remanente tenía su lugar; y es la escena de bendición según Isaías 9—Jerusalén era el lugar del juicio. En la fiesta, Él no quiere reconocer a Su madre, vínculo de Su relación natural con Israel, pues, contemplándole como nacido bajo la ley, se separa de ella para llevar a término la bendición. Es por lo tanto, en Galilea, que de momento se da este testimonio. Será cuando regrese que dará el buen vino a Israel—verdadera bendición y gozo al final. No obstante, se queda toda-

1. Obsérvese aquí que Jesús acepta el lugar de ese centro a cuyo alrededor han de reunirse las almas—un principio muy importante. Ninguno más podía sostener este lugar. Era un lugar divino. El mundo estaba todo errado sin Dios, y un nuevo círculo de reunión fuera de él había de ser formado en torno a Jesús. En segundo lugar, Él provee la senda en la que tiene que caminar el hombre—«Sígueme.» Adán no precisaba de ninguna senda en el Paraíso. Cristo ofrece una de orden divino en un mundo donde no podía surgir ninguna, pues toda su condición era el fruto del pecado. En último término, Él revela al hombre en Su Persona como la Cabeza gloriosa sobre todo, a quien sirven las criaturas más sublimes.

JUAN 2

vía con Su madre, pero en lo que a Su obra se refiere, no la reconoció. Éste era también el caso con respecto a Su relación con Israel.

En adelante, al juzgar a los judíos y purificar judicialmente el templo, se presenta como el Hijo de Dios. Es la casa de Su Padre. La prueba que Él da es Su resurrección, cuando los judíos le hubieran rechazado y crucificado. Además, Él no era solamente el Hijo: era Dios quien estaba allí, no en el templo. La casa que construyó Herodes estaba vacía. El cuerpo de Jesús era ahora el verdadero templo. Sellado por Su resurrección, las Escrituras y la Palabra de Jesús eran de autoridad divina para los discípulos cuando éstas hablaban de Él según la intención del Espíritu de Dios.

Esta subdivisión del libro termina aquí. Concluye la revelación terrenal de Cristo incluyendo Su muerte; pero aun así, es el pecado del mundo. El capítulo 2 nos ofrece el milenio; el capítulo 3 es la obra en nosotros y por nosotros, la que califica para el reino sobre la tierra o el cielo; y la obra por nosotros, que pone fin a la relación del Mesías con los judíos, da paso a las cosas celestiales por medio del levantamiento del Hijo del Hombre—amor divino y vida eterna.

Los milagros que Él efectuó convencieron a muchos a través de la comprensión natural. No es menos cierto que ellos se convencieron sinceramente, pero llegando a una justa conclusión humana. Otra verdad es ahora revelada. El hombre, en su estado natural¹, era realmente incapaz

1. El estado del hombre se manifiesta aquí plenamente y en detalle. Suponiendo que fuese exteriormente justo conforme a la ley, y que creyera en Jesús de acuerdo a honestas convicciones naturales, el hombre se vestía con ello para alejar de él su verdadera realidad. No se conoce a sí mismo completamente. Lo que él es, queda intacto. Es pecador. Pero esto nos lleva a otra observación. Existen dos grandes principios desde el Paraíso: la responsabilidad y la vida. El hombre nunca podrá disociarlos hasta que aprenda que está perdido, y que en él no hay ningún bien. Luego conocerá gozoso que hay una fuente de perdón y de vida fuera de él. Esto es lo que se nos muestra aquí. Debe haber una vida nueva; Jesús no instruye una naturaleza que es sólo pe-

JUAN 3

de recibir las cosas de Dios. No que el testimonio fuera insuficiente para convencerle, ni de que nunca hubiera de ser convencido. En ese momento, muchos lo fueron, pero Jesús no se ocupó de ellos. Él sabía lo que era el hombre. Si éste se convencía, su voluntad y su naturaleza no quedaban alteradas. Si venía el tiempo de la prueba, se mostraba tal como era, enajenado de Dios, y también Su enemigo. ¡Triste pero veraz testimonio! La vida y la muerte de Jesús lo demuestran. Él lo sabía cuando empezó Su obra. Esto no enfriaba Su amor, pues la fortaleza de ese amor se hallaba en Sí mismo.

CAPÍTULO 3

Había un hombre, fariseo, que no estaba satisfecho con esta inoperante convicción, y su conciencia fue tocada. El ver a Jesús y escuchar Su testimonio, despertó el sentido de la necesidad en su corazón. No se trataba del conocimiento de la gracia, sino de un cambio total respecto a la condición humana. No sabía nada de la verdad, pero se dio cuenta de que estaba en Jesús, y la deseaba para él. Tuvo al instante la sensación de que el mundo estaría en su contra, y se acerca de noche. El corazón teme al mundo tan pronto como tiene que vérselas con Dios, pues el mundo se opone a Él. La amistad del mundo es enemistad contra Dios. Este sentido de la necesidad marcaba la diferencia en el caso de Nicodemo. Él había sido convencido como los demás. Por consiguiente, dice «*Sabemos* que has venido de Dios como

cado. Estos dos principios son recurrentes en toda la Escritura de manera palmaria: en primer lugar, como se ha dicho, en el Paraíso son la responsabilidad y la vida en poder. El hombre tomó de un árbol, fallando en su responsabilidad, y echó a perder la vida. La ley ofrecía la medida de la responsabilidad cuando se conocían el bien y el mal, y la vida prometida sobre la base de actuar conforme a lo que demandaba, satisfaciendo dicha responsabilidad. Cristo viene, suple la necesidad del fracaso del hombre responsable, y ello resulta en el don de la vida eterna. Así, y solamente de esta manera, queda zanjado el asunto y se reconcilian los dos principios.

JUAN 3

maestro.» Y el origen de esta convicción fueron los milagros. Jesús le detiene ahí, a razón de la verdadera necesidad que Nicodemo sentía. La obra de la bendición no iba a realizarse enseñando al *viejo* hombre. El hombre necesitaba una renovación en el origen mismo de su naturaleza, sin la cual no podía ver el reino¹. Las cosas de Dios se disciernen espiritualmente; y el hombre es carnal, no tiene el Espíritu. El Señor no habla otra cosa que del reino—el cual, además, no era la ley—pues Nicodemo debía de conocer algo acerca del mismo. Él no comienza a enseñar a los judíos como un profeta bajo la ley. Presenta el reino tal como es, pero para verlo un hombre, conforme a Su testimonio, debía antes nacer de nuevo. El reino venido en el Hijo del carpintero no podía ser visto sin una naturaleza completamente nueva, pues la vieja no alcanzaba a tocar la cuerda sensible de su entendimiento, ni de la esperanza del judío, aunque se hubieran dado suficientes testimonios en palabra y hechos. A fin de entrar y tener parte en él, se necesita conocer un desarrollo más amplio en cuanto a la manera de entrar. Nicodemo no ve más allá de la carne.

El Señor se lo explica. Se requerían dos cosas: nacer del agua y del Espíritu. El agua purifica; y, espiritualmente en sus afectos, corazón, conciencia, pensamientos y acciones, el hombre torna a vivir, y es en la práctica purificado moralmente mediante la aplicación por el poder del Espíritu de la Palabra de Dios, la cual juzga todas las cosas y obra en nosotros nuevos y penetrantes pensamientos, así como nuevos afectos. Esto es el agua, siendo además la muerte de la carne. El agua verdadera que purificaba de un modo cristiano provenía del costado de un Cristo muerto. Él vino por agua y sangre, en el poder del lavamiento y de la expiación. Él santifica la asamblea purificándola con el lavamiento del agua por la Palabra: «Ya sois limpios por la

1. Es decir, como entonces vino. Ellos vieron al Hijo del carpintero. En gloria, claro está, le verá todo ojo sobre la tierra.

JUAN 3

palabra que os he hablado.» Es por consiguiente la poderosa Palabra de Dios, la cual, puesto que el hombre debe nacer de nuevo en el principio y origen de su ser moral, juzga, como algo muerto, todo lo de la carne¹. Existe de hecho la comunicación de una vida nueva; aquello que es nacido del Espíritu es espíritu, no carne, y tiene su naturaleza del Espíritu. No es el Espíritu—eso sería encarnación; pero esta vida nueva es espíritu. Participa de la naturaleza de su origen. Sin esto, no podemos entrar en el reino. Era necesario para el judío, nominalmente un hijo del reino, porque aquí estamos tratando con lo esencial y verdadero, también con un acto soberano de Dios que es consecuentemente llevado a cabo dondequiera que el Espíritu actúa en este poder. «Así es cada uno que es nacido de espíritu.» Esto abre, en principio, la puerta a los gentiles.

Como maestro de Israel, Nicodemo debería haberlo comprendido. Los profetas declararon que Israel había de sufrir este cambio a fin de disfrutar la consumación de las promesas (véase Eze. 36), las cuales Dios les había dado con respecto a su bendición en la tierra santa. Pero Jesús habló de estas cosas de manera directa, y en relación con la naturaleza y la gloria de Dios. Un maestro de Israel debía entender aquello que contenía la segura palabra profética. El Hijo de Dios declaró lo que conocía, y lo que había visto con Su Padre. La naturaleza contaminada del hombre no podía tener relación con Aquel que se reveló en el cielo cuando vino Jesús. La gloria—desde la plenitud de la cual venía, y la cual formaba por tanto el asunto de Su testimo-

1. Obsérvese aquí que el bautismo, en lugar de ser la señal del don de la vida, es la señal de la muerte. Nosotros somos bautizados a Su muerte. Al salir del agua, comenzamos una vida nueva en resurrección—todo lo que pertenecía al hombre natural considerado como muerto en Cristo, y perteneciente al pasado. «Estáis muertos», y «aquel que está muerto queda liberado [justificado] del pecado.» Pero vivimos también y tenemos una buena conciencia por la resurrección de Jesucristo. Así, Pedro compara el bautismo con el diluvio, a través del cual Noé fue salvo (*diesothe*), pero el cual destruyó el mundo antiguo que obtuvo, por así decirlo, una nueva vida cuando emergió de las aguas.

JUAN 3

nio—una vez vista no podía tener nada que estuviera contaminado. Para poseerla, debían nacer de nuevo. Él dio testimonio entonces, habiendo venido de arriba, y siendo conocedor de aquello que era agradable a Dios Su Padre. El hombre no recibió Su testimonio. Podía convencerse exteriormente por los milagros, pero recibir la presencia de Dios era otra cosa. Y si Nicodemo no sabía recibir la verdad vinculándola con la parte terrenal del reino, de lo cual los profetas incluso hablaron, ¿qué harían él y los otros judíos si Jesús hablaba de cosas celestiales? Sin embargo, nadie podía aprender acerca de ellas por otros medios que no fueran esos. Nadie había subido allí y vuelto a bajar para traer palabra. Solamente Jesús, en virtud de lo que Él era, podía revelarlas—el Hijo del Hombre sobre la tierra, existiendo al mismo tiempo en el cielo, manifestaba a los hombres aquello que era celestial, ante los ojos de Nicodemo y ante los de todos. Pero Él iba a ser crucificado y levantado así del mundo al que había venido, después de manifestar el amor de Dios en todos Sus caminos. Y así como de esta manera podía abrirse la puerta para que los hombres pecadores entrasen en el cielo, también se creaba para el hombre un vínculo que le transportaría allí.

Esto entresacó otra verdad fundamental. Si el cielo era puesto en duda, se necesitaba algo más que nacer de nuevo. Había el pecado, y debía ser quitado para aquellos que iban a poseer la vida eterna. Y si Jesús, descendiendo del cielo, vino para comunicar esta vida eterna a los demás, debía quitar el pecado al acometer esta obra—ser hecho así pecado—a fin de limpiar el deshonor cometido hacia Dios y mantener la verdad de Su carácter—sin la cual no hay nada seguro ni bueno. El Hijo del Hombre debía ser levantado como la serpiente en el desierto para que la maldición, bajo la cual se hallaba el pueblo, fuera removida. Rechazado Su testimonio divino, el hombre, tal cual era aquí abajo, se mostró incapaz de recibir la bendición de lo alto. Había de ser redimido, y su pecado expiado y limpiado, en-

JUAN 3

frentado a la realidad de su condición conforme al carácter de Dios, el cual no puede negarse a Sí mismo. Jesús se dispuso a hacer esto en gracia. *Era necesario* que el Hijo del Hombre fuese levantado, rechazado de la tierra, consumando la expiación ante el Dios de justicia. En una palabra, Cristo viene con el conocimiento de aquello que es el cielo y la gloria divina. A fin de poder participar de ellos el hombre, el Hijo del Hombre debía morir—tomar el lugar de la expiación—fuera de la tierra¹. Démonos cuenta aquí del profundo y glorioso carácter de aquello que Jesús trajo consigo, de la revelación que hizo.

La cruz, y la separación absoluta entre el hombre y Dios. Éste es el lugar de encuentro de la fe y Dios, pues se presenta al instante la verdad de la condición humana y el amor que la reviste. Así, al acercarse uno al lugar santo desde el campamento, lo primero que se encontraba al marchar hacia el altar tras cruzar la puerta era el atrio. Se presentaba ante la vista de aquellos que salían del mundo de afuera y entraban. Cristo, elevado de la tierra, trae hacia Sí a todos los hombres. Pero si, debido al estado de alienación del hombre y su culpa, se precisaba que el Hijo del Hombre fuera levantado de la tierra, a fin de quienquiera que creyese en Él tuviera vida eterna, había otro aspecto importante de este mismo hecho glorioso. Dios amó tanto al mundo que dio a Su Hijo unigénito para que aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga la vida eterna. En la cruz vemos la necesidad moral de la muerte del Hijo del Hombre, el don inefable del Hijo de Dios. Estas dos verdades se unen en el común objeto del don de la vida eterna para todos los creyentes. Y si era para *todos* los creyentes, era una cuestión con el hombre, con Dios y con el cielo que salía de las promesas hechas a los judíos y traspasaba los límites de

1. En la cruz, Cristo no está en la tierra, sino levantado de ella, rechazado ignominiosamente por el hombre, pero además presentado como víctima sobre el altar de Dios.

JUAN 3

los tratos de Dios con este pueblo. Dios envió a Su Hijo *al mundo*, no para condenarlo, sino para salvarlo. Pero la salvación es por la fe, y aquel que cree en la venida del Hijo, quien sometía todas las cosas a prueba, no es condenado—su estado queda decidido por esto. El que no cree es condenado, pues no ha creído en el unigénito Hijo de Dios, manifestando con esta decisión su condición.

Ésta es la cosa que Dios deja en sus manos. La luz vino al mundo, y ellos amaron más las tinieblas porque sus obras eran malas. ¿Podía existir un asunto más equitativo de condenación? No se trataba de si hallaban o no el perdón, sino de su preferencia por las tinieblas en lugar de la luz, continuando así en el pecado.

El resto del capítulo presenta el contraste entre las posiciones de Juan y de Cristo. Ambas son presentadas a nuestra consideración. El uno es el amigo fiel del Esposo, viviendo solamente para Él; el otro es el Esposo, de quien son todas las cosas. El primero es un hombre terrenal, grande como era el don que recibió del cielo; y el segundo era del cielo, y sobre todas las cosas. La esposa era de Él. El amigo del Esposo, escuchando Su voz, fue lleno de gozo. Nada más hermoso que esta expresión del corazón de Juan el Bautista, inspirada por la presencia del Señor, y lo bastante cerca de Él para alegrarse y regocijarse en que Jesús era todo.

Con respecto al testimonio, Juan lo rindió con relación a las cosas terrenales. Para este fin había sido enviado. Aquel que vino del cielo, era sobre todo, y daba testimonio de las cosas celestiales, de aquello que había visto y oído. Nadie recibió Su testimonio; el hombre no era del cielo. Sin la gracia, uno cree conforme a sus propios pensamientos. Pero al hablar como un Hombre sobre la tierra, Jesús habló de las palabras de Dios, y aquel que recibía Su testimonio daba crédito de que Dios era veraz. Pues el Espíritu no es dado por medida. Como testigo, el testimonio de Jesús era el testimonio de Dios mismo; Sus palabras, eran las pala-

JUAN 3

bras de Dios. ¡Preciosa verdad! Asimismo, Él era el Hijo¹, y el Padre le amaba y le ofrecía todas las cosas en Su mano. Éste es otro título glorioso de Cristo, otro aspecto de Su gloria. Pero las consecuencias de esto, para el hombre, eran eternas. No era la todopoderosa ayuda para los peregrinos, ni la fidelidad a las promesas, para que Su pueblo confiara en Él a pesar de todo. Se trataba del vivificador Hijo del Padre, el dador de la vida. Todo estaba contenido en ello. «El que cree en el Hijo, tiene vida eterna; el que no cree no verá la vida.» Permanece culpable. La ira de Dios *está* sobre él.

Todo esto es una especie de introducción. El ministerio del Señor, propiamente llamado, viene a continuación. Juan no había sido arrojado en prisión todavía (vers. 24). No fue hasta después de este suceso que el Señor comenzó Su testimonio público. El capítulo que vinimos considerando explica lo que fue Su ministerio, el carácter en el que vino, Su posición, la gloria de Su Persona, el carácter del testimonio que dio, la posición del hombre en relación con las cosas de que habló, comenzando con los judíos, y siguiendo por el nuevo nacimiento, la cruz y el amor de Dios hasta Sus derechos como venido al mundo, y a la suprema dignidad de Su propia Persona, a Su testimonio propiamente divino, a Su relación con el Padre, el objeto de cuyo amor era Él, quien le entregó todas las cosas en Su mano. Él era el testigo fiel y el de las cosas celestiales (ver cap. 3:13), pero era también el Hijo mismo venido del Padre. Todo lo que quedaba por parte del hombre era poner la fe en Él. El Señor sale del judaísmo, al tiempo que presenta el testimonio de los profetas y trae del cielo el testimonio directo de Dios y de la gloria, mostrando la única base sobre la cual podemos tener parte en él. El judío o el gentil debían nacer de nuevo; y las cosas celestiales podían ser sólo com-

1. Este asunto se presenta aquí de forma natural, en donde el testimonio de Juan termina y el del evangelista comienza. Los dos últimos versículos, según entiendo, son los del evangelista.

JUAN 4

prendidas por la cruz, la grandiosa prueba del amor de Dios al mundo. Juan le concede a Él el lugar, revelando—no en testimonio público a Israel, sino a los discípulos—la verdadera gloria de Su Persona y de Su obra¹ en este mundo. La idea del Esposo y la esposa es, creo, general. Juan dice realmente que él no es el Cristo, y que la esposa terrenal pertenece a Jesús; pero Jesús nunca la ha desposado, y Juan habla de Sus derechos, los cuales son llevados a cabo en una tierra mejor para nosotros que en este mundo, y en otra región. Es, repito, la idea general. Nos hemos acercado ahora al terreno nuevo de una nueva naturaleza, la cruz, y el mundo y el amor de Dios se han acercado a ella.

CAPÍTULO 4

Siendo ahora Jesús rechazado por los celos de los judíos, comienza Su ministerio fuera de este pueblo, al tiempo que reconoce aún su verdadera posición en los tratos de Dios. Se marcha a Galilea, pero Su calzada le condujo cerca de Samaria, donde habitaba una raza mezclada de extranjeros e israelitas que abandonó la idolatría de los extranjeros, pero que, siguiendo la ley de Moisés y llamándose a sí mismos jacobitas, establecieron un ritual propio de adoración en Gerizim. Jesús no entra en el pueblo. Agotado, se sienta fuera de sus puertas al borde de un pozo, pues tenía

1. Vemos aquí que el Señor—al no ocultar el carácter de Su testimonio, lo cual no podía hacer en realidad—habla de la necesidad de Su muerte y del amor de Dios. Juan habla de la gloria de Su Persona. Jesús magnifica a Su Padre sometándose a la necesidad que la condición de los hombres impuso sobre Él, si había de llevarlos a una nueva relación con Dios. «Dios,—dijo Él—ha amado tanto.» Juan magnifica a Jesús. Todo es perfecto y está en su lugar. Hay cuatro puntos en ello en los que se habla de la supremacía y testimonio de Jesús—éste es el testimonio que da el Bautista de Él. Lo que sigue (vers. 35-36) son todas las cosas concedidas a Él por el Padre que le amó, la vida eterna en contraste con la ira, que es la porción del incrédulo apartado de Dios, y es más bien la nueva revelación; el propósito de Dios dándole todas las cosas a Él, y Él mismo siendo la vida eterna descendida del cielo, es la de Juan el evangelista.

JUAN 4

que seguir Su camino. Esta necesidad se presentó como ocasión para que Su gracia divina, la cual era la plenitud de Su Persona, actuara inundando los estrechos márgenes del judaísmo.

Hay algunos detalles preliminares a destacar antes de entrar en el asunto de este capítulo. Jesús no bautizó, pues conocía toda la magnitud de los consejos de Dios en gracia, el verdadero objeto de Su venida. Él no podía ligar a las almas a un Cristo vivo por medio del bautismo. Los discípulos sí estaban en su derecho al hacerlo así. Lo hacían para que se recibiese a Cristo. Era la fe que actuaba por parte de ellos.

Cuando fue rechazado por los judíos, el Señor no contienda con ellos. Los deja, y, al llegar a Sicar, se halla en las asociaciones más interesantes con respecto a la historia de Israel, pero en Samaria, donde se produce un triste testimonio de la ruina de Israel. El pozo de Jacob estaba en manos de un pueblo que se llamaba a sí mismo Israel, pero la mayor parte de los cuales no lo eran y adoraban lo que no sabían, aunque pretendían ser del linaje de Israel. Los verdaderos judíos habían rechazado al Mesías con sus celos. Él—un hombre rechazado por el pueblo—se había ido de entre medio de ellos. Le vemos compartiendo los sufrimientos de la humanidad, y, cansado del viaje, halla el flanco de un pozo junto al que descansar al mediodía. Se conforma con ello y busca sólo hacer la voluntad de Su Dios, la que le llevó hasta allí. Los discípulos se habían marchado, y Dios llevó hasta aquel lugar, a una hora inesperada, a una mujer. No era el momento habitual en que las mujeres acudían a sacar agua; pero, en base de la disposición de Dios, una pobre mujer pecadora y el Juez de vivos y muertos se encontraron.

El Señor, rendido y sediento, no tenía medios con que apagar la sed. Como hombre dependía de esta pobre mujer para que le diera un poco de agua. Viendo que era judío, la mujer se sorprendió, y ahora se despliega la divina escena en la que el corazón del Salvador, rechazado por los hom-

JUAN 4

bres y oprimido y abatido por la incredulidad de Su pueblo, se abre para emanar la plenitud de la gracia que halla ocasión en las necesidades, y no en las justicias de los hombres. Ahora bien, esta gracia no se limitaba a los derechos de Israel, ni se vendía a su celo nacional. Era una primicia del don de Dios, quien estaba allí en gracia, y de Dios descendido tan abajo que, nacido entre Su pueblo, Él dependía, en cuanto a Su posición humana, de una samaritana para que le diese una gota de agua que disipase Su sed. «Si conocieras el don de Dios, y [no, quién soy yo, sino] quién es aquel que te pide de beber...», es decir, si hubieras conocido que Dios da gratuitamente, y la gloria de Su Persona que estaba allí, y lo humilde que se había mostrado, Su amor habríase revelado a tu corazón y lo habría llenado de perfecta confianza, incluso por lo que respecta a las insuficiencias que una gracia como ésta habría hecho despertar en tu corazón. «Tú le hubieras preguntado», dijo el divino Salvador, «y Él te habría dado» el agua de vida que mana para vida eterna. Tal es el fruto celestial de la misión de Cristo, allí donde Él es recibido¹. Su corazón lo hace descubierto—le revela a Él—y se derrama a la vez en el corazón de una que era su objeto, consolándose por la incredulidad de los judíos—rechazando el fin de la promesa—al presentar el verdadero consuelo de la gracia a la miseria que la necesitaba. Éste es el verdadero alivio del amor, el cual se aflige cuando no es capaz de actuar. Las compuertas de la gracia se elevan por la miseria que esta gracia inunda. Él hace manifiesto aquello que Dios es en gracia; y el Dios de gracia estaba allí. ¡Ay, el corazón humano, seco y egoísta, preocupado de sus propias miserias—los frutos del pecado—no puede comprenderlo del todo! La mujer ve algo extraordinario en Jesús; es curiosa para saber qué significa todo lo

1. Adviértase también que no era como Israel en el desierto, que salió agua de la roca tras ser golpeada. Aquí la promesa es la de un pozo de agua que fluye en nosotros para vida eterna.

JUAN 4

que ve—es tocada por Sus maneras, de modo que en ella se encuentra algo de fe en Sus palabras. Pero sus deseos los limita el alivio que produjeron los trabajos de su azarosa vida, en la cual un corazón ardiente no obtenía respuesta para la miseria que ganó participando en el pecado.

Unas cuantas palabras sobre el carácter de esta mujer. Creo que el Señor mostraría que hay una necesidad, que los campos estaban listos para la siega; y que si la miserable autojusticia de los judíos le rechazaba a Él, la corriente de la gracia hallaría su cauce en otra parte, habiendo preparado Dios corazones para aclamarla con gozo y acciones de gracias que respondieran a su miseria y necesidad. El conducto de la gracia fue dragado por la necesidad y la miseria que la gracia misma hizo sentir.

La vida de esta mujer era lastimosa; y ella estaba avergonzada. Cuando menos, su posición la incomunicaba separándola de la multitud, y era olvidada en el tumulto de la vida social. No hay aflicciones más ocultas que las que siente un corazón solitario. Pero Cristo y la gracia hacen más que suplirlo. Su soledad cesa completamente. Él estaba más solo que ella, quien vino sola al pozo; no estaba con las otras mujeres, y en esta soledad se encontró con el Señor por mediación de la maravillosa guía que la condujo hasta allí. Incluso los discípulos debían ir a disponer una habitación para ella. Ellos no conocían nada de esta gracia. Bautizaban de hecho en el nombre del Mesías, en quien creyeron, mas Dios se hallaba presente en gracia—Aquel que juzgaría a vivos y muertos—y con Él una pecadora en sus pecados. ¡Qué encuentro! ¡Y Dios se había doblegado para depender de ella para un poco de agua que apagase su sed!

Ella poseía una naturaleza fogosa. Había ido en pos de la felicidad, y no halló sino miseria. Vivió en el pecado, y estaba hastiada de la vida. Estaba, realmente, en las profundidades más abismales de la miseria. El ardor de su naturaleza no halló en el pecado ningún obstáculo, pues siguió hasta el límite. La voluntad, ocupada en el mal, se ali-

JUAN 4

menta de deseos engañosos, y se agota sin dar fruto. No obstante, su alma sí sentía una necesidad. Pensaba en Jerusalén, en Gerizim, esperaba al Mesías, el cual les iba a explicar todo. Pero ¿cambió esto su vida? En absoluto. Su vida era chocante. Cuando el Señor habla de cosas espirituales en un lenguaje adaptado para avivar el corazón, dirigiendo la atención de ella a las cosas celestiales en una manera que nadie podría haber confundido, ella no puede comprenderlo. El hombre natural no puede entender las cosas del Espíritu, pues éstas se disciernen espiritualmente.

La novedad del discurso del Señor crispó su atención, pero sin llevar sus pensamientos más lejos del pozo de agua, símbolo de sus labores diarias. Aunque ella vio que Jesús tomaba el lugar de uno mayor que Jacob, ¿qué había de hacerse? Dios obró en gracia, y en esta pobre mujer. Cualquiera que fuera la ocasión respecto a ella, fue Él quien trajo a esa mujer allí. Sin embargo, era incapaz de comprender las cosas espirituales aun siendo expresadas del modo más sencillo. El Señor hablaba del agua que mana en el alma para vida eterna. Pero como el corazón humano está siempre agitándose en sus circunstancias y desvelos, la religiosa necesidad que esta mujer tenía estaba limitada prácticamente por las tradiciones por las que su vida, considerando sus pensamientos religiosos y costumbres, estaba formada, y le dejaba un vacío que nada podía llenar. ¿Qué podía hacerse entonces? ¿De qué manera puede actuar esta gracia, cuando el corazón no comprende la riqueza espiritual que trae el Señor? Ésta es la segunda parte aquí de la prodigiosa enseñanza. El Señor trabaja su conciencia. Una palabra dada por Aquel que escudriña el corazón, escruta su conciencia: ella está en la presencia de un Hombre que le cuenta lo que había hecho siempre. Y siendo despertada su conciencia por la Palabra, y hallándose descubierta a los ojos de Dios, su vida entera pasó delante de ella.

¿Quién es Aquel que escudriña el corazón de esta manera? Ella siente que Su palabra es la Palabra de Dios:

JUAN 4

«Eres profeta.» La inteligencia en las cosas divinas viene a través de la conciencia, no del intelecto. El alma y Dios se hallan juntos, no importa el instrumento que se haya usado. Ella tiene todo por aprender, no hay duda; pero se halla en presencia de Aquel que instruye en todo. ¡Qué paso! ¡Qué cambio! ¡Qué posición nueva! Esta alma, quien no veía más lejos de su pozo y de sus afanes, está allí sola con el Juez de vivos y muertos. Sentía que se trataba de Aquel que venía en el poder de Su palabra, y quien no la menospreció, como otros hicieron. Pese a estar sola, estaba con Él. Le había hablado a ella de la vida, del don de Dios, explicándole que sólo tenía que pedir, y recibiría. Ella no comprendió el significado, pero no era la condenación, sino la gracia la que se inclinó a ella y le pidió agua, y la cual conocía su pecado sin que éste la rechazara. Esta gracia se elevaba sobre todo prejuicio judío que hubiera sido hecho sobre ella, así como por encima del desprecio de los justos en su humanidad. Una gracia que no ocultó su pecado le hizo sentir que Dios lo conocía también. No obstante, Aquel que conocía el pecado estaba allí sin ánimo de alarmarla. Sus pecados estaban delante de Dios, pero no en juicio.

¡Maravilloso encuentro de un alma con Dios que la gracia divina consigue por Cristo! No fue que ella razonara sobre todas estas cosas, sino que permaneció bajo el efecto de sus verdades sin intentar justificarse en ellas. La Palabra de Dios tocó su conciencia, estando en presencia de Aquel que lo había hecho, el manso y humilde, contento de recibir un poco de agua de sus manos. Los muchos pecados de ella no le mancillaron a Él. Ella podía, de hecho, confiar en Él sin saber el porqué. Así es como Dios actúa. La gracia inspira confianza—trae el alma en paz de regreso a Dios, antes de alcanzar ningún conocimiento de inteligencia, o de que pueda explicárselo. De esta manera, llena de confianza comienza—fue la consecuencia natural—con las preguntas que llenaban su corazón, presentándole así la oportunidad al Señor de explicar plenamente los caminos de Dios en

JUAN 4

gracia. Dios así lo ordenó, pues el asunto se hallaba lejos de los sentimientos a los que la gracia más tarde la condujo. El Señor contesta conforme a su condición: la salvación era de los judíos. Ellos eran el pueblo de Dios. La verdad se hallaba con ellos, y no con los samaritanos que adoraban lo que no sabían. Pero Dios puso todo eso aparte. No se trataba ahora de Gerizim ni de Jerusalén, en donde habían de adorar al Padre manifestado en el Hijo. Dios es Espíritu, y debía ser adorado en espíritu y en verdad. El Padre buscaba a tales adoradores. Es decir, que la adoración de sus corazones debería responder a la naturaleza de Dios, a la gracia del Padre que los había buscado¹. Los verdaderos adoradores deberían adorar al Padre en espíritu y en verdad. Jerusalén y Samaria salen completamente de la escena—no tienen un lugar ante tal revelación del Padre en gracia. Dios dejó de ocultarse, y fue revelado perfectamente en la luz. La gracia perfecta del Padre obró, a fin de hacerle conocido, por medio de la gracia que trajo almas a Él.

Ahora bien, la mujer no fue llevada todavía a Él. Como hemos visto en el caso de los discípulos y de Juan el Bautista, una gloriosa revelación de Cristo es la que actúa en el alma, y lleva a la Persona de Jesús a la relación con la necesidad ya sentida. La mujer le dijo: «Sé que el Mesías vendrá y nos contará todas las cosas.» Pequeña como era su inteligencia, e incapaz de comprender lo que Jesús le había contado, Su amor satisface a la mujer cuando podía recibir vida y bendición; y Él le contesta: «Yo, el que habla contigo, yo soy.» La obra fue hecha; el Señor fue recibido. Una pobre pecadora samaritana recibe al Mesías de Israel, a quien los sacerdotes y los fariseos rechazaron de entre el pueblo. El efecto moral en la mujer es evidente. Olvida el cubo de

1. Se verá que en los escritos de Juan, cuando se habla en ellos de la responsabilidad, «Dios» es el término que se utiliza. Cuando se trata de la gracia hacia nosotros, se utiliza «el Padre» y «el Hijo». Cuando es de hecho la bondad—el carácter de Dios en Cristo—para con el mundo, entonces es «Dios» del cual se habla.

JUAN 4

agua, sus pesares y circunstancias. Es absorbida por este nuevo objeto, y sin pensarlo, deviene una predicadora al proclamar al Señor con todo su corazón y con perfecta simplicidad. Él le había dicho todo lo que hizo en su vida. Ella no piensa en aquel momento de qué se trataba. *Jesús* se lo había dicho, y el pensamiento de Él quita la amargura del pecado. El sentimiento de Su bondad hace desaparecer el engaño del corazón que intenta esconder su pecado. En una palabra, su corazón es completamente lleno de Cristo. Muchos creyeron en Él a través de la afirmación de ella—«me ha dicho todo cuanto hice.» Muchos más, cuando le escucharon. Su palabra llevaba consigo una convicción más fuerte, como más cercana y directa a Su Persona.

Entretanto, los discípulos acuden, y—naturalmente—quedan perplejos de que Su Maestro, el Mesías, hablara con la mujer. Pero la gracia de Dios manifestada en la carne estaba todavía alejada de sus pensamientos. La obra de esta gracia era la carne de Jesús, en la mansedumbre de la obediencia enviada por Dios. Él se mantuvo ocupado en ella, y, en la perfecta humildad de la obediencia, fue Su gozo y Su comida hacer la voluntad de Su Padre y consumir Su obra. Y el caso de esta pobre mujer tenía un sentido que llenaba Su corazón con profundo gozo, herido como fue en este mundo, porque Él era amor. Si los judíos le rechazaban, los campos en los cuales la gracia todavía buscaba sus frutos para el granero eterno estaban blancos, listos para la siega. Aquel, por lo tanto, que trabajase no perdería su salario, ni el gozo de poseer tal fruto para vida eterna. Sin embargo, aun los apóstoles eran sólo segadores donde otros sembraron. La pobre mujer era una prueba de esto. Cristo, presente y revelado, proveyó la necesidad que había despertado el testimonio del profeta. Entonces, al tiempo que exhibía una gracia que revelaba el amor del Padre, de Dios el Salvador, y salía, consecuentemente, del recinto del sistema judío—reconoció plenamente el fiel servicio de Sus obreros en anteriores tiempos, los profetas que, por el Es-

JUAN 4

píritu de Cristo desde el comienzo del mundo, hablaron del Redentor, de los sufrimientos de Cristo y de las glorias que seguirían tras ellos. Los sembradores y segadores debían alegrarse conjuntamente en el fruto de sus trabajos.

¡Qué vista tenemos aquí del propósito de la gracia y de su poderosa y viva plenitud en la Persona de Cristo, del don gratuito de Dios, y de la incapacidad del espíritu humano para comprenderla, preocupado y cegado por las cosas del presente, imposibilitado de ver detrás de la vida natural aunque sufre las consecuencias de su pecado! Vemos que es en la humillación, en el profundo abatimiento del Mesías, de Jesús, que Dios se manifiesta en esta gracia. Esto es lo que derriba las barreras y da vía libre al torrente de la gracia desde lo alto. También vemos que la conciencia es la puerta de entrada para la comprensión de las cosas de Dios. Somos ciertamente llevados a la relación con Dios cuando Él escudriña el corazón. Éste es siempre el caso. Luego estamos en la verdad. Además, Dios se manifiesta a Sí mismo, así como se manifiestan la gracia y el amor del Padre, el cual busca pacientemente a adoradores que no ven más lejos del primer paso de las promesas de Dios. Si Jesús es recibido, se produce un cambio profundo. La obra de la conversión es efectuada; hay fe. A la vez, ¡qué divina escena de nuestro Jesús, humillado ciertamente, pero siempre manifestándose en esta humillación de Dios en amor como el Hijo del Padre, Aquel que conoce al Padre y consuma Su obra! ¡Qué gloriosa e infinita escena se abre ante el alma, que es admitida para verle y conocerle!

Toda la trascendencia de la gracia se nos descubre aquí en Su obra y en su divina magnitud, en lo que respecta a su aplicación al individuo y a la inteligencia personal que podemos poseer con respecto a ella. No es precisamente el perdón, ni la redención, ni la asamblea. Es la gracia que fluye en la Persona de Cristo; y la conversión del pecador, a fin de que pueda gozarla y sea capaz de conocer a Dios y de

JUAN 4

adorar al Padre de gracia. ¡Cuán indiscutible es que hemos roto en principio los estrechos límites del judaísmo!

El siempre fiel Señor, dejando toda la gloria para Su Padre mediante la renuncia de Sí mismo y la obediencia a Él, repara en la esfera de labor que Dios le asignó. Deja a los judíos, pues ningún profeta es recibido en su propia tierra, y entra en Galilea, entre los menospreciados de Su pueblo, los menesterosos del rebaño, donde la obediencia, la gracia y los consejos de Dios le llevaron. En este sentido, no abandonó aquel pueblo de impíos. Allí realizó un milagro que expresa el efecto de Su gracia en relación con el remanente creyente de Israel, débil como podía ser su fe. Luego regresa de nuevo al lugar donde convirtió el agua de la purificación en el vino del gozo («que alegra a Dios y al hombre»). Por este milagro, Él había manifestado en figura el poder que iba a liberar al pueblo, y por el cual, al ser recibido, establecería la plenitud del gozo en Israel, creando con dicho poder el buen vino de las bodas con su Dios. Sin embargo, Israel lo rechazó todo. El Mesías no fue recibido, y más tarde se retira de entre los menesterosos del rebaño en Galilea, después de mostrar a Samaria—al pasar—la gracia del Padre, la cual excedía a todas las promesas y a todos los tratos hacia el judío. Y en la Persona y humillación de Cristo llevó fuera del sistema almas convertidas a adorar al Padre en espíritu y en verdad; pero tal vez no todavía en Su poder para levantar a los muertos, sino para curar y salvar la vida de aquello que estaba a punto de morir. Cumplió el deseo de aquella fe, y devolvió la vida de uno que estuvo al borde de la muerte. Fue esto, de hecho, lo que Él hacía en Israel mientras se hallaba aquí abajo. Estas dos verdades fueron presentadas—aquello que iba Él a hacer conforme a los propósitos de Dios el Padre, como rechazado; y aquello que Él hacía en aquel entonces por Israel, conforme a la fe que Él halló entre ellos.

En los capítulos siguientes hallaremos los derechos y la gloria vinculados a Su Persona. El rechazo de Su Palabra y

JUAN 5

de Su obra; la segura salvación del remanente y de todas Sus ovejas dondequiera que estuviesen. Después de reconocerle Dios como el Hijo de Dios, de David, y del Hombre manifestado sobre la tierra, se explica aquello que Él hará después de Su partida: enviar el don del Espíritu Santo, y determinar la posición en la que Él pondrá a los discípulos delante del Padre y con respecto a Sí mismo. Y entonces—después de la historia de Getsemaní, la donación de Su propia vida, de Su muerte dando Su vida por nosotros—todo el resultado en los caminos de Dios, hasta Su regreso, se relatan brevemente en el capítulo que concluye el libro.

Podemos ir más rápidamente a través de los capítulos hasta el décimo, no porque sean menos importantes, sino porque los grandes principios que contienen pueden considerarse sin necesidad de mucho detalle.

CAPÍTULO 5

Este capítulo hace la diferencia entre el poder vivificante de Cristo, el poder y derecho de dar vida a los muertos, y la impotencia de las ordenanzas legales. Éstas demandaban de la persona fortaleza si quería beneficiarse de ellas. Cristo trajo consigo el poder que tenía que curar, y ciertamente traer a vida. Además, todo juicio es dado a Él, para que aquellos que recibieron la vida no vengan a juicio. El final del capítulo presenta los testimonios que fueron dados acerca de Él, y por lo tanto la culpa de aquellos que no acudirían a Él para obtener vida. El uno es gracia soberana, el otro, responsabilidad, porque la vida se hallaba allí. Para obtener vida, se necesitaba Su divino poder. Pero al rechazarle, al rehusar venir a Él para poder obtener vida, lo hicieron a pesar de las pruebas más positivas.

Vayamos un poco en los detalles. El pobre hombre que tenía una enfermedad hacía treinta y ocho años, estaba totalmente incapacitado, dada la naturaleza de su enfermedad, de valerse de medios que requerían de Él fuerza para utili-

JUAN 5

zarlos. Éste es el carácter del pecado, por una parte, y de la ley por otra. Algunos vestigios de bendición existían aún entre los judíos. Los ángeles, ministros de esa dispensación, todavía obraban entre el pueblo. Jehová no se dejó sin testimonio. Pero se precisaba fuerza para beneficiarse de este ejemplo de su ministerio. Aquello que la ley no podía hacer, siendo débil a través de la carne, Dios lo ha hecho a través de Jesús. El hombre impotente tenía deseos, pero no fuerza; había voluntad en él, pero ningún poder para llevarla a cabo. La pregunta del Señor expone esto. Una simple palabra de Cristo lo hace todo. «Levántate, toma tu lecho y anda.» Se comunica fortaleza. El hombre se alza, y se va llevándose su lecho¹.

Era sábado—circunstancia importante aquí, que ocupaba un lugar prominente en esta interesante escena. El sábado fue dado como señal del pacto entre los judíos y el Señor². Pero quedó demostrado que la ley no daba el descanso de Dios al hombre. El poder de una nueva vida es lo que se necesitaba; la gracia era necesaria para que el hombre estuviera en relaciones con Dios. La curación de este pobre hombre fue una operación de esta gracia y de este poder efectuada en medio de Israel. El estanque de Betesda representaba el poder en el hombre; el acto de Jesús empleó el poder, en gracia, en nombre de uno del pueblo del Señor que estaba angustiado. Por lo tanto, tratando con Su pueblo en gobierno, le dice al hombre: «No peques más, para que nada peor venga a ti.» Era Jehová actuando por Su gracia y bendición entre Su pueblo; pero lo era en las

1. Cristo trae la fuerza consigo que la ley demanda en el hombre para beneficiarse de ella.

2. El sábado es introducido, sin importar cuál sea la nueva institución o arreglo establecidos bajo la ley. Y verdaderamente, una parte en el descanso de Dios es, en ciertos aspectos, el más alto de nuestros privilegios (véase Heb. 4). El sábado fue la conclusión de la primera creación, y será igual cuando se cumpla. Nuestro reposo es en el nuevo día, y no en el de la creación del primer hombre, sino en el del resucitado y glorificado Cristo, el segundo Hombre, que es su comienzo y cabeza. De ahí el primer día de la semana.

JUAN 5

cosas temporales, símbolos de Su favor y misericordia, y en relación con Israel. También era poder divino y gracia. Ahora, el hombre explicó a los judíos que fue Jesús. Ellos se soliviantan contra Él pretendiendo que había violado el sábado. La respuesta del Señor es aguda, y llena de enseñanza. Declara la relación, abiertamente manifestada ahora por Su venida, que existía entre Sí mismo (el Hijo) y Su Padre. Muestra con ella—¡qué profundidades de la gracia!—que ni el Padre ni Él podían hallar Su sábado¹ en medio de la miseria y de los tristes frutos del pecado. Jehová en Israel podía imponer el sábado como obligación de la ley, y convertirlo en señal de la preciosa verdad de que Su pueblo entraría en el reposo de Dios. Pero, de hecho, cuando Dios fue plenamente conocido, no había reposo en las cosas existentes. Él obró en gracia, Su amor no podía descansar en la miseria, e instituyó un reposo relacionado con la creación que fue creada buena. El pecado, la corrupción y la miseria entraron en ella, por lo cual el Santo y el Justo no halló ya un sábado en ella, y el hombre no entró del todo en el reposo de Dios (comparar Heb. 4). Se debía comenzar a obrar en gracia conforme a la redención que requería el estado del hombre—una redención en la que se despliega toda Su gloria, debiendo comenzar a obrar nuevamente en amor. Así, el Señor dice «Mi padre trabaja hasta ahora, y yo trabajo.» Dios no puede satisfacerse allí donde existe el pecado. No puede reposar con el pecado ante Su vista. Él no tiene sábado, pero todavía trabaja en gracia. ¡Qué respuesta tan divina a sus críticas mezquinas!

Se manifestó otra verdad de lo que el Señor dijo. Él se puso en igualdad con Su Padre. Pero los judíos, celosos de sus ceremoniales—de aquello que los distinguía de las otras naciones—no vieron nada de la gloria de Cristo, e intentaron matarle tratándole de blasfemo. Esto permite a Jesús descubrir toda la verdad sobre este punto. Él no era

1. El sábado de Dios es un sábado de amor y santidad.

JUAN 5

alguien independiente poseyendo iguales derechos, ni otro Dios que actuara por Su propia cuenta, lo cual además era imposible. No puede haber dos seres supremos y omnipotentes. El Hijo está en completa unión con el Padre, no hace nada sin el Padre, pero sí hace cualquier cosa que ve hacer al Padre. No hay nada que el Padre haga que no lo haga en comunión con el Hijo; y aún verían mayores pruebas que los dejarían maravillados. Esta última frase de las palabras del Señor, así como la esencia de este evangelio, muestran que mientras se revela que Él y el Padre son uno, Él lo revela desde una posición en la cual era visto por los hombres. Aquello de que habla está en Dios; la posición desde la que habla es una que Él tomó, y, en cierto sentido, fue una inferior. Vemos en todas partes que Él es igual al Padre, y uno con Él. Recibe todo de Él, haciendo todo según la mente del Padre—lo cual se muestra notablemente en el capítulo 17. Es el Hijo, pero el Hijo manifestado en la carne, actuando en la misión que el Padre le envió a cumplir.

Hay dos cosas de las que se habla en este capítulo (vers. 21-22), las cuales demuestran la gloria del Hijo. Él da vida y juzga. No es el curar lo que se suscita aquí—una obra que, en el fondo, se origina de la misma fuente y tiene ocasión de manifestarse en el mismo mal, sino la donación de vida de un modo evidentemente divino. Como el Padre levanta a los muertos y los vivifica, así el Hijo *da vida a quien Él quiere*. Aquí tenemos la primera prueba de Sus derechos divinos. Él da vida, y la da a quien quiere. Pero, siendo encarnado, puede ser deshonrado personalmente, rechazado y menospreciado por los hombres. Por consiguiente, todo juicio le es encomendado, y el Padre no juzga a nadie para que todos, hasta aquellos que rechazaron al Hijo, le honren como honran al Padre al cual reconocen como Dios. Si rehúsan honrarle cuando Él actúa en gracia, estarán obligados a honrarle cuando actúe en juicio. En la vida, tenemos comunión por el Espíritu Santo con el Padre y con el Hijo—y el vivificar o dar vida es la obra tanto del Padre como del

JUAN 5

Hijo. Pero en el juicio, los incrédulos tendrán que vérselas con el Hijo del Hombre, al cual rechazaron. Las dos cosas son bastante diferentes. Aquel a quien Cristo vivifique, no tendrá que honrarle pasando por el juicio. Jesús no llamará a juicio a nadie que Él haya salvado dándole vida.

¿Cómo podemos saber, entonces, a cuál de estas dos clases pertenecemos nosotros? El Señor—¡loado sea Su nombre!—contesta que el que oye Su palabra y cree en Aquel que le envió—que cree en el Padre por escuchar a Cristo—tiene vida eterna—tal es el poder vivificador de Su Palabra—y no vendrá a juicio. Ha pasado de muerte a vida. ¡Sencillo y maravilloso testimonio¹! El juicio glorificará al Señor en el caso de aquellos que le han rechazado aquí. La posesión de vida eterna, para que no vengan a juicio, es la porción de aquellos que *creen*.

El Señor señala dos períodos distintos, en los que el poder que el Padre le encomendó como descendido sobre la tierra tiene que ejercerse. Se acercaba la hora—ya se había acercado—en que los muertos oirían la voz del Hijo de Dios, y aquellos que la oyeran vivirían. Ésta es la comunicación de vida espiritual al hombre muerto por el pecado, por medio de Jesús el Hijo de Dios, y por medio de la Palabra que debería oír. Pues el Padre ha dado al Hijo, a Jesús manifestado sobre la tierra, el tener vida en Sí mismo (comparar 1 Juan 1:1-2). También le ha dado autoridad para ejecutar juicio, porque Él es el Hijo del Hombre. Porque el reino y el juicio, conforme a los consejos de Dios, pertenecen a Él como Hijo del Hombre en ese carácter en el que fue menospreciado y rechazado cuando vino en gracia.

1. Obsérvese lo lleno de sentido que es el significado de esto. Si ellos no vienen a juicio para que su estado sea dilucidado, es porque antes se les ha mostrado que están totalmente muertos en el pecado. La gracia en Cristo no contempla un estado incierto que el juicio revelará. Esta gracia da vida ahora y resguarda del juicio después. Pero mientras Él juzga como Hijo del Hombre conforme a los hechos cometidos en el cuerpo, nos muestra, para empezar, que todos estábamos muertos en delitos y pecados.

JUAN 5

Este pasaje nos muestra también que, aunque Él era el Hijo eterno, uno con el Padre, es siempre contemplado como manifestado aquí en la carne, y, por lo tanto, recibiendo todo del Padre. Es así como le hemos visto en el pozo de Samaria—el Dios que daba, pero Aquel que pidió de beber a la pobre mujer.

Jesús, entonces, vivificaba a las almas. Y todavía lo hace. No tenían que asombrarse por ello. Una obra más asombrosa a los ojos de los hombres estaba por cumplirse. Todos aquellos que estaban en las tumbas, saldrían de ellas. Éste es el segundo período del que Él habla. En el primero, Él da vida a las almas; en el segundo, resucita los cuerpos de la muerte. El primero ha durado todo el ministerio de Jesús, 1.800 años desde Su muerte¹; el segundo no ha sucedido todavía, pero durante su continuación dos cosas tendrán lugar. Habrá una resurrección de aquellos que hicieron lo bueno—una resurrección para vida, con la que el Señor completará Su obra de vivificar—y una resurrección de aquellos que hicieron lo malo, una resurrección para su juicio. Este juicio será en conformidad con la mente de Dios, y no conforme a ninguna voluntad separada y personal de Cristo. Hasta entonces, es el poder soberano, y por lo que respecta a la vida, la gracia soberana. Él da vida a quien quiere. Lo que se deriva es la responsabilidad del hombre con referencia a la obtención de vida eterna. Estaba en Jesús, y no querían venir a Él para poseerla.

El Señor sigue señalándoles cuatro testimonios rendidos a Su gloria y a Su Persona, los cuales les dejaban sin excusa: Juan, Sus propias obras, Su Padre y las Escrituras. No obstante, mientras que pretendían recibir estas últimas, como hallando en ellas vida eterna, no querían venir a Él para tener esta vida. ¡Pobres judíos! El Hijo vino en nombre del Padre y no le querían recibir. Vendría otro en

1. Aquí el autor escribe en la época en que él vivió, en el siglo XIX [N. del T.].

JUAN 6

su propio nombre, y a éste sí recibirían. Esto es lo que mejor se adapta al corazón del hombre. Buscaban entre ellos el propio honor, ¿cómo podían creer así? Recordemos esto. Dios no se adapta al orgullo humano—no modela la verdad para hacerla abstracta. Jesús conocía a los judíos. No significa que los acusaría delante del Padre: Moisés, en quien ellos confiaban, lo haría, pues si hubieran creído a Moisés habrían creído a Cristo. Pero si no conferían ningún crédito a los escritos de Moisés, ¿cómo creerían las palabras de un Salvador rechazado?

Como resultado, el Hijo de Dios da vida, y ejecuta juicio. En el juicio que Él ejecuta, el testimonio que ha sido rendido a Su Persona dejará al hombre sin excusa sobre la base de su propia responsabilidad. En el capítulo 5, Jesús es el Hijo de Dios, quien, junto al Padre, da vida, y como Hijo del Hombre juzga. En el siguiente capítulo, Él es el objeto de la fe, como descendido del cielo y en la muerte. Indica precisamente Su ascensión al cielo como Hijo del Hombre.

CAPÍTULO 6

En este capítulo vemos al Señor descendido del cielo, humillado y llevado a la muerte, no ahora como Hijo de Dios, uno con el Padre, la fuente de vida, sino como Aquel que, aunque era Jehová y al mismo tiempo el Profeta y el Rey, tomaba el lugar de Víctima y el de Sacerdote en el cielo. En Su encarnación, es el pan de vida; y en Su muerte, el verdadero alimento de los creyentes. Ascendido nuevamente al cielo, es el vivo objeto de la fe de ellos. Él observa solamente este último aspecto. La doctrina del capítulo es aquella que antecede a esta fe. No es el poder divino el que vivifica, sino el Hijo del Hombre venido en la carne, el objeto de la fe, y de este modo el medio de vida. Y, aunque quede claro por el llamamiento de la gracia, no se trata de la intervención divina de dar vida a quien Él quiere, sino nuestra fe al sujetarnos a Él. En las dos Él actúa indepen-

JUAN 6

dientemente de los límites del judaísmo. Él da vida a quien quiere, y viene a dar vida al mundo.

Fue en ocasión de la Pascua, un tipo que el Señor tenía que cumplir por la muerte de que habló. Todos estos capítulos presentan al Señor y la verdad que le revela en contraste con el judaísmo, el cual Él dejó de lado. El capítulo 5 habla de la impotencia de la ley y sus ordenanzas. Aquí, son las bendiciones prometidas por el Señor a los judíos sobre la tierra (Salmo 132:15); y los caracteres de Profeta y Rey cumplidos por el Mesías sobre la tierra en relación con los judíos son los que contrastan con la nueva posición y doctrina de Jesús. Aquello de que hablo ahora aquí caracteriza a cada asunto distinto en este evangelio.

Ante todo, Jesús bendice al pueblo conforme a la promesa de lo que Jehová haría, dada a ellos en el Salmo 132. Sobre esta promesa, el pueblo reconoce en Él «aquel Profeta», y desean hacerle su Rey a la fuerza. Pero Él lo declina—no podía tomar este título de manera carnal. Jesús los deja, y sube solo a un monte. Esto era, en figura, Su posición como Sacerdote en lo alto. Éstos son los rasgos del Mesías con respecto a Israel, pero el último se aplica de manera plena y especial a los santos también ahora que caminan sobre la tierra, quienes continúan en este sentido en la posición del remanente. Los discípulos entran en una barca, y, sin Él, son zarandeados por las olas. Se acercan tinieblas—lo que le sucederá al remanente aquí—y Jesús se halla lejos. No obstante, Él se une a ellos, y le reciben con alegría. Inmediatamente, la barca llega al lugar donde se dirigían. Una figura sorprendente del remanente sobre la tierra durante la ausencia de Cristo, y de cada deseo suyo satisfecho plena e inmediatamente cuando Él se una con ellos. Será la bendición total y el reposo¹.

1. La aplicación directa de esto es para el remanente. Pero luego, como se insinúa en el texto acerca de nuestra senda sobre la tierra, somos, por así decirlo, la continuación de aquel remanente, y Cristo está en lo alto para nosotros mientras nos hallamos en las olas de abajo. La subsiguiente parte

JUAN 6

Habiéndonos mostrado esta parte del capítulo al Señor como el Profeta, y rehusado ser reconocido como Rey, así como aquello que tendrá lugar cuando Él regrese al remanente sobre la tierra—el marco histórico de lo que Él fue y será—el resto del capítulo nos ofrece aquello que Él es entretanto a la fe, Su verdadero carácter, el propósito de Dios al enviarle, fuera de Israel, y relacionado con la soberana gracia. La gente le busca. La obra verdadera, la cual Dios reconoce, es la de creer en Aquel que ha enviado. Esto es aquella carne que permanece para vida eterna, dada por el Hijo del Hombre—es en este carácter que hallamos a Jesús aquí, como en el capítulo 5 era el Hijo de Dios—pues Él es Aquel a quien Dios el Padre ha sellado. Jesús tomó Su lugar de Hijo del Hombre en humillación aquí abajo. Fue para ser bautizado por Juan el Bautista; y allí, en este carácter, el Padre le selló, descendiendo sobre Él el Espíritu Santo.

La multitud le pidió una prueba como el maná. Él mismo era la prueba, el verdadero maná. Moisés no ofreció el verdadero pan de vida celestial. Sus padres murieron en el mismo desierto en donde comieron el maná. Ahora el Padre les daba el verdadero pan del cielo. Aquí no es el Hijo de Dios quien da, y quien es el soberano Dador de vida para aquel que Él quiere. Es el objeto presentado a la fe, del cual debe sacarse el alimento. La vida se halla en Él. Aquel que le come, vivirá por Él, y jamás tendrá hambre. Pero la multitud no creía en Él. De hecho, la masa de Israel, como tal, no era el problema. Aquellos que el Padre le dio debían acudir a Él. Aquí era Él el sujeto pasivo, por decirlo así, de la fe. No es cuestión de a quién dará Él vida, sino la de recibir a aquellos que el Padre le traía. Por lo tanto, sea quien fuera el que venía a Él, no le echaba de su presencia: el enemigo, el burlador, el gentil, no vendrían si el Padre no los

del capítulo, del pan de vida, es propiamente para nosotros. El mundo, no Israel, es tenido en consideración. Aunque Cristo es ciertamente Aarón dentro del velo para Israel, mientras se halla allí los santos tienen propiamente su carácter celestial.

JUAN 6

enviaba. El Mesías estaba allí para hacer la voluntad de Su Padre, y quienquiera que fuera traído por el Padre, Él le recibía para vida eterna (comparar cap. 5:21). La voluntad del Padre tenía estos dos caracteres. De todos los que el Padre le diera, Él no perdería ninguno. ¡Preciosa seguridad! El Señor salva ciertamente hasta el final a aquellos a quienes el Padre le ha dado; y entonces todo aquel que viera al Hijo y creyera en Él, tendría la vida eterna. Éste es el evangelio para cada alma, como lo es el otro la seguridad infalible de la salvación de cada creyente.

El asunto de la esperanza no era en este momento la consumación sobre la tierra de las promesas hechas a los judíos, sino el ser resucitados de entre los muertos, teniendo parte en la vida eterna—en resurrección el último día de la época de la ley, en la que ellos vivían. Él no coronó la dispensación de la ley, pues tenía que introducir una nueva dispensación, y con ella la resurrección. Los judíos¹ murmuran acerca de que Él dijo haber descendido del cielo. Jesús les contesta testificándoles que su dificultad era fácil de comprender. Nadie vendría a Él excepto si el Padre le traía. Era la gracia la que produjo este efecto; si eran ellos o no judíos, no quería decir nada. Era una cuestión de la vida eterna, de ser resucitados de entre los muertos por Él, no la de cumplir las promesas como Mesías, sino la de introducir la vida de un mundo mucho más diferente para ser gozado por la fe—habiendo conducido la gracia del Padre esa alma para que hallase esta vida en Jesús. Asimismo, los profetas dijeron que todos ellos serían enseñados por Dios. Cada uno, por tanto, que aprendía del Padre, venía a Él. Nadie había visto al Padre excepto Aquel que era Dios—Jesús. Él había visto al Padre. Aquel que creía en Él estaba ya en posesión de la

1. En Juan, los judíos son siempre distinguidos de la multitud. Ellos son los habitantes de Jerusalén y Judea. Quizás se entendería más fácilmente este evangelio si las palabras estuvieran traducidas de esta manera: «aquellos de Judea», las cuales dan el verdadero sentido.

JUAN 6

vida eterna, pues Él era el pan descendido del cielo, del cual un hombre podía comer para no morir.

Esto no fue solamente por la encarnación, sino por la muerte de Aquel que descendió del cielo. Él iba a dar esta vida; Su sangre sería tomada del cuerpo que Él asumió. Ellos comerían Su carne y beberían Su sangre. La muerte iba a ser la vida del creyente. Y de hecho, es en un Salvador muerto que vemos el pecado quitado, el cual Él llevó por nosotros, y la muerte por nosotros es muerte a la naturaleza de pecado en que residía nuestro mal y nuestra separación de Dios. Allí Él puso fin al pecado—Aquel que no lo conoció. La muerte, introducida por el pecado, quita todo pecado ligado a la vida, y éste halla su final en esa muerte. No es que Cristo tuviera ningún pecado en Su Persona, sino que Él lo tomó, fue hecho pecado en la cruz por nosotros. Y aquel que está muerto es justificado del pecado. Por tanto, yo me alimento de la muerte de Cristo. La muerte es mía; se me ha convertido en vida. Ésta me separa del pecado, de la muerte, y Él dio Su carne para la vida del mundo; y yo soy liberado de ellos. Me alimento de la gracia infinita que hay en Él, el cual ha cumplido todo esto. La expiación es completa, y yo vivo, muerto felizmente para todo lo que me separaba de Dios. Es la muerte cumplida en Él, de la cual me alimento, pues es *para* mí, y entro además en ella por la fe. Él necesitaba vivir como Hombre a fin de poder morir, y dio Su vida. Así, Su muerte es eficaz; Su amor, infinito; la expiación, total, absoluta, perfecta. Aquello que había entre Dios y yo no existe ya, pues Cristo murió y todo fue quitado con Su vida aquí en la tierra—la vida tal como Él la poseía antes de expirar en la cruz. La muerte no podía retenerle. Para realizar esta obra, necesitaba poseer un poder de vida divina que la muerte no pudiera tocar. Pero ésta no es la verdad que se enseña expresamente en el capítulo que tenemos ante nosotros, aunque esté implícita en él.

Al hablar a la multitud, el Señor, al tiempo que los reprendía por su incredulidad, se presenta venido en la carne

JUAN 6

como el objeto de su fe en ese momento (vers. 32-35). Para los judíos, al serles descubierta esta doctrina, les repite que Él es el pan de vida descendido del cielo, del que si algún hombre come, vivirá para siempre. Pero les hace entender además que no podían detenerse ahí—ellos tenían que recibir Su muerte. Él no dice aquí «El que *me* come», sino que era el comer Su carne o beber Su sangre lo que permitía penetrar en el pensamiento—en la realidad—de Su muerte. Habían de recibir a un Mesías muerto, no vivo, muerto para los hombres y muerto ante Dios. Él no existe ahora como un Cristo muerto, pero tenemos que reconocer Su muerte y alimentarnos de ella, identificarnos con ella delante de Dios, participando de ella por la fe, o no tenemos vida en nosotros¹.

Así fue para el mundo. Así debían vivir, no por su propia vida, sino por Cristo, alimentándose de Él. Aquí vuelve sobre Su propia Persona, después de haber afianzado la fe en

1. Esta verdad es de trascendental importancia con respecto a la pregunta sacramental. Los sacramentos son afirmados por la escuela *puseyita* como la continuación de la encarnación. Esto es un error en todos los sentidos, y, en verdad, una negación de la fe. Ambos sacramentos significan muerte. Somos bautizados a la muerte de Cristo; y la Cena del Señor es declaradamente emblemática de Su muerte. Digo «negación de la fe», porque como muestra el Señor, si ellos no comían Su carne y bebían Su sangre, no tenían vida en ellos. Como encarnado, Cristo está solo. Su presencia en la carne sobre la tierra demostró que Dios y el hombre pecador no podían ser unidos. Su presencia como Hombre en el mundo resultó en Su rechazo—lo cual demostró la imposibilidad de unión o fruto sobre esa base. Debía introducirse la redención, verse Su sangre, levantarse Él de la tierra, y de esta manera acercar a los hombres a Él. La muerte debía producirse, o Él habitaría solo. No podían comer el pan a menos que comieran la carne y bebieran la sangre. Una ofrenda de paz sin una ofrenda de sangre, no valía nada, como tampoco una ofrenda del tipo de Caín. Además, la Cena del Señor presenta a un Cristo muerto, y sólo eso—la sangre separada del cuerpo. Un Cristo así ya no existe; y por lo tanto la transubstanciación y consubstanciación, y semejantes pensamientos son una fábula engañosa. Estamos unidos a un Cristo glorificado por el Espíritu Santo; y celebramos esa muerte tan preciosa sobre la cual se fundamenta toda nuestra bendición, a través de la cual llegamos a ella. Lo hacemos en memoria de Él, y en nuestros corazones nos alimentamos de Él, que se dio derramando Su sangre.

JUAN 6

Su muerte. Ellos debían permanecer en Él (vers. 56) ante Dios conforme a la aceptación que tuvo Él delante de Dios, y según toda la eficacia de Su obra al morir¹. Y Cristo debía permanecer en ellos conforme al poder y a la gracia de esa vida por la que Él obtuvo la victoria sobre la muerte, y en la que ahora vive. El Padre de vida le había enviado, y vivía, no por medio de una vida independiente, desgajada del Padre como objeto de su origen, sino por razón del Padre, así que aquel que le comía viviría por razón de Él².

Acto seguido, en respuesta a las murmuraciones de aquellos sobre esta verdad fundamental, el Señor apela a Su ascensión. Él descendió del cielo—ésta era Su doctrina—y ascendería allí otra vez. La carne no aprovechaba para nada. Era el Espíritu el que daba vida, al hacer comprender en el alma la poderosa verdad de aquello que Cristo era, y de Su muerte. Pero Él vuelve sobre aquello que ya les había contado antes: para venir a Aquel así revelado en verdad debían ser conducidos por el Padre. Existe tal cosa como la fe que a veces es quizás ignorante, aunque por gracia es real. Así era la de los discípulos. Sabían que Él, y sólo Él, tenía palabras de vida eterna. No se trataba de que fuera sólo el Mesías, lo cual ellos creían firmemente, sino que Sus palabras hubieran penetrado en sus corazones con el poder de la vida divina que aquéllas revelaban, y por medio de la gracia transmitida. Así, le reconocieron como el Hijo de Dios, no sólo de manera oficial, sino conforme al poder de la vida divina. Él era el Hijo del Dios vivo. Pero había uno entre ellos que era del diablo.

La doctrina de este capítulo es, por lo tanto, la de Jesús

1. La permanencia implica constancia en la dependencia, confianza, y vivir por la vida en la que Cristo vive. «Permanencia» y «morada», aunque pueda cambiar la palabra en inglés, son las mismas en el original; lo mismo ocurre en el capítulo 15 y en otras partes.

2. Irá bien remarcar aquí que en este pasaje, en los versículos 51 y 53, «comer» es conjugado en tiempo *aorista*—(cualquiera que lo ha comido así). En los versículos 54, 56 y 57, es el presente—una acción presente continua.

JUAN 7

descendido a la tierra, llevado a la muerte, y ascendido de nuevo al cielo. Como descendido y llevado a la muerte, Él es la comida de la fe durante Su ausencia en lo alto. Pues es en Su muerte que debemos alimentarnos, a fin de permanecer espiritualmente en Él, y Él en nosotros.

CAPÍTULO 7

Sus hermanos según la carne, todavía sumidos en la incredulidad, hubieran querido que Él se mostrase al mundo si hacía estas grandes cosas. Pero el tiempo para ello aún no había llegado. En el cumplimiento del tipo de la fiesta de los tabernáculos, Él lo hará. La Pascua tenía su antitipo en la cruz, y Pentecostés en el descenso del Espíritu Santo. La fiesta de los tabernáculos, hasta ahora, no ha tenido cumplimiento. Era celebrada después de la siega y la vendimia; e Israel conmemoraba ceremoniosamente en la tierra su peregrinación antes de entrar en el reposo que Dios les daba en Canaán. Así será el cumplimiento de este tipo cuando, tras la ejecución del juicio—ya sea al separar a los impíos de los justos, o simplemente al mostrarse en venganza¹, Israel, restaurado en su tierra, tomará posesión de todas sus prometidas bendiciones. En aquel momento Jesús se manifestará al mundo, pero en el momento del que estamos hablando, Su hora no había llegado aún. Entretanto, habiéndose ido (vers. 33-34), Él da el Espíritu Santo a los creyentes (vers. 38-39).

Observemos aquí que no se introduce ningún Pentecostés. Pasamos de la Pascua en el capítulo 6 a los tabernáculos en el capítulo 7, en lugar de lo cual los creyentes recibirían el Espíritu Santo. Como he señalado, este evangelio trata de una Persona divina sobre la tierra, no del

1. La siega es un juicio discriminador, porque hay trigo y cizaña. El lagar es el juicio destructivo de la venganza. En el primero, habrá dos en una cama, uno dejado y el otro dejado, pero el lagar se trata de la simple ira, como Isaías 63. Lo mismo en Apocalipsis 14.

JUAN 7

Hombre en el cielo. Se habla de la venida del Espíritu Santo como siendo sustituida por el último u octavo día de la fiesta de los tabernáculos. Pentecostés representa a Jesús en lo alto.

Si Dios creó un sentido de necesidad en el alma, en el momento en que está hablando presenta al Espíritu Santo de tal modo que le convierte en la esperanza de la fe. Si alguien tenía sed, podía acudir a Jesús y beber. No sólo se apagaría la sed, sino que del interior del alma manarían arroyos de agua viva. Así que al venir a Él por la fe para satisfacer la necesidad de su alma, no sólo sería el Espíritu Santo un pozo de agua viva manando para vida eterna en ellos, sino que también esta agua fluiría en abundancia de ellos para refrescar a todos los sedientos. Israel bebió agua en el desierto antes de que pudieran observar la fiesta de los tabernáculos. Pero solamente bebieron. No había ningún pozo en ellos. El agua manó de la roca. Bajo la gracia, cada creyente no es por supuesto una fuente en sí mismo, pero toda la corriente mana de él. Esto sucedió sólo cuando Jesús fue glorificado, y en aquellos que eran *ya creyentes* previamente al recibimiento del Espíritu. De lo que se habla aquí no es de una obra que vivifica. Es de un don para aquellos que creen. Además, en la fiesta de los tabernáculos Jesús se mostrará al mundo; pero éste no es el asunto del que es testimonio especial el Espíritu Santo así recibido. Éste es ofrecido en relación con la gloria de Jesús, mientras queda oculto del mundo. Fue también en el octavo día de la fiesta, la señal de una porción que trascendía al reposo sabático de este mundo, y la cual inauguró un nuevo período—una escena nueva de gloria.

Aunque sea presentado el Espíritu Santo aquí como poder que actúa en bendición fuera de aquel en quien habita, Su presencia en el creyente es el fruto de una sed personal de necesidad que se siente en el alma—necesidad por la cual el creyente ha buscado una respuesta en Cristo. El que tiene sed, la tiene por sí mismo. El Espíritu en nosotros, re-

JUAN 8

velándonos a Cristo, viene a ser un río cuando habita en nosotros después de que creemos, y así *para* los demás.

El espíritu de los judíos fue dejado claramente en evidencia. Intentaron matar al Señor, y Él les dice que Su relación con ellos sobre la tierra pronto terminaría (vers. 33). No hacía falta que se apresuraran para deshacerse de Él, pues rápidamente le buscarían y no le hallarían. Él marchaba al Padre.

Vemos claramente la diferencia aquí entre la multitud y los judíos—dos grupos siempre distintos entre ellos en este evangelio. La multitud no comprendía por qué hablaba Él del deseo que tenían de matarle. Aquellos de Judea quedaron perplejos de Su franqueza, sabiendo que en Jerusalén se estaba conspirando contra Su vida. Su momento no había llegado todavía. Entonces enviaron oficiales para prenderle, los cuales vuelven sorprendidos por Su discurso, y sin haberle puesto las manos encima. Los fariseos se enfurecen, expresando su desprecio por el pueblo. Luego Nicodemo se aventuró a decir una palabra de justicia de acuerdo a la ley, y se gana este menosprecio. Pero cada cual se marchó a sus hogares. Jesús, quien no tenía hogar hasta que regresase al cielo, se va al monte de los Olivos, lugar testigo de Su agonía, Su ascensión y Su regreso—un lugar que frecuentaba habitualmente estando en Jerusalén, en el tiempo de Su ministerio sobre la tierra.

CAPÍTULO 8

El contraste de este capítulo con el judaísmo, y con sus mejores esperanzas en el futuro que Dios ha preparado para Su pueblo, es demasiado evidente como para detenernos a considerarlo. Este evangelio revela en todas sus páginas a Jesús fuera de todo lo que pertenecía a este sistema terrenal. En el capítulo 6, es la muerte en la cruz. Aquí es la gloria en el cielo, siendo rechazados los judíos, y el Espíritu Santo es dado al creyente. En el capítulo 5, Él da vida

como Hijo de Dios; en el sexto, Él es el Hijo, pero no dando vida y juzgando como Hijo del Hombre, sino descendido del cielo en humillación, el verdadero pan del cielo que el Padre dio. Pero en aquel Manso, ellos debían contemplar al Hijo para vivir. Luego, así venido, y habiendo tomado la forma de un siervo, hallado de esta manera como Hombre, Él se humilla y sufre en la cruz como Hijo del Hombre. Cuando Él es glorificado En el capítulo 7, envía al Espíritu Santo. El capítulo 5 revela Sus títulos de gloria personal; los capítulos 6-7 Su obra y el ofrecimiento del Espíritu a los creyentes, como consecuencia de Su actual gloria en el cielo¹, la cual es respondida sobre la tierra por la presencia del Espíritu Santo. En los capítulos 8-9² hallaremos Su testimonio y Sus obras rechazados, y la cuestión decisiva entre Él y los judíos. Se observará también que los capítulos 5-6 tratan de la vida. En el quinto, esta vida es dada soberanamente por Aquel que la posee; en el capítulo 6, el alma, recibiendo y ocupándose de Jesús por la fe, halla la vida y se alimenta de Él por la gracia del Padre: dos cosas distintas en naturaleza—Dios da; el hombre, por gracia, se alimenta de ello. Por otra parte, en el capítulo 7 vemos a Cristo que va a Aquel que le envió, y entretanto el Espíritu Santo, que despliega la gloria a la cual Él ha ido, está en nosotros y por nosotros en su carácter celestial. En el capítulo quinto, Cristo es el Hijo de Dios que vivifica con un abstracto poder divino y voluntad, y nos lo presenta que solamente juzga, como Hijo del Hombre. En el capítulo 6, el Hijo, descendido del cielo, es el objeto de la fe en Su humillación, luego el Hijo del Hombre, que muere y regresa de nuevo. En el séptimo, no revelado aún al mundo. En su lugar es ofrecido el

1. Esta gloria, no obstante, es sólo supuesta, no enseñada. En la fiesta de los tabernáculos no puede estar presente, pues se trata del reposo de Israel, ni puede manifestarse a Sí mismo, como lo hará entonces al mundo, sino que en su lugar da al Espíritu Santo. Esto sabemos que supone Su actual posición, a la que nos hemos referido justamente en el capítulo 6.

2. La doctrina del capítulo 9 continúa hasta el versículo 30 del capítulo 10.

JUAN 8

Espíritu Santo cuando Él es glorificado en el cielo como Hijo del Hombre, cuando contemplamos Su marcha allá.

En este capítulo 8, como dijimos, la palabra de Jesús es rechazada; y en el noveno, Sus obras. Las glorias personales del capítulo 1 son reproducidas y desarrolladas en todos estos capítulos por separado—omitiendo de momento todos los pasajes desde el versículo 36 al 51 de dicho capítulo. Hallamos otra vez los versículos 14-34 en los capítulos 5, 6 y 7. El Espíritu Santo vuelve ahora al asunto de los primeros versículos en el capítulo. Cristo es el Verbo; Él es la vida, y la vida que es la luz de los hombres. Los tres capítulos que acabo de señalar hablan de aquello que Él es en gracia para los hombres, al tiempo que declaran Su derecho a juzgar. El Espíritu aquí (en el capítulo 8) nos pone delante aquello que Él es en Sí mismo, y aquello que Él es a los hombres—sometiéndolos así a prueba, de modo que al rechazarle se rechazan ellos mismos, y se manifiestan reprobados.

Consideremos ahora nuestro capítulo. El contraste con el judaísmo es evidente. Traen a una mujer cuya culpa es innegable. Los judíos, en su malignidad, la llevan delante del Señor con la esperanza de poder confundirle. Si Él la condenaba, no era un Salvador—la ley también sabía condenarla. Si la dejaba ir, menospreciaba y subestimaba la ley. Esto era inteligente, pero ¿de qué sirve la inteligencia en la presencia de Dios, el cual juzga los corazones? El Señor permite que ellos mismos se comprometan al no responderles de momento. Probablemente pensaron que cayó en la trampa. Finalmente les dice «el que esté de entre vosotros sin pecado, que tire la primera piedra.» Descubiertos por su conciencia, desprovista de honor y de fe, se marchan ensimismados de la escena de su confusión, separándose entre sí, y cada cual ocupado de sí mismo, del carácter, no de la conciencia, y se marchan de Aquel que los había desenmascarado y quien tenía la mejor reputación para salvar. ¡Qué dolorosa escena! ¡Qué palabra más potente! Jesús y la mu-

JUAN 8

jer son dejados juntos la una con el otro. ¿Quién puede permanecer sin culpa en Su presencia? Con respecto a la mujer, cuya culpa era conocida, Él no traspasa la posición judía, excepto para guardar los derechos de Su propia Persona en gracia.

Esto no es lo mismo que en Lucas 7, el perdón plenario y la salvación. Los demás no podían condenarla—y Él no lo haría. Dejó que se fuera y que no pecara más. No es la gracia de la salvación la cual el Señor exhibe aquí. Él no juzga, no había venido para ello; pero la eficacia del perdón no es el sujeto de estos capítulos—es la gloria aquí de Su Persona, en contraste con todo lo que es de la ley. Él es la luz, y por el poder de Su Palabra, Él entró como luz en la conciencia de aquellos que habían traído a la mujer.

Porque la Palabra era luz. Viniendo al mundo, Él era (cap. 1:4-10) la luz. Ahora bien, era la luz que era la luz de los hombres. No era una ley que hacía demandas y condenaba; o esa vida prometida sobre la obediencia de sus preceptos. Era la vida misma que estaba allí en Su Persona, y aquella luz era la luz de los hombres, convenciéndolos, y, quizá, juzgándolos; pero lo hacía como luz. Así, Jesús dice aquí—en contraste con la ley, introducida por aquellos que no podían permanecer ante la luz—«Yo soy la luz del mundo» (no lo dice meramente a los judíos). En este evangelio tenemos lo que Cristo es esencialmente en Su Persona, ya sea como Dios, el Hijo venido del Padre, o el Hijo del Hombre—no lo que Dios era en los tratos especiales con los judíos. De ahí, Él era el objeto de la fe en Su Persona, no en los tratos dispensacionales. Quienes fueran que le seguían, tendrían la luz de la vida. Pero era en Él, en Su Persona, que ésta era hallada. Y Él podía dar testimonio de Sí mismo, porque, aunque era un Hombre en este mundo, sabía de dónde venía y a dónde iba. Era el Hijo, quien vino del Padre y volvía nuevamente a Él. Lo sabía y era consciente de ello. Su testimonio, por lo tanto, no era el de una persona interesada que despertase dudas

JUAN 8

para creer en ella. Como prueba de que este Hombre era Aquel quien Él decía ser, había su propio testimonio del Hijo, y el testimonio del Padre. Si le hubieran conocido, habrían conocido al Padre.

A pesar de un testimonio como éste, nadie puso las manos sobre Él. Su hora no había venido. Sólo era cuestión de esperar, pues la oposición de ellos hacia Dios era cierta y conocida por Él. Esta barrera se manifestó claramente (vers. 19-24); por consiguiente, si ellos no creían, morirían en sus pecados. Sin embargo, Él les cuenta que conocerían quién era Él cuando hubiera sido rechazado y levantado en la cruz, habiendo tomado una posición muy diferente como el Salvador, rechazado por el pueblo y desconocido por el mundo, y cuando ya no fuera presentado a ellos como tal, sabrían que Él era verdaderamente el Mesías, el Hijo que les hablaba de parte del Padre. Mientras hablaba estas palabras, muchos creyeron en Él. Les declaró el resultado de la fe, lo cual permitió que la verdadera posición de los judíos fuera manifestada con terrible precisión. Les declaró que la verdad les haría libres, y que si el Hijo—quien es la verdad—les hacía libres, lo serían realmente. La verdad libera ante Dios desde el punto de vista moral. El Hijo, en virtud de los derechos que eran innegablemente Suyos, y por herencia de la casa, los alojaría en ella conforme a estos derechos en el poder de la vida divina descendida del cielo—el Hijo de Dios con poder como lo declaró la resurrección. De esto constaba la verdadera liberación.

Resentidos por la idea de la esclavitud, la cual su orgullo no podía soportar, se declaran ser libres y no haber sido nunca esclavos de nadie. Como contestación, el Señor muestra que aquellos que cometen pecado son los siervos—esclavos—del pecado. Ahora bien, al estar bajo la ley y al ser judíos, ellos eran siervos de la casa, y serían despedidos de ella. Pero el Hijo tenía derechos inalienables. Él era de la casa y moraría en ella para siempre. Bajo el pecado, y bajo la ley, contaba lo mismo para un hijo de Adán; éste era

JUAN 8

un sirviente. El apóstol muestra esto en Romanos 6 (comp. caps. 7-8) y en Gálatas 4-5. Además, delante de Dios ellos ni eran en verdad ni moralmente los hijos de Abraham, aunque sí lo fueran según la carne, pues intentaron matar a Jesús. No eran los hijos de Dios, de lo contrario habrían amado a Jesús, quien venía de Dios. Eran los hijos del diablo que hacían sus obras.

Comprender el significado de la Palabra es la manera de entender la fuerza de las palabras. Uno no aprende la definición de las palabras y después las cosas; uno aprende las cosas, y después el significado de las palabras se hace evidente.

Comienzan a resistirse al testimonio, conscientes de que Él se hacía más grande que todos aquellos de quienes habían aprendido. Arremeten contra Él a causa de Sus palabras; y por su oposición el Señor se ve obligado a explicarse más claramente; hasta que, habiendo declarado que Abraham se regocijaba de ver Su día, aplicando esto los judíos a su edad como hombre, anuncia positivamente que Él es Dios—Aquel a quien ellos pretendían conocer como el que se había revelado en la zarza.

¡Maravillosa revelación! Un Hombre menospreciado y rechazado por los hombres, contradicho, maltratado, era no obstante Dios que estaba allí. ¡Qué hecho! ¡Qué cambio tan radical! ¡Qué revelación para aquellos que le reconocían, o que le conocían! ¡Qué condición la suya al rechazarle, y ello porque sus corazones se oponían a todo lo que Él era, pues nunca dejó de manifestarse a Sí mismo! ¡Qué pensamiento que Dios haya estado aquí! ¡La misma bondad! ¡Cómo desaparece todo delante de Él, la ley, el hombre, sus razonamientos! Todo depende necesariamente de este gran hecho. Y—¡bendito sea Su nombre!—este Dios es un Salvador. Tenemos una deuda con los sufrimientos de Cristo. Y démonos cuenta de que al poner a un lado las dispensaciones formales de Dios, es debido a la revelación que hace de Sí mismo, lo cual introduce una bendición infinitamente mayor.

JUAN 9

Aquí Él se presenta como el Testigo, el Verbo, el Verbo hecho carne, el Hijo de Dios, Dios mismo. En el relato al principio del capítulo, Él es un testimonio a la conciencia, el Verbo que escudriña y convence. En el versículo 18, Él da testimonio con el Padre. En el 26, declara en el mundo aquello que Él ha recibido del Padre, y como enseñado por Dios hablaba. Además, el Padre estaba con Él. En los versículos 32-33, la verdad es conocida por Su palabra, y la verdad los hacía libres. En el vers. 47, habló las palabras de Dios. En el versículo 58, era el Dios Jehová que los padres conocían quien habló.

La oposición surgió por ser la palabra de verdad (vers. 45). Los que se oponían eran del adversario. Éste era homicida desde el principio, y ellos querían ir en pos de él. Pero la verdad era la fuente de la vida, tanto como para caracterizar lo que el adversario era: que no permanece en la verdad y que no hay verdad en él. Él es el padre y la fuente de toda mentira, de modo que, si hablaba falsedad, ésta pertenecía al que la hablaba. El pecado era servidumbre, y ellos se hallaban bajo ésta por la ley. La Verdad, el Hijo, liberaba. Más allá de esto, los judíos eran enemigos, hijos del enemigo, y ellos harían sus obras sin creer las palabras de Cristo *porque* Él era la verdad. No hay ningún milagro aquí; es el poder del Verbo, y el Verbo de vida es Dios mismo rechazado por los hombres. Él está, como si dijéramos, obligado a hablar la verdad, a revelarse, oculto al instante y manifestado como era en la carne—oculto en cuanto a Su gloria, manifestado en cuando a todo lo que Él es en Su Persona y en Su gracia.

CAPÍTULO 9

Llegamos ahora al testimonio de las obras que Él hizo aquí como Hombre de mansedumbre. No es el Hijo de Dios dando vida a quien quiere como el Padre, sino por la operación de Su gracia aquí abajo, el ojo abierto para ver en el

JUAN 9

Hombre humilde el Hijo de Dios. En el capítulo precedente, se trata de aquello que Él es para con los hombres; en este capítulo, se trata de aquello que Él hacía en el hombre, para que éste pudiera verle. Así, le hallaremos presentándose en Su carácter humano, y—el Verbo siendo recibido—reconocido como el Hijo de Dios. Separado de esta manera el remanente, las ovejas son devueltas al buen Pastor. Él es la luz del mundo mientras se halle en él, pero donde es recibido por la gracia en Su humillación, Él comunica el poder para ver la luz, y para ver todas las cosas por este poder.

Cuando es el Verbo—la manifestación en testimonio de lo que Cristo es—el hombre se manifiesta tal como es, un hijo—en su naturaleza—del diablo, el cual es homicida y mentiroso desde el principio, enemigo inveterado de Aquel que puede decir «Yo soy.»¹ Pero cuando el Señor obra, produce algo en el hombre que antes no tenía. Le otorga vista, vinculándole así a Aquel que le capacitó para ver. El Señor no es aquí comprendido o manifestado aparentemente de un modo exaltado, porque Él desciende hasta las necesidades y circunstancias del hombre, a fin de que pueda ser conocido más de cerca por Aquél. Pero como resultado, Él trae el alma al conocimiento de Su gloriosa Persona. En lugar de ser el Verbo y el testimonio—el Verbo de Dios—para mostrar como luz lo que el hombre es, Él es el Hijo, uno con el Padre² dando la vida eterna a Sus ovejas y guardándolas en esta gracia para siempre. Porque en cuanto a la bendición que mana de allí, y toda la doctrina de Su verdadera posición con respecto a las ovejas que están en bendición, el capítulo 10 es correlativo con el precedente, la continuación del discurso comenzado al final del capítulo 9.

El capítulo noveno se abre con el caso de un hombre que hace una pregunta a los discípulos, en relación con el go-

1. El capítulo 8 es prácticamente el cap. 1:5. Sólo que contiene, además de ello, enemistad, hostilidad contra aquel que era la luz.

2. Esta distinción de la gracia y la responsabilidad—en relación con los nombres «Padre» e «Hijo», y «Dios»—ha sido ya considerada.

JUAN 9

bierno de Dios en Israel. ¿Fue el pecado de sus padres el que trajo esta visitación sobre su hijo, conforme a los principios que Dios les dio en Éxodo? ¿O era su propio pecado, conocido por Dios aunque no manifestado a los hombres, lo que le había procurado este juicio? El Señor contesta que la condición del hombre no dependía del gobierno de Dios con respecto al pecado suyo ni el de sus padres. Su caso no era sino la miseria que propició la poderosa operación de Dios en gracia. Es el contraste que hemos estado viendo todo el tiempo; pero aquí es a fin de poder presentar las obras de Dios.

Dios obra. No es sólo aquello que Él es, ni siquiera un objeto de fe. La presencia de Jesús sobre la tierra convertía a ésta *de día*. Era por tanto el momento de hacer las obras de Aquel que le envió. Pero el que obra aquí, lo hace por medios que nos enseñan la unión existente entre un objeto de fe y el poder de Dios, el cual obra. Forma arcilla con la saliva y la tierra, y la pone sobre los ojos del hombre que nació ciego. Como figura, esto señalaba a la humanidad de Cristo en su humillación terrenal y mansedumbre, presentada a los ojos de los hombres, pero con divina eficacia de vida en Él. ¿Quizás vieron ellos algo más? Si esto hubiera sido posible, sus ojos eran los que estaban más cerrados. El objeto todavía estaba allí; tocó los ojos de ellos, y ellos no podían verlo. El ciego entonces se lavó en el estanque llamado «enviado», y pudo ver claramente. El poder del Espíritu y del Verbo, dando a conocer a Cristo como Aquel enviado por el Padre, le da la vista. Es la historia de la enseñanza divina en el corazón del hombre. Cristo, como Hombre, nos toca. Antes somos absolutamente ciegos, sin ver nada. El Espíritu de Dios actúa, estando Cristo ante nuestros ojos; y luego vemos con claridad.

El pueblo queda maravillado y no sabe qué pensar. Los fariseos se oponen. De nuevo el sábado es el asunto de debate. Hallan—la historia de siempre—buenas razones para condenar a Aquel que devolvió la vista, en su fingido celo por la gloria de Dios. Una prueba positiva de que el

JUAN 9

hombre nació ciego era que ahora veía, que Jesús lo había hecho. Los padres testifican de lo único que por su parte merecía importancia. Respecto a quién fue el que le había devuelto la vista, otros sabían más que ellos; pero sus temores evidencian el acuerdo alcanzado de expulsar, no sólo a Jesús, sino a todos los que le confesarán. Los líderes judíos habían llevado la cuestión a un punto decisivo. No sólo rechazaron a Cristo, sino que expulsaron de los privilegios de Israel, en cuanto a su adoración ordinaria, a aquellos que le confesaban. Su hostilidad hacía distinguir al remanente manifiesto y los ponía aparte; y esto, empleando la confesión de Cristo como piedra de toque. Como resultado, ellos decidieron su propia suerte y juzgaron su condición.

Las pruebas aquí no sirvieron de nada. Los judíos, los padres, los fariseos, las tenían ante sus ojos. La fe se obtuvo a través de ser el sujeto personal de esta poderosa operación de Dios, quien abrió los ojos de los hombres a la gloria del Señor Jesús. No que el hombre lo comprendiera todo. Él percibió que estaba tratando con alguien enviado de Dios. Para él, Jesús era un profeta. Pero así el poder que Él manifestó al dar la vista a este hombre, le capacita para confiar en que la palabra del Señor es divina. Habiendo llegado hasta aquí, el resto es sencillo; el pobre hombre es llevado más lejos, y se halla en el terreno que le libera de todos sus anteriores prejuicios, y valora la Persona de Jesús, lo cual se sobrepone a toda otra consideración. El Señor desarrolla esto en el próximo capítulo.

En verdad, los judíos habían tomado ya la decisión. No querían tener que tratar con Jesús. Habían acordado todos echar a aquellos que creyeran en Él. En consecuencia, habiendo comenzado a razonar con ellos el pobre hombre sobre la prueba existente en su propia persona de la misión del Salvador, le expulsaron. Una vez echado, el Señor—rechazado antes que él—le encuentra y se le revela con Su nombre personal de gloria. «¿Crees en el Hijo de Dios?» El hombre le remite a la Palabra de Jesús, la cual para él era

JUAN 10

la verdad divina; Él se le anuncia como siendo el Hijo de Dios, y el hombre le adoró.

El efecto de Su poder era para cegar a aquellos que veían, engreídos de su propia sabiduría y con una luz que era tinieblas, y para dar vista a aquellos que nacieron ciegos.

CAPÍTULO 10

En este capítulo, Él se diferencia de todos aquellos que fingían, o habían fingido, ser los pastores de Israel. Se desarrollan tres puntos: Él entra por la puerta, Él es la puerta, y es además el Pastor de las ovejas—el buen Pastor.

Él entra por la puerta. Somete a todos las condiciones establecidas por Él para construir la casa. Cristo responde a todo lo escrito acerca del Mesías, y emprende la senda de la voluntad de Dios al presentarse al pueblo. No es la energía ni el poder humanos que encienden y atraen las pasiones de los hombres, sino el Hombre obediente que se subyugó a la voluntad de Jehová, mantenida por el humilde lugar de un siervo y vivida por cada palabra que salía de la boca de Dios, sometido mansamente en el lugar donde el juicio de Jehová había sometido a Israel. Todas las citas del Señor en Su conflicto con Satanás, son de Deuteronomio. Por consiguiente, Aquel que vela las ovejas, Jehová, actuando en Israel por Su Espíritu y providencia, y ordenando todas las cosas, da acceso a las ovejas a pesar de los fariseos y sacerdotes, y de tantos otros. Los escogidos de Israel oyen Su voz. Ahora bien, Israel estaba bajo condenación; por lo tanto, Él saca fuera las ovejas para ir delante de ellas. Abandona el antiguo redil, no falto de reproches, precediendo a Sus ovejas en obediencia conforme al poder de Dios—una certeza para cada uno que creía en Él, quien era la verdadera calzada, garantía indiscutible para seguirle, aun a riesgo de todo, enfrentándose por ellas a cada peligro al mostrarles el camino.

Las ovejas le siguen, pues ellas conocen Su voz. Hay otras

JUAN 10

voces, pero las ovejas no las conocen. Su seguridad no consiste en que no conozcan todas las voces, sino en que todas éstas no oyen la voz que es vida para ellas: la voz de Jesús. Todas las otras son voces de extraños.

Él es la puerta para las ovejas. Es su autoridad para salir, y su medio para entrar. Entrando, ellas son salvas. Entran y salen. No es ya el yugo de las ordenanzas, el cual, al guardarlas de los de fuera, las mete en prisión. Las ovejas de Cristo son libres: su seguridad está en el cuidado personal del Pastor; y en esta libertad se alimentan de los buenos y verdes pastos abastecidos por Su amor. En una palabra, ya no es el judaísmo, sino la salvación y la libertad, así como la comida. El ladrón viene para obtener provecho de las ovejas, matándolas. Cristo vino para que tuvieran vida, y vida en abundancia. Conforme al poder de esta vida en Jesús, el Hijo de Dios pronto poseería esta vida—cuyo poder estaba en Su Persona—en la resurrección después de la muerte.

El verdadero Pastor de Israel—cuando menos del remanente de Israel—es la puerta para autorizar la salida del redil judío y admitirlas en los privilegios de Dios, dándoles vida de acuerdo a la abundancia que Él era capaz de otorgar. Él también se hallaba en especial relación con las ovejas puestas así aparte, como buen Pastor que dio Su vida por ellas. Otros hubieran pensado en sí mismos, pero Él lo hizo en Sus ovejas. Las conocía, y ellas le conocían a Él, igual que el Padre le conocía y Él conocía al Padre. ¡Precioso principio! Sus ovejas podrían haber entendido que el Mesías sobre la tierra hubiese tenido un conocimiento y un interés terrenales respecto a ellas. Pero el Hijo, aunque entregó Su vida y estaba en el cielo, conoce bien a los Suyos, igual que el Padre le conocía cuando estaba sobre la tierra.

De esta manera, Él puso Su vida por las ovejas; y tenía otras ovejas que no eran de este redil, interviniendo Su muerte para la salvación de esas pobres gentiles. Él las

JUAN 10

iba a llamar. Había dado Su vida por los judíos también—por todas las ovejas como tales (vers. 11). Pero Él no dice ninguna diferencia de los gentiles hasta que habla de Su muerte. Él las traería también, y habría un rebaño¹ y un Pastor.

Esta doctrina enseña el rechazo de Israel, y el llamamiento a salir de los escogidos de entre ese pueblo presentando la muerte de Jesús como el efecto de Su amor por los Suyos; nos habla del conocimiento divino de Sus ovejas cuando Él se ausentará de ellas, así como del llamamiento de las gentiles. La importancia de una enseñanza así en ese momento es obvia, y, gracias sean dadas a Dios, no se ha perdido en el lapso de los tiempos, no está limitada a ningún un cambio de dispensación. Nos introduce dentro de las realidades sustanciales de la gracia relacionadas con la Persona de Cristo. La muerte de Cristo fue algo más que amor por Sus ovejas. Tenía un valor intrínseco a los ojos del Padre. «Así me ama mi Padre, porque pongo mi vida para volverla a tomar.» Él no menciona aquí a Sus ovejas—es el hecho mismo el cual satisface al Padre. *Nosotros* amamos porque Dios nos amó primero, pero Jesús, el Hijo divino, puede proveer razones para el amor del Padre. Al poner Su vida, Él le glorificó. La muerte fue aceptada como el justo castigo por el pecado, siendo a la vez acabados ésta y aquel que tenía su imperio², y se introdujo la vida eterna como el fruto de la redención—la vida de Dios. Aquí también los derechos de la Persona de Cristo son presentados. Nadie toma Su vida, sino que Él la da de Sí mismo. Él tenía este poder—que no poseía nadie más, siendo prerrogativa solamente de Aquel que tenía derecho divino para ponerla, y el poder para tomarla de nuevo. Sin embargo, incluso en esto, Él no se desvió de la senda de obediencia. Recibió este mandamiento de Su Padre. ¿Quién hubiera sido capaz de reali-

1. No «un redil». No hay ninguno ahora.

2. 2 Timoteo 1:10; Hebreos 2:14.

JUAN 10

zarlo sino Aquel que podía decir: «Destruid este templo y en tres días lo reedificaré»?¹

Luego se debate lo que había estado diciendo. Había algunos quienes sólo vieron en Él a un hombre, y empezaron a insultarle. Otros, movidos por el poder de los milagros que efectuó, sintieron que Sus palabras tenían un diferente tono del de la locura. Hasta cierto punto, sus conciencias fueron tocadas. Los *judíos* se apiñan alrededor y le preguntan cuánto tiempo más los tendría en suspense. Jesús responde que Él ya les explicó, y que Sus obras daban testimonio de Él. Apela a los dos testimonios que ya vimos en el capítulo anterior, esto es, Su Palabra y Sus obras. Pero añade que ellos no eran de Sus ovejas. Aprovecha entonces la ocasión, sin reparar en los prejuicios de ellos, para añadir algunas verdades preciosas respecto a Sus ovejas. Ellas oyen Su voz, Él las conoce, ellas le siguen. Él les da vida eterna, y nunca perecerán. Por un lado, no perderán esta vida por sí mismos, y por el otro nadie las arrebatará de la mano del Salvador—la fuerza del entorno no vencerá el poder de Aquel que las guarda. Pero hay otra verdad infinitamente preciosa que el Señor en Su amor nos revela. El Padre nos dio a Jesús, y Él es mayor que todos los que intentarán arrebatarlas de Su mano. Jesús y el Padre son uno. Preciosa enseñanza, en la cual la gloria de la Persona del Hijo de Dios es identificada con la seguridad de Sus ovejas, con la altura y profundidad del amor de que ellas son objeto. Aquí no es un testimonio que, completamente divino, presenta lo que es el hombre. Es la obra y el eficaz amor del Hijo, y al mismo tiempo el del Padre. No es el «Yo soy», sino «Yo y el Padre uno somos.» Si el Hijo ha consumado la obra y tiene cuidado de las ovejas, fue el Padre quien se las dio. El Cristo puede realizar una obra divina y

1. El amor y la obediencia son los principios conductores de la vida divina. Esto es revelado en la primera epístola de Juan en cuanto a nosotros. Otra señal de esto en la criatura es la dependencia, y esto fue lo que se manifestó plenamente en Jesús como Hombre.

JUAN 11

proveer un motivo para el amor del Padre, pero fue el Padre quien se la dio a hacer a Él. El amor de ambos para las ovejas es uno, igual que los que muestran este amor son uno.

El capítulo 8, entonces, es la manifestación de Dios en testimonio, y como luz; los capítulos 9-10, hablan de la gracia eficaz que lleva a las ovejas bajo el cuidado del Hijo, y del amor del Padre. Juan habla de Dios cuando hace referencia a una naturaleza santa, y de la responsabilidad del hombre—del Padre y del Hijo, cuando habla de la gracia relacionada con el pueblo de Dios.

El lobo podrá venir y arrebatar¹ a las ovejas si los pastores son asalariados; pero no podrá quitárselas de las manos del Salvador.

Al final del capítulo, habiendo cogido piedras los judíos para lanzárselas al Salvador, por haberse hecho igual a Dios, el Señor no hace ningún intento para demostrarles la verdad de aquello que Él es, sino que les muestra, de acuerdo a sus propios principios y el testimonio de las Escrituras, que ellos estaban equivocados en este caso. Los remite nuevamente a Sus propias palabras y obras, como probando que Él estaba en el Padre y el Padre en Él. Nuevamente cogen piedras, y Jesús se va de ellos definitivamente. Todo había terminado con Israel.

CAPÍTULO 11

Llegamos ahora al testimonio que el Padre rinde de Jesús en respuesta a Su rechazo. En este capítulo, el poder de la resurrección y de la vida en Su propia Persona se presenta a la fe². No se trata aquí simplemente de que Él sea recha-

1. Las palabras en los versículos 13, 28 y 29 son las mismas en el original.

2. Es muy notable ver al Señor cumpliendo su servicio de obediencia en mansedumbre, permitiendo que el mal y el poder de Satanás llegasen hasta su fin en los fracasos del hombre—la muerte—hasta que la voluntad de Su Padre le llamó a detenerlos. De este modo, no hay peligro que se interponga, pues Él es la resurrección y la vida en presencia personal y poder, y Él se da—como tal—a la muerte por nosotros.

JUAN 11

zado, sino que se contempla al hombre como muerto, e Israel también. Se trata del hombre en la persona de Lázaro. Esta familia fue bendecida; recibió al Señor en su seno. Lázaro cayó enfermo, y todos los sentimientos humanos del Señor serían agitados de manera natural. Marta y María lo sintieron, y le envían palabra acerca de aquel a quien Él amaba, que estaba enfermo. Pero Jesús se quedó donde estaba. Hubiera podido decir una palabra, como en el caso del centurión y de la niña enferma al comienzo de este evangelio. Pero no lo hizo. Había manifestado Su poder y Su bondad curando al hombre como se le halló en esta tierra, librándole del enemigo, y en medio de Israel. Pero éste no fue Su objeto entonces, ni supuso ninguna limitación de aquello que Él vino a hacer. Era una cuestión de otorgar la vida, de resucitar aquello que ante Dios estaba muerto. Éste era el verdadero estado de Israel; el estado del hombre. Por consiguiente, permite que la condición humana bajo el peso del pecado continúe hasta manifestarse en toda su intensidad de resultados aquí abajo, y deja que el enemigo ejerza su poder hasta el fin. Sólo resta esperar el juicio de Dios. Es asignado a los hombres morir una vez, y después el juicio. El Señor, por consiguiente, no sana en este caso. Permite que el mal siga hasta el final, que es la muerte, el verdadero lugar del hombre. Una vez dormido Lázaro, Él va para despertarle. Los discípulos temen a los judíos, y con razón. Pero el Señor, habiendo aguardado la voluntad de Su Padre, no teme llevarla a cabo. Era para Él el *día*.

De hecho, cualquiera que fuese Su amor por la nación, debía dejarla morir—en realidad, ya estaba muerta—y esperar el tiempo oportuno indicado por Dios para avivarla. Si Él debía morir para cumplir esto, se encomendó a Su Padre.

Tracemos las líneas de esta doctrina. La muerte se introdujo, y tenía que tener su efecto. El hombre está realmente muerto delante de Dios, pero Dios introduce la gracia. Dos cosas se presentan en nuestra historia. Él podía haber curado. Ni la fe ni la esperanza de Marta, María, ni la de los

judíos, se alargaron más. Solamente Marta reconoció que, como el Mesías favorecido por Dios, obtendría de lo alto cualquier cosa que le pidiera. Pero no había impedido la muerte de Lázaro. Lo había hecho tantas veces, incluso para los extranjeros, y para quienes lo desearon. En segundo lugar, Marta sabía que su hermano resucitaría en el último día; y aunque era cierto, esta verdad de poco servía. ¿Quién daría la respuesta al hombre muerto en sus pecados? Resucitar y comparecer ante Dios no era una respuesta a la muerte introducida por el pecado. Ambas cosas eran verdad. Cristo había liberado a menudo al hombre mortal de sus sufrimientos en la carne, y habrá una resurrección en el último día. Pero estas cosas carecían de valor en presencia de la muerte. Cristo estaba, no obstante, allí; y Él es—gracias a Dios—la resurrección y la vida. Estando muerto el hombre, la resurrección viene primero. Jesús es la resurrección y la vida en el poder actual de una vida divina. Y la vida, venida por la resurrección, libera de todo aquello que implica la muerte, dejándola atrás¹—pecado,

1. Cristo tomó forma humana en gracia y sin pecado; y como vivo en esta vida, Él llevó el pecado. El pecado pertenece, por así decirlo, a esta vida en la cual Cristo no conoció pecado, pero fue hecho pecado por nosotros. Él murió y dejó esta vida. Fue muerto al pecado, y se mezcló con él al haberlo hecho también con la vida a la cual pertenecía el pecado, y perteneciendo también nosotros a éste, Él fue hecho pecado por nosotros. Resucitado por el poder de Dios, Él vive en una condición nueva, en la que no puede entrar el pecado al haber sido dejado atrás en la vida que Cristo abandonó. La fe nos introduce en ella por la gracia.

Se ha querido deducir que estos pensamientos afectan a la vida divina y eterna, la cual estaba en Cristo. Pero todo esto son falacias y cábalas del enemigo. Incluso en un pecador no convertido, el morir o el dar la vida no tiene nada que ver con dejar de existir la vida que se halla dentro del hombre. Todos viven para Dios, y la vida divina en Cristo nunca podría cesar o ser cambiada. No fue esta vida la que Él puso, sino que con el poder de ésta, Él puso la vida que poseía como hombre aquí, para tomarla de una manera totalmente nueva, en resurrección más allá de la tumba. Este argumento es muy malicioso. En la edición que nos ocupa, no he cambiado nada en esta nota, pero he añadido unas cuantas palabras esperando que la nota sea más clara para todos. La doctrina misma es una verdad vital. En el texto he suprimido o alterado una parte por otra razón, esto es, que se producía confu-

muerte, todo lo concerniente a la vida que perdió el hombre. Habiendo muerto por nuestros pecados, Cristo llevó su castigo —*llevó los pecados. Él murió*. Todo el poder del enemigo, su efecto sobre el hombre mortal, todo el juicio de Dios, lo llevó Él y salió victorioso de todo en el poder de una nueva vida en resurrección, la cual nos es comunicada; de manera que estamos vivos en espíritu de entre los muertos, como Él está vivo de entre los muertos. Al haber sido hecho pecado y llevado nuestros pecados en Su propio cuerpo en el madero, la muerte, el pecado, el poder de Satanás y el juicio de Dios reciben su tratamiento y son dejados atrás, y el hombre está en un estado completamente nuevo, incorruptible. Será algo cierto de nosotros, tanto si morimos—pues no todos moriremos—como si somos transformados en caso de no morir. Pero en la comunicación de la vida de Aquel resucitado de entre los muertos, Dios nos vivificó con Él, habiéndonos perdonado todas nuestras ofensas.

Jesús manifestó aquí Su poder divino a este efecto. El Hijo de Dios fue glorificado en ello, pues sabemos que Él no murió antes por el pecado; pero fue este mismo poder en Él el que se manifestó¹. El creyente, incluso estando muerto, resucitará de nuevo; y los vivos que creen en Él no morirán. Cristo ha vencido la muerte; el poder para hacerlo estaba en Su Persona, y el Padre dio testimonio de Él acerca de

sión entre el poder divino de la vida en Cristo y la resurrección de parte de Dios sobre Cristo, visto como un hombre muerto desde la tumba. Ambas son benditamente ciertas en este sentido, pero son diferentes y se confundían las dos. En Efesios, Cristo como hombre es resucitado por Dios. En Juan, es el poder divino y vivificante en Sí mismo.

1. La resurrección tiene un carácter doble: el poder divino, que Él podía ejercer y ejerció respecto a Sí mismo (cap. 2:19); y respecto a Lázaro aquí, la prueba de Filiación divina y la liberación de un hombre muerto de su estado de muerte. Así, Dios resucitó a Cristo de entre los muertos, y Cristo resucita a Lázaro. En la resurrección de Cristo, tanto este poder como la prueba de Filiación divina estaban unidos en Su Persona. Aquí iban separados. Pero Cristo tiene vida en Sí mismo en poder divino. Él puso Su vida en gracia. Somos vivificados juntamente con Él en Efesios 2. Pero parece que no se dice que Él fue vivificado, cuando se habla de Él en el capítulo 1.

JUAN 11

esto. ¿Habrá algunos de los Suyos que estarán vivos cuando el Señor ejerza este poder? Entonces, nunca morirán—la muerte no existe más en Su presencia. ¿Habrá quienes habrán muerto antes de que Él lo ejerza? Pues entonces, vivirán—la muerte no puede subsistir delante de Él. Todo el resultado del pecado sobre el hombre es destruido completamente por la resurrección, contemplada como el poder de vida en Cristo. Esto se refiere, por descontado, a los santos, a quienes es comunicada la vida. El mismo poder divino es ejercido en cuanto a los impíos; pero como es evidente, no es la comunicación de vida de Cristo, ni el resucitar con Él¹.

Cristo ejerció este poder en obediencia y en dependencia de Su Padre, porque Él era Hombre, caminando delante Dios para hacer Su voluntad. Ha introducido el poder de la vida divina en medio mismo de la muerte; y la muerte es aniquilada por él, pues en la vida deja de existir. La muerte era el fin de la vida natural para el hombre pecador. La resurrección es el final de la muerte, la cual no tiene así nada más en nosotros. Es para ventaja nuestra que, habiendo hecho todo lo que se podía, todo está terminado. Vivimos en la vida² que le dio un final. Salimos de todo lo que podía relacionarse con una vida que ya no existe. ¡Qué liberación! Cristo es el poder. Él devino este poder para nosotros en su plena manifestación y ejercicio en Su resurrección.

Marta, mientras que le amaba y creía en Él, no comprende esto; y manda a llamar a María, pensando que su hermana entendería mejor al Señor. Al momento hablare-

1. La cábala a que me he referido en la nota en página 409 da su sanción, con mucha ignorancia, debo decir, a la pestilente doctrina del nihilismo, como si el poner la vida o morir, esto es, el final de la vida natural, fuera el acabamiento de la existencia. Lo hago observar aquí porque esta forma de mala doctrina es muy corriente en nuestros días, y socava la sustancia entera del cristianismo.

2. Obsérvese el sentido que el apóstol tenía del poder de esta vida, cuando dice «Para que la mortalidad sea absorbida por la vida.» Considérense, bajo este punto de vista, los primeros cinco capítulos de 2 Corintios.

mos un poco de estas dos mujeres. María, quien esperaba que el Señor la hiciera acudir a Él, modestamente, aunque con pesar, dejó la iniciativa para Él, y creyendo así que el Señor la había llamado fue directamente hacia Él. Los judíos, Marta y María habían visto milagros y curaciones que paralizaron el poder de la muerte. Todos ellos se refieren a estos sucesos. Pero aquí, la vida había cesado. ¿Qué podría ser de ayuda ahora? Si Él hubiera estado allí, Su poder y Su amor habrían servido para algo. María cae a Sus pies llorando. Sobre el punto del poder de la resurrección, no comprendía más que Marta, pero el corazón se funde por el sentido de la muerte en la presencia de Aquel que tenía vida. Es una expresión de necesidad y dolor, más que la queja que ella emite. Los judíos también lloraron: el poder de la muerte estaba en sus corazones. Jesús penetra compasivo en estos sentimientos. Estaba turbado en espíritu. Solloza ante Dios, llora con el hombre, pero Sus lágrimas devienen un lamento que, aunque inarticulado, era el peso de la muerte sentido con compasión y presentado a Dios por esta exclamación de amor, la cual contenía toda la verdad; y ello en amor para aquellos que sufrieron el mal que expresaba este lamento.

Él llevó la muerte ante Dios en Su espíritu como la miseria del hombre—el yugo del que no podía liberarse solo; y Él fue oído. La necesidad hace actuar este poder. No era Su parte la de explicar a Marta lo que Él era. Él siente y actúa sobre la necesidad de la que María dio expresión, siendo abierto su corazón por la gracia que estaba en Él.

El hombre puede mostrarse compasivo: es la expresión de su impotencia. Jesús penetra en la aflicción del hombre mortal, se coloca bajo la carga de la muerte que pesa sobre éste—y con más exactitud que lo hubiera podido hacer el hombre—y la quita con su causa, que es el poder capaz de quitarla. Esta es la gloria de Dios. Cuando Cristo está presente, si nosotros morimos, no lo hacemos por la muerte, sino por la vida: morimos para poder vivir en la vida de

JUAN 11

Dios, en lugar de en la del hombre. ¿Y para qué motivo? Para que el Hijo de Dios pueda ser glorificado. La muerte entró por el pecado; y el hombre está bajo el poder de la muerte. Pero esto sólo ha hecho que facilitarnos nuestra posesión de la vida conforme al segundo Adán, el Hijo de Dios, y no conforme al primero, el hombre pecador. Esto es gracia. Dios es glorificado en esta obra de gracia, y es el Hijo de Dios cuya gloria brilla intensamente en esta obra divina.

Observemos que esto no es la gracia ofrecida en testimonio, sino el ejercicio del poder de la vida. La corrupción no es ningún obstáculo para Dios. ¿Para qué vino Dios? Para traer palabras de vida eterna al hombre pecador. María se apropió estas palabras. Marta servía—apesadumbrada de corazón por demasiadas cosas. Ella creía, amaba a Jesús, le recibió en su casa: el Señor la amaba a ella. María le escuchaba: esto es para lo que Él vino; y Él justificó a María en ello. La buena parte que había escogido no sería tomada de ella.

Cuando llega el Señor, Marta toma la iniciativa de salirle al encuentro. Se retira cuando Jesús le habla del poder presente de la vida. Nos sentimos incómodos cuando, aunque cristianos, somos incapaces de comprender el significado de las palabras del Señor, o de lo que Su pueblo nos dice a nosotros. Marta creyó que ésta era la parte de María, antes que la suya. Se va y llama a su hermana, diciendo que el Maestro—Aquel que enseñaba (fijémonos en el nombre con que le llama) había venido—y *la mandó llamar*. Fue su propia conciencia que para ella era la voz de Cristo. María se incorpora al instante y acude a Él. No comprendía más que Marta, pero su corazón derrama su bendición a los pies de Jesús, donde había escuchado Sus palabras y aprendido Su amor y Su gracia. Jesús le pregunta por el camino a la tumba. Para Marta, siempre ocupada con quehaceres, su hermano ya hedía.

Después—Marta sirviendo, y Lázaro estando presente—María unge al Señor presintiendo lo que estaba suce-

diendo; pues había quienes consultaban para darle muerte. El corazón de María, enseñado por el amor hacia el Señor, sintió el odio de los judíos; y su afecto, disimulado por una profunda gratitud, destina para Él la cosa más costosa que tenía. Los presentes la increparon; Jesús de nuevo toma su parte. Podía no ser lógico, pero ella había comprendido su posición. ¡Qué lección! ¡Qué familia más bendecida era ésta de Betania, en la que el corazón de Jesús halló—hasta donde podía alcanzarse en esta tierra—un alivio que Su amor aceptó! ¡Qué amor estamos presenciando! ¡Y qué odio también! Pues vemos en este evangelio la terrible oposición entre el hombre y Dios.

Hay una cuestión interesante para observar aquí, antes de seguir adelante. El Espíritu Santo ha registrado un incidente en que la pasajera pero culpable incredulidad de Tomás fue cubierta por la gracia de Jesús. Era necesario relatarlo, pero el Espíritu Santo se ha tomado el cuidado de mostrarnos que Tomás amaba al Señor, y estaba preparado, de corazón, para morir con Él. Tenemos otros ejemplos de la misma clase. Pablo dice: «Llamad a Marcos, y traedlo aquí conmigo.» Pobre Marcos, esto era necesario con razón de lo que sucedía en Perge. Bernabé tuvo también el mismo lugar en el recuerdo afectuoso del apóstol. Somos débiles: Dios no nos lo esconde, sino que deposita el testimonio de Su gracia en los más endebles de Sus siervos.

Continuemos. Caifás, el principal de los judíos, sumo sacerdote aquel año, propone la muerte de Jesús porque había dado la vida a Lázaro. Y desde aquel día, conspiraron contra Él. Jesús los dejó hacer. Él vino para dar Su vida en rescate por muchos. Prosigue hasta cumplir la obra que Su amor emprendió, conforme a la voluntad de Su Padre, sin importar las artimañas y la malicia de los hombres. Las obras de la vida y de la muerte, de Satanás y de Dios, estaban enfrentadas. Pero los consejos de Dios se estaban cumpliendo en gracia, sin importar cuáles fuesen los medios que les daban cumplimiento. Jesús se

JUAN 12

entrega a la obra por la que estos medios habían de realizarse, y tras haber mostrado el poder de la resurrección y de la vida en Sí mismo, cuando llega el momento le vemos ir silenciosamente al lugar donde Su servicio le condujo, pero no de la misma manera como en el templo anteriormente. Él va hasta allí, pero la cuestión entre Dios y el hombre ya quedó moralmente zanjada.

CAPÍTULO 12

Su lugar ahora es con el remanente, donde Su corazón halló descanso—la casa de Betania. Tenemos, en esta familia, un modelo del verdadero remanente de Israel, tres casos diferentes con respecto a su posición ante Dios. Marta tenía fe, la cual la aferró a Cristo, pero no alcanzó lo que se necesitaba para el reino. Aquellos que serán guardados para la tierra en los últimos tiempos, tendrán igual fe. Su fe aceptará finalmente a Cristo el Hijo de Dios. Lázaro estaba allí, viviendo por ese poder que podría haber resucitado también a todos los santos muertos del mismo modo¹, los cuales, por gracia, desde una posición moral llamarán en el último día a Israel de su estado de muerte. En una palabra, hallamos al remanente, el cual no morirá, salvaguardado por la verdadera fe en un Salvador vivo, que liberaría a Israel, y aquellos que serán traídos de regreso de entre los muertos para disfrutar del reino. Marta servía; Jesús estaba en compañía de ellos; Lázaro se sentaba a la mesa con Él.

1. Hablo solamente del poder necesario para producir este efecto; pues al decir verdad, la condición de pecado del hombre, ya sea judío o gentil, requería la expiación; y no habría santos a los que llamar de entre los muertos si la gracia de Dios no hubiera actuado en virtud de esta expiación. Hablo meramente del poder que habitaba en la Persona de Cristo, el cual venció todo el poder de la muerte, que no podía nada contra el Hijo de Dios. Pero la condición del hombre, que hizo de la muerte de Cristo algo necesario, fue sólo demostrada por Su rechazado, lo cual probó que todos los medios eran escasos para traer al hombre de vuelta a Dios.

JUAN 12

Pero había también el representante de otra clase. María, quien había bebido de la fuente de la verdad, recibiendo esa agua viva en su corazón, comprendió que existía algo más que la esperanza y la bendición de Israel—esto es, Jesús mismo. Ella hace para Jesús lo que es adecuado en Su rechazo—para Aquel que es la resurrección, antes que nuestra vida. El corazón de María la identifica con aquel acto de Él, y ella le unge para Su entierro. Para ella es Jesús mismo de quien se trata—un Jesús rechazado, y la fe se posiciona en aquello que era la simiente de la asamblea, todavía oculta en el suelo de Israel y de este mundo, pero la cual, en la resurrección, saldrá con toda la belleza de la vida de Dios, de la vida eterna. Es una fe que se solaza en Él, en Su cuerpo, en el que estaba a punto de experimentar el castigo del pecado para nuestra salvación. El egoísmo de la incredulidad, traicionera en su pecado al despreciar a Cristo y mostrarle su indiferencia, propicia al Señor la ocasión para dar un verdadero valor a esta acción de Su querida discípula. El ungimiento de Sus pies es lo que se destaca aquí, como mostrando que todo lo que era de Cristo tenía para ella un valor que no le hacía mirar otra cosa. Ésta es una apreciación verdadera de Cristo. La fe que conoce el amor que sobrepasa el entendimiento, es una fe de olor grato en toda la casa. Y Dios lo recuerda conforme a Su gracia. Jesús la comprendió; esto era todo cuanto ella quería. Él la justifica: ¿quién resolvería levantarse contra ella? La escena concluye, y se reanuda el curso de los acontecimientos.

La enemistad de los judíos (¡ay!, y la del corazón del hombre abandonado a sí mismo, y en consecuencia al enemigo que es homicida y enemigo de Dios por naturaleza—al cual nada meramente humano puede subyugar—estaría dispuesto a matar a Lázaro también. El hombre es realmente capaz de esto, pero ¿capaz de qué más? Todo cede ante el odio, a esta clase de aborrecimiento de Dios. Pero que se manifestase este odio era, de hecho, algo inconcebible. Ellos

JUAN 12

debían ahora creer en Jesús o rechazarle, pues Su poder era tan evidente que debían hacer lo uno o lo otro—un hombre públicamente resucitado de entre los muertos después de cuatro días, y vivo entre el pueblo, no dejaba posibilidad de duda. Jesús lo sabía, y se presenta como Rey de Israel para afirmar Sus derechos y para ofrecer la salvación y la gloria prometida al pueblo, y a Jerusalén¹. El pueblo lo comprende, y debe actuar con un rechazo deliberado, como los fariseos eran bien conscientes. La hora había llegado; y aunque no podían hacer nada, pues el mundo se abalanzó sobre Él, Jesús fue muerto. «Él se dio a Sí mismo.»

El segundo testimonio de Dios acerca de Cristo le ha sido ahora dado como el verdadero Hijo de David. Ha recibido el testimonio de Hijo de David al resucitar a Lázaro (cap. 11:4), y al montar hacia Jerusalén a lomos de un asno. Había aún otro título para ser reconocido. Como Hijo del Hombre, tenía que poseer todos los reinos de la tierra. Los griegos² acuden—pues Su fama se había expandido—deseándole ver. Jesús dice «La hora ha llegado para que el Hijo del Hombre sea glorificado.» Pero ahora evoca los pensamientos para los que el ungüento de María era la expresión de Su corazón. Él debería haber sido recibido como Hijo de David; pero al tomar Su lugar como Hijo del Hombre, algo nuevo sale inevitablemente ante Él. ¿Cómo podía ser Él el Hijo del Hombre, viniendo en las nubes del cielo para tomar posesión de todas las cosas conforme a los consejos de Dios, si no moría antes? Si Su servicio humano sobre la tierra hubiese concluido, y Él se hubiera marchado libre, llamando, si es necesario, a doce legiones de ángeles, nadie habría tenido parte con Él. Habría permanecido solo.

1. En este evangelio, lo que dio ocasión a la reunión de la multitud para encontrar y acompañar a Jesús fue la resurrección de Lázaro—el testimonio de que Él era el Hijo de Dios.

2. Griegos propiamente hablando, no helenistas, es decir, judíos que hablaban la lengua griega y que pertenecían a países extranjeros, provenientes de la dispersión.

JUAN 12

«Excepto que el grano de trigo caiga a la tierra y muera, queda solo; y si muere, produce mucho fruto.» Si Cristo toma Su gloria celestial, y no está solo en ella, Él muere para obtenerla y para traer con Él las almas que Dios le ha dado. De hecho, la hora había llegado. No podía demorarse más. Todo estaba ahora listo para el proceso final a este mundo, al hombre y a Israel; y, sobre todo, los consejos de Dios estaban siendo cumplidos.

Exteriormente, todo era un testimonio de Su gloria. Entró en Jerusalén triunfante—proclamándole Rey la multitud. ¿Y qué había de los romanos? Estaban en silencio delante de Dios. Los griegos vinieron a buscarle. Todo estaba preparado para la gloria del Hijo del Hombre. Pero el corazón de Jesús conocía bien que para esta gloria—para la consumación de la obra de Dios, para poseer a un ser humano en la gloria con Él, para que el granero de Dios se llenara conforme a los consejos de Su gracia—Él debía morir. Ningún otro camino para que las almas culpables viniesen a Dios. Aquello que previó el afecto de María, Jesús lo conoce conforme a la verdad, y conforme a la mente de Dios Él lo siente y se somete a ello. El Padre responde en este solemne momento dando testimonio del efecto glorioso de aquello que Su soberana majestad requería—majestad que Jesús glorificó plenamente por Su obediencia; y ¿quién podía hacer esto, excepto Aquel que, por esta obediencia, introdujo el amor y el poder de Dios capaz de cumplirlo?

A continuación, el Señor despliega un gran principio relacionado con la verdad contenida en Su sacrificio. No había vínculo entre la vida natural del hombre y Dios. Si en el Hombre Cristo Jesús había una vida en completa armonía con Dios, Él debía darla con motivo de esta condición de hombre. Siendo de Dios, no podía permanecer en relación con el hombre. Éste no la hubiera querido. Jesús quisiera morir antes que no glorificar a Dios cumpliendo Su servicio, antes que no ser obediente hasta el fin. Si alguien amaba su vida en este mundo, la perdería, pues no

JUAN 12

estaba en relación con Dios. Si alguien, por gracia, la aborrecía—separándose de corazón de este principio de enajenación de Dios, y entregaba su vida a Él, la poseería en el nuevo y eterno estado. Servir a Jesús era por lo tanto seguirle; y a donde Él iba, allí estaba Su siervo. El resultado aquí de la asociación del corazón con Jesús, manifestado en pos de Él, pasa de largo en este mundo, y de las bendiciones del Mesías, hacia la gloria eterna y celestial de Cristo. Si alguien le servía, el Padre lo recordaría y le honraría. Todo esto se dice en vista de Su muerte, cuyo pensamiento acude a Su mente y turba Su alma. Y en el justo temor de esa hora del juicio divino, y viendo el fin del hombre que fue creado sobre esta tierra, Él pide a Dios que le libere de ese momento. Ciertamente, Él había venido—no para ser entonces el Mesías, aunque lo era, y no para tomar el reino a la sazón, aunque estaba en Su derecho—sino que vino para morir aquella misma hora para glorificar a Su Padre. Esto es lo que Él deseaba, implicadas como podían estar muchas cosas. «Padre, glorifica tu nombre», es Su única respuesta. Esto es perfección—siente lo que la muerte es: no habría habido sacrificio si Él no lo hubiera sentido. Pero mientras lo sentía, Su único deseo fue glorificar a Su Padre. Si esto le iba a costar a Él todo, la obra era proporcionalmente perfecta.

Perfecto en este deseo, y hasta la muerte, el Padre no podía por menos que responderle. En Su respuesta, según me parece, el Padre anuncia la resurrección. ¡Pero qué gracia, qué maravilla ser admitido en tales comunicaciones! El corazón queda abstraído, mientras es inundado de adoración y de gracia al contemplar la perfección de Jesús, el Hijo de Dios, hasta la muerte; viéndole cómo era plenamente consciente de lo que significaba la muerte, y buscando la sola gloria del Padre; el Padre respondió—dio una respuesta moralmente necesaria para este sacrificio del Hijo, y para Su propia gloria—diciendo: «Lo he glorificado, y lo volveré a glorificar.» Creo que le glorificó en la

JUAN 12

resurrección de Lázaro¹. Él iba a hacer lo mismo en la resurrección de Cristo—una resurrección gloriosa que en sí misma implicaba la nuestra; como había dicho el Señor, sin mencionar a los Suyos.

Observemos ahora la relación de las verdades referidas en este asombroso pasaje. La hora había llegado para la gloria del Hijo del Hombre. Pero para ellos, se necesitaba que el grano precioso de trigo cayera al suelo y muriera; de lo contrario, habría permanecido solo. Éste era el principio universal. La vida natural de este mundo en nosotros no tenía parte con Dios. Jesús debía ser seguido. Así deberíamos nosotros estar con Él. Esto era el servicio hacia Él. Así también debería ser honrado el Padre. Cristo, por Sí mismo, contempla la muerte en el rostro, y siente toda su sustancia. No obstante, Él se entrega a una única cosa: la gloria de Su Padre. El Padre le respondió en esto. Su deseo debía cumplirse. Su perfección no iba a quedar sin una respuesta. El pueblo le oye como la voz del Señor Dios, como se describe en los Salmos. Cristo—quien, en todo esto, fue completamente abnegado—declara que esta voz vino a causa del pueblo, a fin de que pudieran entender lo que Él era para salvación de ellos. Habiéndose puesto enteramente de lado para someterse a todo por causa del Padre, se manifiesta luego ante Él, no la gloria futura, sino el valor, la sustancia, la gloria de la obra que estaba a punto de realizar. Los principios de los que hablamos son aquí llevados al punto central de su desarrollo. En Su muerte, el *mundo* fue juzgado; Satanás fue su príncipe, y es echado fuera. En apariencia, es Cristo quien fue así echado. Por la muerte pronunció el juicio aniquilador sobre aquel que tenía el imperio de la muerte, y le destruyó. Fue la total y entera ani-

1. La resurrección es según la condición que Cristo toma. Lázaro fue resucitado mientras Cristo vivía en la carne, y Lázaro resucita a la vida en la carne. Cuando Cristo en gloria nos resucite, Él nos resucitará en gloria. E incluso ahora que Cristo está escondido en Dios, nuestra vida está escondida con Él allí.

JUAN 12

quilación de todos los derechos del enemigo, ya sea que estuvieran siendo ejercidos sobre cualquiera o sobre cualquier otra cosa, cuando el Hijo de Dios y el Hijo del Hombre llevó el juicio de Dios como Hombre en obediencia hasta la muerte. Todos los derechos que Satanás poseía a través de la desobediencia del hombre y del juicio divino sobre ella, eran derechos en virtud de las demandas que Dios había hecho sobre éste, y retornados nuevamente a Cristo. Y siendo levantado entre Dios y el mundo, en obediencia, sobre la cruz, llevando aquello que era debido al pecado, Cristo devino el punto de atracción para todos los hombres vivos, para que mediante Él pudieran acercarse a Dios. Mientras vivía, Jesús debió haber sido reconocido como el Mesías de la promesa. Levantado de la tierra como una víctima ante Dios, no estando ya vivo sobre ella, atrajo hacia Dios a todos aquellos que estaban sobre esta tierra alienados de Dios, a fin de que pudieran venir a Él y obtener la vida a través de la muerte del Salvador. Jesús previene al pueblo que era sólo por un poco de tiempo que Él, la luz del mundo, permanecería con ellos. Ellos debían creer mientras hubiera tiempo. Pronto vendrían las tinieblas, y no sabrían dónde ir. Por vagos que fuesen los pensamientos que ocupaban Su corazón, el amor de Jesús nunca se enfriaba. Él piensa en aquellos que tiene alrededor—en los hombres conforme a su necesidad.

Sin embargo, ellos no creyeron de acuerdo al testimonio del profeta que éste dio en vista de Su humillación hasta la muerte, y ofrecido teniendo en cuenta la visión de Su gloria divina, la cual no podía por menos que traer juicio sobre un pueblo rebelde (Isa. 53 y 6).

Tal es la gracia, que Su humillación debía ser su salvación; y, en la gloria que los juzgaba, Dios recordaría los consejos de Su gracia como fruto de esa gloria igual de seguro como el juicio que el tres veces Santo Jehová de los ejércitos debía pronunciar contra el mal. Un juicio suspendido por Su paciencia, durante siglos, y cumplido ahora cuando es-

JUAN 13

tos últimos rasgos de Su misericordia eran menospreciados y rechazados. Ellos prefirieron la alabanza de los hombres.

Por último, Jesús declara aquello que era realmente Su venida—para que, de hecho, aquellos que creían en Él, en el Jesús que vieron sobre la tierra, creyeran en Su Padre, y vieran al tal. Él vino como la luz, y los que creyeran no andarían en tinieblas. Él no juzgó, había venido a salvar, pero la Palabra que Él habló juzgaría a aquellos que la oyesen, pues era la Palabra del Padre, y la vida eterna.

CAPÍTULO 13

Llegó el tiempo para que el Señor tomase Su lugar marchando al Padre. Él lo toma en lo alto, conforme a los consejos de Dios, y no se halla más en relación con un mundo que le había rechazado; pero Él ama a los Suyos hasta la muerte. Hay dos cosas que tiene presentes: por una parte, el pecado que toma la forma más dolorosa para Su corazón; y por otra, el sentido de toda la gloria que le es dada como Hombre, y de donde Él vino y a donde se estaba dirigiendo; es decir, Su gloria y Su carácter personales en relación con Dios, y la gloria que le fue dada. Él vino de Dios e iba a Dios; y el Padre puso todas las cosas en Sus manos.

Pero ni Su entrada en la gloria, ni la conciencia de pecado del corazón humano, apartan Su corazón de los discípulos, o incluso de sus necesidades. Él ejerce Su amor para vincularlos consigo mismo en la nueva posición que estaba creando para ellos, entrando así en ella. No podía permanecer ya con ellos sobre la tierra; y si los dejaba, y debía hacerlo, no los abandonaría, sino que los haría aptos para que estuvieran donde Él estaba. Los amaba con un amor que nada podía detener. Continuó hasta perfeccionar los resultados de ellos; y Él debía hacerlos aptos para estar con Él. ¡Bendito cambio que el amor realizó al estar Él aquí con ellos! Tenían que tener una parte con Aquel que vino de Dios e iba a Dios, y en aquellas manos el Padre había depo-

JUAN 13

sitado todas las cosas; pero entonces ellos tenían que ser hechos aptos para estar con Él. Para este fin, Él les manifiesta aún más que nunca Su servicio de amor. En cierto sentido ellos eran compañeros, ya que cenaron juntos a la misma mesa. Pero Él abandona esta posición, así como la asociación personal con los discípulos al marchar a Dios. No obstante, Él todavía se ciñe para su servicio, y toma el agua¹ para lavarles los pies. Si bien está en el cielo, Él todavía nos sirve². El resultado de este servicio es que el Espíritu Santo se lleva prácticamente por la Palabra toda la suciedad que recogemos cuando andamos por este mundo de pecado. En nuestro camino, tenemos contacto con este mundo que rechazó a Cristo. Nuestro abogado en lo alto—comparar 1 Juan 2—nos purifica de esta suciedad en vista de las relaciones con Dios Su Padre, a las cuales Él nos ha llevado cuando entró Él mismo en ellas como Hombre.

Se requería una pureza que conviniera a la presencia de Dios, pues Él iba allí. Sin embargo, son solamente los pies los que se tienen en cuenta. Los sacerdotes que servían a Dios en el tabernáculo eran lavados cuando se consagraban. Su lavamiento no se repetía. Así, una vez renovados espiritualmente por la Palabra, tampoco se repite para nosotros. En «aquel que está lavado» es una palabra diferente

1. No es aquí la sangre. Es seguro que debe haberla, puesto que Él no vino solamente por agua, sino por agua y por sangre. Pero aquí el lavamiento es en cada aspecto el del agua. El lavamiento de los pecados en Su propia sangre no se repite nunca. Cristo debe haber sufrido con frecuencia para este caso. Ver Hebreos 9-10. Respecto a la imputación, no tenemos más conciencia de pecados.

2. El Señor, al devenir Hombre, tomó sobre Él la forma de siervo. (Fil. 2). Esta forma nunca la abandonará. Podría pensarse que fue así cuando Él marchó a la gloria, pero muestra aquí que no es así. Él dice ahora, como en Éxodo 21: «Amo a mi maestro, amo a mi mujer y a mis hijos; no marcharé libre», y deviene un siervo para siempre, aun cuando hubiera podido tener doce legiones de ángeles. Aquí Él es un siervo para lavar los pies de ellos, ensuciados al pasar por este mundo. En Lucas 12, vemos que Él guarda el lugar de servicio en la gloria. Es un dulce pensamiento que incluso allí Él ministra la mejor bendición del cielo para nuestra felicidad.

JUAN 13

de «excepto para lavar sus pies.» Lo primero es bañar todo el cuerpo, luego viene el lavamiento de las manos y los pies. Nosotros necesitamos esto último constantemente, pero una vez que nacemos por la Palabra no somos lavados otra vez del todo, más que los sacerdotes en su primera consagración. Éstos se lavaban las manos y los pies cada vez que acometían su servicio y tenían que acercarse a Dios. Nuestro Jesús restaura la comunión y el poder para servir a Dios, cuando la hemos perdido. Lo hace con vistas a la comunicación y el servicio, pues ante Dios estamos totalmente limpios a modo personal. El servicio era el servicio del amor de Cristo. Él secó sus pies con el paño con el que se ceñía—una circunstancia expresiva del servicio. Los medios de la purificación eran el agua—la Palabra aplicada por el Espíritu Santo. Pedro se encoge ante la idea de que Cristo se humillara de esta manera; pues debemos someternos a este pensamiento, que nuestro pecado es tal que nada menos que la humillación de Cristo para lavarnos de él. Nada más nos hará conocer realmente la perfecta y deslumbrante pureza de Dios, o el amor y la devoción de Jesús; y en la comprensión de éstos consiste el tener un corazón santificado por la presencia de Dios. Pedro, entonces, quería que el Señor le lavara también la cabeza y las manos. Pero esto ya fue efectuado. Si somos de Él, somos nacidos de nuevo y purificados por la Palabra que Él ha aplicado a nuestras almas. Sólo nos ensuciamos los pies al andar. Es según el modelo de este servicio de Cristo en gracia que tenemos que actuar con respecto a nuestros hermanos.

Judas no era limpio; no había nacido de nuevo, no estaba lavado por medio de la Palabra que Jesús habló. No obstante, siendo enviado por el Señor, aquellos que le recibían también recibían a Cristo. Y esto es cierto además acerca de aquellos a quienes Él envía por Su Espíritu. Este pensamiento retrotrae la traición de Judas a la mente del Señor; Su alma está afligida por esta idea, y desahoga el corazón declarándolo a Sus discípulos. Con lo que Su corazón está

JUAN 13

ocupado aquí es, no Su conocimiento del individuo, sino del hecho que *uno de ellos* iba a hacerlo, uno de aquellos que habían sido Sus compañeros.

Por consiguiente, fue a razón de que él dijera esto que los discípulos se miraron unos a otros. Ahora había otro cerca de Él, el discípulo que amaba Jesús; pues tenemos, en toda esta parte del evangelio de Juan, el testimonio de la gracia que responde a las diversas formas de malicia e impiedad en el hombre. Este amor de Jesús había formado el corazón de Juan—le había dado confianza y constancia de afecto; y consecuentemente, sin ningún otro motivo que éste, él estuvo lo suficiente cerca de Jesús para recibir comunicaciones de Su parte. No era a fin de recibirlas que se puso cerca de Jesús; él se puso allí porque amaba al Señor, y a éste le unía una inquebrantable ligazón; estando él allí, era capaz de recibir estas comunicaciones. Así podemos todavía aprender de Él.

Pedro le amaba; pero había demasiada incongruencia en Pedro para que cumpliera un servicio si Dios le llamaba—y lo hizo en gracia cuando le hubo humillado en intimidad lo bastante para conocerse a sí mismo. ¿Quién, entre los doce, dio testimonio como Pedro, en quien Dios fue poderoso para con la circuncisión? Pero no hallamos en sus epístolas lo que hallamos en las de Juan¹. Además, cada uno tiene su lugar ofrecido en la soberanía de Dios. Pedro amaba a Cristo; y vemos que, ligado también a Juan con este vínculo de afecto común, están constantemente unidos, como vemos al final de este evangelio, siendo que él está ansioso por conocer la suerte de Juan. Él utiliza entonces a Juan para preguntar al Señor cuál de entre ellos le traicionaría. Recordemos que estar cerca de Jesús por causa de Él, es la manera de poseer Su mente cuando surgen pensamientos ávidos.

1. Pedro murió por el Señor. Juan fue dejado para ocuparse de la asamblea; no parece que llegó a ser un mártir.

JUAN 13

Jesús señala a Judas cuando moja en el plato, con lo cual podría haber indagado en cualquier otro, pero para Judas sólo significó el sello de su ruina. Así sucede con un corazón que le rechaza cuando el favor de Dios se había derramado en él. Después de mojar el pan, Satanás entra en Judas. Impío desde el principio por su codicia, y cediendo de costumbre, pese a estar con Jesús, a las tentaciones ordinarias, endureció el corazón contra el efecto de esa gracia que siempre estaba ante sus ojos, y cedió a las insinuaciones del enemigo para hacerse el instrumento de los sumos sacerdotes que entregarían al Señor. Él sabía lo que ellos querían, y fue a ofrecérselo. A causa de su larga familiaridad con la gracia y la presencia de Jesús, al tiempo que se deleitaba en el pecado, perdieron para él totalmente su influencia la gracia y el pensamiento de la Persona de Cristo, quedando en un estado de insensibilidad cuando le entregó. El conocimiento que tenía del poder del Señor sólo le sirvió para que la tentación de emparentarse con el diablo creciera, pues estaba seguro de que Jesús tendría nuevamente éxito escapándose de las manos de Sus enemigos; y por lo que hacía al poder, Judas tenía razón al pensar que podía haber sucedido así. Pero ¿qué sabía él de los pensamientos de Dios? Todo era oscuridad moral en su alma.

Y ahora, después de este último testimonio, que fue tanto una señal de la gracia como una demostración del verdadero estado de su corazón, insensible a este testimonio— como queda expresado en el Salmo que aquí se cumple— Satanás entra en él tomando posesión de su ser hasta el punto de volverlo insensible hacia todo lo que podría haberle hecho sentir, aun como hombre, la horrenda naturaleza de lo que iba a cometer. Le enflaqueció al llevar a cabo este mal, de modo que ni su conciencia ni su corazón fueron despertados en el acto de cometerlo. ¡Terrible condición! Satanás le poseyó hasta que se vio obligado a dejarle en el juicio del cual no podía ocultarse, y el cual será suyo en el momento indicado por Dios—un juicio que se manifestó a

JUAN 13

la conciencia de Judas cuando el mal ya estuvo hecho, y un sentimiento manifestado también por una desesperación que su relación con Satanás sólo hacía que aumentar. Dio testimonio de Jesús ante aquellos que sacaron partido de su pecado y se burlaron de su angustia. La desesperación marcha en pos de la verdad; el velo es rasgado; deja de existir el autoengaño; la conciencia queda descubierta ante Dios en el día de Su juicio, donde Satanás no engañará; y no la gracia, sino la perfección de Cristo, será la que se revelará. Judas dio testimonio de la inocencia de Jesús, como hizo el ladrón en la cruz. La muerte y la destrucción oyeron la fama de Su sabiduría: sólo Dios lo sabe (Job 28:22-23).

Jesús conocía su condición. No fue sino el cumplimiento de aquello que Él iba a hacer, por medio de uno para quien no había ya esperanza. «Lo que haces—dijo Jesús—házo rápido.» ¡Qué palabras cuando las oímos de labios de Aquel que era el mismo amor! Sin embargo, los ojos de Jesús no se fijaron en Su propia muerte. Él está solo. Nadie, ni siquiera los discípulos, tuvieron ninguna parte con Él. Ellos no podían seguirle adonde Él iba, más que los propios judíos. ¡Solemne pero gloriosa hora! Un Hombre que iba a encontrarse con Dios donde el hombre quedaba separado de Dios—iba a encontrarlo en el juicio. Esto, de hecho, es lo que Él dice, tan pronto como Judas sale fuera. La puerta que Judas cerró tras de sí separó a Cristo de este mundo.

«Ahora—dice Él—es glorificado el Hijo del Hombre.» Esto lo dijo cuando llegaron los griegos, cuando se trataba de la gloria venidera—Su gloria como cabeza de todos los hombres, y, de hecho, de todas las cosas. Pero esto aún estaba por llegar, y Él dijo: «Padre, glorifica tu nombre.» Jesús debía morir. Él era *aquello* que glorificaba el nombre de Dios en un mundo de pecado. Era la gloria del Hijo del Hombre que iba a ser allí manifestada, donde todo el poder del enemigo y el juicio de Dios sobre el pecado también se manifestaron. La cuestión quedó moralmente zanjada allí donde Satanás—en su poder sobre el hombre

JUAN 13

pecador, plenamente aborrecedor de Dios—se encontró con Dios para justicia, pero no como en el caso de Job, que fue instrumento en las manos divinas para disciplina. Fue un encuentro para que todos los atributos de Cristo fueran ejercitados y glorificados en virtud de Su ofrecimiento. De esta manera fueron glorificadas todas las perfecciones de Dios cuando se manifestaron por medio de lo que Jesús hizo y padeció.

Estas perfecciones se desplegaron en Él directamente, hasta donde alcanzó la gracia. Pero ahora que la oportunidad del ejercicio de todas ellas había sido provista, Su perfección divina podía manifestarse a través de Jesús al tomar un lugar que le sometió a la prueba conforme a los atributos de Dios; y—hecho pecado, gracias sean dadas a Dios, para el pecador—Dios fue glorificado en Él. Démonos cuenta de lo que hallamos en la cruz: todo el poder de Satanás sobre los hombres; Jesús solitario y excluido; el hombre en declarada enemistad hacia Dios en el rechazo de Su Hijo; Dios manifestado en gracia. Luego en Cristo, como Hombre, el amor y la obediencia hacia Su Padre. La perfección del amor a Su Padre y la obediencia se revelaron cuando Él fue hecho pecado ante Dios en la cruz. Entonces, la majestad de Dios volvió a brillar y fue glorificada (Heb. 2:10). Fue su perfecto juicio contra el pecado sobre aquel Santo; pero en este juicio brilló Su amor hacia los pecadores al dar a Su Hijo unigénito. Por eso conocemos nosotros el amor. En la cruz hallamos al hombre en la maldad absoluta, aborreciendo lo que era bueno; el pleno poder del príncipe Satanás sobre este mundo; al Hombre Jesús en la perfecta bondad, obediencia, y el amor al Padre que le costó Su vida; Dios en justicia absoluta, infinita contra el pecado, y en amor infinito y divino para el pecador. El bien y el mal fueron plenamente zanjados para siempre, y la salvación efectuada, puesto el fundamento de los nuevos cielos y la nueva tierra. Bien podemos decir: «Ahora es el Hijo del Hombre glorificado en Él.» Completamente deshonrado en

JUAN 13

el primero, Él es infinitamente glorificado en el Postrero, y por tanto pone al Hombre (Cristo) en la gloria, sin esperar fundar el reino. Éste requiere algunas palabras más concretas, pues la cruz es el centro del universo, según Dios, la base de nuestra salvación y nuestra gloria, y la brillante manifestación de la gloria divina, el centro de la historia de la eternidad.

El Señor dijo, cuando los griegos desearon verle, que la hora había llegado para que el Hijo del Hombre fuese glorificado. Él habló a la sazón de Su gloria como Hijo del Hombre, la gloria que tomaría bajo ese título. Sintió realmente que a fin de introducir a los hombres en esa gloria, debía pasar por la muerte. Pero Él quedó absorto por algo que separaba Sus pensamientos de la gloria y del sufrimiento—el deseo que poseía Su corazón de que Su Padre fuese glorificado. Todo había llegado ahora al punto en que esto tenía que consumarse; y el momento llegó cuando Judas—sobrepasando los límites de la justa y perfecta paciencia de Dios—salió, dando rienda suelta a su iniquidad, para consumir el crimen que conduciría al maravilloso cumplimiento de los consejos de Dios.

En Jesús sobre la cruz, el Hijo del Hombre ha sido glorificado de una manera más admirable incluso de lo que lo será para la gloria positiva que le pertenece bajo este título. Sabemos que será vestido con esa gloria, pero en la cruz, el Hijo del Hombre llevó todo lo necesario para la perfecta manifestación de la gloria de Dios. Todo el peso de esa gloria fue presentado para que lo llevara sobre Sí, para someterle bajo la prueba, para que se evidenciara si podía Él soportarla, verificarla y exaltarla; y todo ello en el lugar donde el pecado ocultaba esa gloria, y, por decirlo así, donde lo acreditaba con la mentira. ¿Era capaz el Hijo del Hombre de entrar en tal lugar, de acometer una tarea así, de llevarla a cabo y mantener Su posición sin fracasar hasta el final? Esto es lo que Jesús hizo. La majestad de Dios tenía que vindicarse contra la rebelión insolente de Su criatura;

JUAN 13

Su verdad, la cual le amenazó con la muerte, había de ser mantenida; Su justicia establecida contra el pecado, y al mismo tiempo, Su amor plenamente demostrado. Teniendo aquí Satanás todos sus malogrados derechos, obtenidos por nuestro pecado, Cristo está solo, separado de todos los hombres, en obediencia, y teniendo como Hombre un objeto únicamente: la gloria de Dios, divina y perfecta, y sacrificándose para este propósito. Su justicia, Su majestad, Su verdad, Su amor fueron todos verificados en la cruz como lo fueron en Sí mismo, y revelados solamente allí.

Dios puede ahora actuar libremente, conforme a aquello de lo que Él es consciente, sin que ningún otro atributo obstaculice u oscurezca el otro. La verdad condenó al hombre a la muerte, y la justicia condenó para siempre al pecador, demandando la majestad la ejecución de la sentencia. ¿Dónde, entonces, estaba el amor? Si el amor, tal como lo concebía el hombre, tenía que pasar todo por alto, ¿dónde estarían Su majestad y Su justicia? No hubiera sido entonces amor, sino indiferencia hacia el mal. Por medio de la cruz, Él es justo, y Él justifica en gracia; Él es amor, y en este amor otorga Su justicia al hombre. La justicia de Dios, para el creyente, toma el lugar del pecado del hombre. La justicia, así como el pecado del hombre alienado de Dios, desaparecen ante la luz clara de la gracia, y no oscurece su soberana gloria.

¿Y quién llevó a cabo esto? ¿Quién restableció la gloria de Dios y la devolvió a su primigenio estado, cuando había sido comprometida por el pecado? Fue el Hijo del Hombre. Por lo tanto, Dios le glorifica con Su propia gloria; fue de hecho esta gloria que Él restableció y dignificó, cuando por causa de Sus criaturas fue borrada por el pecado. Y no sólo la restableció, sino que además la manifestó de modo tal que no hubiera podido serlo por otros medios. Nunca hubo un amor como el don del Hijo de Dios para los pecadores; nunca una justicia como aquella—para la cual el pecado es insoportable—no escatimó al Hijo de Dios cuando llevó el

JUAN 13

pecado sobre Sí mismo; y nunca hubo una majestad como aquella que dejara sobre el Hijo de Dios toda la responsabilidad que exigía (comparar Heb. 2). Jamás una verdad como aquella cedió ante la necesidad de la muerte de Jesús. Ahora conocemos a Dios. Siendo glorificado en el Hijo del Hombre, se glorifica Él en Sí mismo. Por consiguiente, no espera el día de Su gloria con el hombre, conforme al pensamiento del capítulo 12. Dios le llama a Su propia diestra, y le hace sentarse allá en solitario. ¿Quién podría estar allí—salvo en espíritu—sino Él? Aquí Su gloria está relacionada con aquello que Él podía hacer solo—con aquello que ha podido hacer en solitario; y de lo cual Él tendrá el fruto sólo con Dios, pues Él era Dios.

Otras glorias vendrán a su debido tiempo. Él las compartirá con nosotros, aunque en todo Él tenga la preeminencia. Aquí Él está solo, y debe estarlo siempre—es decir, en aquello que pertenece propiamente a Su Persona. ¿Quién compartió la cruz con Él, sufriendo por el pecado y cumpliendo la justicia? Nosotros la compartimos con Él en lo que respecta al sufrimiento por causa de la justicia, y por el amor de Él y Su pueblo hasta la muerte; y así participaremos también de Su gloria. Pero es evidente que no podíamos glorificar a Dios por el pecado. Aquel que no conoció pecado, podía ser hecho pecado Él solo. Únicamente el Hijo de Dios pudo soportar esta carga.

Cuando Su corazón halló el alivio que derramaban estos gloriosos pensamientos y maravillosos consejos, el Señor se dirigió a Sus discípulos con afecto contándoles que su relación con Él aquí abajo pronto terminaría, que Él marchaba adonde ellos no podían seguirle, y les dijo más de lo que quiso decirles nunca a los judíos incrédulos. El amor fraternal tenía, en cierto sentido, que tomar Su lugar. Tenían que amarse los unos a los otros como Él los había amado, con un amor superior a las faltas de la carne en sus hermanos. Un amor fraternal de gracia en estos aspectos. Si la columna principal era tomada de ellos, en la que todos se re-

JUAN 14

clinaban, tendrían que soportarse mutuamente por otros medios que no conocieron hasta entonces. Y así serían conocidos los discípulos de Cristo.

Con una confianza carnal, Simón Pedro deseó penetrar en aquello que nadie, salvo Jesús, podía penetrar—en la presencia de Dios por la senda de la muerte. Lleno de gracia, el Señor le dice que en aquel momento era imposible. Él debía secar aquel mar insondable de la muerte para los hombres, aquel Jordán desbordante, y luego, cuando no existiera más el juicio de Dios ni la influencia del poder de Satanás—pues en ambos caracteres Cristo destruyó todo su poder para el creyente—Su pobre discípulo podría pasar por ella por causa de la justicia y de Cristo. Pero Pedro le seguiría con sus propias fuerzas, declarándose capaz de hacer exactamente aquello lo cual Jesús iba a hacer por él. De hecho, aterrado por el primer movimiento del enemigo, él se encoge cuando oye la voz de una mujer y niega al Maestro que amaba. En las cosas de Dios, la confianza de la carne sólo nos conduce a una posición en la que ésta no puede permanecer. La sinceridad sola no puede hacer nada contra el enemigo. Tenemos que poseer la fortaleza de Dios.

CAPÍTULO 14

El Señor comienza ahora el discurso con ellos, en vista de Su partida. Él se marchaba donde ellos no podían ir. Para el ojo humano, serían dejados solos sobre la tierra. Es por el sentimiento de esta aparente condición de soledad que el Señor toma la palabra, mostrando que *Él* era un objeto para la fe, igual que Dios lo era. Al hacer esto, les descubre toda la verdad con respecto a su condición. Su obra no es el asunto que trata, sino la posición de ellos en virtud de esa obra. Su Persona debería haber sido para ellos la llave a esa posición, y es lo que iba a ser ahora. El Espíritu Santo, el Consolador, el cual iba a venir, sería el poder por el que ellos la disfrutarían.

JUAN 14

A la pregunta de Pedro «Señor, ¿dónde habitas?», el Señor le responde. Sólo cuando el deseo de la carne intenta entrar en la senda en la que Jesús entraba, el Señor no podía por menos que decir que la fortaleza de la carne para nada aprovecha; pues, de hecho, el pobre Pedro se propuso seguir a Cristo en la muerte.

Cuando el Señor escribió la sentencia de muerte sobre la carne para nosotros, descubriéndonos su impotencia, puede (cap. 14) revelarnos aquello que está más allá por la fe; y aquello que nos pertenece a través de Su muerte devuelve su luz, y nos enseña quién era Él estando aún sobre la tierra, y siempre antes de que el mundo fuese. Él regresaba al lugar del que vino. Pero comienza con Sus discípulos teniendo en cuenta la posición de ellos, y cubre la necesidad de sus corazones explicándoles de qué manera iban a estar con Él cuando se ausentara: mejor en cierto sentido que siguiéndole aquí abajo. Ellos no veían al Padre corpóreamente entre ellos. Si para gozar de esta presencia creían en Él, habían de hacer lo mismo con respecto a Jesús: creer en Él. No los abandonaba al marcharse de ellos, como si solamente hubiera lugar para Él en la casa del Padre—alude al templo como figura. Había lugar para todos ellos. Marchar allí era todavía Su pensamiento—pues Él no está hablando como el Mesías. Le vemos en las relaciones en las que permaneció conforme a las verdades eternas de Dios. Él siempre tenía en mente Su partida. Caso de no haber habido lugar para ellos, Él no se lo habría contado. Su lugar estaba con Él. Pero se marchaba a prepararles este sitio. Sin presentar allí la redención, ni presentándose Él como el nuevo hombre conforme al poder de esa redención, no podía haber lugar habilitado en el cielo para ellos. Él entra en el poder de esa vida que los introduciría a ellos también. Pero no marcharían solos para unirse con Él, ni Él se uniría a ellos aquí abajo. El cielo, no la tierra, era la cuestión. Ni tampoco mandaría llamarlos por medio de otros, sino que como aquellos que tanto estimaba, Él

mismo vendría a buscarlos y los recibiría a Sí mismo, que donde Él estaba pudieran ellos estar también. Vendría desde el trono del Padre; allí, por supuesto, no pueden sentarse ellos; pero Él los recibirá allí, donde permanecerá en gloria delante del Padre. Iban a estar con Él—una posición mucho más excelente que el permanecer aquí, incluso siendo el Mesías en gloria sobre la tierra.

Habiéndoles dicho adónde iba, es decir, a Su Padre—y hablando conforme al efecto de Su muerte para ellos—les explica que ellos sabían dónde iba, y el camino. Él marchaba al Padre, y ellos vieron al Padre al haberlo visto a Él. Así, conocían el camino; pues cuando venían a él, venían al Padre, quien estaba en Él así como Él estaba en el Padre. Él mismo era, entonces, el camino. Luego recrimina a Felipe que no le haya conocido aún. Había estado tiempo con ellos, como la revelación en Su propia Persona del Padre, y debieron haberle conocido, y ver que Él estaba en el Padre, y el Padre en Él, y así haber sabido donde Él marchaba. Les había declarado el nombre del Padre, y si eran incapaces de ver al Padre en Él, o ser convencidos de ello por Sus palabras, deberían haberlo sabido por Sus obras, pues el Padre que habitaba en Él era quien hacía las obras. Esto dependía de Su Persona, estando todavía en el mundo; pero una prueba sorprendente estaba relacionada con Su partida. Después de que se fuera, ellos harían obras aún mayores que las que hizo Él, porque actuarían en relación con Su mayor proximidad al Padre. Esto era un requisito para Su gloria. Hasta carecía de límites. Él los situó en una relación inmediata con el Padre por el poder de Su obra y de Su nombre; y cualquier cosa que ellos pidieran al Padre en Su nombre, Cristo mismo la haría para ellos. Su petición sería oída y ofrecida por el Padre—mostrando qué proximidad había conseguido para ellos; y Él (Cristo) haría todo lo que le pidieran. Pues el poder del Hijo no era, y no podía ser, limitado para la voluntad del Padre; no había límite a Su poder.

JUAN 14

Si ellos le amaban, tenían que demostrarlo, no en lamentos, sino en guardar Sus mandamientos. Tenían que caminar en obediencia. Esto caracteriza al discipulado hasta el momento presente. El amor desea estar con Él, pero se muestra obedeciendo Sus mandamientos. Cristo también tiene un derecho a dar mandamientos. Por otra parte, Él procuraría por el bien de ellos desde arriba, y se les ofrecería otra bendición; esto es, el Espíritu Santo mismo, el cual nunca los abandonaría, como Cristo tampoco lo haría. El mundo no supo recibirle. Cristo el Hijo fue mostrado a los ojos del mundo, y debió haber sido recibido por él. El Espíritu Santo actuaría en lo oculto, ya que por el rechazo de Cristo, todo terminó con el mundo en sus relaciones naturales y creacionales con Dios. Pero el Espíritu Santo sería dado a conocer por los discípulos. Él no sólo permanecería con ellos, al contrario de Cristo, sino que estaría en ellos. El Espíritu Santo no sería visto entonces o conocido por el mundo.

Hasta ahora, en Su discurso, Él condujo a los discípulos a seguirle arriba en espíritu, a través del conocimiento cuya familiarización con el mismo les revelaba el lugar adonde Él iba, y este camino. Él era el camino, como hemos visto. Él era la verdad, en la revelación—y una revelación perfecta—de Dios y de la relación del alma con Él; y, realmente, de la condición verdadera y carácter de todas las cosas, al manifestar la luz perfecta de Dios en Su propia Persona reveladora. Él era la vida, en que Dios y la verdad podían ser conocidos. Los hombres venían a través de Él. Éstos hallaron al Padre revelado en Él; y ellos poseyeron por la aceptación que hicieron de Cristo lo que les capacitaba gozar del Padre.

Pero ahora, no es lo objetivo aquello que Él presenta, ni el Padre en Él—al cual deberían haber conocido ellos—ni Él en el Padre cuando estuvo aquí. No eleva los pensamientos de los discípulos a la relación Suya con el Padre en el cielo, sino que les presenta la corriente de bendición

JUAN 14

que manaría para ellos en este mundo en virtud de aquello que Jesús era, y lo que significaba para ellos en el cielo. Una vez enviado el Espíritu Santo, el Señor dice «No os dejaré huérfanos, vendré a vosotros.» Su presencia en espíritu aquí abajo es el consuelo de Su pueblo. Ellos le verían, y esto era más seguro que verle a Él con los ojos de la carne. En efecto, es conocerle de un modo mucho más real, aunque por la gracia hubieran creído en Él como el Cristo, el Hijo de Dios. Además, esta visión espiritual de Cristo a través del corazón, y la presencia del Espíritu Santo, está relacionada con esta vida. «Porque yo vivo, vosotros también viviréis.» Le vemos porque tenemos vida, y esta vida está en Él, y Él está en esta vida. Es igual de certera que su permanencia. Emana de Él. *Porque Él vive, nosotros viviremos.* Nuestra vida es, en todo, la manifestación de Aquel que es nuestra vida. Como el apóstol lo expresa: «Que la vida de Jesús pueda manifestarse en nuestros cuerpos mortales.» ¡Ay!, la carne se resiste; pero tal es nuestra vida en Cristo.

Habitando el Espíritu Santo en nosotros, sabemos que estamos en Cristo¹. «Aquel día sabréis que yo soy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros.» No es «El Padre en mí [lo cual, no obstante, es siempre cierto] y yo en Él»—palabras, la primera de las cuales se omite aquí, y expresa la realidad de Su manifestación del Padre sobre la tierra. El Señor solamente expresa aquello que pertenece a Su ser real y divino de ser Uno con el Padre «Yo soy en mi Padre.» Ésta es la última parte de la verdad de la que habla el Señor—implícita, sin duda, en la otra cuando se comprende bien. Podría pensarse tal cosa como una manifestación de Dios en un hombre, sin ser este hombre verdaderamente Dios, que sea menester decir también que Él es en el

1. Esto es personal, no la unión de los miembros del cuerpo con Cristo. Ni es la unión realmente un término exacto para ello. Estamos en Él. Y esto es más que unión.

JUAN 14

Padre. La gente sueña con estas cosas; habla de la manifestación de Dios en la carne. Nosotros hablamos de Dios manifestado en carne. Pero aquí es obviada toda ambigüedad. Él era en el Padre, y es esta parte de la verdad la que se repite aquí; añadiendo que, en virtud de la presencia del Espíritu Santo, mientras los discípulos debían conocer plenamente a la divina Persona de Jesús, debían conocer además que ellos mismos estaban en Él. Aquel que está unido al Señor lo está en un espíritu. Jesús no dijo que deberían haber conocido esto mientras Él estaba con ellos, sino solamente saber que el Padre era en Él, y Él en el Padre. Pero en esta manifestación, Él estaba solo. Los discípulos, sin embargo, habiendo recibido al Espíritu Santo, debieron conocer que ellos eran uno con Él—una unión de la que el Espíritu Santo es la fuerza y el vínculo. La vida de Cristo mana de Él en nosotros. Él es en el Padre, nosotros en Él, y Él también en nosotros, conforme al poder de la presencia del Espíritu Santo.

Éste es el sujeto de la fe común de todos. Pero existe una guardia constante y un gobierno, y Jesús se manifiesta a nosotros en relación con nuestro andar, y de una manera que depende del mismo. Aquel que tiene en cuenta la voluntad del Señor, la posee y la observa. Un *buen* hijo no sólo obedece cuando conoce la voluntad de su padre, sino que adquiere el conocimiento de esa voluntad escuchándola. Éste es el espíritu de obediencia en amor. Si actuamos así con respecto a Jesús, el Padre, quien toma nota de todo lo que se refiere a Su Hijo, nos amará. Jesús nos amará también, y se manifestará a nosotros. Judas (no el Iscariote) no comprendió esto porque no veía más lejos de una manifestación corporal de Cristo, como la podía percibir el mundo. Jesús añade por tanto que el discípulo verdaderamente obediente—y aquí Él habla más espiritualmente y de modo más general de Su Palabra, no meramente de Sus mandamientos—sería amado por el Padre, y que el Padre y Él mismo vendrían y harían morada con

él. Así que, si hay obediencia mientras esperamos el momento en que iremos a vivir con Jesús en la presencia del Padre, Él y el Padre habitan en nosotros. El Padre y el Hijo se manifiestan en nosotros, en quienes el Espíritu Santo habita, igual que el Padre y el Espíritu Santo estaban presentes cuando el Hijo estaba aquí abajo—no podía ser de otra manera, pues Él era el Hijo, y nosotros sólo vivimos por Él—habitando sólo el Espíritu Santo en nosotros. Pero con respecto a estas Personas gloriosas, no están desunidas. El Padre hizo las obras en Cristo, y Jesús echó fuera a los demonios por el Espíritu Santo; sin embargo, el Hijo obró. Si el Espíritu Santo está en nosotros, el Padre y el Hijo vienen y hacen Su morada en nosotros. Se observará aquí que hay un gobierno. Conforme a la vida nueva, somos santificados para la obediencia. No se trata aquí del amor de Dios en gracia soberana hacia un pecador, sino de los tratos del Padre con Sus hijos. Por lo tanto, es en el camino de la obediencia donde se hallan las manifestaciones del amor del Padre y de Cristo. Nosotros amamos, y no sólo acariciamos, a nuestros revoltosos hijos. Si afligimos el Espíritu, Él no será en nosotros el poder de la manifestación a nuestras almas del Padre y del Hijo en comunión, sino que más bien actuará en nuestras conciencias en convicción, aunque dándonos el sentido de la gracia. Dios puede restaurarnos por Su amor, y testificar a nuestras conciencias cuando nos hayamos desviado; pero la comunión es en la obediencia. Por último, Jesús tenía que ser obedecido; pero fue la Palabra del Padre a Jesús, observémoslo bien, las que Él habló aquí abajo. Sus palabras eran las palabras del Padre.

El Espíritu Santo rinde testimonio de aquello que Cristo era, así como de Su gloria. Es la manifestación de la vida perfecta del Hombre, y de Dios en el Hombre, del Padre en el Hijo—la manifestación del Padre por el Hijo, que está en Su seno. Tales fueron las palabras del Hijo aquí abajo. Y cuando hablamos de Sus mandamientos, no nos referimos

JUAN 14

solamente a la manifestación de Su gloria por el Espíritu Santo cuando Él está en lo alto y sus resultados, sino a los mandamientos que Él dijo aquí y habló con las palabras de Dios. Él no tenía al Espíritu Santo por medida para que Sus palabras hubieran sido entremezcladas, y en parte imperfectas, o cuando menos no divinas. Fue verdaderamente Hombre, y Dios manifestado en carne. El antiguo mandamiento del principio es nuevo, puesto que esta misma vida, que se expresó en Sus mandamientos, ahora nos mueve y nos anima—cierto de Él y de nosotros (comparar 1 Juan 2). Los mandamientos son aquellos del Hombre Cristo, pero son los de Dios y las palabras del Padre, de acuerdo a la vida que se ha manifestado en este mundo en la Persona de Cristo. Éstas expresan en Él, y forman y dirigen en nosotros, esa vida eterna que estaba con el Padre, y la cual ha sido manifestada a nosotros en Aquel que los apóstoles podían ver, escuchar y tocar; y cuya vida poseemos nosotros en Él. Sin embargo, el Espíritu Santo nos ha sido dado para llevarnos a toda la verdad, según este mismo capítulo de la epístola de Juan: «Tenéis la unción del Santo, y sabéis todas las cosas.»

Dirigir la vida es algo diferente de conocer todas las cosas. Las dos van relacionadas, porque si andamos de acuerdo a esa vida, no afligimos al Espíritu, y estamos en la luz. Para dirigir la vida, allí donde existe, no es lo mismo que imponer una ley el hombre en la carne—de manera justa, no lo dudo—prometiéndole la vida si guardaba estos mandamientos. Ésta es la diferencia entre los mandamientos de Cristo y la ley; no en cuanto a la autoridad—la autoridad divina es siempre igual en sí misma—sino que la ley ofrece la vida, y es dirigida al hombre responsable en la carne ofreciéndole esta vida como resultado. Los mandamientos de Cristo expresan y dirigen la vida de uno que vive por el Espíritu, en relación con su ser en Cristo, y Cristo en él. El Espíritu Santo—quien, además de esto, enseña todas las cosas—traía a la memoria los mandamien-

tos de Cristo, todas las cosas que Él les había dicho. Individualmente y en detalle, se trata de la misma cosa, por Su gracia, con los cristianos.

Finalmente, en medio de este mundo, el Señor dejó la paz a Sus discípulos, dándoles la Suya. Es cuando se marchaba, y en la plena revelación de Dios, que Él podía decirles esto, pues Él la poseía a pesar del mundo. Había pasado por la muerte y la bebida amarga de aquella copa quitó los pecados para ellos, destruyó el poder del enemigo en la muerte, e hizo propiciación glorificando absolutamente a Dios. La paz fue hecha para ellos ante Dios, así como todo en lo que fueron introducidos—a la luz tal como Él era, a fin de que esta paz fuese perfecta en la luz y perfecta en el mundo, porque los llevaba a una relación con Dios que el mundo no podía siquiera tocar, ni alcanzar su fuente de gozo. Además, Jesús cumplió esto para ellos de manera que al ofrecérselo, les dio la paz que Él mismo tenía con el Padre, y en la que anduvo Él en este mundo. El mundo da una parte de sus bienes sin renunciar a la masa, pero lo que da, ya no lo tiene más. Cristo nos introduce en el gozo de aquello que es Suyo—Su propia posición delante del Padre¹. El mundo no da ni puede dar de esta manera. ¡Qué perfecta debe haber sido esta paz, la cual Él gozó con el Padre, y que Él nos da a nosotros, a los Suyos!

Resta aún un pensamiento precioso, una prueba de gracia inefable en Jesús. Él considera nuestro afecto, y ello de manera personal para Sí mismo, que les dice «Si me ama-

1. Esto es benditamente cierto en cada sentido, excepto de la Deidad esencial y de la unión con el Padre. En esto, Él permanece divinamente solo. Pero todo lo que tiene Él como Hombre, y como Hijo humanado, lo presenta en las palabras «Mi Padre y vuestro Padre, mi Dios y vuestro Dios.» Su paz, Su gozo, las palabras que el Padre le dio, Él nos las dio a nosotros; la gloria que le dio, Él nos la ha dado a nosotros; el amor con que el Padre le amó, Él nos ha amado con el mismo amor. Los consejos de Dios no eran meramente para solventar nuestra responsabilidad como hijos de Adán, sino para situarnos ante el mundo en la misma posición con el segundo Adán, Su propio Hijo. Y la obra de Cristo ha convertido esto en justicia.

JUAN 14

rais, os gozaríais, porque os dije que voy al Padre.» Él nos hace interesarnos en Su propia gloria, en Su felicidad, y, en ello, para hallar la nuestra.

¡Precioso y buen Salvador, nos alegramos sinceramente de que Tú sufieras tanto por nosotros, y que hayas llevado a término todas las cosas, que estés reposando con Tu Padre, cualquiera que sea el amor activo hacia nosotros! ¡Ojalá te conociéramos y te amáramos mejor! Pero todavía podemos decir de todo corazón: ¡ven pronto, Señor! Deja una vez más el trono de Tu reposo y de Tu gloria personal, para venir y tomarnos a Ti mismo, que todo pueda cumplirse también para nosotros, que podamos estar contigo en la luz del semblante de Tu Padre, y en Su casa. Tu gracia es infinita, pero Tu presencia y el gozo del Padre será el descanso de nuestros corazones, y nuestro gozo eterno.

Aquí el Señor concluye esta parte de Su discurso¹. Les mostró en general todo lo que se generaba de Su partida y Su muerte. La gloria de Su Persona es siempre aquí el sujeto; pues, aun con respecto a Su muerte, se dice «Ahora es el Hijo del Hombre glorificado.» No obstante, Él les había prevenido acerca de ello, para que no se debilitara su fe, puesto que no hablaría ya mucho con ellos. El mundo estaba bajo el poder del enemigo, y éste se acercaba: no porque tuviera algo en Cristo, porque no tenía siquiera el poder de la muerte sobre Él. Su muerte no fue el resultado del poder de Satanás sobre Él, sino que por ella mostró al mundo que Él amaba al Padre, y que le era obediente, sin importarle el elevado coste. Esto fue perfección absoluta en el Hombre. Si Satanás era el príncipe de este mundo, Jesús no intentó mantener en él Su gloria de Mesías. Pero mostró al mundo, donde se veía el poder de Satanás, la plenitud de

1. El capítulo 14 nos ofrece la relación personal del Hijo con el Padre, y nuestro lugar en Él, quien está en él, conocido por el Espíritu Santo, que nos fue dado. En el capítulo 16 tenemos Su lugar y posición sobre la tierra, la Vid verdadera, y después Su estado de gloria exaltado y enviando al Consolador para revelar esto.

JUAN 14

la gracia y de la perfección en Su Persona, a fin de que al menos los que en el mundo tenían oídos para oír (si puedo valerme de tal expresión) se olvidasen de ellos mismos.

El Señor luego termina de hablar, y sigue adelante. Ya no se encuentra sentado con los Suyos, como si fueran de este mundo. Se levanta y se va del lugar.

Aquello que dijimos de los mandamientos del Señor, dados durante Su transitar aquí abajo—un pensamiento que será ampliado en los sucesivos capítulos—nos ayuda mucho a comprender todo el discurso del Señor aquí hasta el final del capítulo 16. El asunto está dividido en dos partes principales: la acción del Espíritu Santo cuando el Señor hubiera partido, y la relación de los discípulos con Él durante Su estancia sobre la tierra. Por un lado, se trata de aquello derivado de Su exaltación a la diestra de Dios—lo que le elevó sobre la cuestión del judío y el gentil—y por otra parte, aquello que dependía de Su presencia sobre la tierra, centrando necesariamente todas las promesas en Su Persona y las relaciones de los Suyos consigo mismo, vistas en relación con la tierra y ellos en estas relaciones, hasta cuando Él se ausentase. Había, en consecuencia, dos clases de testimonio: el del Espíritu Santo, propiamente hablando—es decir, aquello que Él reveló en referencia a Jesús en lo alto—y el de los discípulos como testigos oculares de todo lo que vieron y oyeron de Jesús (cap. 15:26-27). No que por este propósito estuviesen ellos desprovistos de la ayuda del Espíritu Santo enviado desde el cielo. Él les trajo el recuerdo de aquello que fue Jesús, y lo que habló, mientras estuvo sobre la tierra. Por lo tanto, en el pasaje que estuvimos leyendo se describe Su obra de la siguiente manera (cap. 14:26): «Él os enseñará todas las cosas, y os recordará todas las cosas que os dije» (comparar vers. 25). Las dos obras del Espíritu Santo son aquí presentadas. Jesús habló de muchas cosas con ellos. El Espíritu Santo les enseñaría todas las cosas; además, Él les recordaría todo lo que había dicho Jesús. En el capítulo 16:12-13, Jesús les explica que

JUAN 15

Él tenía muchas cosas que decir, pero que no podían llevarlas. Más tarde, el Espíritu de verdad los conduciría a toda la verdad. Él no hablaría de Sí, sino que todo lo que escuchara, es lo que Él hablaría. No era como un espíritu personal, que hablase por su propia cuenta. *Uno* con el Padre y el Hijo, y descendido para revelar la gloria y los consejos de Dios, todas Sus comunicaciones se relacionarían con ellos, revelando la gloria de Cristo ascendido en lo alto, a quien pertenecía todo lo que el Padre poseía. Aquí no se trata de recordar todo lo que Jesús dijo sobre la tierra. Todo es celestial y está relacionado con lo que está ensalzado, y con la plena gloria de Jesús, o bien se relaciona de otro modo con los propósitos venideros de Dios. Volveremos a este asunto más tarde. He dicho estas pocas palabras para marcar las distinciones que he señalado.

CAPÍTULO 15

El comienzo de este capítulo, y de aquello que se refiere a la vid, concierne a la porción terrenal de Jesús, a Su relación con Sus discípulos sobre la tierra, y no rebasa esta posición.

«Yo soy la vid verdadera.» Jesús había plantado una viña sacada de Egipto (Salmo 80:8). Ésta es Israel según la carne; pero no era la verdadera Vid. La verdadera Vid era Su Hijo, al cual sacó fuera de Egipto—Jesús¹. Él se presenta así a Sus discípulos. Aquí no es aquello que Él será después de Su partida; Él fue esto sobre la tierra. No estamos hablando de plantar viñas en el cielo, ni de podar allí las ramas.

Los discípulos hubieran considerado al Señor como la rama más excelente de la Vid; pero así, sólo habrían considerado a un miembro de Israel, mientras que Él era el

1. Comparar Isaías 49 para esta sustitución de Cristo por Israel. Él dio un nuevo comienzo a Israel en bendición, como hizo con el hombre.

JUAN 15

recipiente, la fuente de bendición, conforme a las promesas de Dios. La vid verdadera, por lo tanto, no es Israel; bien al contrario, es Cristo en contraste con Israel, Cristo plantado sobre la tierra y tomando el lugar de Israel como la Vid *verdadera*. El Padre cultiva evidentemente esta planta sobre la tierra. No hay necesidad de ningún labrador en el cielo. Aquellos que están unidos a Cristo, como el remanente de Israel, los discípulos, son los que necesitan este cultivo. Es sobre la tierra donde se espera una producción de fruto. El Señor les dice por tanto: «Vosotros ya *estáis limpios*, por la palabra que os he hablado.» «Vosotros sois los pámpanos.» Judas, si podemos decirlo, fue quitado como pámpano, así como los discípulos que no anduvieron más con Él. Los demás serían probados y purificados para que llevaran más fruto.

No dudo de que esta relación, en principio y en una analogía general, todavía subsista. Aquellos que hacen una profesión uniéndose a Cristo para seguirle, serán, si hay vida, purificados; si no, aquello que incluso tienen les será quitado. Obsérvese por lo tanto aquí que el Señor habla sólo de Su Palabra—la del verdadero profeta—y del juicio, sea ya en disciplina o para descalificación. Él no habla del poder de Dios, sino de la responsabilidad humana que el hombre no será ciertamente capaz de afrontar sin la gracia, pero que no obstante la detenta personalmente.

Jesús era la fuente de toda su fortaleza. Ellos tenían que permanecer en Él. Así—pues éste es el orden—Él permanecería en ellos. Hemos visto esto en el capítulo 14. Él no habla aquí del soberano ejercicio del amor en salvación, sino del gobierno de los hijos de parte de Su Padre; de modo que la bendición depende del andar (vers. 21,23). Aquí el labrador busca fruto; pero la enseñanza ofrecida presenta una completa dependencia de la vid como el medio de producirlo. Y Él muestra a los discípulos que, cuando anduvieran sobre la tierra, serían podados por el Padre, y nadie que no llevara fruto—pues en el versículo 6 cambia cuidadosa-

JUAN 15

mente de expresión porque conocía a los discípulos y *los* había declarado ya limpios—sería cortado. El asunto tratado no es el de la relación con Cristo en el cielo por el Espíritu Santo, sino de aquel vínculo que incluso entonces fue formado aquí abajo, el cual podría ser vital y eterno. El fruto sería la prueba.

En la anterior vid, esto no era necesario. Ellos eran judíos de nacimiento, estaban circuncidados, guardaban las ordenanzas y permanecían en la viña como buenos pámpanos, sin llevar ningún fruto. Sólo fueron cortados de Israel por una violación a voluntad de la ley. No es una relación con Jehová basada en la circunstancia de ser nacido en una cierta familia. Aquello que se busca, es glorificar al Padre llevando fruto. Esto es lo que demostraría que eran discípulos de Aquel que tanto los ha soportado.

Cristo era la Vid verdadera; el Padre, el labrador; los once eran los pámpanos. Habían de permanecer en Él, lo cual es efectuado sin pensar en producir ningún fruto si no es en Él, mirando primero a Él. Cristo precede al fruto. Es la dependencia, la proximidad práctica de corazón y habitual hacia Él, y confianza, estando unidos a Él a través de dicha dependencia. En este sentido, Cristo sería en ellos una constante fuente de fortaleza y de fruto al estar en ellos. Fuera de Él, nada podían hacer. Si permaneciendo en Él tenían la fuerza de Su presencia, llevarían fruto. Asimismo, «si alguien» no permanecía en Él—no dice «ellos», pues los conocía como verdaderos pámpanos ya limpios—sería echado para ser quemado. Nuevamente, si permanecían en Él—si existía la continua dependencia que se origina en esta fuente—y si las palabras de Cristo permanecían en ellos, dirigiendo sus pensamientos y sus corazones, ellos gobernarían los recursos del poder divino; podrían pedir lo que quisieran, y les sería hecho. Pero, además, el Padre amó al Hijo mientras Él habitó sobre esta tierra. Jesús hizo lo mismo con respecto a ellos. Habían de permanecer en Su amor. En los versículos anteriores, era en Él; aquí, es en Su

JUAN 15

amor¹. Al guardar los mandamientos de Su Padre, Él permaneció en Su amor; al guardar los mandamientos de Jesús, ellos permanecerían en *el Suyo*. La dependencia y la obediencia—la cual implica confianza, y referencia a Aquel de quien dependían para la fuerza, incapaces de hacer nada solos y aferrándose así a Él—son los dos grandes principios de la vida práctica aquí abajo. Así, Jesús caminó como Hombre; conocía por experiencia la verdadera senda para Sus discípulos. Los mandamientos de Su Padre eran la expresión de lo que el Padre era; guardándolos en el espíritu de obediencia, Jesús anduvo siempre en la comunión de Su amor; mantuvo la comunión consigo mismo. Los mandamientos de Jesús sobre esta tierra eran la expresión de lo que Él era, divinamente perfecto en el camino del hombre. Al caminar en ellos, Sus discípulos estarían en la comunión de *Su* amor. El Señor habló estas cosas a Sus discípulos a fin de que Su gozo² permaneciera en ellos y fuera completo.

Vemos que no es la salvación de un pecador la que está cuestionándose en estas líneas, sino el camino de un discípulo para que pueda gozar plenamente del amor de Cristo, y que su corazón pueda retirar el oscuro velo del lugar donde se halla el gozo.

Tampoco es la cuestión tratada aquí de si un verdadero creyente puede separarse de Dios, porque el Señor haga de la obediencia el medio de permanecer en Su amor. Ciertamente no podía Él perder el favor de Su Padre, o cesar de ser el objeto de Su amor. Esto estaba fuera de toda cuestión. Y Él dice «He guardado los mandamientos de mi Padre, y permanecido en Su amor.» Ésta era la senda divina en la que Él gozó de este amor. De lo que se habla

1. Están las tres exhortaciones: «Permaneced en mí»; «Si permanecéis en mí, y mis palabras en vosotros, pediréis lo que queráis»; «Permaneced en mi amor.»

2. Alguien ha pensado que esto significa el gozo de Cristo en la fiel andadura de un discípulo; yo no lo creo así. Era el gozo que Él tenía aquí abajo, justo cuando nos dejó Su propia paz y nos dará Su misma gloria.

JUAN 15

aquí es del caminar y de la fortaleza de un discípulo, y no del medio de la salvación.

En el versículo 12 empieza otra parte del asunto. Él quiere—*éste* es Su mandamiento—que se amen los unos a los otros, como Él los amó. Antes, había hablado del amor del Padre por Él, el cual manaba del cielo hacia Su corazón aquí abajo¹. Los amó de la misma manera; pero también había sido un compañero, un siervo en este amor. Así, los discípulos tenían que amarse mutuamente con un amor que se elevaba por encima de toda la debilidad de los demás, y el cual era al mismo tiempo fraternal, causándole a cualquiera que lo sentía ser el siervo de su hermano. Iba tan lejos como para dar la propia vida por la de un amigo. Para Jesús, aquel que le obedecía, era Su amigo. Observemos que Él no dice que sería el Amigo de ellos; somos Sus amigos cuando disfrutamos de su confianza, tal como Él lo expresa: «Os he contado todas las cosas que he oído de mi Padre.» Los hombres hablan de sus asuntos, según la necesidad que pueda haber de hacerlos surgir, con aquellos que les interesa. Yo comunico todos mis pensamientos a uno que es mi amigo. «¿Esconderé de Abraham aquello que yo haré?» Y Abraham fue llamado el «amigo de Dios». No se trataba de las cosas concernientes a Abraham mismo, que Dios le contó entonces—lo hizo como Dios—sino de las cosas concernientes al mundo, a Sodoma. Dios hace lo mismo con respecto a la asamblea, prácticamente para con el discípulo obediente: tal discípulo sería el depositario de Sus pensamientos. Además, Él los había escogido para esto. No fueron ellos quienes le escogieron a Él por el ejercicio de su voluntad. Él los escogió y les ordenó marchar y producir fruto, un fruto que permaneciese, de modo que siendo así escogidos por Cristo para la obra lo recibieran del Padre, el

1. Él no dice «me ama», sino «me ha amado», es decir, Él no habla meramente del amor eterno del Padre por el Hijo, sino del amor del Padre manifestado a Él en Su humanidad sobre la tierra.

JUAN 15

cual no podía fallarles para cualquier cosa que le pidieran. Aquí llega el Señor a la fuente y certeza de la gracia, a fin de que la responsabilidad práctica, bajo la que los coloca, no oscureciera la gracia divina que actuaba para con ellos y que los situaba allí.

Ellos habían de amarse mutuamente¹. Que el mundo los odiara no era sino la consecuencia natural de su odio hacia Cristo. Sellaba su asociación con Él. El mundo ama aquello que es del mundo; esto es bastante natural. Los discípulos no eran de él; y, además, el Jesús que había rechazado los había escogido separándolos del mundo. Por tanto, los odiaría por causa de ser elegidos en gracia. Asimismo había la razón moral, esto es, que ellos no eran de él; pero esto demostraba su relación a Cristo, así como Sus soberanos derechos, por los que él los tomó para Sí fuera de un mundo rebelde. Tendrían la misma parte que su Maestro: sería por causa de Su nombre, porque el mundo—y Él habla especialmente de los judíos, entre quienes hizo la labor—no conocía al Padre que le envió a Él en amor. Para vanagloriarse en Jehová como *su* Dios, les venía muy bien. Hubieran recibido al Mesías sobre esta base. Conocer al Padre revelado en Su verdadero carácter por el Hijo, era algo muy diferente. Sin embargo, el Hijo le reveló, y, tanto por Sus palabras como por Sus obras, manifestó al Padre y Sus perfecciones.

Si Cristo no hubiera venido y les hubiera hablado, Dios no habría tenido que reprocharles ningún pecado. Todavía hubieran sido capaces de continuar—aunque había en ellos suficiente pecado y trasgresión de hombres como pueblo bajo la ley—en un estado de inconsciencia, sin dejar rastro de duda sobre su continuación sin Dios, y de que no regresarían cuando se les llamase por misericordia. El

1. Escogiéndolos y poniéndolos aparte para gozar juntos de esta relación con Él fuera del mundo, Él los puso en una posición de la que el amor mutuo era la consecuencia natural; y, de hecho, el sentido de esta posición y el amor van juntos.

JUAN 15

fruto de una naturaleza caída estaba allí, pero no así la prueba de que esta naturaleza prefería el pecado antes que a Dios, porque Dios en misericordia no estaba allí imputándosela. La gracia trataba con ellos como caídos, no como criaturas voluntariosas. Dios no tomaba el terreno de la ley ni del juicio, los cuales imputan, sino de la gracia en la revelación del Padre por medio del Hijo. Las palabras y las obras del Hijo rechazado revelando al Padre en gracia les dejó sin esperanza (comparar cap. 16:9). Si su verdadera condición no hubiera sido de otro modo sometida a prueba, Dios habría dispuesto otros medios para utilizarlos. Él amaba demasiado a Israel para condenarlos mientras hubiera uno que no fuese probado.

Si el Señor no hubiera hecho entre ellos las obras que nadie más había hecho, habrían permanecido como estaban, rehusando creer en Él, y no habrían sido hechos culpables ante Dios. Hubiesen continuado siendo los objetos de la paciencia de Jehová; pero de hecho habían visto y aborrecido tanto al Hijo como al Padre. El Padre fue revelado plenamente en gracia; ellos le rechazaron. ¿Qué podía hacerse si no dejarlos en el pecado, apartados de Dios? Si Él se hubiera manifestado sólo en parte, habrían tenido una excusa al decir: «Ay, si nos hubiera mostrado gracia, si le hubiéramos conocido como Él es, no le habríamos rechazado.» Mas ahora no podían decirlo. Habían visto al Padre y al Hijo en Jesús. ¡Le habían visto y le menospreciaron!¹

Pero esto fue sólo la consumación de aquello que fue predicho acerca de ellos en su ley. En cuanto al testimonio que el pueblo dio de Dios, y de un Mesías que ellos habían de recibir, todo había terminado. Le habían aborrecido sin causa.

El Señor regresa ahora al asunto del Espíritu Santo, que iba a venir para mantener Su gloria, la cual el pueblo piso-

1. Remárquese que Su Palabra y Sus obras tienen nuevamente una referencia aquí.

JUAN 15

teó. Los judíos no conocieron al Padre manifestado en el Hijo; el Espíritu Santo iba a venir ahora del Padre para dar testimonio del Hijo. El Hijo le enviaría del Padre. En el capítulo 14, el Padre le envía en el nombre de Jesús para la relación personal de los discípulos con Jesús. Aquí Jesús, ascendido a lo alto, envía en Él al testimonio de Su gloria exaltada, de Su lugar celestial. Éste era el nuevo testimonio que tenía que darse de Jesús, el Hijo de Dios, ascendido al cielo. Los discípulos también darían testimonio de Él porque habían estado con Él desde el principio. Tenían que testificar con la ayuda del Espíritu Santo, como testigos oculares de Su vida sobre la tierra, de la manifestación del Padre en Él. El Espíritu Santo, enviado por Él, era el testimonio de Su gloria con el Padre, de donde Él vino.

Así en Cristo, la vid verdadera, tenemos a los discípulos, los pámpanos ya limpios, estando Cristo presente todavía sobre la tierra. Después de Su partida, ellos tenían que mantener esta relación práctica. Debían estar en relaciones con Él, igual que Él, aquí abajo, lo había estado con el Padre. Y ellos deberían tener buenas relaciones los unos con los otros como Él las había tenido con ellos. Su posición era fuera del mundo. Los judíos aborrecieron tanto al Hijo como al Padre; el Espíritu Santo daría testimonio del Hijo con el Padre, y en el Padre; y los discípulos deberían testificar también de aquello que Él había sido sobre la tierra. El Espíritu Santo, y, en cierto sentido, los discípulos, toman el lugar de Jesús sobre la tierra, así como el de la antigua vid.

La presencia y el testimonio del Espíritu Santo es ahora desplegado sobre la tierra.

Será bueno darnos cuenta de la relación de los asuntos en los pasajes que estamos considerando. En el capítulo 14 tenemos a la Persona del Hijo revelando al Padre, y el Espíritu Santo dando el conocimiento de la esencia del Hijo en el Padre, y de los discípulos en Jesús en lo alto. Ésta era la condición personal tanto de Cristo y los discípulos, quedando todo unido; primero el Padre, estando el Hijo aquí

JUAN 15

abajo, y después el Espíritu Santo enviado por el Padre. En los capítulos 15-16 se observan las distintas dispensaciones—Cristo, la vid verdadera sobre la tierra, y luego el Consolador venido a ella tras ser enviado por el Cristo exaltado. En el capítulo 14, Cristo ruega al Padre, el cual envía al Espíritu en el nombre de Cristo. En el capítulo siguiente, Cristo exaltado envía el Espíritu del Padre, un testigo de Su exaltación, como los discípulos, guiados por el Espíritu, lo fueron de Su vida de humillación.

Sin embargo, hay una continuación, así como una relación. En el capítulo 14, el Señor, aunque marchándose de esta tierra, habla en relación con aquello que Él había sido en su vida terrenal. Es el Padre quien envía al Espíritu a petición Suya. Él marcha de la tierra hacia el cielo como Mediador. Rogaría al Padre, y Él les daría otro Consolador que continuaría con ellos, sin dejarlos nunca como ahora Él. La relación de ellos con el Padre dependía de Él, y también creyendo en Él les sería enviado el Espíritu—no enviado al mundo ni a los judíos como tales. Sería enviado *en Su nombre*. Además, el Espíritu Santo les enseñaría y les traería a la memoria los mandamientos de Jesús—todo lo que les había dicho a ellos. El capítulo 14 da toda la posición que resultó de la manifestación¹ del Hijo, y aquella del

1. Obsérvese aquí el despliegue práctico del más profundo e interesante sujeto con respecto a la vida en 1 Juan 1-2. La vida eterna que estaba con el Padre se manifestó—pues en Él, en el Hijo, era la vida, Él era también la Palabra de vida, y Dios era luz (comparar Juan 1). Ellos tenían que guardar Sus mandamientos (cap. 2:3-5). Era un antiguo mandamiento que ellos habían tenido desde el principio—es decir, de Jesús sobre la tierra, de Aquel que tocaron con sus manos. Pero ahora este mandamiento era verdadero en Él y en ellos; esta vida de amor—cuyos mandamientos eran la expresión de ella—así como aquella de la justicia reproducida en ellos, en virtud de su unión con Él a través del Espíritu Santo, según Juan 14:20. Ellos también permanecían en Jesús (1 Juan 2:6). En Juan 1 hallamos al Hijo que está en el seno del Padre, quien le declara como Él le ha conocido—como aquello que el Padre era en Sí mismo. Y Él ha traído este amor—del cual Él fue el objeto—al seno mismo de la humanidad, y lo colocó en el corazón de Sus discípulos (ver cap. 17:26). Esto se conoce ahora en perfección por Dios habitando en nosotros, y siendo Su

JUAN 15

Padre en Él, y desde Su partida—es decir, su resultado con respecto a los discípulos.

En el capítulo 15 terminó de dar el asunto de los mandamientos en relación con la vida manifestada en Sí mismo aquí abajo; y al cierre de este capítulo Él se considera ascendido, y añade: «Cuando venga el Consolador... el cual os enviaré del Padre.» Él viene, ciertamente, del Padre; pues nuestra relación es, y debería ser, directa con Él. Allí es donde Cristo nos ha situado. Pero en este versículo no es el Padre que le envía a petición de Jesús, y en nombre de Él. Cristo ha tomado Su lugar en la gloria como Hijo del Hombre, conforme a los frutos gloriosos de Su obra, y Él lo envía. En consecuencia, Él da testimonio de aquello que Cristo es en el cielo. Sin duda que Él nos hace percibir que Jesús estaba aquí abajo, donde en gracia infinita manifestó al Padre, y lo percibimos mucho mejor que lo percibieron ellos, quienes estuvieron con Él durante Su vida terrena. Pero esto es en el capítulo 14. No obstante, el Espíritu Santo es enviado por Cristo desde el cielo y nos revela al Hijo, a quien conocemos ahora, habiendo manifestado perfectamente al Padre como hombre y en medio de hombres pecadores. Conocemos, repito, al Hijo con el Padre, y en el Padre. De ahí Él es quien nos ha enviado al Espíritu Santo.

amor perfecto en nosotros, mientras permanecemos en el amor fraternal (1 Juan 4:12; comparar Juan 1:18). La manifestación de haber sido amados así consistirá en nuestra aparición en la misma gloria que Cristo (cap. 17:22-23). Cristo manifiesta este amor viniendo del Padre. Sus mandamientos nos lo enseñan; la vida que tenemos en él la reproduce. Sus preceptos conforman esta vida guiándola por los recovecos de la carne y las tentaciones en medio de aquello que Él, sin pecado, vivió por esta vida. El Espíritu Santo es su fuerza, como siendo el vivo y poderoso vínculo con Él, y Él, por quien estamos conscientemente en Él, y Él en nosotros—unión, del cuerpo a la cabeza, es otra cosa, la cual no es nunca el asunto de la enseñanza de Juan. De su plenitud recibimos gracia sobre gracia. Por lo tanto, es eso en lo que deberíamos caminar—no ser lo que Él fue—pues no deberíamos caminar en la carne, aunque esté en nosotros y no haya estado nunca en Él.

CAPÍTULO 16

En este capítulo, una nueva etapa comienza en la revelación de esta gracia. El Espíritu Santo ya es visto como descendido.

El Señor declara que Él ha presentado toda Su enseñanza con respecto a Su partida, así como los sufrimientos de ellos en el mundo por sostener Su testimonio; su gozo, estando en la misma relación con Él como la que Él sostuvo con Su Padre sobre la tierra; su conocimiento del hecho de que Él era con el Padre, y ellos en Él, y Él en ellos; el don del Espíritu Santo, a fin de prepararlos para todo lo que sucedería cuando marchara, y que no fueran ofendidos. Serían echados de las sinagogas, y aquel que los matase pensaría que está sirviendo a Dios. Éste sería el caso con aquellos que, descansando en sus viejas doctrinas formales y rechazando la luz, utilizarían para resistirla la forma de la verdad con la cual darían crédito a la carne como ortodoxa. La luz es la que prueba al alma y la fe. La antigua verdad, recibida generalmente y por la que se distingue un cuerpo de gente de aquellos que los rodean, puede ser un motivo de orgullo para la carne, incluso donde se halla la verdad, como pasó con los judíos. Sin embargo, la nueva verdad tiene que ver con la fe desde su origen. No existe ningún cuerpo avalado por esta verdad, sino la cruz de la hostilidad y del aislamiento. Ellos pensaban que servían a Dios, pero no conocían al Padre ni al Hijo.

La naturaleza se ocupa de aquello que es pérdida. La fe mira al futuro al que nos lleva Dios. ¡Precioso pensamiento! La naturaleza actuaba en los discípulos: ellos amaban a Jesús, y se lamentaron en el momento de Su partida. Podemos entender esto. Pero la fe no se detenía aquí. Si hubieran asimilado la gloria necesaria de la Persona de Jesús, si su afecto, acrecentado por la fe, lo hubieran dirigido a Él y no a ellos mismos, habrían preguntado: «¿Adónde vas?». Sin embargo, Aquel que pensaba en ellos

JUAN 16

les asegura que les sería incluso ganancia perderle. ¡Fruto glorioso de los caminos de Dios! Su ganancia sería que el Consolador estaría sobre la tierra con ellos, y en ellos. Démonos cuenta de que Jesús no habla aquí del Padre. El Consolador estaría en Su lugar para mantener el testimonio de Su amor dado a los discípulos y la relación con ellos. Cristo se marchaba, pues si no lo hacía, el Consolador no vendría. Si partía, lo enviaría. Y cuando hubiera venido, demostraría la verdad con respecto al mundo que rechazó a Cristo y que persiguió a Sus discípulos. Y actuaría para bendición de estos últimos.

Refiriéndonos al mundo, el Consolador tenía solamente un motivo de testimonio a fin de demostrar el pecado de aquél cuando no quiso creer en Jesús. Había pecado de toda clase, y, al decir verdad, era pecado meritorio de juicio; y en la obra de la conversión, Él hace recordar al alma estos pecados. El rechazo de Cristo colocó al mundo entero bajo una sola forma de juicio. Es cierto que todos responderán por sus pecados de forma personal, y el Espíritu Santo se encarga de hacerlos sentir en cada individuo. Pero, como sistema responsable hacia Dios, el mundo rechazó a Su Hijo. Ésta era la base sobre la cual Dios actuaba para con el mundo ahora; ésta es la que hacía manifiesto el corazón del hombre. Era la prueba de que, siendo Dios plenamente revelado en amor, el hombre no le recibió. Él vino sin imputarles ningún pecado; pero ellos le rechazaron. La presencia de Jesús no era la del Hijo de Dios manifestado en Su gloria, ante la cual el hombre se encoge nada más verla, y no puede escaparse. Se trataba de lo que Él era moralmente, en Su naturaleza, en Su carácter. El hombre le odiaba. Todo testimonio para traer al hombre hacia Dios fue inútil. Cuanto más claro era el testimonio, más taciturnos se volvían contra él. La prueba del pecado del mundo era que éste había rechazado a Cristo. ¡Terrible testimonio, que Dios en bondad excitara el odio porque Él era perfecto y perfectamente bueno! Tal es el hombre. El testimonio del

JUAN 16

Espíritu Santo al mundo, como el de Dios a Caín, iba a ser la pregunta: «¿Dónde está mi Hijo?» No era que el hombre fuera culpable; que lo era cuando Cristo vino, sino que estaba perdido, el árbol era malo¹.

Éste era el camino de Dios hacia algo totalmente diferente—demostrar la justicia en que Cristo fue hacia Su Padre, y que el mundo no le vio más. Fue el resultado del rechazo de Cristo. Justicia humana no había ninguna. El pecado del hombre fue probado por el rechazo de Cristo. La cruz fue realmente el juicio ejecutado sobre el pecado. Y en este sentido, era la justicia; pero en este mundo fue el único Justo abandonado por Dios, condenado por el hombre. No fue la manifestación de justicia, sino una separación final en juicio entre el hombre y Dios (ver capítulos 11 y 12:31). Si Cristo hubiera sido liberado de este juicio entonces, y hubiese devenido el Rey de Israel, no habría sido resultado suficiente para que Él hubiera glorificado a Dios. Al haber glorificado a Dios Su Padre, Él se sentaba a la diestra de la majestad en las alturas, para ser glorificado en Dios mismo, y sentarse en el trono del Padre. *Estableciéndole allí, hubo justicia divina*². Esta justicia privó al mundo de Jesús para siempre. El hombre no le vio más. La justicia a favor de los hombres estaba en Cristo a la diestra de Dios—en juicio para con el mundo, en el que le había perdido para siempre.

Satanás demostró ser el príncipe de este mundo llevando a todos los hombres contra el Señor Jesús. Para consumir los propósitos de Dios en gracia, Jesús no se resiste. Él se entrega a la muerte. Aquel que tenía el imperio de la muerte se arriesgó hasta el fin. En su afán de arruinar al hombre, tuvo que arriesgar todo en esta empresa contra el Príncipe de la Vida. Fue capaz de asociar a todo el mundo consigo, judío y gentil, sacerdotes y pueblo, gobernantes, soldados y súbditos. El mundo estaba allí en aquel solemne

1. El hombre es juzgado por lo que ha hecho; está perdido por lo que él es.

2. Capítulos 13:31-32; 17:1,4-5.

JUAN 16

día, encabezado por su príncipe. El enemigo no tenía nada que perder, y el mundo estaba con él. Pero Cristo resucitó, ascendió a Su Padre, y ha mandado al Espíritu Santo. Todas las razones que gobiernan al mundo, y el poder por el cual Satanás mantuvo cautivos a los hombres, demuestran venir de él. El mundo aún no está juzgado, es decir, no se la ha ejecutado juicio—lo será de otra manera; sin embargo, es juzgado moralmente, y su príncipe está juzgado. Todos sus motivos, religiosos y seculares, lo han llevado a rechazar a Cristo, colocándolo bajo el poder de Satanás. Ha sido juzgado en este carácter, pues condujo al mundo contra Aquel que manifestó ser el Hijo de Dios por la presencia del Espíritu Santo, después de la rompedura del poder de Satanás con la muerte.

Todo esto tuvo lugar a través de la presencia del Espíritu Santo sobre la tierra, que Cristo envió. Su sola presencia era la prueba de estas tres cosas. Si el Espíritu Santo estaba allí, era porque el mundo había rechazado al Hijo de Dios. La justicia fue evidenciada al estar Jesús a la diestra de Dios, de la cual era la prueba la presencia del Espíritu Santo, así como lo manifestó el hecho de que el mundo le había perdido. Ahora, el mundo que le rechazó no fue exteriormente juzgado, pero habiéndolo llevado Satanás a rechazar al Hijo, la presencia del Espíritu Santo probó que Jesús había destruido el poder de la muerte; que aquel que poseía este poder fue juzgado de esta manera; que demostró ser el enemigo de Aquel a quien el Padre había reconocido; que su poder se fue de él, y que la victoria pasó al Postrer Adán cuando todo el poder de Satanás salió contra la debilidad humana de Aquel que, en amor, cedió ante ella. Pero Satanás, así juzgado, era el príncipe de este mundo.

La presencia del Espíritu Santo sería la prueba, no de los derechos de Cristo como el Mesías, ciertos como eran, sino de esos frutos que se referían al hombre y al mundo, en el cual Israel se hallaba ahora perdido después de rechazar las promesas, aunque Dios guardaría a la nación para Sí

JUAN 16

mismo. El Espíritu Santo hacía más que demostrar la condición del mundo. Llevaría a cabo una obra en los discípulos; los guiaría a toda la verdad, y les mostraría las cosas venideras. Jesús tenía muchas cosas que contarles y que todavía no eran capaces de sobrellevar. Cuando el Espíritu Santo estuviera en ellos, sería su fortaleza así como su maestro; y todo devendría un estado de cosas bien diferente para todos ellos. Aquí Él es considerado como presente sobre la tierra en el lugar de Jesús, y habitando en los discípulos, no como un espíritu individual que hablaba de Sí mismo, sino como dijo Jesús: «Lo que oigo, juzgo», con un juicio perfectamente divino y celestial. Así el Espíritu Santo, actuando en los discípulos, hablaría aquello que venía de arriba, y del futuro, conforme a la sabiduría divina. Comunicaría aquello que era celestial, y revelaría acontecimientos que vendrían sobre la tierra, siendo testigos el uno y el otro de que era un conocimiento proveniente de Dios. ¡Qué bendito poseer aquello que Él tiene para darnos!

Pero además, Él ocupa aquí el lugar de Cristo. Jesús glorificó al Padre sobre la tierra. El Espíritu Santo glorificaría a Jesús con referencia a la gloria que pertenecía a Su Persona y a Su posición. Aquí no habla directamente de la gloria del Padre. Los discípulos vieron la gloria de la vida de Cristo sobre la tierra; el Espíritu Santo desplegaría ante ellos lo concerniente a Su glorificación con el Padre.

Ellos aprenderían esto «en parte». Ésta es la medida del hombre cuando se trata de las cosas de Dios, pero su exactitud la declara el Señor mismo: «Él me glorificará, pues Él recibirá de lo mío, y os lo mostrará a vosotros.» *Todo lo que el Padre tiene es mío*: por lo tanto, dije yo, Él tomará de lo mío, y lo mostrará a vosotros.»

Así tenemos el don del Espíritu Santo presentado en diversidad, y en relación con Cristo. En dependencia de Su Padre, y representando a los discípulos ya separado de ellos, se dirige en nombre de ellos al Padre, haciéndole la petición de enviar al Espíritu Santo (cap. 14:16). Más ade-

JUAN 16

lante, hallamos que Su nombre es todopoderoso. Toda bendición del Padre viene en Su nombre. Por este motivo, y conforme a la eficacia de Su nombre y a todo lo que en Él es aceptable por el Padre, el bien es presentado a nosotros. Así, el Padre enviará al Espíritu Santo en nombre suyo (cap. 14:26). Y siendo glorificado Cristo en lo alto, y habiendo tomado Su lugar con el Padre, Él envía al Espíritu Santo (cap. 15:26) del Padre, como procediendo de Él. Por último, el Espíritu Santo está presente en este mundo, habitando en los discípulos y acompañándolos, y glorifica a Jesús, tomando de Él y revelándolo a los Suyos (cap. 16:13-15). Toda la gloria de la Persona de Cristo es presentada, igual que los derechos pertinentes a la posición que Él ha tomado. «Todas las cosas que tiene el Padre» son de Él. Ha tomado Su posición conforme a los consejos eternos de Dios, en virtud de Su obra como Hijo del Hombre. Pero si Él ha entrado en la posesión de este carácter, todo lo que posee en Él es Suyo, como un Hijo a quien—siendo uno con el Padre—pertenece todo lo que el Padre tiene.

Allí debía permanecer oculto por un tiempo: los discípulos le verían en adelante, pues se trataba sólo de la consumación de los caminos de Dios. No se trataba de estar perdido por la muerte. Él marchaba a Su Padre. Sobre este punto, los discípulos no entendieron nada. El Señor desarrolla el hecho y sus consecuencias, sin mostrarles aún toda la trascendencia de lo que dijo. Él la explica en el aspecto humano e histórico. El mundo se alegraría de haberse deshecho de Él. ¡Mísero regocijo! Los discípulos lamentarían, aunque fuera también la misma fuente de gozo para ellos; pero su tristeza se tornaría en gozo. Como testimonio, esto tuvo lugar cuando Él se mostró a ellos tras Su resurrección; será totalmente cumplido cuando regresará para recibirlos a Sí mismo. Cuando le hubieran visto otra vez, comprenderían la relación en que les había situado con Su Padre y la gozarían por el Espíritu Santo. No tendría que ser como si no pudieran acercarse ellos al Padre, mientras Cristo sí po-

JUAN 17

día hacerlo. Como dijo Marta: «sé que cualquier cosa que pidas a Dios, Él te la dará.» Ellos podían ir directamente al Padre, quien les amaba, porque habían creído en Jesús y le recibieron cuando se humilló en este mundo de pecado—en principio es siempre así—y pidiendo lo que ellos quisieran en Su nombre lo recibirían, a fin de que su gozo pudiera ser completo en la conciencia de la bendita posición del eficaz favor al que eran llevados, y del valor de todo aquello que poseían en Cristo.

No obstante, el Señor ya les declaró la base de la verdad—Él vino del Padre, y se marchaba a Él. Los discípulos pensaron que comprendían aquello que les había hablado sin parábolas. Imaginaron que Él adivinó su pensamiento, pues ellos no se lo expresaron. Sin embargo, no alcanzaron el nivel de lo que se les dijo. Les contó que creyeron lo que les dijo acerca de Su venida «de Dios». Esto lo comprendieron; y aquello que sucedió los corroboró en esta fe, declarando ellos su convicción con respecto a esta verdad; pero sin entrar en el pensamiento de venir «del Padre» y marchando «al Padre». Presumían de estar en la luz; pero no asimilaron nada que se elevara sobre el efecto del rechazo de Cristo, lo cual habría producido la creencia en Su procedencia del Padre y Su regreso a Él. Por lo tanto, Jesús les declara que Su muerte los esparciría, y que ellos le abandonarían. Su Padre estaría con Él; no estaría solo. Les explicó a ellos todas estas cosas a fin de que tuvieran paz en Él. En el mundo que le rechazó, tendrían tribulación. Pero Él venció al mundo, y este hecho los confortaría.

CAPÍTULO 17

Esto concluye la conversación de Jesús con Sus discípulos. En este próximo capítulo, Él se dirige a Su Padre tomando Su posición en el regreso, y les da a los discípulos una posición—es decir, la propia de Él—con respecto al Padre y al mundo, después de marchar para ser glorificado

JUAN 17

con el Padre. Todo el capítulo sitúa esencialmente a los discípulos en la posición de Cristo, después de establecer la base para ello en Su glorificación y obra. Salvo los últimos versos, se refiere a Su posición sobre la tierra. Como estaba Él en el cielo como Hombre glorificado, así ellos unidos con Él tenían que manifestar lo mismo. De ahí tenemos primero la posición que Él personalmente toma, y la obra que les da derecho a ellos para estar en ella.

Este capítulo queda dividido de la siguiente manera: los versículos 1-5 se refieren a Cristo, a la toma de Su posición en la gloria, a Su obra, y a esa gloria relativa a Su Persona, y al resultado de esta obra. Los versículos 1-3 presentan Su nueva posición en dos aspectos: «Glorifica a tu Hijo»—poder sobre toda carne, para la vida eterna para aquellos devueltos a Él; los versos 4-5, Su obra y sus resultados. En los versos 6-13, Él habla de Sus discípulos puestos en esta relación con el Padre por la revelación de Su nombre a ellos, y luego el haberles dado las palabras que Él mismo recibió para que pudieran gozar la bendición completa de esta revelación. También pide por ellos, para que fueran uno como Él y el Padre lo eran. En los versículos 14-21 hallamos su consecuente relación con el mundo; en los versos 20-21, Él introduce en el gozo de esta bendición a aquellos que iban a creer por sus medios. Los versos 22-26 dan a conocer el resultado para ellos, tanto futuro como presente: la posesión de la gloria que Cristo recibió del Padre—para estar con Él, disfrutando de la visión de Su gloria—para que el amor paterno estuviera con ellos aquí abajo, igual que Cristo había sido su objeto—y que Cristo estuviera también en ellos. Los últimos tres versículos toman a los discípulos al cielo como una verdad suplementaria.

Éste es un breve resumen de este maravilloso capítulo, en el cual podemos entrar, no en el discurso de Cristo con el hombre, sino en los deseos de Su corazón cuando Él los derrama delante de Su Padre para la bendición de aquellos que son Suyos. Maravillosa gracia que nos permite pene-

JUAN 17

trar en estos deseos, y comprender todos los privilegios que emanan de Su corazón, de ser nosotros el objeto de la comunión existente entre el Padre y el Hijo, en Su común amor hacia nosotros, cuando Cristo expresa Sus propios deseos, aquello que Él tiene en el corazón y presenta al Padre como deseos personales suyos.

Algunas aclaraciones pueden ayudarnos a asimilar el significado de ciertos pasajes en este maravilloso y precioso capítulo. ¡Que el Espíritu de Dios nos guíe!

El Señor, cuyas miradas de amor habían estado dirigidas hasta ahora a Sus discípulos sobre la tierra, levanta ahora sus ojos al cielo al dirigirse al Padre. Llegó la hora para glorificar al Hijo, a fin de que desde esa gloria glorificara Él al Padre. Generalmente hablando, ésta es la nueva posición. Su carrera aquí había terminado, y Él tuvo que subir a lo alto. Había dos cosas que se relacionaban con esto: el poder sobre toda carne, y el don de la vida eterna para tantas almas como el Padre le había dado. «La cabeza de cada hombre es Cristo.» Aquellos que el Padre le dio, reciben vida eterna de Aquel que ahora ascendía al cielo. La vida eterna era el conocimiento del Padre, el único verdadero Dios, y de Jesucristo, a quien Él envió. El conocimiento del Omnipotente daba la seguridad al peregrino de la fe, la certidumbre de que las promesas divinas para Israel se cumplían; que el Padre, quien envió al Hijo, a Jesucristo—el Hombre ungido y el Salvador—quien era la misma vida, y de este modo recibida como algo presente (1 Juan 1:1-4), era la vida eterna. El verdadero conocimiento aquí no era la protección exterior o la esperanza futura, sino la comunicación, en vida, de la comunión con el Ser conocido así en al alma, de la comunión con Dios plenamente revelado como el Padre y el Hijo. Aquí no es la divinidad de Su Persona la que está delante de nosotros en Cristo, aunque una Persona divina solamente podía estar en una posición tal y hablar así, sino que se trata de la posición que Él tomó al cumplir los consejos de Dios. Lo que se dice de Jesús en este

JUAN 17

capítulo podía decirse sólo de Uno que es Dios, y no únicamente la revelación de Su naturaleza. Él recibe todo del Padre—es enviado por Él, y Su Padre le glorifica¹. Vemos la misma verdad de la comunicación de la vida eterna en relación con Su divina naturaleza, así como Su relación íntima con el Padre en 1 Juan 5:20. Aquí, Él cumple la voluntad del Padre, dependiendo de Él en la posición que tomó, y la que va a tomar, incluso en la gloria, por muy glorioso que Su carácter pueda ser. Así también, en el capítulo 5 de nuestro evangelio, Él da vida a quien quiere; aquí son aquellos que el Padre le ha dado. Y la vida que Él recibe queda comprendida en el conocimiento del Padre, y de Jesucristo, a quien Él envió.

Declara ahora las condiciones bajo las que Él toma esta posición en lo alto. Él hubo glorificado perfectamente al Padre sobre la tierra. Nada que manifestara a Dios el Padre había sido un fracaso, cualquiera que hubiese sido la dificultad. La contradicción de pecadores fue sólo una ocasión que se presentó para dar paso a esta glorificación. Esto mismo tornó infinito el dolor. Sin embargo, Jesús llevó a término esa gloria enfrentándose a toda oposición. Su gloria con el Padre en el cielo no era sino la justa consecuencia dentro de una mera justicia. Jesús había tenido esta gloria con Su Padre antes de que el mundo fuese. Su obra y Su Persona por igual le daban derecho a ella. El Padre glorificado sobre la tierra por el Hijo; el Hijo glorificado con el Padre en lo alto, tal es la revelación contenida en estos versículos—un derecho procedente de Su Persona como

1. Cuanto más examinemos el evangelio de Juan, tanto más veremos a Uno que habla y actúa como una Persona divina—una con el Padre—como sólo Él podía hacer, pero siempre como Uno que ha tomado la posición de siervo, sin tomar nada de Sí mismo, sino recibiendo todo de Su Padre. «Te he glorificado», «ahora glorifícame Tu a mí.» ¡Qué lenguaje de igualdad en naturaleza y amor! Pero Él no dice «ahora me glorificaré.» Ha tomado la posición de Hombre para recibirlo todo, aunque fuera una gloria que Él tenía con el Padre antes de que el mundo fuese. Esto es de una belleza exquisita. Añado que era con esto que el enemigo intentó seducirle, en vano, en el desierto.

JUAN 17

Hijo, pero para una gloria en la que Él entró como hombre, como Hijo, como resultado de haber glorificado como tal a Su Padre. He aquí los versículos que relatan de Cristo. Asimismo, esto ofrece la *relación* en la que el Hijo entra en esta nueva posición como Hombre, y la obra mediante la cual lo hace justamente, dándonos así un título y el carácter en el que tenemos nosotros una posición allí.

Él habla ahora de la manera como entraron los discípulos en su peculiar lugar en relación con esta posición de Jesús—en esta relación con Su Padre. Él manifestó el nombre del Padre a aquellos que el Padre le había dado fuera del mundo. Ellos pertenecían al Padre, y el Padre les había dado a Jesús. Guardaron la Palabra del Padre, la fe en la revelación que el Hijo hizo del Padre. Las palabras de los profetas eran ciertas. Los fieles las disfrutaron: éstas sostuvieron su fe. Pero la Palabra del Padre reveló al Padre mismo en Aquel a quien había enviado, situando a los que le recibieron en una posición de amor, que era la posición de Cristo. Y conocer al Padre y al Hijo era la vida eterna, algo bastante diferente de las esperanzas relacionadas con el Mesías o con lo que Jehová le había dado. También es así que los discípulos son presentados al Padre; no recibiendo a Cristo en el carácter de Mesías y honrándole poseyendo Su poder por este título. Ellos conocieron que todo lo que Jesús tenía era del Padre. Él era entonces el Hijo; Su relación con el Padre era reconocida. Poseyendo una velada comprensión, el Señor los reconoce conforme a la apreciación de su fe, y de acuerdo al objeto de esa fe que Él conocía, no conforme a su inteligencia. ¡Preciosa verdad!

El reconocido Jesús recibía este reconocimiento al recibir todo *del Padre*, mas no como Mesías de Jehová. Jesús les dio todas las palabras que el Padre le había dado. Él trajo sus almas a la conciencia de la relación entre el Hijo y el Padre, y a la plena comunión según las comunicaciones del Padre al Hijo en dicha relación. Él habla de su posición a través de la fe, no de su comprensión de esta posición.

JUAN 17

Entonces, ellos reconocieron que Jesús vino del Padre, y que vino con la autoridad del Padre, que le había enviado. Vino de allí revestido de la autoridad y de la misión dadas por el Padre. Ésta era la posición de ellos por la fe.

Ahora—estando ya los discípulos en esta posición—Él los pone, conforme a Sus pensamientos y deseos, delante del Padre en oración. Pide por ellos y lo distingue del mundo completamente. Vendría el momento cuando—según el Salmo 2—Él pediría del Padre con referencia al mundo; Él no lo estaba haciendo así, excepto para aquellos que estaban fuera de él, a quienes el Padre le había dado. Ellos eran del Padre. Todo lo que es del Padre, está en esencial oposición al mundo (comparar 1 Juan 2:16).

El Señor presenta al Padre dos motivos para Su demanda: primero, que ellos eran del Padre, de modo que el Padre, para Su propia gloria, y a razón de Su afecto por aquello que le pertenecía, los guardara; segundo, Jesús fue glorificado en ellos, así que si Jesús era el objeto del afecto del Padre, por esa misma razón debería el Padre guardarlos también. Además, los intereses del Padre y del Hijo no podían separarse. Si ellos eran del Padre, eran de hecho del Hijo; y era sólo un ejemplo de esta verdad universal: todo lo que era del Hijo era del Padre, y todo lo que era del Padre era del Hijo. ¡Qué lugar para nosotros como los objetos de este afecto mutuo, de estos comunes e inseparables intereses del Padre y del Hijo! Éste es el gran principio—el gran fundamento de la oración de Cristo. Él rogó por los discípulos, porque pertenecían al Padre. Jesús tenía que procurar, entonces, su bendición. El Padre se interesaría totalmente por ellos, porque en ellos tenía que ser glorificado el Hijo.

Presenta luego las circunstancias a las que se aplicaba la oración. Él ya no estaba en este mundo. Iban a estar privados de Su cuidado personal presente con ellos, pero se quedarían en este mundo mientras Él se fuera al Padre. Ésta es la base de Su demanda con respecto a su posición. Los pone en relación con el Padre Santo, con todo el perfecto

JUAN 17

amor paterno, y con el Padre de Jesús y el de ellos, manteniendo la santidad que Su naturaleza demandaba si tenían que estar en relación con Él. Era una protección directa. El Padre guardaría en Su propio nombre a aquellos que Él había dado a Jesús. La relación era, así, directa. Jesús los encomendó a Él, y ello no porque pertenecieran al Padre, sino porque eran ahora Suyos, investidos de todo el valor que ello les confería a los ojos del Padre.

El objeto de Su solicitud era el de guardarlos unidos, como el Padre y el Hijo son uno. Solamente un Espíritu divino era el vínculo de esa unidad. En este sentido, el vínculo fue verdaderamente divino. Mientras estuvieran llenos del Espíritu Santo, tendrían una sola mente, un consejo, un propósito. Ésta es la unidad a que nos referimos aquí. El Padre y el Hijo eran su único propósito. Tenían únicamente los pensamientos de Dios; porque Dios mismo, el Espíritu Santo, era la fuente de sus pensamientos. Eran un solo poder y naturaleza los que los unían—El Espíritu Santo. La mente, la meta, la vida y toda la existencia moral, eran como consecuencia una sola cosa. El Señor habla, forzosamente, desde la altura de Sus propios pensamientos, cuando expresa Sus deseos por ellos. Si se trata de una cuestión de comprenderlos, debemos pensar en el hombre; pero también en una fortaleza que se perfecciona en la debilidad.

Ésta es la suma de los deseos del Señor—hijos, santos, bajo el cuidado del Padre; no por un esfuerzo o por un acuerdo, sino conforme al divino poder. Al estar Él allí, los había guardado en el nombre del Padre, fiel para cumplir todo lo que el Padre le había encomendado, y para no perder a ninguno de aquellos que eran de Él. En cuanto a Judas, fue el cumplimiento de la Palabra. La protección de Jesús presente en el mundo ya no podía existir. Pero Él habló estas cosas, estando aún allí, y los discípulos las escucharon, a fin de que comprendieran que estaban delante del Padre en la misma posición que Cristo sostenía, y que ellos podían así cumplir dentro de esta relación el gozo que

JUAN 17

Cristo había poseído. ¡Qué gracia inefable! Le habían perdido, visiblemente, para que ellos hallasen su propia relación con el Padre, gozando de todo lo que Él gozó en esa comunión aquí abajo, desde Su posición en dicha relación con el Padre. Él les impartió todas las palabras que el Padre le había dado—las comunicaciones de Su amor a Él, cuando caminó como Hijo en ese lugar terrenal; y, en el nombre especial de «Padre Santo», por el que el Hijo se le dirigía desde la tierra, el Padre tenía que guardar a aquellos que el Hijo dejaba allí. Así tendrían Su gozo completo en ellos mismos.

Ésta era su relación con el Padre, estando Jesús ausente. Él habla ahora de su relación con el mundo, como consecuencia de lo anterior.

Les dio la Palabra de Su Padre—no las palabras que les llevaban a la comunión con Él, sino Su Palabra—el testimonio de lo que Él era. Y el mundo los aborrecía como había hecho con Jesús y con el testimonio vivo y personal del Padre. Estando así en relación con el Padre, que los había alejado de la influencia de los hombres de este mundo, y tras recibir la palabra del Padre—vida eterna en el Hijo en ese conocimiento—ellos no eran del mundo así como Jesús no era del mundo; por eso el mundo los aborrecía. Sin embargo, el Señor no ruega que fueran sacados fuera, sino que el Padre los guardara del mal. Expone luego los detalles de Sus deseos en este sentido, fundamentándolos en que ellos no eran del mundo. Repite este pensamiento como la base de su posición aquí abajo. «No son del mundo, así como yo no soy del mundo.» ¿Qué debían ser entonces? ¿Por cuál norma y modelo tenían que ser formados? Por la verdad, y la Palabra del Padre es verdad. Cristo fue siempre el Verbo, pero el Verbo de vida entre los hombres. En las escrituras poseemos esta Palabra, escrita y segura: ellos le revelan, y dan testimonio de Él. Así fue que los discípulos tenían que ser puestos aparte. «Santifícalos por tu verdad, tu palabra es verdad.» Esto era

JUAN 17

con lo que debían ser formados a nivel personal, por la Palabra del Padre, como Él fue revelado en Jesús.

La misión continúa. Jesús los envía al mundo, como el Padre le había enviado a Él. Son enviados a él de parte de Cristo. Si hubieran sido de él, no habría sido necesario enviarlos. No era sólo cuestión de que fuera verdad la Palabra del Padre, ni la comunicación de la Palabra del Padre por medio de Cristo presente con los discípulos—puntos de los cuales desde el versículo 14 hasta ahora Jesús había estado hablando: «les he dado tu palabra.» Él se santificó. Se mantuvo aparte como Hombre celestial sobre los cielos, un Hombre glorificado en la gloria, a fin de que toda verdad pudiera resplandecer en Él, en Su Persona, resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre—siendo manifestado así en Él todo lo que el Padre es, el testimonio de la justicia divina, del amor y del poder divinos, torciendo totalmente la mentira de Satanás por la que el hombre había sido engañado, y por la que entró la falsedad en el mundo. He aquí el modelo perfecto de aquello que el hombre era conforme a los consejos de Dios, la expresión de Su poder moral y de gloria, la imagen, en el Hijo, del Dios invisible. Jesús se apartó a esta posición para que los discípulos pudieran santificarse por la declaración recibida de lo que Él era; pues esta declaración era la verdad, y los hacía una creación a imagen de lo que revelaba. Así que era la gloria del Padre revelada por Él sobre la tierra, y la gloria en la cual Él descendió como Hombre. Éste es el resultado completo, la ilustración en gloria de la manera como se situó Él aparte de Dios por causa de los Suyos. No se trata entonces de formar y gobernar los pensamientos por la Palabra, poniéndonos aparte moralmente para Dios, sino de los bienaventurados afectos que emanan de nuestra posesión de la verdad en la Persona de Cristo, vinculados nuestros corazones con Él en gracia. Esto finaliza la segunda parte de aquello que se refería en comunión y en testimonio a los discípulos.

JUAN 17

En el versículo 20, Él declara que ruega también por aquellos que creerían en Él a través de los medios de los discípulos. Aquí el carácter de la unidad difiere un poco de aquella en el versículo 11. Allí, al hablar de los discípulos, Él dice «como Nosotros somos»; es decir, por la unidad del Padre y del Hijo se mostraba un propósito firme, un objeto, un amor y una obra. Por lo tanto, los discípulos debían tener esta clase de unidad. Aquí aquellos que creyeran, puesto que recibían y tomaban parte en aquello que era comunicado, tenían su unidad en el poder de la bendición a la cual eran llevados. Por un Espíritu, en el que estaban forzosamente unidos, poseían un lugar en comunión con el Padre y el Hijo (comparar 1 Juan 1:3; y el similar lenguaje del apóstol con el de Cristo). Así, el Señor pide que sean uno en ellos—en el Padre y en el Hijo. Éste era el medio para hacer creer al mundo que el Padre había enviado al Hijo, pues aquí aquellos que creyeron son los que eran no obstante *uno* en el Padre y en el Hijo por esta poderosa revelación y obra, por contrarios que fueran sus costumbres, intereses y prejuicios.

Aquí termina la oración, pero no así Su conversación con el Padre. Él nos da—y aquí los testimonios y los creyentes están unidos—la gloria que el Padre le ha dado. Constituye la base de una tercera clase de unidad¹. Todos participan, en gloria ciertamente, de esta unidad absoluta en pensamiento, objeto y propósito, la cual se halla en el Padre y en

1. Hay tres unidades mencionadas aquí. En primer lugar, la de los discípulos: «como nosotros somos»; unidad por el poder del Espíritu en pensamiento, propósito, mente y servicio, haciéndolos el Espíritu a todos uno y dándoles un camino en común, la expresión de Su mente y poder; no se habla de nada más. Entonces, aparecen aquellos que creerán a través de ellos como unidad en comunión con el Padre y el Hijo: «uno en Nosotros.» Luego viene la unidad en gloria: «perfectos en uno», en manifestación y revelación descendente; el Padre en el Hijo, y el Hijo en todos ellos. Las dos primeras eran para que el mundo creyera, la tercera para que el mundo conociera. Las dos primeras se cumplieron literalmente según los términos en que son expresadas. No es necesario decir lo lejos que se han apartado de esta unidad los creyentes desde entonces.

el Hijo. Habiendo venido la perfección, era natural a todos en gloria aquello que el Espíritu Santo produjo, cerrando el paso Su absorbente energía a toda ajena influencia.

El principio de la existencia de esta unidad añadía todavía otro carácter a la verdad de la manifestación, cuando menos, de una fuente interior que cumplía en ellos su manifestación: «Yo en ellos—dijo Jesús—y tú en mí.» Ésta no es la simple y perfecta unidad del versículo 11, ni la mutualidad y comunión del versículo 21. Es Cristo en todos los creyentes, y el Padre en Cristo, una unidad manifiesta en gloria, no meramente en comunión, y en la cual todo está perfectamente relacionado con su fuente. Y Cristo, a quien solamente debían manifestar, está en ellos. Y el Padre, a quien manifestó perfectamente Cristo, es en Él. El mundo—pues esto será en la gloria milenial—conocerá *entonces*—no dice *ahora* «para que pueda creer»—que Cristo fue enviado por el Padre. ¿Cómo negarlo cuando Él sea visto en gloria? Además, se manifestará también que los discípulos habían sido amados por el Padre, como Cristo fue amado. El hecho de que poseían la misma gloria que Cristo, constituiría la prueba.

Hay aquello que el mundo no verá, porque no estará en él. «Padre, quiero que aquellos que me has dado estén conmigo donde yo estoy.» Ahí no somos únicamente como Cristo—conformados al Hijo, y llevando la imagen del hombre celestial ante los ojos del mundo—sino que estamos *con Él* donde Él está. Jesús desea que veamos Su gloria¹. Solaz y consuelo para nosotros tras haber participado de Su vituperio; pero aún más precioso es considerar que Aquel Hombre vituperado será, por esa misma razón, glorificado con una gloria que excederá a otra cualquiera, salvo a aquella que sometió bajo Él todas las cosas. Aquí Él habla

1. Esto contesta la pregunta acerca de la entrada de Moisés y Elías en la nube, además de su manifestación en la misma gloria que Cristo, cuando estaban en el monte.

JUAN 17

de la gloria que fue dada. Esto es lo que la hace tan preciosa, porque la ha adquirido por Sus sufrimientos para dárnosla a nosotros, y precisamente fue por lo que obtuvo el justo premio por haber glorificado perfectamente, en ellos, al Padre. Éste es un gozo peculiar, completamente ajeno a este mundo. El mundo verá la gloria que tenemos en común con Cristo y sabrá que hemos sido amados como Cristo. Pero existe un secreto para aquellos que le aman, el cual pertenece a Su Persona y a nuestra asociación con Él. El Padre le amó antes de que el mundo fuese—un amor que no vale la pena comparar, pero que es infinito, perfecto y complaciente en sí mismo. Compartiremos esto en el sentido de ver a nuestro Amado en tal amor, y de estar con Él, y de contemplar la gloria que el Padre le ha dado según el amor con el cual Él le amó antes de que el mundo tuviera ninguna parte en los tratos de Dios. Hasta aquí, estábamos en el mundo; en el cielo, fuera de todo derecho que el mundo se imputa, contemplaremos a Cristo en el fruto de ese amor que el Padre tenía para Él antes de la formación del orbe. Así pues, Cristo fue el deleite del Padre. Le vemos en el fruto eterno de ese amor como Hombre, y estaremos en este amor con Él para siempre para deleitarnos en que nuestro Jesús, nuestro Amado, está en él, y es lo que Él es.

Entretanto, los tratos de Dios recibieron justicia con respecto a Su rechazo. Él había manifestado justa y perfectamente al Padre. El mundo no le conoció, pero Jesús le había conocido, y los discípulos conocieron que el Padre le envió. Él no apela aquí a la santidad del Padre para que los guardara conforme a ese bendito nombre, sino a la justicia del Padre para que distinguiera al mundo, por una parte, y a Jesús con los Suyos por otra, ya que existía una razón moral, así como un amor inefable del Padre para con el Hijo. Jesús quiere que nos gocemos al ser conscientes de que esta distinción fue hecha por las comunicaciones de gracia, antes que por las de juicio.

Él les declaró el nombre del Padre, y lo declararía hasta

JUAN 18

el momento cuando Él subiera a lo alto, a fin de que el amor con el cual el Padre le amó estuviera en ellos—a fin de que sus corazones poseyeran este amor aquí abajo—y Jesús fuera en ellos el que les dispensaba este amor, la fuente de la fortaleza para gozarlo, guiándolo en toda la perfección con la que Él lo gozó dentro de los corazones que Él habitaba. Él era la fortaleza, la vida, la competencia, el derecho, y el medio de que lo gozasen en el interior. En el Hijo se nos declara que conocemos el nombre del Padre, a quien Él nos revela. Quiere Él que gocemos ahora de esta relación en amor en la que le veremos en el cielo. Cuando vengamos en la misma gloria con Él, el mundo sabrá que hemos sido amados como Jesús; pero nuestra porción es conocerlo ahora, estando Cristo en nosotros.

CAPÍTULO 18

La historia de los últimos momentos de nuestro Señor comienza después de las palabras dirigidas al Padre. Hallaremos en esta parte el carácter general de aquello que se relata en este evangelio—según todo lo que hemos visto en él—de modo que los acontecimientos expondrán la gloria personal del Señor. En realidad, tenemos aquí la malicia del hombre fuertemente caracterizada; pero el objeto principal en la figura es el Hijo de Dios, no el Hijo del Hombre sufriendo bajo el peso de aquello que le sobrevino. No tenemos la agonía en el jardín, ni la expresión de cuando se sintió abandonado por Dios. Los judíos también son situados en el lugar de supremo rechazo.

La maldad de Judas tiene un matiz tan intenso aquí como en el capítulo 13. Él conocía bien el lugar, pues Jesús tenía la costumbre de reunirse allí con los discípulos. ¡Qué idea la de escoger tal sitio para traicionarle! ¡Qué dureza de corazón tan inconcebible! Pero ¡ay, se entregó a Satanás como instrumento enemigo, manifestando su poder y su verdadero carácter!

JUAN 18

¡Cuántas cosas habían sucedido en aquel jardín! ¡Qué comunicaciones de un corazón lleno del amor de Dios que intentaba hacerlas penetrar en los estrechos e insensibles corazones de Sus amados discípulos! Pero todo se había perdido para Judas. Vino con los agentes utilizados por la malicia de los sacerdotes y de los fariseos para detener a la Persona de Jesús. Pero Él se les adelantó. Es Él quien se presenta a ellos. Sabiendo todas las cosas que le iban a suceder, sale preguntado: «¿A quién buscáis?» Contestan ellos, como antes: «a Jesús de Nazaret.» La primera vez era necesario que la gloria divina de la Persona de Cristo se manifestara; y ahora, Su cuidado por los redimidos. «Si me buscáis—dijo el Señor—dejad ir a estos», para que se cumpliera la palabra «de aquellos que me has dado, no se pierda ninguno.» Él se presenta como el buen Pastor que da Su vida por las ovejas. Se sitúa ante ellos para que pudieran escapar del peligro que les amenazaba, dejando vía libre para que viniesen los demás a él para entregarse a ellos. Aquí toda Su ofrenda es gratuita.

Sin importar cuál fuese la gloria divina que manifestara, y la gracia de un Salvador que fue fiel a los Suyos, Él procede sumiso y en la perfecta quietud de una obediencia que había tenido en cuenta a Dios contando el coste, y recibiendo todo de la mano de Su Padre. Cuando la carnal y torpe energía de Pedro empleó la fuerza para defenderle a Él, quien, con una sola palabra de Su boca hubiera tirado al suelo a los que se acercaban para prenderle, y cuando al revelarles el objetivo de su búsqueda, privándoles de todo poder para comprenderla, Pedro golpea al siervo Malco, Jesús se sitúa en el lugar de obediencia. «La copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?» La divina Persona de Cristo había sido manifestada; la ofrenda voluntaria de Sí mismo acababa de hacerse, y esto, a fin de proteger a los Suyos; y ahora Su perfecta obediencia se manifiesta a la vez.

La malicia de un corazón endurecido, y la falta de inteligencia de un corazón carnal, pero sincero, salieron a la su-

JUAN 18

perficie. Jesús tiene Su lugar solo y apartado. Él es el Salvador. Sometiéndose así al hombre, a fin de cumplir los consejos y la voluntad de Dios, deja que le lleven donde ellos querían. Poca explicación hay de lo que se dice aquí. Aunque fue inquirido Jesús, apenas dijo nada acerca de Él. Delante tanto del sumo sacerdote como de Poncio Pilato, tenemos la tranquila y mansa superioridad de Uno que se iba a entregar; no obstante, sólo es condenado por el testimonio que dio de Sí mismo. Todos escucharon ya aquello que Él había enseñado. Desafió a la autoridad inquisitiva, no de manera oficial, sino moral y pacíficamente; y cuando fue injustamente golpeado, protestó con dignidad y perfecta serenidad, sometiendo a los insultos. Nunca acató al sumo sacerdote en absoluto, al tiempo que tampoco se opuso a él. Le abandonó a su incapacidad moral.

La debilidad carnal de Pedro quedó manifestada, igual que antes su carnal energía.

Si bien por causa de la veraz confesión de que Él era rey fue llevado ante Pilato, el Señor actúa con la misma serenidad y sumisión, pero cuestiona al gobernante instruyéndole de tal manera que éste no pudo hallar ningún delito en Él. Moralmente incapaz de permanecer a la altura de aquello que se le estaba presentando, Pilato le hubiera dejado libre echando mano de una tradición practicada entonces por los gobernantes, que era la de soltarles a los judíos un prisionero el día de la Pascua. Sin embargo, la inestable indiferencia de una conciencia cauterizada y humillada ante la presencia de uno que también estaba siendo humillado, no fue capaz de librarse de la activa maldad de aquellos que hacían la obra del enemigo. Los judíos protestaron contra la propuesta sugerida por el inquieto gobernante, y eligieron a un ladrón en lugar de Jesús.

CAPÍTULO 19

Pilato dio rienda suelta a su habitual insensibilidad. En el relato ofrecido en este evangelio, los judíos eran prominentes, verdaderos autores de la muerte del Señor. Celosos de su pureza ritualista, pero indiferentes a la justicia, no se conformaron con juzgarle según su ley¹, y resolvieron darle muerte por medio de los romanos, pues todo el consejo de Dios necesitaba tener su cumplimiento.

Fue a causa de las reiteradas exigencias de los judíos que Pilato entregó a Jesús en sus manos. Totalmente culpable de actuar así, había reconocido públicamente Su inocencia, y su conciencia fue indudablemente tocada, alarmándose por las evidencias que daban las pruebas de tener ante él a una persona fuera de lo común. No se inmutó ante el hecho de que su conciencia fuese tocada, pero lo fue (cap. 19:8). La gloria divina vislumbrándose a través de la humillación de Cristo actúa sobre él, y acentúa la afirmación hecha por los judíos de que Jesús se había llamado a Sí mismo Hijo de Dios. Pilato se burló de Él entregándole a los insultos de los soldados, y se detuvo en este punto. Tal vez esperó que los judíos tuvieran bastante con aquello, y presentó a la multitud a Jesús coronado de espinas. Quizás esperó que su celo con respecto a esos insultos nacionales los moviera a pedir su puesta en libertad. Pero implacables en su maligno propósito, gritaron: «¡crucifícale, crucifícale!» Pilato se les opuso por causa de sus propios intereses, al tiempo que les concedía libertad para que exclamasen, diciéndoles que no hallaba ningún delito en Él. Sobre esta acción, ellos apelaron a su ley judía. Tenían una ley, decían ellos, según la cual Él de-

1. Se dice que sus tradiciones judías prohibían que se enviara a la muerte a nadie durante las celebraciones. Es posible que esto hubiera influenciado a los judíos; pero sea lo que fuere, los propósitos de Dios fueron así consumados. En otros tiempos, los judíos no estaban tan dispuestos a someterse a las exigencias de Roma que les privaban del derecho a la vida y a la muerte.

JUAN 19

bía morir porque se hizo Hijo de Dios. Pilato, afectado y ejercitada su mente, se alarma aún más, y regresando de nuevo a la sala del juicio vuelve a preguntar a Jesús. El orgullo de Pilato se aviva, y le pregunta a Jesús si desconocía el poder que tenía para condenarle o dejarle marchar. El Señor mantiene, al contestarle, toda la dignidad de Su Persona. Pilato no tenía poder sobre Él, excepto si era la voluntad de Dios—a ésta Él se sometía. La suposición de que cualquiera podía hacer algo contra Él, si no era porque mediante aquello la voluntad de Dios se iba a cumplir, evidenciaba el pecado de los que le habían entregado. El conocimiento de Su Persona formaba la medida del pecado cometido contra Él. No advertir este pecado hacía que todo fuera juzgado sobre una falsa base, y, en el caso de Judas, quedó demostrada la ceguera moral más absoluta. Judas conocía el poder de su Maestro. ¿Qué iba a sacar de entregarles al hombre si no era porque había llegado Su hora? Y, una vez cumplido este caso ¿cuál fue la posición del traidor?

Jesús habla siempre conforme a la gloria de Su Persona, por la cual estaba siempre por encima de las circunstancias que atravesaba en gracia, y en obediencia a la voluntad de Su Padre. Pilato queda profundamente turbado por la respuesta del Señor, pero su sentimiento no fue lo bastante fuerte para sopesar el motivo con el que los judíos le presionaban. Sin embargo, este sentimiento tenía el poder necesario para recriminarles toda su mala voluntad de condenarle, y hacerles sentir totalmente culpables del rechazo del Señor.

Pilato intentó evitarle al Señor la ira de los judíos. Finalmente, temiendo ser acusado de infidelidad al César, se vuelve con desprecio hacia los judíos y les dice: «He aquí vuestro Rey.» Inconscientemente, actuó bajo la mano de Dios para escuchar de labios del pueblo aquella palabra condenatoria y calamitosa para ellos hasta el día de hoy: «No tenemos más rey que César.» Negaron a su Mesías. La

fatídica palabra, que atrajo el juicio de Dios, fue ahora pronunciada, y Pilato les entregó a Jesús.

Humillado y llevando la cruz, Jesús ocupa Su lugar con los transgresores. Sin embargo, Aquel que quería que todo se cumpliera ordenó que se rindiera un testimonio de Su dignidad; y Pilato—tal vez para ofender a los judíos, y ciertamente para cumplir los propósitos de Dios—fija en la cruz el título del Señor: «Jesús de Nazaret, rey de los judíos.» Este título habla de una doble verdad: el nazareno menospreciado es el verdadero Mesías. Aquí, entonces, como en todo este evangelio, los judíos ocupan su lugar como rechazados de Dios.

Al mismo tiempo, el apóstol muestra—aquí como en todas partes—que Jesús era el verdadero Mesías, citándoles las profecías que hablan de lo que le sucedió a Él en general, con respecto a Su rechazo y Sus sufrimientos, de modo que quedó demostrado que era el Mesías por las mismas circunstancias en que fue rechazado por el pueblo.

Después de la historia de Su crucifixión, tenemos aquello que la caracteriza tomando como referencia lo que Jesús fue sobre la cruz. La sangre y el agua manaron de Su costado perforado.

La devoción de las mujeres que le siguieron, menos importante quizás desde la perspectiva de la acción, resplandece a su manera en un amor perseverante que las llevó cerca de la cruz. La posición más responsable, incluso, de los apóstoles como hombres, apenas les dio ocasión; pero esto no quita el privilegio que la gracia concede a la mujer fiel a Jesús. Fue la oportunidad para Cristo de darnos una nueva enseñanza, mostrándose tal como Él mismo era, y presentando Su obra ante nosotros sobre toda circunstancia del momento como el efecto y la expresión de una energía espiritual que le consagró, como Hombre, enteramente a Dios, ofreciéndose también a Él por el Espíritu Eterno. Su obra estaba hecha. Se había ofrecido a Sí mismo. Volvía entonces, por decirlo así, a Sus relaciones personales. La na-

turalaleza, en Sus sentimientos humanos, se ve en su perfección; y al mismo tiempo se ve en Su Persona la superioridad divina frente a las circunstancias por las que pasó en gracia como el Hombre obediente. La expresión de Sus sentimientos filiales demuestra que la consagración a Dios, que quitó de Él aquellos afectos que son, por naturaleza, necesidad y deber en el hombre, no se debió a la falta de sentimientos humanos, sino al poder del Espíritu de Dios. Viendo a las mujeres, no les habló más como Maestro y Salvador, como la resurrección y la vida. Era Jesús, un Hombre, en Su relación individual con ellas.

«Mujer, he aquí a tu hijo»—dijo encomendando Su madre al cuidado de Juan, el discípulo que amaba Jesús—y al discípulo le dice «He aquí tu madre»; y desde entonces este discípulo la llevó a su casa. ¡Dulce y preciosa comisión! Una confianza que hablaba de aquello que sólo aquel que era así amado podía apreciar. Esto nos muestra también que Su amor por Juan tenía un carácter de afecto humano y una solicitud conforme a Dios, pero no era un amor esencialmente divino, aunque sí estaba lleno de una gracia divina que daba valor a todo, y que comprendía la realidad del corazón humano. Evidentemente, esto era lo que unía a Juan y a Pedro. Jesús era su único y común objeto. Teniendo personalidades muy diferentes—y todavía con más motivo—ellos pensaban sólo en una cosa. Una consagración absoluta a Jesús es el vínculo más fuerte entre corazones humanos. Les priva del yo, y poseen una sola alma de pensamiento, intención y propósito, porque tienen únicamente un objeto. Y en Jesús esto era perfecto, también era gracia. No leemos: «El discípulo que amaba a Jesús», lo cual hubiera estado bastante fuera de lugar. Esta acción del sujeto hubiera desposeído a Cristo de Su lugar, de Su dignidad y gloria personal, y hubiera destrozado el valor de Su amor hacia Juan. No obstante, Juan amaba a Cristo, y en consecuencia apreciaba el amor de su Maestro. Unido su corazón a Él por la gracia, se entregó a la ejecución de su dulce tarea, la cual

JUAN 19

él se deleita en hacer constar aquí. Es realmente el amor el que la relata, si bien no habla de sí mismo.

Creo que vemos nuevamente este sentimiento al comienzo de la primera epístola de Juan, usado por el Espíritu de Dios, no evidentemente como la base, sino para dar toda su virtud a la expresión de aquello que el discípulo había visto y oído.

Vemos también aquí que este evangelio no nos muestra a Cristo bajo el peso de Su sufrimiento, sino actuando sobre todas las cosas en conformidad a la gloria de Su Persona, y cumpliendo todo en gracia. En serenidad perfecta, Él provee para Su madre; habiendo hecho así, sabe que todo está consumado. Según el lenguaje humano, tenía completo control de Sí mismo.

Hay todavía una profecía que tenía que cumplirse. Dice Él: «Tengo sed»; y, como Dios había predicho, le dieron a beber vinagre. Al saber que no quedaba ahora ningún detalle de todo lo que hasta entonces había ido cumpliéndose, inclinó la cabeza y entregó el espíritu¹.

Cuando toda la obra divina es consumada, el Hombre divino que entregaba Su espíritu abandona el cuerpo que fue su órgano y su recipiente. Llegado el momento de hacerlo así, aseguró el cumplimiento de otra palabra divina: «No quebrarás hueso suyo.» Todo tenía su parte en el cumplimiento de estas palabras y los propósitos de Aquel que las pronunció de antemano.

Un soldado atravesó Su costado con una lanza. Es de un Salvador muerto que emanan las señales de una eterna y

1. Ésta es la fuerza de la expresión, lo cual es bastante distinto de la palabra *exepneusen* (expiró). Sabemos por Lucas que Él hizo esto cuando dijo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.» Pero en Juan, el Espíritu Santo presenta Su muerte como el resultado de un acto voluntario, entregando Su espíritu, sin mencionar a quién encomendaba Él—como hombre con una fe absoluta y perfecta—Su espíritu humano, Su alma, al morir. Lo que se muestra aquí es Su divina competencia, no Su confianza en Su Padre. La palabra no es utilizada nunca de este manera sino en este pasaje respecto a Cristo, ni en el Nuevo Testamento ni en la versión de los LXX.

JUAN 19

perfecta salvación—el agua y la sangre; la una para lavar al pecador, y la otra para expiar sus pecados. El evangelista lo vio. Su amor por el Señor le hace recordar que le vio así hasta el final; y lo explica a fin de que podamos creer. Pero si vemos en el discípulo amado el recipiente que utilizó el Espíritu Santo—y muy dulce es el verlo, y conforme a la voluntad de Dios—veremos claramente quién es el que lo usa. ¡Cuántas cosas no vería Juan que no explica aquí! El grito de angustia y de abandono, el terremoto, la confesión del centurión, la historia del ladrón: todas estas cosas acontecieron ante sus ojos puestos en su Maestro; pero no las menciona. Habla de aquello que su Amado era en medio de todo ello. El Espíritu Santo le hace relatar lo que concierne a la gloria personal de Jesús. Sus afectos le hacían sentir en todo ello una tarea dulce y agradable. El Espíritu se la inculcó, utilizándole para realizar aquello para lo cual era bien apto. Por gracia, el instrumento se dispuso en la obra para la cual el Espíritu Santo le apartó. Su memoria y su corazón estaban bajo la dominante y exclusiva influencia del Espíritu de Dios, el cual los empleó con Sus medios. Uno siente compasión del instrumento; uno cree en aquello que el Espíritu Santo relata por medio de él, pues las palabras son aquellas del Espíritu.

No hay nada más profundamente emotivo ni más interesante que la gracia divina expresándose en humana ternura, y tomando su forma. Mientras que poseía toda la realidad del afecto humano, esta ternura tenía todo el poder y profundidad de la gracia divina. Fue por gracia divina que Jesús tenía tales afectos. Por otro lado, nada más lejos de la apreciación de esta soberana fuente de amor divino que la pretensión de expresar nuestro amor como recíproco; ello sería, por el contrario, errar completamente en esta apreciación. Verdaderos santos entre los moravos han llamado a Jesús «hermano», y otros han copiado sus himnos o esta expresión. La Palabra nunca dice esto. «No se avergüenza de llamarnos hermanos»; otra

JUAN 20

cosa muy distinta es para nosotros llamarle a Él lo mismo. La dignidad personal de Cristo nunca deja de ser en la intensidad y ternura de Su amor.

El Salvador rechazado tenía que ser entre los ricos y honorables en Su muerte, por muy menospreciado que hubiera sido anteriormente. Despertadas por la magnitud del pecado de la nación y por el suceso mismo de Su muerte las conciencias de aquellos dos que no osaron confesarle en vida, se encargan de las atenciones debidas al cuerpo fallecido. El consejero José acude a pedirle a Pilato el cuerpo de Jesús, uniéndose a él Nicodemo para rendir los últimos honores a Aquel al cual nunca siguieron públicamente. Podemos entender lo siguiente. Seguir a Jesús continuamente bajo el vituperio y comprometerse para siempre con Su causa, es algo muy distinto de hacerlo cuando se presentan grandes oportunidades que no dan lugar para lo anterior, y cuando la trascendencia del mal nos obliga a separarnos del mismo; así como cuando el bien, rechazado porque es perfecto su testimonio y perfeccionado en su rechazo, nos empuja a tomar partido si por gracia se halla en nosotros algún sentido *moral*. Dios cumplió entonces Sus palabras de verdad. José y Nicodemo colocan el cuerpo del Señor en un sepulcro nuevo en una parcela cerca de la cruz, pues, a causa de los preparativos de los judíos, no pudieron continuar más en aquellos momentos.

CAPÍTULO 20

En este capítulo tenemos, a través de un resumen de varios de los hechos principales que sucedieron después de la resurrección de Jesús, una imagen de los resultados que siguieron a aquel gran acontecimiento relacionado directamente con la gracia que los produjo, y con los afectos que deberían reflejar los fieles cuando son llevados nuevamente a la comunión con el Señor. Al mismo tiempo, es una imagen de los caminos de Dios hasta la manifestación de

JUAN 20

Cristo al remanente, antes del milenio. En el capítulo 21, nos es presentado el milenio.

María Magdalena, de la cual había echado Él a siete demonios, aparece primero en escena como una emotiva expresión de los caminos de Dios. Ella representa al remanente judío de ese día, personalmente unido al Señor, pero desconociendo el poder de Su resurrección. Está sola en su amor; la misma fuerza de su afecto la hace sentirse sola. Ella no fue la única en ser salva, pero acude sola a buscar—erróneamente, si se prefiere—a Jesús antes de que el testimonio de Su gloria resplandeciese en un mundo de tinieblas, porque ella le amaba. Llega antes que las otras mujeres, mientras era aún oscuro. Tenemos aquí un corazón amante—lo hemos visto ya en las mujeres creyentes—que se ocupa de Jesús cuando el testimonio público del hombre es todavía muy débil. Y es a este corazón que se manifestó primero cuando resucitó. No obstante, ella sabía dónde hallar una respuesta. Al no encontrar el cuerpo de Cristo, acude a Pedro y al otro discípulo que amaba Jesús. Ellos van y hallan las pruebas de una resurrección llevada a cabo con la imperturbabilidad que caracteriza al poder de Dios. La alarma que crearía en la mente del hombre sería grande. No hubo prisas, todo estaba en orden, y Jesús no estaba allí.

Los dos discípulos, sin embargo, no son llevados por el mismo sentimiento que aquel que llenaba el corazón de María, quien fue el objeto de una liberación tan poderosa¹ por parte del Señor. Ellos vieron, y sobre estas pruebas tangibles, creyeron. No fue el entendimiento espiritual de los pensamientos de Dios por medio de Su palabra; ellos *vieron* y creyeron. No hubo nada en ello que mantuviera unidos a los discípulos. Jesús se había ido; resucitó. Ellos estuvieron

1. «Siete demonios». Esto representa la posesión completa de esta pobre mujer por los espíritus inmundos. Es la expresión del verdadero estado del pueblo judío.

satisfechos sobre este punto, y marcharon *a sus hogares*. Pero María, llevada por el afecto antes que por la inteligencia, no está satisfecha con el frío reconocimiento de que Jesús había resucitado¹. Ella le creía muerto todavía, porque no le poseía. Su muerte, el hecho de que no le hallara otra vez, pesaba sobre su afecto, pues Él mismo era su objeto.

1. Es imposible para mí, al ofrecer grandes principios para la ayuda de aquellos que intentan comprender la Palabra, desarrollar todo lo que es tan profundamente emotivo e interesante en este vigésimo capítulo, sobre el cual he insistido a menudo con creciente interés. Esta revelación del Señor a la pobre mujer que no podía verse sin su Salvador tiene un hermoso matiz, intensificado por cada detalle. Pero hay un punto de vista sobre el que quiero llamar la atención del lector. Existen cuatro condiciones del alma presentadas aquí, las cuales son muy instructivas en su conjunto, aplicada cada una en el caso de un creyente:

1ª. Juan y Pedro, los cuales ven y creen, son realmente creyentes; pero no ven en Cristo al único centro de todos los pensamientos de Dios, para Su gloria, para el mundo, para las almas. Ni es Él así para sus afectos, aunque son creyentes. Habiendo visto que Él resucitó, se las arreglan sin Él. María, la cual no sabía nada de esto, siendo incluso culpable de su ignorancia, no podía no obstante arreglárselas sin Cristo. Debía poseerle a Él. Pedro y Juan se van a sus casas, al centro de sus intereses. Ellos verdaderamente creyeron, pero el yo y sus hogares les bastaron.

2ª. Tomás creyó, y reconoció con fe ortodoxa, sobre pruebas irrefutables, que Jesús es su Señor y su Dios. Creyó verdaderamente para sí mismo. No tuvo las comunicaciones de la eficacia de la obra del Señor, y de la relación con Su Padre, en la cual Jesús introduce a los Suyos, a la asamblea. Tal vez tenía paz, pero perdió de vista toda la revelación de la posición de la asamblea. ¡Cuántas almas—incluso salvadas—están en estas dos condiciones!

3ª. María Magdalena es ignorante en extremo. No sabe que Cristo está resucitado. Tiene tan poco discernimiento acerca de Su señorío y deidad que piensa que alguien pudo haberse llevado el cuerpo. Pero Jesús es su todo, la necesidad de su alma, el único deseo de su corazón. Sin Él, ella no tenía hogar, ni Señor, ni nada parecido. Jesús responde a esta necesidad, la cual es señal de la obra del Espíritu Santo. Llama a la oveja por su nombre, se muestra a ella antes que a nadie, y le muestra que Su presencia no era un regreso corporal y judío a la tierra, sino un retorno a la presencia de Su Padre, que los discípulos eran ahora Sus hermanos, y que fueron situados en la misma posición que Él mismo con Su Dios y Padre. Toda la gloria de la nueva posición individual es declarada a ella.

4ª. El hecho de la resurrección mantiene unidos a los discípulos. Jesús los trae entonces a la paz que Él ha hecho, y tienen el pleno gozo de un Salvador presente que la trae para ellos. Él hace de esta paz que ellos poseerían en virtud de Su obra y Su victoria su punto de partida, y los envía como el Padre le

Todas las señales de este afecto se reproducen aquí del modo más emotivo. Ella supuso que el hortelano debía saber de quién se trataba, sin decírselo ella, pues su pensamiento estaba fijo en *uno* (como si yo preguntara por el objeto amado en una familia: «¿Cómo está?»). Inclínándose sobre el sepulcro, vuelve su cabeza cuando Él se acerca; pero entonces, el buen Pastor resucitado de los muertos llama a Su oveja por su nombre; y la apreciada y conocida voz—poderosa conforme a la gracia que así le llamaba—revela al instante a Aquel que ella escuchó. Y volviéndose, le contesta: «Raboni, mi Maestro.»

Mientras que se reveló así al querido remanente, al cual liberó, todo cambia en su posición y en Su relación con ellos. Él no moraría ahora corporalmente en medio de Su pueblo sobre la tierra, pues no volvía para restablecer el reino en Israel. «No me toquéis», dijo a María. Pero por la redención efectuó una cosa mucho más importante. Los ubicó en la misma posición que Él con Su Padre y Su Dios; y los llama Sus hermanos, lo cual no hizo nunca antes, ni podía haber hecho hasta la hora de Su muerte, ya que el grano de trigo permaneció solo hasta entonces. Puro y perfecto, el Hijo de Dios no podía permanecer en la misma relación con Dios que para con el pecador; pero en la gloriosa posición que Él iba a retomar como Hombre, podía, a través de la redención, asociarse con Sus redimidos lavados, regenerados y adquiridos por Él en adopción.

Les comunica una palabra de la nueva posición que habían de tener en común con Él. Dice a María: «No me to-

envió a Él, y les imparte al Espíritu Santo como el aliento y el poder de vida para que fueran capaces de llevar esa paz a otros.

Están las comunicaciones de la eficacia de Su obra, como había comunicado a María la relación con el Padre derivada de esa obra. El conjunto es la respuesta a la unión de María con Cristo, o lo que resultó de ello. Si por gracia existe un afecto, la respuesta está ciertamente garantizada. Es la verdad que emana de la obra de Cristo. Ningún otro estado que aquel que Cristo presenta es en conformidad a lo que Él ha hecho, ni al amor del Padre. Él no puede, por Su obra, situarnos en ningún otro estado.

JUAN 20

ques, mas ve a mis hermanos y diles que subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios.» La voluntad del Padre realizada por medio de la gloriosa obra del Hijo, quien, como Hombre aparte del pecado, tomó Su posición con Su Dios y Padre—ha introducido a los discípulos en la misma posición que Él delante del Padre.

El testimonio dado de la verdad hace que *se reúnan los discípulos*. Se congregan detrás de puertas cerradas, desprotegidos ahora por el cuidado y poder de Jesús, del Mesías y Jehová sobre la tierra. Pero si no iban a tener ya el refugio de la presencia del Mesías, tienen a Jesús en su centro que les traía aquello que no podían tener antes de Su muerte: la paz.

Él no les llevó esta bendición meramente como la porción que les pertenecía. Habiéndoles dado pruebas de Su resurrección, y que en Su cuerpo Él era el mismo Jesús, los establece en esta paz perfecta como el punto de partida de su misión. El Padre, fuente eterna e infinita de amor, envió al Hijo, quien habitó en ella, quien fue el testigo de ese amor y de la paz que el Padre derramó en derredor Suyo, donde el pecado no tenía su existencia. Rechazado en Su misión, la cual produjo dicha paz, Jesús había hecho la paz para todos aquellos que recibieran el testimonio de la gracia, en nombre de un mundo lleno de pecado. Y Él envía ahora a Sus discípulos desde el seno de esa paz en la que los introdujo por la remisión de los pecados a través de Su muerte, para que dieran testimonio de ella en el mundo.

Nuevamente les dice: «Paz a vosotros» para enviarlos al mundo vestidos y calzados sus pies con ella, incluso como el Padre le había enviado a Él. Les da el Espíritu Santo para este fin, que conforme a Su poder pudieran llevar la remisión de pecados a un mundo subyugado por el pecado.

No dudo que, históricamente hablando, el Espíritu se distingue de Hechos 2, puesto que aquí se trata de un aliento de vida interior, como Dios puso el aliento de vida en la nariz de Adán. No es el Espíritu Santo enviado desde el cielo.

JUAN 20

Así, Cristo, quien es un espíritu vivificante, les comunica la vida espiritual a ellos conforme al poder de la resurrección¹. En cuanto a la escena general presentada en figura en este pasaje, es el Espíritu ofrecido a los santos reunidos por el testimonio de Su resurrección y Su retorno al Padre, como toda la escena representa la asamblea en sus actuales privilegios. Tenemos al remanente unido a Cristo por amor; los creyentes personalmente reconocidos como hijos de Dios, y en la misma posición ante Él como Cristo; y entonces la asamblea fundada sobre este testimonio reunida con Cristo en el centro, el disfrute de la paz; y sus miembros constituidos individualmente en relación con la paz que Cristo hizo, son un testigo al mundo de la remisión de pecados, siéndoles encomendada a ellos su administración.

Tomás representa a los judíos de los últimos tiempos, quienes creerán cuando verán. Bienaventurados aquellos que creyeron sin haber visto. Pero la fe de Tomás no tiene que ver con la posición de hijos. Él reconoce, como lo hará el remanente, que Jesús es su Señor y su Dios. Tomás no estuvo con ellos en su primera reunión como Iglesia.

El Señor aquí, por Sus acciones, consagra el primer día de la semana para Su reunión aquí abajo con los Suyos en espíritu.

El evangelista no puede terminar de contar todos los hechos de Jesús. El objeto de aquello ya contado está relacionado con la comunicación de la vida eterna en Cristo;

1. Comparar Romanos 4-8, y Colosenses 2-3. La resurrección era el poder de la vida que les liberó del dominio del pecado, el cual tenía su final en la muerte, y que fue condenado en la muerte de Jesús, y muertos ellos a él, no fueron condenados por él, puesto que el pecado sí lo había sido en Su muerte. Esto no es una cuestión de culpa, sino de estado. Nuestra culpa, bendito sea Dios, fue quitada también. Pero aquí morimos con Cristo, y la resurrección nos presenta vivos ante Dios en una vida en la que Jesús—y nosotros con Él—apareció conforme a la perfección de la justicia divina. Esto implicaba también Su obra. (Romanos despliega el aspecto de la muerte; Colosenses añade la resurrección. En Romanos es la muerte al pecado; en Colosenses, la del mundo).

JUAN 21

primero, que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y en segundo lugar, que al creer tenemos vida en Su nombre. A esto es consagrado el evangelio.

CAPÍTULO 21

El siguiente capítulo, mientras que rinde un nuevo testimonio de la resurrección de Jesús, nos da—hasta el versículo 13—una imagen de la obra milenaria de Cristo; a partir de ahí hasta el final, tenemos las porciones especiales de Pedro y de Juan en relación con su servicio a Cristo. La aplicación se limita a la tierra, pues ellos conocieron a Jesús sobre ella. Es Pablo quien nos dará la posición celestial de Cristo y de la asamblea.

Conducidos por Pedro, varios de los apóstoles se van a pescar. El Señor les sale al encuentro en las mismas circunstancias que aquellas en las que los halló en el principio, y se les revela del mismo modo. Juan comprende enseguida que es el Señor. Con su energía habitual, Pedro se lanza al mar para acercarse al Señor.

Observemos aquí que nos hallamos de nuevo sobre el terreno de los evangelios históricos—es decir, que el milagro realizado de la captura de peces lleva aparejada la obra de Cristo sobre la tierra, y está en la esfera de Su anterior asociación con Sus discípulos. Es Galilea, no Betania. No tiene el carácter usual de la doctrina de este evangelio, el cual presenta a la Persona divina de Jesús fuera de toda dispensación aquí abajo, elevando nuestros pensamientos sobre tales objetos. Aquí—al final del evangelio y del esquema ofrecido en el capítulo 20 sobre el resultado de la manifestación de Su Persona divina y de Su obra—el evangelista viene por primera vez al terreno de los evangelios sinópticos, de la manifestación y frutos venideros de la relación de Cristo con la tierra. Así, la aplicación del pasaje a este punto no es meramente una idea que el relato sugiera a la mente, sino que descansa en la enseñanza general de la Palabra.

JUAN 21

Existe todavía una notable diferencia entre aquello que tuvo lugar en el principio, y con lo que ocurrió aquí. En la escena anterior, el bote empezó a hundirse y las redes se rompieron. No pasa lo mismo aquí, y el Espíritu Santo marca esta circunstancia como distintiva: la obra milenial de Cristo no es confusa. Él está allí después de resucitado, y aquello que Él lleva a cabo no descansa, en sí mismo, en la responsabilidad del hombre en cuanto a su efecto aquí abajo: la red no se rompe. Del mismo modo, cuando los discípulos traen el pescado que habían cogido, el Señor allí dispone ya de unos. Así será sobre la tierra finalmente. Antes de Su manifestación, Él se habrá preparado un remanente terrenal; pero tras Su manifestación, reunirá también a una multitud del mar de las naciones.

Se presenta otra idea. Cristo está de nuevo en compañía de Sus discípulos. «Venid—dice Él—comamos.» No se trata aquí de las cosas celestiales, sino de la renovación de Su relación con Su pueblo en el reino. Todo esto no va relacionado directamente con el asunto de este evangelio, el cual tiene un fondo más elevado. Por consiguiente, esta relación mesiánica se introduce aquí de forma misteriosa y simbólica. Esta aparición de Cristo es referida aquí como Su tercera manifestación. Dudo que ésta sea la manifestación incluida en el número antes de Su muerte. Yo la aplicaría más bien a aquello que, después de la resurrección, originó la reunión de los santos como asamblea; en segundo lugar, la aplico a una revelación de Sí mismo a los judíos según aquello presentado en el Cantar de los Cantares; y por último, como habiendo ya Él reunido al remanente. Su aparición como el relámpago queda fuera de lugar entre todas estas cosas. Históricamente ocurrieron las tres apariciones en el día de Su resurrección, el siguiente día de la semana, y la de Su aparición en el Mar de Galilea.

Más tarde, en un pasaje lleno de gracia inefable, Él confía a Pedro el cuidado de Sus ovejas—no dudo que se refiera a Sus ovejas hebreas; Pedro es el apóstol de la

JUAN 21

circuncisión—y deja a Juan un período indefinido de transitoriedad sobre la tierra. Sus palabras se aplican mucho más a su ministerio que a sus personas, con la excepción de un versículo que hace referencia a Pedro. Pero este requiere un poco más de explicación.

El Señor comenzó con la plena restauración del alma de Pedro. No le reprende su falta, sino que juzga el mal que la produjo: la autoconfianza. Pedro afirmó que si todos negaban a Jesús, él no lo haría. El Señor por tanto le preguntó: «¿Me amas más que éstos?», y Pedro fue obligado a reconocer que necesitaba tener la omnisciencia de Dios para saber que él, quien se había inflado de tener más amor que los otros por Jesús, no tenía en realidad ningún afecto por Él. Y siendo hecha la pregunta tres veces, debió sin duda escudriñar lo profundo de su corazón. No fue hasta la tercera vez que le contestó: «Tú sabes todas las cosas; sabes que te amo.» Jesús no dejó libre su conciencia hasta que no hubo llegado a este punto. No obstante, la gracia que hizo esto para el bien de Pedro—la gracia que le acompañó a pesar de todo, y la gracia que oraba por él antes de que sintiese su necesidad o de que hubiera cometido la falta—también es perfecta aquí. En el momento que podía pensarse que habría sido readmitido mediante la paciencia divina, se derrama sobre él el testimonio más fuerte de la gracia. Cuando se humilló por su falta y fue llevado a una total dependencia de la gracia, ésta se manifiesta sobreabundantemente. El Señor le encomendó aquello que más amaba, confiándolas a su cuidado: las ovejas que justo había redimido. Ésta es la gracia que sobrepasa al todo del hombre, la cual produce en consecuencia una confianza, no en el yo, sino en Dios lleno de gracia, en Uno cuya gracia es siempre meritoria de confianza, la cual está por encima de todo y que es siempre la misma; una gracia que nos capacita para realizar la obra de misericordia para con la persona que la necesita. Esta gracia crea una confianza en proporción a la medida con la que actúa.

JUAN 21

Creo que las palabras del Señor se aplican a las ovejas ya conocidas por Pedro: las ovejas de la casa de Israel; y con las cuales solamente Jesús había estado en contacto diario, quien las tuvo siempre presentes.

Me consta que hay una progresión en aquello que el Señor dice a Pedro, al preguntarle: «¿Me amas más que éstos?» Pedro contesta: «Sabes que tengo afecto por ti.» Jesús le responde: «Apacienta mis corderos.» La segunda vez dice solamente: «¿Me amas?», omitiendo la comparación entre Pedro y el resto, y su anterior pretensión de que le amaba. Pedro repite la afirmación de su afecto. Jesús le dice: «Apacienta mis ovejas.» La tercera vez fue: «¿Tienes afecto por mí?», usando las mismas palabras que Pedro; y al responder éste, aprovechando el uso que de sus palabras hace el Señor, le dice: «Apacienta mis ovejas.» Los vínculos entre Pedro y Cristo conocidos sobre la tierra le capacitaban para pastorear el redil del remanente judío—apacentar los corderos, mostrándoles al Mesías como Él fue, y actuar como un pastor guiando a aquellas que estaban más avanzadas, y proveyéndolas de alimento.

La gracia del amante Salvador no se detuvo aquí. Pedro podía sentir todavía el pesar de haber desperdiciado una oportunidad tal de confesar al Señor en el momento crítico. Jesús le aseguró que si había fallado al hacerlo de su propia voluntad, debería dejarse llevar para hacer la voluntad de Dios; y cuando de joven se ceñía solo, otros le ceñirían a él de viejo y le llevarían donde él no quisiera. Le sería dado por voluntad de Dios el morir por el Señor, como lo afirmó anteriormente en su disposición a hacerlo desde sus propias fuerzas. Ahora que Pedro fue humillado y llevado enteramente bajo la gracia—supo que no había en él fuerzas—sintió su dependencia del Señor, su absoluta ineficacia si confiaba en su propio poder; y ahora, repito, el Señor llama a Pedro a seguirle, lo cual quiso hacer cuando se le dijo que no podía hacerlo entonces. Era esto lo que su corazón deseaba. Alimentando a aquellos que

JUAN 21

Jesús continuó alimentando hasta Su muerte, vería cómo Israel rechazaba todo, incluso cómo Cristo les vio hacerlo; y terminar su obra, como Cristo hubo visto terminar la suya—el juicio listo para ser derramado, empezando en la casa de Dios. Finalmente, aquello que pretendió hacer y no pudo, lo haría ahora siguiendo a Cristo hasta la prisión, hasta la muerte.

Luego viene la historia del discípulo que Jesús amaba. Habiendo escuchado sin duda Juan la llamada dirigida a Pedro, también se pone en seguimiento; y Pedro, unido a él, como hemos visto, por su común amor al Señor, pregunta qué sucedería con él en caso de no seguirle. La respuesta del Señor anuncia la porción y ministerio de Juan, pero, según me parece, en relación con la tierra. La expresión enigmática del Señor es, no obstante, igual de notable que importante: «Si yo quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti?» Ellos pensaron, en consecuencia, que Juan no moriría. El Señor no dijo esto—una seria advertencia de no atribuir un significado que Sus palabras no tienen, y sí de querer recibirlo; y al mismo tiempo mostrando nuestra necesidad de la ayuda el Espíritu Santo. Las palabras pueden ser tomadas literalmente. Prestando atención yo mismo, confío, a esta advertencia, diré lo que creo ser el significado de las palabras del Señor, del cual no tengo ninguna duda.

Este significado ofrece la clave a muchas otras expresiones del mismo tipo. En la narrativa del evangelio, estamos en relación con la tierra—es decir, tenemos la relación de Jesús con la tierra. Plantado sobre la tierra en Jerusalén, la asamblea, como la casa de Dios, es reconocida formalmente tomando el lugar de la casa de Jehová allí. El remanente salvado por el Mesías no tenía que estar ya en relación con Jerusalén, el centro de la reunión de los gentiles. En este sentido, la destrucción de Jerusalén puso término judicialmente al nuevo sistema de Dios sobre la tierra—un sistema promulgado por Pedro (Hechos 3) con

JUAN 21

respecto al que Esteban declaró a los judíos su resistencia al Espíritu Santo, y fue enviado, por así decirlo, como un mensajero tras Aquel que marchó a recibir el reino y volver. Mientras que Pablo—escogido de entre aquellos enemigos de las buenas nuevas ofrecidas a los judíos por el Espíritu Santo después de la resurrección de Cristo, y separado de judíos y gentiles a fin de ser enviado a estos últimos—lleva a cabo una obra nueva que estaba oculta de los profetas de antiguo, esto es, la reunión de una asamblea celestial, sin distinción de judíos o gentiles.

La destrucción de Jerusalén terminó con uno de estos sistemas, y con la existencia del judaísmo conforme a la ley y las promesas, dejando solamente la asamblea celestial. Juan permaneció—el último de los doce—hasta ese período, y después de Pablo, a fin de velar sobre la asamblea establecida sobre esa base, es decir, como la estructura organizada y terrenal del testimonio de Dios responsable bajo este carácter, y el tema de Su gobierno sobre la tierra. En su ministerio, Juan continuó hasta que viniese Cristo en juicio a la tierra; y él ha vinculado el juicio de la asamblea, como testimonio responsable, con el juicio del mundo, cuando Dios reiniciará Sus relaciones en gobierno con la tierra—siendo acabado el testimonio de la asamblea, y tras haber sido ésta arrebatada, conforme a su propio carácter, para estar con el Señor en el cielo.

Así, el Apocalipsis presenta el juicio de la asamblea sobre la tierra como testigo formal para la verdad; y luego sigue hasta la reanudación del gobierno terrenal en vista del establecimiento del Cordero en el trono y el abandono del poder del mal. El carácter celestial de la asamblea se halla solamente allí, donde sus miembros son exhibidos en tronos como reyes y sacerdotes, y cuando las bodas del Cordero tienen lugar en el cielo. La tierra—después de las siete iglesias—no tiene ya el testimonio celestial. No es el asunto tampoco de las siete asambleas, o de la así llamada parte profética. Pensando en las asambleas de aquellos

JUAN 21

días como tal, la asamblea conforme a Pablo no se ve allí. Tomando las asambleas como descripciones de la Iglesia, como el asunto del gobierno de Dios sobre la tierra, lo tendremos hasta el rechazo final de ella; la historia es continua, y la parte profética se relaciona directamente con el fin de la asamblea: sólo que, en lugar de ella, tenemos el mundo y luego a los judíos¹.

La venida de Cristo, por consiguiente, de la cual hace referencia el final del evangelio, es Su manifestación sobre la tierra; y Juan, quien vivió en persona hasta la culminación de todo aquello que fue presentado por el Señor en relación con Jerusalén, continúa su ministerio hasta la manifestación de Cristo en el mundo.

En Juan, entonces, tenemos dos cosas. Por una parte, por lo que respecta a su relación con la dispensación y caminos de Dios, su ministerio no sobrepasa aquello que es terrenal: la venida de Cristo es Su manifestación para completar esos caminos y establecer el gobierno de Dios. Por otra parte, él nos une con la Persona de Jesús, la cual trasciende todas las dispensaciones y todos los tratos de Dios, excepto que manifiesta a Dios mismo. Juan no entra en el terreno de la asamblea como Pablo. Él trata, bien de la Persona de Jesús, bien de las relaciones de Dios con la tierra². Su epístola presenta la implantación de la vida de Cristo en noso-

1. Así tenemos en la vida de ministerio, y en la enseñanza de Pedro y de Juan, la historia completa en sus aspectos terrenal y religioso, de principio a fin. Comenzando con los judíos reanudando las relaciones de Dios con ellos, atravesando toda la época cristiana, y hallándose de nuevo, después de la culminación de la historia terrenal de la asamblea, en el terreno de las relaciones de Dios hacia el mundo—que comprenden al remanente judío—en vista de la introducción del Primogénito en el mundo (el último suceso glorioso que culminará la historia que comenzó con Su rechazo).

Pablo está sobre un terreno bien diferente. Él ve la asamblea como el cuerpo de Cristo unida a Él en el cielo.

2. Juan presenta al Padre manifestado en el Hijo, a Dios declarado por el Hijo en el seno del Padre, y ello además de la vida eterna. Pablo es utilizado para revelarnos cómo somos presentados ante Dios en Él. Aunque cada uno alude al punto del otro, el primero se caracteriza por la presentación que hace de

JUAN 21

tros, guardándonos así de pretender ser maestros perversos. Por estas dos partes de la verdad, tenemos un sustento precioso de la fe dada a nosotros, cuando todo lo perteneciente al cuerpo de testimonio pueda fracasar; tenemos a Jesús, el objeto personal de la fe en quien conocemos a Dios; tenemos la vida de Dios implantada en nosotros, siendo vivificados por Cristo. Esto es cierto para siempre más, y es la vida eterna, aun cuando si hubiéramos de estar solos sin la asamblea aquí abajo; y es lo que nos transporta sobre sus ruinas, en posesión de aquello que es esencial y de lo que permanecerá para siempre. El gobierno de Dios decidirá todo lo demás; sólo es nuestro el privilegio y el deber de mantener la parte de Pablo del testimonio de Dios, mientras la gracia nos conceda hacerlo.

Observemos también que la obra de Pedro y de Pablo es la de reunir, ya sea a los de la circuncisión o a los gentiles. Juan es conservador, y mantiene aquello esencial en la vida eterna. Relata el juicio de Dios en relación con el mundo, pero como un asunto fuera de sus propias relaciones con Dios, las cuales son dadas como introducción y exordio del Apocalipsis. Él siguió a Cristo cuando Pedro fue llamado a seguirlo, porque aunque Pedro se ocupaba, como Cristo se ocupó, del llamamiento de los judíos, Juan—sin ser llamado a esa obra—le siguió sobre la misma base. El Señor ya nos lo explicó.

Los versículos 24-25 son una clase de inscripción sobre el libro. Juan no ha relatado todo lo que hizo Jesús, sino aquello que le reveló a Él como la vida eterna. En cuanto a Sus obras, eran innumerables.

Aquí quedan explicados estos cuatro libros preciosos en sus grandes líneas, hasta donde me ha permitido Dios llegar. La meditación concienzuda de sus contenidos debo dejarla a cada corazón individual, asistido por la poderosa

Dios a nosotros y del ofrecimiento de la vida eterna; el segundo, por nuestra presentación a Dios.

JUAN 21

operación del Espíritu Santo; pues si se estudian detalladamente, casi podría convenirse con el apóstol en que el mundo no podía contener todos los libros que habrían que escribirse. ¡Pueda Dios en Su gracia llevar a las almas al gozo de las inagotables corrientes de la gracia y de la verdad en Jesús, contenidas en los evangelios!